

UNIVERSIDAD DE GRANADA
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE PEDAGOGÍA



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**

TESIS DOCTORAL

**REPRESENTACIONES DE LA MASCULINIDAD: UNA APROXIMACIÓN SOCIAL EN
CLAVE DE IGUALDAD SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE HISTORIAS DE VIDA DE
LOS HOMBRES**

PROGRAMA DE DOCTORADO EN CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

AUTOR: DAVID MARTÍN VIDAÑA

DIRECTORA: MARÍA MÓNICA TORRES SÁNCHEZ

GRANADA, ENERO 2022

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: David Martín Vidaña
ISBN: 978-84-1117-385-8
URI: <http://hdl.handle.net/10481/75615>



**REPRESENTACIONES DE LA MASCULINIDAD: UNA APROXIMACIÓN SOCIAL EN
CLAVE DE IGUALDAD SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE HISTORIAS DE VIDA DE
LOS HOMBRES**

TESIS DOCTORAL PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR CON MENCIÓN
INTERNACIONAL POR LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Trabajo de Investigación financiado por el Ministerio de Universidades del Gobierno de España en el marco del Plan Nacional de Formación de Profesorado Universitario (FPU) con referencia FPU16/05455

Granada, 2022

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría iniciar este apartado expresando mi agradecimiento a todas aquellas personas que han hecho posible que este trabajo llegue a su término. Para mí, no es fácil resumir en pocas palabras, la gratitud que merecen todas las personas que me han acompañado en este intenso viaje.

A mi directora de tesis, Mónica Torres, por su profesionalidad, su compromiso y dedicación. Nunca hubiera encontrado una persona mejor con la que iniciar este proceso de crecimiento académico y personal. Gracias infinitas por compartir conmigo esta lección de vida.

A Miguel Pereyra, por toda la confianza que siempre ha depositado en mí. Ha sido y será el mejor ejemplo de profesionalidad. Admiro enormemente su valía intelectual.

A Magdalena Jiménez, por su compromiso constante en mi mejora académica. Agradezco todas y cada una las aportaciones enviadas durante todo el tiempo.

A Antonio Luzón, por su amabilidad y buen hacer como tutor académico.

A Rocío Lorente, por su empatía y generosidad, siempre ha sabido escucharme. Valoro enormemente todos sus consejos.

A Carmina, por ser una gran compañera y amiga. Gracias por escucharme y acompañarme en este intenso viaje. Has sido fundamental en este trayecto.

A todas las compañeras y compañeros FPU del grupo de investigación “Políticas y Reformas Educativas” que me han acompañado durante todo este tiempo.

A Thomas Popkewitz, quien, con la bondad y amabilidad que lo caracteriza, me acogió durante tres meses en la prestigiosa Universidad de Wisconsin-Madison.

A Juan, Salvador y Eduardo. Gracias por permitirme dar voz a vuestras vidas.

Gracias a mis amigos y a mi familia, quienes con su ejemplo, han guiado toda mi vida. A mis padres, mi abuela, mi hermano, mi hermana, mi cuñada, mi sobrino, mis primos y mi tía: gracias. Por aquellas personas que hoy no están presentes, pero que siguen ocupando parte de mi corazón: abuelo, gracias también a ti.

A todas las personas que forman parte de mi vida: ¡gracias!

En esto de ser hombre, a pesar del modelo universal, todos tenemos nuestra propia historia...

Bacete (2017, p.105).

ÍNDICE DE CONTENIDO

Resumen	16
Abstract.....	20
INTRODUCCIÓN: ¿HACIA LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA MASCULINIDAD?	24
I. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA	36
CAPÍTULO 1: APROXIMACIÓN A LOS ESTUDIOS DE LAS MASCULINIDADES.....	38
1.1. Aproximación histórica al origen de los estudios de las masculinidades	39
1.2. Los estudios de las masculinidades y la teoría feminista	45
1.3. Los enfoques de la masculinidad	49
1.4. Los estudios de las masculinidades en España: una panorámica general	58
1.5. Los estudios de las masculinidades en las universidades españolas.....	63
CAPÍTULO 2: HOMBRES, PATRIARCADO E IGUALDAD	82
2.1. Aproximación coral al concepto de patriarcado.....	83
2.2. Los pactos patriarcales.....	89
2.2.1. El patriarcado: un orden social de espacios de poder masculino	90
2.2.2. Los pactos patriarcales como estructura de la masculinidad hegemónica	91
2.3. La estrategia del patriarcado: el sexo y el género.....	95
2.4. Los hombres y el patriarcado.....	100
2.5. El patriarcado no es invencible: el principio de igualdad.....	110
CAPÍTULO 3: HACERSE HOMBRE: LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LA MASCULINIDAD PATRIARCAL.....	116
3.1. El estatus social de la masculinidad tradicional	117
3.2. La corporalidad de la masculinidad patriarcal.....	127

3.3. Salud y masculinidad: los problemas de salud de los hombres patriarcales.....	131
3.4. La confirmación de la masculinidad patriarcal: el dominio sexual.....	134
3.5. Los hombres patriarcales que hacer sufrir por amor: la estrategia del amor romántico	138
3.6. La masculinidad patriarcal: la relación de la misoginia y la homofobia.....	150
CAPÍTULO 4: LOS CAMINOS DE LA MASCULINIDAD EN EL ESPACIO CULTURAL	157
4.1. Los ritos de iniciación a la masculinidad	158
4.2. Los ritos de iniciación masculina en sociedades no occidentales	159
4.2.1. Las lecciones de la masculinidad a través de los ritos no occidentales.....	165
4.2.2. Las sociedades no occidentales libres de patriarcado pero no de rituales	166
4.3. Los ritos de iniciación masculina en las sociedades occidentales: el caso español	173
4.3.1. El análisis del fútbol como elemento crucial de la masculinidad tradicional ...	177
4.4. La lógica del espacio como agente socializador de la masculinidad	180
4.5. Masculino virtual: el análisis del consumo masculino en el mundo digital.....	187
4.5.1. Hegemonía digital: las masculinidades de la manosfera	191
CAPÍTULO 5: LA MÍSTICA DE LAS NUEVAS MASCULINIDADES	204
5.1. Las nuevas masculinidades como maniobra de actuación social: ¿un nuevo planteamiento de la masculinidad desde la propia masculinidad?.....	205
5.1.1. La violencia de los hombres contra las mujeres, contra otros hombres y contra ellos mismos.....	216
5.1.2. Los dividendos patriarcales	223
5.1.3. La justicia de género	230
5.2. Propuestas para repensar o construir “nuevas masculinidades”	233

5.2.1. El feminismo como propuesta emancipadora.....	234
CAPÍTULO 6: OTRAS NUEVAS MASCULINIDADES: PROPUESTAS PARA DESMONTAR LA ETIQUETA DEL GÉNERO	248
6.1. ¿Otras nuevas masculinidades?.....	249
6.1.1. Otras nuevas masculinidades: habitando otros cuerpos y otras normas	253
6.1.2. Otras nuevas masculinidades: las masculinidades inclusivas	260
6.1.3. Otras nuevas masculinidades: los hombres por la igualdad de género	266
6.1.4. Otras nuevas masculinidades: las masculinidades cuidadoras	277
CAPÍTULO 7: PROPUESTAS PARA REPENSAR LA MASCULINIDAD Y CONSTRUIR ESPACIOS IGUALITARIOS.....	289
7.1. El abordaje de la masculinidad: propuestas para pasar de lo tradicional a lo igualitario	290
7.2. La reivindicación de los cuidados: nuevos retos desde la mirada masculina	291
7.2.1. Los cambios en la forma de vivir la paternidad: nuevos padres cuidadores....	296
7.2.2. Los permisos parentales como herramienta para la implicación de los hombres en el cuidado	303
7.3. Coeducar a los hombres: estrategias educativas para promover otras nuevas masculinidades desde la igualdad.....	313
7.4. La reciprocidad de las relaciones afectivas y sexuales	323
7.4.1. Pornografía: de la redefinición sexista de la feminidad a la violencia sexual contra la mujeres	324
7.4.2. El caso de la prostitución: el sistema prostitucional y la subjetividad del putero	335
II. METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN	345

CAPÍTULO 8: DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN	347
8.1. Objetivos y preguntas de investigación.....	347
8.2. Diseño de la investigación.....	349
8.2.1. La descripción de la muestra con historias de vida	352
8.2.2. El consentimiento informado	356
8.3. La investigación narrativo-biográfica.....	357
8.3.1. Las historias de vida: formas de hacer investigación narrativa.....	362
8.4. La recogida de datos.....	372
8.4.1. La entrevista biográfica o narrativa como técnica de recogida de datos	375
8.5. Análisis narrativo de los datos: el Modelo Relacional Centrado en la Voz	381
8.5.1. <i>Voice Centred Relacional Model</i> (Modelo Relacional Centrado en la Voz).....	382
8.6. Cuestiones éticas en la investigación con historias de vida.....	395
III. RESULTADOS Y DISCUSIÓN.....	398
CAPÍTULO 9: EL MODELO RELACIONAL CENTRADO EN LA VOZ DE LOS HOMBRES. 400	
9.1. Modelo Relacional Centrado en la Voz: la entrevista biográfica de Salvador.....	400
9.1.1. Historia de vida de Salvador	421
9.2. Modelo Relacional Centrado en la Voz: la entrevista biográfica de Juan Jesús.....	444
9.2.1. Historia de vida de Juan Jesús.....	468
9.3. Modelo Relacional Centrado en la Voz: la entrevista biográfica de Eduardo	492
9.3.1. Historia de vida de Eduardo	515
IV. CONCLUSIONES.....	544
CAPÍTULO 10: CONCLUSIONES DE LA INVESTIGACIÓN	546
10.1. Conclusiones finales de la investigación	546

10.2. Limitaciones de la investigación.....	561
10.3. Futuras líneas de investigación.....	562
10.4. Utilidad de la investigación.....	563
CHAPTER 10: RESEARCH CONCLUSIONS	565
10.1. Final research conclusions.....	565
10.2. Research limitations.....	578
10.3. Future lines of research.....	579
10.4. The usefulness of the research.....	580
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	582
ANEXOS	625

LISTA DE TABLAS

Tabla 1: Listado de Tesis Doctorales realizadas en España sobre Masculinidades.....	73
Tabla 2: Comportamientos asociados según el género.....	123
Tabla 3: Mitos del amor romántico vs amor compañero.....	147
Tabla 4: Mandamientos/conductas asociadas al modelo de masculinidad hegemónica.....	209
Tabla 5: Diseño de la investigación.....	350
Tabla 6: Características de la muestra de estudio.....	355
Tabla 7: Definiciones de historias de vida desde la perspectiva de diferentes autores/as.....	365
Tabla 8: Principales técnicas de recogida de datos.....	372
Tabla 9: Modelo Relacional Centrado en la Voz.....	394

LISTA DE FIGURAS

Figura 1: Reacciones masculinas ante los avances del feminismo.....	238
Figura 2: Mapeo Movimiento de Hombres por la Igualdad en España.....	274
Figura 3: El Modelo Relacional Centrado en la Voz en el diseño de investigación	386

LISTADO DE GRÁFICOS

Gráfico 1: Evolución de los permisos de paternidad en semanas 2007-2021.....	311
--	-----

Representaciones de la masculinidad: una aproximación social en clave de igualdad sobre la construcción de historias de vida de los hombres

Resumen

En la actualidad, la emergencia de los estudios de las masculinidades «*Men's studies*» en los diferentes sectores de la escala social, permite poner de manifiesto en la historia de las Ciencias Sociales a los varones como sujetos marcados por un género. Desde este punto de vista, si bien es cierto que los hombres aparecen representados como sujetos universales, que detentan el poder y la autoridad en las sociedades occidentales, resulta necesario establecer un análisis exhaustivo de la masculinidad, entendida como identidad de género, es decir, como referencia construida socialmente por todos los hombres en virtud de su sexo biológico. Por este motivo, la idea de la masculinidad supone la puesta en escena pública o social de diferentes formas de pensar, actuar y sentir propias de los varones en función de la constitución biológica. No obstante, los cambios introducidos en materia de igualdad de género en las últimas décadas, permiten que las masculinidades comiencen a experimentar un proceso de transformación política y personal.

Pese a la existencia de un sólido corpus de conocimiento científico sobre la situación de discriminación que sufren las mujeres en las actuales sociedades occidentales, la problemática que suscita el estudio de las masculinidades es relativamente creciente en el ámbito académico. De hecho, los estudios de las masculinidades emergen a comienzos de la década de los setenta y ochenta del pasado siglo en el contexto anglosajón, para dar cuenta de la situación de los hombres que, en tanto que sujetos con género, también son construidos socioculturalmente. En este proceso de construcción social, para adaptarse a las nuevas circunstancias contempladas por el avance de la lucha del movimiento feminista, algunos hombres han comenzado a hacer acopio del término “*nuevas masculinidades*”. Esta estrategia masculina, enmarcada por la imprecisión en el marco académico, insta a mostrar una imagen de los varones como partícipes de un proceso de cambio público y personal donde renuncian a sus privilegios para compartir posturas democráticas con las mujeres. Nada más lejos de la realidad, dado que los varones todavía no han

iniciado ese proceso de desempoderamiento y de escucha activa a las demandas del movimiento feminista.

En esta línea de pensamiento, la pregunta de investigación que se sustenta trata de responder a un fenómeno escasamente estudiado en el campo de investigación de los estudios de género, por cuanto que se pone el foco de atención en el estudio de las masculinidades con enfoque de género. Dicho de otro modo, los estudios de las masculinidades también suponen analizar el género, en la medida en la que los varones aprenden a constituirse como *verdaderos hombres* mediante el proceso de socialización. Desde este punto de vista, la masculinidad es una construcción identitaria expuesta permanentemente a prueba. De hecho, necesita ser validada por medio de diferentes mandatos o imperativos socioculturales aprobados por los diferentes sujetos genéricos que componen las sociedades. En virtud de lo expuesto, cabe preguntarse: ¿cómo configura cada hombre su proceso de construcción de la masculinidad en un contexto sociocultural caracterizado por la constante transformación de las sociedades formalmente igualitarias pero estructural y cotidianamente desiguales?

Si bien es cierto que una parte de los hombres occidentales han comenzado a asumir e interiorizar el discurso democrático vaticinado por en apariencia por las sociedades formales, paralelamente, son muchos los hombres que ejercen múltiples resistencias frente al desarrollo de una convivencia igualitaria con las mujeres. Así, la ausencia de corresponsabilidad en las prácticas de cuidado, la discriminación salarial, el consumo continuado de prostitución, y la violencia contra las mujeres, son algunas de las resistencias habituales que los hombres ejercen en detrimento de la igualdad de derechos y oportunidades entre mujeres y hombres. Ahora bien, también existen diferentes propuestas de transformación social de la identidad de género masculina que permiten promover el cambio hacia sociedades donde prime la igualdad real. En este sentido, se hace especial hincapié en la transgresión de la corporalidad, la superación de la misoginia y la homofobia, el acercamiento a las posiciones democráticas vaticinadas por los feminismos, y la incorporación de los hombres en la provisión de los cuidados. Estas propuestas de cambio que vertebran en diferentes elementos cotidianos, permiten promover una transformación en las relaciones de género que, a su vez, pueden desencadenar en un futuro cercano, hacia

la justicia social. De hecho, estas propuestas conllevan a que los hombres puedan renunciar de manera individual y colectiva a aquellos privilegios obtenidos en detrimento de la posición de subordinación de las mujeres.

En el intento de aportar luz a esta situación de resquebrajamiento de la masculinidad tradicional, se ha optado por una investigación de corte biográfico narrativo, donde las entrevistas en profundidad, permiten dar voz a tres varones occidentales sobre el propio proceso de construcción de su masculinidad, que se plasman, a su vez, en una historia de vida. Sin lugar a duda, se trata de un entramado sociocultural insuficientemente investigado en el marco de los estudios de género, pese a que los varones siempre han sido considerados como la norma universal de todas las cosas. Así, este enfoque metodológico pretende poner en evidencia la experiencia personal vivida por los varones en relación con su masculinidad, así como comprobar si la misma se ha visto envuelta en un cambio de tendencia como consecuencia de los avances consolidados en materia de igualdad de género. Para el análisis de los datos, se emplea el Modelo Relacional Centrado en la Voz (Mauthner y Doucet, 1998), en la medida en la que permite recordar la forma en la que los varones hablan (y no hablan) de sí mismos, es decir, de sus propias experiencias y de sus relaciones personales con su entorno social o familiar más cercano sobre todos aquellos elementos condicionantes que han marcado el transcurso de su vida.

Por último, los resultados obtenidos muestran que los hombres no suelen escapar del modelo hegemónico que se cierne sobre ellos, a menos que intenten establecer un esfuerzo crítico de deconstrucción de la mirada masculina tradicional, cuestión un tanto compleja y difícil de realizar para algunos de los varones participantes en la investigación. De hecho, los varones entrevistados, a pesar de un discurso aparentemente de igualdad, se encuentran ubicados en lo acomodaticio de la masculinidad hegemónica. Así, para que puedan comenzar a tomar conciencia de la necesidad de cambio, es necesario realizar un trabajo individual que, necesita, además, de las aportaciones grupales y colectivas de hombres por la igualdad de género. Mientras tanto, resulta prioritario realizar mayor número de investigaciones que intercedan en beneficio de la igualdad de género desde la mirada masculina. Solo así la sociedad puede enfrentarse a este objeto de estudio tan escurridizo, que la academia no sabe con certeza hacia dónde conducirá.

Representations of masculinity: a social approach in terms of equality on the construction of men's life histories

Abstract

At present, the emergence of the studies of masculinities «*Men's studies*» in different sectors of the social scale has made it possible to highlight men as gendered subjects in the history of the Social Sciences. From this point of view, although it is true that men are represented as universal subjects who hold power and authority in western societies, it is necessary to establish an exhaustive analysis of masculinity, understood as gender identity, that is, as a reference socially constructed by all men by virtue of their biological sex. For this reason, the idea of masculinity implies the public or social staging of different ways of thinking, acting and feeling characteristic of men according to their biological constitution. However, the changes introduced in the area of gender equality in recent decades have allowed masculinities to begin to undergo a process of political and personal transformation.

Despite the existence of a solid body of scientific knowledge on the situation of discrimination suffered by women in current western societies, the problem raised by the study of masculinities is relatively growing in the academic sphere. In fact, masculinities studies emerged in the early 1970s and 1980s in the Anglo-Saxon context, in order to account for the situation of men who, as gendered subjects, are also socioculturally constructed. In this process of social construction, in order to adapt to the new circumstances brought about by the advance of the feminist movement, some men have begun to use the term "*new masculinities*". This masculine strategy, framed by imprecision in the academic framework, urges an image of men as participants in a process of public and personal change in which they renounce their privileges in order to share democratic positions with women. Nothing could be further from the truth, since men have not yet begun this process of disempowerment and active listening to the demands of the feminist movement.

In this line of thought, the research question that underlies it attempts to respond to a phenomenon that has been scarcely studied in the field of gender studies, insofar as it focuses on the study of masculinities with a gender approach. In other words,

the study of masculinities also involves analyzing gender, insofar as men learn to become real men through the process of socialization. From this point of view, masculinity is an identity construction that is permanently put to the test. In fact, it needs to be validated by means of different sociocultural mandates or imperatives approved by the different generic subjects that make up societies. In light of the above, it is worth asking: how does each man shape his process of constructing masculinity in a sociocultural context characterized by the constant transformation of societies that are formally egalitarian but structurally and daily unequal?

While it is true that a part of western men have begun to assume and internalize the democratic discourse apparently predicted by formal societies, at the same time, there are many men who exercise multiple resistance to the development of an egalitarian coexistence with women. Thus, the absence of co-responsibility in care practices, wage discrimination, the continued use of prostitution, and violence against women are some of the usual forms of resistance that men exercise to the detriment of equal rights and opportunities between women and men. However, there are also different proposals for the social transformation of male gender identity that can promote change towards societies where real equality prevails. In this sense, special emphasis is placed on the transgression of corporeality, the overcoming of misogyny and homophobia, the approach to democratic positions predicted by feminisms, and the incorporation of men in the provision of care. These proposals for change, which are based on different everyday elements, make it possible to promote a transformation in gender relations which, in turn, may lead to social justice in the near future. In fact, these proposals lead men to individually and collectively renounce those privileges obtained to the detriment of women's subordinate position.

In an attempt to shed light on this situation of the breakdown of traditional masculinity, we have opted for a narrative biographical research, where in-depth interviews allow us to give voice to three western men about the process of construction of their masculinity, which in turn are reflected in a life story. Undoubtedly, this is a sociocultural framework insufficiently investigated within the framework of gender studies, despite the fact that men have always been considered as the universal norm of all things. Thus, this methodological approach aims to

highlight the personal experience lived by men in relation to their masculinity, as well as to verify whether it has been involved in a change of trend as a consequence of the consolidated advances in gender equality. For the analysis of the data, the Voice-Centered Relational Model (Mauthner and Doucet, 1998) is used, insofar as it allows us to recall the way in which men talk (and do not talk) about themselves, that is, about their own experiences and their personal relationships with their closest social or family environment regarding all the conditioning elements that have marked the course of their lives.

Finally, the results obtained show that men do not tend to escape from the hegemonic model that hovers over them, unless they try to make a critical effort to deconstruct the traditional masculine gaze, a somewhat complex and difficult question for some of the men who participated in the research. In fact, the men interviewed, in spite of an apparently egalitarian discourse, are located in the accommodation of hegemonic masculinity. Thus, in order for them to begin to become aware of the need for change, it is necessary to carry out individual work which, in addition, requires the group and collective contributions of men for gender equality. In the meantime, it is a priority to carry out more research that intervenes in favor of gender equality from the male perspective. Only in this way can society confront this elusive object of study, which academia is not sure where it will lead.

INTRODUCCIÓN: ¿HACIA LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA MASCULINIDAD?

No corren vientos favorables para la igualdad de género; y no es que por el camino se hayan mitigado,

es más bien que nunca han soplado en dicha dirección

(Castro García, 2017, p.167).

En su uso habitual, el concepto de *masculinidad* remite a una identidad de género compartida por todos los hombres en función del sexo. De hecho, la masculinidad se define como un conjunto de prácticas sociales ubicadas en el contexto de las relaciones de género que afectan, en diferente medida, a la experiencia corporal, a la personalidad, y a la cultura de las mujeres y de los hombres (Varela, 2019a). Desde este punto de vista, la idea de la masculinidad supone la existencia de diferentes formas de sentir, pensar o actuar propias de los varones en función de su constitución biológica. Esta idea tan extendida de la masculinidad se remonta a los orígenes de la propia cultura y puede rastrearse, además, en todos los momentos históricos. Pese a ello, los diferentes modelos de masculinidad imperantes en las sociedades occidentales experimentan numerosos cambios socioculturales como consecuencia de las estructuras que conforman el tejido actual de las sociedades (Sambade, 2020).

Si bien son amplios los estudios y las investigaciones realizadas desde la perspectiva del pensamiento de las mujeres feministas sobre la situación de desigualdad estructural en la que viven cotidianamente como consecuencia de los preceptos patriarcales (De Miguel, 2015), la relevancia y el interés que despierta el estudio de las masculinidades como campo propio de investigación en el ámbito académico es relativamente creciente (Salazar, 2013; Sanfélix, 2020). En este sentido, los estudios sobre masculinidades comienzan a aparecer en la década de los setenta en Estados Unidos como resultado de una reacción positiva en favor de los estudios de las mujeres, y de las investigaciones feministas (Kimmel, 2008). Es más, inicialmente estuvieron financiados en el marco de los proyectos de investigaciones feministas, de modo que continúan compartiendo los mismos enfoques y las principales líneas de investigación social (Sambade, 2020). Pese a ello, de manera paralela, los

estudios de las masculinidades comenzaron a responder a un fenómeno social caracterizado por los cambios introducidos por la segunda ola del movimiento feminista, la denominada crisis de la masculinidad (Segal, 2008).

En pocas palabras, la crisis de la masculinidad remite a la situación de inseguridad que los hombres occidentales comenzaron a experimentar en el curso de sus vidas como consecuencia de los cambios vaticinados por la segunda ola del movimiento feminista. En este sentido, los discursos académicos elaborados en relación con la masculinidad apuntaron, en un primer momento, hacia la representación de los varones como víctimas sociales de una cultura popular. La incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, la leyes de protección específica contra la violencia de género, y el cuestionamiento de las posiciones de poder y autoridad de los varones, en tanto que socializados de manera diferenciada en función del género, se establecen como el compendio de circunstancias que favorecieron la crisis existencial de los hombres occidentales. Visto así, la crisis de la masculinidad no es más que un cúmulo de consecuencias causadas en los hombres debido a la injusta posición de poder que mantienen en las diferentes estructuras patriarcales.

De la misma manera, los estudios feministas trasladan al análisis de la subjetividad masculina la tesis elaborada por Simone de Beauvoir (2017), según la cual, no se nace mujer, sino que se llega a serlo. Así, la aplicación de la categoría de género (entendido como una aportación del feminismo para explicar el patriarcado, que remite a la idea de que se nace con un sexo y el género es una categoría que se impone y se construye según el sexo con el que se nace) a la noción de masculinidad, ha permitido demostrar que lejos de la idea prefijada de la existencia de una única identidad masculina delimitada en función de la biología, existen diferentes construcciones socioculturales de la masculinidad que, a pesar de las variaciones culturales existentes, siempre permanecen estructuradas en relación con la discriminación y dominación de las mujeres.

En España, los estudios sobre hombres con perspectiva de género, comienzan a emerger desde finales de la década de los noventa, en tanto que continúan bebiendo teórica y epistemológicamente del feminismo radical (Martínez Guirao y Sanfélix, 2021). Sin embargo, hasta la fecha, son escasas las investigaciones académicas que optan por este objeto de estudio social, bien por las dificultades que pueden

aparecer entre los propios hombres interesados en cuestionar los preceptos hegemónicos de la masculinidad, en tanto que rápidamente son considerados como traidores, bien por lo acomodaticio que genera el modelo hegemónico de masculinidad, en la medida en que permite a los varones disfrutar constantemente de los privilegios que otorga el patriarcado en función del sexo biológico. De la misma manera, los estudios sobre masculinidades en España carecen de una suficiente financiación mediante proyectos consolidados que, más allá desde donde puedan ser gestionados, puedan impulsar investigaciones con perspectiva de género que permitan abordar con total profundidad la compleja cuestión masculina. En este sentido, las financiaciones que se otorgan con respecto a este estudio de objeto tan concreto no es una cuestión nada sencilla, y no son abundantes los casos conocidos, aunque, por suerte, cada vez más comienzan a surgir nuevos estudios o proyectos.

La confluencia de los estudios de la masculinidad junto con el planteamiento teórico de la hegemonía propuesto por Antonio Gramsci permite identificar que la masculinidad se encuentra interconectada por diferentes ejes de identificación como la clase, la etnia y la orientación sexual (Connell, 2003). En este sentido, no existe un único modelo de masculinidad, sino que aparecen múltiples modelos de masculinidades estructurados en función de la hegemonía de género masculino: la masculinidad hegemónica, la masculinidad subordinada, la masculinidad cómplice y la masculinidad marginal (Connell, 2020). La *masculinidad hegemónica* aparece vinculada a aquellas prácticas masculinas que garantizan la superioridad de los hombres con respecto a las mujeres, en tanto que legitiman las estructuras de poder patriarcales. Este modelo de masculinidad casi universal, se presenta como el modelo normativo a seguir o al que aspirar por parte de los varones. Asimismo, se encuentra estrechamente vinculada a una determinada clase social, a la blanquitud de la piel y a la imposición constante de la heterosexualidad. Por este motivo, este modelo dominante de masculinidad en el imaginario colectivo de los varones occidentales está intrínsecamente relacionado con la homofobia, así como al rechazo de todo aquello que pueda asociarse socioculturalmente a la feminidad (Kimmel, 1997).

El poder de la masculinidad hegemónica está también presente entre aquellos hombres que no quieren o no pueden identificarse por completo con este modelo de masculinidad normativo, pero que no lo cuestionan. En este sentido, aparecen las *masculinidades cómplices*, es decir, aquellas que no cumplen a la perfección con el modelo normativo de la masculinidad hegemónica, pero que se benefician directamente de los privilegios patriarcales que obtienen los hombres gracias a la posición de subalternidad de las mujeres. Por otro lado, en la tercera categoría, aparecen las *masculinidades subordinadas*, compuestas por grupos de pares masculinos homosexuales, en tanto que, situada en la frontera de los estilos de vida, de las conductas y de los sentimientos atribuidos convencionalmente a las mujeres, es considerada altamente ilegítima para aquellos varones que ejercen la masculinidad hegemónica (Lomas, 2004). Si bien los varones homosexuales representan el modelo de masculinidad subordinada, también copioso número de jóvenes heterosexuales son expulsados del grupo de pares masculinos, por ser o construirse como hombre mediante diferentes procesos de socialización vinculados culturalmente con la feminidad, como es la búsqueda de la igualdad entre hombres y mujeres¹, así como la ética del cuidado de personas dependientes (Ranea, 2021). Por último, aparecen las *masculinidades marginales*, en las que entran en relación el género y la etnicidad, por cuanto que al hablar de masculinidades, se acostumbra a referenciar la primacía del hombre blanco y heterosexual sobre el resto de los hombres. A pesar de que el término *marginación* no es el más adecuado para categorizar este modelo de masculinidad, no existe otro mejor para dar cuenta de la situación de subordinación en la que se encuentran los varones de las minorías étnicas con respecto al modelo hegemónico de masculinidad (Connell, 2020).

La categorización que Connell (2003) establece es de especial interés porque incorpora la perspectiva interseccional al estudio de las masculinidades. Así, si se acerca la mirada a la construcción del género, se puede apreciar que el mismo confluye con la clase, la edad, la orientación sexual o el origen de procedencia, entre

¹ En este estudio se emplea la palabra mujeres y hombres para hacer referencia a aquellas personas que pueden identificarse con esa identidad de género. No obstante, este binarismo no recoge la totalidad de identidades existentes, así como el hecho de que en sus márgenes y entre ellas, aparezcan movimientos, agrupaciones o debates de carácter académico o social.

otros muchos elementos. En este sentido, la interconexión de diferentes ejes de desigualdad comprende multitud de identidades complejas que no puede ser reducidas a una única variable en el marco de la estructura social. Por este motivo, diferentes autores (Connell, 2003; Lomas, 2004; Pescador, 2004) indican que no se debe referenciar un único modelo de masculinidad universal, sino que se debe poner de manifiesto la convergencia de multitud de masculinidades existentes como consecuencia de la propia interseccionalidad. En cualquier caso, resulta de gran utilidad el concepto de masculinidad hegemónica, en la medida en la que permite definir a un sujeto masculino que reproduce, sostiene y reorganiza el sistema de dominación tanto de manera individual como colectiva, es decir, el modelo de masculinidad hegemónica no solo permite encarnar el poder en detrimento de las mujeres, sino que también lo hace en devaluación de aquellos hombres que, considerados menos masculinos, son excluidos de los círculos de poder de pares masculinos.

Este modelo de masculinidad hegemónica, también denominado por la crítica feminista como *masculinidad patriarcal* remite a la lógica de la exigencia moral de la provisión económica de la familia, la protección de sus miembros y la potencia sexual o virilidad (Gilmore, 1994). Así, esta supremacía de los hombres no solo la reproducen en los diferentes estamentos de las sociedades occidentales, sino que, además, induce a los mismos a compartir la creencia cultural de que los varones tienen el derecho de ejercer esta voluntad (Sambade, 2020). De hecho, la masculinidad patriarcal toma forma a través de comportamientos, actitudes, pensamientos y hechos que contribuyen a reafirmar los privilegios patriarcales de los que disfrutan por motivo del sexo. Así por ejemplo, los hombres son quienes ocupan preferentemente los puestos de poder en los diferentes sectores de la sociedad, o quienes se comprometen en matrimonio, pero no siempre renuncian a vivir sus historias sexuales o sentimentales con las mujeres que desean. Por el contrario, los salarios más bajos y el trabajo a tiempo parcial predomina entre la oferta laboral destinada a las mujeres, que continúan ocupando en su inmensa mayoría el espacio privado, donde se dedican a las tareas del mantenimiento del hogar, y del cuidado de personas dependientes (Abril et al., 2015).

Desde un punto social, los hombres son representados como lo positivo, como lo neutro dentro del pensamiento androcéntrico, de modo que, para definirse, necesitan significar a las mujeres como lo negativo. Es más, el género masculino se construye en contraposición jerárquica respecto a la devaluación de las mujeres. En este proceso de socialización de género diferenciada, el género masculino se vincula al poder, mientras que las mujeres son socializadas para la realización de actividades privadas. Así, devenir hombre consiste, en cualquier medida, en asimilar la posición de poder que ocupa lo masculino en detrimento de todo aquello relacionado con lo femenino (Ranea, 2021). El poder sobre las mujeres aparece tan ligado a la construcción hegemónica o patriarcal de la masculinidad que, cuando no puede ser ejercido, algunos hombres comienzan a experimentar una pérdida de derechos sobre las mujeres, como puede observarse en el actual contexto social liderado, en buena parte, por los cambios conseguidos gracias a la lucha de los feminismos.

Entre los privilegios de los que disfrutaban los varones hegemónicos, en tanto que socializados de manera diferenciada por el género masculino, emerge la disposición por parte de los mismos del tiempo, del espacio, de los cuidados, del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres (Alario, 2021). Dicho de otro modo, los hombres son educados para disponer de las mujeres en todos los sentidos, de ahí que la experiencia sexual masculina gire en torno a la potencia y rendimiento de la genitalidad, convertida en símbolo de la fuerza sexual masculina. La actividad sexual es primordial en el proceso de conformación de la masculinidad, que se exterioriza por medio del acopio de experiencias sexuales (Illouz, 2014). En esta representación de la masculinidad patriarcal, el placer sexual de las mujeres es instrumental, por cuanto que su función orbita en satisfacer las pulsiones masculinas. De hecho, el deseo masculino tiende a aparecer representado como el de un animal en celo, es decir, como un hombre en estado de excitación permanente que permanece dispuesto en todo momento a mantener relaciones sexuales (Marqués, 1991). De la misma manera, en este proceso de construcción hegemónica de la masculinidad, cabe señalar la incorporación de la pornografía *mainstream* como fuente de creación y reafirmación del imaginario colectivo sexual (Ruiz-Repullo, 2021).

En la actualidad, acontece un panorama de cierto resquebrajamiento de los pilares tradicionales sobre los que se sustenta el modelo hegemónico de masculinidad. En el Estado español, como en otros países occidentales, aparecen diferentes marcos legislativos tendentes a la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres (De Miguel, 2015). En este sentido, se puede apreciar la vivencia de sociedades formalmente igualitarias, pero estructural y cotidianamente desiguales. De hecho, desde el comienzo de la década de los noventa comienza a extenderse la idea en España de que la masculinidad se encuentra en crisis, planteamiento ampliamente extendido en Estados Unidos desde principios de la década de los setenta (Sambade, 2020). En este marco de crisis masculina, no todos los hombres han sabido responder del mismo modo. Así, con el resentimiento de quien se siente agraviado, comienzan a emerger diferentes agrupaciones de hombres que se presentan como víctimas de los cambios sociales producidos por la lucha del movimiento feminista (Bonino, 2003; Kimmel, 2019; Cascales y Téllez, 2021). Por ejemplo, en el caso español, la extrema derecha se articula con la finalidad de apelar a la idea de la no existencia de la desigualdad de género, de modo que los discursos feministas suponen una discriminación por razón de sexo que se debe combatir (Téllez y Martínez Guirao, 2019).

En contraposición, los cambios sociales impulsados por la lucha del movimiento feminista, también han generado grupos de hombres profeministas o antisexistas que respaldan la lucha de las mujeres por la igualdad social y reconocen la responsabilidad política y social de posicionarse frente a las estructuras de discriminación sexual de las actuales sociedades democráticas (Bonino, 2003; Blanco, 2013). En este sentido, el movimiento o las agrupaciones profeministas acogen en su seno el lema de la segunda ola del feminismo “lo personal es político” con la finalidad de establecer un doble objetivo para alcanzar la igualdad de género: por una parte, la necesidad de un cambio personal y, por otra parte, la reivindicación política. Dicho de otro modo, estos colectivos coinciden en señalar, de conformidad con las reivindicaciones feministas, que la igualdad social requiere, ineludiblemente, de la participación equitativa de los hombres en las labores del hogar y de las prácticas de cuidado (Sambade, 2019). Para ello, los hombres deben renunciar a los dividendos patriarcales de poder y privilegio, lo que supone un ejercicio de desempoderamiento para los propios varones. A modo de ejemplo, una de las

campañas más importantes impulsadas por las diferentes asociaciones de hombres por la igualdad de género es la White Ribbon Campaign –WRC- (campaña del lazo blanco). El objetivo común de esta campaña consiste en denunciar de manera pública la violencia machista contra las mujeres.

Así pues, parece que las sociedades occidentales han comenzado a experimentar un proceso de incertidumbre caracterizado por el resquebrajamiento de alguno de los pilares que sostienen el modelo hegemónico de masculinidad (Ranea, 2019), al tiempo que se vislumbran otros horizontes donde los hombres, al parecer, empiezan a posicionarse en beneficio propio de los principios democráticos de igualdad de género. Si bien se observa con contundencia cómo la masculinidad trata de recomponerse para mantener su posición jerárquica en la sociedad, cada vez más, en diferentes contextos políticos, sociales y culturales ha comenzado a extenderse con demasiada celeridad el concepto *nuevas masculinidades*. Este novedoso término, ubicado en la indeterminación e imprecisión de consenso en el ámbito académico, emerge con fuerza desde la década de ochenta y noventa en el contexto español (Azpiazu, 2017). No obstante, no necesariamente se encuentra vinculado con las masculinidades igualitarias, disidentes, alternativas, feministas, profeministas, aliadas, u otros adjetivos que se utilizan en los diferentes ámbitos de actuación de las mismas, y que comparten elementos en común, dado que todas ellas remiten, en diferente medida, al inicio de una andadura en clave igualitaria hacia otros modelos de masculinidades basados, especialmente, en el rechazo público y privado de los privilegios masculinos (Téllez, 2020).

Por lo general, las nuevas masculinidades apuntan de manera especial a los varones heterosexuales, pero no a todos los hombres por igual, sino a aquellos que no reconocen como propios los preceptos tradicionales de género impuestos por el patriarcado, ni muestran su conformidad con respecto al modelo de masculinidad que encarnaron muchos de sus referentes masculinos, como son los padres, los abuelos, los tíos, los primos o los hermanos (Sanfélix y Cascales, 2019). Pese a este enfoque de cambio centrado en lo positivo, las nuevas masculinidades no suelen desprenderse de muchas de las reliquias que confiere el patriarcado, sobre todo, en relación con la dominación de las mujeres, que continúan relegándolas a las labores del hogar, además de cosificar y mercantilizar de manera permanente sus cuerpos.

Así, se abre un debate enconado sobre la necesidad de polemizar la estrategia de las nuevas masculinidades como elemento de superación del modelo hegemónico de masculinidad o si solo se trata de una mera cuestión estética y de un discurso de aparente igualdad que permite a los hombres disfrutar de la posición de poder en la escala social (Azpiazu, 2017; Ranea, 2021). Entre tanto, la revolución masculina pasa por tomar conciencia de que, lejos de ostentar el ideal de ser humano universal, los hombres son contruidos social y culturalmente. En este sentido, es necesario que comiencen a tomar conciencia de que la masculinidad no solo oprime a las mujeres, sino que también perjudica constantemente a los hombres (Salazar y Sambade, 2020). El itinerario no es sencillo, pero, sin ninguna duda, ampliamente satisfactorio.

En líneas generales, este trabajo se encuentra estructurado en diez capítulos diferentes que intentan dar respuesta a los objetivos de estudio planteados en el transcurso de la tesis doctoral.

El primer capítulo, titulado *Aproximación a los estudios de las masculinidades* pretende presentar una panorámica general de la situación actual que ocupan los estudios de las masculinidades en el ámbito universitario español. Por una parte, se establece una aproximación inicial a la conformación de los estudios de las masculinidades en el contexto estadounidense como reacción positiva a los estudios feministas realizados en la academia norteamericana. Por otra parte, se establece un breve recorrido inicial de la conformación de los estudios de las masculinidades en el ámbito universitario español hasta el momento actual. Así, si bien no existe un área de conocimiento específica ni reconocida académicamente como estudios de las masculinidades, se han producido numerosos avances en materia de igualdad de género, muestra de ello son las 62 tesis doctorales que abordan el tema de la masculinidad desde diferentes perspectivas de estudio.

El segundo capítulo, titulado *Hombres, patriarcado e igualdad* pretende establecer una aproximación conceptual a los términos de patriarcado, género y sexo. En este sentido, lejos de ostentar el ideal del varón como ser humano universal, los hombres, al igual que las mujeres, son seres relacionales que se construyen culturalmente. En esta construcción de desigualdad, la masculinidad se sitúa en una situación de

privilegio, si bien se prepara a los varones a usar su poder por medio de hábitos del dominio y la violencia.

El tercer capítulo, titulado *Hacerse hombre: la estructura social de la masculinidad patriarcal* pretende establecer una revisión pormenorizada de los diferentes de los diferentes pilares que conforman el modelo de masculinidad hegemónico o patriarcal. Los cimientos sobre los que se sustenta la masculinidad patriarcal no se producen de manera separada, sino que todos ellos se encuentran imbricados en un proceso constante de transformaciones o cambios sociales.

El cuarto capítulo, titulado *Los caminos de la masculinidad en el espacio cultural* pone en evidencia los diferentes ritos de iniciación que los jóvenes varones deben superar en las diferentes etapas del curso de la vida para confirmarse como hombres de verdad. En este sentido, si bien en las sociedades occidentales no existen ritos de iniciación como tal, cada vez más han comenzado a extenderse prácticas masculinas que no hacen más que revalidar los preceptos hegemónicos del modelo de masculinidad tradicional.

El quinto capítulo, titulado *La mística de las nuevas masculinidades* establece una minuciosa revisión de la popularización del término *nuevas masculinidades* en diferentes sectores de la sociedad, y lo que ello ha supuesto para la academia, en tanto que es necesario realizar mayor número de investigaciones que permitan dar cuenta de una forma sencilla, clara y directa sobre la situación real de la masculinidad en las sociedades occidentales.

El sexto capítulo, titulado *Otras nuevas masculinidades: propuestas para desmontar la etiqueta del género* aborda la posibilidad de establecer modelos alternativos de masculinidad basados en algunos de los ejes principales que orientan o dan sentido a la conformación de la masculinidad, a saber: el cuerpo, como ruptura de los imperativos estéticos promovidos por los diferentes medios de comunicación social; la inclusividad, en tanto que superación de la aversión de la homosexualidad; el abrazo de los hombres a la corriente de pensamiento feminista, en la medida en la que participan de manera democrática en la lucha contra la discriminación de la mujeres y de la promoción de la igualdad de género; y los cuidados, por cuanto que los hombres deben comenzar a tomar conciencia de la necesidad de ser educados

para cuidar, entendida esta actividad como elemento básico para el sostenimiento de la vida.

El séptimo capítulo, titulado *Propuestas para repensar la masculinidad y construir espacios igualitarios* pretende poner de manifiesto diferentes ámbitos de actuación social en los que es posible comenzar a promover otros nuevos modelos de masculinidad verdaderamente comprometidos con la situación de desigualdad estructural en la que viven las mujeres, y que pueden contribuir en el cambio real hacia la igualdad de género. En este sentido, se incide de manera especial en la reivindicación de los cuidados, en tanto que pueden ser de utilidad el servicio de licencias parentales; la coeducación, entendida como herramienta principal en las diferentes instituciones educativas que parta de las particularidades masculinas para educar en igualdad; y la reciprocidad de las relaciones afectivas, basado en una crítica extendida a la situación actual de pornografía y prostitución,

El octavo capítulo, titulado *Diseño de la investigación* presenta de manera detalla el procedimiento establecido para la realización del presente estudio. En este sentido, se muestran los objetivos y la pregunta de investigación que ha orientado el proceso de investigación, y se incide en la importancia de la investigación narrativo-biográfica como proceso de compartir el saber de la experiencia de una vida.

El noveno capítulo, titulado *El modelo relacional centrado en la voz de los hombres* pone de relieve el análisis narrativo de los datos obtenidos mediante un enfoque alternativo denominado *Voice Centred Relacional Model* (Mauthner y Doucet, 1998), que facilita la escucha de diferentes capas de voces narrativas por medio de la reflexión que comprende cuatro lecturas de un mismo texto como alternativa al análisis estructural.

Por último, el décimo capítulo, titulado *Conclusiones de la investigación* se ponen en evidencia las conclusiones obtenidas en el estudio, que inciden en la necesidad de continuar en la realización de estudio que puedan aclarar la situación actual de las masculinidades como consecuencia de las transformaciones sociales y cambios políticos instaurados en los últimos años.

I. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

CAPÍTULO 1: APROXIMACIÓN A LOS ESTUDIOS DE LAS MASCULINIDADES

¿De qué te sirve ser un niño si vas a crecer para ser un hombre?

Gertrude Stein

La igualdad es un reto masculino

(Varela, 2019, pp.385-386).

El primer capítulo de la tesis doctoral pretende presentar una panorámica general de la situación actual que ocupan los estudios de las masculinidades en el ámbito académico. Si bien es cierto que existe una amplia o sólida investigación sobre la situación de discriminación estructural en la que viven habitualmente las mujeres (De Miguel, 2015), la problematización del concepto *masculinidades* en el ámbito académico es relativamente creciente. De hecho, en su uso común, el concepto de *masculinidad* “hace referencia al conjunto de formas que puede adoptar el género considerado propio de los hombres” (Subirats, 2020, p.23). Desde este punto de vista, la masculinidad supone la existencia de diferentes formas de pensar, sentir y actuar propias de los hombres, delimitadas en función de los atributos e imperativos que configuran la estructura sociocultura vigente en las sociedades actuales (Sambade, 2020).

Los estudios de las masculinidades aparecen por primera vez en el ámbito anglosajón desde comienzos de la década de los setenta, como reacción positiva a los estudios feministas de la academia norteamericana (Kimmel, 2008). De hecho, inicialmente comienzan a desarrollarse gracias a la financiación de los estudios de las mujeres, en tanto que comparten las mismas líneas de investigación (Sambade, 2020). Pese a su conformación inicial en la década de los setenta, no es hasta mitad de la década de los noventa cuando los estudios de las masculinidades comienzan a traspasar fronteras y a formar parte de los diferentes estudios realizados en las universidades españolas y latinoamericanas (Lomas, 2004). En España, los estudios sobre masculinidades con perspectiva de género aparecen en el ámbito académico desde mediados de la década de los noventa, en la medida en la que se nutren teórica

y epistemológicamente de la corriente de la segunda ola del feminismo (Martínez Guirao y Sanfélix, 2021).

A pesar de la reciente publicación de estudios sobre masculinidades en el contexto español, buena parte de las investigaciones realizadas coinciden en afirmar que los mecanismos que crean y reproducen la masculinidad deben ser cuestionados y transformados para posibilitar el cambio hacia la igualdad de género. No obstante, las discusiones relativas sobre este aspecto continúan siendo tan intensas desde su comienzo y pocas han sido resultados desde un punto de vista efectivo. En el intento de establecer un breve recorrido de la conformación actual de los estudios de las masculinidades en el contexto universitario español, cabe señalar la inexistencia de un área de conocimiento específica sobre las mismas. De hecho, de entre los diferentes grados universitarios impartidos en las universidades españolas destaca la ausencia de asignaturas específicas destinadas al estudio de las masculinidades (Quiles, 2019). No obstante, es cierto que se han producido numerosos avances en materia de igualdad de género, muestra de ello son las 62 tesis doctorales que abordan el tema de la masculinidad desde diferentes perspectivas de estudio.

1.1. Aproximación histórica al origen de los estudios de las masculinidades

En la actualidad, la problematización del concepto de *masculinidad* en el ámbito académico es relativamente creciente. Desde un primer momento, el concepto de masculinidad remite a una entidad compartida por todos los hombres en función de su sexo biológico (Sambade, 2020). De hecho, la masculinidad se puede definir como una entidad biológicamente diferente y complementaria a la feminidad, en tanto que identidad compartida por las mujeres en virtud de su sexo. Desde este punto de vista, la idea de la masculinidad supone la existencia de diferentes formas de sentir, pensar o actuar propias de los varones en función de su constitución biológica. Esta idea tan extendida de la masculinidad se remonta a los orígenes de la propia cultura y puede rastrearse, además, en todos los momentos históricos. Pese a ello, los diferentes modelos de masculinidad imperantes en las sociedades occidentales

experimentan numerosos cambios socioculturales como consecuencia de las estructuras que conforman el tejido actual de las sociedades (Sambade, 2020).

Si bien son amplios los estudios y las investigaciones realizadas desde la perspectiva del pensamiento feminista sobre la situación de desigualdad estructural en la que viven cotidianamente las mujeres como consecuencia de los preceptos patriarcales (De Miguel, 2015), la relevancia, el interés y la pertinencia que despierta el estudio de las masculinidades como campo propio de investigación dentro de los estudios de género es relativamente creciente (Salazar, 2013; Sanfélix, 2020). En este sentido, los estudios de las masculinidades, como campo propio de investigación social, aparecen en la década de los años setenta como consecuencia de la reacción positiva de las investigaciones feministas o estudios de las mujeres «*Women's Studies*» (Kimmel, 2008). De hecho, inicialmente, los estudios sobre masculinidades estuvieron financiados por diferentes proyectos de investigaciones feministas y, en la actualidad, todavía comparten el mismo enfoque y la misma perspectiva, así como sus principales líneas de investigación (Segal, 2008).

Cuando hacemos estudios de género de los hombres y las masculinidades, estamos haciendo investigaciones que atienden a la manera en que el sistema sexo-género (este sistema de ideologías y prácticas, personales e institucionalizadas, que actúan sobre el cuerpo humano definiendo el sexo, el género y el deseo, así como sus formas legítimas, naturales, morales, saludables o bellas de existencia) opera en los sujetos definidos desde su nacimiento como varones y en los que se tiene una expectativa de comportamiento masculino (Núñez Noriega, 2016, p.27).

Esta área de estudio, al igual que los estudios de género, se caracteriza por ser interdisciplinar y heterogénea. Los primeros teóricos que comenzaron a estudiar la masculinidad fueron mayoritariamente los antropólogos y los psicólogos, luego los sociólogos, y, por último, los historiadores. En la actualidad, el interés por el estudio de las masculinidades se ha desplazado a todos los ámbitos de estudio, desde la salud, la educación y la sexualidad, hasta el derecho, el periodismo o la literatura, entre otras disciplinas sociales (Kimmel, 2008). De hecho, los estudios de la masculinidad comprende un campo de investigación en constante transformación,

en la medida en la que los diferentes mecanismos por los que la masculinidad se crea y se reproduce son cuestionados o transformados desde diferentes puntos de vista. Pese a ello, es cierto que, en diferentes ocasiones, no han dado cuenta del carácter relacional de la masculinidad con respecto a la identidad femenina, ni de la inscripción de la masculinidad dentro de la jerarquía de género o de las resistencias masculinas al cambio social (Ranea, 2021).

En un principio, los estudios de las masculinidades se establecieron con el propósito de responder a un fenómeno social caracterizado por los cambios producidos por la segunda ola del feminismo, es decir, la denominada crisis de la masculinidad (Clare, 2002). En pocas palabras, la crisis de la masculinidad remite a la situación de inseguridad que los hombres occidentales comenzaron a experimentar en el curso de sus vidas como consecuencia de los cambios vaticinados por la segunda ola del movimiento feminista. En este sentido, los discursos académicos elaborados en relación con la masculinidad apuntaron, en un primer momento, hacia la representación de los varones como víctimas sociales de una cultura popular: los hombres tenían menos confianza en sí mismos e iban perdiendo terreno en los diferentes estructuras de poder social (Sambade, 2020). La incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, la leyes de protección específica contra la violencia de género, y el cuestionamiento de las posiciones de poder y autoridad de los varones, en tanto que socializados de manera diferenciada en función del género, se establecen como el compendio de circunstancias que favorecieron la crisis existencial de los hombres occidentales. Visto así, la crisis de la masculinidad no es más que un cúmulo de consecuencias causadas en los hombres, debido a la injusta posición de poder que mantienen en las diferentes estructuras supeditadas por los dictámenes del patriarcado (Segal, 2008; Sambade, 2020).

De la misma manera, los estudios feministas trasladan al análisis de la subjetividad masculina la tesis elaborada por Simone de Beauvoir (2017), según la cual, no se nace mujer, sino que se llega a serlo. Así, la aplicación de la categoría de género (entendido como una aportación del feminismo para explicar el patriarcado, que remite a la idea de que se nace con un sexo y el género es una categoría que se impone y se construye según el sexo con el que se nace) a la noción de masculinidad, ha permitido demostrar que lejos de la idea prefijada de la existencia de una única

identidad masculina delimitada en función de la biología, existen diferentes construcciones socioculturales de la masculinidad que, a pesar de las variaciones culturales existentes, siempre permanecen estructuradas en relación con la discriminación y dominación de las mujeres (Alario, 2021). La confluencia de los estudios de la masculinidad junto con la teoría de liberación homosexual y la teoría *queer* permiten poner en evidencia que la masculinidad patriarcal se encuentra interconectada por diferentes ejes de identificación como la clase, la etnia y la orientación sexual (Connell, 2020). En este sentido, no existe un modelo único o universal válido para todas las sociedades, sino que convergen diferentes categorías sociales que dan paso a la diversidad de masculinidades existentes.

Si bien los estudios de las masculinidades comienzan a problematizar a los hombres como sujetos con género propio (Salazar, 2013), diferentes investigadoras e investigadores señalan la ausencia de una perspectiva crítica de un número significativo de los estudios realizados en este campo (Ranea, 2020). Desde este punto de vista, Azpiazu (2013) indica que se ha tendido a priorizar el estudio del significado de lo que es ser un hombre entre los propios hombres, en detrimento de un nuevo planteamiento integral que permita poner de manifiesto la hegemonía de género masculino y las relaciones de poder sobre las mujeres (Ranea, 2021). En virtud de ello, cabe señalar que, desde sus orígenes en la década de los setenta, los estudios de las masculinidades comprenden un campo de investigación propia especialmente masculinizados, en la medida en la que han sido principalmente los varones quienes han tomado parte en ese asunto, y se han citado unos a otros con la finalidad de obtener cierto prestigio social en una cultura que, en tanto que cuestionada por ellos mismos, no hace más que invisibilizar o silenciar a las mujeres en casi todas las áreas de conocimiento (Ranea, 2021).

Pese a ello, es cierto que también empieza a aumentar el número de mujeres que comienzan a investigar sobre la masculinidades. De hecho, la principal referente a nivel mundial de los estudios de la masculinidad es una mujer trans: la socióloga australiana Raewyn Connell², quien a finales de la década de los ochenta populariza

² Raewyn Connell es una mujer trans que realiza su transición de género bien entrada la mediana edad. Pese a que buena parte de su producción científica ha sido publicada con un nombre de género neutro, es a comienzos de 2006 cuando sus trabajos comienzan a publicarse con el nombre Raewyn

en extremo el concepto de “masculinidad hegemónica³” de tal modo que, es inevitable establecer o delimitar un estudio de las masculinidades sin hacer una referencia constante a este término. De la misma manera, en el contexto español, se puede destacar la figura de Anastasia Téllez, profesora de la Universidad Miguel Hernández de Elche, y directora del primer Título Especialista Universitario en Masculinidades, Género e Igualdad; Beatriz Ranea, profesora de la Universidad Complutense de Madrid, especializada en estudios de género; Ana de Miguel, filósofa y feminista española, que aborda en sus obras la cuestión de los privilegios masculinos; o Coral Herrera, escritora y comunicadora feminista, especializada en la propuesta de diferentes estrategias amorosas para que los hombres puedan experimentar un amor compañero, alejado de los rígidos estamentos que conforman la masculinidad hegemónica o patriarcal.

Desde este punto de vista, a pesar de que comienzan a aumentar el número de investigadoras en el campo de las masculinidades, el hecho de ser un área de conocimiento altamente masculinizada, puede animar a preguntarse sobre el lugar de enunciación de las masculinidades en la investigación y cómo esta influye en el proceso investigador. Dicho de otro modo, la producción de conocimiento científico se ha llevado a cabo de manera mayoritaria por sujetos hegemónicos, hasta que las mujeres tuvieron la oportunidad de acceder a diferentes puestos de investigación en las comunidades académicas (Ranea, 2021). Los estudios de la masculinidad surgieron como estudios *sobre* la masculinidad y *desde* la masculinidad, de modo que, al emerger como epistemologías desde el privilegio masculino, pueden no problematizar la masculinidad como una situación de poder de los hombres con respecto a las mujeres (Ranea, 2020).

Connell. Martín (2007) indica que la transexualidad de Connell intercede en el pensamiento de sus publicaciones, de manera que modifica de manera especialmente significativa sus aportes sobre las masculinidades y el género.

³ La masculinidad hegemónica es una encarnación del poder en sí misma, que se representa en determinados comportamientos, actitudes, formas de relacionarse que contribuyen a sostener los privilegios masculinos. Es decir, la masculinidad hegemónica se expresa con esas prácticas masculinas que reproducen el sistema patriarcal y representan a las mujeres desde la alteridad y la inferioridad (Ranea, 2019, p.67).

En este sentido, Hearn (2004) establece una distinción entre los *Men's Studies* y los *Critical Studies on Men* basada, principalmente en la consideración del poder. En este sentido, mientras que los *Men's Studies* no tienen en cuenta el análisis del poder masculino, los *Critical Studies on Men* se centran de manera principal en el estudio crítico del mismo. De hecho, Hearn (1997) indica que no se puede eludir el poder cuando se analiza la masculinidad, puesto que el poder y la dominación masculina son a su vez estructurales e interpersonales (Ranea, 2021).

Los estudios críticos sobre los hombres comprenden los estudios sobre los hombres que son críticos. Son estudios realizados por mujeres y hombres. De hecho, los estudios realizados por mujeres, por hombres, y por mujeres y hombres en colaboración son importantes para el desarrollo de los estudios de las masculinidades. Decir "estudios críticos sobre los hombres" intenta dejar claro que: (i) estos estudios son *críticos* (es decir, estudios feministas y/o profeministas); (ii) estos estudios son *sobre hombres*; (iii) estos estudios abordan de manera *explícita las cuestiones de género*; (iiii) estos estudios pueden ser realizados por *hombres y mujeres, por separado o en colaboración* (Hearn, 1997, p.50).

Desde este punto de vista, cabe señalar la importancia de que los estudios de las masculinidades incorporen su matriz feminista para analizar las relaciones de género como relaciones de poder. Por el contrario, si no lo hacen, corren el peligro de constituirse en un saber parcial, que elude la responsabilidad de la producción de conocimiento y la reflexividad en el proceso de la creación de conocimiento científico con enfoque de género (Ranea, 2021). Lo realmente relevante no es que los estudios de las masculinidades sean realizados por hombres o mujeres, sino que pongan el centro de atención en las prácticas masculinas que legitiman la desigual distribución de las estructuras de poder en las sociedades patriarcales. En este sentido, los estudios de las masculinidades deben situarse y tener presente los mecanismos de reproducción del orden social patriarcal con el propósito de desmantelar el carácter relacional de los desequilibrios de poder que atraviesan las mujeres y los hombres (Ranea, 2020).

En un tiempo se habló sobre los Estudios sobre los hombres, luego se habló de Estudios de hombres y masculinidad y hoy hablamos de Estudios Críticos de Hombres y Masculinidades (CMSS) (Enguix, Nardini y Abril, 2018). Desde los CSMM se interrogan las prácticas, las experiencias, los discursos y las realidades de los hombres para criticar el poder; pero también para detectar modelos distintos de masculinidades: no se basa solo en una crítica negativa reactiva sino que aspiran a una transformación positiva más activa. A pesar de estas intenciones, los teóricos más relevantes de los CSMM son hombres y del primer mundo (norte de Europa o EE.UU. con pocas excepciones) y todavía se centran en el estudio de los hombres “como hombres” (Enguix, 2020, p.38).

1.2. Los estudios de las masculinidades y la teoría feminista

Desde finales de la década de los setenta, pensadoras feministas como Kate Millet, Sulamith Firestone o Betty Friedan, entre otras muchas, comenzaron a delimitar y sopesar el entramado estructural en el que las mujeres eran socializadas en la subordinación con respecto a los hombres, mientras que ellos eran socializados en el dominio del poder y de la autoridad, respaldados por el empleo de la violencia en el caso de que fuera necesario (Millet, 2017). Este sistema de dominación masculina, denominado como patriarcado, remite al *gobierno de los padres*, es decir, a un modelo de organización social, político y cultural en el que el poder corresponde a los varones, y en el que las mujeres se encuentran sometidas a ese poder masculino (Salazar, 2019). Desde este punto de vista, las teóricas feministas utilizan las aportaciones de Simone de Beauvoir (2017) para dar cuenta de la situación social de subordinación de las mujeres.

La obra de Simone de Beauvoir (2017), *El segundo sexo* sostiene que la situación de subordinación de las mujeres se debe principalmente a que ellas son categorizadas como la *Alteridad*. Por el contrario, los hombres representan al sujeto universal de la especie humana, un sujeto que se caracteriza por tener su propia naturaleza que se construye por medio de diferentes proyectos de permanente libertad. En un principio, Beauvoir (2017) comienza a indagar en las explicaciones que pueden aportar claridad a este tema en diferentes disciplinas académicas, como la Biología,

la Psicología, o la Historia, e indica que la maternidad, como hecho biológico, puede aportar cierta claridad en la explicación de la subordinación de las mujeres. Sin embargo, en la medida en la que los seres humanos se definen por su ser en proyecto, estas diferencias no justifican la desigualdad de las mujeres en las diferentes estructuras sociales. En consecuencia, la subordinación de las misma se debe entender como un hecho humano basado en el poder y en la cultura que deriva del mismo, de modo que es posible que pueda ser modificado (Sambade, 2020).

Los estudios feministas trasladan al análisis de la subjetividad masculina la tesis elaborada por Simone de Beauvoir (2017), según la cual, no se nace mujer, sino que se llega a serlo. En este sentido, aunque de manera implícita, Beauvoir esboza ampliamente las características de la cultura de la masculinidad, en tanto que se define como la posición de superioridad social de los hombres en los mercados económicos o políticos, como consecuencia de la necesidad de la representación familiar y social. De la misma manera, Kate Millet (2017) con su obra *Política sexual* sostiene que las estrategias de saber-poder se integran en un marco de estrategias más amplias que conforma una política, es decir, “un conjunto de estratagemas destinadas a mantener un sistema” (Millett, 2017, p.67). En este sentido, la política comprende todos los órdenes de la vida social, de modo que perpetúan históricamente el dominio del grupo de pares masculinos sobre el femenino. El argumento político o lema de la segunda ola del movimiento feminista *Lo personal es político* remite a la naturalización de las relaciones personales entre los sexos, de modo que las mujeres quedan nuevamente relegadas al ámbito privado como consecuencia de esta política de dominación masculina.

Millet (2017) sostiene que la supremacía masculina se sustenta en la estructura patriarcal de la sociedad y de las instituciones. De hecho, ella misma indica que la industria, el comercio, la tecnología, las universidades, la ciencia, la política o la finanzas, entre otras cuestiones, remiten a la prioridad natural de los hombres con respecto de las mujeres. Dentro de este enclave de dominio masculino, Millet (2017) hace énfasis en la idea de que la desigualdad social de los sexos es consecuencia directa de la socialización de género diferenciada en la cultura androcéntrica. Por tanto, en lugar de explicar la masculinidad y la femineidad por medio de cuestiones naturales o biológicas, las identidades de género son principalmente constructos

culturales determinados por las prácticas de poder de los hombres, de modo que “lo masculino y lo femenino, constituyen, a ciencia cierta, dos culturas y dos tipos de vivencias radicalmente distintos” (Millet, 2017, p.80).

Por una parte, la masculinidad se construye a partir de la posición de superioridad de los hombres en las diferentes estructuras de poder social, a saber: la familia, el Estado y la Iglesia. En la familia y en la Iglesia, los hombres, entendidos como padres de familia y padres espirituales, ejecutan la autoridad que el propio Estado no puede ejercer sobre la vida pública y privada de las mujeres. Por otra parte, a la feminidad se le asigna el trabajo doméstico de cuidado personal, carente de valor en el mercado precapitalista, y supeditado al cuidado de los hijos e hijas, y del propio esposo (Sambade, 2020). Esta situación de subordinación de las mujeres se reafirma, además, mediante el uso de la violencia. De hecho, la masculinidad consiste, en gran medida, en la preparación psicológica y social para el ejercicio constante de la violencia contra las mujeres y aquellos hombres que se desvían del encorsetamiento de género masculino. En el caso de los varones jóvenes, las conductas violentas e iracundas son consideradas como naturales conforme a su sexo, y valoradas en extremo desde un punto de vista social. Desde este punto de vista, elogios como *este sí que tiene un par de cojones* o *este sí que tiene los huevos bien puestos* ponen de manifiesto este hecho (Sambade, 2020).

En virtud de los acontecimientos experimentados por la segunda ola del movimiento feminista sobre las identidades sexuales, aparece por primera vez el concepto de *masculinidad patriarcal*. Los planteamientos feministas ponen de manifiesto que, en la extensión de la cultura occidental, siempre ha existido una inamovible división sexual del trabajo (Nuño, 2020). Por este motivo, las mujeres eran relegadas a un plano privado en el que aparecen como responsables de las tareas domésticas y de cuidados. Por el contrario, los hombres, instituidos como *pater familias* «cabezas de familia», representan con total plenitud la condición humana, es decir, sujetos capacitados para el desarrollo económico del conocimiento, para el gobierno de las ciudades, y para el desempeño de la actividad económica en el ámbito público o social (Seidler, 2010).

El concepto de *masculinidad patriarcal* hace referencia a toda identidad masculina construida sobre la base histórica, cultural y simbólica de la dominación y/o discriminación social de los hombres sobre las mujeres. En su diversidad histórica y social, esta posición hegemónica ha significado de modo universal tres exigencias morales que actúan en la subjetividad masculina a modo de legitimación de los privilegios patriarcales: las exigencias de protección, provisión y potencia sexual. La contrapartida de estas exigencias ha sido la reproducción de la hegemonía social, con sus consiguientes libertades y privilegios (Sambade, 2017, p. 170).

Esta perspectiva de la masculinidad ofrece una visión dinámica de la misma, en tanto que remite a la construcción sociocultural de la masculinidad sobre la base de diferentes mandatos o exigencias de identificación basadas en realización de determinadas prácticas sociales, que reproducen la estructura de dominación de las mujeres (Sambade, 2017). Estos mandatos o imperativos son principalmente los siguientes: la separación de los varones de la madre para evitar comportamientos, actitudes o valores femeninos; la segregación desde edades tempranas para diferenciarse de las chicas; y la reafirmación de la heterosexualidad por negación de la homosexualidad (Badinter, 1993). Dicho de otro modo, la masculinidad patriarcal enseña a los hombres que su razón de ser reside en la capacidad para dominar a las mujeres. Por tanto, en el intento de revertir esta situación, los hombres deben criticar y desafiar la dominación masculina que impera en las sociedades patriarcales, así como acercar posiciones con respecto a la conformación de una masculinidad feminista (Salazar, 2019a).

La masculinidad patriarcal enseña a los hombres que su conciencia de sí mismos y su identidad, su razón de ser, reside en su capacidad para dominar a otros y otras. Para cambiar esto, los hombres deben criticar y desafiar la dominación masculina sobre el planeta, sobre hombres con menos poder, sobre mujeres, niñas y niños; y también deben tener una visión clara de qué podría ser una masculinidad feminista (bell hooks, como se citó en Salazar, 2019a, p.54).

La teoría feminista sostiene que todas las personas tienen los mismos derechos en cuanto que partícipes de la especie humana. No existe justificación ética alguna que legitime la desigualdad social entre hombres y mujeres. De este modo, la teoría feminista se inserta en un proyecto personal y político que vindica la injusticia de las relaciones sociales de subordinación de las mujeres. Así, los estudios de las masculinidades deben partir de esta base, en tanto que investigan las posibilidades de transformación de las masculinidades de conformidad con los cambios democráticos propuestos por la lucha del movimiento feminista (Sambade, 2020).

1.3. Los enfoques de la masculinidad

Los aportes brindados por la corriente de pensamiento feminista deben estar presentes en el estudio de las masculinidades, puesto que al reflexionar sobre las mismas, se hace necesario beber teóricamente del feminismo radical, es decir, aquel que pretende ir directamente a la raíz del problema de la desigualdad estructural de las mujeres en las sociedades patriarcales (Romero Pérez, 2020). En cualquier caso, cabe señalar que los diferentes enfoques que comprenden el estudio de las masculinidades se ubican desde el momento en el que las sociedades occidentales asumen un cambio social, manifiesto en las diferentes estructuras de las sociedades como consecuencia de los cambios consolidados por la segunda ola del movimiento feminista. En este sentido, los enfoques de las masculinidades tienen como propósito describir e identificar los atributos o mandatos asociados a las interpretaciones que, sobre las masculinidades ofrecen las diferentes disciplinas sociales, a saber: el enfoque histórico, el enfoque antropológico, el enfoque psicológico y el enfoque sociológico (Montesinos, 2002).

❖ El enfoque de la Historia Social

La Historia Social es la ciencia que a través de diferentes procesos cognitivos, permite comprender diferentes rasgos o atributos de la masculinidad en las diferentes etapas del proceso evolutivo. En este sentido, cabe señalar que la

masculinidad adquiere diversas formas de expresión en el marco histórico y social, al tiempo que su afianzamiento cultural depende de la estructura patriarcal cimentada por los hombres en la sociedad (Montesinos, 2002). Desde este punto de vista, Kimmel (1992) indica que los trabajos históricos de la masculinidad confluyen en el ideal del feminismo cuando pretenden avivar su pensamiento sobre la construcción histórica de la categoría del género. En este sentido, si bien los hombres aparecen como actores sociales valorados en función de la socialización de género, es prioritario analizar su continuidad como entidad individual y colectiva al mismo tiempo, si bien permitirá historiar la evolución del género masculino desde un primer momento hasta la actualidad. Dicho de otro modo, se trata de separar a los hombres como seres humanos para interpretar su desarrollo histórico en condición de sujetos socializados por el género masculino.

Por otra parte, diferentes estudios sobre las masculinidades inciden en la perspectiva de la Historia Social con el propósito de evidenciar aquellas crisis de identidad bajo las que ha estado sometida la cuestión masculina. Si bien no se trata de hacer un recuento de las posibles crisis a las que se ha visto sometida la masculinidad, merece especial atención recuperar el enfoque histórico para destacar los escasos pero significativos ejemplos de la crisis masculina. Estos mismos permiten consolidar una visión compacta o real acerca del carácter que la masculinidad adopta en la actualidad (Montesinos, 2002).

En virtud de ello, Badinter (1993) sostiene que las crisis masculinas permiten contemplar los contextos culturales en los que se manifestaron esas expresiones culturales. Así, esta autora muestra cómo las *preciosas francesas* (1650-1660) militaron en favor de un nuevo ideal femenino que posibilitara el derecho a la dignidad. Por ello, supieron atacar contra los principios de cohabitación marital, convivencia y maternidad. Este hecho condujo a que los *preciosos* recriminaran su actitud violenta y patriarcal, si bien apreciaron el valor del cuidado y la moral. Este fenómeno social que adopta la corte francesa es duramente criticado por otras cortes, en tanto que consideran que estas prácticas suponen una traición al modelo de masculinidad tradicional. Otro momento de crisis de la masculinidad coincide con la etapa de crisis económica que acontece la sociedad capitalista (1871-1914). En este sentido, el marco del cambio cultural surtió efecto cuando las mujeres

comenzaron a estudiar en la Universidad. De este modo, además de lograr mayor reconocimiento en el espacio social, incitaron a los hombres a cuestionar el poder patriarcal.

Los hombres, en su mayoría, son hostiles al movimiento de emancipación de las mujeres. Y no es solo la corriente católica tradicional o el movimiento obrero los que temen la competencia que supone para ellos la mano de obra femenina (...) Esos hombres tienen la sensación de asistir no a una simple evolución, sino a una mutilación real. En lo más alto y lo más bajo de la escala social, ven amenazada su identidad por esa nueva criatura que pretende vivir con ellos, hacer lo mismo que ellos, hasta el punto que temen verse obligados ellos mismos a cumplir tareas femeninas y, horror supremo, ¡convertirse en mujeres!. (Badinter, 1993, p.30)

Bajo estas circunstancias es fácil comprender la naturaleza de la segunda crisis de la identidad masculina, puesto que conforme las mujeres exigen el reconocimiento de sus derechos, los hombres comienzan a experimentar una pérdida de espacios en un marco que siempre había mantenido a las mujeres en el espacio privado. Este es el principal motivo por el que buena parte de los hombres decidieron mantener una actitud hostil con respecto a la emancipación económica de las mujeres (Badinter, 1993; Montesinos, 2002). Evidentemente, la crisis de la masculinidad no se debe exclusivamente a esta nueva forma de ser mujer, sino a un cambio integral que la sociedad capitalista registra en todos los ámbitos sociales, en especial, en lo económico. Para ganarse la vida, no eran necesarias la fuerza, la iniciativa o la imaginación. La crisis de la masculinidad se encuentra en su punto más álgido. Desgraciadamente, es la guerra la encargada de poner entre paréntesis la crisis de la existencia masculina, al restituir a los hombres el papel de guerreros que históricamente les había pertenecido (Badinter, 1993). No obstante, solo consiguió enmascarar muchos de los problemas esenciales que no pudieron resolverse durante el período de crisis, y que en la actualidad vuelven a resurgir con toda su virulencia.

La actual «crisis» de la masculinidad podría estar relacionada con el progresivo acceso de la mujer al mundo laboral, un mundo precario e inestable que contrata cada vez más a mujeres con sueldos bajos y a tiempo parcial. Tampoco el consenso público que indica que los chicos y los hombres están en fase de crisis ha generado acuerdo alguno sobre qué hacer al respecto. Una corriente de pensamiento (...) argumenta que los hombres se encuentran en una «crisis desesperada» porque todavía intentan cumplir con los rígidos y anticuados códigos tradicionales de la masculinidad. Otra visión, igualmente popular, es que los chicos están sufriendo porque nuestra cultura quiere «feminizarlos», despreciando y devaluando la masculinidad. Así, nos animan a resolver los problemas psicológicos de los hombres reforzando nuevas formas de expresión personal y, en última instancia, mediante modelos de «instrucción varonil» (Segal, 2008, pp.158-159).

❖ **El enfoque de la Antropología Social**

El enfoque holístico de la Antropología Social permite profundizar en el análisis del marco cultural mediante el conocimiento de las relaciones de género que hombres y mujeres reproducen en sociedad. Dicho de otro modo, la Antropología Social dispone de diferentes herramientas culturales que permiten identificar el papel que desempeñan los hombres y las mujeres en el mantenimiento de las estructuras de poder social. Montesinos (2002) indica que tanto la masculinidad como la feminidad adquieren diferentes perspectivas de expresión social, en la medida en la que dependen de la visión portada por la propia cultura. En este sentido, la masculinidad no se expresa de manera universal, dado que no se trata de un rasgo social constante, sino por medio de manifestaciones propias de diferencias culturales que coexisten en un momento determinado de la historia, sin negar, además, diferentes formas de expresión de la misma masculinidad. Es importante considerar que, en la actualidad, la sociedad occidental moderna predomina sobre otras formas de expresión cultural, en tanto que se sustenta en una estructura de dominación masculina sobre la identidad femenina, de manera que, históricamente, el poder ha sido monopolizado constantemente por varones. Tal como indica Kaufman (1989) “Lo que está realmente en juego no es una hombría biológica, nuestro sexo, sino nuestras nociones de la masculinidad históricamente específicas, socialmente construidas e incorporadas individualmente por lo varones”. (p.19).

La antropología siempre se ha ocupado de *hablar* de hombres *hablando* a hombres de otros hombres. Sin embargo, es relativamente creciente cuando los estudios de las masculinidades contemplan a los hombres como sujetos con género (Salazar, 2013). Desde este punto de vista, Gutmann (1998) afirma la existencia de cuatro formas distintas que los y las antropólogas emplean para definir el concepto de masculinidad, así como las nociones relativas a la identidad masculina.

- ❖ La masculinidad es, por definición, cualquier cosa que los hombres piensan y hacen.
- ❖ La masculinidad es todo lo que los hombres piensan y hacen para ser hombres.
- ❖ Algunos hombres, inherentemente o por adscripción, son considerados “más hombres” que otros hombres.
- ❖ La masculinidad es cualquier cosa que no sean las mujeres.

En esta misma línea de pensamiento se posicionan autores como Minello (2002), quien entiende la masculinidad como un concepto en construcción, relacional (en tanto que solo existe en relación con el género femenino), y como una herramienta analítica de género. Así, el enfoque antropológico evita caer en el etnocentrismo, es decir, en un modelo universal de masculinidad hegemónica válido para todas las culturas, para todas las sociedades y en todos los momentos históricos (Martínez Guirao y Sanfélix, 2021).

Verla como un concepto en construcción significa no olvidar que las dimensiones, variables e indicadores que lo componen no están ni total ni claramente establecidas. Decir que es una categoría borrosa y poco clara (Coltrane, 1994; Segal, 1990) significa la necesidad de mayor investigación empírica —apoyada en el aparato teórico disponible en este momento—, que permita fundamentar sólida y rigurosamente un concepto como el que nos ocupa. Estas investigaciones concretas, antropológicas, históricas, sociológicas, psicológicas y psicoanalíticas, con las

características que correspondan a cada disciplina, deberán contemplar los aspectos materiales y simbólicos, el cuerpo y sus significados, el proceso histórico y los tiempos (largos y cortos), las estructuras y los hombres y mujeres de carne y hueso, las condiciones individuales y las estructurales (Minello, 2002).

De la misma manera, Barragán (2004) indica que los mecanismos socioculturales que se emplean habitualmente para demostrar que se es un hombre varían constantemente en función de diferentes características, como la clase social, la cultura, la época histórica y, sobre todo, por la forma de entender la contraposición entre el género femenino y masculino. Desde este punto de vista, se pueden evidenciar tras aspectos básicos en relación a la construcción de la masculinidad:

- ❖ Buena parte de las sociedades conocidas establecen mecanismos de diferenciación en función del género.
- ❖ La feminidad no es algo que necesita ser construido, mientras que la masculinidad, además de construirse, necesita demostrarse constantemente ante uno mismo y frente a los demás hombres y mujeres.
- ❖ Existen diferentes concepciones de masculinidad distintas de la patriarcal, por tanto, se debe hablar de masculinidades en lugar de masculinidad.

Diferentes investigadoras e investigadores (Gilmore; 1994; Sanfélix 2017a) ponen de manifiesto las diferentes formas que adoptan las culturas y los ritos de construcción de los hombres más allá de los elementos de diferenciación biológica. Las características que definen la masculinidad tanto en el ámbito público como en el privado varían notablemente de unas culturas a otras, e incluso, en ocasiones, pueden ser totalmente contrapuestas. Por este motivo, Pescador (2018) indica que hablar de masculinidad en singular supone un grave error, puesto que la singularidad del término remite a identificar una forma única y exclusiva de representar lo masculino y de ser hombre. Socialmente, así es, sin embargo, la

diversidad cultural del mundo, permite analizar diversos matices en el comportamiento de género masculino en las distintas sociedades.

Por eso me gusta hablar de masculinidades y no de masculinidad, porque existen muchas formas de ser un hombre. Tenemos una idea de la masculinidad que puede volverse tóxica o convertirse en un estereotipo negativo, mientras que las “masculinidades” diversas permiten que cualquier persona, ya sea hombre, mujer o alguien de género no conforme, acceda a sus propias masculinidades (Bola, 2021, p.41).

❖ **El enfoque de la Psicología Social**

La Psicología Social permite comprender los procesos cognitivos mediante los cuales, diferentes individuos comienzan a interiorizar atributos masculinos o femeninos como propios del marco social y cultural en el que conviven. Dicho de otro modo, el enfoque psicológico pretende demarcar las cualidades que prescriben en la configuración de la identidad, así como analizar las estructuras subjetivas que limitan los principios éticos y morales de la sociedad (Montesinos, 2002). En relación con el estudio de la masculinidad, la psicología intenta indagar en los efectos negativos que la sociedad confiere a su identidad, en tanto que contempla el monopolio de poder que los hombres detentan en las relaciones familiares y de pareja. Asimismo, comprende el proceso personal que los hombres deben superar para aseverar los requerimientos dispensados por las diferentes instancias políticas y sociales en relación con el modelo de masculinidad hegemónica o tradicional.

En este sentido, Sanfélix (2020) indica que la conducta masculina depende de multitud de factores que inciden de manera irracional en la conformación de la masculinidad. Si los hombres, tan universalmente contruidos en función del modelo de masculinidad patriarcal, deben pasar por constantes pruebas para probar su masculinidad es, precisamente, porque esta misma no se encuentra determinada por la naturaleza. No se nace hombre, sino que las sociedades cuentan con diferentes sistemas para hacer hombres a la fuerza. En ese sentido, si bien la naturaleza resulta insuficiente para acometer este hecho, las sociedades establecen

pautas, pruebas, rituales y sistemas de premios y castigos que incentivan las conductas agresivas y activas, e inhiben, al mismo tiempo, los comportamientos pasivos, y asociados, en consecuencia, a la feminidad (Callirgos, 2003).

Nacido de una mujer, mecido en un vientre femenino, el niño macho, al contrario de lo que le sucede a la hembra, se ve condenado a marcar diferencias durante la mayor parte de su vida. Solo puede existir oponiéndose a su madre, a su feminidad, a su condición de bebé pasivo. Para a ver valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual (Badinter, 1993, p.51).

La identidad masculina, al ser una identidad por oposición, comprende una dificultad básica: es menos estable y menos precoz que la feminidad de las niñas. De hecho, la adolescencia comprende uno de los momentos más importantes en la conformación de la masculinidad. Si bien los chicos no tienen una frontera precisa de cuándo se convierten en hombres, se han desarrollado diferentes ritos de paso que evidencia el cambio del estatus de niño a hombre. En este sentido, los deportes, la pandilla de amigos, los medios de comunicación y el espacio de las calles desempeñan un papel esencial en la conformación de la masculinidad patriarcal (Herrera, 2019; Sanfélix, 2020).

❖ **El enfoque de la Sociología**

La Sociología representa la versión moderna de las Ciencias Sociales, en tanto que permite analizar la relación que hombres y mujeres mantienen a través de diferentes contextos de interacción social. En este sentido, cuando aparecen identidades de género divergentes en la relación de oposición masculinidad versus feminidad, cabe señalar los cambios sociales provenientes de los diferentes ámbitos de transmisión cultural. Desde este punto de vista, y en relación con la antropología, el enfoque sociológico permite dilucidar la existencia de determinismo cultural, si bien los cambios económicos y políticos producidos en el devenir de la sociedad

surten efecto directo en la transformación de las relaciones de género. De este modo, la identidad de género precede en la transformación del marco cultural de la sociedad y, por tanto, favorece la emergencia de nuevas identidades genéricas (Montesinos, 2002).

En la actualidad, los estudios elaborados en relación con la masculinidad coinciden en afirmar que la masculinidad es una construcción sociocultural múltiple, colectiva, variada, volátil y dinámica (Gómez et al., 2015) Por tanto, al ser identidades adquiridas socialmente, se encuentra constantemente abiertas a transformaciones y cambios. La masculinidad, al igual que la feminidad, no es una esencia universal e inalterable, sino un efecto de la cultura, un lastre histórico y social de la existencia humana constituida a lo largo de la historia por y para el hombre (Lomas, 2004). Como sostiene Badinter (1993) a propósito de la identidad masculina:

- ❖ No existe una masculinidad única, lo que implica que no existe un modelo universal y válido para cualquier edad, clase social, territorio, orientación sexual o patrimonio, sino que existe una diversidad heterogénea de identidades masculinas y de maneras de ser y construirse hombre.
- ❖ La versión dominante de la masculinidad no constituye una esencia, sino una ideología de poder, opresión y autoridad hacia las mujeres, que tiende a justificar la dominación masculina.
- ❖ La identidad masculina, en todas sus versiones, se aprende, se construye, y, por tanto, también se puede cambiar.

En consecuencia, Connell (2020) indica que las principales corrientes de investigación sobre la construcción de la masculinidad han fallado en el intento de producir una ciencia coherente respecto a ella. En este sentido, se evidencia tanto el fracaso de investigadores e investigadoras, como la dificultad e imposibilidad del análisis e investigación sobre el tema en cuestión. La masculinidad no es un objeto coherente ni aislado acerca del cual se pueda producir una ciencia generalizadora,

sino un aspecto de estructura mayor, que entra en intersección con diferentes elementos y perspectivas teóricas.

1.4. Los estudios de las masculinidades en España: una panorámica general

En un principio, los estudios sobre masculinidades «*Men's Studies*» aparecen en la década de 1970 en las universidades estadounidenses como consecuencia de las vindicaciones promovidas por la segunda ola del movimiento feminista. Sin embargo, no es hasta mitad de la década de 1990 cuando comienzan a aumentar en el ámbito estadounidense y latinoamericano. En el marco español, los estudios sobre masculinidades con perspectiva de género empiezan a emerger a finales de 1990, si bien pretende fundamentar sus planteamientos teóricos bebiendo teórica y epistemológicamente del feminismo radical⁴. De hecho, hasta la fecha, son pocas las investigaciones que dan cuenta sobre el estado de la cuestión masculina, en tanto que, todavía, diferentes sectores de la academia muestran sus reticencias para aceptar el estatus de la masculinidad como objeto de investigación social (Montesinos, 2002).

Mientras tanto, de manera paulatina, comienzan a emerger diferentes estudios que centran la atención en la cuestión masculina como elemento a analizar, sobre todo, en el intento de promover modelos alternativos de masculinidad que, en consonancia con los preceptos del movimiento feminista, puedan avanzar con el propósito de promover sociedades democráticas. En el caso español, Artemio Baigorri (1995) es uno de los principales estudiosos que comienza a analizar la cuestión masculina para el caso de los hombres extremeños. Su trabajo pone de manifiesto la situación de aquel momento con respecto a la masculinidad, si bien

⁴ El feminismo radical surge a finales de la década de 1960 en Estados Unidos y, a partir de la década de los setenta en Europa y América Latina. Su análisis crítico se articula sobre cuestiones relacionadas con la sexualidad, si bien parte de que el origen de la opresión patriarcal se encuentra en el control masculino de las capacidades sexuales y reproductivas de la mujer. Para las feministas radicales, todo lo que sucede en las paredes del hogar, todo lo que ocurre en las relaciones íntimas de las parejas heterosexuales, son relaciones políticas (Romero Pérez, 2020).

estos estudios eran prácticamente inexistentes en el ámbito científico estatal (Sanfélix, 2017a).

El escaso interés que este tema despierta entre los investigadores españoles queda demostrado por la práctica inexistencia de traducciones de estudios extranjeros, al contrario de lo que ocurre con otros objetos de estudio, como por ejemplo *las mujeres*, o incluso las relaciones entre ambos sexos (aunque en este caso abundan los ensayos de tipo especulativo o psicodivulgativo -autoayuda y relaciones interpersonales-, pero las obras científicas son también muy escasas) (Baigorri, 1995, p.97).

Desde este punto de vista, Baigorri (1995) pone en evidencia la inexistencia de bibliografía española sobre el estudio de las masculinidades y señala algunas cuestiones que son interesantes en relación con este tema (Sanfélix, 2017b):

- ❖ La reciente preocupación por el estudio académico sobre masculinidades con perspectiva de género se puede situar en el contexto anglosajón a principios de la década de los setenta (Sambade, 2020).
- ❖ Inicialmente, los estudios sobre las masculinidades comienzan a aparecer en la década de los setenta y los ochenta como consecuencia de las investigaciones feministas realizadas por las mujeres norteamericanas. No obstante, empiezan a producirse en España una vez entrada la década de los noventa (Lomas, 2004).
- ❖ La mayoría de los estudios elaborados en relación con las masculinidades estaban encaminados a medir el cambio de actitudes de los hombres mediante el uso de encuestas enmarcadas en el campo de la Psicología y la Sociología (Montesinos, 2002).
- ❖ En el marco de la orientación psicosocial se plantean diferentes líneas de investigación. La primera de ellas, se centra en priorizar el análisis de los roles sexuales. La segunda, aborda los problemas psicosociales generados

por la pérdida del poder y la autoridad masculina. Esta pérdida de poder ha dado lugar a la denominada crisis de la masculinidad (Segal, 2008).

De la misma manera, otro de los primeros estudios que aborda la cuestión de los hombres en relación con la igualdad de género es el trabajo de Inner (1988). Esta estudiosa destaca la escasa preocupación de la sociedad española sobre el estudio de la realidad masculina y la incidencia de la misma en los ámbitos de socialización cotidiana, como son las tareas domésticas, los métodos anticonceptivos y el rechazo discursivo del machismo. Además, esta investigación justifica la necesidad de analizar la masculinidad y su reacción a los cambios establecidos por el movimiento feminista, es decir, un punto de partida realmente productivo en el intento de abordar el estudio de la masculinidad actual (Sanfélix, 2020).

La emancipación de la mujer es, y seguirá siendo en los próximos años, objeto de investigación y estudio, ya que sus repercusiones trascienden el ámbito social alcanzando dimensiones históricas, al estar la liberación femenina unida a profundas transformaciones de las bases de la organización social de la humanidad como son la estructura familiar y demográfica. El carácter histórico de estas transformaciones se deriva del punto de no retorno hacia épocas anteriores en cuestiones como el descenso de la natalidad o la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado, en lo que es precisamente la voluntad de la mujer el elemento motor del cambio. Pero, ¿qué ocurre con los hombres? Muy poco se ha estudiado acerca del hombre ante la liberación de la mujer en el marco de la objetividad que proporciona una investigación. [...] Era necesario conocer cómo piensan y cómo son las actitudes de los hombres ante estas y otras cuestiones relevantes para una sociedad en la que éstos han descendido en sus privilegios y en la que la dominación del sexo masculino se comienza a percibir -débilmente aún- con connotaciones negativas, a ser rechazada socialmente. Asimismo, es importante conocer cuáles van a ser las tendencias de comportamiento masculino en el hogar, donde es un hecho la disminución de la influencia del hombre y de su tutoría sobre la mujer e hijos. Y no menos importante en el ámbito profesional, donde el aumento de la participación de la mujer y su ascenso hacia puestos de responsabilidad la sitúan en una clara posición de competitividad con los hombres (Inner, 1988, p.7).

Por otra parte, el sociólogo Josep Vicent Marqués (1991) es uno de los primeros hombres españoles que enarbolan la necesidad de analizar la cuestión masculina en el contexto español. Este autor pretende hacer una crítica explícita sobre el poder de los hombres en un sistema patriarcal, así como dar cuenta de las desventajas que suponen para los propios hombres el tener que aceptar los mandatos de género tradicionales. Por tanto, este enfoque de estudio sobre las masculinidades puede resultar realmente provechoso para analizar las estructuras de dominación que los hombres han empleado durante siglos para erigirse como los mandatarios de la sociedades occidentales.

Dicho de otro modo, la visión de estudio que ofrece Marqués (1991) pretende hacer entender que, desde la asunción de las vindicaciones propuestas por el movimiento feminista, se puede hacer una crítica de poder al patriarcado que pretenda favorecer el replanteamiento de la cuestión masculinidad desde otros puntos de vista más igualitarios, equitativos y democráticos, rompiendo, además, con el orden tradicional impuesto por las sociedades patriarcales. De ahí deriva la importancia de entender los estudios de las masculinidades como formas de investigar la vida de los hombres en un amplio marco de análisis dentro de los estudios de género (Sanfélix, 2017b).

Lo que dentro de poco llamaremos patriarcado o sistema de dominación masculina, propone al varón una serie de pautas no solo respecto de la mujer sino también respecto de sí mismo y de la relación con los demás varones. En primer lugar, hay que rescatar como objeto de estudio social esas pautas, explicitándolas y analizándolas, ya que suelen pasar desapercibidas (aunque no a los ojos de las mujeres, que feministas o no, no dejan de percibir a los varones como muy raros). En segundo lugar, cabe preguntarse si los modos y métodos masculinos, esto es, aceptados e interiorizados por los varones desde el dictado del grupo masculino, son realmente vías de realización personal o más bien causas permanentes de infelicidad más o menos cubierta de gloria. Conducir a la mayor velocidad posible un automóvil, lograr el coito con el mayor número posible de mujeres, reprimir el deseo reconvirtiéndolo en propuesta de asesoramiento paternal o destrozarse en el intento de ser el mejor en la profesión, son consignas masculinas que más allá del discurso científico, vale la pena cuestionarse (Marqués, 1991, p.29).

En todo caso, además de la literatura producida por estos tres referentes de investigación sobre masculinidades en el ámbito español, otras autoras y autores de diferentes ámbitos territoriales han comenzado a abordar el estudio de los hombres desde diversos ámbitos con resultados especialmente positivos para la visibilización de la cuestión masculina. En este sentido, cabe destacar los trabajos realizados por Carlos Lomas (2004); Erick Pescador(2004); Enrique Gil Calvo (2006); Marina Subirats (2013); Miguel Lorente (2009); Joan Sanfélix (2011); Octavio Salazar (2013); Julián Fernández de Quero (2015); Ritxar Bacete (2017); Anastasia Téllez (2017); Jokin Azpiazu (2017); Paco Abril (2018); Coral Herrera (2019); Iria Marañón (2020); Iván Sambade (2020); Carmen Ruiz Repullo (2021); Justo Fernández López (2021); Beatriz Ranea (2021), entre otros muchos estudiosos y estudiosas que pone el foco de interés en la masculinidad como objeto estudio para alcanzar la igualdad de género.

De igual modo, también se ha comenzado a analizar la cuestión masculina desde diferentes ámbitos profesionales e institucionales. Así, el Instituto Vasco de la Mujer (Emakunde) con la iniciativa Gizonduz, pretende concienciar e implicar a los hombres en la lucha por la igualdad de género por medio de diferentes campañas, materiales o jornadas celebradas anualmente, a las que asisten buena parte de estudiosos y estudiosas nacionales e internacionales expertos en cuestiones de género, y un largo etcétera de quienes con sus trabajos, publicaciones, aportaciones e intereses aportan una visión completamente enriquecedora sobre lo que significa ser hombre hoy en día.

Por otra parte, merecen especial atención las aportaciones realizadas por los movimientos o agrupaciones de hombres que luchan por la igualdad de género, puesto que su labor de concienciación permite materializar el discurso de la academia hacia diferentes sectores de las sociedades a los que las instituciones todavía no han sabido cómo transmitir que el discurso de que la igualdad de género también favorece a los hombres. En este sentido, cabe señalar la Asociación de Hombres por la Igualdad de Género (AHIGE)⁵, concebida desde comienzos de 2001 como una experiencia compartida por hombres igualitarios en la que se combinan

⁵ <https://ahige.org/>

diferentes espacios de actuación especialmente necesario para contribuir a un cambio en los hombres; o la Red de Hombres por la Igualdad de Granada⁶, un grupo de hombres feministas y un círculo de amigos que invita a trabajar de manera colaborativa en la deconstrucción de los mandatos de género tradicionales que conforman el modelo hegemónico de masculinidad. Asimismo, el Observatorio de las Masculinidades⁷, creado a comienzos de 2021 comprende un espacio virtual, especialmente amplio, en el que se aborda la cuestión de la masculinidad desde diferentes niveles de actuación, como el científico-académico, el activista, el profesional y el social, desde la perspectiva de género y con enfoque feminista.

Pese a la reciente proliferación de estudios sobre los hombres y las masculinidades, cabe señalar que, es en estos momentos, cuando la masculinidad necesita más que nunca ser investigada, comprendida y localizada desde diferentes enclaves territoriales que permitan dar cuenta de la situación en la que viven los hombres, pues, es claro que se trata de un objeto de estudio un tanto escurridizo, principalmente, por el espacio acomodaticio en el que viven buena parte de los hombres como resultado de los dividendos patriarcales, es decir, de aquellos privilegios de los que disfrutan por cuestión de su sexo (Martínez Guirao y Sanfélix, 2021). Así pues, todo trabajo que pueda aportar luz al conocimiento crítico de la masculinidad es necesario, urgente y prioritario (Sanfélix, 2020).

1.5. Los estudios de las masculinidades en las universidades españolas

Pensar a los hombres en el contexto universitario nos remite necesariamente a analizar los distintos segmentos en los que están presentes. La Universidad nace como institución pretendidamente universalista, aunque desde su origen, excluye a las mujeres. La universidad, vista como microcosmos, le gusta pensarse relativamente fuera del ámbito social que le rodea, cuando en su interior se tienden a reproducir los mismos fenómenos. Si bien los estudios de género nacen en gran medida en el espacio universitario, sus primeras impulsoras lo han hecho contracorriente. Es muy reciente que estas instituciones retomen como eje políticas

⁶ <https://redhombresigualdadgranada.org/>

⁷ <http://observatoriomasculinidad.edu.umh.es/>

de género que, actualmente, se encuentran en la etapa de difusión, aunque con escasos programas y acciones sistemáticas que vuelvan cotidiana la perspectiva de igualdad de género (De Keijzer et al., 2019, pp.272-273).

En estos momentos de especial interés social sobre el estudio de las masculinidades, cuando llega la hora de implementar de manera práctica políticas educativas específicas que puedan poner de manifiesto la perspectiva de género, estas mismas acaban circunscritas a un último plano, más aún, si se trata el estudio de las masculinidades como un área especializada o específica dentro del marco de los estudios de género (Quiles, 2019). De hecho, pese a la existencia de diferentes normativas que interceden en beneficio de la implantación de grados, másteres, cursos, asignaturas o materias relacionadas con la promoción de la igualdad de género, estas mismas acaban siendo una declaración de intenciones en lugar de una obligación real. No obstante, también es cierto que, de manera paulatina, el aumento del interés por parte de la sociedad en general y del estudiantado de manera específica, ha posibilitado que el sistema universitario comience a percibir la necesidad de implementar la transmisión de conocimiento sobre la igualdad de género. Además, cabe señalar que las normativa existente a este respecto apuesta de manera seria y decidida a implantar la igualdad real en los diferentes espacios universitarios, de modo que se pretende dibujar nuevos horizontes en los que los hombres puedan formar parte de manera activa en la lucha por la igualdad de género (Salazar-Agulló y Martínez-Marco, 2019).

Si bien los estudios de género tienen una larga tradición en el ámbito educativo, su reconocimiento académico todavía no se ha realizado en toda su extensión, Por este motivo, en numerosas ocasiones se produce cierta confusión con respecto a su contenido, bien de forma interesada por parte de algunos/as docentes, bien por el propio desconocimiento en lo que concierne a estas materias. En cualquier caso, Ventura (2008) pone de manifiesto las razones principales que justifican la necesidad e importancia de incluir los estudios de género en la enseñanza reglada. En primer lugar, se debe hacer hincapié en el hecho de que el saber oficial es un conocimiento parcial, fragmentado y acientífico, en tanto que no se ha tenido en cuenta en los estudios realizados las relaciones de dominación que se producen

entre la persona subordinada (las mujeres) y la persona dominante (los hombres). En este sentido, si bien siempre el varón ha sido presentado como sujeto de estudio universal, es necesario ampliar los horizontes del saber y el conocimiento para promover una mejora desarrollo personal y social. En segundo lugar, habida cuenta de la creación del espacio europeo de educación superior y los acuerdos de Bolonia (1998), uno de los principios sobre los que se fundamenta este espacio de educación superior parte de la premisa de la necesidad de desarrollar a Europa desde diferentes niveles estructurales. De este modo, no puede entenderse este desarrollo si se prescinde de los estudios de género, sobre todo, porque desde comienzos de la década de los setenta, la Unión Europea ha sido pionera en el impulso de estudios e investigaciones que incorporan la perspectiva de género, al tiempo que también desarrollan políticas de igualdad. En tercer y último lugar, la consolidación de los estudios de igualdad en las diferentes instituciones académicas comprende el aprovechamiento de una contribución científica importante en la construcción de un mundo más justo e igualitario para todas las personas que conviven en el planeta, y que, entre otras cosas, ha servido para fundamentar buena parte de los cambios experimentados en relación con la igualdad de mujeres y hombres.

En un breve recorrido histórico por la normativa estatal española, tanto desde el gobierno central como desde las diferentes Comunidades Autónomas, es desde comienzos del año 2003 cuando las diversas normativas contemplan, de un modo u otro, la necesidad de introducir la igualdad y la no discriminación en el ámbito de la universidad. En este sentido, la primera normativa a la que puede hacerse referencia es a Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. Uno de los aspectos que esta normativa aborda es el sistema educativo, así el artículo 4 se dedica a los principios y valores que deben presidir el sistema educativo. *Artículo 4. Principios y valores educativos: 7. Las Universidades incluirán y fomentarán en todos los ámbitos académicos la formación, docencia e investigación en igualdad de género y no discriminación de forma transversal.* De la misma manera, los artículos 6 y 7 remiten al fomento de la igualdad de género mediante la eliminación de recursos sexista, y a la formación del profesorado en la promoción de actitudes basadas desde el respeto y el compromiso por la igualdad de género. *Artículo 6. Fomento de la igualdad. Con el fin de garantizar la efectiva igualdad entre hombres y mujeres, las Administraciones educativas velarán*

para que en todos los materiales educativos se eliminen los estereotipos sexistas o discriminatorios y para que fomenten el igual valor de hombres y mujeres. Artículo 7. Formación inicial y permanente del profesorado. Las Administraciones educativas adoptarán las medidas necesarias para que en los planes de formación inicial y permanente del profesorado se incluya una formación específica en materia de igualdad, con el fin de asegurar que adquieren los conocimientos y las técnicas necesarias que les habiliten para: a) La educación en el respeto de los derechos y libertades fundamentales y de la igualdad entre hombres y mujeres y en el ejercicio de la tolerancia y de la libertad dentro de los principios democráticos de convivencia. b) La educación en la prevención de conflictos y en la resolución pacífica de los mismos, en todos los ámbitos de la vida personal, familiar y social. c) La detección precoz de la violencia en el ámbito familiar, especialmente sobre la mujer y los hijos e hijas.

En definitiva, la Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, que se aprobó sin votos en contra, no tuvo en este aspecto ninguna consecuencia inmediata en el ámbito de las universidades. De hecho, todo continuó igual y no se adaptó ninguna medida específica para aplicarla. Sin embargo, pudo contribuir a generar un debate en el seno de las universidades, auspiciado por el feminismo académico, sobre la necesidad de aplicar las leyes en esta misma institución (Ventura, 2008).

Tres años más tarde, con la aprobación de la Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres, se regulan nuevamente en varios de sus artículos diferentes aspectos relativos a la igualdad efectiva de hombres y mujeres en el ámbito educativo. En este sentido, el artículo 24 remite a la integración del principio de igualdad en la política de educación y, más concretamente, el artículo 25, que pretende regular la igualdad en el ámbito de la educación superior.

Artículo 24. Integración del principio de igualdad en la política de educación. 1. Las Administraciones educativas garantizarán un igual derecho a la educación de mujeres y hombres a través de la integración activa, en los objetivos y en las actuaciones educativas, del principio de igualdad de trato, evitando que, por comportamientos sexistas o por los estereotipos sociales asociados, se produzcan desigualdades entre mujeres y hombres. 2. Las Administraciones educativas, en el ámbito de sus respectivas competencias, desarrollarán, con tal finalidad, las siguientes actuaciones: a) La

atención especial en los currículos y en todas las etapas educativas al principio de igualdad entre mujeres y hombres. b) La eliminación y el rechazo de los comportamientos y contenidos sexistas y estereotipos que supongan discriminación entre mujeres y hombres, con especial consideración a ello en los libros de texto y materiales educativos. c) La integración del estudio y aplicación del principio de igualdad en los cursos y programas para la formación inicial y permanente del profesorado. d) La promoción de la presencia equilibrada de mujeres y hombres en los órganos de control y de gobierno de los centros docentes. e) La cooperación con el resto de las Administraciones educativas para el desarrollo de proyectos y programas dirigidos a fomentar el conocimiento y la difusión, entre las personas de la comunidad educativa, de los principios de coeducación y de igualdad efectiva entre mujeres y hombres. f) El establecimiento de medidas educativas destinadas al reconocimiento y enseñanza del papel de las mujeres en la Historia.

Artículo 25. La igualdad en el ámbito de la educación superior. 1. En el ámbito de la educación superior, las Administraciones públicas en el ejercicio de sus respectivas competencias fomentarán la enseñanza y la investigación sobre el significado y alcance de la igualdad entre mujeres y hombres. 2. En particular, y con tal finalidad, las Administraciones públicas promoverán: a) La inclusión, en los planes de estudio en que proceda, de enseñanzas en materia de igualdad entre mujeres y hombres. b) La creación de postgrados específicos. c) La realización de estudios e investigaciones especializadas en la materia.

Las dos normativas anteriormente citadas coinciden en la necesidad de fomentar y promocionar acciones para la igualdad de género. Así, se puede afirmar que la Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género establece un mandato de carácter general, y la Ley para la igualdad efectiva de mujeres y hombres delimita una concreción mínima de las acciones a desempeñar por las administraciones. En este sentido, se puede afirmar que, aunque aparentemente no exista una conexión directa entre ambas, puede establecerse una relación entre las mismas en lo que concierne a la acción de promover. Por el contrario, también se puede constatar la falta de armonía entre ambas en cuanto a la obligatoriedad de incluir en la docencia formación e investigación en la igualdad y no discriminación.

En lo que respecta a la normativa específica universitaria, la Ley Orgánica 4/2007, de 12 de abril, por la que se modifica la Ley Orgánica 6/2001, de 21 de diciembre, de Universidades, no olvida el papel de la universidad como institución social que transmite valores esenciales. De hecho, el reto de la sociedad actual para alcanzar una sociedad tolerante e igualitaria, donde se respeten los derechos y las libertades de hombres y mujeres, debe alcanzar, sin lugar a duda, a la universidad. Así pues, esta normativa impulsa la respuesta de las universidades en virtud de los valores como objetivos propios de la universidad y de la calidad de la actividad. Para ello, concreta algunas medidas políticas:

- ❖ El establecimiento de sistemas que permitan alcanzar la paridad en los órganos de representación.
- ❖ Una mayor participación de la mujer en los grupos de investigación.
- ❖ La creación de programas específicos sobre la igualdad de género.
- ❖ La creación de programas específicos de ayuda a las víctimas del terrorismo
- ❖ Impulsar políticas activas para garantizar la igualdad de oportunidades a las personas con discapacidad.

Como aparece recogido en el preámbulo de la normativa, se pone de manifiesto el papel de la universidad como institución transmisora esencial de valores y, entre otros aspectos, contempla la igualdad de mujeres y hombres. Todo ello resulta pertinente, pero la cuestión radica en concretar cuales son los mecanismos de los que dispone la universidad para transmitir los valores de respeto y no discriminación. Dicho de otro modo, se presenta un texto normativo de cierta ambigüedad, puesto que no termina de delimitar las obligaciones curriculares que las universidades deben desempeñar para el correcto funcionamiento en materia de igualdad de género y, aunque se regulan aspectos organizativos, como la creación de Unidades de Igualdad, sigue sin definirse el modo en el que deben implementarse los estudios de género en la docencia universitaria, que, en tanto que suele caer en el olvido, es el principal vehículo transmisor de valores igualitarios en las sociedades occidentales (Saldaña, 2011).

En la elaboración de los planes de estudios, el Real Decreto 1393/2007, de 29 de octubre, por el que se establece la ordenación de las enseñanzas universitarias oficiales, introduce el cumplimiento del principio de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Desde este punto de vista, los objetivos generales en el Grado deben definirse teniendo en cuenta los derechos fundamentales de no discriminación y de igualdad de oportunidades, al igual que sucede con los planes de estudio. Por último, el Real Decreto 640/2021, de 27 de julio, de creación, reconocimiento y autorización de universidades y centros universitarios, y acreditación institucional de centros universitarios, solo hace referencia a la disposición de un plan de igualdad de mujeres y hombre, un protocolo contra el acoso sexual y el acoso por razón de sexo en el trabajo, y un registro salarial. Por tanto, y a la luz de los resultados, se puede afirmar que cualquiera de los planes de estudios que no incorpore asignaturas vinculadas a la materia de estudios de género o no obligue a desarrollar las materias de carácter transversal, se aparta del contenido de las leyes y por tanto puede ser susceptible de impugnación.

Pasados quince años desde la entrada en vigor de la normativa de los estudios de género en el ámbito universitario español, resulta necesario realizar un balance sobre la implantación de los estudios de igualdad, y en especial, de masculinidades en las instituciones universitarias. Si bien son escasas las investigaciones que den cuenta de la situación del estudio de las masculinidades en el ámbito universitario, la única investigación encontrada en el ámbito español sostiene que la enseñanza reglada sobre masculinidades que se oferta en las universidades estatales es limitada, dado que no existe un grado oficial dedicado a la igualdad de género o a los estudios de género en toda la geografía española⁸ (Quiles, 2019).

En el caso de los másteres oficiales, de las 29 universidades que ofertan 25 másteres de género, solamente dos de ellos incorporan una asignatura sobre masculinidades. En concreto, el Máster Universitario de la UNED en Estudios de Género imparte una asignatura optativa de 4 créditos titulada "*Masculinidades en transformación social*",

⁸ En relación con este hecho, cabe destacar que la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid fue la pionera en implementar un grado universitario de estudios de género titulado "Igualdad y género" durante el curso académico 2010/2011, sin embargo, supuso su extinción en el curso académico 2013/2014.

y el Máster Universitario de Igualdad y Género en el Ámbito Público y Privado (máster conjunto Universidad Jaume I y Miguel Hernández de Elche) imparte una asignatura obligatoria de tres créditos sobre masculinidades, titulada "*Perspectiva de Género y Nuevos Movimientos Sociales. Nuevas masculinidades*". En este sentido, hay que esperar al curso 2021-2022 para ver aparecer el primer máster en Estudios de las Masculinidades impartido en España en la Universidad de Castilla-La Mancha. Este máster oficial, ofrece una panorámica sobre los estudios de las masculinidades a nivel internacional, en tanto que incluye asignaturas dedicadas al estudio de la historia, la literatura la cultura, el envejecimiento, la paternidad, los feminismos, o la vinculación entre masculinidades y ética animal.

Entre tanto, no es hasta el curso 2020-2021 cuando aparece en España el primer "Título de Especialista Universitario en Masculinidades, Género e Igualdad" de la Universidad Miguel Hernández de Elche, destinado, en exclusiva, a la formación especializada sobre masculinidades con perspectiva de género. Este título incide de manera pormenorizada en todas las aristas o temáticas que comprenden este fenómeno de estudio tan poco investigado en las universidades españolas, a pesar de su auge inminente. Compuesto de 10 asignaturas, subdivididas cada una de ellas en tres temáticas diferentes, es el primer título de España que pretende visibilizar el abordaje de las realidades masculinas en toda su complejidad, desde aquellos aspectos que comprenden la salud o la sexualidad, hasta aquellos más centrados en el ámbito de la educación, como la prevención de las violencias machistas, o el cambio de las masculinidades desde el abordaje de la paternidad.

De manera paralela, para el curso académico 2021-2022 se ha ampliado la oferta de estudios sobre masculinidades, de modo que se oferta en el ámbito español, otro título interuniversitario de especialización en "*Género, Masculinidades y Acción Social*", desarrollado de manera conjunta por la Universidad Complutense y la Universidad del País Vasco, en colaboración, además, del Departamento de Empleo e Inclusión Social de la Diputación Foral de Bizkaia, de la Fundación Cepaim y de Promundo. Este título propio pretende formar a profesionales de la intervención social en el campo de las masculinidades, y su relación con los feminismos. De la misma manera, ponen especial hincapié en el estudio de los mecanismos que emplea

la masculinidad hegemónica para mantener el poder y los privilegios en la sociedades patriarcales.

Por último, en el ámbito específico de la investigación, pese a que es posible que en el futuro se puedan abrir una amplia variedad de líneas sobre la temática de las masculinidades, en lo referente a los programas de doctorado, solamente existen nueve programas sobre estudios de género impartidos en 22 universidades españolas, lo que significa que solamente el 26,5% de centros de educación superior imparte algún programa de doctorado relacionado con los estudios de género. Pese a ello, llama poderosamente la atención que en ninguno de los nueve programas de doctorado existe una línea de investigación específica sobre masculinidades (Quiles, 2019).

Habida cuenta de la ausencia de líneas de investigación sobre masculinidades en el contexto universitario español, resulta imprescindible elaborar una recopilación de tesis doctorales elaboradas sobre este tema de estudio, para dar cuenta de la situación actual a la que se enfrentan los estudios de las masculinidades. Así, si bien se recoge en las diferentes normativas curriculares la promoción de investigaciones sobre género, son escasas las investigaciones que parten de un conocimiento concreto sobre la masculinidad con miras al ansiado objetivo de la igualdad real. La tabla 1 muestra el listado de tesis doctorales realizadas sobre masculinidades en el contexto universitario español. Para ello, se ha usado como fuente de información principal la Base de datos de Tesis Doctorales (TESEO) perteneciente al Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, y se han acotado las fechas de búsqueda desde el año 2007, hasta finales de noviembre de 2021.

En definitiva, todavía las universidades, pese a posicionarse como espacio de excelencia del saber, es decir, del conocimiento garante de la transformación social, no han sido capaces de incorporar el estudio de las masculinidades de manera integral en los diferentes niveles educativos de las instituciones españolas. En este sentido, a la luz de los resultados de las investigaciones realizadas, no se contempla todavía, la posibilidad de implicar a los hombres en la lucha por la igualdad de género, sobre todo, en la medida en la que los estudios de las masculinidades todavía no han sido ampliamente estudiados desde diferentes perspectivas teóricas. En este sentido, la sociedad en su conjunto, pero especialmente el campo del saber,

demanda un mayor conocimiento científico sobre las realidades actuales que viven los hombres en su día a día. Ello permitirá establecer estrategias o herramientas de actuación que permitan incluir a los hombres en la lucha activa por la igualdad de género (Salazar-Agulló y Martínez-Marco, 2019).

Los estudios de género deben integrarse en el ideario social y cultural de nuestro país, más aún en los estudios superiores. Y que la formación de masculinidades igualitarias es la base sobre la que podremos crear otras formas de ser hombres y a su vez de relacionarse con las mujeres, en igualdad real. Hay, pues, que incorporar los estudios de las masculinidades y analizarlas con perspectiva de género en la universidad española, mucho más de lo que se está haciendo (Quiles, 2019, p.320).

Tabla 1: Listado de Tesis Doctorales realizadas en España sobre Masculinidades

Tesis doctoral	Autor/a	Universidad	Departamento	Lectura
Gendering Men: Theorizing Masculinities in American Culture and Literature	Armengol Carrera, Josep María	U. de Barcelona	Filología inglesa y alemana	29/06/2006
Redefining Gender Identity through Queer Performances: Drag Kings and Female Masculinities	Escudero Alias, María Teresa	U. de Zaragoza	Filología inglesa y alemana	30/01/2007
Continuidades y discontinuidades de los actos performativos masculinos de autóctonos e inmigrantes: un estudio sobre masculinidad hegemónica y subalterna en Galicia	Aldir Messeder, Suely	U. Santiago de Compostela	Lógica y filosofía moral	11/12/2008
La masculinidad en Medio Oriente	Qammou, Elie	U. Autónoma de Madrid	Psicología evolutiva y de la educación	09/01/2009
Representaciones sociales de género: un estudio psicosocial acerca de lo masculino y lo femenino	Bruel Dos Santos, Teresa Cristina	U. Autónoma de Madrid	Psicología social y metodología	19/01/2009
Modelos de identidad masculina. Representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)	García García, Antonio Agustín	U. Complutense de Madrid	Teoría sociológica	20/02/2009
The Vanishing cowboy and the unfading indian manhood, iconized masculinity and national identity in Larry McMurtry's Lonesome dove and James Welch's Fools crow and The heartsong of Charging Elk	Papaseit Fernández, Beatriz	U. Autónoma de Barcelona	Filología inglesa	30/04/2009
Masculinidades, feminidades y relaciones de género en la obra de cuatro escritoras chicanas	Wehbe Herrera, Mariam Aichih	U. de La Laguna	Filología inglesa y alemana	19/06/2009
Los estudios sobre masculinidades: una investigación narrativa en torno al papel de la escuela y la educación artística en la construcción de la masculinidad	Herráiz García, Fernando	U. Barcelona	educació artística: ensenyament i aprenentatge de les arts visuals	03/07/2009

Fuente: Elaboración propia

Los hombres y la construcción de la identidad masculina	Rosado Millán, M ^a Jesús	U. Complutense de Madrid	Técnicas y procesos en la creación de imágenes: aplicaciones sociales y estéticas	04/03/2010
Of men and cyborgs: the construction of masculinity in contemporary U.S. science fiction cinema	Carrasco Carrasco, Rocío	U. de Huelva	Filología inglesa	30/04/2010
Hombres de Steven Spielberg: un análisis de la representación de masculinidades en los textos fílmicos Duel, Jaws, Jurassic Park, the lost world; Jurassic Park y War of the Worlds	Díaz Cuesta, José	U. de La Rioja	Perspectivas sobre el texto	05/07/2010
El homosexual en la frontera. Reconfiguraciones de la masculinidad y la homosexualidad en la novela norteamericana durante la consolidación del imperio (1942-1955)	Escámez Jiménez, Óscar	U. Murcia	Estudios lingüísticos, literarios y culturales en el ámbito de la filología inglesa	04/10/2010
Imagen artística e identidad masculina en España: desde el franquismo tardío hasta la era del sida	Sanz Castaño, Héctor	U. Autónoma de Madrid	Historia y Teoría del Arte	14/12/2010
La construcción de la masculinidad en los centros de Educación Secundaria: etnografía sobre el aprendizaje del género y la sexualidad en la cultura escolar asturiana	Ceballos Fernández, Marta	U. Oviedo	Pedagogía: investigación e intervención socioeducativa	19/07/2011
The quiet american: masculinity and stardom in the films of harrison ford	Luzón Aguado, Virginia	U. de Zaragoza	Filología inglesa y alemana	15/09/2011

Oficiales y soldados en la restauración española (1873-1923). Integración y exclusión. El modelo de masculinidad castrense	Simón Alegre, Ana Isabel	Complutense de Madrid	España y el mundo contemporáneo: política, sociedad y relaciones internacionales	30/11/2011
Hombres, masculinidades y atención sanitaria en Brasil: una mirada de género sobre políticas públicas de reducción de daños	De Melo Moraes, Maristela	U. Autónoma de Barcelona	Psicología Social	15/11/12
Hombres. La masculinidad como factor de riesgo; una etnografía de la invisibilidad	Blanco López, Juan	U. Pablo de Olavide	Trabajo social y servicios sociales	14/12/2012
Deterritorialising patriarchal binary oppositions: Deleuze & Guattari, Virginia Woolf, Masculinities and Film Adaptations	Ortega Arévalo, Dolors	U. de Barcelona	Construcción y representación de identidades culturales	30/01/2013
Feminidades y masculinidades en el cine español de la democracia (1975-2000). Rupturas, conflictos y resistencias	Castejón Leorza, María	U. Salamanca	Historia medieval, moderna y contemporánea	29/05/2013
Construcción de masculinidades igualitarias atractivas. La transmisión de valores a través de actos comunicativos en contextos	Peña Axt, Juan Carlos	U. de Barcelona	teoría sociológica, filosofía del derecho y metodología de las ciencias sociales	01/07/2013
El varón maltratado: representaciones sociales de la masculinidad dañada	Folguera Cots, Laia	U. de Barcelona	Sociología y análisis de las organizaciones	19/12/2013
Eduardo Solá Franco, Wilson Paccha, Transtango: estrategias de las masculinidades en Ecuador	Vega Suriaga, Edgar	U. Autónoma de Barcelona	Filología española	07/04/2014

Masculinidades y calidad de vida: un programa formativo que promueve un nuevo modelo de relaciones en el ámbito carcelario	Llorens De la Cruz, Antonio	U. de La Laguna	Didáctica e investigación educativa	06/06/2014
Hacerse hombres: la construcción de masculinidades desde las subjetividades: un análisis a través de los relatos de vida de hombres colombianos	Muñoz Sánchez, Hernando	U. Complutense de Madrid	Métodos de la investigación y teoría de la comunicación	29/06/2014
Masculinidades y salud pública: perspectivas cualitativas desde un enfoque sensible al género	Marcos Marcos, Jorge	U. de Granada	Instituto de Estudios de la Mujer	08/05/2015
Modelos de masculinidad en la literatura chino-americana	Soria Somoza, Carolina	U. de A Coruña	Filología inglesa	22/05/2015
La re-construcción psico-social de las masculinidades; desempleo y convivencia en el entorno familiar	Rodríguez Del Pino, Juan Antonio	U. de Valencia	Instituto Universitario de Estudios de la Mujer	15/09/2015
Interseccionalidad e intertextualidad en la subjetivación de la masculinidad de hombres jóvenes en el norte de Chile: una aproximación semiótico/material desde el modelo de mapas corporales	Espinoza Tapia, Ricardo	U. Autónoma de Barcelona	Psicología Social	09/10/2015
La persistencia de la hegemonía masculina en la cultura occidental ante la necesidad de un nuevo modelo de identidad. El soldado como arquetipo de la masculinidad hegemónica en las prácticas artísticas del siglo XXI	Ferrero Merino, Valentín José	U. Miguel Hernández de Elche	Arte	18/11/2015
La identidad masculina y femenina en la infancia	Jusue Ripodas, María Camino	U. del País Vasco	Personalidad, evaluación y tratamientos psicológicos	24/11/2015

Las revistas dirigidas a hombres en España y sus contenidos: masculinidades, feminidades y violencia simbólica. Análisis de siete publicaciones de “estilo de vida para hombres” en el mercado actual	Iriarte Martín, Teresa	U. del País Vasco	Periodismo	09/01/2016
Cine y cambio social: la representación de modelos de masculinidad en el cine sobre la antigüedad y en el cine español a partir de los años 60	Obo De Guzmán Medina, Andrés Carlos	U. de Jaén	Organización de empresas, marketing y sociología	18/01/2016
La masculinidad en John Ford: héroes contra hombres	Ibáñez Puerta, Carlos	U. Complutense de Madrid	Comunicación audiovisual y publicidad II	18/01/2016
Identidades masculinas; estereotipos de género y participación en la educación física, la actividad física y el deporte	Sanz Guzmán, Cristina	U. Complutense de Madrid	Expresión musical y corporal	19/01/2016
Los hombres entre la esfera productiva y reproductiva: padres comprometidos durante la crisis económica en España	Abril, Francisco	Universitat Oberta de Catalunya	Escuela de Doctorado de la Universitat Oberta de Catalunya	21/01/2016
Las prácticas de riesgo entienden de género. Masculinidades y prácticas de riesgo en hombres que tienen sexo con hombres	Gash Gallén, Ángel	U. Zaragoza	Fisiatría y enfermería	22/01/2016
La construcción socio-cultural de la masculinidad. Un análisis de las identidades masculinas representadas en el cine español de principios de S. XXI	Daniel Villa, Aurora	U. de Alicante	Sociología I	22/01/2016
Re-reading The Lord of the Rings: Masculinities in J.R.R. Tolkien's novel and Peter Jackson's film adaptation	Domínguez Ruíz, Beatriz	U. de Granada	Filología inglesa y alemana	28/01/2016

Masculinidades en la literatura infantil de habla inglesa desde una perspectiva de género	Alonso Feijoo, Alba	U. de Vigo	Facultad de Filología y Traducción	02/02/2016
Estudio sobre las percepciones de género en adolescentes de 2º de bachillerato de los colegios públicos mixtos de Ecuador, a través del cuestionario imafe (inventario masculinidad-feminidad)	Costa Aguirre, Alicia Dolores	U. Nacional de Educación a Distancia	Métodos de investigación y diagnóstico en educación II	03/02/2016
Crisis de la masculinidad hegemónica; (re) escrituras finiseculares de la batalla de los sexos en Estados Unidos	González Echevarría, Juan	U. Complutense de Madrid	Filología Inglesa II	10/02/2016
Análise da identidade de xénero. A construción da masculinidade na adolescencia	Torres Campelo, Rubén	U. Santiago de Compostela	Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación	04/03/2016
Ideario de masculinidad y feminidad en un grupo de jóvenes de la ciudad de Santiago de Chile y su influencia en la percepción de la violencia de género	Soto Guzmán, Gonzalo	U. Pontificia de Salamanca	Psicología	11/11/2016
Demostrando ser hombres. Una aproximación socioantropológica a la construcción y reproducción de las identidades masculinas en las comarcas orientales de la provincia de Valencia	Sanfélix Albelda, Joan	U. Miguel Hernández de Elche	Ciencias Sociales y Humanas	03/03/2017
Masculinidades en tertulia: un estudio de las posibilidades del diálogo y de la interacción	Rodríguez Fernández-Cuevas, Andrea	U. de Barcelona	Sociología	18/09/2017

Mirando de cerca al macho guayaco. Análisis en la ficción televisiva local de los estereotipos de masculinidad percibidos por los adultos emergentes de la ciudad de Guayaquil, Ecuador	Muñoa Fernández, Eduardo	U. Autónoma de Barcelona	Mitjans, comunicació i cultura	18/12/2017
Aproximación etnográfica a la construcción de las feminidades y masculinidades en educación primaria	Sánchez Álvarez, Iriana	U. de Oviedo	Ciencias de la Educación	03/07/2018
Hombres en un mundo de mujeres: estereotipos e identidades masculinas en el cine de Pedro Almodóvar	Shen, Qian	U. Complutense de Madrid	Universidad Complutense de Madrid	05/07/2018
Representaciones de masculinidad y asociacionismo. El retrato de artista en la pintura española del siglo XIX	Alonso Cabezas, María Victoria	U. de Valladolid	Historia del Arte	28/07/2018
Discursos y prácticas sexuales de usuarios de saunas gay. Una aproximación desde las masculinidades	Jacques Aviño, Constanza Andrea	U. Rovira i Virgili	Antropología, Filosofía y Trabajo Social	15/11/2018
Uneven routes of mobilizing "as Men": reconfiguring masculinities among anti-sexist groups of men in Italy and Spain	Nardini, Krizia	Universitat Oberta de Catalunya	Escuela de Doctorado de la Universitat Oberta de Catalunya	25/04/2019
La representación de la masculinidad hegemónica en el cine LGTB español (1980-2000)	Gómez Beltrán, Iván	U. de Oviedo	Filología anglogermánica y francesa	12/03/2019
Masculinidades, paternidades y violencia: transmisión intergeneracional de violencia de padres a hijos en Sons of Anarchy	Dimitrov Todorov, Iván	U. Castilla-La Mancha	Filología Moderna	25/09/2019

Masculinidad hegemónica y prostitución femenina: (re)construcciones del orden de género en los espacios de prostitución en el estado español	Ranea Triviño, Beatriz	U. Complutense de Madrid	Universidad Complutense de Madrid	14/10/2019
Las fronteras de la identidad de género: masculinidades y feminidades en contextos de interacción escolar	Jiménez Tostón, Gema	U. Castilla-La Mancha	Filosofía, Antropología, Sociología y Estética	28/10/2019
La construcción del género en las películas de Pixar Animation studios entre 1995 y 2015: modelos de masculinidad, feminidad y relaciones entre personajes	Cuenca Orellana, Ne-rea	U. de Burgos	Escuela de Doctorado de la Universidad de Burgos	15/11/2019
Los hombres buscan hombres de verdad: una experiencia etnográfica sobre la homosexualidad, la masculinidad y la dominación masculina	Ariza, Saúl	U. Autónoma de Madrid	Antropología social y del pensamiento filosófico español	25/11/2019
Masculinidades periféricas y nuevos modelos de masculinidad alternativos en el arte contemporáneo: de la crisis de la masculinidad hegemónica occidental de finales del s.xx a las nuevas formas emergentes de masculinidad hegemónica en la actualidad	Pastrana de la Flor, Mariano Manuel	U. Granada	Escultura	28/11/2019
Los discursos de la feminidad y la masculinidad contruidos desde las participantes en el reinado nacional de belleza en Colombia de 1934 a 2018. Un recorrido histórico para visibilizar las representaciones sociales de género en el país	Perdomo Colina, Hugo Ernesto	U. Autónoma de Madrid	Escuela Doctorado Multidisciplinar	27/05/2020
Community and violence: the reinvention of masculinities in Chuck Palahniuk's narrative	Fuentes Fuentes, Carmen	U. de Granada	Filología inglesa y alemana	05/02/2021

CAPÍTULO 2: HOMBRES, PATRIARCADO E IGUALDAD

Ser hombre en el patriarcado es estar sujeto a miles de normas no escritas

(Herrera, 2019, p. 47).

El feminismo no es una guerra contra los hombres, sino contra el patriarcado

(Salazar y Sambade, 2020, p.147).

El segundo capítulo de la tesis doctoral pretende establecer una aproximación conceptual al término de patriarcado, en la medida en la que este se ha vehiculado como un entramado estratégico por parte de los hombres para mantener a las mujeres en una situación de desigualdad estructural. Hasta que la teoría feminista lo redefinió, el patriarcado fue considerado como el gobierno de los patriarcas, de varones ancianos bondadosos cuya autoridad provenía de su sabiduría (Molina, 2020). No obstante, es a partir de la década de los setenta del pasado siglo, cuando la segunda ola del movimiento feminista comienza a emplear el patriarcado como elemento clave del análisis de la realidad (Varela, 2019a). Desde este punto de vista, analizar el patriarcado como un sistema político (Millet, 2017) supone poner en evidencia la situación de control y dominio que los hombres sostienen en todos los ámbitos de la vida sobre las mujeres. De ahí que el movimiento feminista comenzara a popularizar la idea de que «lo personal es político».

En el marco de esta estructura patriarcal, los varones configuran, delimitan e instituyen diferentes prácticas sociales bajo las que perduran ocultos diferentes pactos de poder, que no hacen más que revalidar la estructura social de la masculinidad y la hegemonía de los hombres (Sambade, 2020). De hecho, los varones son socializados bajo el imperativo “ ser varón es ser una persona importante” (Marqués, 1997). Esta consigna vertebrada en un doble objetivo: por una parte, los varones son importantes, dado que las mujeres no lo son; y por otra parte, los varones son importantes porque comunican con lo importante, es decir, todo lo importante, está definido desde un punto de vista masculino. Así, bien sea desde la supuesta superioridad de los hombres, de su frustración identitaria como varón no importante, o desde la crisis de la masculinidad ocasionada por los avances

consolidados por la corriente feminista, los hombres están socializados para, llegado el momento de confirmar su masculinidad, ejercer prácticas de dominación contra las mujeres. En el intento de solventar esta situación de discriminación, la igualdad se presenta como un concepto relacional que, partiendo de la necesidad de que las personas disfruten de posiciones equivalentes, evita que las diferencias existentes entre hombres y mujeres se conviertan en parámetros de universalidad.

2.1. Aproximación coral al concepto de patriarcado

¿Por qué en todas las partes del mundo las mujeres están subordinadas a la autoridad y al poder de los hombres? Es un hecho comprobado que en todas las sociedades conocidas, los hombres ocupan, casi de manera exclusiva, los puestos claves de poder político, económico, religioso y militar. Por el contrario, las mujeres asumen los puestos sobrantes, tienen menos acceso a los recursos, ganan menos que los hombres por el mismo trabajo, realizan las labores domésticas y de cuidado de las personas dependientes, y siempre permanecen expuestas a ser acosadas o atacadas en los espacios públicos, cuando no en sus propias casas (Molina, 2020). Esta práctica extendida por todas las sociedades en la que las mujeres valen menos que los hombres remite al patriarcado, es decir, a una organización social primitiva organizada de forma jerárquica en función del sexo masculino.

El patriarcado es una forma de organización política, económica, religiosa y social basada en la idea de autoridad y liderazgo del varón, en la que se da el predominio de los hombres sobre las mujeres; del marido sobre la esposa; del padre sobre la madre; los hijos y las hijas; de los viejos sobre los jóvenes y de la línea de descendencia paterna sobre la materna. El patriarcado ha surgido de una toma de poder histórico por parte de los hombres, quienes se apropiaron de la sexualidad y reproducción de las mujeres y de su producto, los hijos, creando al mismo tiempo un orden simbólico a través de los mitos y la religión que lo perpetúan como única estructura posible (Reguant, 1996, p.20).

Pese a que el patriarcado comprende una organización social y política basada en el dominio masculino, su historia y su desarrollo se manifiestan de muchas maneras. Así pues, existen diferentes planteamientos con respecto a su origen en las sociedades occidentales (Lorente, 2009). Por una parte, las teorías bioconductistas han visto en la caza de los animales el origen de la fraternidad viril de los hombres y la exclusión de las mujeres de las actividades mejor valoradas socialmente. Por otra parte, la etología indica que el dimorfismo de la especie humana, que dota de un mayor tamaño a los machos que a las hembras, revela una originaria poliginia con dominación de los machos. Por último, en las sociedades preindustriales con prácticas bélicas realizadas de manera habitual, se necesitan hombres fuertes, valientes y rudos, forjados bajo los ritos de iniciación a la masculinidad, y se tiende a menospreciar a las mujeres, por cuanto que sus actividades quedan relegadas al ámbito privado, donde deben de ocuparse de las tareas domésticas y de cuidados (Puleo, 2020).

Puleo (1995) indica que la Real Academia Española no contiene en su diccionario la acepción del término patriarcado, acuñado en la década de 1970 por la segunda ola del movimiento feminista y reconocida por todo el conjunto de las Ciencias Sociales en la actualidad. Esta filósofa feminista sostiene que el patriarcado hace referencia a un sistema sociopolítico caracterizado por la posición desigual de poder entre los hombres y las mujeres, lo que conlleva a la dominación de los hombres sobre las mujeres mediante la maniobra de la discriminación. Desde la antropología social, se denomina «patriarcado» a todas aquellas sociedades en las que los principales puestos clave del poder están ocupados, exclusivamente o en su mayor parte, por varones. Además, esta forma de organización sociopolítica ha estado y sigue estando presente en todas las sociedades humanas conocidas hasta la fecha (Harris, 1981).

Atendiendo a la diversidad de formas en las que se imponen las normas y los papeles que desempeñan los hombres y las mujeres en las diferentes sociedades, Puleo (1995) diferencia entre *patriarcado de coerción* y *patriarcado de consentimiento*. Por un lado, el patriarcado de coerción pretende castigar duramente a aquellas personas que no respeten aquello que las leyes o las costumbres imponen a cada uno según su sexo, si bien estas normas son especialmente rígidas con respecto a la conducta que se exige y espera de las mujeres. En este sentido, la discriminación laboral con

salarios inferiores, la legislación restrictiva contra el aborto o el uso de la violencia masculina contra las mujeres, pese a la existencia de una normativa con medidas de protección frente a la misma, son algunos de los elementos coercitivos que limitan la capacidad autónoma de las mujeres (Sambade, 2020).

De Miguel (2015) añade la trata y la prostitución de mujeres con fines de explotación sexual a esta lista de elementos coercitivos. En cualquier caso, se trata de un flagrante atentado contra los derechos humanos de las mujeres, que ha crecido de manera considerable en los últimos años, hasta convertirse en uno de los tres negocios ilegales que más beneficios generan en el mercado internacional, junto con la venta de armas, y el tráfico de drogas (Sambade, 2020). De la misma manera, Puleo (1995) caracteriza como patriarcados de coerción aquellos países en los que persisten las prácticas de mutilación genital femenina y la ablación del clítoris con la finalidad de eliminar o limitar el placer sexual femenino, como son el África subsahariana, África del Este y Oriente Próximo. En resumen, en el intento de clarificar el concepto, cabe destacar que los patriarcados de coerción son aquellos que “estipulan por medio de leyes o normas consuetudinarias sancionadas con violencia aquello que está permitido y prohibido a las mujeres” (Puleo, 1995, p.31).

Por otro lado, el patriarcado de consentimiento incita, convence y persuade a las mujeres mediante diferentes mecanismos de seducción-coacción para que deseen identificarse con los modelos culturales de feminidad transmitidos por los medios de comunicación social (Puleo, 2020). En la actualidad, la sexualización del cuerpo femenino incita a millones de mujeres a realizar dietas extremas o a intervenciones quirúrgicas que conllevan una multiplicidad de efectos perniciosos para la salud (Walter, 2010). Desde este punto de vista, el patriarcado de consentimiento pretende poner de manifiesto el modo en el que se produce la desigualdad entre los sexos por medio de las diferentes estructuras económicas, políticas y sociales imperantes en las sociedades occidentales.

En las sociedades occidentales contemporáneas, el patriarcado no amenaza con la represión violenta si no nos ajustamos a sus normas. Su mecanismo es el del consumo, el de la invitación al deseo, como puede verse en la publicidad [...]. Existen poderosas incitaciones para que busquemos lo que a menudo nos incomoda o

restringe nuestra libertad, de movimiento u otra. Algunas de estas elecciones son anodinas, sin importancia, otras pueden ser decisivas en nuestras vidas y comprometer nuestro futuro o nuestra salud mental y física (Puleo, 2019, pp.58-59).

No obstante, Puleo (1995) indica que esta distinción analítica entre patriarcado de coerción y patriarcado de consentimiento no es absoluta, puesto que en todas las sociedades coexisten ambos elementos patriarcales. Sin embargo, los patriarcados que ejercen una mayor represión violenta sobre las mujeres tienen una profunda aceptación de sus normas como consecuencia de la estricta socialización de género. Pese a que la legislación vigente en las sociedades occidentales contempla la igualdad de género entre hombres y mujeres, continúan existiendo numerosas formas de discriminación y de coerción de las mujeres en sus dinámicas sociales y económicas (Alario, 2021). En otras palabras, el patriarcado sigue aún en pie de guerra en las sociedades legalmente democratizadas, pero mediante formas más sutiles, no por medio de la coerción, sino con el uso de armas de seducción para continuar sometiendo a las mujeres. Un ejemplo de ello es el amor romántico, que, tanto en la vida diaria como en la ficción de los medios de comunicación social, enseña a las chicas y a las mujeres que sus deseos están en función de las necesidades de los hombres (Herrera, 2019).

El concepto de patriarcado fue incorporado al feminismo por la estudiosa americana Kate Millet en su conocida obra "*Política Sexual*" donde alcanza su pleno desarrollo como categoría analítica de la realidad. Millet (2017) indica que el patriarcado se consideraba como el gobierno de los patriarcas bíblicos, de ancianos bondadosos que eran dueños de vidas y hacienda, y que su concepción descansa en dos principios fundamentales: «el macho ha de dominar a la hembra, y el macho de más edad ha de dominar al más joven». Y agrega que, pese a las excepciones y contradicciones que aparecen en la realidad, el patriarcado es una constante social a través del tiempo y de las diferencias culturales, políticas, sociales y económicas. Su universalidad y antigüedad son, observa Millet, poderosas armas para el patriarcado, que impiden enormemente imaginar una sociedad diferente (Puleo, 2020). Así pues, no se conoce ninguna sociedad no patriarcal que pueda servir de

referencia para instaurar un nuevo modelo de sociedad basado en la igualdad real de hombres y mujeres.

Por último, en diferentes sectores de la sociedad, se ha comenzado a propagar el uso de la palabra «heteropatriarcado» (Varela, 2019b). Esta acepción no es sinónimo de patriarcado, mientras que el patriarcado refiere a una sociedad en la que el conjunto de hombres posee más poder que el conjunto de las mujeres, independientemente del tipo de prácticas sexuales admitidas, el heteropatriarcado es un concepto que establece una relación entre la sujeción de mujeres y personas no heterosexuales o no binarias y la heteronormatividad. Ahora bien, la antropología afirma que existen algunos pueblos especialmente duros con las mujeres, y que, sin embargo, admiten relaciones homosexuales y géneros no binarios. En consecuencia, el concepto de *heteropatriarcado* es más apropiado para denunciar la opresión de las minorías sexuales, mientras que el concepto de *patriarcado* para hacer referencia a la dominación de los hombres sobre las mujeres.

Sobre los nuevos conceptos, resulta curioso que quienes niegan el patriarcado hayan acuñado el término «heteropatriarcado», término conflictivo puesto que, si aceptamos su uso en lugar de «patriarcado», también deberíamos hablar de homopatriarcado (señalando la misoginia que también existe entre personas o colectivos gays o trans). Utilizar «heteropatriarcado» invisibiliza esta realidad, porque heteronormatividad, el sistema de organización político-social que impone la heterosexualidad como la opción sana y legítima, no es sinónimo de heteropatriarcado (Varela, 2019b, p.81).

En resumen, el patriarcado ha cambiado con el paso del tiempo en la medida en que se ha podido adaptar a las distintas estructuras económicas y políticas. Sin embargo, gracias al concepto crítico de «patriarcado» impulsado por la segunda ola del movimiento feminista, las sociedades han avanzado en igualdad y libertad. De este modo, ante cualquier acto de injusticia o violencia machista, las mujeres pueden unirse en sororidad para decir en voz alta: «No es un caso aislado, es el patriarcado» (Varela, 2019b; Molina, 2020).

Desde un punto de vista crítico con la visión histórica y social del patriarcado, y en relación con la perspectiva masculina, Rodríguez-Magda (2019) sostiene que esa organización jerárquica, poco o nada tienen que ver con la realidad actual, puesto que, en el imaginario colectivo, hace ya mucho tiempo que desaparecieron los jueces, los reyes o los padres de familia a los que las mujeres debían reverenciar. En este sentido, si bien la figura del patriarca denota antigüedad, el condicionamiento que obliga a los hombres a permanecer en manadas o grupos se ha mantenido intacto con el paso del tiempo. Por consiguiente, Rodríguez-Magda (2019) propone hablar de «*fratriarcado*» en lugar de patriarcado, entendido este como el sistema por el que los varones, en cuanto que socializados en función de su sexo, pactan el poder, adquieren privilegios y se ven impelidos a medirse por un arquetipo de viril de rivalidad agresiva para ellos mismos, así como de violencia y exclusión hacia las mujeres y lo femenino.

Así pues, al poner el objetivo en la fratría o grupos de varones se pretende visualizar el proceso social por el cual, los hombres intentan convertirse en auténticos «machos⁹». Se trata de demostrar la valentía de los hombres y, sobre todo, de certificar que no hay nada de femenino en ellos. Quizá no deban matar a un león o lidiar una guerra, pero si tienen que demostrar de manera constante su poder y autoridad con respecto a las mujeres. En este sentido, cada vez son más los hombres que acuden a los prostíbulos o que intercambian fotos de mujeres desnudas mediante diferentes aplicaciones móviles como *Whatsapp* con otros miembros de la fratría para reafirmar los preceptos sobre los que descansa la masculinidad tradicional (Rodríguez-Magda, 2019).

Un varón solo formará parte del grupo dominante si los demás varones le reconocen como un igual. Por ello, ser reconocido como parte de ese grupo por los demás miembros es de enorme importancia para los varones. Así, esta demostración de

⁹ La ideal local del «macho» remite a la figura de un hombre de clase trabajadora especialmente corpulento, que intenta solventar todos sus problemas mediante el uso de la fuerza. Por lo general, son hombres que ostentan poco o ningún nivel de poder formal en sus puestos de trabajo y, por tanto, adoptan la identidad de macho para compensarlo en los diferentes planos personales y profesionales (Ranea, 2021).

supuesta superioridad se hace ante uno mismo, pero también debe hacerse ante el grupo de iguales masculino, pues si un hombre no muestra ser «suficientemente hombre» sabe que cabe la posibilidad de ser expulsado del grupo dominante. Cuando los miembros del grupo dominante refuerzan su masculinidad en grupo y se reconocen como iguales entre ellos y como capaces de dominar a las mujeres, generan un tipo de vínculo concreto, la «fratría» (Alario, 2021, p.66).

Fratriarcado, pues, es esa conjura de varones que, entroniza el poder de los hombres más fuertes, de los más astutos y hábiles, y va eliminando a los hombres más débiles, menos fuertes, menos valiente y menos sagaces (Rodríguez-Magda, 2019). Por consiguiente, en vista de lo acontecido, se hace necesario visibilizar la manera en que vertebran hoy en día las redes fratriarcales para analizar la legitimidad de las desigualdades estructurales sobre las que se impone el fratriarcado, ello beneficiará no solo a las mujeres, sino también a las diferentes identidades sexuales LGTBIQ+, y a los propios varones heterosexuales.

2.2. Los pactos patriarcales

Por lo general, el patriarcado remite a un entramado de pactos que pone el control de las sociedades en manos masculinas. Desde este punto de vista, el poder recae en los varones, un poder que, en las actuales sociedades occidentales, pasa por los núcleos relacionados con el ámbito de la política o la economía. (Posada, 1995). En la actualidad, esta idea se ha visto alimentada por medio de la alianza que el patriarcado establece con el neoliberalismo (De Miguel, 2015), en tanto que sostiene que todas las personas son libres e iguales y, desde esta premisa, interpreta que cualquier acto parte de la absoluta libertad de elección. No obstante, no todas las personas parten desde la misma posición social, y esa libertad individual descontextualizada no tiene en cuenta las desigualdades estructurales que atraviesan las sociedades (Alario, 2021). De hecho, no existe una libertad e igualdad real porque las mujeres continúan excluidas de todos los ámbitos de decisiones que afectan de manera directa e indirecta a las sociedades en las que viven.

2.2.1. El patriarcado: un orden social de espacios de poder masculino

El patriarcado, lejos de tener una unidad ontológica estable, es un conjunto práctico, es decir, que se constituye en y mediante un sistema de prácticas reales y simbólicas y toma su consistencia de estas prácticas. Un conjunto práctico tal no puede ser sino metaestable, por lo que podríamos decir que el patriarcado es el conjunto metaestable de pactos –asimismo metaestables- entre los hombres por el cual se constituye el colectivo de estos como género-sexo y, correlativamente, el de las mujeres (Amorós, 2005, p.127).

El patriarcado no dispone de una unidad ontológica estable, es decir, no se sustenta sobre la idea de que las identidades biológicas son diferentes y complementarias entre sí, tal como sostienen las posiciones esencialistas. Por el contrario, el patriarcado se construye desde un conjunto de prácticas reales, como las distintas formas de coerción y exclusión de las mujeres, y simbólicas, como la infravaloración cultural de las mujeres por medio de la definición cultural de las identidades de género (Sambade, 2020). Estas prácticas, como pueden observarse, son dinámicas, lo que permite que las mismas puedan cambiar como consecuencia de las transformaciones sociales acontecidas en la actualidad. Ahora bien, también la hegemonía de género masculino se ha reconfigurado con el paso del tiempo, y se ha adaptado a las transformaciones sociales, políticas y económicas que acontecen tanto a las sociedades pasadas como a las presentes (Harris, 1981). Por tanto, puede afirmarse que el patriarcado remite a un conjunto de prácticas metaestables (Amorós, 2005).

La metaestabilidad del patriarcado se sustenta en un conjunto de pactos implícitos entre los hombres que, a su vez, son metaestables. Desde este punto de vista, los pactos patriarcales permiten estructurar la hegemonía masculina desde las diferentes prácticas económicas, políticas y sociales que configuran a los hombres como género masculino y a las mujeres como género femenino. En otras palabras, los hombres se identifican con la masculinidad patriarcal a través de diferentes práctica pactadas socialmente entre varones, que reproducen la superioridad masculina en los diferentes espacios públicos o sociales, al tiempo que perpetúan la

posición de subordinación de las mujeres a la esfera privada. Así, los hombres aprenden a interiorizar los pactos patriarcales desde su proceso de socialización, si bien adquieren una identidad colectiva considerada culturalmente como biológica (Sambade, 2020).

Por lo general, los hombres se identifican con el arquetipo hegemónico de masculinidad, es decir, un arquetipo que pone el énfasis en la vinculación con el poder por medio de los pactos patriarcales y de las prácticas masculinas regladas por los mismos. En consecuencia, el arquetipo masculino no es más que el conjunto sintético de prácticas a través de las cuales los hombres obtienen la *posibilidad de poder: los hombres pueden poder* (Amorós, 2005). La identidad masculina se funde, reconstituye y configura por las prácticas sociales que perduran ocultas por los pactos de poder. Por este motivo, el patriarcado se entiende como un conjunto práctico que posee la propiedad de la metaestabilidad. Habida cuenta de la posibilidad de poder masculino, la estructura de poder patriarcal reproduce el poder social de los hombres en detrimento de las mujeres. En este sentido, el poder masculino confiere una dinámica relacional a los pactos patriarcales, no solo en lo que respecta a las relaciones entre hombres y mujeres, sino también a las relaciones que suceden entre los propios hombres (Sambade, 2020).

2.2.2. Los pactos patriarcales como estructura de la masculinidad hegemónica

Para definir el patriarcado, Amorós (2005) no hace uso de la noción contractualista¹⁰ de pacto. Los pactos patriarcales, no son acuerdos entre individuos libres y racionales que actúan en función de sus intereses personales, más bien refieren a un conjunto dinámico de poder por el que los hombres como colectivo, discriminan a las mujeres. Desde este punto de vista, la masculinidad patriarcal emerge de aquellas prácticas sociales que, por medio de los pactos

¹⁰ El contractualismo es una corriente moderna del derecho y de la filosofía política que pretende describir el origen de la sociedad y el Estado por medio de un contrato original entre humanos. Desde este punto de vista, cabe reconocer ciertas limitaciones de las libertades en beneficio de las leyes que garanticen la perpetuación y las ventajas del cuerpo social (Kersting, 2001).

patriarcales, condicionan la conducta de los hombres, no solo desde la propia complicidad entre los varones, sino también en la confabulación de los mismos para mantener a las mujeres en una posición de subordinación permanente.

Si bien es cierto que la masculinidad patriarcal emerge de los propios pactos patriarcales, también es definida como una identidad biológica inmodificable (Sambade, 2020). Este hecho, legitima el estatus social de los hombres naturalizándolos en las sociedades patriarcales como seres superiores a las mujeres. Por tanto, son los varones patriarcales quienes detentan mayores cuotas de poder que las mujeres en el plano social o cultural. Pese a ello, no todos los hombres detentan la misma posición social de poder, sino que se pueden encontrar diferentes grupos de varones subordinados entre sí (Amorós, 2005). Así, Sambade (2020) indica que el primer pacto patriarcal es la asunción del orden jerárquico de poder entre hombres de clase sociales diferentes.

El sistema funciona por retroalimentación: los hombres de las clases desfavorecidas están subordinados frente a los hombres de las élites, pero, en la medida en que los hombres de las élites definen un perfil masculino de trabajo asalariado o leyes androcéntricas, los primeros tienen la posibilidad de ejercer el control sobre sus parejas, manteniéndolas confinadas en el hogar (Sambade, 2020, p. 48).

Entre tanto, el segundo pacto patriarcal tiene la función de predisponer a los hombres para el cumplimiento de los pactos patriarcales interclasistas. Si bien los hombres se conciben como iguales en función del sexo, es lógico pensar que los mismos no pueden asumir una jerarquía masculina. De hecho, es posible que los varones se revelen con facilidad frente al poder de aquellos hombres que pertenecen a clases socialmente hegemónicas. En consecuencia, cada hombre es reconocido como una especie de modulación diferencial de la identidad masculina cuyo patrimonio es el poder social. Dicho de otro modo, este segundo pacto patriarcal pretende reconocer a cada hombre como como posible titular de poder en el entramado patriarcal (Sambade, 2020).

Finalmente, aparece un tercer pacto del poder patriarcal, una regla que interactúa con el resto de las diferentes reglas pragmáticas reforzándolas, por lo que se pueden caracterizar como meta regla o regla de segundo orden: los pactos juramentados de fraternidad-terror (Sambade, 2020). Desde este punto de vista, Amorós (2005) señala que los hombres se instituyen como iguales mediante la prohibición de ciertas prácticas, como el incesto o la exogamia. No obstante, sí que comparten el derecho de acceder sexualmente a las mujeres, independientemente de su aleatoria distribución natural. Así, es a través del intercambio de mujeres que los hombres, como grupo social, se constituyen en fraternía. En estas condiciones, la ruptura del pacto patriarcal implica la expulsión definitiva del grupo de iguales, e incluso, es posible que se atente contra la propia vida.

En síntesis, los pactos patriarcales entre hombres congregan diferentes planteamientos con el propósito de mantener el poder masculino como colectivo propio sobre las mujeres. Estos tres pactos o reglas pueden resumirse de la siguiente manera: a) La asunción de la subordinación en la jerarquía del poder; b) la norma de sucesión cíclica de los hombres en el poder o de la capacidad de reconocimiento de cada hombre como titular del poder; y c) la exigencia de respetar los pactos patriarcales bajo la amenaza de expulsión del grupo (Sambade, 2020). Estas tres reglas pragmáticas se incorporan en la subjetividad masculina y se traducen en la exigencia de los hombres en valorar la masculinidad y de reconocer a cada hombre como concreción individual de las reglas.

Nuestra hipótesis es que las relaciones de los hombres entre sí, en tanto que patriarcales, constituyen el ámbito interclasista –e incluso interracista- correlativo a una especie de pacto juramentado por el que cada varón reconoce al otro como a aquel que, si no puede, al menos *puede poder*, como candidato a la ocupación de un *ubi* en ese espacio metaestable que se auto-constituye al mismo tiempo en ordenador de otros espacios (Amorós, 2005, p.99).

En este marco analítico, existe una similitud significativa entre los pactos patriarcales establecidos por Amorós (2005) y el sistema de la masculinidad hegemónica descrito por Connell (2020). En ambos casos, la masculinidad actúa

como dispositivo de reconocimiento y complicidad entre hombres a pesar de su posición en los sistemas de dominación y subordinación por razones de clase. Así pues, ambos planteamientos teóricos permiten comprender la constitución colectiva de la masculinidad patriarcal y su vinculación con la discriminación de género.

Los hombres que se reconocen entre sí como sujetos de poder fortalecen su pertenencia al colectivo masculino en cuanto que partícipes de la masculinidad patriarcal, es decir, una identidad socialmente naturalizada. En la medida en que la masculinidad patriarcal no aparece precisada biológicamente, requiere de un conjunto de prácticas reales y simbólicas para constituirse. Desde este punto de vista, las prácticas de poder de la masculinidad se pueden materializar desde lo que Gilmore (1994) denomina la triple p: protección, provisión y potencia sexual como exigencias sociales de la masculinidad. Pese a ello, acontece un panorama de cierto resquebrajamiento de los pilares tradicionales sobre los que esta misma se sustenta (Ranea, 2021), lo que plantea la posibilidad de afirmar que la masculinidad no existe, sino que se trata de una idea reguladora del comportamiento que los hombres manifiestan en los diferentes planos de la vida para reconocerse a sí mismo como iguales (Sambade, 2020).

Afirmar que no existe la masculinidad como esencia no significa afirmar que la masculinidad como construcción no tenga consecuencias reales: la desigualdad entre hombres y mujeres es real, y la violencia que estas sufren, derivada de la masculinidad, también lo es. Afirmar que no existe la masculinidad como esencia significa afirmar que la masculinidad puede desaparecer y que todas las consecuencias de la masculinidad pueden desaparecer con ella (Alario, 2021, p. 66).

En consecuencia, los varones deben comenzar a analizar las consecuencias de sus actos. Si bien es cierto que los hombres han sido socializados en las prácticas de poder patriarcales, también, de manera creciente comienzan a emerger valores e ideales altamente democráticos. El feminismo y los movimientos de liberación homosexual llevan demasiado tiempo esclareciendo la función de las estructuras de dominación patriarcal y las prácticas masculinas que perpetúan la desigualdad de

género. Por tanto, de conformidad con Sambade (2020) los hombres, a pesar de su falta de interés en lo que concierne a la igualdad, son conscientes de la injusta desigualdad en la que viven de manera permanente las mujeres. Esta situación requiere de una posición pública por parte de los hombres donde se condene las injusticias cometidas por cuestiones de género, al tiempo que se debe promocionar una transformación social y personal de los mismos hacia otros modelos de masculinidad alternativos donde pueda desmontarse la etiqueta del género (Enguix, 2020). En este sentido, no solo basta con el mero voluntarismo, sino que también es necesario implantar políticas transversales de igualdad que puedan posibilitar la coeducación en los ámbitos formales e informales, así como el cambio en los hombres hacia modelos de masculinidades igualitarias (Salazar y Sambade, 2020).

2.3. La estrategia del patriarcado: el sexo y el género

En el intento de entender el modo en el que se encuentra estructurado el patriarcado es fundamental aportar luz a las definiciones de sexo y género, dado que, en ocasiones, ambos términos se confunden y pueden dar lugar a planteamientos erróneos o equivocados (Rodríguez-Magda, 2019). Si bien ambos conceptos no son sinónimos ni complementarios, sí que convergen en la idea de responder a planteamientos diferentes superpuestos con la finalidad de perpetuar la subordinación de las mujeres con respecto a la autoridad de los hombres (Rodríguez-Magda, 2019). Como decía Simone de Beauvoir, se entiende por género «lo que la humanidad ha hecho con la hembra humana», es decir, todas aquellas obligaciones, normas, pensamientos, comportamientos y capacidades que se ha exigido que tuvieran las mujeres por el hecho de ser biológicamente mujeres (Varela2019a). Así pues, el género no es sinónimo de sexo. Cuando se habla de sexo se pretende hacer referencia a la biología, es decir, a las diferencias físicas entre los cuerpos de los hombres y de las mujeres (el sexo de un varón tiene genitales externos masculinos y los cromosomas XY; el sexo de una mujer tiene genitales externos femeninos y cromosomas XX) mientras que, cuando se habla de género, se ponen de manifiesto las normas y las conductas asignadas a las mujeres y a los hombres en función de su sexo (Marañón, 2020).

En líneas generales, el concepto de género (*gender*, en inglés) hace referencia a la construcción sociocultural de la masculinidad y la feminidad, tanto en lo referente a las características psicológicas que se atribuyen a cada sexo como a las pautas de su comportamiento normalizado. La diferencia sexual se naturaliza y se transforma en desigualdad cultural en detrimento histórico de las mujeres. En este sentido, el sexo remite a los caracteres biológicos que diferencian a la hembra del macho, y el género se refiere a la diferencia en la expresión de emociones, conductas y valores morales entre mujeres y hombres (Oliva, 2020; Rodríguez-Magda, 2020).

En un principio, el concepto de género fue acuñado por John Money en 1955, si bien fue el psiquiatra estadounidense Robert J. Stoller, quien empleó este término por primera vez en 1968:

Los diccionarios subrayan principalmente la connotación biológica de la palabra «sexo», manifestada por expresiones tales como relaciones sexuales o el sexo masculino. De acuerdo con este sentido, el vocablo «sexo» se referirá en esta obra al sexo masculino o femenino y a los componentes biológicos que distinguen al macho de la hembra; el adjetivo «sexual» se relacionará, pues, con la anatomía y la fisiología. Ahora bien, esta definición no abarca ciertos aspectos esenciales de la conducta —a saber, los afectos, los pensamientos y las fantasías—, que aun hallándose ligados al sexo, no dependen de factores biológicos. Utilizaremos el término «género» para designar algunos de tales fenómenos psicológicos: así como sabe hablar de sexo masculino o femenino, también se puede aludir a la masculinidad y la feminidad sin hacer referencia alguna a la anatomía o a la fisiología. Así pues, si bien el sexo y el género se encuentran vinculados entre sí de modo inextricable en la mente popular, este estudio se propone, entre otros fines, confirmar que no existe una dependencia biunívoca e ineluctable entre ambas dimensiones (el sexo y el género) y que, por el contrario, se desarrollo puede tomar vías independientes (Stoller, 1968, pp.VIII-IX).

En el marco del pensamiento feminista, el concepto de género aparece con Kate Millet en su obra citada anteriormente *“Política Sexual”* (2017). Esta autora recoge la distinción entre sexo y género a través de los escritos del psiquiatra Robert Stoller, quien en *“Sex and Gender”* (1968) explicaba lo siguiente:

“El vocablo género no tiene un significado biológico, sino psicológico y cultural. Los términos que mejor corresponden al sexo son *macho* y *hembra*, mientras que los que mejor califican al género son *masculino* y *femenino*; estos pueden llegar a ser independientes del sexo (biológico)” como se citó en Olivia, 2020, p.143).

Millet (2017) profundiza en el componente de la desigualdad que la cultura patriarcal asocia a la diferencia sexual y abre una nueva dimensión de análisis al afirmar que “el sexo es una categoría social impregnada de política”. Mientras tanto, explica el concepto de género con las siguientes palabras:

En virtud de las condiciones sociales a que nos hallamos sometidos, lo masculino y lo femenino constituyen, a ciencia cierta, dos culturas y dos tipos de vivencias radicalmente distintos. El desarrollo de la identidad genérica depende, en el transcurso de la infancia, de la suma de todo aquello que los padres, los compañeros y la cultura en general consideran propio de cada género en lo concerniente al temperamento, al carácter, a los intereses, a la posición, a los méritos, a los gestos y a las expresiones. Cada momento de la vida del niño implica una serie de pautas acerca de cómo tiene que pensar o comportarse para satisfacer las exigencias inherentes al género. Durante la adolescencia, se recrudecen los requerimientos de conformismo, desencadenando una crisis que suele templarse y aplacarse en la edad adulta. (p.80)

Desde este punto de vista, el género comienza a aparecer como una categoría analítica crucial para la teoría feminista. De hecho, el género empieza a entenderse como:

una divisoria impuesta socialmente a partir de relaciones de poder. Divisoria que asigna espacios, tareas, deseos, derechos, obligaciones y prestigio. Asignaciones y mandatos que permiten o prohíben, definen y constriñen las posibilidades de acción de los sujetos y su acceso a los recursos (Maquieira, 2001, p.163).

A la luz de lo expuesto, el concepto de género comenzó a formar parte de las investigaciones feministas, como se pone de manifiesto en las palabras de Chafetz (1988,

p.112), para quien la teorización sobre los estudios de género implica llevar a cabo diferentes cuestiones interrelacionadas entre sí:

Primero, el género se presenta como un foco central de la investigación. El género entendido como la elaboración cultural de las relaciones entre hombres y mujeres, así como de sus significados y asignaciones sociales. Se trata de entender el carácter «generizado» (gendered) de todas las relaciones sociales, instituciones y procesos sociales. Segundo, las relaciones de género son vistas como un problema. Con esto quiero decir que la teoría feminista pretende entender cómo el género se relaciona con otras desigualdades sociales, tensiones y contradicciones [...] Finalmente, las relaciones de género no son vistas como naturales o inmutables, sino que son el producto de fuerzas socioculturales e históricas que han sido creadas, y son constantemente recreadas por las estructuras y por los seres humanos y así potencialmente pueden ser cambiadas por la acción humana.

Dicho de otro modo, la teoría feminista vino a otorgar nombre a una constatación cada vez más presente en las sociedades patriarcales: feminidad y masculinidad no obedecen a una mera determinación biológica, sino que responden a una construcción histórica y cultural. Una concepción capaz de sobrepasar el determinismo biológico que, durante tantos siglos, pretendió legitimar en la naturaleza toda una serie de normativas religiosas, morales y sociales (Rodríguez-Magda, 2020). Sin embargo, la emergencia de este concepto estuvo precedida por cierta vaguedad académica en tanto que ocultaba la lucha del feminismo y la propia definición de mujer, algo que, los *Women's Studies* han revalorizado y puesto de manifiesto en los diferentes sectores de las sociedades actuales.

Ninguna de las grandes corrientes teóricas de pensamiento ha dado cuenta de la opresión de las mujeres. En consecuencia, el resultado que provoca el nacimiento de la teoría feminista es una crisis de paradigmas: cuando las mujeres comienzan a aparecer en las Ciencias Sociales, bien como objetos de investigación, o bien como investigadoras principales se tambalea todo lo establecido (Varela, 2019a). Así, mientras que en Europa los estudios sobre las mujeres o las investigaciones feministas se

consolidaban tímidamente en la década de los setenta, en Estados Unidos se establecieron de manera generalizada los *Gender Studies*, como consecuencia de un largo proceso de teorización feminista procedente del feminismo de la segunda ola y del feminismo radical. La generalización de los *Women's Studies* en los departamentos universitarios estadounidenses durante la década de 1970 y 1980 tuvieron una gran incidencia en el desarrollo de estudios de género aplicados a la teoría feminista y al desmantelamiento de la cultura androcéntrica.

Posteriormente, estos han pasado a convertirse en los denominados *Gender Studies*, en la medida en la que han ampliado el objeto de estudio para incluir la diversidad sexual, gays, lesbianas, *queer*, transexualidad y nuevas masculinidades. Esta ampliación del significado de género difumina el significado de los estudios de género elaborados por la teoría feminista, centrada en la crítica de la razón patriarcal, la lucha por la igualdad y la emancipación de las mujeres (Rodríguez-Magda, 2020). Sin embargo, pese a su diversificación, muchos de los propósitos encomendados por la lucha feminista forman parte de las reivindicaciones fomentadas por los estudios de las masculinidades, si bien desde un punto de vista crítico, pretenden desarticular los privilegios de los que los hombres disfrutaban como consecuencia de su posición social en las sociedades patriarcales, así como participar de manera responsable en la lucha por la igualdad de género (Salazar, 2013). Según De Barbieri (1993), con este enfoque se pretende dar cuenta de la forma en la que las sociedades mantienen y reproducen la subordinación de las mujeres, lo cual, no solo supone tener que implicarse en las relaciones mujer-mujer y mujer-varón, sino también en las relaciones de varón-varón (Delgado, 2019).

Por último, cabe señalar que la noción de género, a pesar de tener una visión global y otorgar instrumentos de análisis a los estudios de género, no deja de tener aspectos especialmente problemáticos. El primero de ellos, proviene de su equivocidad, es decir, las personas, no siempre se refieren a lo mismo cuando emplean la palabra género (Rodríguez-Mazda, 2019). Este concepto, ampliamente utilizado por la sociedad académica, puede llegar a convertirse en ocasiones en un concepto valija, homologado en forma, pero que integra contenidos diversos de los que no siempre son conscientes las personas. Por ejemplo, en un principio, el concepto «igualdad de género» vino a sustituir a la igualdad entre hombre y mujer o igualdad entre los sexos

masculino y femenino. Sin embargo, en el momento actual, el concepto «género» acaba significando equivalencia de opciones sexuales sin ningún tipo de discriminación. En este sentido, parece que ha habido un deslizamiento semántico, es decir, lo que en un primer momento significó desigualdad, ejercicio de poder de un sexo sobre otro y discriminación hacia las mujeres, ha perdido este talante crítico, para pasar a significar aceptación de la diversidad, lo cual acentúa la libre elección del deseo. De la misma manera, «perspectiva de género» comenzó a utilizarse como sinónimo de perspectiva feminista, es decir, una perspectiva crítica que pugnaba por superar la invisibilidad de las mujeres. Sin embargo, en la actualidad significa inclusión de la diversidad sexual (Rodríguez-Magda, 2019).

En todos estos usos, puede observarse un deslizamiento semántico. En un primer momento, donde antes se empleaba «mujer» o «feminismo», se comienza a emplear «género» como forma académica de referirse a ello. En un segundo momento, el género es consciente de que debe incluir la diversidad sexual y escapar así del modelo binario. En consecuencia, actualmente se produce un proceso de impertinencia y ambigüedad semántica, dado que en ocasiones se emplea en primer término y otras en el segundo. Por tanto, parece que el carácter que posibilitó un cierto avance en la teoría feminista, se vuelve en su contra y en la de aquellos colectivos a veces invisibilizado de manera injusta. Por tanto, si bien se debe celebrar que el término género posibilite la percepción de identidades plurales, ninguna de ellas debe perder su protagonismo específico y reivindicativo para ser postuladas como diferentes ejemplos de diversidad. La desigualdad histórica entre hombres y mujeres no es una más de las diversidades electivas, sino la desigualdad estructural sobre la que se ha asentado la sociedad (Rodríguez-Magda, 2020).

2.4. Los hombres y el patriarcado

Marqués (1997) afirma la existencia de una consigna básica en el proceso patriarcal de socialización de todos los individuos. En el caso de los hombres, la consigna o el mensaje social a interiorizar es: el varón es un ser importante. Así, los hombres son

importantes en dos sentidos diferentes: en primer lugar, los hombres son importantes frente a aquellas personas que no son importantes, a saber, las mujeres; en segundo lugar, los hombres son importantes, en la medida en la que en las sociedades patriarcales, todo aquello que es valioso pasa a ser considerado como masculino. Desde la perspectiva individual de la subjetividad masculina, el mensaje “ser varón es ser una persona importante” se traduce en una orgullosa adhesión de los varones al grupo de pares masculino. De ahí que los hombres experimenten una fuerte conexión entre su identidad personal y su masculinidad (Sambade, 2020).

Para Marqués (1991), los preceptos tradicionales de la masculinidad hegemónica no repercuten de manera tan específica en la socialización de los hombres como la premisa estructural “ser importante”. Así, Sambade (2020) sostiene que si un hombre, al que ya se le considera importante por ser hombre, se siente cómodo consigo mismo en el ámbito doméstico, su entorno social considerará importante el que el hombre haya decidido cambiar sus roles de género. En el caso contrario, las mujeres que deciden apostar por su trabajo y se muestran competitivas en ello, rápidamente pasan a ser catalogadas como perversas o estrategas. Con todo, el contenido de las acciones pueden variar siempre que permita a los varones continuar reconociéndose en el imaginario colectivo o social como sujetos importantes.

Sambade (2020) sostiene que la consigna patriarcal de socialización de los hombres vertebrada una doble función de refuerzo y demanda. Por una parte, la función de refuerzo permite que los hombres puedan sentirse importantes en la medida en que pertenecen por naturaleza a un colectivo social importante, disponen de sus facultades importantes y la sociedad lo hace sentir así:

Afortunadamente he nacido en el lado bueno de la moneda. Pertenezco a la mitad peligrosa de la especie humana, a aquella que representa su plenitud de posibilidades y de realizaciones. Pertenezco al mismo sexo que quienes más han destacado en la política, la ciencia, las artes, la economía, el deporte, la guerra, la pacificación... Puedo ser padre, como Dios. Me siento muy orgulloso. Deberé estar rodeado de un respeto hacia mi persona, en particular por parte de las mujeres, gente que no alcanza mi plenitud y dignidad (Marqués, 1991, p.53).

Por otra parte, la función de demanda desemboca en la angustia que produce en los hombres el hecho de sentirse obligados a reproducir e imitar las grandes proezas que implica la masculinidad: ser un hombre de los pies a la cabeza, un hombre de mundo, conocido, respetado y admirado por su trabajo, un audaz científico y un valiente soldado del patriarcado (Sambade, 2020).

Soy varón. Pertenezco a un prestigioso colectivo. Eso obliga. Debo cumplir mis obligaciones como varón. Debo también emular a los miembros más destacados de mi grupo o al menos destacar en algo. Como mínimo debo ser capaz de proteger, alimentar y orientar a una mujer y a los hijos que me dé (Marqués, 1997, p.23).

Por lo general, los varones reciben ambos mensajes, que son interiorizados en mayor o menor medida en función de las circunstancias de vida de los hombres. Si predomina el mensaje de refuerzo “ya soy importante” (Marqués, 1997, p.23), aparecen hombres que no dudan en ningún momento de su condición masculina ni de su importancia. En este sentido, no se sienten obligados a demostrar nada y actúan en la cotidianidad desde la superioridad que se les supone culturalmente. En pocas palabras, son los hombres denominados machistas, si bien ejercen conductas de discriminación contra las mujeres, y misóginos, por cuanto que justifican esas conductas con un discurso de maldad con respecto a las mismas (Sambade, 2020).

Para el patriarcado existen dos tipos de mujeres: las buenas y las malas. Las mujeres buenas son aquellas que se esfuerzan en cumplir todos los mandatos de género de la feminidad para ser aceptadas y deseadas por los hombres. Las mujeres malas son todas aquellas mujeres libres que desobedecen las normas del patriarcado, rompen con los estereotipos y no cumplen su rol tradicional (Herrera, 2018, p.54).

Por el contrario, si predomina el mensaje de demanda “debo ser importante” (Marqués, 1997, p.23), aparece hombres que experimentan crisis de identidad, con una baja autoestima y un pobre-autoconcepto de sí mismos, sobre todo, porque sienten

que no pueden alcanzar aquello que, por naturaleza, deben ser. Desde este punto de vista, Marqués (1997) indica que estos varones intentan identificarse con el modelo de masculinidad patriarcal, bien a través de la competencia con las mujeres en los ámbitos más dispares, bien por medio de prácticas masculinas que permitan mantener en una situación de subordinación a las mujeres. En este sentido, si los varones consiguen superar su crisis, el proceso de socialización de género masculino da lugar a la aparición de un tipo de hombre *paternalista*, que decide proteger a las mujeres en lugar de someterlas, pero que, en su papel de protector y proveedor, no hace más que coartar la autonomía de sus protegidas (Sambade, 2020).

Bien adaptado al sistema patriarcal. Percibe a las mujeres como sujetos inferiores o débiles y a los varones como superiores o completos. Ante la imposibilidad de explotar o proteger a las mujeres, cree haber hecho la opción moral de decidir lo segundo. Visto por las mujeres actuales es un sujeto sobreprotector y represivo. Visto por un observador crítico, está ocultando sus propias carencias y frustraciones personales a través de una acción protectora y de la sensación de superioridad moral que ella comporta (Marqués, 1991, pp. 66-67).

Otro posible modelo de este hombre es el *buscamadres*, es decir, un varón bien adaptado al sistema patriarcal que, mediante el chantaje emocional, trata de obtener de las mujeres todo lo que puede, sobre todo, sexo y trabajo doméstico. Para ello, emplean algún tipo de gracia que lo caracteriza en el terreno de la infancia. Pese a mostrar su inconformidad con los avances introducidos en materia de igualdad de género, este tipo de hombre sigue convencido de que puede controlar a las mujeres (Marqués, 1991). En esta misma línea de pensamiento, Badinter (1993) hace referencia a la figura de *Peter Pan*, un hombre que vuela huyendo de las dificultades, un chico y no un hombre adulto capaz de solventar las dificultades que se plantean en el transcurso de la vida adulta. Con todo, si la crisis de identidad masculina no es superada, el sistema patriarcal concibe a un hombre frustrado, que, en mayor o menor medida, utiliza a las mujeres para descargar su desengaño.

Mientras tanto, es posible que las mujeres puedan poner de manifiesto ciertas expectativas patriarcales con respecto de los hombres de su entorno afectivo y personal, sobre todo, en vista de que las propias mujeres también han sido socializadas en las mismas expectativas que los hombres sobre la masculinidad. Es más, posiblemente, puede que algunas mujeres ejerzan violencia psicológica contra los hombres, pues ellas mismas también se encuentran insertas en la dialéctica de los sexos (Izquierdo, 1998).

En una sociedad estructurada en torno a la dialéctica de género, tanto los hombres como las mujeres pueden ejercer estrategias psicológicas con distinto grado de violencia a partir de las expectativas patriarcales sobre la feminidad y la masculinidad respectivamente. Pero la violencia psicológica que ejercen los hombres cuenta con el respaldo del orden social, es decir, un marco de discriminación social y de violencia simbólica contra las mismas que no tiene lugar en los casos en que estas puedan ejercer violencia psicológica contra los hombres (Sambade, 2020, p.188).

En mayor o menor medida, las mujeres suelen mostrar comprensión y sororidad en lo que respecta a los problemas de la masculinidad, ya que el sistema patriarcal las ha socializado para constituir el descanso del hombre patriarcal. De hecho, las expectativas patriarcales sobre la masculinidad son vehiculadas fundamentalmente por los medios de socialización más cercanos, a saber: los modelos masculinos del entorno familiar, en especial, padres, abuelos, tíos o hermanos; los grupos de pares masculinos, sobre todo, la pandilla de amigos; y las representaciones de género que se transmiten culturalmente a través de los diferentes medios de comunicación social, principalmente, la televisión y los dispositivos electrónicos como móviles y ordenadores (Herrera, 2020a).

En nuestra sociedad son evidentes tres métodos de aprendizaje de la masculinidad, y todos son peligrosos. En primer lugar, los niños aprenden comúnmente acerca de la masculinidad a través de los medios de comunicación. Un niño típico mira más la televisión que a su padre (...) Las imágenes percibidas por el niño son, entonces, de

hombres agresivos, invulnerables, insensibles, emocionalmente cerrados y negligentes respecto a su bienestar personal. Y, como bien saben las maestras y los maestros, son estas las conductas más evidentes en la escuela. La segunda fuente de modelos de masculinidad viene del grupo de amigos. Los jóvenes pasan mucho más tiempo con muchachos de su edad que con hombres adultos. En estos grupos gana siempre el más agresivo y violento, el que más desafía la autoridad. Y es él quien termina dando ejemplo de una masculinidad «exitosa» (...). La tercera forma en que los niños y los jóvenes aprenden acerca de la masculinidad es por reacción. Si bien los modelos de la televisión y el grupo de amigos son negativos, este otro modelo es potencialmente más dañino para la convivencia humana, ya que al no poder aprender sobre la masculinidad porque en casa y en la escuela está rodeado de mujeres, el niño llega a interpretar el concepto de «masculino» como «no femenino» (Asturias, 2004, p.68).

Marqués (1997) afirma la existencia de un momento y una instancia social fundamental en la socialización patriarcal de los varones: la adolescencia y el grupo de pares masculino. Durante la adolescencia, los chicos ponen a prueba, de modo traumático, los preceptos que conforman el modelo de masculinidad tradicional, al tiempo que intentan romper de manera definitiva con la etapa de la infancia, considerada socialmente como femenina. Es en ese momento de ruptura con la feminidad, cuando la pandilla de amigos puede facilitar en los varones el proceso de reconocimiento social del joven como sujeto importante. En el seno de la pandilla, le bastará con simular el tipo de hombre duro y valiente, visto en los diferentes medios de comunicación social, para obtener el reconocimiento público de sus amigos, igualmente inseguros en lo que respecta a su propia masculinidad (Sambade, 2020). Como resultado de la situación de inseguridad permanente que experimentan los jóvenes varones, las conductas que interpretan y exteriorizan coinciden con los comportamientos de la masculinidad patriarcal más extremos: el uso o empleo de la violencia, el culto a la fuerza física, el rechazo y el desprecio de las mujeres, y la transgresión de las normas sociales.

De acuerdo con Badinter (1993), los comportamientos masculinos extremos son representados en los diferentes medios de comunicación social mediante modelos masculinos extremadamente fuertes, valientes, e invencibles, como es el caso de los

personajes encarnados por Chris Hemsworth en la película *Thor*, por Jason Momoa en la película *Aquaman*, y por Dwayne Johnson en la saga *Fast & Furious*. Así pues, en la actualidad, estos arquetipos masculinos de virilidad constituyen los nuevos modelos de masculinidad para los jóvenes varones de todo el mundo. Este hecho pone de manifiesto el desplazamiento de la función de socialización de género masculino, desde modelos de masculinidad tradicionales hacia otros modelos representados por los diferentes medios de comunicación audiovisual.

Si bien el grupo de pares masculino se sostiene sobre la segregación de las mujeres de los espacios que ocupan los jóvenes varones, es a través de ellas que se constituyen como auténticos varones (Ranea, 2021). La masculinidad patriarcal se establece en la jerarquía con respecto a la feminidad y necesita de esa jerarquía para perpetuarse. Esto se observa de forma clara en las relaciones sexuales que los hombres mantienen con las mujeres, donde opera la falta de desarrollo de la empatía hacia las mismas. De hecho, la sexualidad masculina se construye respondiendo al esquema sujeto-objeto: ellos son el sujeto, cuyos deseos y placeres están en el centro, y las mujeres son el cuerpo al que pretenden acceder para satisfacerlos. Este esquema de desigualdad, en el que prima la ausencia de reciprocidad, lleva a que las prácticas sexuales, en especial, la penetración, se entienda como la dominación o la posesión de las mujeres por parte de los varones (Alario, 2021).

En la medida en la que la socialización masculina enseña a los varones a posicionarse por encima de las mujeres, se normalizan ciertos mecanismos que reproducen diversos tipos de violencia contra ellas. En este sentido, la sexualidad masculina implica una construcción sociocultural en la que el placer sexual comprende el placer de poder sobre las mujeres. Para mostrar esta supuesta superioridad, los varones suelen ejercer diversos niveles de violencia contra ellas en prácticas en las que ellos han aprendido a vivir como sexualmente excitantes, porque, precisamente es en el ejercicio de esos niveles de violencia, donde obtienen la sensación de poder y, por tanto, de excitación sexual (Sambade, 2017).

Mucho de lo que desde esta *sexualidad* masculina es considerado *sexualmente* excitante lo es precisamente por estar atravesado por la sensación de poder sobre

las mujeres y no es simplemente sexo. En la actualidad, el placer *sexual* masculino está compuesto del placer puramente físico y el placer del poder; en el avance hacia sociedades no patriarcales, en que la sexualidad ya no sea un terreno atravesado por la desigualdad de poder entre varones y mujeres, el componente de la excitación *sexual* masculina de sentir ese poder desaparecerá; y gran parte de lo que, en la actualidad, los varones viven como *sexualmente* excitante dejará de serlo para ellos y pasará de ser considerado «sexo» porque a los varones les excite *sexualmente* a contemplarse como perteneciente al continuo entre la desigualdad y la violencia (Alario, 2021, p.73).

La unión entre sexo y violencia es posible en el contexto patriarcal porque los varones aprenden constantemente a concebir a las mujeres como inferiores y como cuerpos sexualmente excitantes (Sambade, 2017). Por este motivo, las prácticas sexuales que los varones mantienen con las mujeres vertebran en un doble objetivo: por una parte, poner de manifiesto el desprecio que los hombres sienten hacia las mujeres; y por otra parte, obtener placer sexual mediante prácticas que puedan dar rienda suelta a la expresión de ese desprecio que sienten hacia las mujeres. Tal como indica Alario (2021) “es en la deshumanización de esos cuerpos a los que se accede sin importar que haya o no reciprocidad (...) donde esta construcción de la *sexualidad* masculina encuentra excitación y placer *sexual*.(p.74)

La Organización Mundial de la Salud, en su documento *Comprender y abordar la violencia contra las mujeres* (2013) define la violencia sexual de la siguiente manera:

Todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de esta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar y el lugar de trabajo.

Según esta definición, la violencia sexual comprende aquellos actos que van desde el acoso sexual callejero hasta la violación. Un comportamiento o acción es catalogada como violencia sexual cuando tiene connotaciones sexuales y, o no es

deseado por la mujer, o no es consentido por ella, o cuenta con un consentimiento por su parte producto de la coacción, y no del deseo. Esta coacción, puede ser de diversos tipos, y van desde la presión social y la intimidación hasta la fuerza física. Tal como indica la Organización Mundial de la Salud (2013):

La coacción puede abarcar: uso de grados variables de fuerza, intimidación psicológica, extorsión, amenazas (por ejemplo, de daño físico o de no obtener un trabajo u una calificación, etc.). También puede haber violencia sexual si la persona no está en condiciones de dar su consentimiento, por ejemplo, cuando está ebria, bajo los efectos de un estupefaciente, dormida o mentalmente incapacitada.

En definitiva, bien sea desde la supuesta superioridad masculina, desde la frustración identitaria, o desde la crisis ocasional, parece que todos los hombres se encuentran socializados para que, llegado el momento de exhibición pública o social de su masculinidad, puedan hacerlo por medio del ejercicio de prácticas de discriminación contra las mujeres (De Miguel, 2015). Evidentemente, no todos los hombres ejercen violencia contra las mujeres. Así, en la socialización patriarcal intervienen otros factores especialmente útiles para que los varones puedan acercar posturas con los principios éticos de la igualdad de género: la participación en espacios igualitarios, la referencia positiva de otros hombres, la cercanía emocional y empática con espacios feministas y la propia conciencia autocrítica sobre los privilegios pueden contribuir a promover el cambio igualitario en los varones (Sambade, 2020; Riviere, 2021). Pese a ello, la socialización de género diferenciada y los modelos contrapuestos de masculinidad y feminidad, representados por los diferentes medios de comunicación social, inducen a los hombres a confirmar su masculinidad por medio de la creencia de superioridad sobre las mujeres.

El cambio del que se presume en la masculinidad tradicional es solo aparente, subraya Luis Bonino. «Es cierto que el machismo puro y duro ya no se lleva, pero eso no significa que los varones dejen de naturalizar su posición de privilegio social. Es más, podemos decir que respecto a la masculinidad tradicional también tenemos

hombres ni-ni. Si el modelo clásico se definía por las tres p, la obligación de los varones de ser proveedores, protectores y procreadores; ahora hay muchos hombres que no proveen ni protegen ni procrean, son más afectivos, incluso encantadores, pero ¿qué aportan a las mujeres? ¿Están construyendo relaciones igualitarias o simplemente mejorando su estatus? Es decir, van dejando sus obligaciones tradicionales pero no dejan de perder su poder.» Una de las pacientes de Bonino, lo explica con claridad: «Lo de menos es si los hombres ya se permiten llorar o no. Lo importante es que no continúen haciéndonos llorar a las mujeres» (Varela, 2017, p.51).

Además, bajo los discursos retóricos que sostienen que la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres es un hecho real, aun cuando permanecen vigentes las desiguales estructurales antes las que se encuentran sometidas las mujeres (De Miguel, 2015; Ranea, 2021), los hombres continúan viviendo los dividendos patriarcales como si se trataran de derechos legítimamente obtenidos por medio de medidas legislativas (Sambade, 2020). De hecho, lo más habitual es que los varones no desarrollen esa conciencia crítica sobre la masculinidad, y sientan que esos privilegios que han normalizado porque, para ellos, en cuanto hombres, siempre han estado ahí, no son privilegios, sino que son derechos (Alario, 2021).

La lógica que articula estos discursos es sencilla, con lo cual llega con facilidad a las personas y, además, converge con el modo en que el sistema económico dominante alienta la ilusión individualista de poder social: es de hecho somos todos iguales, si de hecho tenemos las mismas condiciones y las mismas oportunidades, entonces los privilegios de los que disfruto son míos por derecho propio: *me los he ganado* (Sambade, 2020, p. 190).

Con todo, existe la posibilidad de que, llegado un momento de crisis identitaria de género masculino, los hombres, en el intento de demostrar su masculinidad, lleguen a ejercer cualquier tipo de violencia contra las mujeres. Desde este punto de vista, cada vez más cobran especial importancia las palabras de Herrera (2019):

Es esencial poner el foco sobre la responsabilidad que tienen los varones en la violencia que se produce en todo el mundo, exigirles que aprendan a relacionarse de otra manera y a comunicarse de forma más efectiva para resolver los conflictos sin violencia. Ya no pueden posponer por más tiempo el trabajo personal para despatriarcalizarse y obtener sus propias herramientas con las que enfrentarse a la vida sin miedo y sin violencia. Los varones no pueden seguir pasivos mientras nos matan. No pueden seguir neutrales, como si la cosa no fuera con ellos. Tienen que sumarse al cambio que se avecina: la igualdad y el feminismo llegaron para quedarse y el avance es imparable. (p. 125)

2.5. El patriarcado no es invencible: el principio de igualdad

La igualdad de mujeres y hombres remite a un concepto regulativo político, un término ético y un valor que genera principios y normas jurídicas (Amorós, 2005). De la misma manera, también ha sido una reivindicación histórica. Así, en la Revolución francesa, Olympia de Gouges (1748-1793) proclamó los Derechos de la Mujer y la Ciudadana, al ver que habían sido excluidas de la Declaración del Hombre y del Ciudadano. Posteriormente, el movimiento feminista, en sus diferentes olas ha ido elaborando teoría sobre el concepto de igualdad, al tiempo que ha reclamado mayores niveles de igualdad para las mujeres (Ventura, 2020).

La igualdad que el feminismo propone no se refiere al ámbito de las identidades, la intención no es que las mujeres sean idénticas a los hombres ni viceversa, sino que, a partir del reconocimiento de las diferencias, se puedan establecer sus correspondientes equivalencias para no convertir las mismas en desigualdades y, como consecuencia, en oportunidades para discriminar. Como señalan Mackinnon (1989), mientras que las diferencias de los varones en relación con las mujeres son iguales a las de las mujeres en relación con los hombres, las desigualdades a las que dan lugar, no lo son. Debido a la complejidad del momento actual, la igualdad que demanda el feminismo debe incorporar relaciones de equipotencia, equifonía y equivalencia (Santa Cruz, 1992).

En primer lugar, la igualdad, entendida no como uniformidad, identidad o estandarización, comporta, ante todo, la autonomía, es decir, la posibilidad de

elección y decisión independientes, que involucra, a su vez, la autodesignación (capacidad de actuación o de intervención en lo público-político) frente a la heterodesignación (una atribución de identidad por parte de quien ejerce el poder). En este sentido, la igualdad supone autoridad o, lo que es lo mismo, la capacidad de ejercicio de poder, el «poder poder» como señala Amorós (2005). Por tanto, solo pueden llamarse iguales a quienes son equipotentes. Así pues, es difícil que las mujeres alcancen la igualdad si no aparecen representadas entre los pactos de poder de los varones. Y esos lugares de toma de decisiones comprenden buena parte de los lugares en los que habitan cotidianamente hombres y mujeres. Sirva de ejemplo la clásica reflexión de Cynthia Enloe sobre la política internacional:

Una de las ideas más sencillas e inquietantes que conozco es que lo personal es político. Inquietante, porque significa que las relaciones que antes imaginábamos privadas, o meramente social, resultan estar infundidas de poder; en la mayoría de los casos, de un poder desigual legitimado por las autoridades. De ahí que la violación esté más relacionada con el poder que con lo sexual, y que los responsables no sean solo quienes violan sino también el Estado. [...] Por otro lado, la aserción «lo personal es político» es como un palíndromo, una de esas frases que pueden leerse de izquierda a derecha y al revés. Si se lee «lo político es personal» se entiende que lo político no está únicamente cincelado por lo que ocurre en los debates legislativos, cuando se va a votar o en las salas donde se planean las guerras. [...] Así, para poder explicarnos por qué determinado país tiene determinado tipo de política, tendríamos que indagar en cómo se construye la vida pública en función de las luchas que van definiendo la masculinidad y la feminidad. Aceptar que lo político es lo personal conduce a que temas como las políticas del matrimonio, las enfermedades venéreas y la homosexualidad no se conciban como algo marginal, sino como cuestiones de vital importancia para el Estado. [...] Este tipo de investigación es tan serio como el análisis de las armas que emplean los ejércitos o el de cómo son las políticas fiscales. Para entender la política internacional tenemos que leer el poder de izquierda a derecha y también al revés. Las relaciones de poder entre los países y sus gobiernos no se materializan solo en maniobras militares o telegramas diplomáticos; «lo personal es internacional» en el sentido de que las ideas sobre lo que es una mujer «respetable» o un hombre «con honor» han sido

configuradas por las políticas colonialistas, las estrategias de comercio y las doctrinas militares (Enloe, 1989, como se citó en Varela, 2019b, pp-169-170).

En segundo lugar, estrechamente relacionado con la equipotencia, aparece la necesidad de incorporar a la igualdad la «equifonía», es decir, la posibilidad de emitir una voz que pueda ser escuchada y considerada como portadora de verdad, significado y credibilidad (Santa Cruz, 1992). Desde este punto de vista, Amorós (2014) sostiene que la fórmula simplemente consiste en que el patriarcado da la razón al patriarca, sin necesidad de pruebas o investigación. Así, el relato bíblico, lejos de ser olvidado, deja inserto en la cultura judeo-cristiana, que la palabra de las mujeres es irrelevante y carece de valor testimonial. En consecuencia, las mujeres no acumulan ni instituyen sabiduría.

En tercer y último lugar, se pone de manifiesto la equivalencia, es decir, tener el mismo valor. Desde este punto de vista, no basta con poder, sino que también hay que valer, con la respetabilidad que ello supone. Este tercer ámbito es de especial relevancia, puesto que la violencia de género se basa en el menosprecio, el desprecio y la falta de respeto a las mujeres (Varela, 2019b). En definitiva, como la igualdad presupone la diferencia, se habla de un concepto relacional que parte de la necesidad de que los seres humanos, a pesar de la multitud de diferencias existentes, puedan disfrutar de posiciones equivalentes, con el propósito de evitar que ninguna de las diferencias inherentes a hombres y mujeres puedan perpetuarse como parámetros de universalidad (Ventura, 2020).

Por el momento, existen cuatro ámbitos que lastran el principio de igualdad en las sociedades actuales (Varela, 2017). En primer lugar, los medios de comunicación, por cuanto que actúan como altavoces de un discurso retrógrado y machista, que no hace más que tergiversar la realidad del feminismo y los beneficios que aporta a los hombres que deciden secundar los principios democráticos de igualdad de género. En segundo lugar, la *cultura del simulacro* (Varela, 2017, p. 122), que pretende simular que la igualdad entre mujeres y hombres es un objetivo conquistado en las sociedades democráticas, sobre todo, como resultado de las diferentes medidas legislativas promulgadas desde comienzos de la década de los setenta del pasado siglo.

Nuestras sociedades, formalmente igualitarias, se articulan sobre un doble discurso, el normativo —lo que se debe decir— y el ontológico —lo que de hecho es—. Lo que se debe decir, y casi continuamente se dice, es que hombres y mujeres —“¡por fin!”— somos iguales. Lo que de facto ocurre es que la Igualdad, en sentido fuerte, aún no ha sido conquistada. Hablamos de “conquista”, no de consecución o logro porque si algo ha quedado meridianamente claro es que la “Igualdad” no es algo que se produzca por mera evolución y sin más, sin resistencias. La Igualdad se nos ha planteado como una conquista, un horizonte o meta reguladora a la que no parece posible llegar sin sangre, sudor y lágrimas —si se nos permite la épica cita (Ávila, 2019, p.19).

En tercer lugar, el mito del amor romántico, que empuja a mantener relaciones de pareja desiguales donde los hombres tienden a aprovecharse de la socialización de género diferenciada de las mujeres (Herrera, 2019). Así, mientras que el mito del amor romántico, induce a las mujeres a vivir en un estado de latencia amoroso donde deben aguantar todas las desavenencias en nombre del amor, los hombres tienden a relegar este mismo a un último plano de sus vidas. Desde este punto de vista, para los varones el amor comprende una estrategia más del patriarcado en el que obtienen ventajas por medio de la subordinación de las mujeres en el ámbito privado.

El discurso globalizado insiste en que el amor se da solo, no necesita análisis, no necesita conocimiento. El amor llega inesperadamente, no hay que buscarlo, siempre te encuentra, te sale de forma natural del corazón (nunca de la cabeza, eso está muy mal visto) y solo necesitas entregarte. «Mujer, déjate querer... mujer, mujer». Sin embargo, el amor es histórico, es decir, está condicionado por las épocas y por las culturas; está especializado por género, lo que quiere decir que tiene normas y mandatos diferentes para las mujeres y para los hombres y, además, va de la mano del poder (Varela, 2017, pp.55-56).

En cuarto y último lugar, uno de los ámbitos social que menoscaban el principio de igualdad en las actuales sociedades patriarcales remite a las instituciones

académicas y a la educación que reciben los niños y niñas en diferentes ámbitos formales e informales (Varela, 2017). Desde este punto de vista, si bien permanece inserto en las aulas un modelo educativo androcéntrico, que invisibiliza, niega y oculta el papel y la contribución de las mujeres en los diferentes ámbitos de la vida (Marañón, 2018), cada vez más emergen numerosas propuestas coeducativas que intentan convertir las instituciones académicas en un dispositivo cultural de transformación social en aras de promover la igualdad de género (Ruiz-Repulo, 2018).

CAPÍTULO 3: HACERSE HOMBRE: LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LA MASCULINIDAD PATRIARCAL

Ser hombres supone ante todo y por encima de todo «no ser mujer»

(Salazar, 2018, p.63).

Un hombre se desespera cuando ha dejado de ser un hombre entre los hombres

(Kimmel, 1997, p.59)

El tercer capítulo de la tesis doctoral pretende establecer una aproximación sociocultural sobre los diferentes pilares en los que se sustenta el modelo hegemónico de masculinidad patriarcal. Si bien es cierto que muchos varones han comenzado a iniciar un proceso de deconstrucción de la masculinidad hegemónica o tradicional, los vórtices sobre los que descansa este modelo continúan plenamente vigentes e imbricados en lo social (Ranea, 2021). De hecho, para demostrar que los varones son *hombres de verdad* deben cumplir, en la medida de sus posibilidades, con los siguientes imperativos o consignas populares: 1. *No Sissy stuff* («no ser afeminado» o «nada de mariconadas»); 2. *The big Wheel* («el gran señor» o «ser una persona importante»);); 3. *The sturdy oak* (ser un hombre duro como el roble); 4. *Give'em Hell* («mandar a todos al diablo» o «dar caña») (Deborah y Brannon, 1976). Estas consignas convergen, además, con la propuesta de Badinter (1993), quien indica que la masculinidad se define por oposición a la feminidad. Así, los hombres “deberán convencerse y convencer a los demás de tres cosas; que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual” (p.51).

En el intento de revalidar la idea de superioridad masculina, los varones patriarcales también comienzan a sentirse preocupados por sus cuerpos. De hecho, son sometidos a constantes esfuerzos físicos con la idea de representar la esencia que caracteriza a los hombres de verdad, de ahí que en la actualidad, cada vez más los hombres ocupen centros de entrenamiento físico especializados. De la misma manera, la concepción de la sexualidad ocupa una posición fundamental en la conformación de la masculinidad tradicional, por cuanto que los varones, para hacer valer su superioridad con respecto a las mujeres, proyectan a las mismas como

cuerpos expuestos a cumplir con las necesidades o pulsiones sexuales de los varones. Todo ello, envuelto desde una energía poderosa de amor romántico o, mejor dicho, patriarcal, en el que las mujeres aparecen permanentemente dispuestas a sacrificar su desarrollo o autonomía personal para que los hombres puedan continuar subordinándolas y relegándolas a las esferas privadas.

3.1. El estatus social de la masculinidad tradicional

En vista de que tanto los hombres como las mujeres son seres sociales, la identidad masculina no solo depende de la autopercepción de los hombres, sino también del reconocimiento del resto de personas. En este sentido, hacerse hombre, como proceso de reafirmación o validación de la masculinidad patriarcal, implica mantener una apariencia pública hacia las demás personas, así como realizar determinadas actividades asociadas en exclusiva al género masculino (Ranea, 2021). En consecuencia, la masculinidad debe ser interpretada como un estatus social que otorga valía a todos los hombres, por tanto, tienen que demostrar la misma de manera permanente. Según Segato (2003) para entender el proceso de socialización de género masculino, se debe situar a la masculinidad en una encrucijada de dos ejes: el vertical, en jerarquía con las mujeres; y el horizontal, en jerarquía con respecto a los otros hombres.

Por un lado, desde el punto de vista vertical, la masculinidad se define en oposición a aquellos valores, mandatos, comportamientos y actitudes definidas culturalmente como femeninas (Badinter, 1993). Socialmente, los hombres son representados como lo positivo y lo neutro del pensamiento androcéntrico, por lo que, para definirse satisfactoriamente, deben catalogar a las mujeres como lo negativo. De hecho, en este proceso de socialización de género, la masculinidad aparece vinculada al poder, mientras que las mujeres, devaluadas a un último término, son socializadas en el despoder. Así pues, los hombres se definen como auténticos hombres a través de los lazos de instrumentalización y subordinación de las mujeres (Ranea, 2021).

En realidad, los varones son varones porque se lo creen, sin que ninguno *sepa* en realidad en qué consiste esa virilidad salvo en *la exigencia* misma de todos ellos de valorarla [...]. Pero ¿por qué habría que *valorar* la virilidad? [...]. Porque implica, si no poder, al menos *poder poder*: estar, en principio, del lado de los que pueden: el poder es percibido y nos lo han hecho percibir como patrimonio del genérico masculino (Amorós, 1992, pp.45-46).

Por otro lado, desde el punto de vista horizontal, los hombres deben demostrar su hombría o virilidad por medio de la puesta en práctica de comportamientos, actitudes, o mandatos de género altamente masculinizados. Desde este punto de vista, masculinizarse consiste en aprender del imaginario colectivo social la importancia masculina ante el grupo de pares masculino y frente a la insignificancia de las mujeres. Así, tal como indica Marqués (1997) “ser varón es ya ser importante, de modo que quien es varón es importante por ese solo hecho” (p.22). En este sentido, los varones si bien son importantes, deben revalidar su superioridad con respecto al grupo de pares masculino. Para ello, emplean la heterosexualidad como elemento identificador de la hombría masculina. Así, los hombres heterosexuales son considerados en las estructuras patriarcales más hombres que los varones homosexuales, en la medida en la que “se ven socialmente inducidos a satisfacer la expectativa de potencia hetero-sexual para confirmar su masculinidad” (Sambade, 2017, p. 171).

En el año 1976, dos estudiantes universitarios estadounidenses, Deborah S. David y Robert Brannon (1976) enunciaron cuatro imperativos que conforman la masculinidad tradicional en forma de consignas populares: 1. *No sissy stuff* (no tener nada de mujer, no ser afeminado); 2. *The big Wheel* (ser una persona importante); 3. *The sturdy oak* (ser un hombre duro como el roble); 4. *Give´em Hell* (mandar a todos con el diablo).

❖ **1. *No Sissy stuff* («no ser afeminado» o «nada de mariconadas»)**

La primera consigna «no ser afeminado» o «nada de mariconadas» remite a una primera etapa de socialización de género diferencial para niños y niñas. Mientras

que las niñas aprenden e interiorizan valores o aspectos relacionados con la interdependencia, el cuidado de las personas, el compañerismo, la delicadeza o el ser para otros (Legarde, 2000); la identidad masculina se define en jerarquía y oposición con respecto de aquellos valores, roles, mandatos, comportamientos y actitudes asociadas con la femineidad de las niñas. Así, en todo momento, los niños deben de aprender que no son niñas y, por lo tanto, sus comportamientos, actitudes o pensamientos deben ser diferentes, cuando no opuestos a los de ellas. En este sentido, los niños son socializados mediante comportamientos o actitudes basados en el poder, la independencia, la fortaleza, la valentía, la razón, o el ser para sí mismos (Herrera, 2019; Marañón, 2020).

Para poder hacerse hombres de verdad, los chicos tienen que demostrar ante uno mismo y ante los demás tres elementos básicos: no ser una niña, no ser un bebé y no ser homosexual (Badinter, 1993). Desde este punto de vista, la masculinidad se construye mediante el rechazo a ocupar una posición secundaria en la sociedad, en la que se ubican a las mujeres. Así, los niños reciben de forma sistemática y durante todo el tiempo, los mismos mensajes de identificación con la masculinidad basados en la negación: “los niños no lloran”, “los niños no tienen miedo”, “los niños no visten de rosa”, los niños no son niñas” y un largo etcétera que impregna la subjetividad de los niños en el proceso de configuración de su masculinidad (Lomas, 2004). Tal como indica Salazar (2019a) en lo referente a los rasgos que caracterizan la masculinidad tradicional:

La palabra *no* ha sido y es decisiva en la definición de lo que implica ser un hombre, porque habitualmente la masculinidad se ha definido en negativo. Ser un hombre implica no ser una mujer, y esa es una lección que desde muy pequeños la sociedad se encarga de lanzar sobre nosotros. Si queremos ser hombres de verdad tenemos que aprender a comportarnos como se supone que lo hacen las niñas. No solo es que los hombres no lloren, sino que tampoco se visten de rosa, (...) no expresan sus emociones, no se muestran débiles, no son románticos, no actúan en público con forzado recato y compostura, no se preocupan por su aspecto físico o su ropa, no suelen estar callados, no adoptan una posición sumisa, no controlan sus pasiones, ... Y así podríamos seguir con una larga lista. (p.101)

En cualquier caso, la construcción en negativo de la masculinidad ha desembocado en consecuencia terribles para los hombres. Por un lado, son ellos quienes siempre han tenido que mostrar rechazo hacia aquello que ha estado unido a las emociones y los sentimientos, si bien ha imperado la idea de que los hombres siempre tienen que mostrarse duros, valientes e invencibles (Salazar, 2018). A modo de interés, se puede destacar que, en el ámbito publicitario, el famoso anuncio de *Invictus* demuestra a la perfección el modelo ideal de varón en el que los hombres deben fijarse para validar su masculinidad. Por otro lado, y como consecuencia de esa parte emocional, los hombres no han sido capaces de gestionar muchos de los problemas que se han presentado a lo largo de sus vidas, además de los conflictos afectivos que también han surgido con el paso del tiempo (Salazar, 2018).

En resumen, esta primera consigna considera que los hombres, en concreto, aquellos que representan e interiorizan el modelo de masculinidad patriarcal, deben prescindir de una parte de sí mismos, si bien se les exige que renuncien a todos aquellos aspectos que, como consecuencia de la estructura patriarcal, ha sido designados a las mujeres. No obstante, sí que necesitan a las mismas para reafirmar su masculinidad, por cuanto que los hombres se definen como auténticos hombres a través de los lazos de subordinación y discriminación de las mujeres (Ranea, 2021).

❖ 2. *The big Wheel* («el gran señor» o «ser una persona importante»)

La segunda consigna “el gran señor” o “ser una persona importante” pone en evidencia el aprendizaje de la importancia masculina frente a la insignificancia femenina; como afirma Marqués (1997, p.19) “ser varón en la sociedad patriarcal, es ser importante”. Desde este punto de vista, la importancia que se dispensa al varón comporta un doble sentido: por una parte, los hombres son importantes porque las mujeres son sujetos carentes de importancia; por otra parte, ser varón es importante porque la masculinidad remite, desde un punto de vista social, a todos aquellos valores importantes, si bien estos se encuentran asociados a lo masculino (Marqués, 1997). Un ejemplo de todo ello es la división sexual del trabajo, que ubica en el terreno del valor social y económico las actividades productivas masculinas, mientras

que los trabajos reproductivos, asociados a lo femenino y desempeñados en su inmensa mayoría por mujeres, han sido y continúan siendo infravalorados tanto en el ámbito económico como en el ámbito social. Esta distribución desigual se mantiene por imperativos legales en los patriarcados por coerción, y mediante la socialización de género en los de consentimiento (Nuño, 2020).

Entre tanto, Marqués (1997) sostiene que los varones parecen haber sido informados de la importancia y superioridad de ser hombre por medio de los siguientes procesos: a) la relevancia que ocupa el hombre en la familia como principal proveedor económico; b) la satisfacción de las madre de haber dado a luz a un niño como principal sucesor del padre; c) el trato preferente en el hogar de los hombres con respecto a las mujeres; d) el refuerzo sexual de las actitudes, los comportamientos, los actos o las expresiones que realiza en el ámbito social; e) la superioridad e importancia que el entorno social más cercano dispensa a las ocupaciones de los hombres; f) la percepción a través de los diferentes canales de comunicación social de la importancia de los varones, presentados como protagonistas principales de las historias; y g) el imperativo de tener que comportarse como un hombre de verdad, y ser disculpado reverencialmente por serlo.

En resumen, esta segunda consigna remite a una exigencia de superioridad de los varones con respecto a los demás. Desde este punto de vista, los hombres serán más importantes cuanto mayores sean sus ganancias económicas, cuanto mejores puestos de trabajo ostenten, cuanto más fornido o bello sea su cuerpo, y cuanto más ejemplar se muestren los miembros del entorno familiar. Como se observa, todo se basa en una simple apariencia por demostrar que, cuanto mejor o más valioso es lo que tienes, mejor hombre se es. (Marañón, 2018). Sin embargo, nada más lejos de la realidad, este modelo de masculinidad patriarcal genera malestar e incertidumbre en los hombres, pues no siempre se puede ni debe estar a la altura de competición contra los demás. Así mismo, resulta complicado que los hombres se encuentren de manera permanente preparados para alcanzar el éxito en los diferentes planos de la vida, si bien los preceptos patriarcales resultan una misión casi imposible de cumplir a la perfección.

❖ 3. *The sturdy oak* («el roble sólido» o «duro como un roble»):

La tercera consigna “ser un hombre duro” o “un hombre fuerte como un roble” pone en evidencia la necesidad que manifiestan los hombres de ser independientes e im- pasibles ante los demás. Este hecho pretende ratificar que los hombres de verdad son socializados duramente para no mostrar sentimientos ni emociones, en con- creto, aquellas que se consideraran propias de las mujeres, como es el cariño, la emoción, el miedo, y la inseguridad. Por el contrario, sí que pueden manifestar aque- llas implícitamente relacionadas con la masculinidad patriarcal, como es la agresivi- dad, la competencia, la ira, el enfado o la furia (Sambade, 2020). En pocas palabras, la expresión de sentimientos femeninos en los hombres es considerado como un sín- toma de debilidad masculina, y los hombres deben ser duros como piedras.

Según las leyes del patriarcado, todo lo relacionado con los sentimientos es cosa de mujeres y las cosas de mujeres anulan la masculinidad de los machos. Más o menos esto es lo que nos cuentan: los machos de verdad son duros, fríos y calculadores, fuertes y racionales, no se dejan llevar por los sentimientos (Herrera, 2019, p.52).

De otra parte, cabe señalar que los sentimientos, comportamientos o actitudes que desempeñan los hombres y las mujeres dependen en exclusiva del proceso de socia- lización de género. Ahora bien, como en las sociedades occidentales impera un sis- tema patriarcal, el proceso de socialización también remite al mismo (Sambade, 2020). Este proyecto de socialización sostiene que las mujeres están especialmente dotadas para el espacio privado, mientras que los hombres están destinados a ocu- par el espacio público o patriarcal. Así, esta mirada androcéntrica, patriarcal y ma- chista hace que, ante una misma realidad, los hombres y las mujeres sea catalogados de forma diferenciada. En otras palabras, la socialización de género centra su interés en demostrar la cualidades del hombre superiores a las de las mujeres, y por este motivo, ante una misma situación, hacen que la respuesta de hombres y mujeres sea diferenciada (Varela, 2019a). La tabla 2 muestra las diferencias que se asignan a cada género en función del comportamiento.

Tabla 2: Comportamientos asociados según el género

Cuando se comporta así	Si es mujer	Si es hombre
Activa	Nerviosa	Inquieto
Insistente	Terca	Tenaz
Sensible	Delicada	Afeminado
Desenvuelta	Grosera	Seguro de sí mismo
Desinhibida	Pícara	Simpático
Obediente	Dócil	Débil
Temperamental	Histérica	Apasionado
Audaz	Impulsiva	Valiente
Introvertida	Tímida	Piensa bien las cosas
Curiosa	Preguntona	Inteligente
Prudente	Juiciosa	Cobarde
Si no comparte	Egoísta	Defiende lo suyo
Si no se somete	Agresiva	Fuerte
Si cambia de opinión	Caprichosa	Reconoce errores

Fuente: Adaptado de Varela (2019a, p.375).

❖ 4. *Give'em Hell* («mandar a todos al diablo» o «dar caña»):

Por último, la cuarta consigna “mandar a todos al diablo” o “dar caña” pone de manifiesto la posibilidad de que los hombres apelen a la violencia con el propósito de demostrar que los varones son más duros que nadie, sobre todo, cuando las consignas anteriores no deparan el éxito social esperado (Badinter, 1993). Desde este punto de vista, los hombres de verdad deben enfrentar sus propios miedos aun a expensas de dañar de su integridad física o moral. Así pues, como ha sucedido en las diferentes contiendas bélicas o en las luchas callejeras, es frecuente comprobar que muchos varones han perdido parte de sus extremidades en el intento de defender su integridad moral. Muchas de estas maniobras de actuación se han visto compensada o agraviadas por el uso de la violencia contra otros hombres (Sambade, 2020). Si se enlaza la violencia que los hombres ejercen para imponer su dominio junto con la represión de sentimiento y emociones, aparece un tipo de *hombre duro* mutilado de afectos y privado del disfrute de la humanidad (Badinter, 1993). Pero la represión de los sentimientos lo hace impasible no solo ante sus propias necesidades, sino también frente a los sentimientos o necesidades de los demás. Por este motivo, cuando entran en conflicto con otras personas, es decir, cuando se cuestiona su masculinidad, no siente ningún tipo de empatía y emplean la violencia como recurso eficaz para imponer su autoridad (Sambade, 2020).

A los niños les enseñan que los hombres son lo contrario de las mujeres. Los hombres no lloran, los hombres actúan, y la única forma de conseguir sus objetivos o de resolver sus conflictos es con violencia. Usando sus puños, un arco y flechas, una ametralladora, una pistola, un hacha, un martillo, una granada, un cazabombardero, un tanque, una escopeta, un machete... en todas las producciones culturales, los héroes utilizan la violencia para salvar a la Humanidad, para arreglar un problema o para obtener un tesoro. El macho violento y la «niñata» llorona, estos son los modelos de feminidad y masculinidad que nos venden (Herrera, 2020c, pp.114-115)

En resumen, los cuatro imperativos que comprenden la masculinidad patriarcal contemplan las características o cualidades que deben reunir un hombre duro, es decir,

aquellos atributos que el patriarcado ha atribuido a un modelo de masculinidad basado en el éxito, el poder, la autoridad, la violencia y la superioridad. Desde este punto de vista, los hombres patriarcales deben mostrarse ante los demás como invencibles, impasibles e inexpressivos, en tanto que mutilados de afectos, utilizan la violencia como maniobra de actuación para imponer autoridad. En palabras de Badinter (1993, p.161):

El hombre que se somete a estos cuatro imperativos es el supermacho que durante mucho tiempo ha hecho soñar a las masas [...] que ha recorrido el mundo entero. Es el hombre duro, solitario porque no necesita a nadie, impasible, viril como nadie. Todos los hombres, en un momento dado, han soñado ser como él: una bestia sexual con las mujeres pero que no se ata a ninguna; un ser que no se trata con sus congéneres masculinos si no es en el campo de la competición, la guerra o el deporte. En definitiva, un duro entre los duros, un mutilado de afecto, preparado más para la muerte que para el matrimonio y el cuidado de los hijos.

En el marco de las diferentes sociedades patriarcales, los hombres han comenzado a secundar los cuatro imperativos, así como elaborar un modelo propio de masculinidad en función de los diferentes espacios territoriales. Desde este punto de vista, en Estados Unidos, como referente universal de los estudios de género, se han impuesto numerosos ideales de masculinidad representados en el universo cinematográfico por el vaquero del lejano oeste, o por el propio Rambo (Sambade, 2020). El personaje del vaquero rebosa una masculinidad pura e inalterable, y las mujeres aparecen como meros accesorios sexuales a los que no les une ninguna vinculación afectiva. En el caso de que pudiera existir ese vínculo, estas mismas podrían aniquilar este modelo de masculinidad imperiosa basado en la soledad y en el estoicismo del héroe solitario. Entre tanto, el único placer que experimenta el vaquero del lejano oeste es el del combate, utilizando las pistolas para montar un tiroteo contra el o los adversarios; un placer originado en la estética del autocontrol de las emociones, de la predisposición para matar y, en el caso de que sucediera, morir de manera heroica (Badinter, 1993; Sambade, 2020). Estos héroes de pantalla, que sirven de modelo ideal de la masculinidad patriarcal han hecho y siguen haciendo fantasear a

millones de hombres, sin embargo, la realidad de los hombres es otra bien distinta, si bien no todos logran cumplir con éxitos tales expectativas.

El ideal masculino definido por los cuatro imperativos de David y Brannon sigue siendo de difícil acceso para una gran mayoría de hombres: es demasiado duro y exigente... Tarde o temprano los hombres se dan cuenta de que se encuentran ante un tipo masculino al que no consiguen emular. De ahí que se produzca una cierta tensión entre ideal colectivo y vida real. Pero, a pesar de todo, este «mito de la masculinidad» subsiste gracias a la complicidad de quienes consiguen oprimir (Badinter, 1993, pp.163-164).

Evidentemente, no todos los hombres consiguen representar o interpretar ese modelo de masculinidad heroica, pero no por ello desaparece. Más bien, cada hombre intenta simular un modelo alternativo a la norma mítica de la fuerza, el poder, el control y el éxito social (Connell, 2020). Ahora bien, al promover esa imagen casi divina e inaccesible de la masculinidad patriarcal, se produce un sentimiento de imparcialidad e imperfección heroica (Badinter, 1993). De hecho, muchos de estos hombres acaban siendo prisioneros de un modelo de masculinidad obsesionada y compulsiva que no proporciona ningún tipo de estabilidad, sino que es fuente de autodestrucción y de agresividad contra todos aquellos hombres que comienzan a tomar conciencia de que ese modelo de masculinidad oprime a los hombres, en tanto que sujetos emocionales y sentimentales (Salazar, 2019a).

Las mitificaciones de la masculinidad heroica sirven para que los hombres fantaseen identificándose y proyectándose en estos héroes. Como en su vida diaria no suelen realizar grandes gestas, estos relatos les hacen sentir durante un rato que son importantes y necesarios como hombres. Sin embargo, son mayoría los varones que no cumplen las condiciones que impone este modelo heroico: los que no son blancos, los que no son heterosexuales, los que no tienen habilidades deportivas, los que no tienen un físico de macho alfa, los que tienen discapacidades o enfermedades, los que no son agresivos, los que no cumplen con los estereotipos ni los mandatos de género (Herrera, 2019, p.83).

3.2. La corporalidad de la masculinidad patriarcal

Por norma general, la instrumentalización del cuerpo comprende uno de los principales elementos que se tienen en cuenta para abordar la cuestión de la masculinidad patriarcal. El modo en el que los hombres conciben el ideal de este modelo de masculinidad repercute de manera directa en la concepción del cuerpo masculino, si bien deben adoptar determinadas formas o contornos para lograr con éxito la imitación del modelo de masculinidad patriarcal (Sanfélix, 2018). Principalmente, los cuerpos masculinos son amaestrados o entrenados para cumplir con diferentes finalidades que permiten complementar el logro y el éxito de los hombres en el ámbito de lo público. Durante todo este proceso, las sensaciones y emociones que se originan en los cuerpos masculinos son duramente reprimidas, en tanto que la manifestación de las mismas con respecto al cuerpo son percibidas como una falta o carencia de masculinidad patriarcal (Martínez Guirao, 2019).

Así pues, en la medida en la que la masculinidad patriarcal se pone a prueba mediante la dominación del cuerpo, este pasa a ser un objeto central de la cultura masculina del riesgo: disciplinarse intensamente mediante el entrenamiento físico, trabajar sin las medidas de seguridad adecuadas, exponerse físicamente cuando uno se encuentra enfermo, consumir más alcohol del permitido, mantener relaciones sexuales sin protección, conducir a altas velocidades, fumar en exceso o comer de manera desmesurada, son algunas de las acciones practicadas habitualmente por hombres, en las que el propio cuerpo e incluso la vida, en los casos más extremos, son puestas en riesgo (Sambade, 2020).

En la actualidad, y de manera cada vez más creciente, los hombres comienzan a someter sus cuerpos a múltiples riesgos que pueden desencadenar en el sufrimiento y el dolor físico, pero también lesiones, heridas y diferentes tipos de enfermedades pueden conllevar a la pérdida de la propia vida. Muchos de ellos no acuden a los centros de salud más cercanos o a los grandes hospitales para recibir la atención médica necesaria, e intentan olvidar el asunto con múltiples excusas. Otros, por el contrario, muestran con orgullo sus cuerpos ensangrentados y las marcas que pueden quedar en ellos a modo de cicatrices (Salazar, 2019a). Todos estos comportamientos, que pueden parecer como irracionales, no hacen más que

responder a un modelo determinado de masculinidad: el modelo patriarcal, donde los hombres, con valentía y honor, deben reprimir sus emociones y colocar sus cuerpos a numerosos riesgos (Martínez Guirao, 2019).

Como hombres aprendemos a tratar nuestro cuerpo como algo aparte, como algo que necesita ser entrenado. Muchas veces exigimos más de nosotros mismos porque intentamos ponernos a prueba frente a los límites del cuerpo, y esto constituye una forma de afirmar nuestra masculinidad. Aun cuando nuestro cuerpo sea un instrumento cuidadosamente afinado que está dispuesto a obedecer cada una de nuestras órdenes -la propia lengua refleja una educación en la autoridad y el dominio-, podemos quedarnos con una relación interna muy endeble con él. Esto refleja en parte la relación limitada que se nos alienta a establecer con nuestro ser interior [...] Este temor a lo que la naturaleza podría revelar es un aspecto endémico de las formas dominantes de masculinidad. Está construido sobre una negación de lo que no se puede negar pues sigue siendo parte de nosotros mismos (Seidler, 2000, p.25).

La teoría social y cultural de la corporeidad indica que el cuerpo es más que un organismo biológico, por cuanto que también comprende un componente social y cultural. Dicho de otro modo, la cultura está en el cuerpo, los cuerpos se construyen culturalmente y varían en función de los valores de las sociedades en la que los cuerpos habitan. Douglas (1978) sostiene que el cuerpo se ve condicionado y a su vez condiciona a la propia sociedad. En consecuencia, el cuerpo debe estar acorde con las categorías culturales. De igual modo, los mismos cuerpos y cada una de sus partes dispensan valores o significados diferentes y, en función de los mismos, se muestran o se ocultan, se aceptan o se modifican, se ostentan o se esconden e incluso se dañan para volver a reparar mediante operaciones quirúrgicas (Martínez Guirao, 2019).

Como consecuencia de la socialización de género masculino, Martínez Guirao (2014) indica que el cuerpo masculino rinde culto a la estética y pospone la salud a un segundo plano. De hecho, en los últimos años, los hombres acuden con asiduidad a los gimnasios y centros deportivos y, de manera más reciente, a boxes de crossfit

para aumentar la musculatura y controlar el nivel de grasa corporal. Esta búsqueda constante por la perfección estética se complementa con la inclusión de la cultura cosmética y con el aumento considerable de cirugías, que intentan moldear o perfeccionar aquellos desajustes que no responden por completo a la concepción estética de la masculinidad patriarcal. De la misma manera, esta búsqueda obsesiva por la perfección estética ha desencadenado en muchos casos en trastornos alimentarios relacionados con la morfología corporal, que en otros tiempos, eran considerados como algo casi exclusivamente femenino. Así pues, es desde comienzos de la década de los noventa cuando empieza a intensificarse la instrumentalización del cuerpo desde la mirada del hombre patriarcal (Martínez Guirao, 2019; Sambade, 2020).

Bajo la mirada patriarcal de llevar el cuerpo al límite, comienzan a aparecer actividades innovadoras o alternativas, como el *crossfit*, el *seafit*, el *street workout* y el *bodybuilding*. Estas actividades que se promocionan constantemente en los centros de entrenamiento, si bien presentan a sus practicante como héroes o superhombres, no hacen más que reafirmar los valores propios de la masculinidad patriarcal, como el liderazgo, la rivalidad, la estrategia, la hegemonía, la superación, la lucha y la comparación con el otro (Martín Cabello y García Manso, 2011). Para ello, utilizan imágenes de películas donde los hombres destacan por su corpulencia y fuerza física, como es el caso de *Thor* o *Hércules* (Sánchez Martín y Sánchez Martín, 2017). De la misma manera, en muchos boxes de crossfit aparecen lemas que incitan a superar los límites físicos del cuerpo en tanto más se aguante el dolor:

“El dolor es temporal, la gloria es eterna”, “Sé más fuerte que tus excusas”, “El dolor de hoy será tu fortaleza de mañana”, “Primero sentirás que mueres, después sentirás que renaces”, “Tu entrenamiento, mi calentamiento” (que deja claro la superioridad física de quien realiza estas prácticas) o el ya clásico «No pain, no gain» (sin dolor no hay mejora), son algunos de los lemas que llenan con profusión las paredes de estos centros” (Sánchez Martín y Sánchez Martín, 2017, p.255).

Por otra parte, los mecanismos de autodomínio y adoctrinamiento social de los cuerpos masculinos pretenden contrarrestar los avances promovidos por el

feminismo. En concreto, los hombres mantienen una postura defensiva que se vehicula a través de la reapropiación del cuerpo como símbolo propio de anclaje material y capital simbólico (Bourdieu, 2000). Así pues, no es casualidad que, incluso en los trastornos corporales, el sistema patriarcal, capitalista, neoliberal y financiero favorezca en su emergencia un elemento diferencial. En contraste con los cuerpos débiles y vulnerables que producen la anorexia y la bulimia, trastornos casi exclusivamente femeninos (Sanfélix, 2018), la vigorexia comparece como una forma de dominación a través de lo simbólico y de valores tradicionales como la fuerza que está en la esencia de la percepción de la masculinidad hegemónica y tradicional (Sambade, 2020).

Buena parte de los chicos más jóvenes empiezan a estar obsesionados por un cuerpo ideal, que no es tanto uno que responda a criterios de salud, sino más bien el que muestre su potencia. Hay numerosos estudios que alertan ya de que muchos jóvenes empiezan a sufrir vigorexia, provocada por esa obsesión por lucir músculo. De ahí que no sea exagerado afirmar que los gimnasios se han convertido en un nuevo santuario de la masculinidad, por lo que, en los meses de alarma, no me resultó extraño ver que muchos colegas se lamentaban en las redes sociales por no poder ir a ese lugar donde hoy en día practican una suerte de ritual que los confirma en su virilidad. Un ritual que, como casi todos, genera víctimas: aquellos que no se ajustan al canon (Salazar, 2021, p.131).

En resumen, la construcción social del cuerpo masculino establecida por los modelos esteticistas de masculinidad, se encuentra articulada desde significaciones sociales patriarcales. Como resultado, las prácticas sociales de belleza masculina pretenden instrumentalizar el propio cuerpo y la emotividad de los hombres en el intento de reproducir la dinámica de poder que subyace al objetivo del éxito social: la desigualdad entre los sexos. Esta dinámica no solo reproduce la injusta discriminación de las mujeres, sino que también perjudica de manera directa a la salud física y mental de los hombres (Clare, 2002).

En cualquier caso, el análisis de la construcción social de cuerpo masculino no implica necesariamente la negación de la posibilidad de practicar el cuidado estético

de los hombres, ni tampoco la práctica del culturismo. Simplemente, se intenta justificar que las prácticas deportivas y corporales de la masculinidad debieran ser disociadas de sus significaciones patriarcales y realizadas con moderación, con el objetivo de disfrutar libremente de una vida saludable, igualitaria y solidaria para mujeres y hombres. Solo de este modo, el cuidado de uno mismo podrá suponer una preparación moral para el autocuidado y el respeto de las personas con las que los hombres compartes sus vidas (Sambade, 2020).

3.3. Salud y masculinidad: los problemas de salud de los hombres patriarcales

La salud es una dimensión fundamental de la existencia, un bien primordial que proporciona la energía necesaria para desarrollar una vida plena y poder enfrentar las imperiosas dificultades que conlleva vivir. La salud es, por tanto, una fuente de poder. Precisamente por eso, el patriarcado ha insistido permanentemente en debilitar la salud de las mujeres y de aquellos hombres que no responden de manera adecuada a los mandatos del modelo de masculinidad patriarcal (Nogueiras, 2020). Sin embargo, no ha sido hasta ahora cuando diferentes estudios han comenzado a afirmar que el propio patriarcado también atenta gravemente contra la salud de aquellos hombres hegemónicos precursores de un modelo de masculinidad tradicional (Pescador, 2018; Salazar, 2019a).

Históricamente, los discursos masculinos, filosóficos y científicos han atribuido a los hombres una supuesta capacidad innata para soportar cualquier tipo dolor, enfermedad, sufrimiento o malestar en función de su naturaleza corporal. Por el contrario, las mujeres fueron consideradas como seres inferiores, sobre todo, debido a su particular biología. Así, los ciclos hormonales, la menstruación o la menopausia, caracterizados como problemas debilitantes de las mujeres sirvieron de antesala para justificar la inferioridad de las mismas con respecto a la superioridad de los hombres (Nogueiras, 2020). No obstante, las tesis patriarcales sobre la inmanencia de la buena salud masculina no han hecho más que desencadenar el desarrollo de problemas físicos y emocionales, en tanto que los hombres han debido de soportar el duro peso que implica acarrear con las ataduras

del patriarcado. Dicho de otro modo, los hombres no solo no ponen de manifiesto las graves consecuencias sanitarias que derivan de este modelo, sino que tampoco saben cómo poner remedio a las mismas, dado que nunca han tenido la posibilidad de expresar de manera clara y directa aquello que les pasa (Sambade, 2020).

En la medida en la que se comienza a adoptar una panorámica general de la complejidad que confiere la construcción de la masculinidad tradicional, diferentes estudios indican que los hombres patriarcales no gozan de una buena salud física y mental (Bonino, 2002). Por una parte, se han impuesto unos cánones de belleza masculinos que no hacen más que llevar el cuerpo al límite, estableciendo unas normas o criterios básicos de realización que los hombres deben cumplir mediante el dolor y el sacrificio. Este hecho ha desencadenado en numerosas lesiones o daños que los hombres han intentado evitar atender en el intento de demostrar su potencia corporal (Martínez Guirao, 2019). Por otra parte, como consecuencia de esa apariencia o impostura de dureza emocional, muchos hombres no han sabido gestionar buena parte de sus problemas, lo que ha hecho que se agraven muchos de sus comportamientos, llegando incluso a alterar en gran medida su salud mental (Pescador, 2018).

Desde este punto de vista, cada vez son más los hombres que padecen algún tipo de trastorno emocional, a pesar de que una gran mayoría de hombres no deciden acudir a los centros de salud más cercanos para buscar una solución adecuada a sus problemas. Asimismo, cabe destacar que son escasas las investigaciones que centran su atención en la problemática que suscita la vinculación del modelo de masculinidad hegemónica o tradicional y la salud mental de los hombres, si bien existen pocos datos relativos que dan cuenta del estado de la cuestión. En este sentido, cobran especial importancia las palabras de Bola (2021, pp.69-70):

El estigma que acompaña a los hombres, a la masculinidad y a los problemas de salud mental no empezará a cambiar hasta que no se deje de humillar y de silenciar a los hombres que los padecen. Necesitamos que haya más hombres que se abran y hablen de sus experiencias y dificultades con respecto a la salud mental, pero también que hablen de sus vivencias cotidianas y no solo de las dificultades. Cuanto antes se permita a los hombres y a los chicos expresarse, especialmente cuando

muestran sus sentimientos, sin que nadie los juzgue (otros hombres en particular), antes veremos cambios positivos en este sentido.

En el intento de aportar cierta claridad a este tema, cabe destacar algunas de las cifras proporcionadas por la organización Men's Health Forum 2017: a) tres de cada cuatro personas que se suicidan son hombres; b) el suicidio es la primera causa de muerte entre los hombres menores de treinta y cinco años; c) aproximadamente dos de cada diez hombres padecen algunos de los trastornos de salud mental más comunes, como depresión, trastorno bipolar, consumo de sustancias y adicciones, ansiedad y pánico; y d) se estima que el índice de depresión entre los hombres es de un 8%, mientras que para las mujeres es de un 12%. Sin embargo, es poco frecuente que los hombres busquen ayuda profesional o accedan con asiduidad a los servicios de salud mental. De igual modo, los hombres acceden de manera escasa al apoyo social de las amistades, los familiares y la comunidad.

En este mismo sentido, de manera reciente han comenzado a difundir a nivel mundial diferentes campañas de concienciación masculina sobre la importancia de poner freno al cáncer de próstata, como es el caso de la *Campaña Movember*. Esta iniciativa comenzó en Australia en 2004 cuando un grupo de conocidos de Melbourne (Australia) dejaron crecer sus bigotes en apoyo a un amigo al que le diagnosticaron cáncer de próstata. Este hecho, rápidamente se popularizó a nivel nacional y, en los años siguientes, fue secundado por diferentes países vecinos hasta que logró una amplia notoriedad mundial en 2007 (Wassersug et al., 2015). Su propósito consiste en que, durante todo el mes de noviembre, los hombres deben dejar crecer su bigote y participar en diferentes actividades virtuales para recaudar todos los fondos económicos posibles e invertirlos en investigación sobre la salud masculina, de ahí que se haya consolidado, además, como un movimiento social de especial importancia para los hombres. Si bien inicialmente la *Fundación Movember* centró su atención en el cáncer de próstata, con el paso del tiempo, esta campaña ha ampliado sus fronteras y dona los beneficios obtenidos a numerosas organizaciones de salud, que abordan los problemas del cáncer de testículos, los problemas de salud mental y la inactividad física (Jacobson y Mascaro, 2016). Actualmente, cuenta con una gran cantidad de seguidores a través de las distintas plataformas sociales.

Por último, la crisis sociosanitaria sobrevenida por la pandemia COVID-19 también ha perjudicado de manera considerable la salud de los hombres. En este sentido, ellos han sido quienes más se han expuesto a las condiciones adversas de combate frente al virus, en tanto que, como seres socializados por los mandatos de género masculino, salían constantemente de sus casas para poder despejarse de las ataduras impuestas por las autoridades, que aconsejaban permanecer confinados en el ámbito de lo privado (Salazar, 2021). De hecho, aun siendo conscientes de la gravedad de la situación, muchos de ellos ocupaban las calles con el pretexto de pasear al perro, comprar tabaco o hacer la compra.

3.4. La confirmación de la masculinidad patriarcal: el dominio sexual

El imperativo patriarcal de posicionar a los varones por encima de las mujeres, también se desplaza al terreno de la sexualidad. Desde sus orígenes, las sociedades patriarcales normativizan la sexualidad como un terreno en el que los varones deben mostrar su capacidad para ocupar una posición de superioridad con respecto a las mujeres (Alario, 2021). En consecuencia, la sexualidad se configura como un dispositivo social, cultural y psicológico de reproducción constante de discriminaciones. Por una parte, la sexualidad patriarcal es definida en función de la diferenciación de los roles masculinos (activo) y femeninos (pasivo). Por otra parte, las definiciones aportadas por la biología referidas a la sexualidad, permiten validar la idea de la complementariedad de los sexos, así se estigmatizan las prácticas homosexuales y se imponen las prácticas heterosexuales (Sambade, 2017).

En el caso de los hombres, la sexualidad patriarcal se configura mediante un doble mensaje de expectativa y de refuerzo. Así pues, de una parte, la sexualidad masculina se presenta como un espacio social y existencial en el que los hombres sienten la exigencia de tener que dar la talla si quieren cumplir con esas expectativas que las sociedad han impuesto sobre ellos. De otra parte, la satisfacción de esas expectativas comportan una serie de privilegios y libertades que se otorgan a los hombres y que, por el contrario, son negadas a las mujeres (Sambade, 2017). De entre los diferentes privilegios que dispensa la masculinidad patriarcal, aparece el derecho sexual

patriarcal, en el que los hombres tienen la posibilidad de satisfacer sus deseos sexuales por medio del acceso al cuerpo de las mujeres; bien en el espacio privado, mediante el contrato de matrimonio; o bien en el espacio público, a través del mercado prostitucional (De Miguel, 2015; Pateman, 2019; Cobo, 2020). Entre tanto, las sociedades patriarcales enseñan a los hombres dos cosas concretas sobre los privilegios sexuales: por una parte, el sexo es transaccional, es decir, puede ocurrir o adquirirse mediante un intercambio comercial; y por otra parte, el sexo es negociable, por cuanto que en el ámbito privado, existe la creencia generalizada de que los hombres deben esforzarse para mantener relaciones sexuales (Bola, 2021).

Los hombres gozan de ciertos privilegios en las dinámicas amorosas, en las relaciones y en el sexo en particular. El mismo tipo de comportamiento sexual que se ve con malos ojos en una mujer no solo es aceptable, sino elogiado en un hombre. Piensa en los hombres de quienes ha salido a la luz una infidelidad: la sociedad los perdona con mucha facilidad, mientras que a las mujeres se les coloca siempre la letra escarlata. El mito de que los hombres tienen más apetito sexual suele emplearse para justificar su comportamiento, mientras que las mujeres que son infieles ven cómo ello afecta a todos los aspectos de su vida, y cargan con la etiqueta durante mucho tiempo (Bola, 2021, pp.76-77).

La sexualidad masculina comprende el privilegio de la satisfacción de los propios deseos masculinos, así como la dominación y el control de las mujeres, reducidas a objetos sexuales en función de sus cuerpos. En el intento de dominar a las mujeres, el falo, entendido como símbolo de la diferencia sexual (Clare, 2002), se convierte en el núcleo esencial de la sexualidad masculina, hasta el punto de que se reduce a la funcionalidad del pene, que es interpretado como emblema de masculinidad y poder social (Sambade, 2020). En otras palabras, el pene es constituido como el instrumento que debe gobernar y dominar a las mujeres mediante el control de su cuerpo. En consecuencia, cuantas más mujeres sea capaz de gobernar sexualmente un hombre con su falo, mayor será su nivel de confirmación de las exigencias patriarcales. En términos vulgares, más bien, machistas, un hombre será más hombre cuantas más mujeres *pueda follarse*.

Pene es un término anatómico que se refiere al órgano procreador masculino. Falo es un término antropológico y teológico relacionado con su imagen. El pene es un órgano con funciones biológicas, el falo es un concepto venerado en diversas religiones como un símbolo del poder masculino. Fállico no solo se refiere al pene, sino que incorpora nociones de potencia, virilidad, hombría, fuerza y poder. Se le ha considerado el “signo de los signos, la marca que determina la posición del individuo como hombre y le confiere autoridad, control y dominio”. El falo “significa lo que los hombres piensan que tienen y lo que las mujeres creen que les falta” (Clare, 2002, p.20).

En vista de este hecho, la excitación de las mujeres deviene como resultado de la capacidad que despierta el hombre en tanto que sujeto de poder y autoridad. Como resultado, el interés de los hombres por el placer de las mujeres se centra en responder a la exigencia de confirmación de la masculinidad como sujeto portador del falo (Sambade, 2020). No obstante, los hombres que tienden a orientar sus vidas alrededor de la sobrevaloración del falo ponen de manifiesto numerosas implicaciones negativas para sus vidas. En primer lugar, la vivencia de sexualidad como norma de confirmación de la masculinidad patriarcal, hace que limiten la experiencia sexual al coito vaginal, sin disfrutar de la amplia variedad de experiencias sexuales posibles en torno a otras partes del cuerpo (Sambade, 2017). Si bien es cierto que los deseos y el placer de las mujeres quedan en un último plano en las prácticas sexuales, el hecho de que la sexualidad sea una construcción patriarcal en la que se prioriza el placer del varón, hace que la misma se reduzca a un ámbito *coitocéntrico*, donde la única práctica válida remite a la penetración. En este sentido, si no hay penetración se considera que las prácticas sexuales son incompletas y todas las actividades previas al inicio de la misma son actos preliminares (Alario, 2021).

En segundo y último lugar, la instrumentalización de las mujeres requiere, asimismo, de la instrumentalización del propio cuerpo de los hombres. Como consecuencia, la sexualidad masculina se reduce a la exposición pública y social de la genitalidad (Sambade, 2020). Desde este punto de vista, cabe señalar que para los hombres es importante que otros varones puedan reconocerlo como perteneciente al grupo de dominio masculino. Así, la demostración de su supuesta superioridad

sobre las mujeres debe hacerse no solo ante las mismas, sino también frente al grupo de pares masculino. En este sentido, los varones suelen presumir entre los amigos sobre lo ajetreado de la vida sexual masculina. Es más, cuanto mayor sea el número de mujeres con las que mantienen relaciones sexuales, más hombres son entre el grupo de pares masculino (De Miguel, 2015). Asimismo, para mostrarse unos a otros que son capaces de dominar a las mujeres en el terreno de la sexualidad, además de fantasear o narrar con cierto misterio las situaciones sexuales que viven, suele emplear un vocabulario preciso, así, “la expresión coloquial masculina no es «follé con», sino «me follé a»” (Alario, 2021, p.84).

Otra forma de mostrar entre el grupo de pares masculino que se es un hombre de verdad remite a la posibilidad de compartir pornografía, o verla en grupo. Esta conducta perpetúa un esquema de desigualdad de poder en el que se confirma ante el grupo de iguales la supuesta superioridad de los hombres sobre las mujeres. Así, ellas son vistas como «cuerpos follados», mientras que los varones comparecen como «sujetos folladores» (Alario, 2021). Es más, este intercambio de contenido, deshumaniza y reduce a las mujeres a objetos a los que se les hace algo. De la misma manera, los hombres patriarcales suelen ejercer violencia sexual en grupo, las famosas *manadas*, para demostrar ante el grupo masculino que, en su sexualidad, son hombres de verdad. Cuando los varones ejercen violencia sexual en grupo, se comunican entre sí, e indican unos a otros que son lo suficientemente hombres como para acceder al cuerpo de las mujeres sin que ellas mismo lo deseen. De hecho, que las violaciones en manada sean grabadas por los propios violadores, solo sirve para confirmar ante uno mismo y frente a los demás, que se es un hombre de verdad. Con todo, las situaciones descritas, además de reforzar la fraternidad¹¹ masculina, pretende evidenciar la situación de subordinación de las mujeres (Alario, 2021).

Un hombre como Dios manda, como todos sabemos, debe mantener relaciones sexuales. Muchas. Con muchas mujeres. Estar siempre empalmado. Correrse, pero no muy rápido. Tener siempre ganas. Ser «un buen polvo», sea como sea. En resumen,

¹¹ La fraternidad remite a la alianza que establecen los hombres con el propósito de articular y mantener el poder del sujeto hegemónico en las diferentes estructuras sociales. Este concepto permite imbricar la homosociabilidad masculina en las estructuras y las relaciones de poder (Ranea, 2021).

debe ser sexualmente competente. ¡Y para eso hace falta «tenerla bien grande», por supuesto! Símbolo viril por excelencia, el pene mantiene un rol central en el culto al rendimiento sexual (Blanc, 2020, 164).

3.5. Los hombres patriarcales que hacer sufrir por amor: la estrategia del amor romántico

La visión androcéntrica de las sociedades patriarcales intenta aportar una visión de la masculinidad y de la feminidad como piezas diferenciadas destinadas a complementarse (Alario, 2021). Desde este punto de vista, las mujeres han sido quienes, permanentemente, han estado subordinadas a las necesidades e intereses de los hombres en el espacio privado, mientras los varones ocupaban las posiciones de poder y éxito en el espacio social. Esta idea de la complementariedad entre hombres y mujeres ha sido alimentada desde diferentes planteamientos, en especial, desde la vivencia de la sexualidad y de las diversas maneras de experimentar el amor (Salazar, 2013; Herrera, 2018). Por una parte, la identificación obligatoria de la heterosexualidad remite a la idea de que solo es posible entender la efectividad y la sexualidad desde la complementariedad, es decir, los hombres y las mujeres son complementarios, en tanto que poseen atributos sexuales diferentes que se complementan con la finalidad de reproducir la especie humana (Sambade, 2017). Por otra parte, la atribución patriarcal de vivir el amor en la lógica de hombre activo, y mujer pasiva, no ha hecho más que perpetuar roles y estereotipos que enfatizan continuamente el papel de sujeto, para los hombres, y el papel de objeto, para las mujeres (Salazar, 2013).

El mito de la complementariedad de la unión heterosexual nos hace creer que somos dos mitades imperfectas que solo se completan cuando se enamoran y se unen para fundar una familia feliz. Si a los hombres no se les enseña a cuidarse a sí mismos ni cuidar a los demás, si no aprenden a realizar las tareas básicas para la supervivencia (cocinar, limpiar, curar, organizar, administrar los recursos), siempre necesitarán una criada-esposa que sea también enfermera, cocinera, psicóloga, secretaria, empleada doméstica, educadora, modista, animadora y trabajadora sexual. Cuando

los hombres no logran emparejarse con una mujer enamorada que trabaje gratis para ellos, tienen que pagar a profesionales que cubran estas necesidades básicas (Herrera, 2018, p.44).

Desde este punto de vista, al igual que sucede en otros ámbitos de la vida, los hombres deben actuar en el amor como héroes y librar batallas en las que las mujeres, en tanto que objetos enamorados, han sido botín o víctima. Esta idea de la complementariedad ha jugado siempre en detrimento de las mujeres, quienes han vivido sus consecuencias, el matrimonio, como una vía de realización personal. Nada más lejos de la realidad, puesto que el matrimonio negada su propia identidad al dar por sentado la necesidad de las mujeres de tener junto a ellas a un hombre patriarcal que supliera de manera constante las necesidades permanente a las que se encuentran expuestas por motivo de la socialización de género diferenciada (Salazar, 2013; Herrera, 2018).

Desde este punto de vista, cabe señalar la necesidad de reflexionar sobre el amor y su relación con las identidades masculinas y femeninas, no solo como estrategia o maniobra de actuación patriarcal, sino también con el propósito de avanzar hacia sociedades democráticas donde las mujeres y los hombres puedan amar de manera libre y sana (Herrera, 2020b). Así, el amor, además de concebirse como una energía desigual entre hombres y mujeres, remite a una fuerza política de primera magnitud, es decir, a una estrategia de acción patriarcal que permite mantener a las mujeres en la servidumbre del espacio privado. Para ello, se ha valido desde siempre del mito del amor romántico (Herrera, 2018).

El amor romántico es una construcción cultural y social, un mito que se consolidó durante el siglo XIX en nuestra cultura occidental y que se expandió por todo el planeta gracias a la globalización. Hoy es un fenómeno universal que une a las personas de dos en dos y que constituye un gran negocio para una industria centrada en las parejas y sus creaciones de nidos (Herrera, 2020b, p.29).

Por lo general, el amor es una emoción que permite que las personas puedan vivir de manera ocasional en un estado permanente de felicidad, una fuerza o energía decisiva en la vida, de la que pocas autoras y autores tienen evidencias científicas (Marañón, 2020). La filosofía, la poesía, la literatura, la psicología, e incluso la ciencia llevan siglos debatiendo si el amor es una cuestión de física, de química, o de ambas cosas; sin embargo, no existe un cierto consenso sobre su definición (Salazar, 2019). En ocasiones, diferentes autores indican que el amor va unido a la cuestión sexual (Salazar, 2013), mientras que otros indican que el amor es un fenómeno químico, sexual, político y cultural. que atrae a los amantes entre sí bajo una intensidad descomunal que hace sentir plenamente felices a las personas que lo viven (Herrera, 2018). Por ende, y a pesar de la disparidad de opiniones existentes, quizá la mejor forma de definir al amor puede que sea entenderlo como una suma de energías positivas que mueve el mundo de los cuidados, los deseos y los placeres mediante una unión en la que interviene el propio cuerpo y el corazón (Salazar, 2019b).

El amor no nace, sino que se hace entre todas las personas que comparten el mundo. Los hombres y las mujeres aprenden a amar en un momento histórico determinado, y en un contexto cultural preciso. Desde este punto de vista, la cultura amorosa imperante en las sociedades patriarcales se basa en la superioridad del hombre sobre la mujer, es decir, los mensajes amorosos van destinados a mantener a las mujeres sometidas al dominio de los varones, en tanto que presas de un engaño para satisfacer sus necesidades físicas, afectivas y emocionales. En nombre del amor, las mujeres quedan sometidas a las lindezas del ámbito privado, al tiempo que los varones patriarcales campan a sus anchas en los espacios públicos o sociales (Herrera, 2020c).

Así, las mujeres son educadas para amar sin condiciones, en una posición de sumisión, mientras que los hombres son educados para conquistar a cuantas mujeres sean necesarias para satisfacer sus necesidades, bien sean afectivas o sexuales (Herrera, 2020b). El problema, como casi siempre sucede entre las relaciones de género, reside en la ausencia de reciprocidad, es decir, para los varones, el sentido de su vida no es el amor, sino desarrollar su propia individualidad en función del éxito social. Esto no quiere decir que el amor no es importante para los varones, sino que, en el marco de su proyecto de vida, el amor,

junto con otros aspectos, como formar una familia, pueden tener un puesto importante, pero dentro de un proyecto global más extenso o ampliado (De Miguel, 2015).

De manera resumida, Salazar (2013)) indica que el amor romántico (o patriarcal) comprende diferentes ámbitos de actuación política, social y cultural: a) el hombre es sujeto y la mujer objeto; b) la negación de la individualidad de la mujer; y c) el sufrimiento como muestra de amor: quien bien te quiere, te hará llorar.

a) El hombre es sujeto y la mujer objeto

Durante mucho tiempo, la mujer ha pasado de la potestad del padre, a la autoridad y obediencia para con el marido, con quien se esperaba que contribuyera a la continuidad de la estirpe familiar, así como al sostenimiento de las sociedades patriarcales. Es principalmente el marido o esposo quien protege a las mujeres, y ofrece sustento y seguridad a cambio de sumisión, silencio y entrega corporal. La máxima expresión de esta cosificación de las mujeres reside en la entrega al marido de una dote económica o en la planificación de matrimonios concertados, en los que la mujer era tratada como un simple objeto que pasaba de unas manos masculinas a otras, de conformidad con el pacto patriarcal establecido por el futuro marido y el padre de la novia. De esta construcción deriva un claro esquema en el que el hombre actúa como sujeto proveedor y la mujer como objeto poseído. En este contexto de sometimiento, el hombre también posee el deseo de mantener relaciones sexuales con su esposa. Así, la sexualidad es domesticada por el placer del hombre, es él quien debe recibir placer, y las mujeres deben vivir la sexualidad como un pecado, como un sentimiento de culpa, en tanto que se les deniega su placer propio. Dicho de otro modo, las mujeres están para dar placer a los hombres, de modo que sus vidas se resumen en vivir por y para los varones, relegando, a un último plano sus propios intereses, aficiones o motivaciones (Salazar, 2013).

La categoría de sexo es la categoría que une a las mujeres porque ellas no pueden ser concebidas por fuera de esa categoría. Solo ellas son sexo, el sexo, y se las ha

convertido en sexo su espíritu, sus cuerpos, sus actos, sus gestos; incluso los asesinatos de que son objeto y los golpes que reciben son sexuales. Sin duda, la categoría de sexo apresa firmemente a las mujeres (Wittig, 2006, p.28).

En ocasiones, se llega al extremo de convertir a las esposas en particular, y a las mujeres en general, en una mercancía más, tal como lo demuestran escabrosamente los negocios de la prostitución y de la pornografía (Alario, 2021). De la misma manera, esta posición de la mujer lleva a considerarla como la responsable unívoca de la seducción del varón, es decir, es la propia mujer quien, con sus actitudes o comportamientos insinuantes, provoca una serie de expectativas en el varón. Este discurso, reforzado cada vez más desde posiciones machistas, pretende exonerar la responsabilidad del varón, al tiempo que se insiste en una determinada construcción sociocultural de las mujeres y de su sexualidad (Salazar, 2013).

Tradicionalmente, la sexualidad femenina se ha entendido como subalterna, se concibe en torno a los deseos de los hombres, se comprende como una prueba de la potencia sexual de los hombres y no de la capacidad para disfrutar del sexo que tenemos de manera natural todas las mujeres. El machismo se ha apropiado del orgasmo femenino para alimentar el ego del macho y lo prueba el hecho de que muchas fingen tenerlo para no herir a su compañero (Herrera, 2019, p.45).

Desde este punto de vista, no es casualidad que una de las primeras reivindicaciones de la segunda ola del movimiento feminista tuviera que ver con la libertad sexual y reproductiva de las mujeres (Salazar, 2013). De hecho, las feministas radicales realizaron una profunda crítica a la revolución sexual, indicando que el término de «liberación sexual» que había triunfado era un concepto masculino. Para ellas, la idea de liberación sexual de los varones no era liberadora, sino que volvían a quedar reducidas a un papel subordinado. Por este motivo, pusieron de manifiesto la necesidad de abolir la relación política entre los sexos. Ello pasaba por abrogar la institución del patriarcado. Así, “ante la abolición del patriarcado, la subordinación de las mujeres vería su fin: esa sería la verdadera revolución sexual” (Alario, 2021, p.100). En este sentido, todavía perduran, en el plano político, diferentes contiendas

con respecto a las reformas legislativas que inciden en el ámbito de la libertad sexual de las mujeres. Así pues, la Ley Orgánica 2/2010, de 3 de marzo, de salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo ha sido objeto de numerosas críticas por parte de diferentes sectores de la sociedad civil, en especial, diferentes dirigentes políticos de corte conservadurista.

De manera paralela a la imagen patriarcal de la feminidad, actualmente perdura, aunque no con el mismo peso que en tiempos anteriores, la figura del hombre conquistador, el héroe, el guerrero o el Don Juan. Desde este punto de vista, la mujer es entendida como el reposo del guerrero, la que siempre está cuando el hombre vuelve herido o victorioso de las guerras y los negocios, la que de un modo sutil o delicado intenta aminorar la furia del hombre, la que tiene todo impoluto en casa, y en definitiva, la guerrera del hogar. Además, son ellas quienes tienen el mandato de criar en solitario a los hijos o hijas (Salazar, 2013).

b) la negación de la individualidad de la mujer

En las sociedades patriarcales, las mujeres carecen de un proyecto de vida propio, viven para los demás y en función de los demás. Desde este punto de vista, las mujeres se sienten incompletas si los hombres no forman parte de sus vidas. De ahí el carácter especialmente despectivo de la palabra “solterona”. El proyecto vital de las mujeres consiste en encontrar un hombre que las complete, que las salve de su propia cárcel, que la saque de la pobreza sentimental en la que se encuentran inmersas como consecuencia de la socialización de género. En este sentido, esta posición subalterna de la mujer ha supuesto la negación de su personalidad, de su autodeterminación, así como la limitación de la vivencia de su propia sexualidad (Salazar, 2013).

Los hombres se aprovechan de la necesidad económica y emocional de las mujeres, de su capacidad para dar amor y para cuidar, y de su ingenuidad. Pero como esta relación de explotación se disfraza de amor romántico, todos duermen con la conciencia tranquila, pensando que somos felices así, que nosotras no necesitamos

tiempo libre, ni descanso, y que asumimos con gusto todos los roles que nos impone el patriarcado sin apenas pedir nada a cambio (Herrera, 2019, p. 109-110).

c) El sufrimiento como muestra de amor: quien bien te quiere, te hará llorar:

La expresión del dolor es una manera, casi espiritual, de sublimar el sentimiento amoroso. De hecho, son las mujeres quienes viven en sufrimiento las consecuencias del amor, por cuanto que, en nombre del propio amor, las mujeres pueden llegar a legitimar las acciones violentas de los hombres. Desde este punto de vista, el triángulo patriarcal *amor-posesión y violencia* (Salazar, 2013) produce relaciones desiguales basadas en la discriminación hacia las mujeres, y lo que es aún más lamentable, provocan mucho dolor en la parte más débil de la pareja. De hecho, Lorente (2003) sostiene que una de las principales dificultades para erradicar la violencia de género radica en las renuncias de las mujeres una vez que han iniciado el proceso, si bien son muchas las mujeres las que retiran la demanda como consecuencia de la dependencia emocional. Asimismo, muchas de ellas consideran válido el arrepentimiento de los hombres y creen ilusamente que los episodios de violencia desaparecerán rápidamente porque en el fondo las quieren. En otras ocasiones, las mujeres pueden repensar y dar marcha atrás en tanto que no disponen de otro hogar donde vivir o de un trabajo remunerado que les permita salir de esa situación hostil.

La idea del matrimonio como una prisión (en el que las mujeres somos las carceleras y los hombres, los presos) perpetúa el machismo porque es una forma de alimentar la guerra contra las mujeres, en la que nosotras somos las tiranas (las malas), y los hombres son los rebeldes que luchan por ser libres (los buenos). La guerra de sexos está basada en un juego sucio en el que “todo vale” para dominar a la pareja y sobre todo, para no dejarse dominar. Es una forma de relacionarse basada en tres refranes populares que legitiman la violencia pasional: *del amor al odio hay un paso; los que más se pelean, más se desean; y quien bien te quiere te hará llorar*. Estos refranes perpetúan la idea de que hombres y mujeres somos muy diferentes y por eso nos peleamos y tratamos de dominarnos los unos a los otros. Por eso nos hacen creer

que es normal odiar y maltratar a alguien a quien quieres, bajo la excusa de que tanto el amor como el odio son sentimientos muy intensos, y los hombres a veces no saben controlar sus emociones, sobre todo cuando nos quieren mucho. Cuanto más nos aman, más nos pegan, más nos controlan, más nos regañan, más nos maltratan. Esta lógica es la que justifica a los asesinos de mujeres: la mató porque no soportó la idea de perderla, o porque ella quería abandonarlo, o porque tenía un amante. Asesinar a las mujeres es un acto de amor: eso es lo que nos venden los medios de comunicación tradicionales y machistas cuando utilizan el término “crimen pasional” para hablar de feminicidios (Herrera, 2018, pp.61-62).

Los tres fundamentos anteriormente descritos conectan con diferentes mitos que conforman el imaginario colectivo del “amor romántico”. Por lo general, el mito del amor romántico subyace a una ideología patriarcal, colonialista y capitalista (Herrera, 2020b). En primer lugar, el patriarcado pretende que las mujeres continúen con su adicción al amor romántico, por cuanto que priorizan las necesidades de los hombres por encima de las propias. De ello, muchas mujeres todavía permanecen soñando con el príncipe azul de los cuentos. En segundo lugar, el colonialismo ha impuesto un modelo de masculinidad omnipresente basado en los preceptos propios del patriarcado. Esta visión se ha extendido por todo el planeta, lo que ha dado lugar a que, de un modo u otro, exista cierta dominación de los hombres sobre las mujeres por medio del amor (Herrera, 2018).

En tercer y último lugar, el capitalismo ha permitido disponer del cuerpo de las mujeres al antojo de los hombres, sin necesidad de realizar cualquier tipo de esfuerzo o sacrificio por ello, solo basta con tener del dinero suficiente para contratar sus servicios. Por el contrario, la familia, entendida como institución principal del funcionamiento patriarcal también sostiene al capitalismo, dando que ambas se basan en la reproducción como consumo. Así, en algunos países de corte conservadorista, se acepta el matrimonio entre personas del mismo con la finalidad de que puedan contribuir económicamente al país, por medio de la consolidación de una familia feliz al más puro estilo heterosexual (Herrera, 2020c).

En cualquier caso, cabe señalar la necesidad de analizar el amor desde un punto de vista feminista (Herrera, 2018). El feminismo trabaja para desmitificar el amor y

construir relaciones igualitarias, sanas, libres de violencia y de dependencia. En pocas palabras, se trata de sufrir menos y disfrutar más del amor. Para ello, se debe poner especial atención en el ámbito educativo y cultural, por cuanto que es posible reivindicar otras formas de quererse de manera sana, democrática e igualitaria (Herrera, 2019). En este sentido, si bien no es positivo mitificar, ahora que se está desterrando la imagen del hombre patriarcal mitificado en un príncipe azul, es posible buscar a un príncipe feminista, es decir, a un “hombre igualitario, sensible, concienciado, tierno y valiente que se trabaja las conductas típicas del patriarcado y se relaciona como un compañero con las mujeres de su vida” (Herrera, 2020c, p. 139). La tabla 3, presenta, a modo de resumen, los mitos del amor romántico y la propuesta de un amor compañero elaborada por Herrera (2018):

El amor compañero es una forma de quererse basada en la solidaridad, la empatía, el respeto, la ternura y los cuidados. Está por todas partes: es el amor que une a la gente para salir a la calle a defender sus derechos, para analizar y transformar el mundo en el que vivimos, para protestar contra las injusticias, la explotación y la violencia, para parar las guerras, para acabar con el machismo y todas las enfermedades de transmisión social (clasismo, racismo, xenofobia, homofobia, lesbofobia, transfobia, gordofobia) que producen los discursos de odio con los que nos bombardean a diario los medios de comunicación. (p.100).

Tabla 3: Mitos del amor romántico vs amor compañero

MITO ROMÁNTICO	AMOR ROMÁNTICO	AMOR COMPAÑERO
Amores imposibles	La cultura popular se encarga de ofrecer historias donde los enamorados luchan contra viento y marea para que su relación siga adelante. Este tipo de amor tiende a idealizarse como si fuera más potente que cualquier otro amor.	El amor puede darse de cualquier manera y entre personas muy diferentes, pero no necesariamente por este motivo es un amor más puro y pasional. Además, está comprobado que las parejas más afines tienen más probabilidades de éxito que las que tienen menos cosas en común.
Idealización del amor/ persona amada	Existen personas que quieren enamorarse y vivir en pareja porque consideran que es la única manera que existe para realizarse personalmente y que el amor de pareja les va a aportar todo lo que les falta y las va a complementar.	El amor puede ser maravilloso, así como la vida compartida con una persona, pero ese no debe ser el fin en la vida de nadie y es perjudicial pensar que otra persona las completa y les va a hacer la vida más llevadera.
El amor es una pasión que hace sufrir	Frasas como «quien bien te quiere te hará llorar», «no hay rosas sin espinas», ayudan a que se asuma que el amor conlleva sufrimiento. Por culpa de este mito, muchas parejas llegan a normalizar el conflicto y consideran normal discutir continuamente.	El amor sano no hace sufrir, ni hay peleas de forma constante. Los desacuerdos son normales hasta cierto punto, las personas tienen que aprender a identificar cuando la relación tiene un problema y hay que solucionarlo de alguna manera.

Fuente: Adaptado de Marañón, 2018, pp.220-223.

El amor está predestinado	Conceptos como «la pareja ideal», «el amor de tu vida», o «tu media naranja» hacen ver que hay una sola pareja posible y real, y que si llegas a encontrarla, deberías conservarla.	Se pueden tener varias parejas a lo largo de una vida y tener, todas, la misma relevancia, o ninguna. No existe una pareja creada para otra persona. Simplemente, hay personas que se entienden mejor y pueden llevar una vida en pareja de forma positiva durante más tiempo.
Omnipotencia “El amor todo lo puede”	Las películas y la literatura han hecho creer que el amor es tan potente que es capaz de sortear los vaivenes de la vida. Si hay amor de verdad, da igual que te traslades hasta el otro extremo del mundo durante diez largos años, que el amor perdurará.	No: el amor es un sentimiento bastante complejo y volátil que puede sufrir importantes alteraciones por causas externas. Es normal que se resienta e incluso desaparezca.
El amor dura toda la vida	el amor, aunque suene evidente, dura lo que dura. Hay parejas que se entienden a la perfección y que han establecido un modelo de relación en el que hay amor y, además, los dos están en sintonía, y puede durar toda la vida. Pero es no tiene por qué ser así siempre.	Simplificarlo para que sea un sentimiento que dura para siempre perjudica a las personas que mantienen relaciones estables por miedo al fracaso, al rechazo social, a la vergüenza de romper una relación que se suponía «para toda la vida».
Posesión y celos	Si sientes amor de verdad, tendrás celos porque es la manera de demostrar tu amor a la otra persona. Además,	Si se asumen que las personas no son una pertenencia, y que incluso dentro de una relación de pareja son personas

	en la relación de pareja, uno se completa con el otro y tiene derecho a fiscalizar a la otra parte.	independientes y libres de cualquier tipo de posesión, los celos deben desaparecer completamente.
Exclusividad y fidelidad	Pensar que solo se puede amar a una sola persona o que la otra persona solo puede amarnos a nosotros. Establecer que la fidelidad es la única y perpetua base del amor, como si fuera un muro infranqueable que en el momento que se rompe hace añicos la relación de pareja.	El amor se puede repartir de muchas maneras, y puede ocurrir que personan amen o deseen a personas diferentes en el mismo momento, de la misma manera o de forma diferente. El amor de pareja no debe ocupar más espacio que otro tipo de amor.
Matrimonio y toda la vida	La única conclusión del amor es la pareja estable y una pareja estable se formaliza con el matrimonio o con la convivencia.	La relaciones amorosas no siempre tienen que concluir en una relación estable. Las relaciones pueden ser de muchas maneras. El fin no siempre es el matrimonio.
Cambiar por amor	Pensar que el amor es capaz de cambiar a las personas y que ese defecto se corregirá con el tiempo.	Las personas no suelen cambiar. Además, se deben asumir a las parejas tal y como son, con defectos y virtudes.
Entrega	La pareja tiene derecho a controlar lo que haga la otra parte.	Las parejas pueden estar informadas en la medida en la que cada uno considere oportuno, pero no se debe controlar.

3.6. La masculinidad patriarcal: la relación de la misoginia y la homofobia

Por norma general, las sociedades patriarcales relacionan la masculinidad tradicional con la heterosexualidad, en la medida en la que el proceso de socialización de género es definido como un elemento crucial en la identificación de un comportamiento sexual adscrito en la condición masculina patriarcal. Este comportamiento sexual, vinculado a la conformación de la masculinidad patriarcal, y basado en el rechazo de todo lo relacionado con la feminidad, hace que tanto la misoginia como la homofobia ocupen un papel esencial en el sentimiento de la identidad masculina (Badinter, 1993; Sambade, 2020). Desde este punto de vista, Thomson (2000) indica que la misoginia y la homofobia remiten a dos fuerzas de socialización indispensables en la vida de los hombres, que afectan a diferentes tipos de víctimas, pero que son las dos caras de una misma moneda. “La homofobia es el odio de los hombres hacia las cualidades femeninas, y la misoginia es el odio, también entre las mujeres, hacia las cualidades femeninas” (Badinter, 1993, p.143).

La misoginia y la homofobia son dos sentimientos latentes en la urdimbre cultural que conforma el modelo de masculinidad patriarcal, basado en la sumisión o discriminación de las mujeres y en el rechazo de todo aquello que esté relacionado con lo femenino. Esta oposición es frustrante para los hombres debido a que lo femenino, es decir, aquello que las sociedades patriarcales han definido como propio de las mujeres, es una potencia de la condición humana de todas las personas. De hecho, Badinter (1993) considera que las actitudes o comportamientos femeninos no son potencialidades que los hombres deben evitar, sino que son conductas aprendidas en los primeras etapas de la vida; sobre todo, en la crianza con las madres, que posteriormente, se ven obligados a amputar, reprimir o cohibir en un proceso costoso de identificación con la masculinidad patriarcal. Es más, mientras que reprimen las conductas de género femenino, como ser amado, expresar emociones y sentimientos, y empatizar con las personas, se ven inducidos a desarrollar las conductas contrarias, entendidas como masculinas. En consecuencia, la misoginia y la homofobia forman parte de un proceso de represión de los deseos de identificación y expresión de lo femenino. Desde este punto de vista, los hombres

que ensalzan el modelo de masculinidad patriarcal son personal emocionalmente reprimidas y fragmentadas (Sambade, 2020).

La misoginia es un término formado por la raíz griega *miseo*, que significa “odiar”, y *gyno*, cuya traducción es mujer, y ha sido definida como una actitud de hostilidad y/o aversión hacia las mujeres en su conjunto en función de su sexo biológico y, por tanto, de discriminación a las mismas en lo que respecta a sus ideas, sus valoraciones y sus comportamientos (Bosch y Ferrer, 2020). Es una actitud y una práctica que, con el paso del tiempo, ha penetrado profundamente en el imaginario masculino, pero también entre aquellas mujeres que han decidido conceder prioridad al sexo masculino en todos los órdenes de la vida y del pensamiento. Así, en la Psicología Social, la misoginia es una actitud que supone la forma más extrema de sexismo hostil o tradicional y que, como sucede con las actitudes en general, pone en relación sentimientos, pensamientos y conductas que se concretan como sigue (Ferrer y Bosch, 2010):

❖ **Sentimientos**

La misoginia hace referencia a sentimientos negativos hacia las mujeres y el mundo de lo femenino, incluyendo aspectos vinculados con el odio, la aversión, la repugnancia y el desprecio. Un ejemplo de ese odio hacia las mujeres es encarnado por la comunidad *Incel* (célibes involuntarios), formada por hombres heterosexuales que culpan a otros hombres y, en especial, a las mujeres, de su incapacidad para mantener relaciones sexuales. En consecuencia, expresan su odio y rabia hacia ellas mediante comentarios en diferentes foros de internet (Bosch y Ferrer, 2020).

❖ **Pensamientos**

Las creencias misóginas comprenden opiniones negativas sobre las mujeres y el mundo de la femenino. Desde este punto de vista, los hombres misóginos entienden que las mujeres son inferiores por naturaleza. De hecho, esta inferioridad se considera inamovible. En consecuencia, aparece el patriarcado como único orden

social posible, donde cualquier intento de cambio se considera un acto antinatural. Estas creencias se organizan en tres ejes principales:

- a) La supuesta inferioridad biológica pretende dar por sentado que las mujeres son más débiles y frágiles que los hombres. A modo de ejemplo, cabe recordar que hasta 2017 la Real Academia Española incluía en la definición de sexo, la acepción “sexo débil”, definida como el “conjunto de las mujeres”, y “sexo fuerte”, definido como el “conjunto de los hombres”. Otro ejemplo evidente ha sido y continúa siendo la palabra “hombre”, bien referida a un individuo de sexo masculino extensible a todo el género humano. La filosofía occidental ha recurrido constantemente a la expresión “los hombres” para referirse a la humanidad entera, es decir, para hacer referencia a hombres y a mujeres. No obstante, este hecho puede interpretarse como la exclusión de las mujeres del pensamiento de la condición humana (Caballé, 2020).
- b) La inferioridad moral permite aseverar que las mujeres carecen de los principios morales de los que disponen los hombres y son incapaces de atenerse a ellos. La consideración de las mujeres como encarnación del mal o como tentación está presente en las producciones culturales clásicas, así como en el lenguaje periodístico o jurídico actual (Bosh y Ferrer, 2020).
- c) La inferioridad intelectual, en tanto que se da por válido que las mujeres son menos inteligentes o racionales que los hombres, pero sí más intuitivas y emotivas que los varones. La educación obligatoria ha reducido enormemente la brecha formativa por razón de género. Sin embargo, en el imaginario colectivo patriarcal persisten dudas sobre la capacidad de las mujeres para acceder a lugares de alta responsabilidad económica, política y científica (Díaz, 2020). Los mecanismos que provocan la exclusión de las mujeres en la ciencia son diversos. No obstante, existen dos formas fundamentales de discriminación: la territorial u horizontal y la jerárquica o vertical. La primera de ellas remite a la idea de que las mujeres quedan relegadas a disciplinas y trabajos marcados por el sexo a los que se atribuye un menor valor. La segunda forma hace que muchas mujeres sean

mantenidas en niveles inferiores del escalafón o que se topan con un “techo de cristal¹²” que no pueden traspasar en su profesión (Pérez, 2020).

❖ **Conductas:**

La misoginia mantiene su continuidad en conductas negativas o de discriminación hacia las mujeres, cuya máxima expresión remite a la violencia por razón de género contra ellas (Bosch y Ferrer, 2020). La historia del pensamiento ha asumido casi todas las creencias misóginas sin apenas cuestionarlas, en tanto que se han incorporado al cuerpo de los conocimientos dando una supuesta “validez científica” de las mismas. En este sentido, la misoginia aparece como el eje principal de la ideología patriarcal, en la medida en la que ha favorecido y fomentado una relación de desigualdad entre los hombres y las mujeres en diferentes registros de la vida (Caballé, 2020). Así pues, el odio a las mujeres no se origina en un deseo fetichista de identificación con lo reprimido, sino también en la simultánea deshumanización e infravaloración de las personas que encarnan la subordinación y discriminación, es decir, las mujeres.

La misoginia, como concepción del mundo, fundamento, motivación y justificación de la cotidianidad, está destinada a inferiorizar a las mujeres. Por ello se liga de manera indisoluble a la convicción masculina universal de que ser hombre es lo mejor que puede sucederle a las personas y de que, por tanto y antes que nada, ser hombre es no ser mujer. En esta concepción se inserta la conciencia actuante, la

¹² El término techo de cristal (*glass ceiling barriers*) apareció por primera vez publicado en el diario estadounidense *Wall Street Journal* en el año 1986, y hace referencia a esas barreras sutiles, aparentemente invisibles, con las que se encuentran habitualmente las mujeres para acceder a los puestos de poder. En el caso de las mujeres con estudios primarios y escasos recursos económicos, aparecen los *suelos pegajosos*, donde habitan por medio del acceso a empleos feminizados, que aceptan mientras hacen también frente a las responsabilidades familiares. Por último, entre ambas situaciones, se encuentran las *escaleras rotas*, que incluyen a esas mujeres con educación secundaria e ingresos intermedios, integradas en el mercado laboral, pero que carecen de redes de protección que les impiden avanzar hacia el empoderamiento económico, o caer en los suelos pegajosos (Fernández, 2020).

voluntad política de cada instante, conforme a las cuales todo lo que no es realidad o atributo de los hombres (de cada hombre y de todos los hombres) debe ser inferiorizado, deslegitimado, encubierto, estigmatizado, ridiculizado y, si resulta conveniente, condenado y suprimido (Cazés, 2005, p.12).

El discurso médico del siglo XIX define a las mujeres como seres débiles y próximos a la naturaleza, el discurso filosófico de este siglo las define como la trampa metafísica que perpetúa el sufrimiento humano, y la tradición judeo-cristiana como el mal metafísico y moral (Sambade, 2020). Todos los discursos justifican la dominación masculina sobre las mujeres sobre la base de la inferioridad y de la carencia de la condición humana. Desde este punto de vista, la misoginia que aparece en el inconsciente masculino no es más que el fruto de toda una cultura histórica de dominación incardinada en la construcción de la masculinidad patriarcal (Sambade, 2020). En consecuencia, la socialización de género de los hombres remite a una lucha constante para no identificarse con los sujetos sometidos, es decir, las mujeres.

Cuanto más inseguro es un hombre, más violento es: la mayor parte de los machos alfa son niños asustados con complejos de inferioridad y miedos que les torturan de por vida, y que torturan a los demás. Esto es producto de una educación basada en la misoginia, desde pequeños huyen de la feminidad porque la masculinidad se construye sobre una triple negación: no soy una niña, no soy un bebé, no soy homosexual. Elisabeth Badinter explica en su obra la manera en que los niños aprenden a asociar todo lo malo con las mujeres, véase: la debilidad, la cobardía, la cursilería, la estupidez, la vulnerabilidad, la torpeza o la maldad (Coral, 2019, p. 15).

De la misma manera, la homofobia también encuentra sus raíces en el odio a lo femenino. En el lenguaje cotidiano, el hombre homosexual no solo es la persona que mantiene relaciones sexuales con otra persona de su mismo sexo, sino el que también adopta una actitud pasiva, de ahí que surjan multitud de apelativos como *marica*, *loca*, *plumón*, *maricona*, etc., que remiten a la significación de la feminidad en los hombres (Badinter, 1993). De hecho, diferentes postulados teóricos del siglo

XIX y XX indican que los hombres homosexuales encarnan la desviación, la anormalidad, e incluso, la propia enfermedad (Sambade, 2020). Los hombres homosexuales son marginados en las sociedades patriarcales en general, y por sus iguales en particular. Esta norma puede apreciarse en la cotidianidad con la siguiente frase: *eres una niña*. Con estas palabras, se socializa a los varones en el odio hacia lo femenino mediante un acto de humillación y escarnio. Por consiguiente, el sentimiento homóforo es tan fuerte en el proceso de socialización patriarcal, que muchos hombres homosexuales experimentan esa forma de odio hacia sí mismos (Thomson, 2000).

Las consecuencias a las que se enfrentan los hombres que son percibidos como homosexuales son enormes, a veces cuestión de vida o muerte. En este sentido, se exponen cotidianamente a numerosas situaciones para probar la condición del verdadero hombre patriarcal, que van desde la propia necesidad de controlar su forma de vestir y andar, hasta la propia manera de gesticular o expresarse en público (Kimmel, 1997). Pese a ello, de manera paulatina, los avances consolidados en materia de diversidad afectivo-sexual han sido especialmente importantes en la última década, y no solo a nivel legislativo, sino también a nivel social, dado que en materia de deseos sexuales no existe una norma, y cada vez más se están incorporando otros modelos masculinos igualitarios que respetan las diferencias, porque “parece que vamos teniendo claro que «ser un hombre de verdad» no significa necesariamente ser hetero” (Salazar, 2019a, p.231).

Los hombres que no se ajustan al modelo de masculinidad hegemónica(...) no lo tienen nada fácil. La homofobia, el odio al diferente asesina cada año a cientos de hombres, incluso en los países más avanzados. Por eso es tan importante sacar a la luz la diversidad de las masculinidades, y reivindicar las disidentes, incluidas las nuevas masculinidades que los hombres con conciencia feminista están construyendo (Herrera, 2019, p.160).

CAPÍTULO 4: LOS CAMINOS DE LA MASCULINIDAD EN EL ESPACIO CULTURAL

¿Por qué la gente dice «ten un par de huevos»? Los huevos son débiles y sensibles. Si quieres ser duro, ten una vagina. Eso sí que es algo que sabe cómo encajar un golpe

Betty White

El cuarto capítulo de la tesis doctoral pone en evidencia los diferentes ritos de iniciación a la masculinidad que los jóvenes varones deben superar en las diferentes etapas del curso de la vida para confirmarse como hombres de verdad. Así, si bien no existe un elemento sociocultural o fisiológico claro que permita evidenciar el paso de niño a hombre, diferentes culturas localizadas a lo largo y ancho del planeta, establecen numerosos ritos de paso masculino que los hombres deben superar para reafirmar su valía como hombres. Muchos de estos ritos, se encuentran envueltos en una aparente aura de riesgo, en la medida en la que inducen a los varones a soportar altas dosis de hambre y dolor. Es más, en ocasiones se hace necesario que beban de sus propios fluidos corporales para intentar curar las heridas ocasionadas por los hombres de verdad, como muestran los escritos documentados por Badinter (1993) o Godelier (2011) en la isla de Nueva Guinea.

Si bien en las sociedades occidentales no existen ritos de iniciación a la masculinidad como tal, de manera paulatina han comenzado a extenderse diferentes prácticas de riesgo que permiten revalidar los preceptos hegemónicos del modelo de masculinidad tradicional. Así, en España, actividades como el fútbol, la caza y la tauromaquia son desempeñadas casi en su totalidad por los varones, en el intento de manifestar en el ámbito público o social aquellos atributos e imperativos vinculados con el modelo hegemónico de masculinidad tradicional, como la fuerza, el coraje, la audacia o la potencia. En el caso de las actividades relacionadas con el mundo animal, la valentía de los varones para enfrentarse a la bravura de los animales salvajes es ampliamente reconocida y validada por los diferentes sectores culturales de las sociedades occidentales. Por último, cabe mencionar la posición de superioridad que ostentan los hombres en los diferentes espacios públicos o sociales. Desde este punto de vista, pese a que desde siempre han sido los varones quienes han ocupado las calles, los barrios, las plazas, los pueblos y todos los sectores sociales, también han

comenzado a ocupar los espacios virtuales. Así, además de exteriorizar el odio o la violencia contra las mujeres en el entorno virtual, han creado diferentes plataformas o agrupaciones de varones de corte radical (Manosfera) en el que se atenta gravemente contra las mujeres.

4.1. Los ritos de iniciación a la masculinidad

Desde comienzos de la década de los noventa, los estudios elaborados en relación con las masculinidades destacan la puesta en escena de numerosas ritualizaciones trascendentales realizadas en diferentes contextos históricos y culturales. Desde el punto de vista occidental, la mirada o el estudio de los diferentes caminos que conducen a la validación de la masculinidad ponen el foco de atención en las culturas “exóticas” (Sanfélix, 2017a), cuando no salvajes, en las que las posibilidades de ser varón remiten a diferentes pruebas relacionadas con el dolor y la superación de una extrema crueldad. Por lo general, estas prácticas suelen ser rituales sexuales o actos en los que los jóvenes varones tienen que demostrar con valentía y coraje que son hombres de verdad, puesto que durante la adolescencia suelen mostrar ciertas evidencias de inseguridad con respecto a la conformación de su masculinidad. Las causas de las inseguridades de los jóvenes varones remiten a la inexistencia de algún indicador o dispositivo corporal que permita confirmar la validación de los preceptos masculinos en los varones. Por este motivo, las diferentes sociedades establecen diversas pruebas que los jóvenes varones deben superar de manera satisfactoria para adquirir su masculinidad (Gilmore, 2008).

Si bien son escasos los estudios que datan sobre los ritos de reproducción de la masculinidad en las sociedades exóticas o no occidentales, merecen especial atención destacar la lecturas en clave realizadas por Elisabeth Badinter (1993), David Gilmore (1994), Margaret Mead (2006) y Maurice Godelier (2011). Todas estas obras abordan la cuestión de los ritos de paso de la masculinidad en sociedades completamente distintas tanto desde un punto de vista cultural como geográfico. Pese a ello, todos los ritos de pasos que se detallan ponen en constante evidencia la muestra del

riesgo, la autosuficiencia, la capacidad de soportar el dolor y el hambre, o la valentía para afrontar actos que atentan contra la propia corporalidad.

Para el caso de las sociedades occidentales, si bien la masculinidad se encuentra en un estado de declive aparente en lo que respecta a la ritualización o sacralización de prácticas que remiten a la conformación subjetiva de la masculinidad, es cierto que todavía continúa estando especialmente ligada a la muestra social de la misma, sobre todo, en la medida en la que la demanda de la propia hombría entre varones se transmite entre los grupos de pares masculinos como la pandilla o la manada de amigos. Así, pese a que los marcadores de la masculinidad ya no se encuentran delimitados de manera nítida en las diferentes estructuras social, sí que existen espacios donde se considera fundamental poder demostrar los preceptos que validan el modelo hegemónico de masculinidad tradicional (Sanfélix, 2020).

4.2. Los ritos de iniciación masculina en sociedades no occidentales

Por norma general, los ritos de iniciación a la masculinidad pretenden cambiar el estatuto de la identidad de los chicos para que ellos mismos puedan pasar a convertirse en hombres de verdad. En las diferentes sociedades rituales, la masculinidad representa un novedoso desafío que los jóvenes varones deben superar en colaboración con otros varones adultos. En mayor o menor medida, mejor o peor, según sea el momento en el que se superan las pruebas, los jóvenes deben comenzar a sentirse como lo que deben ser, a saber por los demás: hombres de verdad. Si bien difieren las etapas de iniciación a la masculinidad en función de la localización geográfica o cultural, Badinter (1993) distingue principalmente las siguientes: a) la separación de la madre y del mundo femenino; b) la transferencia a un mundo desconocido; y c) el sometimiento a unas pruebas públicas y dramáticas.

a) La separación de la madre y del mundo femenino

La contaminación de la masculinidad con respecto a la feminidad y, en particular, de los hijos por sus madres, es una vieja obsesión que aparece en las diferentes culturas

del mundo, como los marines norteamericanos o las tribus africanas (Mead, 2006). Así, en todas las partes del mundo, reina la idea según la cual si los hijos varones no se distancian de sus madres nunca podrán convertirse en hombres de verdad. Tal como indica Badinter (1993):

Generalmente los machos aprenden lo que no deben ser para ser masculinos antes que lo que pueden ser... Muchos niños definen de manera muy simple la masculinidad: lo que no es femenino (...). Nacido de una mujer, nacido en un vientre femenino, el niño macho, al contrario de lo que le sucede a la hembra, se ve condenado a marcar diferencias durante la mayor parte de su vida. Solo puede existir oponiéndose a su madre, a su feminidad, a su condición de bebé pasivo. Para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual. (p.51)

En virtud de ello, la primera etapa de iniciación a la masculinidad consiste en distanciar a los niños de las madres, generalmente, cuando tienen entre los siete y los diez años de edad. Así lo explica Badinter (1993, p.94) entre los niños sambia de Nueva Guinea:

Un sonido de flautas el encargado de anunciar el principio de la iniciación de los chicos. Arrancados a sus madres por sorpresa, se les lleva al bosque. Aquí, durante tres días, se les azota hasta hacerles sangrar para abrirles la piel y estimular el crecimiento. Se les pega con ortigas y se les provocan hemorragias nasales para que, así, se liberen de los líquidos femeninos que les impiden desarrollarse. Al tercer día, se les revela el secreto de las flautas con la condición de que no se lo cuenten a las mujeres, so pena de muerte. [...] El cortar radicalmente y de manera brutal el lazo que les une amorosamente a la madre es precisamente uno de los objetos de la iniciación masculina. A partir de la separación, bajo la amenaza de los peores castigos, ya no podrán hablar con la madre, ni tocarla, ni tan solo mirarla hasta que hayan accedido al pleno estadio de hombre, es decir, cuando sean padres a su vez. Solo entonces podrán levantar el tabú maternal, ofrecerle el resultado de sus cacerías, hablarle y comer ante su presencia.

De la misma manera, los *bimin-kuskusmin*, una pequeña población situada alrededor de Papúa Nueva Guinea realizan terribles rituales de separación de los chicos de sus madres:

Los *bimin-kuskusmin* consagran un tiempo y una energía extraordinarios a las actividades rituales masculinas. Comprenden no menos de diez etapas que duran entre diez y quince años. Una vez separados de sus madres (entre los siete y diez años), los chicos escuchan el canto de sus iniciadores que los definen como seres que han sido ensuciados y polucionados por substancias femeninas. Los chiquillos, aterrorizados, son desnudados y sus ropas quemadas. Luego, iniciadores hembra les lavan y embadurnan su cuerpo de un fango amarillo funerario al tiempo que profieren frases desagradables sobre su sexo. A esta experiencia humillante le sigue un discurso de los iniciadores que les anuncia que van a matarles porque son débiles y han sido polucionados por sus madres. Los chicos, extremadamente nerviosos, empiezan a llorar y sus gritos van en aumento cuando se hace brotar sangre de sus cabezas. Una última vez se permite a sus madres que les vean. Ellas también lloran y se ponen de luto (Badinter, 1993, p.97).

Desde otro punto de vista, el estudio realizado por Godelier (2011) entre los Baruya de Nueva Guinea también da cuenta del proceso de separación del hijo con respecto a su madre:

Al nacer, un hombre es un bebé, *bwaranie*, que es llevado por su madre en una redcilla y alimentado con su seno. No recibe nombre alguno antes de alcanzar la edad de doce a quince meses, cuando anda y tiene sus primeros dientes. Hasta entonces la madre debe ocultar el rostro del niño a su marido. Cuando este último está presente tapa al bebe con una especie de redcilla que oculta sus rasgos, pero deja pasar el aire. Cuando el *bwaranie* parece tener posibilidades de sobrevivir, el linaje de su padre le hace regalos al linaje de su madre y entonces el niño recibe un primer nombre que llevará hasta su iniciación. Entonces se convierte en un *keimale* (muchacho) y a partir de los seis o siete años en un *keimalenange* (literalmente gran muchacho). Hasta entonces habrá vivido en un mundo femenino, vestido con un largo taparrabos que se parece a las faldas de las niñas. Además jugaba con sus hermanas, sus

primas y sus vecinas. A partir de los seis-siete años los muchachitos comienzan a formar grupos aparte, a jugar en el bosque con arcos en miniatura, mientras las niñas de su edad se quedan normalmente con su madre y comienzan a ayudarla en el jardín y a cuidar a su hermanito o a su hermanita. Comienza a trazarse la segregación de los sexos. (p.47)

b) La transferencia a un mundo desconocido

La segunda etapa de iniciación a la masculinidad pretende delimitar el cambio de los varones desde el mundo femenino, que debe abandonarse, hasta el mundo de los hombres, que debe adoptarse para no acabar repudiado entre el grupo de pares masculino. A modo de ejemplo, este cambio de identidad social remite a la inmigración de un país a otro, donde los jóvenes varones deben adaptarse a las normas, costumbres o tradiciones impuestas por otros adultos, y que deben aceptar para continuar en el intento de adquirir la masculinidad (Gilmore, 1994).

Los novicios recién arrancados de la tutela de sus madres son aislados en un lugar desconocido durante algunos días (los baruya) o unas semanas (los hopi). Abandonados en una total indefensión, sin comida y sin bebida, a menudo despojados de sus ropas, esos jóvenes atraviesan la necesaria fase de umbral en la que no son nada, en estado de shock. Han dejado de ser hijos de sus madres y tampoco lo son de sus padres; son, literalmente entre los dos: un estado coyuntural y necesario de no identidad que supone que el hijo femenino de la madre tiene que morir previamente para que después pueda nacer el hijo masculino (Badinter, 1993, p.95).

c) El sometimiento a unas pruebas duras y dramáticas

Por último, la tercera etapa de iniciación a la masculinidad pone en evidencia la coacción de los jóvenes varones ante pruebas terriblemente crueles, a menudo dramáticas y siempre realizadas en dominio público: escarificación (hacer incisiones en el

propio cuerpo), circuncisión del preadolescente, subincisión del pene, flagelación hasta sangrar, y heridas en diferentes partes del cuerpo. Todos estos actos son considerados como símbolos de fortaleza y resistencia (Badinter, 1993). Así lo explica Godelier (2011) entre los Baruya de Nueva Guinea:

Luego, una tarde, al llegar a la edad de los nueve años, un hombre vendrá a buscar al muchacho y lo encerrará en su casa junto con todos los muchachos de su misma edad. Es el momento de separarlos del sexo femenino. Este hombre es el maestro de las primeras ceremonias de iniciación (él les va a hacer *muka*). Su esposa y sus hijas, si son jóvenes, cuidarán de los muchachos durante algunos días. Los hombres han construido en lo alto de la aldea, cerca de la casa de los hombres, la *mukaanga*, la casa de los *muka*, en la que los jóvenes entran algunos días después de haber sido brutalmente separados de su madre. Al término de las ceremonias, que duran un mes y en el curso de las cuales el responsable de esta primera etapa de su iniciación les perfora la nariz, el *muka* se convertirá en *yiveumbwaye* durante tres o cuatro años y en lo sucesivo vivirá en la casa de los hombres, *lakwalanga*. Durante este tiempo se vestirá la mitad como un hombre y la mitad como una mujer. Su taparrabos todavía tiene forma de falda y bajo su gran capa de corteza no lleva más que una pequeña capa que normalmente oculta las nalgas de los hombres; es para que la vergüenza le haga huir de la presencia de las mujeres. Durante muchos meses no tendrá el derecho a hablar ante sus mayores, que se burlan de él, le insultan, le humillan y le recuerdan que estaba entre las mujeres y, de vez en cuando, le cogen y le golpean con palos o con ortigas. A veces se caga de miedo. Una vez que se ha convertido en un *muka* el iniciado no podrá pronunciar ni su propio nombre ni el de sus coiniciados [...] Los castigos le serán infringidos por los iniciados del tercer y cuarto grado, que viven en la casa de los hombres y que son en cierto modo los representantes de todos los hombres frente a los aspirantes. Luego, hacia los doce años, mientras se desarrollan las ceremonias de iniciación de los tchuwanie y de los kalave, de los grados tercero y cuarto, los *yiveumbwaye* se convertirán en *kawetnie*. Tras diversos rituales que se desarrollan en el bosque o cerca de la casa de los hombres durante el día y la noche, los *yiveumbwaye* abandonarán en un lugar recóndito del bosque sus taparrabos semifemeninos y sus viejas capas, a las que los responsables de este segundo estadio de la iniciación colocaran en lo alto de un tronco de un árbol gigante, en donde las dejarán pudrir. El maestro de este ritual, antes de enganchar sus vestidos, invoca la protección del espíritu del árbol, recoge un poco de savia de su corteza

y la deposita sobre el mechón de cabellos que queda en la parte superior del cráneo rasurado de los muchachos, en el lugar en donde, según los Baruya, mora nuestro espíritu. Luego, por primera vez en su vida, los muchachos se visten verdaderamente de hombres y reciben los tocados de plumas y otros signos de su rango. (p. 49)

En esta misma línea continúan los *bimin-kuskusmin*:

Los chicos son dirigidos hacia el bosque y, de forma imprevista, se les pega con látigos hasta que su cuerpo queda cubierto de llagas. Durante los cuatro días siguientes se les humilla y maltrata prácticamente de manera ininterrumpida. Se les trata constantemente como seres “polucionados” y abortados. Al mismo tiempo, los iniciadores alternan la flagelación con ortigas ardiendo les hacen sangrar, y los alimentos vomitivos con el fin de que queden purgados de todo lo femenino acumulado desde su nacimiento. Para forzarlos al vómito se les obliga a tragar sangre y orina de puerco. El traumatismo del dolor y la peste que provocan los incesantes vómitos, colocan a los niños en un estado físico y psíquico extremadamente miserable. Apenas terminada esa primera prueba, se les fuerza a comer alimentos “hembra” prohibidos que acentúan su pánico, y les provocan nuevos vómitos. Tras unas horas de descanso, los iniciadores les hacen una incisión en el ombligo (para destruir los residuos menstruales) y en el lóbulo de la oreja, y les queman el antebrazo. La sangre que consiguen con ello se les aplica sobre el pene. Se les dice que esta sangre (femenina) les disolverá el pene y se les humilla cuando el miembro se retracta al contacto con la sangre (Badinter, 1993, p.97).

En la actualidad, los ritos de iniciación a la masculinidad permanecen latentes en diferentes sociedades y todos ellos se practican con mayor o menor crueldad y dramatización. Los rituales que practican las tribus guerreras de Nueva Guinea son, sin ninguna duda, los más largos y traumatizantes que los jóvenes varones pueden conocer. Sin embargo, todos ellos remiten a la idea de que la masculinidad se debe conseguir por medio de la valentía, el esfuerzo, la superación del dolor y la represión emocional. Así pues, siempre se trata de transformar a los niños en terribles guerreros en un largo proceso de repudio a todo aquello relacionado con las mujeres, que

los impiden crecer como hombres de verdad (Badinter, 1993; Gilmore, 2008). Dicho de otro modo, la mayoría de culturas construyen numerosos dispositivos para que los hombres transiten en el proceso de validación de la masculinidad demandada socialmente por el grupo de pares masculinos. Este proceso se encuentra acompañado de diversos ritos que circunscriben la trayectoria vital de los hombres y de sus comunidades.

4.2.1. Las lecciones de la masculinidad a través de los ritos no occidentales

Teniendo en cuenta las diferentes etapas de iniciación ritual a la masculinidad en las diversas sociedades no occidentales, se pueden sintetizar algunas lecciones que pueden observarse tras el análisis de los ritos (Badinter, 1993). Por lo general, la masculinidad requiere de un proceso doloroso que se extiende paulatinamente durante la simbiosis madre e hijo. Sin embargo, pese al sufrimiento y al dolor que padecen durante los rituales, los jóvenes varones indican claramente que temen por sus vidas cuando no entran a formar parte de los diversos rituales (Badinter, 1993). Por otra parte, cabe señalar que los ritos de iniciación no solo afectan a los chicos de manera exclusiva, sino que as chicas también asisten a ceremonias con una duración inferior a los ritos masculinos y superan pruebas que no implican esfuerzo físico. Ellas solamente pasan unos días en el mundo exclusivamente femenino para aprender a desempeñar su papel en la vida familiar y cotidiana. En consecuencia, aumentan la frecuencia de visitas y servicios a la familia de los suegros (Badinter, 1993; Godelier, 2011).

En el caso de los Baruya de Nueva Guinea, Godelier (2011) sostiene que las ceremonias de iniciación al matrimonio a las que asisten las mujeres, no pueden compararse con los duros procesos de iniciación a la masculinidad en los que se ven envueltos los jóvenes Baruya:

Mientras que los muchachos se sumergen en un mundo totalmente diferente, una vez que son separados de su madre en un mundo totalmente masculino en el que

van a renacer, las muchachas no pasan más que algunos días en un mundo exclusivamente femenino, para hallarse rápidamente viviendo junto a su madre la misma vida familiar que antes, desde que comiencen a multiplicarse las visitas y los servicios a otra familia, la de sus futuros suegros. El destino de una mujer es por lo tanto el dejar una familia para fundar otra, las de su padre y su futuro marido, respectivamente. Los días que la joven ha pasado con las mujeres, que se repetirán cada vez que otra muchacha tenga sus primeras reglas, interrumpen, pero sin romperla, una vida cotidiana compuesta por los trabajos del campo, los transportes de maderas, los cuidados de los niños, el trabajo cotidiano de la cocina y los cuidados de los cerdos. (pp.64-65).

En virtud de lo expuesto, los ritos de las sociedades no occidentales intentan solventar buena parte de la problemática universal a la que se enfrentan cotidianamente los varones: ser reconocido como un hombre de verdad, es decir, un varón socialmente reconocido entre el grupo de pares masculino, que ha roto de manera definitiva con la debilidad y la dependencia de las mujeres (Godelier, 2008). En este sentido, se pone de manifiesto la necesidad de construir socialmente a los varones, al tiempo que se cuestiona la esencia de lo biológico, si bien parece que no es suficiente para demostrar que se es un hombre de verdad. A diferencia de las mujeres, en las que la menarquía (menstruación) marca el paso de la niñez a la etapa adulta, en los chicos no existe ninguna prueba biológica que determine el paso de niño a adulto. Por consiguiente, los ritos iniciáticos de la masculinidad no hacen más que validar la idea de que la masculinidad es una construcción histórica, social y cultural y, por tanto, la idea de que también se puede cambiar es posible.

4.2.2. Las sociedades no occidentales libres de patriarcado pero no de rituales

En la actualidad, las concepciones culturales depositadas en los cuerpos masculinos y femeninos, conllevan la necesidad de consolidar aquello que se denomina masculinidad y feminidad mediante la transmisión de valores asignados en función del sexo. Si bien la masculinidad es entendida como una constante omnipresente a lo

largo y ancho del planeta afincada, generalmente, sobre los principios de agresividad, poder, competitividad, violencia, y éxito, no todas las sociedades responden del mismo modo a esta concepción (Gilmore, 2008). Así, pese a la dificultad para acceder a su estudio etnográfico, existen diferentes espacios culturales que asignan tareas variadas a los hombres no en función de su sexo, sino teniendo en cuenta otro tipo de capacidades vinculadas con el respeto, la solidaridad, el compañerismo y la no violencia (Herrera, 2019). En este sentido, estas sociedades exóticas se encuentran enmarcadas por su distanciamiento con respecto a los preceptos demarcados por el patriarcado, si bien enaltecen otros valores o comportamientos alejados de la guerra, del estoicismo, de los enfrentamientos bélicos, y de la disputa por el dominio territorial.

Aun cuando toda sociedad tiene algún tipo de división de tareas por sexo, la asignación de cualquier tarea particular a un sexo u otro varía enormemente. En algunos grupos la agricultura es trabajo de las mujeres, en otros es trabajo de hombres. En algunas sociedades las mujeres llevan la carga más pesada, en otras los hombres. Hay incluso ejemplos de mujeres cazadoras y guerreras, y de hombres que se encargan del cuidado de los niños (Rubin, 1986 p.113).

Pese a las constantes funciones de protección, provisión y potencial sexual descritas por Gilmore (1994), este mismo autor sitúa en el mapa mundial diferentes culturas donde los hombres ejercen una masculinidad alejada del modelo hegemónico occidental. En este caso, destacan especialmente la cultura tahitiana y la cultura semai, que hasta hace poco tiempo, han vivido libres de las ataduras impuestas por el patriarcado. Levy (1973) indica que la cultura tahitiana despierta la curiosidad occidental debido a la ausencia de diferenciación sexual en los papeles que las mujeres y los hombres desempeñan en esta isla de la Polinesia francesa. En este sentido, las mujeres tahitianas gozan de una condición notablemente alta, en tanto que pueden hacer casi todo lo que hacen los hombres. Las diferencias entre hombres y mujeres no están bien delimitadas, sino que son borrosas y difusas. Los hombres tahitianos no son más agresivos que las mujeres, ni las mujeres son más tiernas o maternales que los hombres, sino que ambos tienden a manifestar expresiones o sentimientos

similares ante las mismas situaciones (Gilmore, 1994; Herrera, 2019). Además de tener personalidades parecidas, los hombres y las mujeres de esta isla desempeñan papeles tan semejantes que son casi indistinguibles. Los hombres cocinan de manera habitual, y las mujeres hacen casi las mismas actividades que desempeñan los hombres fuera de casa. Así, no se insta constantemente a los hombres a demostrar su virilidad o a que se diferencien de algún modo de los niños y las mujeres.

En la cultura tahitiana, los hombres no tienen miedo a actuar de un modo que los occidentales puedan considerar como afeminado. En este sentido, durante las danzas, los hombres tahitianos bailan con otros hombres en estrecho contacto corporal, incluso suelen rozar sus cuerpos sin ningún tipo de miedo o pudor. Asimismo, también suelen visitar con frecuencia y sin ninguna vergüenza, al homosexual del poblado (el *mahu*). En pocas palabras, el *mahu* del poblado tahitiano es un transexual que ha elegido ser “mujer honoraria”. Al *mahu* se le respeta, vive con las mujeres, baila y canta con ellas, tiene voz afeminada e intenta entretener a los muchachos por medio de la felación y la sodomía. Así pues, los varones tahitianos se relacionan abiertamente con el *mahu* sin ningún tipo de problema y, además, suelen asumir el papel pasivo en las relaciones sexuales con el *mahu* (Gilmore, 1994).

Según Levy (1973) el afeminamiento de los hombres tahitianos se acepta como un rasgo natural de la personalidad masculina. Por el contrario, los tahitianos que muestran una virilidad impropia de ellos, se consideran extraños y desagradables. Así, Levy (1973) llega a la conclusión de que “los hombres parecen algo afeminados y las mujeres algo masculinas” (p.100). Se espera de los hombres tahitianos que sean pasivos, complacientes y que ignoren los agravios. De hecho, no tienen concepto del honor masculino que deben defender, ni venganzas que llevar a cabo contra otros varones tahitianos. Por el contrario, está prohibido agredirse entre ellos y tomar la venganza por su propia cuenta, aunque se sientan estafados. De la misma manera, el idioma tahitiano no expresa gramaticalmente el género. Así, los pronombres no indican el sexo de los sujetos ni de los objetos, y el género no desempeña ningún otro papel en la gramática. Además, casi todos los nombres tradicionales tahitianos se dan de manera indistinta tanto a mujeres como a hombres (Gilmore, 1994).

Los tahitianos no suelen proteger a las mujeres, ni siquiera para repeler a los intrusos extranjeros. Tradicionalmente, no cazan, ni tampoco tienen ocupaciones peligrosas o agotadoras que se consideren exclusivamente masculinas. La laguna de agua dulce proporciona pesca abundante, la tierra es abundante y poseen animales domésticos. Por ende, disponen de lo suficiente, en la medida en la que viven sin pobreza extrema ni conflictos económicos. En lugar de promover la competitividad entre los hombres, la economía tahitiana proporciona un elevado grado de cooperación y las familias se ayudan entre sí tanto en la pesca como en la recogida de las cosechas propias del lugar (Gilmore, 1994). En definitiva, lo auténticamente tahitiano es trabajar sin esfuerzo, lo que a los ojos del mundo occidental, no es propio de los hombres de verdad (Gilmore, 2008).

Pese a las particularidades que presenta esta cultura, diferenciada en multitud de aspectos en lo que respecta a las sociedades patriarcales, existen ritos de paso para convertir a los muchachos en hombres. No obstante, de conformidad con los planteamientos no violentos de la población tahitiana, este ritual de paso dista sobremedida de todos los descritos hasta el momento, especialmente por las formas empleadas en su realización (Sanfélix, 2017a).

Los tahitianos tienen un rito de paso para los muchachos. Consiste en una incisión superficial del pene. A diferencia de los otros rituales de circuncisión (...) este solo cumple fines "higiénicos", y no tiene ninguna connotación de prueba. No se la considera un paso a la virilidad, sino simplemente un procedimiento médico. El ritual es sencillo y sin tensiones. Cuando el muchacho tiene la edad suficiente, se le lleva a un lugar apartado, donde el experto realiza la breve operación en privado. No hay evaluación pública de la «actuación». No hay ninguna responsabilidad ligada al hecho de llorar o mostrar temor, y se sabe de muchos chicos que se desmayaron de miedo sin que ello causara ningún escándalo (Gilmore, 1994, p.202).

Por otra parte, el pueblo semai de Malasia comparte numerosas similitudes con la cultura tahitiana en lo que concierne a la ausencia de tareas asignadas en función del sexo. Los semai son una etnia pacífica que sufrió diferentes incursiones de los pueblos malayos, más numerosos y con una tecnología más avanzada, frente a los

cuales, tomaron la decisión de huir en vez de luchar, de ahí su tendencia a la no violencia y a retirarse ante el peligro en lugar de defenderse. En este sentido, son uno de los pueblos menos agresivos y más tímidos del planeta, además, están racialmente mezclados, producto de las décadas de mestizaje con malayos, chinos y cualquiera que pasara por el enclave de la selva tropical. Físicamente, los semai son muy bajos, la mayoría de ellos miden alrededor de un metro cincuenta. Algunos de ellos parecen chinos, otros tienen rasgos africanos y la piel color chocolate, otros son más corpulentos y tienen vello facial, y otros no se suelen distinguir entre los malayos (Herrera, 2019).

Están tan sumamente mezclados, que los antropólogos muestran dificultades para reconocerlos. Esta diversidad genética se debe a su cultura no violenta y a su incapacidad para resistirse a cualquier tipo de insinuación que proponga cualquier persona, ya que su rechazo equivale a una agresión o una ofensiva personal. A esa agresividad la llaman *punan*, un concepto importante que viene a significar tabú. Así, *punan* es la palabra semai que designa cualquier gesto que, por muy discreto que sea, haga sentir rechazo o frustración a otra persona (Gilmore, 1994). Esto podría atraer sobre el poblado el castigo de los espíritus, que prohíben cualquier comportamiento inadecuado u ofensivo (Herrera, 2019).

En el intento de evitar cualquier tipo de infortunio, los semai siempre aceptan cordialmente las preposiciones o peticiones de otras personas. En este sentido, si un hombre quiere mantener relaciones sexuales con una mujer, casada o no, solamente tiene que decirlo para que ella pueda complacerlo sin necesidad de protestar. No obstante, ningún hombre o mujer puede engatusar o acosar indebidamente a otra persona para mantener relaciones sexuales, dado que esta situación resulta especialmente agresiva (Gilmore, 1994). Las prohibiciones de herir los sentimientos de los demás suelen equilibrarse, por lo que el comportamiento sexual de los semai es conciliatorio, en tanto que es guiado por normas de extrema cortesía. Sin embargo, las mujeres semai son un blanco fácil para los forasteros, que pueden abusar de ellas o llevárselas como simples botines. Sin concepto de honor masculino o de derechos paternos que los inspiren, los hombres semai no muestran esfuerzos para impedir la mezcla de genes (Gilmore, 2008). De hecho, no existen penalizaciones o conse-

cuencia negativas para las mujeres que son seducidas y/o embarazadas por hombres forasteros. Por el contrario, los niños ilegítimos nacidos de esas relaciones son amados y bien atendidos, puesto que los semai no pueden soportar ver a los niños desatendidos. En resumen, los hombres semai no suelen preocuparse por el honor, la paternidad ni por las fronteras sociales con otras culturas, ellos siempre se muestran complacientes (Gilmore, 1994; Herrera, 2019).

A la vista de lo anterior, los semai restan importancia a las diferencias sexuales tanto en la afirmación del carácter como en la diferencias sexuales. No obstante, su idioma distingue el masculino y el femenino. En cualquier caso, aparte de llamar «pechos» a todas las protuberancias redondas, los semai apenas utilizan distinciones de género en su habla, ni tampoco tiene esquemas de género. Las divisiones de las labores del pueblo semai se realiza en virtud de las preferencias, y no de las obligaciones o las prohibiciones. Por ende, tanto las mujeres como los varones pueden elegir hacer aquellas actividades para las que se encuentran mejor preparados. Ahora bien, cuando alguien está cualificado para alguna actividad normalmente preferida por el sexo, crean una especie de expectativa para que lo hagan bien (Herrera, 2019).

De la misma manera, los semai dan poca importancia a las posesiones materiales, al individualismo y a la acumulación de bienes personales. Su economía se basa en la agricultura de tala y quema, cultivan arroz, maíz y calabazas. Disponen de tierra abundante y no sufren presión por que sus tierras se modernicen o intensifiquen. No existe la propiedad privada y si alguien no tiene tierra para cultivar, puede pedir un trozo a un amigo o conocido (Herrera, 2019). En contraposición a los tahitianos, los varones semai suelen cazar, y solamente cazan los hombres. El arma principal es una cerbatana de dos metros de largo, con ella, disparan pequeños dardos cuyas puntas están untadas con veneno pegajoso. Según parece, las cerbatanas representan un símbolo fálico de su virilidad. En este sentido, la concepción del arma como trasunto del pene es adoptada por los pueblos cazadores de alrededor. No obstante, no existe ningún culto a la masculinidad, como tampoco lo hay en la cultura tahitiana (Gilmore, 1994).

Por norma general, los semai solo cazan animales pequeños, para ellos la caza no es una actividad agotadora ni peligrosa, no suelen adentrarse demasiado en la selva

para cazar y vuelven al poblado cuando empieza a apretar la calor. Durante la temporada de frutas, los cazadores se tumban debajo de un frutal y esperan que lleguen las presas y, si se topan con algún tipo de peligro, salen corriendo sin ningún tipo de vergüenza para ponerse a salvo. Para los semai, la caza no es esencial, tienen gallinas, que no se atreven a matar una vez que las han criado (Gilmore, 1994). Ellos saben que los comerciantes si van a matarlas pero prefieren no pensar en ellas. Así, esta actitud respetuosa hacia los animales también se muestra ante otros depredadores como los tigres o los elefantes, muy comunes en la zona. Cuando avistan algún animal grande, se esconden atemorizados y esperan a que el animal se vaya. Por otra parte, el pescado del río también es importante. Pescan a mano, e incluso en muchas ocasiones, hombres y mujeres pescan juntos. Por tanto, no existen evidencia de exacerbadas de una masculinidad basada en la hazañas de las actividades de la pesca o la caza (Herrera, 2019).

Este breve repaso por diferentes culturas no patriarcales, donde la masculinidad y la feminidad difieren en gran medida con respecto a las características que les han sido asignadas en las sociedades occidentales, sirven de pretexto ideal para refutar las definiciones esencialistas que abocan a las mismas al destino asociado en función de la biología (Sanfélix, 2017a). Sin embargo, el propio Gilmore, catalogado como uno de los máximos exponentes en el estudio antropológico de la masculinidad desde comienzos de la década de los noventa, peca de cierto esencialismo cuando indica que, pese a no existir un modelo de masculinidad universal válido para todas las sociedades, sí que existen ciertos criterios básicos de actuación masculina que aparecen de manera omnipresente en todas las sociedades existentes.

Así, para ser un hombre, uno debe preñar a una mujer, proteger a las personas que dependen de él y mantener a los familiares (Gilmore, 2008). Desde este punto de vista, su perspectiva esencialista reducida a la triple p: protección, provisión y potencia sexual, ha sido duramente criticada por antropólogas de la talla de Martín Casares quien afirma que “el propio antropólogo es víctima del etnocentrismo y del sistema de género imperante, ya que llega a asumir valores de género dominantes como la imagen del hombre proveedor frente a la mujer pasiva” (Martín Casares, 2006, p. 276).

4.3. Los ritos de iniciación masculina en las sociedades occidentales: el caso español

En el marco de las sociedades occidentales, si bien parece que la masculinidad ha comenzado a iniciar un proceso de desacralización con respecto a los ritos de iniciación a la masculinidad tradicional, su capacidad demostrativa en el ámbito público no hace más que reforzar la idea de realizar diferentes maniobras o estrategias de actuación que permitan validar la puesta en escena de los valores o atributos que se asocian a la misma (Sanfélix, 2020). Desde este punto de vista, cabe señalar que la masculinidad española percibe como necesaria la creación de espacios donde reproducir y demostrar públicamente los preceptos de la masculinidad patriarcal, asociados a la valentía, la fuerza hercúlea, el valor y la dominación, entre otros muchos valores (Salazar, 2019a). En vista de ello, cada vez más cobran especial relevancia la realización de prácticas ritualizadas que atentan contra la salud o el bienestar masculino, como la mili, la caza o la tauromaquia, así como otras actividades que vienen a reforzar el dominio masculino mediante la subordinación de las mujeres en un contexto virtual de ciberviolencia o de prostitución (Ranea, 2021). En el intento de aportar una definición clara de rito, se siguen las palabras de Segalen (2005, p. 30):

El rito o ritual es un conjunto de actos formalizados, expresivos, portadores de una dimensión simbólica. El rito se caracteriza por una configuración espacio-temporal específica, por el recurso a una serie de objetos, por unos sistemas de comportamiento y de lenguaje específicos, y por unos signos emblemáticos, cuyo sentido codificado constituye uno de los bienes comunes de un grupo.

En España, el ejemplo clásico relacionado con el modelo de masculinidad tradicional remite, sin ninguna duda, al servicio militar obligatorio. Por lo general, el servicio militar español, frecuentemente nombrado como «la mili» entra en vigor a comienzos del siglo XIX y finaliza en diciembre de 2001. Durante todo ese tiempo, la mili se presenta como el dispositivo articulador por el cual los jóvenes varones pasan a ser hombres de verdad. De hecho, en el imaginario social español es usual encontrar expresiones que hacen referencia de manera directa y explícita a este fenómeno tan

polémico como «la mili te hará un hombre» o «cuando vuelvas de la mili serás un hombre hecho y derecho», así como cierta retórica popular sobre las historias que los hombres españoles vivieron en este periodo de tiempo de relativa separación y aislamiento familiar (Sanfélix, 2020). Este ritual, asesino de lo femenino, homófobo y reproductor de las características más arcaicas asociadas a la masculinidad tradicional, comprende uno de los principales ritos de paso que los hombres españoles vivenciaron durante muchos años (Simón, 2013; Sanfélix y Téllez, 2014). De hecho, este espacio exclusivamente masculino dispone de sus propias anécdotas o costumbres, como es el hecho de tener a una cabra o a un jabalí como mascota.

Si bien la mili comprende el principal marcador sociocultural de la masculinidad española hasta finales de 2001, resulta complejo redescubrir otros espacios ritualizados que tengan que ver con la masculinidad tradicional en el contexto español. Pese a ello, Segalen (2005) distingue diferentes tipos de ritos masculinos en las sociedades occidentales que pueden resultar válidos para la sociedad española, como es la caza, la colombofilia¹³, las corridas de toros y las carreras populares. La caza, realizada casi en su totalidad por hombres en el ámbito español, refuerza la identificación de las armas con la masculinidad, al tiempo que fomenta una socialización basada en la agresividad y la violencia, donde el contacto directo con la sangre y el cuerpo sin vida del animal, refuerzan la valentía de los hombres para afrentarse a seres salvajes (Téllez y Martínez Guirao, 2019). En este sentido, la lucha o la exposición corporal contra los animales puede entenderse como símbolo de valor, en tanto que supuestamente, los animales salvajes son más fuertes que los cazadores (Sánchez, 2006). Asimismo, la indumentaria empleada para este tipo de actividad es de vital importancia, por cuanto que permite asegurar con éxito el amontonamiento de animales cazados.

¹³ La colombofilia o colombicultura hace referencia al arte de criar y adiestrar palomas mensajeras. Si bien en el imaginario colectivo se considera que las palomas mensajeras solo se utilizan para llevar y traer mensajes, su finalidad también es deportiva, en tanto que se cronometran los trayectos para calcular la velocidad. De la misma manera, las palomas mensajeras pueden emplearse en caso de catástrofe, en operaciones de salvamento, y en intercambios de muestras entre hospitales estatales (Rosario et al., 2009).

La ropa del cazador tiene un estilo militar más o menos acentuado, pues la ropa de caza está destinada a confundirse con los tonos verdes y pardos del bosque y a ocultar con tejidos gruesos el olor del hombre. Con el fin de mantener apartados los olores de la casa, los hombres suelen almacenada en una caseta exterior a la vivienda. La ropa es como otra piel que los aísla del universo doméstico y les permite integrarse por mimetismo en el mundo silvestre (Segalen, 2005, p. 79).

La caza de animales comparte muchas similitudes con las corridas de toros, si bien remiten a un rito de paso masculino que vincula al hombre y al toro hasta la muerte del animal (Segalen, 2005). De hecho, diferentes autores entienden la tauromaquia como propia de la masculinidad española e hispanoamericana (Quintero y López, 2018), en tanto que se funda en los valores simbólicos de la obstinación, la potencia sexual, la asertividad, la independencia y el autocontrol. Por lo general, la masculinidad atribuida a los toreros se manifiesta por medio de la idea de que los propios varones pueden controlar el miedo a ser lastimados, e incluso a morir ante la peligrosidad del animal (Thomson, 2013). En este sentido, la contención de sentimientos, la no demostración de debilidad propia y el acto de ejercer control sobre el animal caracterizan el arte de ser torero. De la misma manera, las corridas de toros representan una valiosa oportunidad para que los varones españoles, vestidos de gala, puedan reafirmar su masculinidad de manera pública o social ante la expectativa de someter y masacrar a un animal. En este sentido, la masculinidad se manifiesta por medio de la capacidad del hombre torero para engañar al toro, de modo que mientras más difícil resulte dominar y matar al animal, mayor será el reforzamiento de su masculinidad (Thomson, 2013). Por otra parte, el torero sale a la corrida con el denominado traje de luces, muy ajustado al cuerpo, de modo que, inevitablemente, se hace también explícito la presencia de los genitales a un lado de los pantalones, como una prueba irrefutable más de la conformación de su masculinidad (Quintero y López, 2018).

Más concretamente, en el marco valenciano, Sanfélix (2020) destaca diferentes fenómenos relacionados con la masculinidad que pueden entenderse desde la lógica de la ritualización, a saber: *fer arca*, los quintos y las actividades de riesgo en espacios lúdico-acuáticos. En primer lugar, *fer arca* es una expresión en valenciano que

apela a una batalla entre grupos de chicos de pueblos o barrios diferentes en la que se lanzan piedras. Esta actividad, suele responder a lógicas de separación de grupos de pares masculinos de diferentes pueblos, barrios o distritos, y como práctica, remite a la reminiscencia de lo guerrero, es decir, a la defensa del territorio por medio de la unión y la fuerza del grupo de amigos. Si bien es cierto que esta práctica se encuentra bastante popularizada en diferentes rincones del ámbito español, con el paso del tiempo ha permutado y, en lugar de tirar piedras, también los jóvenes varones han comenzado a lanzar otro tipo de objetos, como frutas o verduras, e incluso, petardos (Sanfélix, 2017a). Lo más destacable de este rito de iniciación es la exigencia social de que la masculinidad de los jóvenes varones se debe demostrar. Así, dado que la biología nunca es suficiente para el caso de los varones, los jóvenes deben buscar espacio donde mostrarse a sí mismo y ante los demás como hombres de verdad. En este sentido, las prácticas bélicas permiten que los jóvenes varones puedan hacer alarde de los preceptos que conforman el modelo de masculinidad tradicional. Quizá los varones ya no tengan que ir a la guerra, pero todavía son socializados por medio de numerosos valores bélicos como la valentía, la fuerza, la agresividad y la competencia.

Desde otro punto de vista, en los contextos tradicionales festivos del ámbito español emerge una celebración que puede funcionar como espacio de demostración de la masculinidad tradicional: los quintos. En pocas palabras, la quinta es un rito masculino en el que los jóvenes varones pasan de niños a mozos. La fiesta sucede durante los fines de semana comprendidos entre “las hogueras de San Antón” y el último domingo antes del “miércoles de ceniza”, y en ella, los jóvenes realizan numerosas fechorías para revalidar los preceptos del modelo hegemónico de masculinidad, como matar animales, cortar leña, buscar alimentos o entonar canciones que atentan contra la integridad moral de los varones homosexuales. La noche del sábado, previo al día de fiesta, pasan la noche en una casa-cueva donde comen, beben, juegan y ensayan las canciones que deberán cantar en la plaza del pueblo. Así, a la mañana siguiente, preparan pinturas y salen a la calle para cantar las canciones, dedicadas, casi en exclusiva, a los varones homosexuales. De hecho, buena parte de las canciones entonadas contienen altos tintes homofóbicos, xenófobos y ofensivos. Esta acti-

vidad permite, por tanto, que los varones puedan revalidar su masculinidad por medio de la exposición pública o social de aquellos valores vinculados con el modelo hegemónico de masculinidad tradicional (Sanfélix, 2021).

Por último, otra práctica bastante extendida en esta línea puede ser la tendencia a asumir conductas de riesgo en espacios lúdicos-acuáticos, como el *balconing*. Esta práctica, que ha alcanzado una especial notoriedad en los últimos años, consiste en saltar entre los balcones de un hotel o de lugares especialmente altos hacia la piscina. De ahí deriva que se veneren valores propios de la masculinidad tradicional, en tanto que se apela al riesgo, a la exhibición de la fuerza y de la precisión, e incluso, a la asunción de la propia muerte si el salto resulta fallido (Salazar 2019a). Así pues, saltar es lo que se espera de los jóvenes, de los varones que demuestran su valor para hacer frente a los designios de la vida (Sanfélix y Téllez, 2017).

4.3.1. El análisis del fútbol como elemento crucial de la masculinidad tradicional

En la actualidad, el fútbol aparece de manera permanente en la realidad social y mediática que caracterizan a las sociedades patriarcales. Las televisiones dedican mucho tiempo a hablar de este espectáculo de masas que, en tanto que forma parte de la cotidianidad, en muchas ocasiones parece pasar como una temática prescindible de análisis debido a su carácter permanente y estático en la sociedad (Sanfélix, 2020). De hecho, el fútbol, como valor central de aprendizaje de la masculinidad comprende un valor de referencia para analizar desde un punto de vista socializador, si bien, transmite la creencia de lo que se supone que debe ser un hombre de verdad. En este sentido, el entramado del fútbol se articula sobre espacios donde los hombres pueden representar de forma explícita y permitida una visión de la masculinidad basada en la violencia, la agresividad, la competencia, la fuerza hercúlea y el culto al cuerpo fornido y musculado (Ranea, 2021). Los hombres adultos hablan constantemente de fútbol, también lo hacen los jóvenes adolescentes y los niños más pequeños, incluso la propia prensa dedica un periódico exclusivo a este mundo de-

portivo. Por tanto, cabe señalar que la idea principal que transmite el fútbol se resume en la importancia de todo aquello que los hombres dicen y hacen. Dicho de otro modo, el fútbol pretende poner en evidencia que, en las sociedades patriarcales, ser hombre equivale a ser una persona importante (De Miguel, 2015).

Pese a la relevancia de la que dispone el fútbol como dispositivo de aprendizaje de la masculinidad tradicional, en pocas ocasiones se pone de manifiesto una revisión crítica del mismo, más aún cuando supone un espacio paradigmático de reproducción social de la masculinidad hegemónica o tradicional. De hecho, parece el sucedáneo de otros espacios de ritos tradicionales como la guerra o el servicio militar, que funciona como dispositivo dispuesto por la sociedad y expandido por todos los hombres de las sociedades patriarcales, desde los propios patios de los colegios hasta en el propio dispositivo móvil. Dada la trascendencia que ha adquirido el fútbol como dispositivo articulador de la masculinidad, Sanfélix (2016) plantea la posibilidad de hablar de la «futbicuidad» como concepto que fusiona dos nociones diferentes pero interconectadas. Por una parte, el concepto hace referencia al fútbol como dispositivo localizable en las culturas occidentales. Por otra parte, la futbicuidad apela a la ubicuidad como a la capacidad de impregnación en lo social de este deporte que articula diferentes atributos de la construcción tradicional de los varones, al mismo tiempo que comienza a incorporarse en la cultura hasta formar parte de la cotidianidad (Sanfélix, 2019).

Hablar de “futbicuidad” es hablar sobre la expansión y el alcance, o más bien sobre la capacidad de impregnación en lo social, que tiene este espectáculo de masas. El fútbol está siempre presente, es ubicuo, entendiendo la ubicuidad como la usa David Gilmore (1990) cuando habla de la masculinidad no como universal pero sí fácilmente localizable transculturalmente, tanto que por naturalizada, pasa desapercibida. De este modo, la “futbicuidad” sería un fenómeno propio de nuestras culturas (mediterráneas-europeas y también latinoamericanas) por el que el fútbol forma parte de la vida social de manera sistemática infiltrándose por los poros de lo cultural hasta arraigar en esa especie de consciencia colectiva. (Durkheim, 1997, pp. 38-39).

En virtud de lo expuesto, la futbicuidad responde al orden estructural y jerárquico del patriarcado, encubierto por el capitalismo, que intenta legitimar los valores y las capacidades vinculadas a la virilidad y la hombría. Así, el fútbol es ubicuo dado que los grandes sistemas de dominación y opresión así lo disponen. El fútbol sirve para sentirse parte de algo grandioso, y hacer equipo construyendo un sentimiento común de pertenencia. Más aún, el fútbol sirve como dispositivo masculinizante, dado que permite potenciar conductas vinculadas con la agresividad que, en otros espacios o lugares, son casi impensables. Alrededor del fútbol masculino, se consienten prácticas sexistas, racistas y xenófobas que en ningún otro ámbito tienen tanta tolerancia social. A este respecto, De Miguel (2015) indica que, en la etapa infantil y de la adolescencia, el fútbol transmite valores positivos como el compañerismo, la colaboración, la amistad entre iguales y el sentido de pertenencia a un grupo. Sin embargo, con el paso del tiempo, estos valores se transforman en aspectos negativos que se emplean para reafirmar los preceptos que configuran el modelo de masculinidad tradicional. Por ende, no es de extrañar que el fútbol remite a espacios donde se venera la masculinidad exitosa, competitiva, agresiva, fuerte y decidida, un espacio donde pueda ser reconocida en clave de triunfo social.

Los orígenes de la acotación de este concepto están estrechamente relacionados con el balón como principal juguete de los chicos en el período de la infancia. De hecho, aunque a algunos chicos no les guste el fútbol, reconocen que es un espacio que permite demostrar públicamente su masculinidad. Quizá muchos chicos hoy en día no juegan al fútbol, pero este permanece presente en el imaginario colectivo como un elemento socializador de la masculinidad que demarca las trayectorias personales de los chicos. Dicho de otro modo, puede que algunos chicos no quieran jugar al fútbol en el patio, no coleccionen cromos de los equipos, o decidan no competir en videojuegos de fútbol, pero durante las primeras etapas de la vida de los chicos, el fútbol, y toda la extensión que este dispositivo comprende, sirve de núcleo esencial de aprendizaje de la masculinidad en las diferentes sociedades occidentales (Sanfélix, 2019). De hecho, este espacio se encuentra tan sumamente masculinizado que los chicos a los que no les gusta el fútbol rápidamente son catalogados como afeminados o poco masculinos (Bacete, 2017).

Desde este punto de vista, se puede observar que el fútbol responde a una especie de rito por el cual la masculinidad es venerada y sacralizada, se reconocen su valores propios del mundo masculino y no se acepta la entrada de mujeres. Sin embargo, parece que, afortunadamente, las cosas en el ámbito futbolístico, comienzan a cambiar de manera prudente. En este sentido, Ranea (2021) indica que el fútbol responde a una identidad resquebrajada en este momento histórico en el que las mujeres cada vez más reclaman su participación en todos los espacios públicos. De hecho, esta misma autora comienza a hablar en su discurso sobre el fútbol masculino y femenino, haciendo alusión específica al género para desmontar así la habitual referencia la fútbol sin más, y visibilizar la creciente importancia que está teniendo en la actualidad el fútbol femenino, al que las mujeres se han incorporado paulatina-mente como espectadoras y futbolistas. Las mujeres futbolistas cada vez adquieren mayor impacto en la transformación del significado del fútbol en la socialización de las niñas y comienzan a dotar el espacio del fútbol de otros significados elaborados desde valores asociados con la amistad, la colaboración, el respeto hacia los demás, la empatía y el buen hacer (Ranea, 2021).

4.4. La lógica del espacio como agente socializador de la masculinidad

Y como los hombres deben mostrar públicamente su masculinidad en diferentes escenarios, han hecho uso de la división social de los espacios generada por el patriar- cado y el capitalismo, apropiándose de lo público. Si la masculinidad fuera un espa- cio, sería la calle o la plaza. En estos lugares se compite con el grupo de iguales, aun- que siempre desde una supuesta aunque discutible camaradería, con la finalidad de demostrar que se es un “hombre de verdad”. Desde que son muy pequeños, ya sea de manera más o menos formal, como consecuencia de los mandatos directos del género y la fuerza invisible de la incorporación de las estructuras sociales a los cuer- pos, y por lo tanto a los modos de actuar, los varones generan espacios de visibiliza- ción y exhibición pública de una masculinidad requerida socialmente y exigida por el grupo de iguales, aunque ya no sea necesaria, ni funcional y pueda estar en pro- ceso de obsolescencia (Sanfélix y Téllez, 2014, p. 401).

Si bien la masculinidad remite a una construcción sociocultural, los espacios que habita son especialmente importantes, en tanto que permiten articular diferentes prácticas asociadas o no con los preceptos que configuran el modelo de masculinidad tradicional (Sanfélix, 2020). Bares, calles, plazas, estadios de fútbol, gimnasios y determinados clubes masculinos funcionan, en determinadas ocasiones, como espacios de validación o resignificación de la masculinidad tradicional, acostumbrada habitualmente a ocupar casi en su totalidad los espacios públicos (Delgado, 2019). No obstante, los avances conseguidos por la lucha de la segunda ola del movimiento feminista han comenzado a resquebrajar los cimientos que sustentan el dominio público masculino. En este sentido, la incorporación de las mujeres a los espacios públicos o sociales no ha hecho más que cuestionar la imposición de las prácticas de subordinación femenina impuestas por los varones. Así, en la medida en la que las mujeres han comenzado a ocupar ciertos espacios de dominio público, los hombres, en mayor o menor medida, también empiezan a tomar posiciones en espacios privados (Alberdi y Escario, 2007). De hecho, cada vez son más numerosos los estudios que indican la incipiente participación de los hombres en espacios privados, en especial, en la realización de actividades domésticas o familiares (Ajenjo y García, 2014; Moreno-Colom et al., 2018).

En el intento de clarificar los distintos espacios que las masculinidades habitan en las sociedades occidentales, se sigue la articulación empleada por Delgado (2019) en torno a tres ejes: los espacios domésticos; los espacios públicos; y los espacios semiprivados.

❖ **Los espacios domésticos**

En los últimos años, comienzan a aparecer numerosos trabajos centrados en el estudio de la deconstrucción de la masculinidad hegemónica o tradicional por medio de la incorporación de los hombres en el ámbito doméstico (Borràs et al., 2021; Gumà y Arpino, 2021). Con la entrada en crisis del modelo hegemónico de masculinidad desde comienzos de la década de los ochenta y los noventa (Segal, 2008), el discurso sobre el papel que corresponde a los varones entra en disputa, y comienza a cuestionarse la participación de los varones en los espacios domésticos (Meil,

2005). La inercia de los estudios sobre masculinidades ha tendido a centrarse en los espacios públicos, dejando a un lado lo doméstico o lo familiar. Sin embargo, las reivindicaciones políticas de la segunda ola del movimiento feminista comienzan a resquebrajar la tradicional división del espacio público y privado. En consecuencia, emerge un espacio social permeable, donde la privacidad y lo público no siempre está tan claro, y donde lo doméstico comienza a volcarse en el ámbito público y viceversa (Delgado, 2019).

En esta línea de pensamiento, emergen diferentes estudios que, al margen de enaltecer comportamientos igualitarios en los espacios domésticos, no hacen más que redefinir estos mismos espacios en clave masculina. En este sentido, el estudio de Miller (2010) sobre la barbacoa refleja cierta tradición en definir algunos espacios domésticos como ampliamente masculinizados. De hecho, el imaginario masculino sobre el asador, la carne y su consumo permite poner en evidencia que los varones tienden a crear sus propios espacios de la casa marcadamente distintos de los espacios femeninos. Así, la existencia de espacios masculinizados en el ámbito privado permite que los varones puedan desarrollar relaciones de identidad con los lugares domésticos. Dicho de otro modo, los varones comienzan a desempeñar en los espacios privados actividades especialmente masculinizadas, en tanto que responden a unos rasgos propios que tienen que ver con la condición física o manual, como el cambio de mobiliario, la reparación de pequeños o grandes electrodomésticos, el arreglo de enchufes, cables o sistemas de seguridad, la restauración de dispositivos eléctricos como puertas, y todo aquello relacionado con el mundo del motor y de la mecánica (Gelber, 1997). El desarrollo de estas prácticas de género masculino permiten a los varones tomar parte del espacio privado y compartir lo doméstico sin perder su posición de proveedor y protector con respecto al resto de la familia.

Por otra parte, los ámbitos privados cumplen con la labor del descanso del guerrero (Subirats, 2020). En estos espacios, los hombres pueden encontrar la calma, la seguridad o el confort que necesitan para aliviar las altas tensiones producidas en los espacios públicos o sociales. De este modo, el alejamiento del escrutinio público, la distancia de las exigencias laborales y la ausencia de normas de género masculinas ligadas a la puesta en escena de los atributos de la masculinidad tradicional, dotan de especial importancia a la vida privada (Delgado, 2019). No obstante, esta posición

de descanso masculino no hace más que revalidar los preceptos hegemónicos de masculinidad tradicional, en tanto que los hombres acostumbran a entender el espacio privado como núcleo prioritario para su descanso, sin tener en cuenta la largas jornadas laborales de sus parejas en los hogares. De hecho, según estudios recientes, las mujeres dedican a las tareas domésticas 11 horas más que los varones, si bien ellos parecen limitarse a aquellas actividades especialmente masculinizadas, como son las pequeñas reparaciones en casa (Julià y Escapa, 2021).

Por último, en el marco de los espacios domésticos, merece especial atención el trabajo realizado por Gorman-Murray (2008), en tanto que analiza la intersección existente entre el hogar, la domesticidad y las masculinidades de las sociedades occidentales. Desde este punto de vista, este autor distingue dos conceptos diferentes: *masculine domesticities* (domesticidades masculinas) y *domestic masculinities* (masculinidades domésticas). Por una parte, el concepto de domesticidades masculinas (*masculine domesticities*) remite al proceso de cambio reciente vivenciado por los varones con respecto a las prácticas domésticas. En este sentido, los diferentes discursos de género establecidos alrededor de los espacios privados, cada vez más son conducidos desde un sentido diverso y fluido. Por consiguiente, la relación entre los hombres y lo doméstico parece estar modificando el discurso tradicional de la división sexual del trabajo (Eslén-Ziya, Okman y Bolak, 2021)

Por otra parte, el concepto de masculinidades domésticas (*domestic masculinities*) pone en evidencia el proceso mediante el cual las masculinidades son reconfiguradas por medio de las prácticas domésticas y la relación que los varones establecen con los espacios privados (Gorman-Murray, 2008). No obstante, la masculinidad doméstica no se crea en oposición con respecto al modelo de masculinidad hegemónica, sino en paralelo con las órdenes de género, que remiten a los patrones de relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres. Desde este punto de vista, los varones se encuentran ante una situación especialmente compleja, puesto que para crearse a sí mismos como hombres dentro del hogar, deben generar una identidad propia con diferentes rituales de paso. Pese a ello, es cierto que las masculinidades domésticas permiten desafiar las normas tradicionales de género y sus construcciones espaciales, transformando así la especialización del poder y las definiciones de lo masculino y lo femenino. Por tanto, el espacio del hogar se muestra como ámbito de

especial importancia en la medida en la que los hombres pueden negociar modelos alternativos de masculinidades basados en la expresión de sentimientos y emociones, así como comprometidos éticamente con el trabajo doméstico y el cuidado de personas dependientes (Eslén-Ziya, Okman y Bolak, 2021).

❖ Los espacios públicos

Tradicionalmente, el papel masculino vinculado al espacio público o social incorpora diferentes elementos culturales, económicos, políticos o educativos que permiten reafirmar los preceptos del modelo hegemónico de masculinidad tradicional. En este sentido, la forma en la que los hombres ocupan los espacios físicos y verbales en las sociedades occidentales, si bien detentan la muestra de privilegios por parte de los hombres, también desvelan las vulnerabilidades ante las que se encuentran sometidas las mujeres (Marañón, 2020). Desde este punto de vista, diferentes teorías feministas ponen en evidencia diversos términos que permiten clarificar la invasión de espacio que los hombres ocupan en detrimento de las mujeres, a saber: el espacio físico (*manspreading*), el espacio verbal (*mansplaning*) y el espacio del conocimiento (*manterrupting*) (Marañón, 2020).

Por una parte, en el espacio físico, el *manspreading* es una expresión que deriva del inglés y no tiene una adaptación directa al castellano (unión de “*man*” hombre y “*spreading*” extensión). Su traducción, entendida como «despatarre masculino» hace referencia a la apropiación, por parte de los hombres del espacio físico ajeno en diferentes lugares públicos, como por ejemplo, cuando van sentados con las piernas abiertas en un tren o autobús ocupando el espacio de la mujer que tienen a su lado (Marañón, 2018; Salazar, 2019a). Este nuevo concepto ha generado numerosas controversias. De hecho, mientras que en los metros de Estados Unidos, Japón, Australia y España se comenzaron a impulsar campañas contra este hecho, otros muchos varones criticaron este concepto debido a que centraba el problema solo en los hombres. Así, en contraposición al *manspreading*, diferentes miembros de la sociedad civil empezaron a popularizar el término *shebagging* (unión de “*she*” ella y

“*bagging*” embolsada”) que remite a la práctica que realiza una pasajera en un transporte público cuando coloca un bolso en el asiento de al lado, negándose a otro pasajero (Jane, 2017; Ringrose y Lawrence, 2018).

Por otra parte, en el espacio verbal, el *mansplaining* (unión de “*man*” hombre y “*explaining*” explicación) define la acción mediante la que un hombre explica algo a una mujer de forma paternalista, sin tener en cuenta que su interlocutora puede poseer igual o mayor conocimiento que él sobre el tema específico que tratan, o bien considerando irrelevante su experiencia personal (Fortún, 2017). Dicho de otro modo, se trata de un fenómeno a través del cual se produce el silenciamiento de las mujeres porque, independientemente de lo que conozcan sobre un tema, se da por sentado que cualquier hombre tiene mayor conocimiento sobre ello y por tanto, son los varones quienes deben explicar las cosas a las mujeres. Esta situación sucede habitualmente porque en las sociedades patriarcales, la racionalidad, el conocimiento y la autoridad están asociadas con lo masculino; mientras que, por contrapartida, lo femenino se encuentra vinculado con la ausencia de racionalidad. Es más, la voz de las mujeres aparece infravalorada en el imaginario colectivo y también carece de autoridad como conocedoras de cualquier asunto de interés público (Ranea, 2020).

Mansplaining es una palabra relativamente nueva. De hecho, se empezó a utilizar desde comienzos de 2008 a raíz de un artículo en el diario *Los Angeles Times* escrito por la pensadora feminista Rebecca Solnit. Así, la mezcla de ironía, complicidad entre mujeres y humor, recogida en una sola palabra, ha propiciado su rápida utilización en diferentes medios de comunicación social (Fortún, 2017). La clave para que los *mansplainers* (hombres que explican cosas) no presenten atención al hecho de que las mujeres también tienen opinión propia sobre las cosas reside, concretamente en sus cerebros y en cómo estos han aprendido, por medio de la socialización masculina, a presuponer que lo que ellos dicen o explican es más importante, inteligente e infinitamente más interesante que las aportaciones que pueden hacer las mujeres. Con todo ello, no es difícil imaginar a ese hombre exultante en medio de su monólogo. Una mezcla entre el padre protector, el profesor guiando a la alumna perdida o el seductor de mujeres desplegando toda su soberbia para dar una lección y, de paso, conquistar el próximo trofeo (Lozano y Méndez, 2020).

Los Mansplainers están por todos lados y, faltaría más, en la política son numerosos los casos en los que los hombres nos lo han explicado. Recordemos a Alberto Ruíz Gallardón que, en su intentona por reformar la ley del aborto, explicaba a las féminas del congreso contrarias a la reforma que «la libertad de maternidad hace a las mujeres auténticamente mujeres». Fíjate, y las congresistas desconociendo hasta ese momento lo que auténticamente les hacía mujeres. Por su parte, el eurodiputado del Partido Popular, Arias Cañete, exponía de forma paradigmática el «Mansplaining» tras su debate electoral contra la socialista Elena Valenciano cuando dijo literalmente: «El debate entre un hombre y una mujer es muy complicado porque si hace un abuso de superioridad intelectual, o lo que sea, parece que eres un machista que está acorralando a una mujer indefensa (...). Si en tu intervención aparece que pudiera ser superior, se puede considerar machista». En definitiva un pobre hombre que no pudo explicárselo a Valenciano para que no lo tacharan de «mansplainer». Es dura la vida de los hombres que te explican cosas (Saranova, 2016, como se citó en Fortún, 2017, p. 292).

Por último, en el espacio del conocimiento, el *manterrupting* es un término inglés que sirve para definir la interrupción voluntaria, constante e innecesaria que los hombres realizan mientras las mujeres hablan o proyectan un discurso en el trabajo. Esta actitud masculina remite a una infravaloración de las mujeres por razón de sexo, ya que se las interrumpe por considerar su opinión de menor valor (Marañón, 2018). En el ámbito profesional, el *manterrupting* aparece con frecuencia y puede dar lugar a numerosos conflictos laborales, entorpeciendo la participación de las mujeres en espacios sociales sumamente masculinizados, como puestos de responsabilidad en el sector empresarial, en la política, en los lugares de poder o en diferentes ámbitos de la sociedad en general (Och, 2020; Joyce et al., 2021).

❖ Los espacios semiprivados

En líneas generales, los espacios semiprivados son espacios intermedios, parcialmente delimitados, que contienen características de los espacios públicos (exposición, apertura a lo nuevo, diversidad, dispersión, e incapacidad de asumir el control de todo), y los espacios privados (intimidad, convivencia con lo familiar, descanso o

reposo de lo social, y tranquilidad). En lo que respecta a los trabajos elaborados en relación con las masculinidades y los ámbitos semiprivados, cabe destacar los espacios de ocio en los que se reproducen dinámicas de socialización de género masculino, como los bares; así como los espacios en los que se pretende consolidar una imagen del hombre tradicional adaptado a los imperativos estéticos actuales, como los gimnasios (Delgado, 2019). Aún a riesgo de caer en la imprecisión, ambos espacios semiprivados remiten a diferentes prácticas individuales en las que las representaciones del cuerpo son fundamentales, en tanto que refuerzan la idea de que los hombres deben mostrarse como dominantes y activos, mientras que las mujeres adornan sus cuerpos para mostrarse disponibles como objetos de consumo y conquista. Lo curioso de estas prácticas es que no se realizan solo en relación con las mujeres, sino que también se practican con la finalidad de obtener reconocimiento propio ante la mirada de otros hombres. Es más, en estos espacio de homosocialidad masculina, se suele poner en práctica rituales colectivos de competencia y cacería (Delgado, 2019; Ranea, 2021).

4.5. Masculino virtual: el análisis del consumo masculino en el mundo digital

La tecnología, al igual que otros muchos espacios físicos y reales, no es neutra, sino que también está imbricada en lo social, de manera que en el espacio online también se reproducen muchas de las dinámicas de poder que los hombres perpetúan en el espacio público y privado. Dicho de otro modo, en el mundo virtual, también se pueden atisbar prácticas de dominación masculina. El patriarcado se virtualiza a través de los propios hombres convertidos en usuarios de distintas plataformas, blogs y redes, y los mecanismos de dominación, que reproducen los valores machistas pre-existentes en las sociedades patriarcales, pasan a ocupar espacios de notoriedad en el mundo digital (Ranea, 2021).

En el intento de establecer un acercamiento a las diferentes redes sociales que habitan el espacio virtual, se pueden observar dos perspectivas contrapuestas entre sí. Por un lado, cabe destacar el potencial de las redes sociales para la lucha del movi-

miento feminista, en tanto que permite movilizar e intercambiar información de manera instantánea entre las propias activistas, así como congregarse a las mismas mediante la creación de diferentes plataformas de actuación (Varela, 2020). En este sentido, si bien las mujeres han permanecido invisibilizadas en muchos sectores de la sociedad global, la participación de las mismas en el ámbito de las tecnologías de la información y de la comunicación apunta a un proceso creciente de feminización de Internet (Crosas y Medina-Bravo, 2019). En consecuencia, Varela (2019b) indica que se puede comenzar a hablar de una potente corriente de pensamiento, el ciberfeminismo¹⁴, consolidado con el propósito de articular respuestas a los planteamientos feministas, así como mostrar sororidad desde diferentes contextos virtuales que pretenden enriquecer la lucha de este movimiento ante la magnitud global de los preceptos patriarcales. En este sentido, las reivindicaciones feministas ya no se entienden sin la proliferación masiva de *hashtags* que permiten difundir mensajes de denuncia en redes. Etiquetas como #NiUnaMenos, #MeToo, #YoSíTeCreo, #Si-

¹⁴ El término ciberfeminismo comienza a aparecer en la década de 1990 desde diferentes planteamientos teóricos (Varela, 2020). De una parte, en 1991, el colectivo australiano VSN Matrix lanza el *Manifiesto ciberfeminista para el siglo XXI*, mientras que, de otra parte, la teórica cultural inglesa Sadie Plant propone en 1995 una primera definición del mismo en la que lo caracteriza como una cooperación entre mujeres, máquinas y nuevas tecnologías (Romero-Sánchez, 2014). Pese a ello, el actual imaginario ciberfeminista se asienta sobre el *Manifiesto para cyborgs* que Donna Haraway publica en 1985, en tanto que incita a entrar en un universo transfronterizo sin géneros. Desde esta perspectiva, el ciberfeminismo comprende diferentes ramas de pensamiento que interceden en beneficio de la sociedad: la creación, la información alternativa y el activismo social. Así, el ciberactivismo social en su doble vertiente de movilización y de contrainformación e información alternativa ha posibilitado numerosas movilizaciones de los feminismos en las últimas décadas — desde la marcha contra el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, hasta el Tren de la Libertad en España, la campaña de oposición al presidente Bolsonaro, el movimiento #MeToo— y la huelga feminista del 8 de marzo de 2018 (Varela, 2020). En cualquier caso, el origen de esta rama del ciberfeminismo se ubica en la Asociación para el Progreso de las Comunicaciones (<https://www.apc.org/es>), una red internacional de organizaciones de la sociedad civil fundada a comienzos de 1990, y que en 1992 iniciaba el programa Apoyo a Redes de Mujeres de APC (APC-PARM) en el intento de utilizar las nuevas tecnologías de la información y la comunicación para el empoderamiento de las mujeres en el mundo (Varela, 2019b).

NosMatanAUnaNosMatanATodas, #8M, y un largo etc., cobran, cada vez más, especial sentido, si bien pretenden poner en evidencia la importancia del calado social del feminismo en las sociedades occidentales (Ranea, 2021).

En contraste, desde un punto de vista negativo o conservador, cabe destacar la ocupación de las redes sociales por parte de numerosos varones que reproducen conductas de reiteración o resituación de la masculinidad patriarcal. El contexto virtual, por tanto, parece recrear espacios de dominio exclusivo masculino, en la medida en la que pretenden reafirmar los valores sobre los que se sustenta la masculinidad tradicional mediante el uso de la ciberviolencia antifeminista (Ging y Siapera, 2019). Este empleo de la violencia digital se materializa por medio de prácticas como la violencia verbal y sexual en redes sociales, las amenazas de violación o de muerte, el desvelamiento al resto de usuarios de los datos personales, y la sexualización de las fotografías a través de su modificación digital (Jane, 2017). Tal como sostiene el informe realizado por la organización *Battered Women's Support Services*:

En muchos sentidos, esta violencia es la misma que otros tipos de violencia contra las mujeres, ya sea el abuso físico, o la agresión sexual, en el sentido de que la violencia se esgrime como una herramienta para controlar y tener poder sobre las mujeres, para mantener el dominio de los hombres sobre las mujeres como clase, y para reforzar las normas, los roles y estructuras patriarcales (West, 2014: 2).

West (2014) indica que existen diferentes características que hacen posible que se manifieste la ciberviolencia contra las mujeres en el espacio virtual. La primera de ellas remite al anonimato online, es decir, a la posibilidad de mentir para crear un perfil o mostrar una identidad completamente falsa sin mostrar, a duras penas, cualquier tipo de información personal verídica. Como consecuencia, la poca información aportada para la creación de un perfil virtual se traduce en una mayor impunidad para el agresor (Marlin-Bennett y Thornton, 2012). La segunda característica hace referencia a la facilidad con la que se puede acceder a la información a gran escala. En contraposición al anonimato online, pero en sintonía con las paradojas y contradicciones del mundo virtual, Internet comprende una auténtica fuente de información sobre cualquier persona. En este sentido, basta con introducir un nombre

en cualquier buscador virtual y, de manera inmediata, suelen aparecer diferentes enlaces vinculados con información de esa persona. De la misma manera, el espacio virtual permite compartir información y material multimedia sin ningún tipo de coste, lo que hace que su uso se extienda con el envío de información propagandística, cargada, en la mayoría de las ocasiones, de tintes violentos, misóginos y homofóbicos (Crosas y Medina-Bravo, 2019). Por último, la tercera característica a destacar es la permanencia digital, es decir, la dificultad para borrar y eliminar cualquier tipo de documento o información una vez que ha sido subida en el entorno virtual. Con todo ello, es importante tener en cuenta que el ciberespacio puede contener información que, de un modo u otro, influya en la reputación laboral o social de una persona (Pedraza et al., 2011). En consecuencia, es probable que el acto de odio o violencia dirigido a una persona persista de manera constante en el mundo virtual, y genere consecuencias a largo plazo (West, 2014).

En lo que respecta a sus formas de manifestación, la ciberviolencia contra las mujeres comprende un conjunto extenso de acciones variadas. Desde este punto de vista, Crosas y Medina-Bravo (2019) identifican seis procedimientos de agresión: a) el «*hacking*», es decir, el acceso ilegalmente a sistemas informáticos de otras personas con la finalidad de adquirir o modificar información personal, así como difundir material explícito que pueda denigrar, humillar u ocasionar daño moral a las víctimas; b) el robo de identidad, que consiste en asumir la identidad de otra persona sin el consentimiento expreso de la misma, en el intento de obtener información privada, y utilizar esta información para crear documentos o imágenes fraudulentas y difundirlas por la web; c) el ciberacoso¹⁵, también denominado también *ciberacecho*, «cy-

¹⁵ El ciberacoso que las mujeres reciben en internet, derive de una u otra motivación y se exprese de modo machista o no, tiene detrás a un hombre machista, a un hombre misógino que detesta a las mujeres. Poco importa si la acosada está hablando de fútbol, de baloncesto, de cocina o de ganchillo, el caso es que existe ese machismo y ese ciberacoso porque la sociedad deviene marcada por la misoginia y por el factor del sexo. De hecho, mientras que las mujeres suelen utilizar pseudónimos o perfiles incompletos, los hombres atacantes muestran su nombre completo, su verdadera foto, su biografía o el lugar en el que trabajan para sentir su propia impunidad. Así, el ciberacoso no solo afecta de manera personal a la mujer que empieza una conversación en internet, sino también a todas aquellas mujeres que conversan o responden en un chat a la primera (Barbijaputa, 2020).

berstaling» o «*ciberbullying*»; d) el «*spamming*», que consiste en contactar, amenazar, molestar e intimidar de manera repetitiva y continuada por medio de llamadas telefónicas, mensajes de texto, y comentarios en diferentes redes sociales; e) el reclutamiento, que pretende captar a víctimas potenciales mediante comentarios en publicaciones, anuncios falsos, y chats; y f) la distribución maliciosa, donde se manipula y difunde material ilegal y difamatorio, como fotografías o propaganda violenta sobre uno o varios sujetos (Crosas y Medina, 2019).

En el intento de profundizar aún más en el caso de la ciberviolencia, también aparecen diferentes terminologías empleadas específicamente para distinguir entre los diferentes actos ciberviolentos. Desde este punto de vista, aparecen los términos «*flaming*» y «*outing*». De un lado, el «*flaming*» pone en evidencia el hecho de enviar mensajes provocadores e insultantes. El contenido de estos mensajes tiende a provocar emociones de rabia, temor, inseguridad y humillación en la persona que los recibe (Sahin, 2012). De otro lado, el «*outing*» describe la acción de compartir información o material embarazoso sobre otras personas sin haber tenido en cuenta previamente su consentimiento (Burke-Winkelman et al., 2015). En el caso de que se comparta información o material de contenido sexual explícito, se hace referencia a «*revenge porn*». En España, el revenge porn es un delito castigado por la ley y es considerado una forma de violencia sexual, en tanto que se comparten imágenes privadas del cuerpo de la mujer. Los daños que ellas experimentan son irreversibles en muchos casos, puesto que además del abuso de la confianza y la privacidad, se violan sus derechos a la autonomía y expresión sexual (McGlynn et al., 2017).

4.5.1. Hegemonía digital: las masculinidades de la manosfera

El término o la expresión en línea «*Manosphere*», traducido al castellano como «hombresfera», «manosfera» o «androsfera» comprende diferentes grupos online

de varones que promueven rasgos idiosincráticos relacionados con el masculinismo¹⁶ y el antifeminismo, en tanto que enfatizan un modelo de masculinidad caracterizado por la hostilidad hacia las mujeres, la opresión del feminismo y una misoginia exagerada (Ranea, 2021). De hecho, muchos de sus adeptos, vinculados políticamente con la extrema derecha y la derecha alternativa indican que los roles de género tradicionales suponen fuertes costos y cargas para los varones (Petrocelli, 2021).

El término *manosfera* aparece por primera vez en Blogspot desde comienzos de 2009, y es utilizado por diferentes hombres activistas del movimiento por los derechos de los hombres. En concreto, el contenido web se encuentra dirigido casi exclusivamente para los varones, en particular, a aquellos que comparten el propósito de ampliar una mirada antifeminista al resto de varones de las sociedades patriarcales. Para ello, promueven el acoso en línea, los tiroteos masivos, los atentados terroristas y numerosos actos de violencia que atentan de manera punitiva contra las mujeres. En palabras de Rodríguez (2020, p.156) los hombres que acceden con frecuencia a la *manosfera* son:

Socialmente torpes, adolescentes amantes de los videojuegos, divorciados amargados y milenials educados en la Ivy League que sienten que las mujeres no les muestran el respeto y la admiración que merecen. Se trata de hombres que afirman ser altamente exitosos atrayendo compañeras sexuales, pero a la vez odian a las mujeres. Mayoritariamente, son blancos. El viejo argumento racista, de que los negros están llevándose a nuestras mujeres aparece de manera regular. Hacer pasar por racional lo irracional, intoxicar el lenguaje y distorsionar conceptos que siembren

¹⁶ El masculinismo es un movimiento antifeminista, basado en la afirmación de la superioridad de los varones sobre las mujeres, por lo que justifica y promueve su dominación. Su discurso público se sostiene en la necesidad de reivindicar los preceptos hegemónicos del modelo de masculinidad patriarcal, para así volver a los roles de género tradicionales (Bard y Magallanes, 2018). Dicho de otro modo, este movimiento da por garantizado la existencia de una diferencia fundamental entre varones y mujeres, asume heterosexualidad como norma social, acepta la división sexual del trabajo sin ningún tipo de cuestionamiento, y sanciona la política y el rol dominante de los varones en las esferas públicas y privadas. (Brittan, 1989).

dudas para así crear caos y confusión son técnicas de propaganda habitual de la ultraderecha, territorio donde se mueve con soltura la misoginia de esta hombresfera. Sus usuarios, además, participan constantemente en foros de alt-right y libertarios reaccionarios. Aunque a sí mismos se entienden como víctimas, no lo son... pero sí lo son: también ellos son perdedores radicales, y a la vez constituyen una lacra.

Efectivamente, es complicado resumir o sistematizar todos los contenidos de esta red informal de hombres masculinistas, no solo por la diversidad de temas o cuestiones que abordan en el mundo digital, sino porque, además, es casi imposible encontrar desavenencias entre las diferentes corrientes de pensamiento de la manosfera respecto a cómo solventar los problemas que afectan directamente a los varones. En cualquier caso, los temas que abordan comprenden desde el mejoramiento personal hasta técnicas de seducción, pasando por planteamientos filosóficos, religiosos, políticos, educativos y económicos contra las sociedades actuales, al tiempo que funcionan como foros de intercambio o comunidades. Así, todo el material de la manosfera se columna en una postura de reacción antifeminista que se presenta de una manera articulada, organizada y bien estructurada, incluso con un lenguaje coherente y un glosario propio que intenta ser novedoso, preciso y original. Dicho de otro modo, los hombres de la manosfera elaboran un discurso selectivo y racional con respecto a la posición actual de mujeres y hombres en la sociedad, sus desventuras, e incluso unos valores tradicionales, cuyo resurgimiento se fundamenta y alienta cada vez más (Petrocelli, 2021).

Se oferta una visión cínica y misógina, de rechazo a las relaciones afectivamente responsables, que no hace más que denunciar la vigencia implícita de los modelos del amor romántico masculino que, quizá, no se han deconstruido con la misma profundidad que los de las mujeres, pues tal vez aún falte visibilizarlos y tomarlos como campo de trabajo, crítica y prevención. Modelos de amor romántico basados en las ideas de propiedad sobre los cuerpos, del valor de las mujeres en función de su virtud y moral sexual, y de la expectativa de respeto reverencial y retributivo que los varones merecerían por entregar su libertad y su fuerza de trabajo en una relación duradera. El mensaje androsférico para ser el siguiente: “No es que tus paradigmas

patriarcales estén mal, sino que a causa del feminismo ya no quedan mujeres que valgan la pena” (Petrocelli, 2021, p.210).

En el intento de conocer el discurso narrativo de la manosfera y sus términos, una vía práctica puede ser comenzar con la referencia a la película estadounidense de ciencia ficción *The Matrix* (1999), en la medida en la que esta grabación ocupa un lugar central en el relato de la manosfera. En esta película, la humanidad ha sido esclavizada por máquinas, que obligan a los seres humanos a transcurrir su existencia conectados, de manera permanente, a un programa informático que crea en ellos un mundo ilusorio (la Matriz), mientras que, en la realidad, han comenzado a ser vampirizados y mantenidos en estado vegetativo, sin ninguna conciencia de esclavitud (Petrocelli, 2021). Para intentar solventar esta situación, el héroe de la película, Neo, se muestra en una coyuntura dramática: él es quien deberá elegir entre permanecer conectado a la Matriz, en un estado artificial de conciencia y habitando el mundo ficticio diseñado por el programa, o por el contrario, despertar a la realidad e intentar cumplir su sueño de derrotar a las máquinas y liberar a la humanidad de la dura represión impuesta por las mismas. Esta difícil decisión aparece representada por la opción de dos píldoras: la píldora azul (*Blue Pill*) que representa la vuelta al sueño de la Matriz, y la píldora roja (*Red Pill*), que incita al despertar del sueño y volver a las horribles verdades de la vida (Van Valkenburgh, 2021).

Esta escisión entre el mundo artificial, caracterizado por la dominación informática, y el mundo real de liberación, basado en las vivencias de una vida horrible, es fundamental en la terminología y en todas las narrativas de la manosfera; sobre todo, en la medida en la que todos los varones actuales, lo sepan o no, se encuentran sometidos en sus vidas ante la elección de una de las dos pastillas. Así, según el relato de la manosfera, la píldora azul (*blue pill*), representa a aquellos varones que deciden vivir en el mundo real, cuyo proyecto de vida está dirigido a casarse con una mujer y formar una familia. Estos hombres han sido educados en la creencia de que las mujeres sufren discriminaciones como consecuencia de las desigualdades estructurales impuestas por el patriarcado. De hecho, los varones de este mundo azul elaboran un discurso políticamente correcto de tipo progresista, donde la tolerancia

y el reconocimiento de los derechos de las minorías étnicas aparecen constantemente retratados (Petrocelli, 2021). Si bien es cierto que los varones de la píldora azul viven en un mundo caracterizado por la presencia constante del patriarcado, para los varones de la manosfera los píldora azul viven en un mundo *ginocéntrico*, es decir, en un espacio cultural, político, económico y social en el que las mujeres son colocadas en un altar e idealizadas como compañeras leales, capaces de retribuir a los hombres buenos por medio del amor genuino (Hodapp, 2017).

Como contrapartida a este mundo de engaño, basado en un condicionamiento social destinado a la destrucción de los varones y de las sociedades occidentales en su conjunto, aparece la alternativa de la píldora roja (*red pill*), la pastilla del despertar y del conocimiento real sobre lo que sucede en las actuales sociedades. Así, la píldora roja supone la ruptura y el rechazo de todo aquello que los varones han aprendido de las sociedades actuales con respecto a la posición social que tanto hombres como mujeres ocupan en el entramado cultural. Desde este punto de vista, las mujeres occidentales son presentadas, por lo general, como personas potencialmente engañosas, desleales, materialistas y chantajistas. Sus palabras no apuntan a la razón o a la verdad de la situación actual, sino que intentan resolver todos los conflictos que se les presentan de manera favorable a sus intereses, siempre vinculados a su validación personal y a su comodidad (Petrocelli, 2021). Así, el comportamiento de las mujeres apunta siempre a la *hipergamia*¹⁷. Este concepto, procedente de diferentes observaciones de la etiología en el reino animal, se define como la tendencia que predomina en las mujeres para buscar a una pareja de status mayor al propio, bien sea en términos económicos, por el atractivo físico o por la posición de mayor reconocimiento público y social.

Hodapp (2017) indica que la manosfera comprende diferentes sitios web y foros en línea relacionados con la masculinidad y los problemas de los hombres, en concreto,

¹⁷ En la subcultura de la manosfera, la hipergamia es definida como el impulso innato (y la voluntad) de toda mujer que le permite acostarse con un hombre de mayor estatus, diferente al hombre con el que mantiene al mismo tiempo una verdadera relación sentimental. Desde este punto de vista, muchos de los hombres de la manosfera piensan que el novio o el esposo de la mujer hipergámica nunca podrá ser su primera opción en la vida (www.mgtow.com)

cabe señalar aquellos que, por su repercusión social y mediática, consiguen de manera creciente numerosos adeptos. Pese a que todas las comunidades que componen la manófera comparten el mismo propósito o una narrativa en común, existen diferentes niveles de radicalización entre sus agrupaciones. Desde este punto de vista, en un primer lugar más moderado, en el que se parte de la propuesta de superar la posición más visceral de condena o desprecio respecto de la mujer hipergámica, se pueden incluir los contenidos elaborados por los llamados «*PUA, Pick Up Artist*» en inglés, y que se traducen al castellano como “Artista del ligue”; “Artistas de la seducción”; o “Artistas del Levante”. En un segundo lugar, y con un mayor grado de radicalización, se puede ubicar al que, según algunos autores de la comunidad de la manófera indican que es el grupo más importante, a saber: «*MGTOW: Men Going Their Own Way*), traducido como “Hombres que siguen su propio camino”. En tercer y último lugar, en un extremo total de radicalización, comienzan a proliferar los InCels (contracción de “*Involuntary Celibates*”) y que se traduce como “Célibes Involuntarios”.

❖ ***PUAs: Pick Up Artist o Artistas del ligue***

PUAs o *Pick Up Artist* traducido como “Artistas del ligue”, “Artistas de la seducción” o “Artistas del levante” es un término creado en el ámbito virtual de la manófera con el propósito de describir a un hombre especialmente aleccionado para atraer y seducir a las mujeres. Estos hombres constituyen la *comunidad de la seducción*, es decir, una subcultura masculina heterosexual donde se abordan diferentes temas relacionados con el cortejo y la seducción femenina, así como el liderazgo y la superación personal. Bajo este paradigma virtual, los varones se encuentran divididos en tres grupos diferentes: los varones Omega, los varones Beta, y los varones Alfa.

Por una parte, los varones Omega son aquellos que no tienen ninguna oportunidad de conquista con las mujeres, bien sea por la ausencia total o parcial de atributos masculinos, de habilidades sociales, de atractivo físico o de recursos económicos. Esta carencia de habilidades físicas, personales, y monetarias impiden que los mismos puedan acceder con solvencia al mercado sexual (Ging, 2019). Por otra parte,

los varones Beta son aquellos capaces de proveer económicamente a las mujeres, en tanto que pretenden ofrecerles su amor y sus buenas intenciones. De hecho, su estabilidad económica les permite agradar a un elevado número de mujeres, y puede que muchas de ellas caigan rendidas a sus pies por este mismo motivo. Dicho de otro modo, los Beta son los hombres que ingieren la píldora azul, en la medida en la que son expuestos a manipulaciones, engaños y traiciones por parte de las mujeres. De hecho, suelen ser los más buscados en el mercado sexual, dado que, las mujeres pueden obtener de ellos cierta provisión y seguridad (Ging, 2019).

Por último, los varones Alfa encarna un ideal de masculinidad en el que radican de manera exhaustiva las características realmente importantes para el éxito masculino en los diferentes planos de la vida y, en especial, para la conquista de las mujeres. Por lo general, los Alfa son varones independientes tanto desde el punto de vista económico como el afectivo. Dominantes, agresivos y desapegados, pero también sexualmente hiperactivos, conquistadores por naturaleza y especialmente competitivos entre el grupo de pares masculino; intentan alcanzar elevadas cuotas de éxito en un mundo ginocéntrico (Petrocelli, 2021). Así, intentan demostrar que, pese a la premisa formal de igualdad, el relato feminista es engañoso todavía para las propias mujeres. Ellas, si bien abanderan un discurso democrático de igualdad, interiormente no desean alcanzar la misma, puesto que solamente respetan a los varones que no las tienen en cuenta, que las subordinan de un modo u otro, y que no ceden de ninguna manera a sus caprichos, necesidades o intereses personales (Ging, 2019).

Con todo ello, parece que la mayoría de las mujeres suelen estar con varones Beta, en tanto que pueden aprovecharse de los mismos para mantener cierta estabilidad económica y emocional. Sin embargo, con el paso del tiempo, suelen mostrar su disconformidad e insatisfacción, motivo por el que terminan siendo infieles con un varón Alfa, que suscita en las mujeres el deseo sexual gracias a la puesta en escena de actitudes marcadamente masculinas (Bratich y Banet-Weiser, 2019). Desde un punto de vista crítico, las descripciones de los atributos de los varones Alfa, se corresponden en gran medida con los preceptos hegemónicos del modelo de masculi-

nidad tradicional, lo que permite revalidar una concepción devaluada de las mujeres, caracterizadas en el imaginario colectivo como usurpadoras del buen hacer masculino.

“Las mujeres se acuestan con toda una serie de *machos alfa* hasta que alcanzan el fin de su plenitud sexual y entonces buscan *calzonazos beta* para asentar su seguridad financiera” “Tengo amigas que últimamente lo están dejando con sus novios y todas están diciendo que las maltrataban psicológicamente, lo cual es mentira: esto se está poniendo feo, tenemos que hacer algo”. “*Unoítis*: cuando un hombre se enamora de una mujer de la misma forma en que un niño ama a su madre. Está obsesionado con ella, pero no es recíproco”. “Las mujeres feministas necesitan *violaciones correctivas*”. “Hay que acabar con las mujeres. O esclavizarlas para que planchen, cocinen y procreen”. “Estoy harto de ver cómo se sigue la estrategia de Goebbels de repetir una mentira mil veces hasta convertirla en verdad, como lo de que cobran menos por hacer el mismo trabajo que nosotros”. “Los hombres sufren más violaciones que las mujeres” (...) Los entrecomillados pertenecen a lo que se denomina *manosfera*, una red de webs interesadas en el “movimiento por los derechos de los hombres” y en las guías para seducir mujeres (...). Los hilos de debate son una mezcla de rabia y curiosidad: diatribas contra las feministas, consejos sobre cómo masturbarse menos, teorías acerca de por qué las mujeres fantasean con la violación, descripciones de discusiones con parejas, guías para acercarse a desconocidas en la calle y, por encima de todo, planes de ejercicio y dietas (Rodríguez, 2020, p.155).

❖ ***MGTOW: MEN GOING TO THEIR OWN WAY: Hombres que siguen su propio camino***

MGTOW -Men Going Their Own Way (Hombres que siguen su propio camino) es una declaración de autopropiedad, en la que el hombre moderno preserva y protege su propia soberanía por encima de todas las cosas. Es la manifestación de una palabra “NO”. Para ello, desechan preconceptos tontos y definiciones culturales sobre lo que significa ser un “hombre”. No mirar a nadie más para no dar señales sociales. Negarse a inclinarse, servir y arrodillarse para tener la oportunidad de ser tratado como un objeto desechable. Y vivir de acuerdo con sus propios intereses en un

mundo que preferiría que no lo hiciera. En otras palabras, sentido común para los hombres (www.mgtow.com).

Por lo general, los “Hombres que siguen su propio camino” son un grupo de varones que juran dejar de buscar relaciones románticas con mujeres para centrarse en el desarrollo personal y en la preservación de la masculinidad tóxica¹⁸. Considerados como separatistas, pretenden abandonar el orden ginocéntrico¹⁹ (Lin, 2017), al tiempo que alimentan sus masculinidades asediadas con el apoyo de otros hombres de la manófera. En este sentido, se encuentran convencidos de que el feminismo acabará provocando la desaparición de la sociedad actual, y por ello, intentan evitar sistemática y voluntariamente cualquier relación con las mujeres. Así, además de sumar adeptos a un sector ampliamente popularizado en el ámbito virtual, también intentan revertir los postulados del feminismo. Para ello, suelen describir un estado de cosas en el que los varones aparecen como principales víctimas de la opresión de género en un marco social delimitado por los principios del ginocentrismo (Jones et al., 2020).

¹⁸ La masculinidad tóxica comprende aquellos aspectos de la masculinidad hegemónica que fomentan la dominación de los demás y son, por lo tanto, socialmente destructivos. Las inclinaciones masculinas desafortunadas asociadas con la masculinidad tóxica incluyen competencia y codicia extremas, insensibilidad o falta de consideración de las experiencias y sentimientos de los demás, una fuerte necesidad de dominar y controlar a los demás, una incapacidad para nutrir, un temor a la dependencia, una disposición a recurrir a la violencia, y la estigmatización y subyugación de mujeres, gays y hombres que exhiben características femeninas (Kupers, 2005, p.717).

¹⁹ La comunidad de *Hombres que siguen su propio camino* emplea el término ginocentrismo para enfatizar la prevalencia y el dominio del mundo femenino sobre el masculino. Desde este punto de vista, los valores femeninos destacan sobre los valores masculinos en numerosos países de América del Norte y tienden a nombrarse como “países -nizados” subfijo del término “feminizados”. Entre los valores que esta comunidad de hombres considera como ginocéntricos aparecen los siguientes: a) los sentimientos son más importantes que los hechos; b) la sensibilidad es más importante que la verdad; c) la seguridad es más importante que la diversión; d) el compromiso es más importante que la individualidad; y e) los niños todavía no nacidos son más importantes que las personas vivas (www.mgtow.com).

Si bien el MGTOW emplea continuamente el ideario de la píldora roja y la píldora azul (Schmitz y Kazyak, 2016), es la única agrupación que proclama su propia ideología. De hecho, mantienen un manifiesto donde exponen los motivos de su puesta en escena (www.mgtow.com):

- ❖ El objetivo es inculcar la masculinidad en los hombres, la feminidad en las mujeres y progresar hacia un gobierno limitado.
- ❖ En el intento de inculcar la masculinidad en los hombres, hacemos que ellos mismos cada vez más sean autosuficientes, orgullosos e independientes.
- ❖ En vista de la necesidad de inculcar la feminidad en las mujeres, hacemos que ellas mismas puedan ser responsables, atentas y solidarias.
- ❖ Si progresamos hacia un gobierno limitado estaremos trabajando en beneficio de la libertad y la justicia de los hombres.

Así, los varones pertenecientes a esta agrupación intentan evitar a toda costa cualquier relación con las mujeres. Sin embargo, la prostitución aparece admitida, y es incluso alentada entre los grupos de pares masculinos. De hecho, no faltan fantasías con un mundo ideal del futuro en el que las mujeres pueden ser reemplazadas por dóciles robots femeninos. De la misma manera, sienten que el matrimonio los obliga a trabajar de manera exclusiva para mantener a las mujeres que no los respetan, ni los aman. Es más, consideran que después de casarse, van a ser abandonados en cualquier momento sin mayores explicaciones y, si las dan, es mediante falsas denuncias de violencia o de violación sin consentimiento (Petrocelli, 2021). Por consiguiente, en la medida que el feminismo aumente en popularidad, diferentes comunidades, colectivos o agrupaciones como los MGTOW creciendo con el propósito de consolidar un espacio propio en el que los hombres puedan reafirmar los preceptos de la masculinidad tradicional (Jones et al., 2020).

El quid de la cuestión está en que los hombres que eligen la comunidad de *hombres que siguen su propio camino* deben seguir un estilo de vida en el que deben de abs-

tenerse de mantener relaciones románticas con las mujeres y, en algunos casos, también deben de evitar mantener relaciones sexuales casuales (volverse “*monk*” monjes). Sin embargo, gran parte de su diálogo se centra en las mujeres, nuevamente debido al hecho de que deben manifestar su rechazo a las mujeres para pertenecer a la comunidad MGTOW. No obstante, este enfoque adicional en las mujeres dentro de las discusiones de la propia comunidad permite reforzar la ideología MGTOW y la necesidad de grupo. Por medio de la experiencias compartidas por multitud de hombres, las mujeres son calificadas como “perras, putas, zorras, cazafortunas”, en definitiva, mujeres que deben ser evitadas. Por otra parte, el uso constante de estas palabras contribuye a la socialización de un discurso sexista y misógino (Jones et al., 2020, p.1915).

❖ ***InCels “Involuntary Celibates” o Célibes Involuntarios***

Por lo general, el término *Incel* hace referencia a aquellos varones que, como consecuencia de su aspecto físico, son incapaces de tener una pareja y mantener relaciones sexuales. Principalmente, se trata de varones heterosexuales que se encuentran marginados del mercado sexual, enfrentando una situación que es percibida por ellos mismos como de persistente frustración sexo-afectiva, rechazo, soledad y aislamiento (Petrocelli, 2021).

Varones jóvenes, solitarios, con elevadas dificultades sociales, a veces violentos y con ideas muy poco atractivas para las mujeres, sus creencias son confirmadas por el fuerte rechazo que generan en ellas, lo que los lleva a desarrollar una elevada frustración sexual y una imagen de las mujeres a la vez de deseo y de odio. Por ello odian, violentan y, sobre todo, se sienten intelectualmente superiores tanto a las mujeres (culpables de su soledad por rechazar sus avances sexuales y preferir a hombres atractivos pero desagradables y poco inteligentes), como a los hombres sexualmente activos (que restringen sus posibilidades con mujeres) (Isla-Joulain, 2021, p.207).

La comunidad *Incel* es mundialmente conocida por sus constantes demostraciones de odio a través de diferentes comentarios posteados en foros de Internet. Sin embargo, también han llegado a implicar asesinatos en masa (Wilson, 2018). En este sentido, casos como los de Elliot Rodger²⁰ y Alek Minassian²¹, han sido referidos a su relación con estas comunidades (Petrocelli, 2021). Los criterios a los que los *incels* hacen referencia para incorporarse en su comunidad son: ser varón, no tener pareja desde hace mucho tiempo, y no haber mantenido relaciones sexuales a pesar de haberlo intentado de manera incansable por medio de diferentes trucos o técnicas (Morris y Ratajczak, 2019). Pese a ello, lo más interesante de esta comunidad reside en la incorporación de una nueva píldora: la *black pill*, que pretende hacer creer, en el caso de reparto de las pocas mujeres restantes, que los hombres poco atractivos, es decir, los varones Beta, no tienen ninguna posibilidad de triunfar con las mujeres. Dicho de otro modo, la píldora negra pretende poner de manifiesto la toxicidad que adquiere el ideario antifeminista de los célibes involuntarios, caracterizado por el rechazo y el rencor irreconciliable hacia las mujeres en el contexto del feminismo, y hacia un mundo, en teoría, organizado alrededor del respeto por la hegemonía masculina (Zakrison et al., 2019).

²⁰ Los crímenes conocidos como “La Masacre de Isla Vista de 2014” ocurrieron el 23 de mayo de 2014 en Isla Vista (California, Estados Unidos). Su autor, Elliot Rodger, de 22 años de edad cuando murió, apuñaló a dos de sus compañeros de apartamento y a un amigo de ellos que se encontraba en el mismo lugar. Después, cogió el coche y condujo hasta la casa de la fraternidad donde disparó a varios transeúntes que pasaban por allí. Finalmente, murieron siete personas, incluyendo a Rodger, y otras trece resultaron heridas. El día anterior a la masacre estadounidense, Elliot colgó en Youtube un vídeo titulado “*Elliot Rodger’s Retribution*” (22 de mayo de 2014) donde decía lo siguiente: “Tengo veintidós años y sigo siendo virgen. Nunca he besado a una chica. Llevo dos años y medio en la facultad, en realidad más, y sigo siendo virgen. Ha sido tortuoso. La facultad es el momento en que todo el mundo experimenta esas cosas como el sexo y la diversión y el placer. En estos años me he podrido en soledad. No es justo. Vosotras las chicas nunca os habéis sentido atraídas por mí. No sé por qué no os sentís atraídas por mí, pero os castigaré por todo esto. Es una injusticia, un crimen, porque... No sé qué es lo que no veis en mí. Soy el chico perfecto y a pesar de ello os arrojáis a todos esos hombres odiosos en vez de a mí, el caballero supremo. Os castigaré a todas vosotras por ello” (<https://www.youtube.com/watch?v=RxhuFo7iOKg>).

²¹ El incidente conocido como “El ataque a la furgoneta de Toronto” ocurrió el 23 de abril de 2018 en Toronto (Ontario, Canadá). Su autor confeso, Alek Minassian, condujo una furgoneta alquilada de gran tamaño a unos 60 o 70 kilómetros por hora a lo largo del Yonge Street donde mató a 15 personas.

CAPÍTULO 5: LA MÍSTICA DE LAS NUEVAS MASCULINIDADES

Lo más importante que tenemos que aprender es que la masculinidad no es algo con lo que un hombre nazca: la masculinidad se aprende y se construye, y eso es lo que hay que reconducir

(Marañón, 2020, p.60).

La igualdad no es como un príncipe, que todo lo resuelve. La igualdad es un punto de partida para un proyecto de vida.

(De Miguel, 2015, p.87).

El quinto capítulo de la tesis doctoral establece una revisión crítica sobre la creciente popularización del término “nuevas masculinidades” en diferentes espacios académicos, activistas y sociales, establecida con el propósito de nombrar el camino de transformación social que los varones han comenzado a experimentar como consecuencia de los avances promovidos por la lucha del movimiento feminista. Si bien es cierto que los avances consolidados en materia de género han permitido hacer visibles otras maneras de ser hombre distintas al modelo hegemónico o tradicional de masculinidad, la mirada sobre la reflexión de las masculinidades suele plantearse desde una doble perspectiva: de una parte, que los varones acaben insistiendo en una especie de victimización masculina, es decir, que los hombres, en tanto que víctimas del patriarcado, necesitan constantemente de atención y reparación; de otra parte, puede generarse una especie de “mística” de la nueva masculinidad, en la que los hombres, en apariencia estética, ocupan un espacio heroico en la lucha por la igualdad de género, que no hace más que prorrogar el protagonismo masculino como sujeto universal (Salazar, 2019b; Ranea, 2021).

En este sentido, la etiqueta de las “nuevas masculinidades” parece que emerge como una especie de marca que añade prestigio social y mérito a los varones que, haciendo uso de esta estrategia, se reafirman en su posición privilegiada (Azpiazu, 2017). De hecho, esta etiqueta pretende definir una realidad que todavía no existe, y que, con cierto halo de conquista, no abandona actitudes e ideas propias del patriarcado

(Salazar, 2019b). Pese a que el concepto incide en aquello que se quiere reformular, también configura un espacio de comodidad que no deja claro si se apunta a una posición acomodada por parte de los hombres a la nueva situación social, o a una transformación real de los mismos para avanzar hacia sociedades democráticas (Azpiazu, 2017; Sanfélix y Cascales, 2019). En cualquier caso, lo que si es cierto es que para comprender el marco existente de esta estrategia es necesario situar a los hombres sobre tres realidades interconectadas en la estructura social: la violencia de los hombres contra las mujeres, los dividendos patriarcales y la justicia de género.

5.1. Las nuevas masculinidades como maniobra de actuación social: ¿un nuevo planteamiento de la masculinidad desde la propia masculinidad?

Hablar de masculinidad es hablar de relaciones y de prácticas. Las masculinidades no son equivalentes a los hombres; se refieren a la posición de los hombres en un orden de género. Se pueden definir como los patrones de práctica por los cuales las personas (tanto hombres como mujeres, aunque predominantemente hombres) se involucran en esa posición. Las masculinidades son múltiples, complejas y contradictorias. Cambian históricamente y en su producción intervienen mujeres, hombres, adultos y niños (Enguix, 2020, p.38).

En la actualidad, la importancia de los estudios de las masculinidades ha supuesto tanto a escala global como local, poner por primera vez en la historia de las Ciencias Sociales al hombre como un ser marcado por un género, es decir, dejar a un lado al sujeto universal que encarna y representa a la sociedad y pasar a un estudio detallado sobre la masculinidad como una identidad de género que, en tanto construida socialmente, es en consecuencia moldeable o modificable (Sanfélix y Cascales, 2019). No obstante, desde su inicios con la implementación del patriarcado, la masculinidad siempre ha estado condicionada por diferentes patrones ciertamente rígidos que de manera ínfima o minoritaria han sido puestos en duda, salvo alguna excepción histórica (Badinter, 1993; Mosse, 2000; Montesinos, 2002).

En el intento de situar el foco de atención en el análisis crítico de la masculinidad o de las masculinidades en las sociedades occidentales, o si cabe, en el ámbito español, antes que nada, se debe situar la mirada en ciertos ámbitos sociales, políticos, económicos, culturales y educativos en los que todavía predominan un sistema de dominación donde los hombres, en tanto que seres socializados en el género masculino, han impuesto su punto de vista con respecto al modo de ser, de sentirse y de actuar en una sociedad en particular, no solo a ellos mismos, sino también a las mujeres. Pese a ello, es cierto que de un tiempo a esta parte, diferentes autores y autoras especialistas en este tema (Azpiazu, 2017; Bacete; 2017; Lorente, 2020; Sanfélix, 2020; Ranea, 2021 Salazar, 2021) apuntan cada vez más en la importancia de dejar a un lado esa concepción de masculinidad aferrada al poder, al dominio y a la autoridad, y dejar paso a otra masculinidad diferente, alternativa o igualitaria, en tanto que impregnada por los valores del feminismo, necesarios para avanzar hacia sociedades democráticas e igualitarias (Sambade, 2020; Riviere, 2021). En palabras de Cascales y Sanfélix (2020) las masculinidades igualitarias son:

Formas alternativas al modelo hegemónico tradicional de masculinidad que buscan, a través del cambio en las prácticas y la sociedad, producir una transformación real. Buscan abandonar una masculinidad entendida como tradicional y superar la visión androcéntrica y patriarcal del mundo para trabajar por un mundo en equidad e igualdad desde una perspectiva de género masculina. (p.18)

Pese a que las sociedades occidentales no son consideradas como una de las principales versiones extremas del patriarcado, en parte debido a los avances conseguidos por las mujeres gracias a la lucha de los feminismos desde hace décadas, en parte gracias a la lucha del movimiento de liberación homosexual, es evidente que todavía queda camino pendiente por transitar si se quiere que las sociedades alcancen una verdadera igualdad de género. No obstante, el análisis social de la realidad en diferentes ámbitos de actuación, en especial, el campo de lo doméstico, lo laboral, los cuidados, la sexualidad, los cuerpos, o las formas en las que las personas se relacionan, indica que las sociedades occidentales, y en este caso, la sociedad española, todavía arrastra mucho arrastre patriarcal, especialmente

visible por medio de algunos hombres que no creen necesario el cambio (Téllez y Martínez Guirao, 2019). Estos hombres, han llegado incluso en ocasiones a mantener un discurso reaccionario contra el avance de las mujeres, y han tachado de traidores a los hombres que sí que han comenzado a paso lento, a posicionarse a favor de la igualdad de género (García-García, 2019).

Para elaborar un estudio certero sobre esta problemática, cabe señalar, en primer lugar, la aceptación y el uso generalizado, aunque no siempre de la manera más adecuada, del concepto de «masculinidad hegemónica» acuñado por Raewyn Connell (2003), y repensado posteriormente junto con James W. Messerschmidt (2005) en vista de la repercusión internacional que había alcanzado su formulación.

Tal como indican ambos autores:

La masculinidad hegemónica se distinguió de otras masculinidades... No se suponía que la masculinidad hegemónica fuera normal en el sentido estadístico; solo una minoría de hombres podría promulgarla. Pero ciertamente era normativa. Encarnaba la forma más honrada de ser un hombre en la actualidad, exigía que todos los demás hombres se posicionaran en relación con ella, y legitimaba ideológicamente la subordinación global de las mujeres a los hombres [...] Las masculinidades hegemónicas por lo tanto, surgieron en circunstancias específicas y están sujetas a cambios históricos (Connell y Messerschmidt, 2005, p. 302).

La propia autora indica que lo más importante de este modelo de masculinidad reside en la relación jerárquica de dominación que aparece entre los propios hombres, es decir, esta antropóloga plantea la idea de que la masculinidad no es una y única, sino que se encuentra estructurada en una jerarquía de poder entre los propios hombres (Connell, 2020). Desde este punto de vista, existe un modelo de masculinidad que se sitúa en el centro de la misma, la masculinidad hegemónica, y esta define a las demás. Como en cualquier hegemonía, la masculinidad hegemónica se impone de manera invisible, no puede percibirse a primera vista, se establece como medida universal de la normalidad y confiere de sentido común a los hombres.

Este modelo de masculinidad, no es fácilmente alcanzable, pero se convierte en el modelo principal que los hombres deben de seguir para ser reconocidos como seres de autoridad y poder (Connell et al., 2021). Así, la masculinidad hegemónica se convierte en una identidad genérica que reproducir y defender: quien es un hombre y encarna el modelo de masculinidad hegemónica debe, en todo momento y ante cualquier situación cotidiana o adversa, demostrar su posición hegemónica para que su masculinidad no le sea arrebatada (Azpiazu, 2017).

De hecho, es precisamente esta jerarquía de poder la que hace que exista una desvaloración, castigo o violencia hacia otros modelos de masculinidades y diversos hombres que no encajan con ese modelo, como son las masculinidades femeninas, los hombres que no muestran emociones violentas, los hombres que comienzan a sentirse aliados de la lucha del movimiento feminista, los hombres homosexuales que han visto sus vidas reprimidas debido a la imposición jerárquica de la masculinidad hegemónica, los hombres que cuidan de personas dependientes, los hombres que expresan sus sentimientos o emociones en público, los hombres que son conscientes de que la pérdida de sus privilegios los harán más felices y cómodos con la mitad de la población, los hombres de diferentes etnias que se han visto subordinados con respecto al modelo de masculinidad universal del hombre blanco y, en definitiva, todos aquellos hombres que no representan fielmente todos los preceptos y atributos que validan el modelo hegemónico o tradicional de masculinidad.

Como consecuencia de la popularización y extensión de la teoría propuesta por Connell (1997), los estudios de las masculinidades han dedicado buena parte de los mismos a intentar identificar los parámetros que comprenden este modelo, las características del mismo y los mecanismos que emplea para su implementación en las sociedades patriarcales. Los mandatos de la masculinidad, tan teorizados en los últimos años, son la punta de lanza de muchas iniciativas y reflexiones sobre este tema. Así, cada vez más aparecen estudios centrados en el análisis del modelo hegemónico de masculinidad. A modo de resumen, la tabla 4 compendia algunos de los mandamientos que supone aceptar y reproducir este modelo de masculinidad, así como las actitudes o conductas asociadas al mismo.

Tabla 4: Mandamientos/conductas asociadas al modelo de masculinidad hegemónica

	Mandamientos básicos	Actitudes y conductas
1. Individualidad y autosuficiencia	Bastarse y valerse por uno mismo. Destacar como hombre de éxito. Buscar el placer y el poder social.	Autoconfianza, libertad y poder. Individualidad y trascendencia. Producción, prestigio y ambición.
2. Trascendencia y prestigio social	Obtener reconocimiento social. Lograr el éxito y el poder social. Competencia con otros hombres.	Búsqueda del éxito profesional. Éxito y competitividad laboral. Destacar por encima de todos.
3. Trabajador y proveedor familiar	Responsabilizarse de la familia. Priorizar la actividad profesional. Ofrecer protección y sustento.	Ganapán y cabeza de familia. Infravalorar el cuidado familiar. Aplazar el cuidado de la familia.
4. Heroísmo, violencia y fortaleza	Resistir al dolor y dominar la Dominar y ejercer la violencia. Ser poderoso, valiente y luchador.	Búsqueda de hazañas y proezas. Dureza emocional e impulsividad. Heroicidad, valor y atrevimiento.
5. Subordinación y discriminación femenina	Mantener sexo solo con mujeres. Lo doméstico es de las mujeres. No ser afeminado ni homosexual.	La mujer como sujeto en menos. Rechazo a la vida en femenino. Derecho a mayor protagonismo.
6. Masculinidad y heterosexualidad	No relacionarse con las mujeres. Conquistar a muchas mujeres. Distanciarse de homosexuales.	Rol sexual activo y dominante. Demostración real de la virilidad. Gran potencial heterosexual.

Fuente: adaptado de Bonino (2002).

Además de dar cuenta del carácter relacional y jerárquico de los hombre, el modelo de masculinidad hegemónica también otorga un lugar específico a las mujeres. En este sentido, Connell (2003) hace hincapié en que el análisis de la masculinidad hegemónica debe relacionarse del mismo modo, con la feminidad que se espera por parte de las mujeres, y que se construye y representa en función de los imperativos y deseos de los hombres. Es decir, esa feminidad que busca satisfacer al hombre, debe adaptarse a la organización jerárquica del poder masculino, por tanto, las mujeres deben responder, desde una escala inferior o de subordinación a los deseos y necesidades de los hombres. Esta situación se corresponde con la exaltación de algunos valores del modelo normativo de feminidad que, desde la teoría y la investigación feminista, se ha problematizado de manera extensa. En cualquier caso, la masculinidad hegemónica, no hace más que instaurar una jerarquía de poder con respecto a las mujeres, en tanto que las sitúa en una posición de subordinación como estadio propio para las mismas (Ranea, 2021).

Con todo ello, se puede afirmar que la masculinidad hegemónica responde a un modelo de varón que no muestra sus sentimientos, que ejerce autoridad por todos los medios, que hace un uso legitimado por los propios hombres de la violencia, que no mantiene contacto sexual o afectivo con otros hombres, que se pone en riesgo para mostrar su valentía, que hace alarde público de las mujeres con las que mantiene relaciones sexuales esporádicas, que piensa que las mujeres solo intentan cazarlo por su fortuna, que destaca por su trabajo de éxito, y la lista puede continuar durante un dilatado período de tiempo (Bonino, 2003; Marañón, 2020; Martínez Avidad y Pérez López, 2020). En palabras de Azpiazu (2017), la masculinidad hegemónica remite a:

Un modelo altamente nocivo y desagradable, un modelo arquetípico que provoca rechazo: el hombre agresivo, capaz de justificar su superioridad con base en la violencia o viceversa, que ostenta constantemente lo macho(rro) que es; ciclado de gimnasio, chillón, que pasa el día dando collejas a sus colegas, que aborrece a los maricones y mira mal a los negros, que llega el lunes presumiendo del «cacho» que ha pillado el fin de semana y conduce el coche con una mano mientras fuma, bebe y quién sabe si algo más. (p.35)

Los diferentes estudios elaborados sobre la forma en la que se construye y refuerza la masculinidad hegemónica también han contribuido a promover diferentes planteamientos sobre el modelo de masculinidad que, de manera exponencial, los hombres no quieren seguir reproduciendo. En este sentido, se han comenzado a establecer nuevos avances sobre aquellos modelos de masculinidades alternativos, igualitarios, disidentes, despatriarcalizados, o como quieran apodarse, que los hombres han empezado a secundar como consecuencia de los beneficios que les aportan el alejarse de este modelo de masculinidad pernicioso para los hombres. Dicho de otro modo, los estudios realizados sobre la masculinidad hegemónica comprenden, a su vez, la existencia de otros modelos de masculinidades donde los hombres se comportan de manera reaccionaria frente a lo considerado hegemónico y patriarcal (Téllez et al., 2021; Ranea, 2021).

Desde este punto de vista, la reivindicación por otra forma identitaria de masculinidad es encarnada por unos cuantos hombres que pretenden poner en cuestión la hegemonía actual en la forma aceptada de ser varón socialmente, pero a raíz de la puesta en práctica de diferentes cambios sociales, como son la reformulación del modelo laboral, los avances del movimiento feminista, y el cuestionamiento del modelo familiar, entre otros diversos aspectos. Muchas de estas modificaciones son acogidas por la inercia social y otros hombres, no tan conscientes ni cercanos a los postulados feministas, reformularán sus prácticas en clave posmachista (Lorente, 2009). Es en ese preciso momento, de manera reciente, cuando comienza a hablarse en el imaginario colectivo y en el mundo académico sobre las nuevas masculinidades (Azpiazu, 2017), un concepto que, ciertos autores y autoras acotan como confuso, impreciso, vago, e incluso, equívoco (Bacete, 2017; Sanfélix y Cascales, 2019; Salazar, 2019b; Ranea, 2021).

Las preguntas que derivan de este planteamiento, o más bien las cuestiones que rodean a las nuevas masculinidades son muchas y muy complejas. Diferentes autoras y autores han intentado aportar algo de luz en esta línea de estudio, previamente incluso antes de la formación de esta etiqueta, en tanto que destacaron el cambio discursivo de algunos hombres. En este sentido, en el marco español, Pilar Inner (1988) establece una tipología de hombres españoles igualitarios donde aparecen diferentes categorías como: hombres igualitarios exigentes (expresan su

rechazo a la opinión de que el lugar de las mujeres es la familia); hombres igualitarios halagadores (muestran su conformidad con respecto a los valores sociales de cambio, pero añoran la seguridad de los viejos tiempos y no renuncian del todo a ellos por no haber consolidado roles alternativos); hombres igualitarios fatalistas (consideran que las mujeres no ganan nada incorporándose al mundo laboral, y que no por trabajar fuera de casa van a ser más felices); y hombres igualitarios feministas (manifiestan su disconformidad con las injusticias de la sociedad, si bien piensan que es la propia sociedad quien dispensa un trato diferente y discriminatorio a las mujeres). Esta tipología de hombres puede servir de referencia en el contexto español para dar cuenta del proceso que iniciaron algunos hombres en el intento de romper con los mandatos o atributos impuestos por el modelo hegemónico de masculinidad (Inner, 1988).

De manera paralela a este cambio de paradigma, emergen diferentes movimientos o agrupaciones de hombres que comienzan a reflexionar sobre los costes personales que les supone continuar con el ideario impuesto por el modelo hegemónico de masculinidad. Así, numerosos hombres procedentes de sectores medios, comienzan a cuestionar el modelo de masculinidad imperante, y a simpatizar con el feminismo, en tanto que bebiendo de sus teorías y conocimientos, tratan de desmontar los rígidos límites impuestos por los dictados de género masculinos (Bonino, 2003; Sanfélix, 2020). Actualmente, es cuando estos grupos toman más cuerpo, amplían sus fronteras de estudio y, tras contar con el apoyo de ciertos feminismos, se diversifican y visibilizan en el espacio discursivo y de la acción política. En este sentido, muchos de estas agrupaciones convergen, a su vez, con el soporte emergente de los estudios de las masculinidades, y de la mano, ambos campos de actuación inician una disputa por la hegemonía sobre la definición de masculinidad, así como por el valor estratégico que se debe otorgar al propio concepto de nuevas masculinidades (Sanfélix y Cascales, 2019).

Si bien queda reflejado que la construcción y reproducción de la masculinidad hegemónica se presenta como algo negativo para los hombres y que, en diferentes ocasiones funciona más como un exterior constitutivo que como una herramienta de cuestionamiento, las nuevas masculinidades emerge como contrapartida a esa imagen exterior de hombre rudo, fuerte, agresivo y valiente (Azpiazu, 2017). Así, el

concepto de las nuevas masculinidades aparece por primera vez en el mundo occidental durante la década de los ochenta y de los noventa con la finalidad de eliminar las reminiscencias del ideario de masculinidad hegemónica o tradicional (Sanfélix y Cascales, 2019; Enguix, 2020). El discurso elaborado en relación con las nuevas masculinidades parte de la idea de cambio del paradigma patriarcal, de la reforma del binomio esencialista hombre-mujer, y de la participación de los hombres en nuevos espacios que hasta ese momento, eran desconocidos por ellos, en especial, el ámbito de lo privado. Todo ello permitirá que los hombres entren en otro terreno de prácticas y valores acordes con los principios de respeto e igualdad de género (Azpiazu, 2017).

Con todo ello, cabe señalar que la estrategia que se emplea en la búsqueda de un cambio de normatividad masculina no aparece de la nada. Desde este punto de vista, los avances promovidos por el movimiento feminista, las luchas de las mujeres, en especial, de la segunda ola del feminismo, con el cambio en las normas patriarcales relacionadas con el poder y la toma de decisiones de los hombres con respecto a la sexualidad y el cuerpo de las mujeres, erosionaron el binomio hombre-mujer, y pusieron en tela de juicio a cada una de sus partes. En este sentido, mientras que las mujeres comenzaron a ser y sentirse dueñas de sus propios cuerpos, en tanto que seres independientes, con sus propios derechos, los hombres empezaron a renunciar a los privilegios que les otorgaba el patriarcado y que repercutían de manera negativa en ellos mismos (Sanfélix y Cascales, 2019).

En consecuencia, y desde un punto de vista crítico, parece que, de todos los actores presentes en la lucha por la igualdad de género, los hombres heterosexuales han sido los últimos actores sociales en posicionarse a favor de la igualdad y la equidad, si bien han utilizado como estrategia el eslogan de las “nuevas masculinidades” para repensarse en clave igualitaria. De este modo, las nuevas masculinidades apuntan especialmente a aquellos varones cis heterosexuales que no se identifican con los imperativos del modelo de masculinidad hegemónica o tradicional, así como los mandatos o consignas que confiere “un hombre de verdad”.

Tal como indica Azpiazu (2017), las nuevas masculinidades aparecen como marca identitaria abanderada principalmente por;

Un perfil de hombres relativamente identificable —blancos/locales, de clase media, por lo general de ideología progresista por lo general de ideología progresista, heterosexuales y en pareja familia [que] comienzan a plantearse, de manera consciente y voluntaria, que quieren realizar cambios en sus conductas e identidades. (p.43)

Desde este punto de vista, cuando se hace referencia al adjetivo “nuevo” el protagonista es el sujeto que se considera central en una sociedad altamente familiarista, y organizada en función del género, la clase social y la procedencia. Por ende, se puede argumentar que, justamente por este motivo, es importante que las personas que gozan de una posición subjetiva central en la sociedad sean quienes decidan dar un paso hacia la igualdad de género (Azpiazu, 2017).

Creo, efectivamente, que los hombres deben cuestionarse su rol, pero no el nuevo rol sino el tradicional que han venido desarrollando, y no para adaptarlo a las nuevas circunstancias, sino para cambiarlo por completo, por eso no confío en una nueva masculinidad desde y solo con los hombres. Es cierto que deben ser los hombres quienes se posicionen de manera clara contra la desigualdad y la violencia de otros hombres, pero si se hace en nombre de la masculinidad se puede caer en el mismo error de siempre, en la consecución de un mecanismo que contribuya a la modificación de lo existente sin arrancarlo de raíz de las conductas sociales, actuando de nuevo como instrumento para adaptar los elementos de dominación a los tiempos actuales (Lorente, 2019, p.47)

Desde este punto de vista, se comienza a hablar de las nuevas masculinidades desde una perspectiva positiva, empática, capaz de instar a los hombres a identificarse con aquellos aspectos mutilados por ellos mismos al relacionarse de manera intrínseca con las actividades propias de las mujeres. De hecho, se consideraba que con el inesperado nacimiento de las nuevas masculinidades todas las desigualdades estructurales quedaban resueltas (Sanfélix y Cascales, 2019).

La “nueva masculinidad” no se define por oposición, sino por inclusión. La nueva masculinidad trata sobre ser vulnerable, tener una mente abierta y, como dijo Crews, “amar y cuidar a la mayor cantidad de personas posibles”. La nueva masculinidad deja al descubierto los rígidos roles y las expectativas de género y los redefine en nuestros propios términos. Trata de enseñar a las generaciones más jóvenes a pensar sobre su lugar en el mundo, cómo sus acciones afectan a los demás y cómo pueden expresar emociones de una manera saludable (Enguix, 2020, p.41)

Sin embargo, el término nuevas masculinidades genera numerosas confusiones tanto a nivel popular como académico, por cuanto que este calificativo puede conducir a simplicidades y desviaciones con respecto a sus propios planteamientos (Enguix, 2020). En este sentido, se ha comprobado que la potencialidad de lo nuevo en el enunciado de las “nuevas masculinidades” carece de poder hipnótico para los hombres, al menos, para la mayoría de ellos, que no quieren perder sus privilegios en aras de obtener aquello que consideran como abstracciones, en tanto que no son visibles en su potencialidad como hombres (Sanfélix y Cascales, 2019). Asimismo, el adjetivo de lo nuevo también lleva al engaño, dado que desde hace ya 40 años se viene hablando de las nuevas masculinidades y todavía no queda claro que se entiende con este término, y lo que es aún más grave, no se ha conseguido acabar con las masculinidades hegemónicas, dominantes, patriarcales o agresivas (Enguix, 2020). Tal como indica Marqués (2003):

No hay nuevas masculinidades. Lo que hay es la posibilidad real de que los hombres no sean tan brutos como creen tener que ser. El modelo imperante de masculinidad no es biológico, sino social, y está en crisis, felizmente [...] Mi propuesta ha sido siempre que dejemos de preocuparnos por lo que es masculino y lo que es femenino. Que tomemos las cualidades como ofrecidas en un supermercado, que construyamos tantas personalidades, tantas identidades personales como queramos, sin aceptar reducirnos a los dos modelos coactivos que impone la sociedad patriarcal. (p. 208).

Entre tanto, para comprender de primera mano el marco de referencia en el que aparecen la estrategia de las nuevas masculinidades, se deben analizar diferentes

realidades que aparecen interconectadas en el actual escenario de las sociedades occidentales, a saber: a) la violencia de los hombre contra las mujeres, contra otros hombres y contra ellos mismos; b) los dividendos patriarcales; y c) la justicia de género.

5.1.1. La violencia de los hombres contra las mujeres, contra otros hombres y contra ellos mismos

La función protectora de la masculinidad se vincula con el rol del hombre guerrero que siempre ha protegido a los suyos mediante el empleo de la violencia. Esta función conecta con la demostración de poder de los hombres de emplear la fuerza contra las mujeres, contra otros hombres y contra sí mismos. Esto es, la función protectora de los varones se convierte, a su vez, en una función destructora (Ranea, 2021). Tal como indica Subirats (2020), las actuales sociedades no necesitan guerreros en la misma medida en la que en época previas caracterizadas por las contiendas bélicas. En la actualidad, el guerrero aparece como una figura vacía, carente de sentido, sin embargo, la violencia que los varones ejercían en el conflicto bélico continúa manteniendo ese significado simbólico y material como herramienta imprescindible para mantener el poder, y demostrar los preceptos que configuran el modelo hegemónico de masculinidad frente a todos aquellos varones que se sienten amenazados por otros varones, e incluso, por las propias mujeres.

Socializados en un imaginario colectivo que los representa como la excelencia social frente a las mujeres, los hombres encuentran su estabilidad emocional por medio de un modelo de masculinidad que implica poder y control sobre las mismas. En este sentido, la violencia masculina aparece como un recurso dispuesto en la subjetividad masculina para confirmar la hegemonía de género como posibilidad de poder (Sambade, 2020). La violencia contra las personas, la agresión sexual a menores, el tráfico de armas, el abuso de alcohol, el tráfico de drogas y la trata con fines de explotación sexual son actividades ejercidas mayoritariamente por hombres. Estas lacras sociales suelen ser justificadas por medio de diferentes prejuicios populares que indican que los varones son violentos por naturaleza. En

este sentido, si bien algunos estudios indican que podría existir cierta predisposición filogenética de los hombres hacia las conductas agresivas, las investigaciones más destacadas sostienen que los factores socioculturales desempeñan un papel decisivo en el desencadenamiento de conductas violentas. Por tanto, la violencia masculina no es más que el fruto de los hombres socializados por el género masculino en la sociedad patriarcal, empleada de manera circunstancial cuando sienten que han perdido el poder y el control de una situación en particular (Sambade, 2020).

El hecho de que las violencias machistas sean ejercidas por hombres no quiere decir que sea una violencia “de los hombres”, como tantas veces se ha dicho al intentar diluir la responsabilidad de cada uno de los hombres violentos en la condición natural de ser hombre. Esa ha sido otra trampa del machismo, hacer pasar que los hombres son violentos por naturaleza y no por cultura para “echarle la culpa” a la testosterona o el estrés, y así ocultar sus ideas y voluntad en la planificación y desarrollo de las violencias, cada una bajo sus razones y para alcanzar sus objetivos, pero todas ellas enraizadas en las referencias que impone la cultura sobre las identidades de hombres y mujeres (Lorente, 2020, p.110).

En la actualidad, el relato de la violencia masculina contra las mujeres, contra los niños y las niñas, contra otros hombres y contra los animales adquiere magnitudes grotescas. Así lo muestran las diferentes violencias, entre las que se pueden destacar las siguientes (Ranea, 2021):

- ❖ **Las violencias contra las mujeres tienen una función instrumental, ya que su objetivo es el mantenimiento de las relaciones de género en términos de desigualdad**

Violencia contra las mujeres, violencia de género²², violencia machista, o violencia contra las personas que tienen otras ideas o creencias. No importa el adjetivo, el nombre es siempre *violencia* y el *hombre* es siempre su autor (Lorente, 2020). La Declaración de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer pone en evidencia una de las definiciones que más consenso produce en la academia:

Todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado de un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada (<https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/violenceagainstwomen.aspx>).

La cifra de mujeres asesinadas por violencia a manos de los hombres poco ha variado en los últimos años. De hecho, España se sitúa en una media de 60 asesinatos de violencia machista por año. Solo el 28% de las mujeres asesinadas por violencia machista ha denunciado a su agresor, y casi el 68% de las mujeres maltratadas no han denunciado nunca a su agresor (Marañón, 2020). De la misma manera, los datos ofrecidos por la Macroencuesta de Violencia contra la Mujer elaborada en España en

²² La violencia que sufren las mujeres por el hecho de serlo, que tiene sus raíces en la desigualdad, en la discriminación histórica y la ausencia de derechos que estas han sufrido y continúan sufriendo en muchas partes del mundo y que se sustenta sobre una construcción cultural (el género). Ser mujer es ser factor de riesgo. Algunas feministas consideran que la expresión «violencia de género» es demasiado institucional o que oscurece la realidad y prefieren utilizar «violencia contra las mujeres» por ser una expresión más explícita. Quienes eligen «violencia de género» defienden que es la expresión utilizada en algunas leyes —como la española—, y además, con ella reivindican la autoridad del pensamiento feminista, puesto que el desarrollo de la teoría del género y el estudio sobre la violencia contra las mujeres forma parte de su tradición intelectual. Pero especialmente defienden esta expresión porque alude a las causas de la violencia contra las mujeres: la desigualdad, puesto que, como ya explicó Celia Amorós, una sociedad igualitaria ni siquiera produciría la marca género. En cualquier caso, son expresiones prácticamente sinónimas, por lo que ambas se utilizan indistintamente (Varela, 2019a, pp.306-307).

2019 indican que 1 de cada 2 mujeres residentes en España de 16 años o más ha sufrido violencia en algún momento de su vida por ser mujer.

Por otra parte, diferentes plataformas feministas inciden en la necesidad de añadir a las cifras oficiales de asesinatos machistas, los casos de feminicidio íntimos no oficiales, los feminicidios infantiles, los feminicidios por prostitución, los asesinatos de mujeres por odio, los asesinatos de mujeres por violencia económica, así como otros casos que despiertan duda entre los investigadores e investigadoras (Marañón, 2020). Según ONU Mujeres:

Las causas de la violencia contra las mujeres se encuentran en la discriminación de género, las normas sociales y los estereotipos de género que la perpetúan. Hasta la fecha, los esfuerzos para poner fin a la violencia contra las mujeres y 10 niñas se han centrado principalmente en proporcionar respuestas y servicios a las sobrevivientes de violencia. Sin embargo, la prevención (consistente en abordar las causas estructurales y los factores de riesgo y de protección asociados con la violencia) es esencial para erradicar la violencia contra las mujeres y niñas (<https://www.unwomen.org/es/what-we-do/ending-violenceagainst-women/prevention>).

De manera esquemática, la solución al problema que produce las violencias machistas pasa por abordar con profundidad y seriedad sus circunstancias, y ello supone actuar en función de la realidad social que existe en un momento determinado. En este sentido, Lorente (2020) indica que para actuar con eficacia contra las mismas, deben tenerse en cuenta diferentes ámbitos de actuación. De un lado, es necesario trabajar para erradicar el machismo criminal que lleva a actuar a hombres diferentes de manera muy distinta, pero siempre todos contra las mujeres. De otro lado, se deben localizar y abordar los factores de riesgo directo e indirecto para reducir el impacto de los elementos generales y detectar los casos de manera precoz. Finalmente, las diferentes instancias políticas, legislativas, económicas y administrativas deben responder a los casos conocidos por medio de la sanción, la reeducación, el seguimiento y la alerta sobre las víctimas potenciales ante el incremento del riesgo de circunstancias concretas.

❖ **Violencia contra menores, entre la que destaca el tabú del abuso sexual, que es cometido fundamentalmente por hombres adultos, en muchas ocasiones del entorno familiar de los propios menores**

La violencia contra los menores comprende uno de los actos más invisibles o difíciles de detectar. De hecho, los datos de condenas de abusos sexuales solamente ponen de manifiesto una pequeña parte de esa realidad, por cuanto que en la mayoría de las ocasiones, no existe denuncia ni proceso judicial contra los agresores. No obstante, las cifras del Instituto Nacional de Estadística sobre las condenas por agresiones sexuales a menores de edad indican que se trata de una de las caras más deplorables de la masculinidad. Así, según los datos ofrecidos en 2019, 241 hombres fueron condenados por estos delitos (Ranea, 2021).

En España unos 600.000 hombres, según la Macroencuesta de 2011, maltratan a las mujeres con las que comparten una relación. Como consecuencia de esa violencia de género, alrededor de 840.000 niños y niñas viven expuestos a ella sufriendo importantes consecuencias sobre su salud y comportamiento, al normalizar la violencia como una forma de resolver conflictos. De entre esos menores, unos 500.000 sufren además violencia directa, puesto que el padre que entiende que la violencia es una forma adecuada de resolver problemas, también la utiliza contra sus hijos e hijas. Y la convivencia con la violencia de género es tan terrible, que en la última década 44 niños y niñas han sido asesinados por esos padres violentos, y 60 mujeres son asesinadas cada año. Y la inmensa mayoría de estos hombres asesinos son considerados por el vecindario y sus entornos como “muy buenas personas”, “muy cordiales”, “muy buenos padres”, “maridos estupendos”, “grandes amigos”, “vecinos muy atentos y considerados”, “muy trabajadores” ... tal y como muestran las afirmaciones cuando tras un feminicidio entrevistas a la gente que tenía alguna relación con los agresores (Lorente, 2020, pp.111-112).

Pese a las escandalosas cifras, el imaginario colectivo sostiene que los hombres maltratadores no siempre son malos padres de familia. Según estas posiciones machistas, tradicionales y androcéntricas, se puede ser un buen padre y

maltratador, o lo que es lo mismo, se puede ser maltratador y, al mismo tiempo, ejercer una buena paternidad. En el intento de clarificar la asociación que el imaginario colectivo establece entre los maltratadores y los padres, Lorente (2020) plantea algunas razones:

- Los hombres maltratadores levantan un muro entre la madre los hijos/as, como si fueran parte de mundos diferentes. En este sentido, buscan hacer creer que la violencia solo la ejercen sobre la madre, cuando también la aplican sobre los hijos e hijas como parte de sus ideas a la hora de resolver un problema.
- Los hombres maltratadores quieren hacer entender que la violencia es agresión, y que la agresión es solo una conducta física. Por consiguiente, como los golpes solo se los dan a las madres, los menores, dicen, no van a verse afectados por ellos. De la misma manera, no quieren reconocer que la exposición constante a la violencia, es decir, el hecho de vivir en ese contexto de amenazas, gritos, y violencia simbólica, pueden ocasionar más daños que la propia agresión física.
- Los hombres maltratadores y padres de familia intentan hacer creer que una madre maltratada, con todo el daño físico y todas las consecuencias psicológicas que origina la violencia, así como con el pánico que vive al ver que cada uno de esos ataques se puede traducir en una agresión hacia sus hijos e hijas, es capaz de mantener una actitud completamente normal, como si ella misma no sufriera violencia y como si tampoco la dinámica familiar se ve afectada por ese ambiente violento; y d), los hombres maltratadores pretenden que la sociedad civil no se detenga ante los objetivos que ellos mismos buscan, es decir, que las mujeres sean buenas esposas, buenas madres y excelentes amas de casa.

❖ **Impacto en los animales y el hábitat**

En el caso de la violencia contra los animales, la caza de los mismos aparece como uno de los principales rituales masculinos en el que se combina la confraternización y el entretenimiento de los hombres mediante el sufrimiento animal. Además, este ritual de iniciación a la masculinidad permite emplear armas de fuego dentro de la

legalidad estatal (Sanfélix, 2017a). Así, por ejemplo, en Estados Unidos, donde las licencias para el uso de armas están tan extendido, la sociedad norteamericana se enfrenta a un grave problema ante la alta tasa de homicidios cometidos con los dispositivos o armas de fuego (Ranea, 2021).

Millones de mujeres sueñan con un compañero que las ame, las cuide y las respete, y con hijos e hijas sanas y felices. La casa, el coche, el perro: las mujeres quieren el lote completo porque les han dicho que en la familia está la felicidad y el amor más puro. Nada más lejos de la realidad, las estadísticas dicen lo contrario: el nivel de violencia de los hombres contra las mujeres, de las mujeres contra los niños y niñas, de todos ellos contra los animales domésticos es altísimo en todo el mundo. Es en la familia feliz donde los niños sufren mayormente abusos sexuales, violaciones y malos tratos; es en la paz del hogar donde mueren asesinadas las mujeres a manos de sus maridos o exmaridos; es en la familia feliz donde se matan a los animales a golpes (Herrera, 2019, pp. 149-150).

❖ **La violencia de los hombres contra otros hombres**

Los hombres, en tanto que socializados por el género masculino, necesitan seguir unas normas homosociales que son reproducidas y controladas por el grupo de iguales (Badinter, 1993; Marqués, 1997; Herrera, 2020). Pese a que en el imaginario colectivo el sujeto universal masculino ha trascendido en otros modelos de masculinidades diversos o alternativos, los preceptos que configuran el modelo hegemónico de masculinidad tradicional persisten de manera constante en las diferentes estructuras de las sociedades occidentales. En este sentido, la corresponsabilidad en el hogar, los cuidados, el sentirse atraído por personas del mismo sexo, el mostrar debilidad e inseguridad ante determinados momentos o situaciones, el negarse a imponer posicionamientos por medio de la violencia, o la ruptura con las normas tradicionales del cuerpo son condición y causa de penalizaciones y prácticas disciplinarias entre hombres. De hecho, en otros tiempos, se tendía al ocultamiento a las mimas, limitadas a la clandestinidad de los hogares familiares (Sanfélix y Cascales, 2019). Estas prácticas no normativas eran

cuestionadas socialmente. De hecho, las acusaciones por no ser un hombre de verdad se generaban rápidamente por medio del empleo de etiquetas malsonantes como «mariconazo» «calzonazos», «sarasa», «planchabragas», y otros tantos apelativos que todavía remiten a un espacio idóneo para la recepción de una amplia multitud de violencias por parte de los hombres.

Si bien es cierto que la violencia que reciben los varones no es comparable con la situación de subordinación y discriminación en la que viven las mujeres, la existencia de una estrategia discursiva del miedo, fomentada desde la creencia compartida «del qué dirán» y de la mutilación emocional de sentimientos, no han hecho más que limitar la capacidad de los hombres para mostrarse como seres emocionales, relacionales e interdependientes (Salazar, 2019a). En este sentido, el cuestionamiento y la amenaza de repudio continuada hacia aquellos varones que no aceptan o rompen en cierto modo con los preceptos dispensados por el modelo hegemónico de masculinidad, no han hecho más que revalidar la creencia de lo masculino hegemónico como universal, desarticulando, no solo las prácticas igualitarias que pueden circunscribirse en el núcleo privado o familiar, sino también en otro tipo de afectos como es el cuidado de uno mismo y la atracción emocional y sexual hacia otros varones. Así pues, el repudio hacia ciertas formas de ser hombre ha producido que, en determinados momentos históricos, tuvieran lugar multitud de prácticas de ocultamiento, no solo para salvaguardar el honor y la virilidad masculina, sino también para preservar la integridad física y moral. En este sentido, se ponen en evidencia diferentes estrategias, que van desde acuerdos maritales o matrimonios de conveniencia, hasta pactos encubierto donde el relato de las decisiones eran expuestos como si se tratase en exclusiva de la opinión masculina (Sanfélix y Cascales, 2019).

5.1.2. Los dividendos patriarcales

La configuración jerárquica que aporta el sistema sexo/género ubica a la masculinidad, en especial, al modelo de masculinidad hegemónico o tradicional, ante un reconocimiento social superior en comparación con las mujeres, lo que da lugar a la estratificación social. En este sentido, los hombres reciben lo que Connell

define como dividendos patriarcales, es decir, “un “conjunto de privilegios asociados a la dominación masculina, el androcentrismo cultural y al patriarcado” (Lomas, 2004, p.233). No obstante, estas ventajas masculinas o dividendos patriarcales, son encarnados de forma situada y cada sujeto, según su realidad de vida, será provisto de unas ventajas y no de otras, no siendo distribuidas de forma equitativa entre todos los hombres (Cascales, 2017a). A grandes rasgos, Herrera (2020) pone en evidencia algunos de los privilegios que los hombres obtienen con los dividendos patriarcales:

❖ **Los hombres de verdad se comprometen en matrimonios, pero no renuncian a vivir sus historias sexuales y sentimentales con las mujeres que ellos quieren**

Por lo general, los hombres se comprometen en matrimonio con el propósito de disfrutar de las ventajas que ofrece el mismo con respecto a las mujeres. Desde este punto de vista, son ellas las responsables de realizar las tareas del hogar, así como cuidar de los hijos e hijas en el caso de que el matrimonio tenga descendencia. En lo que respecta a la sexualidad, los hombres comprometidos en matrimonio pueden mantener relaciones extramatrimoniales en tanto que la sociedad patriarcal comprende la insaciabilidad del apetito sexual de los hombres (Herrera, 2020). La infidelidad masculina es un deporte que practican millones de hombres casados, gratis o pagando, y muchos creen que tienen derecho a ello solo porque han nacido varones. Por el contrario, las mujeres deben cumplir con los mandatos tradicionales del patriarcado y no pueden mantener relaciones extramatrimoniales, si bien en el caso de que lo hagan, rápidamente son catalogadas como “putas” o “malas madres” (Herrera, 2019; Sambade, 2020).

Los hombres juran fidelidad a sus esposas frente al altar mientras las señoras se secan las lágrimas de la emoción, pero casi todos están haciendo teatro. Saben perfectamente a quién va dirigido todo el discurso de la fidelidad y la monogamia: a ellas. Ellos tienen que aparentar respeto a los pactos de convivencia, para luego hacer lo que les dé la gana. Es decir, muchos viven con una doble vida y cumplen a

la perfección con su papel de esposo y padre ejemplar, y con su posición social como hombre respetable dentro de una empresa o una institución. Pero luego actúan como chiquillos traviosos: se escapan cuando pueden, delinquen como pueden, se echan amantes, van a los burdeles, y no se sienten en absoluto en una contradicción interna entre la máscara social que sostienen y su verdadera forma de ser. Sostener esa máscara es una cuestión de supervivencia: cuanto más respetables parecen, más vía libre tienen para hacer lo que les dé la gana. Las mujeres también mentimos y tenemos amantes, pero, en general, lo tenemos más complicado: primero porque tenemos menos tiempo libre, luego porque asumimos toda la carga de trabajo doméstico y de cuidados, y también porque hemos sido educadas en la monogamia y en la culpa (Herrera, 2019, p.128-129).

❖ **Los hombres, por haber nacido hombres, tienen derecho a tener una criada gratis**

En la medida en la que los hombres aparecen como seres superiores con respecto a las mujeres en la escala social, estas quedan ensombrecidas en el ámbito de lo privado (Salazar, 2013; Carrasco et al. 2019; Sambade, 2020). Las sociedades patriarcales dispensan a los hombres la oportunidad de tener una criada gratis en tanto que seres socializadas en detrimento del ámbito social. Desde este punto de vista, es frecuente ver cómo las mujeres de las familias, es decir, abuelas, madres, esposas, hermanas, sobrinas, e incluso hijas, parecen estar siempre dispuestas a cubrir las necesidades básicas de los hombres en los hogares familiares. De hecho, en lugar de enseñar a los hombres a realizar las tareas básicas del hogar, ellos mismos son los primeros en afirmar que eso son cosas de mujeres y hacen uso de sus redes familiares más cercanas para que hagan las actividades por ellos de manera voluntaria y gratuita (De Miguel, 2015; Herrera, 2018).

Según los datos, las mujeres asumen la mayor parte de los trabajos domésticos y de los cuidados. Si esto es lo que observan l@s niñ@s en casa, es legítimo esperar que absorban la desigual repartición de las labores domésticas como la norma de lo bueno y lo valioso. Al fin y al cabo, es lo que hacen sus amados y admirados progenitores. Pero vayamos un poco más lejos, vamos a preguntarnos cómo se

conforma la cabeza de unos hijos que oyen una cosa y *ven* otra. Que escuchan que la igualdad es importante y observan el reparto desigual de las tareas en sus casas. Que tal vez escuchan la continua queja y letanía de las madres pidiendo «ayuda» al compañero mientras este dedica su tiempo a seguir los continuos avatares del fútbol, las motos, la fórmula 1... Es una broma. El padre también puede estar ausente por otras razones, por ejemplo porque ella «eligió» dejar el trabajo asalariado para implicarse en la crianza, y la jornada laboral de varón sustentador se alarga hasta la noche. ¿Qué enseñanza absorben los jóvenes? ¿Qué las tareas domésticas son importantes, que no son importantes, que las realizan solo los seres humanos de segunda, aquellos a los que no les queda otro remedio, que es lo más bonito del mundo? [...] Los hombres no comparten las tareas de cuidado, y esta fuente de desigualdad, en el fondo, genera una gran irritación en las niñas educadas en «la igualdad». Reciben el mensaje de que son iguales, pero les piden que ayuden más en casa y observan que a los varones no les tratan igual respecto a las tareas domésticas. Lo lógico es que las chicas experimenten rabia y frustración, También que asuman el comportamiento que se espera de ellas (De Miguel, 2015, p.64).

❖ **Los hombres no tienen por qué refrenar sus impulsos**

Por norma general, los hombres suelen hacer siempre lo que les apetece sin reparar en las consecuencias o en los daños que puedan ocasionar. Los hombres patriarcales se aprovechan así de las normas que les benefician y se saltan aquellas que no les interesan. Ellos dictan las leyes y también hacen las trampas. Así pues, los hombres pueden hacer lo que les dé la gana aunque sus necesidades o apetencias causen daño a otras personas (Salazar, 2018). De hecho, nunca se ponen en el lugar de otras personas porque no han sido educados en el desarrollo de la empatía, más bien, creen que tienen derecho a conseguir todo lo que desean, quieren o necesitan en un momento determinado. Para ello, emplean los recursos necesarios, incluso quebrantando las imposiciones sociales que ellos mismos han creado (Herrera, 2020).

❖ **Los hombres disfrutan de mejores salarios y mejores condiciones laborales en todo el mundo**

Una de las cualidades o atributos que definen el modelo hegemónico de masculinidad es la capacidad y necesidad de los hombres para ocupar los espacios públicos. El patriarcado ha ofrecido la ventaja a los hombres de cubrir los puestos más altos de las empresas y obtener cuantiosas cantidades de dinero por ello. No obstante, el problema deviene cuando las mujeres, en consonancia con la lucha del movimiento feminista, consiguen desligarse, en cierta medida, del espacio privado y comienzan a ocupar diferentes puestos de trabajo en el ámbito social (Bonino, 2001; Alberdi y Escario, 2007). Como consecuencia de esta incorporación, la mentalidad patriarcal ha impuesto diferentes sanciones a las mujeres, basadas en la reproducción de roles y estereotipos de género. De ahí que, en la actualidad, se comience a hablar de la brecha salarial²³ como la diferencia entre la ganancia media de los hombres y las mujeres por trabajos iguales o de igual valor.

❖ Muchos hombres creen que pueden acosar y forzar sexualmente a las mujeres que no tienen dueño porque son de todos

En ocasiones, los hombres que disfrutan de las ventajas que dispensa el sistema patriarcal creen que pueden abusar sexualmente de las mujeres con el propósito de satisfacer sus necesidades sexuales (Marqués y Osborne, 1991; Clare, 2002). De hecho, las diferentes formas de expresión de la violencia machista se emplean para imponer el poder patriarcal. En cualquier caso, la justificación y la exhibición de la violencia sexual están tan normalizadas en las sociedades patriarcales que, es

²³ La brecha salarial de género remite a la diferencia entre la ganancia media de mujeres y hombres por trabajos del mismo valor. Por tanto, se trata de un indicador de la discriminación retributiva que afecta a las mujeres con respecto a los hombres. Son muchas las causas que condicionan su presencia en el mundo laboral, sobre todo, como consecuencia de una mentalidad patriarcal que reproduce roles y estereotipos de género. Como medidas correctoras, urge implantar una cultura de igualdad y sostenibilidad mediante un modelo coeducativo que libere de estereotipos sexistas y pueda educar en la universalización de los cuidados. Del mismo modo, es necesario un nuevo modelo económico basado en el empleo de calidad, con perspectiva de género, para acabar con la precariedad laboral. En cualquier caso, eliminar la brecha salarial, atajándola desde sus causas, es uno de los objetivos prioritarios del feminismo (Antón, 2020).

posible ver en las calles de pequeñas y grandes ciudades camisetas con las frases «Hoy follo, mañana juicio» (Marañón, 2018). De la misma manera, la fuerza con la que las violencias machistas interceden en la sociedad hace que las mismas pasen desapercibidas. Así, es frecuente ver en diferentes medios de comunicación numerosos episodios de violencia que permanecen insivilizados, si bien se ha impuesto, por medio del patriarcado, una imposición sutil de formas de pensar que normalizan la subordinación y la discriminación de las mujeres (Varela, 2017). Para entenderlo, basta con imaginar un iceberg que, en la parte visible, muestra las conductas: violación, abuso o acoso y, por debajo, oculta la ideología y las formas de pensar que son favorables a los hombres heterosexuales: la misoginia, la cosificación, la mercantilización del cuerpo de las mujeres, el tabú de su placer, la erotización de la violencia o la confusión sobre el consentimiento (Traba y Oliveira, 2020).

Difícilmente acabaremos con la violencia y con todos sus terribles efectos, si no vamos a su raíz, que no es otra que el machismo y el concepto que los hombres, o al menos muchos hombres, tienen de las mujeres. Rita Segato, explica que las reglas del patriarcado se escriben sobre el cuerpo de las mujeres y que la violación es una expresión de poder soberano que los hombres creemos tener sobre ellas. Ella explica que en una violación actúan realmente dos ejes: uno vertical, que supone el poder de los hombres sobre las mujeres, y otro horizontal, mediante el cual los hombres, entre nosotros, reafirmamos nuestra virilidad. Es decir, las violaciones, los abusos sexuales, el acoso que sufren mayoritariamente las mujeres, son expresiones todas ellas del machismo y de un orden patriarcal en el que nosotros seguimos siendo los poderosos (Salazar, 2019a, p.201).

Ante esta realidad, cabe destacar que los cambios sociales promovidos fundamentalmente por la lucha del movimiento feminista han hecho mella en las formas de distribución de los dividendos patriarcales. Así, la adaptación de los hombres a los nuevos tiempos ha producido un desplazamiento de los mimos con respecto a su posición con otros varones, con las mujeres, y con los niños y niñas. De hecho, ha crecido la percepción masculina de que el modelo tradicional de

masculinidad no aporta a los hombres aquella posición social acomodada en la que eran bien acogidos en otros tiempos y, por tanto, ellos mismos han comenzado a transitar otros nuevos caminos que dan espacio a la estrategia de las nuevas masculinidades (Sanfélix y Cascales, 2019). De este modo, cuando la posición de privilegios queda en cuestión por parte de diferentes sectores de la sociedad, se establecen períodos donde tienen cabida otras formas de actuación para establecerse en relación a un mundo cada vez más feminista e igualitario.

Socializados en los valores de la masculinidad hegemónica patriarcal, los hombres no somos educados ni en la organización del espacio privado, ni de nuestras prioridades emocionales. Al mismo tiempo, disfrutamos de dividendos patriarcales (como la mayor capacidad adquisitiva en promedio) que nos conceden mayor poder de micro-definición. Es decir, a pesar de que siguen existiendo ciertas dificultades para la organización del espacio personal adquiridas en el proceso de socialización, si los hombres no nos responsabilizamos en mayor medida de las necesidades domésticas y personales, es porque siguen existiendo desigualdades estructurales que nos conceden el privilegio de decidir en qué medida y de qué manera queremos participar en las mismas (Sambade, 2020, pp.128-129).

La transformación social de los hombres en aras de posibilitar otros modelos de masculinidad alternativos con respecto a la hegemónica de género masculino exige la presencia de los mismos en un doble sentido: a) como sujetos activos en la lucha por la igualdad, a través de la puesta en práctica de alianzas con el movimiento feminista y de la creación las agrupaciones de hombres igualitarios comprometidos con las propuestas críticas y emancipadoras del feminismo; y b) como objetos de políticas públicas que permitan contribuir en la contienda social sobre el modelo de masculinidad hegemónica que aparece como referente en la construcción de la subjetividad masculina (Tamayo y Salazar, 2019). Ambas dimensiones implican que los hombres puedan reconocer que ellos también tienen género, es decir, que la masculinidad, en tanto que construcción sociocultural, no es estática e inamovible, sino que también se puede modificar, y es necesario establecer un cambio en la misma, con el propósito de erradicar la discriminación estructural a las que se han

visto sometidas las mujeres como consecuencia de la organización jerárquica de los géneros.

5.1.3. La justicia de género

Entendemos por “justicia de género” los diferenciales de poder en relación con el género. Optamos por “justicia de género” en lugar de hablar de “igualdad de género” porque consideramos que hablar de “justicia” enfatiza los efectos de la eliminación de la desigualdad en una perspectiva afirmativa, marcando el que debería haber sido el punto de partida de las relaciones sociales (unas relaciones justas) y el punto deseable de llegada, delimitando así el camino a seguir con propuestas propositivas más que puramente descriptivas de las desigualdades. Hablar de justicia de género también sitúa nuestro trabajo en un posicionamiento político orientado a la igualdad, como otras investigaciones recientes sobre masculinidades en España (Enguix et al., 2018, pp.5-6).

La justicia de género comprende un bien imprescindible para las sociedades democráticas, en tanto que pretende establecer unas relaciones justas para las personas que las habitan. Por este motivo, pone el foco de atención en la cualidad del género, entendido no como algo estanco, permanente o estable, sino más bien, como un sistema de relaciones variables entre personas diferentes que fluyen y atribuyen multitud de significados a las prácticas e interacciones que realizan (Enguix et al., 2018). El género es, ante todo, relación, no una propiedad de cosas ni de personas (Stolke 2004). Por tanto, los significados que se atribuyen al género son móviles, complejos, variados y se representan de manera muy diversa. Así, por ejemplo, no se interpreta del mismo modo el llanto de los futbolistas tras perder un partido que el llanto de los futbolistas cuando ganan el campeonato mundial (Jablonka, 2020).

Desde este punto de vista, los estudios de género pretende hacer el género visible tanto para los hombres como para las mujeres, si bien centran su atención en el análisis interseccional de la desigualdades existentes, como seres socializados con un género determinado (Salazar, 2018). Por tanto, la justicia de género comprende

un espectro relacional de actuación en todos los sectores de la sociedad, principalmente en las cuestiones relacionadas con la salud, la sexualidad, la intimidad, las discriminaciones por razón de sexo, la intimidad, el trabajo, el cuidado, la educación y el poder económico. Su misión no consiste en alcanzar la paridad o de conceder a las mujeres la posibilidad de ejercer el poder patriarcal sobre otras personas, sino que la justicia de género pueda actuar en la sociedad con la finalidad de refundar lo masculino desde un punto de vista equitativo, y así tambalear los preceptos sobre los que se asienta el sistema patriarcal (Jablonka, 2020).

Llegados a este punto, es necesario plantearse, como ya se viene haciendo, cómo podemos avanzar hacia la “justicia de género”, la construcción de masculinidades despatriarcalizadas, profeministas, y socializar de manera diferente a los niños a partir de un necesario cambio del orden de género a través de la coeducación. Hay quienes opinan que se podría o debería reconceptualizar la masculinidad en positivo, que fuese capaz de movilizar el cambio en las relaciones de género y las democratice en igualdad en relación al poder en pro de una hegemonía positiva (Connell y Messerschmidt, 2005; Salguero y Sapiens, 2014). Este cambio, requiere de una resignificación profunda a nivel simbólico y práctico en los hombres, y no solo en los discursos o intenciones (Montesinos, 2004). Cambio que les puede provocar una crisis o choque subjetivo, pero a su vez, les brinda la posibilidad autolesivas, dañinas, violentas (contra otros hombres, contra mujeres y contra sí mismos), para ser hombres más afectivos, cuidadores y corresponsables (Figuroa, 2007). Quizás, para transitar de estos modelos de masculinidad tóxica patriarcal a masculinidades más igualitarias, un camino posible y favorecedor de este proceso puede ser el paternaje igualitario, pues como periodo de continuo aprendizaje, posibilita la menor resistencia a los cambios y requiere mayor flexibilidad ante lo nuevo (Téllez, et al., 2020, pp. 15-16).

En virtud de lo expuesto, uno de los principales debates que aparecen en relación con las nuevas masculinidades responde a la necesidad de situar a los hombres con respecto al movimiento feminista, si bien comienzan a participar (aparentemente) de manera voluntaria y personal en la lucha contra las desigualdades de género

(Salazar y Sambade, 2020). Pese a que el concepto de hombre feminista puede plantearse como un término un tanto contradictorio, impreciso o contraproducente, cabe señalar que, a lo largo de la historia, han existido hombres que han trabajado y luchado duramente a favor de la igualdad de género y del feminismo, aunque, a decir verdad, de manera minoritaria con respecto a aquellos hombres que no lo han hecho (Bacete, 2017). Del mismo modo, también han sido muchos los hombres que han apoyado y acompañado a las mujeres en la lucha feminista desde un segundo plano, no acomodaticio, sino dejando a las mujeres ser las protagonistas de una causa que las ha oprimido principalmente a ellas en función de su género (Salazar, 2013).

En la actualidad, existe un amplio debate sobre el papel que desempeñan los hombres por la lucha de la igualdad de género, así como la posición que ocupan en el interior del movimiento feminista, dado que la visibilidad de los mismos ha aumentado de manera considerable en los últimos años, y su estructura y participación colectiva se encuentra mejor organizada que en épocas anteriores (Riviere, 2021). Esta situación, tiene que ver con un hecho social muy concreto: casi la totalidad de los hombres que se acercan al feminismo, lo hace, entre otros factores, debido a su preocupación por la situación de desigualdad que viven las mujeres de su entorno social más cercano, de ahí que se posicionen fervientemente en la lucha por la igualdad de género (Cascales, 2017b; Herrera, 2019; Sanfélix y Cascales, 2019). De la misma manera, Kaufman (1997) indica que los hombres que se acercan al feminismo lo hacen por convicción propia, si bien han influido otros aspectos como las ideas de los colegas y de las amistades, e incluso la propia vivencia de situaciones de opresión contra las mujeres y otras personas excluidas socialmente en función de su orientación sexual. En cualquier caso, todo ello conduce a la necesidad de plantear unas sociedades democráticas basadas en la justicia de género (Salazar, 2018).

Los principales argumentos para involucrar a los hombres en cuestiones de igualdad parecen ser éticos. Los hombres nos comprometemos, o debemos comprometernos, con la igualdad porque es una deuda histórica que tenemos hacia las mujeres, porque debemos hacerlo y es justo. Este parece ser el mensaje principal de las iniciativas en torno a esa cuestión (Azpiazu, 2017, p.57).

En la actualidad, los avances educativos y sociales, conseguidos en sintonía con los logros obtenidos por la lucha del movimiento feminista, han propiciado un cambio en la mentalidad masculina sobre la posición social de las mujeres. En este sentido, ellos mismos han comenzado a compartir muchas de sus facetas de la vida con las mujeres y ello ha configurado un nuevo marco emocional para estos hombres, si bien han abierto la posibilidad de buscar una nueva marca identitaria que los diferencie de otras formas de ser hombre (Riviere, 2021). Por tanto, parece que el escenario actual ha sido posible gracias a la luchas de aquellos hombres y mujeres que han tomado conciencia de las injusticias que produce el sistema patriarcal, y han aunado las fuerzas suficientes para luchar contra ellas. De la misma manera, también han contribuido aquellos hombres y mujeres que, viviendo en las periferias de la normatividad, tuvieron la valentía de transgredir la norma social para luchar contra las desigualdades de género. Este hecho ha permitido también allanar el camino a las generaciones venideras que han recogido unos espacios más cómodos del que ellos y ellas vivieron durante tanto tiempo (Sanfélix y Cascales, 2019).

5.2. Propuestas para repensar o construir “nuevas masculinidades”

En el intento de comprender el proceso de cambio que los hombres han comenzado a experimentar en beneficio de la igualdad de género, es necesario analizar e identificar aquellos espacios, actitudes, planteamientos o posiciones que ocupan los hombres en la actualidad, así como los aspectos que posibilidan la efectividad de ese cambio o transformación personal en sintonía con la perspectiva del movimiento feminista. Aun con el riesgo de caer en la imprecisión o en la simplificación de este movimiento de más de tres siglos de historia (De Miguel, 2015; Varela, 2019a) cabe señalar que la reivindicación de sus aportaciones no solo derivan de la visión de un movimiento reivindicativo, sino que también es entendido como una teoría política (Tamayo y Salazar, 2019).

Ello permitiría incorporarlo con mayor rigor científico en los currículos académicos, en las líneas prioritarias de investigación y, en general, en todos los contenidos académicos de los diferentes niveles de enseñanza. Asimismo, esta reivindicación del feminismo debe ir acompañada de una justa valoración del papel que las mujeres

han desempeñado en el transcurso de la historia en las distintas disciplinas académicas. De hecho, una de las tareas principales de los Estudios de las Mujeres, de Género y Feministas ha sido la escritura de la historia de las mujeres, una reescritura que el androcentrismo se había encargado de invisibilizar (Ruíz-Repullo, 2017). Así, tal como sostiene De Miguel (2021, p.128) “acabar con la injusticia que sufren las mujeres consta de tres pasos: descubrir la esencia de lo femenino, valorarlo como merece e incorporarlo a la definición de lo humano”.

5.2.1. El feminismo como propuesta emancipadora

El objetivo de revisar la maniobra de las nuevas masculinidades pasa por incorporar el feminismo en la vida de todos los hombres. En este sentido, se deben realizar dos tareas básicas que inciden de manera singular en el ámbito de lo público y de lo privado. Por una parte, cabe señalar la necesidad de asumir, valorar y reivindicar las aportaciones del feminismo tanto en el ámbito académico como en el escenario público. Así pues, se trata de revertir esa imagen tan perjudicial que siempre ha nublado la visión del feminismo, e incorporarlo a todos los ámbitos de la vida como elemento necesario para avanzar hacia sociedades democráticas. Por otra parte, es preciso que se extiendan y consoliden las relaciones del feminismo con las masculinidades, en tanto que la unión de ambas, implica romper con el binarismo existente para crear un ser relacional, dialogante, atento a las necesidades de los demás, que pueda asumirse a sí mismo como multicultural, igual y diferente al mismo tiempo (Tamayo y Salazar, 2019).

El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (Actualización 2020), recoge la definición de «feminismo»:

1.m. Principio de igualdad de derechos de la mujer y el hombre.

2.m. Movimiento que lucha por la realización efectiva en todos los órdenes del feminismo.

Como puede observarse, la definición de feminismo aportada por la RAE, queda bastante escueta en cuanto a su contenido, si bien no recoge el planteamiento

teórico desarrollo por multitud de pensadoras feministas. En el intento de plasmar con claridad la corriente del pensamiento feminista, cabe destacar las palabras aportadas por Valcárcel (2000) sobre el feminismo:

Feminismo es aquella tradición política de la modernidad, igualitaria y democrática, que mantiene que ningún individuo de la especie humana debe de ser excluido de cualquier bien y de ningún derecho a causa de su sexo, sea este sexo masculino, femenino, epiceno, poco demostrable o mediopensionista. Feminismo es pensar normativamente como si el sexo no existiera. Por tanto, el feminismo no es lo contrario del machismo, sino que es muy otra cosa: una de las tradiciones políticas fuertes igualitarias de la modernidad, probablemente la más difícil además, puesto que se opone a la jerarquía más ancestral de todas. Incluso cuando todas las jerarquías se ponen en cuestión, —y momentos de acracia han existido algunos a lo largo de la historia política— la jerarquía entre los varones y las mujeres se ha mantenido. Pero, puesto que el feminismo se opone al uso del sexo como medida, se opone a los abusos en función del sexo: no es lo contrario al machismo, pero es absolutamente contrario al machismo. Sin embargo, su verdadero quid es la propia jerarquía sexual, no algunas de sus indeseables consecuencias. (p.123)

Desde este punto de vista, los hombres deben comenzar a cuestionar sus propios comportamientos, actitudes y pensamientos desde una perspectiva feminista, es decir, los varones tienen que iniciar un proceso de creación espacios incómodos en sus vidas con la finalidad de asumir las medidas de cambio con un mínimo de profundidad.

Creo que nos cuesta como hombres participar en movimientos o cuestiones que hayan partido de sujetos que no somos nosotros, que han construido sus teorías y reivindicaciones desde un lugar que no es el nuestro y, a menudo debido a ello, pensamos que los hombres necesitamos una teoría propia, una mirada propia, sobre las cuestiones de género. Por el contrario, pienso que son precisamente las miradas construidas desde otras posiciones las que nos ayudan a pensarnos mejor y de manera más crítica (Azpiazu, 2017, p. 32).

Por tanto, parece que las sociedades patriarcales no necesitan tanto hombres o igualitarios, ni hombres buenos, ni nuevos, sino hombres feministas y, si es posible, radicales, para que acudan directamente a la raíz del problema de la desigualdad y junto con las mujeres puedan erradicarla (Salazar, 2019b). Dicho de otro modo, las sociedades necesitan hombres que se pongan en marcha y se comprometan tanto en el ámbito público como en el privado con prácticas transformadoras y revolucionarias. Para ello, se debe “romper con los corporativismos masculinos, poniéndonos en peligro, mariconizándonos, levantando la sospecha incómoda sobre nuestra hombría allí donde pueda generarnos problemas en lugar de palmaditas en la espalda y no ahuyentar las contradicciones” (Azpiazu, 2017, p.122).

En esta misma línea de pensamiento, Solnit (2016) indica:

El feminismo debe incluir una búsqueda o una investigación más profunda entre los hombres. El feminismo desea y busca cambiar todo el sistema humano; es cierto que muchos hombres se han unido ya a este proyecto, pero cómo beneficia a los hombres y de qué manera el statu quo actual también les daña son temas que merecen una reflexión más profunda. Como también se necesita ahondar en los hombres como perpetuadores de la mayor parte de la violencia, de las amenazas, del ocio... y la cultura que les anima a ello (p.136).

Desde este punto de vista, Téllez et al. (2021) proponen diferentes líneas o maniobras de actuación con el propósito de acercar el feminismo a los hombres: en primer lugar, cabe señalar la necesidad de diseñar políticas públicas de igualdad dirigidas a los hombres, que cuenten con su propio presupuesto y no se financien con los fondos destinados a las mujeres. En este sentido, se debe persuadir a los hombres líderes de grandes empresas, rectores de universidades, alcaldes, y políticos, entre otros muchos sectores masculinizados, para que sirvan de mecanismo mediático de engranaje en este proceso. De la misma manera, se debe cuidar que los perfiles masculinos escogidos sean coherentes en su cotidianidad con las ideas que postula el feminismo.

En segundo lugar, para que los hombres puedan acercarse al feminismo deben contar con información procedente de profesionales cualificados que transmitan de manera adecuada y en función del público destinatario, la importancia del trabajo, investigación y conocimiento en materia de masculinidades con perspectiva de género. En este sentido, es sorprendente el interés social que este tipo de formación despierta en diferentes ámbitos de socialización y con perfiles de diferentes públicos (Sambade, 2020).

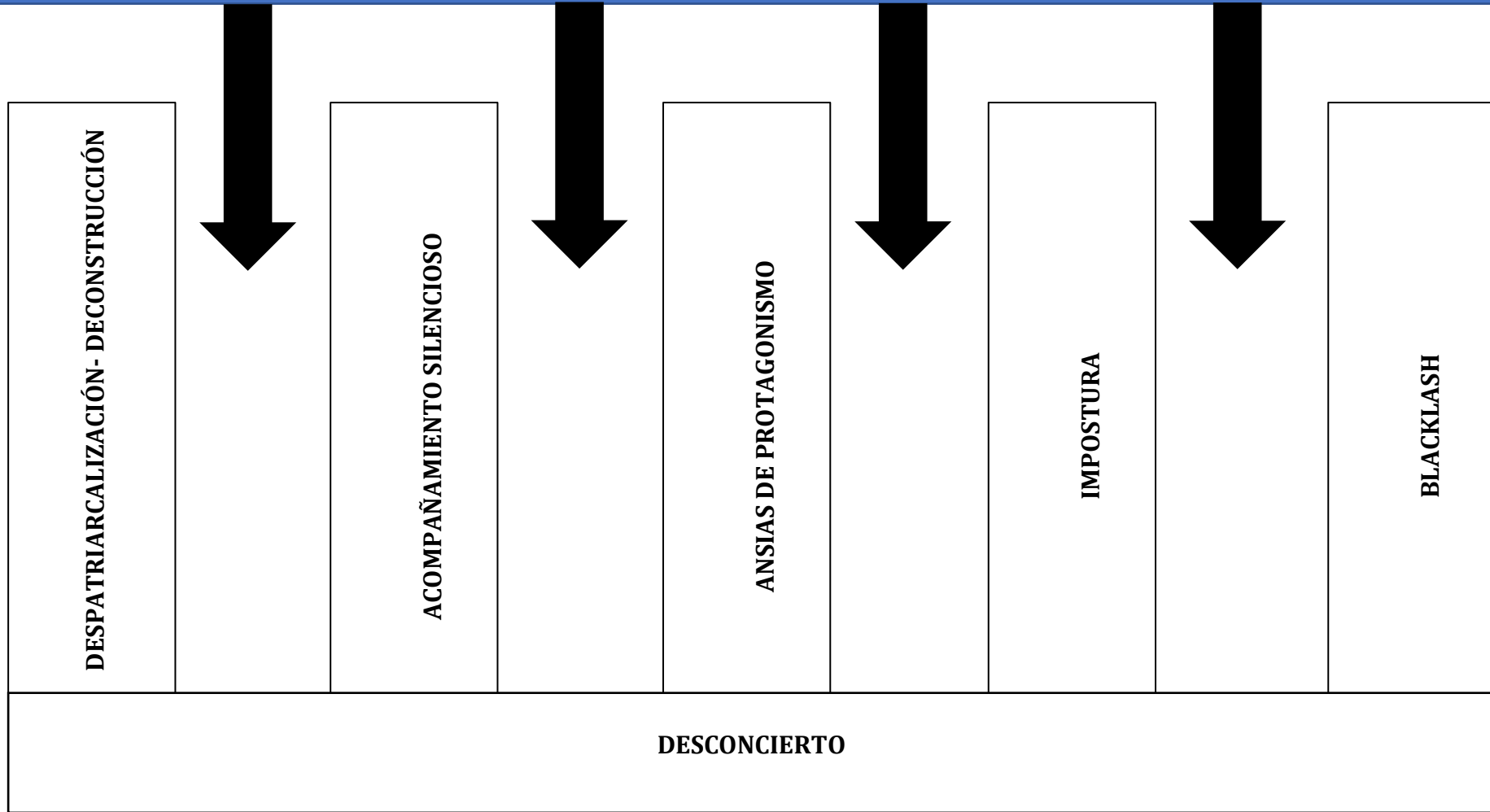
En tercer lugar, es imprescindible crear referentes de hombres igualitarios en los diferentes medios de comunicación social, como el cine, la televisión, los videojuegos, los videoclips musicales, etc. En este sentido, pese a que el listado de hombres aliados del feminismo no es demasiado extenso, de manera creciente, comienzan a aparecer en el ámbito social diferentes hombres que no dudan en posicionarse a favor de la lucha feminista, como es el caso de Octavio Salazar, Ritxar Bacete, Pedro Sánchez, Miguel Lorente, los Javis (Javier Ambrossi y Javier Calvo), en incluso deportistas como Pau Gasol.

En cuarto y último lugar, se debe impulsar redes de trabajo de todo tipo y de carácter profeminista, donde los hombres de diferentes ámbitos sociales puedan tomar el protagonismo y la iniciativa de construir y visibilizar masculinidades igualitarias. La pretensión de estas redes estriba en trabajar mediante redes de transversalización de la cuestión masculina en la lucha por la igualdad de género, alcanzando espacios de poder político, mediático, cultural, académico y asociativo (Téllez et al., 2021).

Aun con el riesgo que supone simplificar el impacto que el feminismo provoca en la vida de los hombres, Jones y Blanco (2021) ponen en evidencia un abanico de posibles reacciones de hombres heterosexuales con respecto a la diseminación del feminismo y la creciente importancia de las reivindicaciones y acciones del movimiento feminista. La figura 1 pretende poner de relieve el compendio de reacciones que ponen los hombres de manifiesto con respecto al mismo.

Figura 1: Reacciones de los hombres ante los avances del feminismo

REACCIONES MASCULINAS ANTE LOS AVANCES DEL FEMINISMO



Fuente: adaptado de Jones y Blanco (2021).

Para comenzar, en el extremo izquierdo de la figura aparece la despatriarcalización y la deconstrucción. En pocas palabras, la despatriarcalización comprende una propuesta pragmática de diferentes asociaciones y organizaciones afines al feminismo, establecidas con el propósito de hacer de las vivencias y experiencias de las mujeres un eje para la formulación de políticas públicas que las incluyan en el ámbito social con el fin de democratizar las sociedades patriarcales (Cobo, 2012). En este sentido, si bien comprende una elevada carga política y una mayor precisión conceptual, la despatriarcalización, desde una perspectiva feminista, pretende reconceptualizar el poder como una estrategia facilitadora de pactos de convivencia, y así, garantizar el acceso de las mujeres a los espacios de decisión colectiva (Jones y Blanco, 2021). Dicho de otro modo, la despatriarcalización remite a:

Una estrategia emancipadora, de denuncia de la desigualdad y discriminación en todas sus formas. Y un ejercicio de reorganización horizontal de los pactos relacionales y desarticulación del poder en tanto esquema relacional opresivo basado en la desvalorización de las diferencias y en el tratamiento estratificado, jerárquico e injusto de las mismas –que en lo macro se expresa a través de la desigualdad económica, el nivel de posesión de recursos y la explotación de la naturaleza y el trabajo familiar, y en lo micro se valida con discursos, imposición de estereotipos, modelos culturales y explotación emocional, como formas de regular la actuación y el pensamiento imperceptiblemente–(Uriona Crespo, 2012, p.41).

Por consiguiente, la despatriarcalización pretende disputar desde el poder, las categorías estancas producidas por el patriarcado. Para ello, introduce la mirada o el planteamiento de las mujeres con la finalidad de aportar una visión plural que pueda interpelar las concepciones hegemónicas impuestas por el modelo de masculinidad tradicional. Uno de sus ejemplos más visibles es la propuesta del feminismo desde Abya Yala.²⁴

²⁴ Abya Yala es el nombre con el que el pueblo kuna de Panamá designaba al continente americano antes de la llegada de Cristóbal Colón y de los colonizadores europeos, y que algunas organizaciones indígenas han recuperado en su forma original para referirse a América en sus propios términos: *tierra plena, tierra madura*. Su líder, Berta Cáceres, asesinada en Honduras a comienzos de 2016 por

Mientras que la idea de despatriarcalizar aparece con frecuencia entre los diferentes espacios militantes sensibilizados con el feminismo, en el imaginario colectivo es habitual que los hombres puedan comparecer como varones en “deconstrucción”. La expresión popular “en deconstrucción” procede de la filosofía de Jacques Derrida (1930-2004), que se retoma en el habla coloquial para hacer referencia a un proceso de revisión crítica de sí mismos como varones. En este sentido, el propósito de la deconstrucción consiste en reducir, combatir y eliminar el machismo constitutivo de la producción de la masculinidad hegemónica y patriarcal, así como la propia esencia asociada al género masculino. Desde este punto de vista, cuando los hombres indican que se encuentran inmersos en un proceso de deconstrucción, significa que están haciendo un esfuerzo por cambiar, y que son plenamente conscientes del largo proceso que implica ese proceso de cambio en beneficio de los principios democráticos del movimiento feminista. De la misma manera, este proceso de deconstrucción de la masculinidad hegemónica puede parecer una maniobra masculina, en tanto que vale como resguardo ante las críticas recibidas por la puesta en práctica de conductas machistas (Jones y Blanco, 2021).

oponerse a un proyecto hidroeléctrico, aparece como símbolo de resistencia por los derechos de la Tierra, de los pueblos indígenas y de las mujeres, mostrando la realidad a la que se enfrentan las defensoras del territorio en Abya Yala. Durante las últimas décadas, las organizaciones de mujeres indígenas se han convertido en las verdaderas protagonistas de la defensa de sus territorios contra la minería, la agroindustria, los proyectos petroleros y la energía hidroeléctrica, por cuanto que dejan las comunidades devastadas, agudizan la pérdida de biodiversidad y agravan la desigualdades existentes entre hombres y mujeres. De conformidad con las feministas comunitarias, además del patriarcado occidental, que abrió paso en Abya Yala por medio de violaciones sexuales masivas de mujeres indígenas y de la apropiación de los territorios, ha existido, además, un patriarcado indígena ancestral y, a partir de la colonización, ambos han operado en conjunto. En esta larga historia de pactos patriarcales, las mujeres no solo han sido víctimas, sino protagonistas de resistencias y creadoras de epistemología. En este sentido, la llegada de megaproyectos extractivistas solo intensifica la lógica patriarcal en sus territorios. Para las mujeres, la llegada de hombres de otras partes suele recrudecer la pobreza y violencia que sufren las mujeres indígenas, ya que no pueden acceder al agua limpia así, sus animales y familiares suelen enfermar y, como consecuencia, se enfrentan a una sobrecarga de trabajo de cuidados. Pese a ello, han sido capaces de construir alternativas a la globalización neoliberal y, ante la lógica patriarcal imperante, tejen resistencias multicolores, y sus hilos llegan a las manos de quienes, aunque pertenecientes a geografías distantes, buscan enraizarse en el tejido de la trama de la vida (Tapia, 2020).

Otra posible reacción masculina a las demandas establecidas por el movimiento feminista tiene lugar mediante el *acompañamiento silencioso* de algunos hombres. En este sentido, el carácter discreto o complementario de muchos hombres cumple, en buena medida, con las disposiciones del movimiento feminista en lo que respecta a la voluntad de las mujeres feministas de distender la visibilidad de los varones en la lucha feminista. No obstante, esta actitud de acompañamiento silencioso puede hacer parecer a los varones como indiferentes y pasar inadvertidos de estos acompañamientos. Por lo general, los varones que acompañan en silencio a las mujeres suelen ser hombres a los que las mujeres consideran sus amigos, compañeros de estudio o de trabajo, y militantes de diferentes agrupaciones o asociaciones que perciben que los cambios promovidos por el movimiento feminista resultan necesarios para avanzar hacia sociedades democráticas (Jones y Blanco, 2021).

Entre aquellos varones comprometidos con los planteamientos del feminismo y de la igualdad de género, comparecen diferentes colectivos, asociaciones y agrupaciones que vindican a favor de los avances conseguidos en materia de igualdad de género. En este sentido, en las sociedades occidentales aumentan de manera considerables los espacios de reflexión sobre masculinidades. De la misma manera, cada vez son más los grupos mixtos y no mixtos²⁵ de hombres por luchan en beneficio de la igualdad, no solo mediante la autorreflexión personal, sino también a través de la perspectiva crítica de las estructuras de poder que mantienen y alimentan una posición desigual entre mujeres y hombres. Por tanto, tal como señalan Jones y Blanco (2021), parece que los acompañantes silenciosos pueden ser decisivos en la lucha contra las injusticias de género.

En contraposición con el ideario propuesto por los *acompañantes silenciosos*, comparecen los varones con *ansias de protagonismo*. En pocas palabras, los varones

²⁵ Los grupos no mixtos puede servir para asumirnos como hombres, lo que no significa en absoluto decir «soy un hombre y estoy orgulloso» ni «me siento un hombre». Asumirnos como hombres significa ser capaces de pensar en nuestra experiencia colectiva en una sociedad absolutamente generizada en la que, independientemente de nuestros sentimientos hacia nuestra hombría, hemos caminado por un sendero diferenciado que ha incluido, casi siempre, ser reconocidos y tratados a través de nuestros privilegios (Azpiazu, 2017, p.95).

con ansias de protagonismo pretenden menoscabar la notable posición pública o social que las mujeres han conseguido como consecuencia de las luchas del movimiento feminista. En este sentido, numerosos hombres indican sentirse cómplices de la lucha feminista y que deben ser ellos quienes lideren este movimiento. Este hecho puede suceder debido a la forma tradicional que han tenido los hombres de relacionarse en el espacio público, aprendida y ejercitada durante mucho tiempo (Ranea, 2021).

En efecto, los varones protagonistas de la contraofensiva del feminismo o antagonistas del progreso social de la humanidad pueden acarrear pérdidas significativas para la lucha del movimiento feminista. Por una parte, si los feminismos declinan el respaldo de los aliados valiosos, puede que en ocasiones pierdan la oportunidad de acceder a recursos materiales e institucionales que los hombres con ansias de protagonismo ocupan en el ámbito público. Por otra parte, los feminismos pueden perder la posibilidad de usar esta situación circunstancial como herramienta pedagógica feminista para que los hombres con ansias de protagonismo puedan replantear su posición en las sociedades patriarcales (Jones y Blanco, 2021). Así, cada vez cobra más importancia la ilustre frase de Kelley Temple: «Los hombres que quieren ser feministas no necesitan tener espacio en el feminismo. Necesitan tomar el espacio que tienen en la sociedad y hacerlo feminista».

Otra posible reacción al movimiento feminista es la *impostura* que los varones adoptan ante las demandas del movimiento feminista. Por lo general, el término impostura hace referencia a un engaño con apariencia de verdad. En este sentido, aparecen copioso número de hombres impostores que mantienen una doble moral deliberada: mientras que en el espacio público adoptan una aparente posición social de igualdad, vinculada en todo momento con el feminismo, en el ámbito privado acostumbran cotidianamente a ejercer prácticas machistas y patriarcales. Tal como señala Azpiazu:

Cabe también preguntarse por las representaciones mediáticas de la masculinidad, atrapadas con frecuencia en el doble filo de las leyes del *marketing* simbólico: ofrecer, por un lado, el mensaje oficial de respeto y de condena (...) y, por otro lado,

la necesidad de mantener una representaciones funcionales respecto a los modelos de feminidad y masculinidad. Así, se diversifican las representaciones de la masculinidad a nivel estético, pero se siguen manteniendo los valores patriarcales en lo que respecta a la dominación, el protagonismo, la sexualidad o la competitividad. (pp.37-38).

Si bien ambas situaciones ponen en evidencia la impostura que los hombres adoptan en las sociedades patriarcales, también pueden expresar un proceso de transformación en las relaciones de género, que producen tensiones permanentes por parte de los hombres. En este sentido, al sentirse interpelados por el feminismo en el espacio público, deben revisar simultáneamente diferentes esferas vitales, con contradicciones no siempre aparentes (Jones y Blanco, 2021). Pese a ello, la idea de identificar los diferentes modelos o comportamientos machistas que reproducen los hombres en el ámbito privado funciona más para generar un efecto de condena y separación que el propio cuestionamiento del cambio hacia posiciones igualitarias (Azpiazu, 2017).

Por último, en el extremo derecho aparece el *backlash* (contraataque, contrgolpe, respuesta agresiva), una reacción de carácter violento que los hombres manifiestan en contraposición a los avances promovidos por el feminismo. En palabras de Flood (2021) *backlash* “es una fuerte reacción negativa por parte de un gran número de personas, especialmente respecto a cuestiones sociales o políticas” (p.215). Por lo general, los *backlash*, es decir, los hombres reaccionarios, agresivos y enfadados (Kimmel, 2019) comienzan a identificarse con la narrativa de una extrema derecha que señala como responsables a las minorías étnicas, a las personas homosexuales y a las mujeres de la devaluada situación en la que ellos, en tanto que seres socializados con el género masculino, se encuentran en las sociedades actuales. En este sentido, comienzan a percibirse como víctimas de un sistema que ha mermado su poder y su rol de proveedor universal en beneficio de los otros, de una amplia minoría que ha roto con los esquemas del sueño de vida americano (Kimmel, 2019).

Dicho de otro modo, los *backlash* comprenden a los varones que no han politizado ni canalizado de manera estructurada el enfado interiorizado que ha producido en ellos el avance mediático, político y social producido por el movimiento feminista.

Esta percepción ha agravado el daño hacia las mujeres, en tanto que entre sus objetivos de restitución del orden, se sitúan los derechos de las mujeres en el punto de mira. Así, por ejemplo, no es extraño que el Gobierno de la extrema derecha de Polonia tenga entre sus objetivos la prohibición del aborto, o que Turquía acabe de tomar la decisión no acertada de abandonar el Convenio del Consejo de Europa sobre la prevención y la lucha contra la violencia doméstica. Tampoco es casualidad que en España comience a emerger un entramado negacionista de la violencia de género, o que se haya criminalizado con tanta virulencia al movimiento feminista como desencadenante principal de la pandemia COVID-19, celebrada el 8-M antes de que se decretara el estado de alarma, sin achacar como agravantes, la asistencia de miles de personas a partidos de fútbol de primera división, como el Betis-Real Madrid, o los partidos de baloncesto de la Liga ACB (Ranea, 2021).

Así pues, a medida que el feminismo gana espacio y muestra su fuerza, los *backlash* se organizan para contraatacar ante cualquier mínima posibilidad de quiebra de la situación social. No obstante no encuentran los recursos suficientes para defenderse públicamente, habida cuenta del escaso margen social para emprender acciones en este momento histórico. Y aunque también existan mujeres blancas enfadas afiliadas a partidos de la extrema derecha, su posición es bastante minoritaria con respecto a las mujeres que defienden con fuerza los principios democráticos del movimiento feminista (Immeerzeel et al., 2015; Kimmel, 2019; Ranea, 2021).

De manera paralela a la diversidad de reacciones masculinas ante los avances promovidos por el movimiento feminista, muchos hombres permanecen en el *desconcierto*. El desconcierto de los hombres transita entre el cuestionamiento de las desigualdades estructurales que perjudican a las mujeres, las actitudes machistas, homófobas y misóginas que los hombres detentan en los diferentes espacios de socialización, y el cuestionamiento masivo de los privilegios masculinos. Los privilegios masculinos ocupan buena parte de los espacios de reflexión sobre masculinidades. Muchos de los hombres desconcertados son plenamente conscientes de las desigualdades estructurales que perjudican a las mujeres, pero no han comenzado a transitar el complicado camino que supone reconocer que, precisamente, son los privilegios masculinos los que posibilitan la subordinación de las mujeres. Efectivamente, los hombres pueden elegir no tener o disfrutar de sus

privilegios, pero ello no supone renunciar a los mismos. Por más renunciadas que reclamen, siguen estando presentes. Por tanto, la única solución posible consiste en abolir el género y, con ello, el patriarcado. Tal como sostiene Alario (2021):

Si las «nuevas masculinidades» implican la renuncia a los privilegios a los que los hombres pueden renunciar a nivel individual, aportan algo positivo en la medida en que esos privilegios a los que renuncian no se están convirtiendo directamente en desventajas para las mujeres de su entorno; pero no se puede olvidar que el horizonte es la abolición del patriarcado, un cambio estructural que supondrá la desaparición de todos los mecanismos que lo reproducen. La masculinidad es uno de ellos. (p.63)

Desde otro punto de vista, muchas mujeres feministas han aconsejado o reclamado a sus compañeros de lucha y de vida que su principal tarea consiste en deconstruirse a sí mismos, antes que participar en acciones visibles del movimiento feminista (Jones y Blanco, 2021). Uno de los efectos de esta deconstrucción es una presunta nueva sensibilidad de los hombres establecida con un doble objetivo. Por un lado, la sensibilidad de los hombres remite a una mayor receptividad frente a las demandas y necesidades de las mujeres, desde aquellas políticas en un sentido más tradicional, como la ampliación de los permisos de maternidad, hasta otras más cotidianas pero igualmente estructurantes de las desigualdades de género, como son la incorporación de los hombres al ámbito privado, con todas las sobrecargas que este espacio implica. Esto supondría por parte de los hombres no solo la escucha de las necesidades planteadas a las mujeres, sino el cuestionar los propios privilegios masculinos con la idea de reforzar el eslogan tan comercializado y necesario: «con la igualdad ganamos todos». No obstante, esta nueva sensibilidad remite a nuevas complejidades, si bien muchos hombres pueden recaer en un espacio confortable que haga alarde del cambio sin conmovir ninguna desigualdad en términos prácticos.

El feminismo está cambiando nuestro mundo y hay muchos hombres que lo rechazan porque creen que pierden sus derechos cuando las mujeres ganan los suyos. Sin embargo, sus derechos quedan intactos e incluso se ven reforzados: lo que

pierden son sus privilegios, y es necesario que los hombres dejen de ser reyes para poder construir un mundo sin jerarquías y sin desigualdad (Herrera, 2020, p.109b).

Por otro lado, estos nuevos patrones de sensibilidad emocional implican una creciente habilitación pública para expresar sentimientos afectuosos entre hombres heterosexuales, constreñidos por un modelo hegemónico de masculinidad cuya dureza, valentía, fortaleza e inexpressividad emocional eran notas distintivas. No obstante, parece que el modelo hegemónico de masculinidad ha cambiado con respecto a situaciones o momentos anteriores, si bien en la actualidad es mucho más discreto y menos aparentemente adscrito al machismo. Esto no significa que sea más igualitario, pero tampoco que sea el modelo mayoritario en las sociedades actuales. “Probablemente, nos encontremos en estos momentos con una masculinidad hegemónica más cercana al patrón del hombre «bueno y sensible» que «respeta a las mujeres» sin por ello perder el control de la situación” (Azpiazu, 2017, pp.36-37). Por tanto, este nuevo giro del modelo de masculinidad hegemónica puede hacer que los varones adopten nuevas posiciones estratégicas de poder que no hagan más que perpetuar de los privilegios de los que disfrutaban cotidianamente.

Estamos rodeados a nivel cuantitativo de hombres que encarnan el modelo de hombre-varón-masculino de forma bastante «clásica», pero sin embargo es otro modelo de masculinidad —que en ocasiones identificamos como «nueva masculinidad»— el que marca el camino de lo admisible y deseable. [...] Sin embargo, ¿cuánto de lo que antes era aceptable en las relaciones de dominación y de poder ha cambiado realmente? ¿Cuánto se mantiene, pero simplemente ha adoptado formas sutiles y, por lo tanto, se ha tornado invisible? (Azpiazu, 2017, pp.37-38).

Si la deconstrucción de la masculinidad comprende un horizonte normativo de cambio hacia otros modelos de masculinidades comprometidos con el feminismo, cabe preguntarse quiénes pueden llevarla hacia adelante y si solo es posible mediante un acto de voluntad personal o de reconocimiento de los principios democráticos de la justicia de género (Salazar, 2019b).

CAPÍTULO 6: OTRAS NUEVAS MASCULINIDADES: PROPUESTAS PARA DESMONTAR LA ETIQUETA DEL GÉNERO

La cualidad de hombre, igual que la masculinidad, no es una entidad fija. No es un ladrillo cuadrado que cabe perfectamente en un agujero cuadrado en un mundo cuadrado. Está en constante evolución, es fluida y, lo más importante de todo, es y puede ser lo que tú quieras

(Bola, 2021, p.24).

Los hombres han tenido la voz a lo largo de la historia, ahora no pueden permanecer callados cuando se habla de igualdad, tienen mucho que decir sobre lo que han callado, y mucho que callar sobre lo que han vociferado.

(Lorente, 2009, p.275).

El sexto capítulo de la tesis doctoral contempla la posibilidad de establecer nuevos modelos alternativos de masculinidades basados en diferentes ejes principales que orientan o dan sentido a la a relaciones de género. En primer lugar, cobra especial importancia el cuerpo, entendido como elemento transgresor de los imperativos estéticos propuestos por las sociedades patriarcales (Sambade, 2020). Si bien es cierto que los hombres, además de ser sujetos de deseo, han pasado a concebirse como objetos deseados, las construcciones relacionales del cuerpo dan paso a la volatilidad, a la fluidez y a la interseccionalidad (Enguix, 2020). Así, la visibilidad social y la aceptación de nuevos modelos corporales ambiguos comienzan a adquirir protagonismo en las diferentes estructuras de las sociedades occidentales. En segundo lugar, se hace referencia a la *Teoría de la Masculinidad Inclusiva* (Anderson, 2009), para mostrar la relación cambiante que los hombres pueden experimentar con respecto a los imperativos hegemónicos de la masculinidad, donde la ausencia de homofobia, permite vivenciar sensaciones, emociones o sentimientos vinculados con la solidaridad, el compromiso y la aceptación de las diferencias sexuales en el grupo de pares masculino.

En tercer lugar, se pone el foco de atención en los hombres que, tras una toma de conciencia personal y política sobre los aportes positivos que brindan los feminismos, comienzan a posicionarse pública y colectivamente como varones igualitarios, antisexistas o profeministas (Cascales y Téllez, 2021). En este sentido, el lema “*lo personal es político*” parte de la premisa de que los hombres, además de reivindicar la igualdad en el ámbito público o social, deben compartir de manera equitativa las responsabilidades domésticas y familiares. En cuarto lugar, se pone el énfasis en la teoría de las *masculinidades cuidadoras* (Elliot, 2016), para dar cuenta de la necesaria participación de los hombres en las actividades de cuidado. Este tipo de masculinidades representan una forma crítica de corresponsabilidad y de participación de los hombres en la lucha por la igualdad de género, por cuanto que ofrecen una ruptura con el círculo vicioso de la herencia patriarcal, donde los hombres, parece no ser educados para las prácticas de cuidados.

6.1. ¿Otras nuevas masculinidades?

La tendencia principal de los estudios sobre masculinidades consiste en cuestionar las prácticas realizadas por los hombres con la finalidad de deconstruir los discursos y los modelos dominantes asignados a los mismos en las relaciones de género. En ocasiones, el estudio o desenmascaramiento de las masculinidades patriarcales, hegemónicas o tradicionales ha supuesto un proceso paralelo de descubrimiento de las nuevas masculinidades, entendidas como modelos de relaciones de género basadas en la reciprocidad, la sensibilidad, el buen hacer y la complicidad (Enguix, 2020). No obstante, este proceso de cambio de masculinidad no es continuo o estable, es decir, no es posible pasar de manera lineal de una vieja masculinidad a una nueva masculinidad, más cuando las prácticas, las experiencias o las relaciones masculinas no mantienen una continuidad, sino que forman parte de un conglomerado de situaciones complejas, difusas y volátiles (Enguix et al., 2018).

En este sentido, a pesar de la multitud de estudios que indican la existencia de una nueva masculinidad (Pease, 2015), no todos tienden de la misma manera a explorar los paradigmas que convergen con respecto a la misma. De este modo, cabe señalar

la necesidad de explorar las nuevas masculinidades, no desde su oposición a un viejo modelo inmanente de poder o autoridad, sino más bien, desde su enfoque relacional de interacciones, actuaciones o complejidades relacionadas con las prácticas masculinas y sus imbricaciones con el género (Salazar, 2013; Azpiazu, 2017; Enguix, 2020). De la misma manera, el enfoque dinámico que dispensa la masculinidad puede resultar de especial utilidad para desafiar viejas suposiciones estancas con respecto a las normas o imperativos de género.

Si bien no existe un consenso académico con respecto a la idoneidad del concepto de las nuevas masculinidades (Sanfélix y Cascales, 2019; Salazar, 2019b), cada vez son más los estudios que consideran pertinente hablar sobre masculinidades hegemónicas (Connel y Messerschmidt, 2021); masculinidades no hegemónicas (Messerschmidt y Messner, 2018); nuevas masculinidades hegemónicas (Sáez, 2021); masculinidades alternativas (Gutmann, 2019); masculinidades igualitarias (Cascales y Sanfélix, 2020); nuevas masculinidades positivas (Boscán, 2008); nuevas masculinidades alternativas (Flecha et al., 2013); masculinidades despatriarcalizadas (Téllez et al., 2021); o masculinidades híbridas (Bridges y Pascoe, 2018).

Desde este punto de vista, hablar de nuevas masculinidades supone reconocer que siempre han existido viejas masculinidades. De hecho, diferentes estudios ponen en evidencia la posibilidad de trazar una línea evolutiva desde las viejas masculinidades hasta las nuevas masculinidades en la medida en que se identifican las cualidades que convergen o difieren entre ellas. El discurso académico sobre las nuevas masculinidades inicia su andadura desde comienzos de la década de 1980, si bien parece permanece en un estado de crisis permanente, impulsado por las diferentes olas del feminismo, aunque no asociadas con las mismas (Azpiazu, 2017; Sanfélix y Cascales, 2019). En cualquier caso, el hombre o las masculinidades siempre aparecen como entidades o configuraciones prácticas que remiten a una multiplicidad de relaciones con respecto al cuerpo, la sexualidad, el género y los afectos. En consecuencia, las masculinidades son siempre cambiantes, complejas y adaptables a los diferentes contextos o situaciones (Enguix, 2020).

El debate entre lo nuevo y lo viejo también conduce al replanteamiento de si la estrategia de “negar” la masculinidad tradicional en su totalidad, con la consecuencia

más directa y evidente que esto tiene estratégicamente, es decir, el sentimiento de sentirse acusado tan visible (y bien rearticulado) en el discurso posmachista, es válida, es decir, si cabría abrir escenarios de diálogo que partan de la recuperación de la narración de las biografías de hombres y genealogías masculinas de la igualdad para poder realizar una lectura más completa sobre las prácticas igualitarias que se han desarrollado a lo largo de la historia (Sanfélix y Cascales, 2019, p.135).

Para evitar caer en la repetición, si bien es conocido el concepto de masculinidad hegemónica, este mismo término no remite a una vieja masculinidad, por cuanto que los hombres pueden adoptar la masculinidad hegemónica desde el momento en el que ellos mismos lo consideren oportuno, es decir, la masculinidad hegemónica no es algo que se tiene o algo que se es, sino que depende de las relaciones de género (Connell, 2020) En consecuencia, cabe señalar que ni la vieja masculinidad ni la masculinidad hegemónica representan un cierto tipo de hombre, más bien ponen en evidencia una forma posible en la que los hombres se posicionan por medio de prácticas discursivas y corporales (Connell y Messerschmidt, 2005).

Las formas de masculinidad que ejercen hegemonía no son necesariamente «nuevas» o «antiguas». Más bien producen espacios híbridos, masculinidades «de adaptación», capaces de reconocer las ventajas de incorporar algunos elementos de las masculinidades históricamente no-hegemónicas, como por ejemplo la gai, para resituar su posición en un sistema de género cambiante, en el cual las posiciones anteriores ya no son fáciles de defender (Azpiazu, 2017, p.40).

Con ello, se puede afirmar que los actuales escenarios de las sociedades precisan de un refinamiento conceptual que pueda modificar o enmendar los conceptos monolíticos con la finalidad de promover nuevos modelos conceptuales basados en la hibridación de la masculinidad. Esta propuesta, remite a la mezcolanza de elementos asociados con identidades de género subordinadas a la hegemonía, como es la masculinidad subordinada, la masculinidad de protesta o la masculinidad marginal (Bridges y Pascoe, 2018).

Las nuevas masculinidades ponen en evidencia el camino de transformación abierto por diferentes hombres para iniciar su andadura hacia otros modelos que rechacen tanto en el ámbito público como en el ámbito privado los mandatos dictados por el patriarcado. No obstante, el adjetivo que pone el énfasis en lo nuevo, puede remitir a aquellas reconfiguraciones de la masculinidad que siguen sin distanciarse de las prácticas patriarcales. Por consiguiente, las nuevas masculinidades no remiten más que una maniobra de actuación sobre la que descansan las viejas masculinidades (Ranea, 2021). En este sentido, si bien este término ha recibido cuantiosas críticas por parte de diferentes sectores de la academia, Messerschmidt y Messner (2018) optan por sustituir este concepto por el de «nuevas masculinidades positivas».

Las masculinidades positivas son aquellas masculinidades (locales, regionales y globales) que contribuyen a legitimar las relaciones igualitarias entre hombres y mujeres, entre masculinidad y feminidad y entre masculinidades. Messerschmidt (2016) consideró de este modo masculinidades como las de los chicos no violentos, que se juntan con los grupos de los impopulares, que incluían a chicos y a chicas: chicos no necesariamente heterosexuales, inclusivos y que aceptan el celibato, que abrazan la diversidad en cuerpos y sexualidades; son chicos no jerárquicos, sin deseo de ser populares y no son misóginos. De hecho, los miembros de estos grupos se veían distintos pero no inferiores a los chicos y las chicas dominantes. En consecuencia, estas masculinidades positivas no se construían sobre una relación estructural de desigualdades de género y sexualidad; no legitimaban las relaciones de género y sexuales desiguales, y se practicaban en contextos exentos de unas relaciones desiguales y estables de género (Messerschmidt y Messner, 2018, p.42).

Desde este punto de vista, estos autores indican que el término «nuevas masculinidades positivas» recoge con idoneidad los principios éticos de igualdad y equidad de género, si bien no establecen un paso lineal de las viejas masculinidades tradicionales a otras nuevas masculinidades. Esta definición no se basa en una línea evolutiva permanente que evoca lo nuevo en detrimento de lo viejo y no borra el rastro de ambas entidades. Además, las nuevas masculinidades no son necesariamente la esperanza de las sociedades democráticas afianzadas con la finalidad de impartir justicia de género (Messerschmidt y Messner, 2018). Por el contrario, solamente

aluden a un cambio estético de los hombres establecido con el propósito de adaptarse a las demandas solicitadas por el movimiento feminista. En este sentido, las nuevas masculinidades no han hecho más que adaptarse a la nueva situación social sin realizar cambios importantes en lo que respecta a la hegemonía masculina (Enguix, 2020). Sin embargo, las nuevas masculinidades positivas han sido de utilidad para comprometer a los hombres de diferentes minorías sociales en la lucha del feminismo y de otros movimientos sociales centrados, de manera particular, en erradicar la violencia contra las mujeres o la pobreza a la que se encuentran sometidas las mismas (Messerschmidt y Messner, 2018).

En virtud de lo expuesto, Enguix (2020) distingue diferentes elementos que puede ser de utilidad para discernir los aspectos que aparecen como nuevos en las masculinidades, y averiguar los motivos que derivan de la disparidad de clasificaciones de masculinidad existentes con respecto a la feminidad, si bien todavía se considera a las mujeres como una clase unificada, y la feminidad, y sus cambios o variaciones, rara vez son objeto de discusión. Tal como la propia autora señala:

En relación con el poder, el privilegio el cuerpo y los cuidados he identificado cuatro formas posibles de habitar cuerpos masculinos que se han conectado o podrían conectarse con unas “nuevas masculinidades”, que, a partir de ahora, dada mi disconformidad con ese término, denominaré “otras masculinidades”: otros cuerpos, masculinidades inclusivas, hombres profeministas y masculinidades cuidadoras (Enguix, 2020, p.42).

6.1.1. Otras nuevas masculinidades: habitando otros cuerpos y otras normas

Desde sus orígenes, el movimiento feminista sitúa el cuerpo en el centro de sus planteamientos críticos a los modelos sexuales y de género duales, binarios, esencialistas y dicotómicos, por cuanto que conectan con la desigualdad social, la violencia contra los cuerpos de las mujeres y la jerarquía de poder masculino. Butler (2008) indica que “el cuerpo no es un “ser” sino una límite variable, una superficie cuya permeabilidad está regulada políticamente, una práctica significativa dentro de un campo cultural de jerarquía de género y de heterosexualidad obligatoria” (p. 271). Desde

este punto de vista, diferentes estudios indican que el cuerpo cobra especial relevancia en la definición de las masculinidades, en tanto que su construcción comprende un efecto colateral de los cambios sociales o económicos que han desplazado el trabajo como fuente de identidad para los hombres de la clase trabajadora (Gill et al., 2005).

En el marco de las relaciones socioculturales, el sistema cuerpo-género aparece indisociable de la sexualidad. Por tanto, la relación permanente que existe entre el cuerpo, el género y la sexualidad se refuerzan y construyen constantemente en función de la volatilidad de las prácticas corporales que los hombres mantienen cotidianamente. Tal como indican Fracher y Kimmel (1995), la sexualidad se construye a partir de la masculinidad, y mediante la sexualidad se confirma el género:

Para los hombres, la noción de masculinidad, la definición cultural de la hombría, sirve como el componente principal de construcción de la sexualidad. Es a través de nuestra comprensión de la masculinidad que construimos una sexualidad, y es a través de nuestras sexualidades que confirmamos la construcción exitosa de nuestra identidad de género. El género informa de la sexualidad, mientras que la sexualidad confirma el género. (p. 367)

La sexualidad comprende uno de los principales ámbitos de actuación social que permite representar la masculinidad en tanto que aparece como una de las fuentes más poderosas de expresión sobre la misma (Rohlinger, 2002). En la medida en la que la masculinidad precisa de la supresión y el repudio de los comportamientos relacionados con la feminidad, los hombres deben permanecer constantemente atentos para poder demostrar lo masculinos que son en realidad. Para ello, emplean el cuerpo y la sexualidad como dispositivos transmisores de conductas hegemónicas (Fracher y Kimmel, 1995; Rohlinger, 2002).

Dado que el imaginario colectivo considera que la masculinidad proviene de los cuerpos de los hombres, el cuerpo pasa a ser una herramienta que, a través de diferentes niveles de conciencia, los hombres manipulan para representar de manera

impoluta aquello que los hombres consideran adecuado con respecto al modelo hegemónico de masculinidad (Enguix, 2020). Este hecho, se ilustra perfectamente por medio de las diferentes formas en las que las sociedades occidentales clasifican a los hombres en función de su forma física y de su capacidad atlética. En consecuencia, la apariencia y el uso del cuerpo pretenden servir de indicador jerárquico, que va desde lo más fuerte, entendido como masculino, hasta lo más débil, considerado como femenino.

En resumen, la masculinidad no solo es cuestión de mente, sino también de cuerpo y de sexualidad (Kimmel, 1996), es decir, la masculinidad se expresa físicamente a través de los músculos, así como mediante el consumo de adornos o accesorios, considerados especialmente masculinos. Todo ello, viene a reafirmar el ideario que las sociedades patriarcales establecen entre las masculinidades, los cuerpos y la sexualidad masculina: cuerpos musculosos, fuertes, altos, apretados y fibrados que evocan unos atributos agresivos, estables, fuertes y dominantes en la relación con las personas (Enguix, 2020).

En relación con el ámbito de la masculinidad, las formas en que se representa el cuerpo masculino para personificar las imágenes dominantes de la masculinidad lo convierten en objeto de luchas y lo valoran como capital. Es un recurso que utilizan los hombres para proyectar una imagen de masculinidad. Como capital físico en el campo de la masculinidad, el tamaño y la forma del cuerpo son tan importantes como su uso (por ejemplo, la forma de andar, el habla, la destreza, la conducta, las prácticas sexuales). Los músculos han llegado a equipararse con los ideales masculinos hegemónicos de fuerza y poder; la grasa corporal baja se equipara con la actividad y la disciplina; la juventud se asocia con la salud y la virilidad. Como resultado, los hombres con cuerpos que personifican la masculinidad hegemónica y coinciden con el ideal cultural (es decir, delgados, musculosos, jóvenes) tienen el capital físico más valorado en el campo de la masculinidad (Coles, 2009, p.38).

En la actualidad, diferentes investigadores sostienen que la definición social del cuerpo masculino y de sus ideales de belleza aparecen como factores de éxito en las

sociedades neoliberales de consumo. De hecho, el cuerpo masculino tiende a ser feminizado y sexualizado como un objeto de belleza permanente, en tanto que los hombres comparecen como personas deseables (Plaza, 2003). Los nuevos modelos de masculinidad representan a hombres sensibles, sociables y complacientes ante las aspiraciones o necesidades de los demás, si bien erotizan sus cuerpos fibrados para conseguir las posiciones de éxito en el entramado social. De la misma manera, existe la idea de que la sexualización de las mujeres ha adquirido un carácter andrógino, puesto que también ellas emplean su erotismo para conseguir el éxito social en tanto que sujetos deseables (Sambade, 2020).

Estos cambios en los modelos corporales de la masculinidad son considerados como consecuencia directa de los avances sociales promovidos por el feminismo radical que, entre otras cuestiones, centra parte de su lucha en la liberación sexual de las mujeres. Sin embargo, los hombres solo se han adaptado momentáneamente a esta situación, y por ello han comenzado a cambiar su apariencia, más no su esencia personal vinculada con el modelo de masculinidad tradicional (Enguix, 2020). De este modo, los modelos corporales o estéticos de la masculinidad comprenden una nueva mascarada de la hegemonía masculina, por cuanto que alimentan la ficción de un cambio incompleto con respecto a su posición de poder social. Desde este punto de vista, pese al esteticismo universal de los modelos de masculinidad y feminidad, no parece que los modelos masculinos aparezcan desprovistos de los preceptos tradicionales de fortaleza y virilidad, en la medida en que ambas intensifican la potencia seductora y sexual (Sambade, 2020).

Se han sustituido los modelos [tradicionales] por un esteticismo basado exclusivamente en la apariencia física. Hombres jóvenes, viriles, fuertes, instantáneos, conquistadores, bronceados, musculosos, sin un gramo de grasa extra, sin un pelo fuera de sitio, desodorizados, perfumados, vestidos con un peculiar cuidado desenfadados y rubios aparecen junto a mujeres jóvenes, atractivas, altas, delgadas, perfectamente peinadas, maquilladas, también desodorizadas, sin grasas y aún más perfumadas, seductoras, distantes pero asequibles, instantáneamente conquistables, bronceadas, magníficamente vestidas y generalmente rubias (Bañuelos, 1994, p.139).

En las últimas décadas, aparecen en el imaginario colectivo diferentes modelos de belleza masculina definidos como: *metrosexuales*, *übersexuales* y *spornosexuales* (Simpson, 1999). Estos modelos de belleza masculina comparten de manera equitativa el ideario del cuidado de la apariencia personal y la posición social de los varones como sujetos de deseo físico y sexual (Sambade, 2020). En términos generales, Simpson (2002) acuña el concepto de *metrosexual* en el intento de definir a un hombre de la sociedad urbana post-industrial, preocupado por su imagen física y por la necesidad de posicionarse como objeto de deseo sexual para las mujeres. El metrosexual no es un hombre afeminado conductualmente, sino que su supuesta feminización proviene de su interés por construir una imagen de hombre deseable por medio de la moda y de los accesorios.

El objetivo de la moda no es exactamente el lujo, sino despertar la imaginación. Al igual que los juguetes a ojos de los niños, perfumes, accesorios y vestidos no son sino piezas de tela o cualquier otro material gracias a los cuales podemos imaginar cosas que nos liberan y nos hacen sentir bien: no es el objeto en sí, sino adónde nos lleva (Rodríguez, 2020, p.117)

Además, el hombre metrosexual se caracteriza por ser un narcisista en potencia, donde sus únicas intenciones son ser mirado y deseado para así saber que tienen posibilidad de atraer a las mujeres (Simpson, 2002). Para este autor, David Beckham representa el icono principal de la metrosexualidad.

El típico metrosexual es un joven con dinero para gastar, que vive en la ciudad, donde están las tiendas lujosas, los clubs, los gimnasios y las mejores peluquerías. Puede ser oficialmente gay, hetero o bisexual, pero esto no tiene tanta importancia porque se ve a sí mismo como su propio objeto de deseo y placer. De profesiones liberales como modelos, medios de comunicación y productoras o músicos pop y, ahora, también deportistas, saben que atraen, aunque la verdad sea dicha, lo mejoran con productos cosméticos masculinos (Díaz Diego, 2006, p.160).

Martins (2012, pp.340-341) señala algunos consejos para reconocer a los hombres metrosexuales: a) los hombres metrosexuales viven en las áreas metropolitanas, de ahí deriva el nombre. Pueden encontrarse en tiendas de diseñadores, salones de belleza, gimnasios, bares de moda y eventos importantes; b), generalmente, a los hombres metrosexuales les encanta arreglarse y usar maquillaje. Muchos de ellos se pintan las uñas, mientras que otros prefieren usar delineador en los ojos. En algunos casos, los más osados también utilizan colorete y rímel; c) usualmente, los metrosexuales utilizan ropa de marca. De hecho, les encantan las marcas de diseñadores como Versace y Armani. Los metrosexuales más informales también son ávidos con la ropa, y suelen frecuentar tiendas de ropa usada; d) valientes como ellos mismos, se someten a cualquier tortura con la condición de mantener una apariencia impecable, bien sea mediante ejercicio físico durante horas o enfrentado la depilación con cera caliente para deshacerse de todos los pelos de su cuerpo, incluidas las partes más íntimas; y e) los hombres metrosexuales son, ante todo, unos narcisistas. Siempre están dispuestos a hacerse una foto y posan con total naturalidad para salir bien en ellas. Luego las utilizan para subirlas a los diferentes medios de comunicación social y así aumentar su visibilidad social.

Pese a que el modelo de masculinidad metrosexual aparece desvinculado de la orientación sexual, los sectores conservadores de la cultura de consumo elaboran un modelo alternativo de belleza masculina (Saltzman et al., 2005). Desde este punto de vista, aparece el hombre *übersexual*, un hombre que se preocupa por su apariencia, pero que construye su imagen por medio de los preceptos propios de la masculinidad tradicional, como pelo en el pecho, la barba aparentemente descuidada y los trajes oscuros de corte clásico, entre otras cuestiones estéticas. Este modelo de belleza masculino aparece como producto de una tendencia heterosexual de mercado que pretende captar como consumidores a los hombres que rechazan la metrosexualidad, pero no pueden permanecer ajenos a las prácticas del cuidado estético de sí mismos. Para Saltzman et al. (2005) George Clooney es su máximo representante.

Tanto el modelo de belleza *metrosexual* como *übersexual* requieren de una construcción física del cuerpo. De hecho, Beckham es un exfutbolista profesional de compleción física atlética. Pero estos modelos de belleza masculinos pueden ser encarnados por hombres con diferentes niveles de masa muscular. Por el contrario, el modelo

del *spornosexual* representa a un hombre de grandes dimensiones musculares, un hombre hipertrófico y atlético que representa el máximo exponente de la hipervirilidad, como los personajes de *Rambo* o de *Terminator*. El término *spornosexual* es una contradicción de los términos *sportman*, es decir, porno y sexual (Simpson, 2015). En este sentido, Simpson (2006) acuña este concepto para hacer referencia a hombres heterosexuales que construyen su cuerpo con el propósito de provocar una intención homoprovocativa en los hombres. De hecho, este autor encuentra el origen de la *spornosexualidad* mediante el visionado del cine homosexual. Este modelo ha resignificado la nueva metrosexualidad, si bien el cuerpo hipermusculado, los tatuajes y la actitud narcisista definen a los hombres modernos que desean ser deseados (Simpson, 2018). A modo de ejemplo, el icono de la *spornosexualidad* es el actor australiano Chris Hemsworth.

A la luz de lo expuesto, cabe señalar que los modelos de belleza masculina se encuentran influenciados por las tendencias homosexuales. En este sentido, aparecen diferentes significaciones susceptibles de valorar. Por una parte, la tendencia de cambio impulsada por el movimiento homosexual pretende significar una legitimación de la libertad de los hombres homosexuales y, por tanto, la deconstrucción del imperativo heterosexual imperante en las sociedades patriarcales. De hecho, la visibilización actual de los colectivos LGTBIQ+ también apuntan a esa misma dirección. No obstante, no se puede olvidar que estos modelos corporales y estéticos se han generalizado y heterosexualizado desde una cultura de consumo que pondera los intereses comerciales en detrimento de la transformación social ética (Sambade, 2020). Por otra parte, la fascinación homosexual por los modelos de belleza masculinos no hacen más que perpetuar el androcentrismo propio de las sociedades patriarcales (Badinter, 1993). Este sesgo puede observarse dado que todos los modelos de belleza se sustentan en la importancia de la construcción física del cuerpo. En consecuencia, los nuevos modelos de belleza masculina son representados por diferentes tipos de personajes publicitados en los diferentes medios de comunicación social, y todos ellos comparten una única característica en común: un modelo corporal basado en el desarrollo de la masa muscular que expone constantemente su fortaleza física como atributo deseable de la masculinidad tradicional (Sambade, 2020).

Si bien estos modelos de masculinidad no representan una transformación de los hombres hacia la igualdad, la investigación realizada por Enguix (2019) pone en evidencia que los cuerpos, entendidos como construcciones relacionales, desbordan la materialidad de los modelos de belleza y habitan el género, por cuanto que confluyen con diferentes realidades sociales para dar paso a la volatilidad, a la fluidez y a la interseccionalidad. Desde este punto de vista, la visibilidad social y la aceptación de nuevos modelos corporales ambiguos comienzan a adquirir protagonismo en diferentes plataformas o medios de comunicación social, y cada vez son más absorbidos por los mercados mainstream. De hecho, diferentes empresas comerciales han comenzado a incluir colecciones textiles sin género en sus tiendas, como Zara, H&M o Selfrieds. De la misma manera, el diseñador español Palomo Spain es mundialmente aclamado por su reinterpretación de la ropa masculina, y en una de sus entrevistas dice: «quiero reinventar la masculinidad pero desde la naturalidad: que los hombres se vistan como quieran. Habrá mucha gente que no esté preparada, pero nosotros sí lo estamos y no me siento para nada solo en esta idea».

En la misma medida, Bacete (2017) afirma:

Para lograr la igualdad es fundamental despatriarcalizar también los cuerpos de los hombres, liberarlos, sacar al macho limitante que vive en nosotros como si fuera nuestra esencia, nuestros huesos, piel, pulmones, estómago. Ese macho al que confundimos con nosotros mismos cuando no es más que un invitado doliente y molesto. Sin ser apenas conscientes, lo vivimos en primera persona creyéndolo el verdadero yo, el genuino y libre, porque está adherido a nuestra piel y es difícil de limpiar, como el chapapote a la roca, pero a quien podemos invitar a hacer las maletas y acompañar en el complejo proceso de dejar de habitarnos. (pp.93-94)

6.1.2. Otras nuevas masculinidades: las masculinidades inclusivas

Desde sus inicios en la década de los setenta, los estudios sobre los hombres —*Men's Studies*— ponen en evidencia los problemas de la masculinidad, tanto aquellos que remiten a los privilegios obtenidos por los hombres a la vista de su género, como los

costes que supone para los hombres asumir un modelo de masculinidad hegemónica, que enfatiza la opresión, la subordinación, la discriminación y la exclusión de los hombres homosexuales (Connell y Messerschmidt, 2005; Connell, 2020). Desde el momento en el que comienzan a aparecer diferentes estudios documentados en relación con el asentimiento o inclusión de los hombres homosexuales en los grupos de iguales masculinos, Anderson (2009) propone la *Teoría de la Masculinidad Inclusiva* para mostrar las relaciones cambiantes que los varones adolescentes experimentan con respecto a las masculinidades hegemónicas. Desde este punto de vista, esta teoría o enfoque inclusivo permite explicar la posibilidad de desarrollar diferentes dinámicas sociales en entornos deportivos o de fraternidad no basadas en el estoicismo, la homofobia o el rechazo de lo femenino (Anderson y McCormack, 2018).

La masculinidad inclusiva se basa en la inclusión social de aquellos tradicionalmente marginados por la masculinidad hegemónica. Con el apoyo de la cultura organizativa o institucional, o de ambas, se dice que estos hombres se alejan políticamente de las nociones ortodoxas de la masculinidad y se preocupan menos o se despreocupan por completo de que los demás los perciban como homosexuales, heterosexuales, masculinos o femeninos. Dado que se dice que estos hombres tienen una asociación culturalmente positiva con la homosexualidad, la homofobia no solo deja de ser una herramienta de marginación masculina, sino que las expresiones homófobas quedan estigmatizadas. En consecuencia, se ha demostrado que los hombres que se suscriben a la masculinidad inclusiva se comportan de forma afeminada y se muestran menos defensivos con respecto a su heterosexualidad, todo ello con menos o sin miedo al estigma social (Anderson, 2008, p.606).

Las masculinidades inclusivas declinan la homofobia como elemento central en la construcción de la masculinidad, si bien su ausencia permite manifestar una apertura emocional de los hombres heterosexuales hacia otras personas, basada en el aumento de la sensibilidad, la ruptura de los estereotipos de género, y la amistad entre personas del mismo sexo sin discriminación por motivo de la orientación sexual (McCormack y Anderson, 2014a). En consecuencia, las masculinidades inclusivas permiten ampliar las redes de amistades al incluir a hombres homosexuales, al tiempo que promueven la intimidad emocional con los amigos, aceptan el contacto

físico con otros hombres, reconocen la bisexualidad como una orientación sexual legítimas, adoptan actitudes o comportamientos considerados como femeninos, y rechazan la violencia y el acoso (Anderson y McCormack, 2018).

La contribución principal de la *Teoría de la Masculinidad Inclusiva* es que permite relacionar los comportamientos de género de los hombres con la tendencia social de disminución de la homofobia. En este sentido, esta teoría sostiene que las masculinidades experimentan un cambio sustancial desde el momento en el que disminuye la homofobia. Como resultado, las estratificaciones de los hombres se vuelven menos jerárquicas y las diferentes formas de expresión de la masculinidad adquieren uniformidad en el plano social. De la misma manera, la feminidad de los hombres no se estigmatiza y se amplían los comportamientos o actividades que, en un primer momento, eran consideradas exclusivamente como femeninos (Anderson, 2009).

La homofobia es un principio organizador de nuestra definición cultural de virilidad. La homofobia es más que el miedo irracional por los hombres gay, es más que el miedo de lo que podemos percibir como gay. “La palabra amanerado no tiene nada que ver con la experiencia homosexual o incluso con los miedos por los homosexuales”, escribe David Leverenz (1986). “Sale de las profundidades de la virilidad: una etiqueta de enorme desprecio por alguien que parece afeminado, blando, sensible” (p.455). La homofobia es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los standards, que no somos verdaderos hombres. Tenemos temor de permitir que otros hombres vean ese miedo. Este nos hace avergonzarnos, porque su reconocimiento en nosotros mismos es una prueba de que no somos tan varoniles como pretendemos (...). Nuestro miedo es el miedo de la humillación. Tenemos vergüenza de estar asustados (Kimmel, 1997, pp.56-57).

En el intento de dar cuenta del proceso de cambio que han experimentado las sociedades occidentales con respecto a la homofobia, Anderson (2009) introduce el concepto de *homohisteria*, entendido como el miedo que experimentan los varones a ser percibidos socialmente como gais. Desde este punto de vista, Anderson y McCormack (2018) indican que una cultura es homohistórica si cumple tres condiciones

principales: a) la cultura mantiene una amplia antipatía hacia los hombres homosexuales; b) el imaginario colectivo considera que existe un amplio número de hombres homosexuales en las sociedades occidentales; y c) se amplía la creencia de que el género y la sexualidad se combinan entre ambos. Cuando las sociedades cumplen con estas tres condiciones indisociables, la homofobia se emplea como instrumento de medida de género, si bien los hombres temen enormemente al estigma de ser percibidos por las sociedades como homosexuales. Desde este punto de vista, la *homohisteria* aparece como el elemento principal que permite comprender las masculinidades inclusivas, dado que pretende explicitar el proceso de cambio social experimentado por las masculinidades en relación con la homofobia. Dicho de otro modo, la *homohisteria* describe las condiciones sociales en las que la homofobia funciona como elemento regulador del comportamiento de los hombres. Por consiguiente, la homofobia solo puede regular los comportamientos de los hombres que son *homohistéricos* (Anderson y McCormack, 2018).

El motor de la disminución de la homofobia remite a la aceptación de actitudes homosexuales por parte de las sociedades occidentales. Sin embargo, no solo basta con un cambio de actitud que condene comportamientos o actitudes homófobas. También es importante realizar cambios estructurales que permitan adaptar las legislaciones a las necesidades de las personas homosexuales, reconociendo sus derechos, deberes y libertades. En este sentido, cabe señalar la necesidad de que las minorías sociales adquieran mayor protagonismo o representación en diferentes cargos o instituciones, a fin de visibilizar el cambio de tendencia hacia sociedades democráticas (Anderson y McCormack, 2018). De la misma manera, la mayor visibilidad social de las personas homosexuales en el escenario público puede servir de referencia para otras personas que, en la misma situación de vulnerabilidad, no se sienten preparados para dar ese paso de aceptación de su masculinidad homosexual (Anderson, 2009). Todos estos cambios propuestos, ponen de manifiesto la posibilidad de aminsonar la homofobia en las sociedades actuales, dado que el deseo y las relaciones entre personas del mismo sexo se enmarcan como formas de amor que las personas tienen derecho a practicar (Twenge 2014).

Aunque cuestiones como la clase social, la religión, la etnia o la ubicación cultural influyen en la dinámica de las masculinidades, la noción de las *masculinidades inclusivas* pone de relieve que los cambios de comportamiento de los hombres con respecto al género no son fugaces ni superficiales, sino que representan un cambio esencial en las prácticas de las masculinidades (Enguix, 2020). En este sentido, si bien es cierto que la naturaleza cambiante de las masculinidades ha sido documentada a partir de la elaboración de diferentes estudios, todas las culturas específicas y locales están influenciadas por la disminución de la homofobia, que es el resultado de las mejoras de las actitudes hacia las personas LGTBIQ+, junto con otros cambios legales, culturales y sociales. De este modo, además de tener poder de permanencia social, las masculinidades inclusivas se postulan como un desafío central a los sistemas de desigualdad pasados basado en el poder de la heterosexualidad (Anderson y McCormack, 2018).

El planteamiento que deriva de las masculinidades inclusivas no pretende afirmar que la homofobia ha desaparecido. De hecho, la homofobia sigue prevalente en las sociedades occidentales, y omitir su existencia equivaldría a reducir el problema en torno a unos agravantes extremos. No obstante, las encuestas de opinión indican un cambio de tendencia con respecto a la posibilidad de mantener relaciones sexuales entre personas del mismo sexo y, en los últimos años, también se han producido cambios legales significativos en cuanto a los derechos y libertades de las personas homosexuales (Enguix, 2019). Además, cada vez son más notorias las investigaciones que toman como punto de partida la afirmación de que la masculinidad como esencia biológica y cultural ha disminuido. En este sentido, Ghaziani (2014) emplea el concepto "*post-gay*" para destacar "un nuevo paradigma gay caracterizado por una dramática aceptación de la homosexualidad y una correspondiente asimilación de gais y lesbianas en la corriente principal" (p.9).

Con todo ello, se debe cuestionar si el declive social de la homofobia y de la homofobia conducen directamente hacia la conformación de las masculinidades inclusivas o a un cambio en las ideas patriarcales de lo que un hombre de verdad debe ser. Desde este punto de vista, en numerosas ocasiones, se tiende a relativizar la homonormatividad, es decir, la constitución de un modelo normativo, pretendidamente hegemónico, del sujeto homosexual dentro del proceso de normalización de

las cuestiones homosexuales en las sociedades occidentales (López Clavel, 2015). Este modelo homonormativo defiende la integración de las personas homosexuales en las sociedades heteronormativas, de forma que la imagen de las personas homosexuales se convierte en una fuente de generación de exclusiones y desigualdades al reforzar las manifestaciones de la heterosexualidad mediante el sistema dual sexo-género (Moreno y Pichardo, 2006).

En la actualidad, la masculinidad gay ha sido reconstruida y resignificada de acuerdo a los preceptos de la masculinidad hegemónica. De hecho, Enguix (2020) indica que se ha reproducido el estigma normativo heterosexual sobre el comportamiento amanerado o afeminado de los hombres. En consecuencia, parece que no es tan sencillo apuntar sobre el fin de la homofobia y la homohisteria, y menos aún hacer depender ambas definiciones de un cambio fundamental en la masculinidad.

Tal como señala De Boise (2015):

La masculinidad inclusiva es engañosa en el sentido de que lo que pretende documentar, la inclusión de "otros" en prácticas de género más equitativas, es en realidad la inclusión de algunos blancos, homosexuales, hombres y niños en configuraciones hegemónicas de poder y la hibridación de prácticas hegemónicas (Bridges y Pascoe 2014). En una situación (...) donde las iglesias todavía prohíben el matrimonio entre personas del mismo sexo, donde los hombres todavía cometen violaciones contra mujeres en una escala significativamente desigual con tasas mínimas de condena y donde los asaltos y asesinatos homofóbicos son cometidos en gran parte por hombres contra otros hombres, surge la pregunta: ¿para quién es realmente inclusiva ahora la masculinidad?. (p.334)

Pese a que en algunos contextos sociales ha disminuido notablemente el papel de la homofobia como elemento identificador de la construcción de la masculinidad hegemónica, no se puede hacer de ello una declaración generalizable (Enguix, 2020). En este sentido, hace falta mayor número de investigaciones centradas en la intersección de diferentes cuestiones, como la clase, la educación, el origen de procedencia o el género, que confluyan en el intento de instaurar nuevos mapas de cambios posibles en la masculinidad.

6.1.3. Otras nuevas masculinidades: los hombres por la igualdad de género

La guía es querer ser un varón justo y respetuoso. Todo lo demás son excusas, ya no vale la nostalgia del machismo perdido o el victimismo del varón resentido. Los grupos de hombres por la igualdad de género que trabajan otra nueva masculinidad proponen, para que el cambio sea posible, desarrollar estrategias grupales, sociales y políticas que ayuden a los varones a hacerlo. Algunas tareas pendientes son la promoción y el asociacionismo y estimular a los varones igualitarios para que abandonen el silencio cómplice; el desarrollo y la difusión de los estudios críticos del varón y del capítulo masculino de los estudios de género en las universidades; y el entrenamiento de profesionales de la salud, el derecho y la educación sobre las particularidades del psiquismo y los comportamientos masculinos, especialmente las habilidades de resistencia al cambio (Varela, 2019a, p.386).

En la actualidad, aún con todos los avances conseguidos en materia de igualdad de género, siguen existiendo una amplia cantidad de hombres que piensan que el feminismo es una guerra contra ellos. En estos tiempos en los que, ante las imparable conquistas de igualdad del movimiento feminista, buena parte de los hombres de las sociedades occidentales se sienten agraviados y otros muchos confundidos, sigue siendo pertinente aportar una definición clara, directa y abreviada del feminismo con la finalidad de explicitar el lugar que ocupan los hombres en este movimiento social y político (Salazar y Sambade, 2020).

Respaldado en una sólida tradición teórica, el feminismo nace con el propósito de establecer un mundo globalizado en el que el sexo no aparezca como el único determinante de los derechos y oportunidades de las personas. Por este motivo, son las mujeres quienes han tenido que vindicar con su voz el derecho de las mismas a un estatus pleno de ciudadanía, en detrimento de una discriminación estructural basada en el dominio masculino y en la cultura del machismo, que ha devaluado lo femenino por medio de la transmisión de un sentimiento de ocio hacia las mujeres (Varela, 2019b).

Los hombres tienen que saber que el feminismo es una lucha de niñas y mujeres, que somos las oprimidas, y que los chicos y los hombres pueden ser aliados, pero nunca abanderados de la lucha. El espacio del feminismo es nuestro, ellos pueden y deben apoyarnos, alentarnos y acompañarnos, pero las voces son de las mujeres y las niñas (Marañón, 2018, p.184).

En este sentido, los hombres, en tanto que seres socializados en el género masculino, han comenzado a sentirse interpelados por la lucha del feminismo, por cuanto que reconocen la justicia de las vindicaciones feministas, y asumen un papel crítico con respecto al modelo de masculinidad hegemónica o tradicional (Ranea, 2021). De hecho, buena parte de los varones que comienzan a iniciar su andadura de transformación personal hacia posicionamientos feministas, lo hacen porque sienten que el cambio puede aportarles cosas positivas, como es mejora de la convivencia con las mujeres del entorno social o familiar más cercano, en especial, con compañeras, amigas, esposas, sobrinas, e hijas (Pease, 2015). No obstante, deben tener claro que, en ningún caso, son ellos los protagonistas de esta lucha, sino que participan de manera conjunta con las mujeres para consolidar esta revolución ardiente de deseo de acabar con el patriarcado (Bacete, 2017; Varela, 2019a; Salazar y Sambade, 2020).

Es obligado funcionar con grandes y necesarias dosis de modestia y no pretender ir dando lecciones de feminismo; sin embargo, creo necesario el activismo político y social de los grupos de hombres en lugar de pensar que mejor nos callamos y solo tomamos nota, como si no pudiésemos sustraernos a nuestra identidad y generar análisis, activismo y propuestas feministas. [...] Creo que el papel de los hombres en el feminismo es el de trabajar por la diversidad de masculinidades o, mejor aún, por la desaparición de las identidades cerradas de género y de las discriminaciones sexistas y violencias machistas. Creo que ese trabajo podemos hacerlo mejor si, fundamentalmente, aunque no de forma exclusiva, nuestros esfuerzos se dirigen a otros hombres para potenciar su cambio. Creo que esa intervención no se consigue callándonos o situándonos fuera de las luchas feministas, sino desde ellas, desde el trabajo conjunto con las mujeres, las personas trans y todas aquellas gentes que apuesten por una sociedad justa (Riviere, 2021, p.174).

Lorente (2020, p.202) indica que los hombres pueden sentirse incluidos en las reivindicaciones a favor de la igualdad de género si siguen cuatro sencillos pasos:

- ❖ En primer lugar, los hombres tienen que entender que participar no es ser protagonista, es decir, que pueden implicarse en las manifestaciones y planteamientos críticos con la desigualdad y a favor de la igualdad de género sin llevar la voz cantante, ni tener que decir a las mujeres qué es lo que tienen o no tienen que hacer.
- ❖ En segundo lugar, los hombres tienen que realizar una especie de reflexión personal sobre el grado de conciencia y coherencia que existe entre su vida personal, y aquello que se reivindica en lo que quiere participar.
- ❖ En tercer lugar, los hombres deben entender que la desigualdad no es una entelequia, sino una realidad histórica construida sobre la discriminación de las mujeres, y que son ellas las que se ven apartadas, limitadas, atacadas y olvidadas a la hora de participar, decidir y dirigir. Por consiguiente, son las mujeres quienes deben ocupar los espacios, los lugares y los tiempos donde han sido desplazadas por el machismo.
- ❖ En cuarto y último lugar, los hombres deben tomar conciencia de que el cuestionamiento dirigido a los hombres no es a cada uno de ellos, sino a lo que se hace en nombre de todos los hombres con la pasividad, distancia y permisividad de la gran mayoría de los hombres. Cuando un hombre “no actúa” ante lo que muchos hombres hacen, y se justifica al decir “yo no soy machista”, “yo no soy maltratador”, en realidad adopta una pasividad que permite que otros hagan todo lo que se cuestiona en las reivindicaciones feministas, que es justo lo que se pretende erradicar. La pasividad es un posicionamiento a favor de la desigualdad y su violencia, no es neutralidad.

La relación entre el feminismo y los hombres es compleja: mientras que para las feministas radicales, solo las mujeres oprimidas pueden hablar de opresión, otros

sectores del movimiento feminista consideran que sin la complicidad de los hombres, nunca se podrá lograr un cambio en las relaciones de género. En cualquier caso, los hombres, conscientes de la situación de desigualdad estructural, han comenzado a posicionarse públicamente con las etiquetas de “igualitarios”, “antisexistas” o “profeministas” (Bonino, 2003; Blanco, 2013; Sambade, 2020). En el marco español, el término “profeminista” rara vez se utiliza para referirse al activismo de los hombres por la igualdad de género dado que es un término bastante problemático (Enguix, 2020).

El término *profeminismo* pone la problemática de principio a fin, como hombres apoyando las luchas de las mujeres y cuestionando el poder de ellos sobre las mujeres. Pero esta forma de análisis sugiere que aunque este apoyo y cuestionando el poder de ellos sobre las mujeres. Pero esta forma de análisis sugiere que aunque este apoyo y cuestionamiento sean indudablemente fundamentales, ellos no constituyen asuntos singulares o problemas para los hombres. Además, tampoco es el único camino para destruir el patriarcado y crear una sociedad de igualdad humana y liberación. Pero, si incluimos un análisis de impacto de una sociedad dominada por los hombres en los propios hombres, entonces el proyecto se transforma no solo en *profeminista* sino en algo que es *antisexista*, *antipatriarcal* y *antimasculinista* (Kaufman, 1997, pp.80-81).

De hecho, incluso dentro del movimiento de hombres por la igualdad existe un acalorado debate sobre la posibilidad de acoger en su seno la categoría feminista. Así, pueden aparecer colectivos que se identifiquen directamente como feministas, otros que hablen sobre profeminismo o aliados del feminismo, y otros que rechacen directamente la etiqueta del feminismo y simplemente aparezcan como hombres que luchan por la igualdad de género (Cascales y Téllez, 2021). No obstante, todos ellos coinciden en la consigna de que la igualdad real se conseguirá cuando el orden de género pueda cambiar en las sociedades patriarcales, con el fin de hacer desaparecer las desigualdades existentes entre hombres y mujeres (Bonino, 2003).

Por lo general, los hombres profeministas o igualitarios pertenecen a los sectores medios, afines a las ciencias sociales o educativas (Bonino, 2003). No obstante, como

cualquier otro sujeto masculino, ocupan posiciones de poder y dinámicas que reproducen una dominación internalizada, pues, aún sin pretenderlo conscientemente, pueden reproducir conductas o aspectos relacionados con la masculinidad hegemónica patriarcal existente (Cascales y Téllez, 2021). Pese a ello, trabajan de forma activa para deshabilitar los espacios de poder público o social, y asumir diferentes responsabilidades en el ámbito doméstico y familiar. Asimismo, esta superación de la concepción patriarcal les impulsa a realizar cambios importantes en la concepción del amor (Herrera, 2019) y en el ámbito de la sexualidad (Alario, 2021).

En el intento de conseguir la igualdad real entre hombres y mujeres, los hombres profeministas acogen en su seno la consigna popular “lo personal es político²⁶”, con la particularidad de ser una de las pocas agrupaciones de hombres que evidencian de forma explícita una doble estrategia como movimiento social: la necesidad de realizar un cambio personal y la reivindicación pública de manifestaciones o de políticas dirigidas a hombres para erradicar el modelo hegemónico de masculinidad (Cascales y Téllez, 2021). Por consiguiente, las agrupaciones de hombres por la igualdad de género trabajan en una doble línea de acción público-personal. A nivel público, asumen un compromiso crítico contra la violencia machistas e intervienen en diferentes espacios a favor de la igualdad entre los sexos. Para ello, participan en investigaciones con perspectiva de género, apoyan visiblemente las luchas feministas, organizan reuniones municipales, territoriales y comarcales para interpelar a los hombres patriarcales, hegemónicos, machistas y misóginos, y desarrollan actividades propias relacionadas con el feminismo. A nivel interno o personal, trabajan en colectivos de reflexión con el propósito de deconstruir el machismo y desarrollar una convivencia igualitaria con otras personas, al tiempo que se liberan de las expectativas patriarcales y sus costes (Sambade, 2020).

²⁶ El lema “lo personal es político” sostiene que el mundo político, es decir, toda relación social mediada por repartos y usos de poder, no se limita a la esfera pública, más bien es una cuestión que tiene como punto de partida, analizar el espacio privado, donde no se sabe a ciencia cierta lo que los hombres hacen, dado que no se puede cuestionar ni preguntar y que, a las mujeres, se les presupone como espacio naturalizado. Este lema ha contribuido a que las conductas realizadas en el espacio privado se puedan politizar, por ejemplo, pidiendo cuentas a los hombres que, en el espacio público y desde discursos igualitarios, encarnan actitudes incoherentes con respecto a aquellas que acontecen en la vida privada (Azpiazu, 2017).

El trabajo personal de los hombres comprometidos con la igualdad de género proviene de la convicción de que el cambio no puede ser meramente ideológico o superficial. Así pues, el respeto de la igualdad de derechos y de oportunidades de las personas, en especial, las mujeres, precisa de una modificación existencial y práctica de la personalidad que elimine los hábitos machistas que resultan de la socialización de género y de los dividendos patriarcales. En otras palabras, los hombres profeministas sostienen que, para que se pueda producir un cambio definitivo hacia la igualdad social entre los sexos, no solo es necesario realizar cambio en el ámbito público, sino también en lo privado (Sambade, 2019). Tal como indica Azpiazu (2017) “las tareas del hogar son importantes, demarcan esos cambios que están más allá de lo meramente postural, cambios en profundidad que parten de lo más personal, porque lo personal es político. Y los hombres empezamos a reconquistar el hogar” (p.67).

Entre tanto, esta realidad política y personal ha generado controversias en el interior de las agrupaciones de hombres por la igualdad, dado que permanece latente el debate sobre el modo en el que los hombres deben cuestionar la masculinidad hegemónica o los pasos que tienen que seguir para deconstruir la misma, con todas las problematizaciones y discusiones existentes que surgen de estos planteamientos (Sanfélix y Cascales, 2019). Para intentar solventar algunas de las cuestiones suscitadas al respecto, con frecuencia, aparece todo un marco profesional de formadores que buscan ofrecer talleres sin tener conexión ni conocimientos con el ideario feminista desde el que surge esta estrategia. De hecho, una cantidad considerable de estas actividades o formaciones parten desde ámbitos sociales vinculados con el espiritualismo o con las prácticas terapéuticas de reasignación de la masculinidad. Estas propuestas se alejan demasiado de los principios que sustentan las agrupaciones de hombres por la igualdad (Bonino, 2003; Cascales y Téllez, 2021).

En cualquier caso, los hombres profeministas comienzan a adquirir mayor protagonismo en la escala social. Así, cada vez más, los hombres que luchan por la igualdad de género pasan formar parte de manifestaciones y concentraciones promovidas por el movimiento feminista. De hecho, su activismo político en la lucha contra la violencia de género hacen que adquieran cierta notoriedad social (Nardini, 2019). En este sentido, empiezan a organizar concentraciones a nivel nacional, pero no es

hasta 2006 cuando se organiza en Sevilla la primera manifestación de hombres españoles profeministas a nivel nacional con el lema: “El silencio nos hace cómplices. Hombres contra la violencia machista”. Si bien este recorrido no ha sido demasiado extenso, ha perdurado en el tiempo, y el pasado 21 de octubre de 2021, en conmemoración de los 15 años de la primera manifestación de hombres contra las violencias machista de Sevilla, se celebraron tres eventos durante la semana del 21 de octubre en esta misma ciudad, que incluyeron: el “Foro internacional: Masculinidades Igualitarias y Justicia de Género”; la “Agenda Feminista sobre Hombres y Masculinidades”; y el “Encuentro europeo: Hacia una Agenda feminista sobre Hombres y Masculinidades”.

Por otra parte, la lucha de los hombres contra todo tipos de expresiones que infravaloran las capacidades de las personas, el día del padre igualitario, o la lucha contra la LGTBIfobia, también aparecen como puntas de lanza de este movimiento donde los hombres reclaman la erradicación de las desigualdades y atrocidades que suceden como resultado de la socialización de género, y de un modelo de masculinidad patriarcal altamente nocivo para las mujeres, pero también para los hombres (Bacete, 2017; Salazar, 2019; Sambade, 2020; Herrera, 2020). Si bien estas cuestiones suscitan el interés general de la agenda de los hombres por la igualdad de género, otros temas, como la salud masculina, la prostitución, los vientres de alquiler, los cuidados de las personas dependientes, o la pornografía, entre otras temáticas, se continúan trabajando en los distintos encuentros. No obstante, no existe una articulación clara y consensuada sobre ellos, por lo que quedan acotados desde la propia reflexión personal y no tanto para el marco de reivindicación política (Cascales y Téllez, 2021).

Los varones en posiciones pretendidamente igualitarias debemos hacer dos cosas: en primer lugar, el esfuerzo pedagógico de visibilizar la lógica invisible del privilegio patriarcal para denunciarlo. Y eso requiere de conocimiento, voluntad y esfuerzo. Y además, debemos remangarnos y luchar en los espacios de los iguales contra el discurso, sea más explícito o más sutil, de la reacción posmachista o de la acomodación silenciosa y cómplice de muchos de nuestros amigos que probablemente anden bastante desubicados (Sanfélix, 2020, p. 188).

Entre tanto, la acción política de los hombres por la igualdad posee una implicación lenta, envejecida y poco numerosa. De hecho, los hombres aparecen más proclives al cambio en determinados momentos críticos de transición vital, como es el nacimiento del primer hijo o hija, la crisis de los 40, los 50 o los 60, los cambios en el ámbito laboral, las enfermedades o los accidentes que ponen en juego la vida de los hombres. Por tanto, teniendo en cuenta este hecho, las políticas de estímulo o promoción del cambio deben apuntar a esos momentos vividos por los hombres (Bonino, 2003). España es uno de los países europeos en los que, últimamente, se han comenzado a desarrollar numerosas propuestas. Ejemplo de este intento es el mapeo elaborado por el Observatorio de las Masculinidades, donde se compendia buena parte de las asociaciones, agrupaciones, redes y organizaciones que, de manera colaborativa luchan cotidianamente en el intento de que los varones adopten posiciones igualitarias²⁷. De la misma manera, el blog creado por Joaquim Montaner muestra una cronología bastante exhaustiva sobre el movimiento de los hombres por la igualdad en el Estado español²⁸.

A modo ilustrativo, la figura 2 pretende poner de manifiesto la localización geográfica de cada una de las asociaciones recogidas en el mapa español. Para una información detallada sobre cada una de las asociaciones, colectivos y redes de hombres por la igualdad de género puede consultarse el anexo 1.

²⁷ <http://observatoriomasculinidad.edu.umh.es/movimiento-de-hombres-por-la-igualdad/>

²⁸ <http://joaquimmontaner.net/cronologia/cronologia-inconclusa/>

Figura 2: Mapeo Movimiento Hombres por la Igualdad en España



Fuente: Observatorio de las Masculinidades. Universidad Miguel Hernández de Elche

Por último, cabe señalar los horizontes o retos que permanecen vigentes con respecto al papel que los hombres comprometidos con la igualdad deben desempeñar en la actualidad. En este sentido, se ponen en evidencia diferentes cuestiones éticas (Salazar, 2013):

- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género rechazan el ejercicio del poder patriarcal y renuncian a los privilegios que derivan del mismo.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género denuncian todas las formas de violencia machista contra las mujeres, fomentan la revisión crítica del sexismo interiorizado y desarrollan un trabajo de sensibilización y prevención de la violencia entre los hombres.

- ❖ Además de rechazar cualquier tipo de violencia contra las mujeres, los hombres comprometidos con la igualdad de género también condenan la violencia machista, y otras formas de expresión que minusvaloran a las personas, como el bullying, la homofobia, la transfobia, la gordofobia y la lesbofobia.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género promueven la corresponsabilidad de los hombres y los cuidados compartidos, con especial énfasis en la responsabilidad de los hombres en su propio cuidado, en el de sus hijos e hijas, en el de las personas mayores y en el de todas las personas dependientes. Para ello, apoyan las diferentes medidas de conciliación de la vida laboral y familiar.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género impulsan la paternidad activa y responsable, fomentan la implicación de los padres en el cuidado de los hijos e hijas, y mejoran las habilidades para la crianza. Por este motivo, asisten a los cursos o formaciones de preparación al parto, de primeros cuidados a la infancia, y de cuidados a la madre. De la misma manera, aunque desde comienzos de 2021 los permisos de maternidad y paternidad son intransferibles y de igual duración, los hombres igualitarios luchan colectivamente para superar muchas las trampas y los obstáculos que impiden cuidar de los hijos e hijas durante el primer año de nacimiento.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género apuestan por la coeducación en la comunidad educativa para transmitir valores que les ayuden a crecer, es especial a los chicos, como agentes activos de la igualdad. De la misma manera, la coeducación puede emplearse como herramienta necesaria para prevenir el abandono educativo temprano, las conductas disruptivas, el maltrato entre el alumnado, y las actitudes machistas que perjudican notablemente a toda la población adolescente.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género apuestan por un lenguaje igualitario, que no represente ni sostenga un modelo de dominación sexista, que silencia la diferenciación sexual e ignora la presencia y especialidad de personas de otro sexo.

- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género defienden las cuotas paritarias y de presencia de las mujeres y de los hombres en los cargos de responsabilidad pública y social, así como en las tareas de cuidado y de enseñanza.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género reconocen las diferentes formas de ser hombre, así como los derechos cívicos y humanos de las distintas expresiones de la sexualidad. Por este motivo, superan la patologización de la transexualidad, la transfobia y la homofobia.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género rechazan la imposición de la sexualidad basada en el dominio o en la penetración. Por ello, buscan nuevas alternativas que posibiliten la capacidad de disfrutar de una sexualidad libre, respetuosa y consentida. Asimismo, los hombres que luchan en beneficio de la igualdad se manifiestan en contra de la trata de seres humanos vinculada a la prostitución y a la explotación sexual de menores.
- ❖ Los hombres comprometidos con la igualdad de género intentan propiciar la mejora de la salud física, emocional y afectiva. Para ello, visibilizan los costes de las formas dañinas de ser hombre, que reducen la esperanza y calidad de vida, y que generar graves problemas de salud pública.

En resumen, a pesar de que cada vez más aumenta el número de hombres, se debe hacer especial hincapié en aquellos varones que todavía no han comenzado a iniciar el camino hacia posicionamientos igualitarios. Los obstáculos a los que se enfrentan son ampliamente complejos y numerosos, pero, sin ninguna duda, realmente satisfactorios.

El camino, como vengo postulando, ni está claramente dibujado, ni será sencillo y además nos llevará tiempo. No es una fábrica precisamente de felicidad, al menos el ideal de felicidad contemporáneo y propio de los sistemas de dominación que sufrimos, pero será buscadamente justo, honesto y aunque no seamos conscientes mejorará nuestra vida, salud, relaciones y la de la gente que nos rodea. Y quizás también sirva de modelo (de esfuerzo transformador), de ejemplo para generaciones futuras a quienes con este cambio, al menos como yo lo entiendo, también les dejaremos un planeta más sostenible (Sanfélix, 2020, pp.169-170).

6.1.4. Otras nuevas masculinidades: las masculinidades cuidadoras

Trabajo del hogar, trabajo reproductivo, trabajo doméstico, trabajo de las mujeres o, simplemente, cuidados. La aparente sinonimia de estos conceptos ensombrece el trasfondo social, político y cultural de un rico y dilatado debate teórico feminista con respecto a los cuidados, un trabajo que, sin ninguna duda, carece de la suficiente visibilidad social, por cuanto que es naturalizado para ser asignado de manera exclusiva a las mujeres (Pérez, 2020). Si bien el trabajo de las mujeres en los hogares había sido una cuestión de debate entre las pensadoras de la segunda ola del feminismo, no es hasta mediados de la década de los setenta, cuando de la mano del cuestionamiento del análisis androcéntrico del capitalismo industrial, comienzan a emerger preocupaciones relacionadas con la remuneración y mercantilización de los mismos, destacando, además, su componente emocional, su contenido moral y su profunda imbricación en un marco histórico de relaciones de género (Carrasco et al., 2019).

Los trabajos de cuidado son intensos y complicados. Exigen mucho física, mental y emocionalmente, no suelen tener horarios y, por supuesto, han carecido siempre de un sueldo o compensación económica. De ahí que, desde hace unas décadas, una de las principales reivindicaciones del feminismo es la que tiene que ver con pactar otras condiciones de vida, puesto que a medida que a lo largo del siglo XX las mujeres se han ido incorporando a lo público, nosotros no lo hemos hecho al ámbito privado. No nos hemos sumado a todos esos trabajos que implican cuidar de la casa, de nosotros mismos y de los demás (Salazar, 2019a, p.87).

En este sentido, como consecuencia de los incesantes debates enconados que emergen en el ámbito político y social con respecto a los cuidados, son muchas las mujeres que comienzan a reivindicar el derecho a participar de manera activa en el ámbito público, así como a interpelar a los hombres para que ellos mismos pasen a ocupar aquellos puestos que, como consecuencia de la división sexual del trabajo, les habían sido asignado a las mujeres sin previo consentimiento (Tobío, 2012). De este

modo, algunos hombres, conscientes de la discriminación a la que han sido duramente sometidas las mujeres, y de la necesidad de vindicar los principios éticos de igualdad, empiezan a participar, no sin ciertas reticencias, en el ámbito de lo privado, en especial, en la provisión de los cuidados de los hijos e hijas (Bodoque et al., 2016),

Dice Marcela Lagarde (2012) que los hombres contemporáneos no han cambiado lo suficiente como para modificar ni su relación con las mujeres ni su posición en los espacios domésticos, laborales e institucionales. Para ellos no es valioso cuidar porque, de acuerdo con el modelo predominante, cuidar significa descuidarse, es decir, usar su tiempo con los otros: dejar sus intereses, usar sus recursos subjetivos, bienes y dinero, en los otros y no aceptan, sobre todo, dejar de ser el centro de su vida, ceder ese espacio a otros y colocarse en posición subordinada frente a los otros. Todo esto se debe a que, en la organización social hegemónica, cuidar es ser inferior (Marañón, 2018, p.202).

En oposición con el modelo tradicional o hegemónico de masculinidad, de manera exponencial, comienzan a aparecer estudios que ponen el foco de atención en los hombres como dispensadores de cuidados. En este sentido, se analizan tanto las barreras que dificultan la participación masculina como las medidas personales, sociales o políticas, que permiten implicar a los mismos en su provisión. Desde este punto de vista, en el marco de los estudios críticos sobre hombres y masculinidades emerge con firmeza el concepto de *masculinidades cuidadoras* (Martín-Vidaña, 2021). Estas otras nuevas masculinidades, además de no cumplir con buena parte de los preceptos patriarcales de la masculinidad tradicional, permiten que los hombres puedan desarrollar de manera pública o social, la facultad de expresar los propios sentimientos y emociones, en la medida en la que dispensan el cuidado de personas dependientes (Hanlon, 2012).

Las masculinidades cuidadoras son identidades masculinas que rechazan la dominación y los rasgos que aparecen asociados a ella; adoptan valores relacionados con el cuidado de los otros, como la emoción positiva, la interdependencia y la racional-

lidad. Estas masculinidades cuidadoras constituyen una forma crítica del compromiso, la corresponsabilidad y la participación de los hombres en la igualdad de género, y ofrecen un potencial de cambio social sostenido tanto para los hombres como para las relaciones de género (Elliott, 2016, p.240).

Este modelo de masculinidad disidente con la hegemonía masculina, pretende poner de manifiesto nuevas prácticas de realización con respecto a la provisión de los cuidados, en especial, para los hombres jóvenes que rechazan de algún modo, el modelo de masculinidad tradicional heredado de su entorno social más cercano, como son los abuelos, los padres, los primos, los hermanos, e incluso los propios amigos (Alberdi y Escario, 2007). En este sentido, los cambios que conducen a la formulación de las masculinidades cuidadoras parten desde diferentes postulados sociales. Por una parte, los cambios en el modo de experimentar la masculinidad pueden ser consecuencia directa de las variaciones vividas por los hombres con respecto al plano social, sobre todo, con el aumento de las mujeres empleadas en el mercado laboral, el incremento de los niveles educativos o el descenso estrepitoso de la fecundidad. Por otra parte, los cambios pueden derivar de la creencia personal de los hombres en relación con el hecho de que para ser un buen hombre o padre, tienen que pasar buena parte de su tiempo con las personas que necesitan ser cuidadas (Flaquer y Moreno, 2020).

En cualquier caso, siempre ha habido hombres que han cuidado de otras personas, aunque, evidentemente, representan una breve minoría con respecto a aquellos que no lo hacen habitualmente. Entre tanto, con mayor o menor interés, cada vez son más los hombres que deciden traspasar las fronteras de género, y romper con el modelo de masculinidad hegemónica para cuidar. Así, con seguridad, los hombres cuidan, y lo han hecho siempre porque no hay más remedio. Incluso algunos hombres cuidan más de lo que ellos mismos piensan, y otros, reivindican constantemente su papel como cuidadores principales (Tobío, 2012). De hecho, cada vez más son los hombres que comienzan voluntariamente a participar en los trabajos remunerados de cuidados, y sus experiencias y percepciones requieren de un análisis en profundidad para continuar en la lucha por la igualdad de género (Bodoque et al.,

2016). Pese a la reciente incorporación de los hombres en la provisión de los cuidados, son muchos los obstáculos que impiden continuamente que los hombres puedan participar en los mismos. Desde este punto de vista, Tobío (2012) pone en evidencia algunas de las razones que dificultan este hecho, si bien las sintetiza en tres imperativos: a) los hombres no cuidan porque no saben; b) los hombres no cuidan porque no quieren; y c) los hombres no cuidan porque no pueden.

a) Hombres que no cuidan porque no saben

Por norma general, los cuidados precisan de un conjunto de conocimientos teóricos y prácticos establecidos con el propósito de garantizar el mantenimiento básico de las personas (Tobío et al., 2010). El cuidado, al igual que todos los conocimientos, requieren de esfuerzo para su aprendizaje y, aunque se hayan transmitido de manera informal entre las redes de mujeres, bien por costumbres patriarcales, bien por la necesidad de demanda del entorno familiar (Martín Palomo y Tobío, 2018), no vienen asignados desde el nacimiento de las personas, sino que se aprenden desde la práctica. De la misma manera, los cuidados no se encuentran inscritos en la genética femenina y, salvo la temprana socialización de las mujeres en las tareas del hogar, no existe ningún impedimento biológico o genético que impida a los hombres responsabilizarse de las actividades de cuidado (Fernández Cordón y Tobío, 2019). En virtud de lo expuesto, cabe señalar que la resistencia de los hombres para aprender a cuidar no es más que una estrategia patriarcal para someter a las mujeres bajo las premisas de la división sexual del trabajo, que las retiene como esclava en el ámbito de lo privado (Pérez, 2020).

En cualquier caso, aparecen diferentes tipos de obstáculos que menoscaban la participación de los hombres en los cuidados: las barreras culturales, las barreras de oportunidad, y las barreras éticas y morales (Comas d'Argemir, 2016). Todas ellas se encuentran relacionadas entre sí mismas. Por una parte, las barreras culturales derivan de la construcción sociocultural de la masculinidad y la feminidad, así como de las habilidades, comportamientos y aptitudes atribuidas a las personas en función del sexo. Este hecho conduce a construir la masculinidad y la feminidad desde

una cuestión rivalizada, como contrapuestos, de modo que los hombres son socializados para hacer aquello que las mujeres no hacen, pues, de lo contrario, rápidamente son catalogado como homosexuales, con todas las penalizaciones sociales que ello supone para los hombres (Herrera, 2019).

Visto de este modo, las barreras culturales se sustentan en la natural atribución de las tareas de cuidado a las mujeres. Esta situación no hace más que producir una segregación natural en la elección del trabajo, donde se valora el ámbito público y social, y se infravalora el espacio privado, en el que se realizan las tareas domésticas y de cuidados. De la misma manera, cabe señalar que las barreras culturales inciden en el imaginario social de los atributos que se otorga a los cuidadores profesionales, así como en las preferencias de las personas que reciben los cuidados con respecto a las personas cuidadoras (Comas d'Argemir, 2016). Dicho de otro modo, las personas que reciben los cuidados prefieren que sean las mujeres quienes se encarguen de esta tarea, por cuanto que, socializadas en el género femenino, creen que su disposición hacia los mismos aporta mayores beneficios (Bodoque et al., 2016).

Por otra parte, las barreras de oportunidad ponen en evidencia la diferencia salarial y la categoría profesional a la que acceden con frecuencia hombres y mujeres. Por lo general, los hombres disponen de mejores puestos de trabajo que las mujeres, lo que hace que sean ellas quienes habitualmente soliciten una reducción de jornada o una excedencia laboral para cuidar de las personas dependientes, bien sean los padres o suegros, o los hijos e hijas (Alcañiz Moscardó, 2017). De la misma manera, las barreras de oportunidad ponen el foco de atención en los diferentes modelos alternativos de la masculinidad, que ponen de manifiesto su interés en derribar los estereotipos y los roles de género, para mostrar su lado más humano y emocional, vinculados con los cuidados equitativos y paritarios.

Por último, las barreras éticas y morales de los cuidados ponen en evidencia el proceso social, por el que las mujeres, influenciadas por los preceptos patriarcales con respecto a su natural predisposición para los cuidados, consideran estos como una obligación maternal o una labor de amor. Como cabe esperar, esta postura sociológica ha recibido cuantiosas críticas por el simple hecho de reducir el cuidado como parte esencial del ser mujer (Martín Palomo, 2008b). Por tanto, se debe romper con

el ideal naturalizado de que los cuidados, por lo general, están asociados de manera inquebrantable con la feminidad (Izquierdo, 2003).

En definitiva, cabe señalar la imperiosa necesidad de erradicar los diferentes tipos de barreras existentes con la finalidad de fomentar una redistribución equitativa de los cuidados entre mujeres y hombres. Los cambios promovidos en las relaciones de género ha contribuido enormemente a obtener mayores niveles de igualdad social. Sin embargo, parece que solo han afectado más a la vida de las mujeres que a los hombres y, por tanto, resulta necesario establecer nuevos modelos emergentes de masculinidad vinculados con la libertad de expresión de sentimientos y emociones, como es el caso de las masculinidades cuidadoras (Elliot, 2016).

b) Hombres que no cuidan porque no quieren

Los hombres no cuidan habitualmente porque no quieren, es decir, como consecuencia de los diferentes mecanismos sociales que construyen y refuerzan las diferencias de género en los diferentes planos de la vida. Según la teoría del género como estructura social elaborada por Risman y Davis (2013), existen diferentes niveles de socialización que intensifican las diferencias de género entre hombres y mujeres. Así, en el nivel microestructural o individual, los hombres y las mujeres se socializan de un modo diferente, construyen sus identidades de un modo distinto e interiorizan formas de hacer diversas en función del género. En el nivel de interacción con otras personas o mesoestructural, los estereotipos y roles de género, las expectativas del estatus social y otros mecanismos relacionales refuerzan las distinciones en función del género. Por último, en el nivel macroestructural o de la sociedad, el género se construye mediante la desigual distribución de recursos materiales, de prácticas organizativas y de creencias culturales que derivan en el contexto laboral y político.

Una de las principales estrategias políticas instauradas con el propósito de fomentar la participación de los hombres en los cuidados estriba en el diseño de políticas familiares. Desde este punto de vista, se pretende que la gestión indirecta de políticas familiares confluyan en el intento de promover la movilidad social, así como modificar las preferencias de género con respecto a los valores de igualdad. De este modo,

Esping-Andersen y Billari (2015) indican que las sociedades que adoptan políticas familiares efectivas manifiestan que la transición social hacia la igualdad se encuentran en estado avanzado y consolidado, como es el caso de los países nórdicos.

Los permisos de paternidad son una de las políticas familiares más conocidas y empleadas para el fomento de la participación de los hombres en la provisión de los cuidados. En el caso de España, Cano (2020) confirma la importancia de la relación existente entre la calidad del empleo y el uso y disfrute de las licencias parentales. De este modo, las políticas públicas que consienten grandes disparidades en el mercado de trabajo tendrán que aceptar diferentes tasas de uso de los permisos de paternidad, en función de la posición que ocupen los padres en el mercado de trabajo. Algunos trabajadores precarios, con contratos de trabajo fraccionados o encadenados, a duras penas podrán cumplir con el período mínimo de cotización, por lo que no podrán solicitar y disfrutar de los permisos de paternidad. En consecuencia, lo realmente importante para el uso de los permisos de paternidad no es solo la política familiar, sino también realizar una reforma estructural de las condiciones establecidas en el mercado de trabajo a fin de que todos los trabajadores pudieran solicitar y disfrutar del permiso. En este sentido, además de repercutir de manera negativa en la consecución de los principios democráticos de igualdad y equidad de género, propician una fecundidad tardía, así como una brillante ilustración del llamado efecto Mateo (“Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” Evangelio de San Mateo, capítulo 13, versículo 12) (Flaquer y Escobedo, 2014).

Las licencias parentales y para cuidadores informales constituyen un mecanismo regulador de la relación dinámica entre el Estado, el mercado de trabajo y la familia. Así, representan una pieza clave en la construcción institucional de un nuevo marco de ciudadanía activa basado en el ejercicio del derecho y el deber de trabajar y de cuidar de manera paralela (Flaquer y Escobedo, 2014). Este hecho permitirá contrarrestar los efectos económicos adversos producidos en ausencia de medidas familiares de un doble sustentador. Por una parte, las licencias parentales protegen la correlación de las madres con el mercado de trabajo y su trayectoria profesional, sin ningún prejuicio de su rol cuidador. Por otra parte, fomentan la participación de los

padres en el cuidado de los/as hijos/as, sin prejuicio de su rol económico (Flaquer y Escobedo, 2020).

c) Hombres que no cuidan porque no quieren

En términos generales, los hombres no pueden cuidar dado que la mayoría de su tiempo lo destinan a cumplir con las obligaciones laborales, incluido los extensos minutos malgastados en los desplazamientos de casa al trabajo y viceversa (Tobío, 2012). Según el Instituto Nacional de Estadística (2021), los hombres destinan de media 38,6 horas semanales trabajadas, mientras que las mujeres dedican 33,8 horas de media semanales. De ello, deriva que los hombres no puedan cuidar por disponer de menor tiempo libre entre semana para dedicar a cuestiones personales o familiares. De la misma manera, la Encuesta de Empleo de tiempo (2012) indica que los hombres dedican más tiempo que las mujeres a los desplazamientos de casa al trabajo y viceversa. Asimismo, los hombres no disponen de un entorno familiar, social y cultural que comprenda que, en determinados momentos vitales, hay cosas más importantes que el trabajo y puedan decidir solicitar una excedencia o reducción de la jornada para cuidar de las personas dependientes. En términos generales, son pocos los hombres que, de manera voluntaria, deciden romper con los imperativos propuestos por las sociedades patriarcales. De hecho, como consecuencia de la internalización personal del modelo de masculinidad hegemónico o tradicional, casi la totalidad de la población masculina entiende que el trabajo constituye el eje prioritario de la vida, y todo lo que esté relacionado con el hogar y el cuidado pasan a un último plano (Téllez, 2019).

Hacen falta más imágenes de hombres en el ejercicio del cuidado en un hospital, en la casa realizando las tareas dirigidas al beneficio de todas las personas que la habitan, frente al frigorífico haciendo deberes o en el suelo jugando y escuchando a sus hij@s. Necesitamos más presencia real y representaciones en el imaginario colectivo de ese otro posible hombre que está pendiente de las necesidades ajenas y las suple desde las caricias y no desde lo material (Pescador, 2019, p.112).

Asimismo, también son numerosos los casos en los que las personas que reciben los cuidados solicitan de manera expresa que sean las mujeres del entorno familiar más cercanos quienes prodiguen los mismos. Este hecho hace que los hombres aumenten, aún más, sus reticencias para mostrar una mayor predisposición hacia los cuidados (Bodoque et al., 2016). En este sentido, resulta necesario comprender el cuidado como un derecho del que disponen los hombres para experimentar esa parte de la vida que no han podido vivenciar con motivo del rechazo de los cuidados, entendidos en exclusiva para el mundo femenino (Comas D'Argemir, 2016). Por lo tanto, permanece latente el reto social de compatibilizar el derecho a ser cuidado, el derecho a cuidar y el derecho a no cuidar, privativo este último para los hombres que no cuidan porque no pueden, no quieren o no saben (Leira, 2002).

Aún en el riesgo de caer en la simplificación de situaciones que acontecen en la vida de los hombres con respecto a la provisión de los cuidados en el marco español, Comas d'Argemir y Chirinos (2017) identifican cuatro tipos de hombres cuidadores: a) hombres jubilados; b) hombres en paro; c) hombres activos; y d) hombres comprometidos.

a) Hombres jubilados

Por lo general, los hombres jubilados tienden a prodigar los cuidados a sus esposas y a otros miembros del entorno familiar, como es el caso de los nietos y nietas. En este sentido, a pesar de haber sido socializados en el modelo de masculinidad hegemónica o patriarcal, el hecho de dispensar los cuidados infiere en estos hombres la posibilidad de reconfigurar su identidad en beneficio de la igualdad de género. Así pues, en este momento de sus vidas en el que disponen de tiempo libre suficiente para realizar todas las tareas pendientes que no pudieron realizar durante su actividad laboral, el cuidado de las personas otorga en ellos un nuevo sentido en cuanto a su posición social y personal. De igual modo, los hombres jubilados expresan que la segregación de los roles de género está presente en su día a día, pero las obligaciones familiar de asumir nuevas responsabilidades hacen que deban posicionarse a favor de la igualdad de género (Comas D'Argemir y Chirinos, 2017).

b) Hombres en paro

Los hombres desempleados en edad laboral cuidan de algún familiar cuando son los únicos del entorno más cercano que disponen del tiempo suficiente para hacerlo. Sin embargo, no viven la experiencia del cuidar como una situación de satisfacción personal, sino como una situación atemporal que podrá finalizar desde el momento en el que se incorporen nuevamente al mercado laboral. En este sentido, algunos hombres jóvenes en paro expresan su conformidad en la provisión de los cuidados y, aunque no sea la situación más deseada, rompen con la rígida segregación de roles que caracterizan a sus antecesores, sobre todo, padres, tíos y abuelos (Comas D'Argemir y Chirinos, 2017).

c) Hombres en activo

Habitualmente, los hombres en activo que se encargan de prodigar los cuidados de los familiares más cercanos, lo hacen porque no hay mujeres en la familia, bien por ser hijos únicos, o bien porque no tienen hermanas, hijas, tías o sobrinas que puedan asumir el cuidado de sus familiares. Como se encuentran profesionalmente en activo, intentan compatibilizar sus responsabilidades familiares y laborales, empleando los recursos sociales necesarios para facilitar los cuidados. En este sentido, de manera creciente, aparece la situación extendida de hombres que cuidan porque las mujeres del entorno familiar no disponen de tiempo para cuidar, bien por sus propias responsabilidades laborales o familiares, o bien porque aparecen desligadas del entorno familiar. De igual modo, en el marco social de crisis económica y sanitaria derivada de la pandemia de COVID-19, cada vez es más frecuente encontrar hombres que cuidan en el entorno familiar (Madrigal Rajo y Tejeda Guardado, 2020).

d) Hombres comprometidos

En gran medida, los hombres comprometidos se implican en los cuidados por una decisión crítica y personal establecida por la bases de las desigualdades de género

imperantes en la sociedad. De la misma manera, se siente aludidos e interpelados a causa del conocimiento de necesidad de la persona receptora de cuidados. En este sentido, los hombres cuidadores y comprometidos manifiestan un cambio estructural en los patrones sociales y culturales de género. Cada vez es más frecuente que los hijos varones dispensen el cuidado de su mayores, bien sea por voluntad propia, o porque consideran que es una obligación personal que no corresponde realizar a sus esposas e hijos. En cualquier caso, los hombres comprometidos representan un nuevo modelo de masculinidad igualitaria, todavía hoy incipiente y con numerosos avances en función de los mandatos tradicionales de género (Abril, 2018).

Dentro de este modelo de hombre comprometido, Hanlon (2012) identifica dos tipos de hombres comprometidos o cuidadores: a) los hombres que no tienen nada que perder; y b) los hombres que no tienen otra opción. En primer lugar, los hombres que no tienen nada que perder no han podido cumplir con las expectativas laborales derivadas de la masculinidad hegemónica y/o tradicional y, por tanto, adquieren una posición de autonomía y liderazgo en el ejercicio del cuidado. En segundo lugar, los hombres que no tienen otra opción están obligados a cuidar, por lo que su participación o expectativas en el mercado laboral se reducen paulatinamente.

En virtud de lo expuesto, falta ahondar aún más en resaltar la labor de aquellos hombres comprometidos o cuidadores que deciden cuidar de manera voluntaria como consecuencia de la visión crítica que representan con respecto a las desigualdades de género. No obstante, son escasas las investigaciones que centran su atención en el estudio de las masculinidades cuidadoras. Así pues, la participación de los hombres en los cuidados debe plantearse como una responsabilidad compartida entre hombres y mujeres, y no tanto como la ayuda complementaria e insustancial que los hombres dispensan a las mujeres en favor de la conciliación (Comas D'Argemir, 2016). Desde este punto de vista, cuando los hombres comparten de manera democrática y equitativa los cuidados, rompen su amistad peligrosa con el mercado y se establece una nueva alianza de protección social. No obstante, "por el momento, las instancias que gobiernan las sociedades occidentales, no ha comprendido que una mujer vale tanto como un hombre y, menos aún, que un padre vale lo mismo que una madre" (Badinter, 1993, p.217).

CAPÍTULO 7: PROPUESTAS PARA REPENSAR LA MASCULINIDAD Y CONSTRUIR ESPACIOS IGUALITARIOS

La igualdad de género no es una opción, sino la única versión deseable de la sociedad

(Salazar, 2019, p.253).

Sin lugar a dudas, los hombres estamos ante una deuda histórica de amor y cuidados.

(Bacete, 2017, p.314).

El séptimo capítulo de la tesis doctoral pretende poner en evidencia diferentes ámbitos de actuación política, social, cultural y personal en los que es posible comenzar a promover otros nuevos modelos de masculinidades comprometidos con la situación de desigualdad estructural en la que viven permanentemente las mujeres, y que pueden contribuir en la transformación social de los varones para que puedan comprometerse de manera activa en la lucha por la igualdad de género. Si bien es cierto que el modelo de masculinidad tradicional permanece de manera casi inalterable en el imaginario colectivo de las sociedades occidentales, sus débiles bases se encuentran en entredicho (Sanfélix, 2020). De hecho, cada vez más los hombres comienzan a sentirse desubicados con respecto a su propia masculinidad, en tanto que no se sienten representados por viejos modelos estancos basados en el autoritarismo, como es el caso de sus padres, abuelos o tíos, pero tampoco encuentran referentes de modelos alternativos que puedan representarlos de manera coherente o adecuada con respecto a la situación actual de incertidumbre social, caracterizada por los avances conseguidos en materia de igualdad de género, así como por el aumento de agrupaciones o colectivo de varones antifeministas que militan a favor de la virilidad y de la reinserción de la masculinidad tradicional en un sistema ampliamente capitalista y patriarcal (Téllez et al., 2021).

En este sentido, aún a riesgo de caer en la imprecisión de cualquier otro ámbito o espacio que permita transitar en el camino de la igualdad de género, se incide de manera especial en la necesidad de dibujar retratos masculinos que puedan contribuir al cambio democrático de las sociedades occidentales. Para ello, la

presente propuesta se basa, en primer lugar, en reivindicar modelos alternativos de paternidad comprometidos con el cuidado de los hijos e hijas. En segundo lugar, se hace hincapié en la necesidad de establecer propuestas coeducativas que permitan fomentar la igualdad a nivel educativo. En tercer y último lugar, en el marco de la reciprocidad de las relaciones afectivas y sexuales, se establece una revisión crítica de la situación actual de la pornografía y la prostitución.

7.1. El abordaje de la masculinidad: propuestas para pasar de lo tradicional a lo igualitario

En este marco de incertidumbre identitaria y existencial, emerge como necesario un planteamiento abierto, flexible, proactivo y dinámico de otras formas posibles de ser y sentirse hombres en un mundo en el que los avances conseguidos por la lucha del movimiento feminista son más que evidentes y necesarios (Varela, 2019a). Pese a que son muchas y muy diferentes las posturas adoptadas por los hombres con respecto a la igualdad de género, las agrupaciones o colectivos activistas son, principalmente, quienes, de manera muy intensa, desarrollan una ardua tarea de evidenciar de manera pública la emergencia de repensar nuevos modelos alternativos de masculinidad que puedan superar o abolir, en cierta medida, al obsoleto hombre patriarcal (Sambade, 2019).

Gracias al trabajo de diferentes colectivos o agrupaciones de lucha a favor de la igualdad de género, y de algunos hombres y mujeres que, desde diferentes instituciones académicas han comenzado a visibilizar la cuestión de lo que se ha venido denominando como “nuevas masculinidades” (aunque probablemente no sea la definición más adecuada), es posible establecer una ruta o sendero por el que caminar para posibilitar el cambio hacia otros modelos alternativos de masculinidad en detrimento de la hegemonía cultural y mediática del modelo tradicional (Sambade, 2020). En este sentido, si bien es necesario establecer una crítica del sistema de dominación masculino, también urge crear espacios diversos de reflexión colectiva sobre el conocimiento de las masculinidades, que permitan dibujar otros retratos de hombres igualitarios, y que pueden servir de referencia

para los hombres más jóvenes, e incluso para aquellos que todavía se sienten ataviados por el corsé de la masculinidad tradicional (Salazar, 2021).

Desde este punto de vista, se pretende mostrar una serie de ámbitos bastante generales en los que los hombres, desde su cotidianidad, pueden tomar parte para reducir tensiones y compartir intereses o puntos de vista con su entorno personal y familiar más cercano. Así, partiendo de la propia reflexión personal sobre el qué hacer para romper con modelo hegemónico de masculinidad y avanzar hacia posicionamientos igualitarios en el plano estructural, se pueden diseñar nuevos caminos de transición hacia posicionamientos vinculados con el feminismo. Esta propuesta no es cerrada, sino que es abierta, amplia y modificable, en la medida en la que posibilita la transformación de la masculinidad tradicional (Sanfélix, 2020).

7.2. La reivindicación de los cuidados: nuevos retos desde la mirada masculina

En las últimas décadas, el cuidado emerge como un nuevo concepto en el marco de los estudios de género, en tanto que comprende un nuevo prisma con el que pensar los seres humanos y las sociedades modernizadas (Tobío et al., 2021). Es cierto que existe cierto acuerdo en afirmar que el cuidado es una actividad fundamental para el mantenimiento de la vida y de la sociedad (Tobío et al., 2010), pero su definición, aún ambigua, comprende diferentes implicaciones analíticas. El cuidado aparece en el mundo académico mediante diferentes vías en las que ha buscado reconocimiento y admisión como objeto de estudio, con un campo propio en las ciencias sociales (Martín Palomo, 2020). Desde este punto de vista, pese a la existencia de diferentes oposiciones teóricas o aproximaciones disciplinares, el cuidado define un campo de investigación propio, con sus actores, sus instituciones y su diferentes formas de relación con el ámbito político, social y cultural (Martín Palomo, 2016).

Desde comienzos de la década de los noventa, un amplio consenso sobre los estudios del cuidado coincide en afirmar la complejidad del término, por cuanto que comprende simultáneamente tanto aspectos prácticos como aspectos cognitivos y afectivos. Por un lado, el cuidado como actividad o trabajo, es decir, como aspecto práctico, (*caring for*, ocupación) hace referencia a las actividades directas donde se

pone de relieve el estado físico y manual de la actividad. Por ejemplo, las actividades relacionadas con el aseo, la higiene corporal, la vestimenta, los paseos o la preparación de los alimentos. Por otra parte, el cuidado como disposición o actitud, es decir, como aspecto cognitivo y afectivo (*caring about*, preocupación) pone en evidencia la implicación personal de la persona que dispensa los cuidados, si bien tiende a responsabilizarse del componente afectivo y emocional de las personas a las que cuidan (Thomas, 2019). La primera acepción del cuidado es fácilmente medible por dispositivos estadísticos, mientras que la articulación del cuidado como práctica y sentimiento reviste de dificultad su análisis, por lo que se torna más escurridizo o lábil (Paperman, 2004).

Sugerimos que el cuidado (*caring*) sea visto como *una actividad característica de la especie humana que incluye todo lo que hacemos para mantener, continuar o reparar nuestro 'mundo' de tal modo que podamos vivir en él lo mejor posible*. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno, que intentamos mantener en una red compleja que sostiene la vida (Martín Palomo, 2016, p.33).

En términos generales, cuidar implica un saber, un saber discreto y de escasa visibilidad pública o social. De hecho, su éxito proviene de su propia invisibilidad, o al menos de su discreción, dado que el cuidado se hace notar cuando algo falta, o no se cubre adecuadamente la necesidad que lo motiva (Molinier, 2013). Desde este punto de vista, los primeros trabajos elaborados con respecto al cuidado intentan dar forma al trabajo de ayuda o atención prestado de forma cotidiana en los entornos familiares a las personas que, por sus circunstancias personales, presentan una mayor fragilidad o una carencia total o parcial de autonomía. En este sentido, desde un principio, los estudios de cuidados se dedicaron por completo a analizar la situación del trabajo doméstico no remunerado, así como a establecer la distinción entre las tareas domésticas y el cuidado propiamente dicho (Martín Palomo, 2020; Tobío et al., 2021). En este sentido, se pone de relieve que las mujeres de las familias, casi de forma en exclusiva, son quienes han sido y continúan siendo las proveedoras más importantes de cuidados (Martín Palomo y Tobío, 2018).

El trabajo no remunerado comprende principalmente dos tipos de cuidados: el cuidado de personas y el cuidado de los hogares. Esta distinción es sumamente importante dado que ambos tipos de trabajo no remunerado conducen a situaciones diferentes en función de la socialización de género. Así, por ejemplo, los hombres muestran una mayor preferencia por dedicar tiempo al cuidado de sus hijos o hijas, mientras que los trabajos domésticos (barrer, fregar, limpiar o cocinar, etc.) tienden a relegarlos a un segundo plano, en concreto, con la finalidad de que sean las mujeres quienes principalmente se ocupen de ellos (Cano, 2020). Desde este punto de vista, la distribución de responsabilidades del cuidado del hogar, depende más de la posición relativa de poder de cada miembro de la pareja, que de la distribución de responsabilidades sobre el cuidado de los hijos e hijas. Entre tanto, existen diferentes planteamientos teóricos que permiten explicar la desigualdades de género existentes en la distribución de los cuidados: a) la teoría de los recursos relativos; b) la teoría del tiempo disponible; y c) la teoría del género.

a) La teoría de los recursos relativos

La teoría de los recursos relativos pone en evidencia el énfasis sobre el poder. Desde este punto de vista, la persona que dispone de mayor poder en la pareja puede imponer sus preferencias en detrimento de las necesidades o intereses de la otra persona (Lundberg y Pollak, 1996). Por lo general, el poder proviene de los ingresos económicos y de los niveles educativos adquiridos durante todo el proceso de vida. Por tanto, la persona que dispone de mayores niveles de independencia tiene la capacidad de seleccionar las tareas que desea realizar con respecto a los cuidados. Desde este punto de vista, dado que el trabajo público envuelve de significado el modelo de masculinidad tradicional (Abril y Romero, 2005), son los hombres quienes preferentemente deciden dedicar su tiempo a realizar actividades sociales con sus hijos o hijas, mientras que las mujeres destinan su tiempo a realizar actividades privadas de escaso reconocimiento social (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010).

b) La teoría del tiempo disponible

La teoría del tiempo disponible pone el énfasis en la distribución de tiempo que los hombres y las mujeres dedican al trabajo remunerado (Coverman, 1985). En este sentido, cuantas más horas tenga que dedicar una persona a su empleo, dispondrá de menos tiempo para destinar al cuidado de las hijas o los hijos. Según el Instituto Nacional de Estadística (2021) los hombres destinan de media 38,6 horas semanales al trabajo, mientras que las mujeres dedican 33,8 horas de media semanales. Por consiguiente, cabe señalar que muchos hombres no pueden destinar su tiempo al trabajo no remunerado dado que no disponen del mismo. Esta situación lleva a la predicción de que aquellos hombres inactivos o desempleados son quienes pueden dedicar más tiempo a los cuidados (Cano, 2020). Sin embargo, diferentes estudios realizados en el marco español permiten demostrar que, si bien son muchos los hombres españoles inactivos laboralmente, esta situación no revierte las desigualdades de género presentes en la estructura familiar (Comas d'Argemir, 2016; Comas d'Argemir y Chirinos, 2017).

c) La teoría del género

La teoría del género (West y Zimmerman, 1987) pone en entredicho las teorías anteriormente expuestas, en tanto que considera que, en las parejas donde la mujer dispone de mayores ingresos económicos y niveles educativos superiores, son ellas principalmente quienes destinan su tiempo a las tareas de cuidados. Esta situación intempestiva para las mujeres deriva de la socialización de género, dado que, en el imaginario colectivo, persiste la idea patriarcal de que las mujeres se deben al ámbito privado, mientras que los hombres traen el sustento económico familiar a casa. En este sentido, cuando las parejas comienzan a distanciarse de lo hegemoníamente considerado como masculino y femenino, se activan prácticas sociales que intentan compensar este cuestionamiento de los roles de género (Evertsson y Neramo, 2004). En definitiva, esta teoría permite demostrar que los hombres desempleados no siempre suelen dedicar más tiempo que las mujeres en la provisión de los cuidados. Por el contrario, deberían dedicar menos tiempo a estas

actividades, sobre todo, en el intento de proteger su masculinidad tradicional, ya que el hecho de estar desempleado puede hacer tambalear los frágiles cimientos de su masculinidad tradicional (Cano, 2020).

Como estamos acostumbrados a tener siempre quien cuide de nosotros, habitualmente mujeres (madres, abuelas, hermanas, novias, esposas), nos convertimos en una especie de déspotas y no valoramos adecuadamente el penoso y sacrificado trabajo que es cuidar, y que es una tarea que por injusta tradición recae sobre las mujeres. Por eso es tan importante que todas y todos seamos educados para los cuidados. Y eso requieres, de entrada, que los hombres empiecen a abandonar la referencia del superhéroe y asuman que también son vulnerables (Salazar, 2019a, p.97).

Si bien las evidencias teóricas permiten demostrar la puesta en práctica de los avances conseguidos por la lucha del movimiento feminista (Varela, 2019b), la cantidad de trabajo no remunerado que las mujeres realizan en el interior del hogar, resulta desproporcionada con respecto a la cantidad que llevan a cabo los hombres (Flaquer et al., 2019). De hecho, comienza a emerger una sensación de relativo estancamiento, que contempla una evolución paulatina de los procesos de reorganización del ámbito doméstico y una crisis permanente de la institución familiar (Flaquer y Moreno, 2020). Desde este punto de vista, para incorporar a los hombres en el ámbito de los cuidados es necesario establecer un nuevo modelo social, cultural y familiar que permita repartir los mismos de manera equilibrada y equitativa (Muñoz Terrón y Martín Palomo, 2013).

Desde este punto de vista, Fraser (2012) traza una agenda de transformación social destinada a superar las desigualdades sociales, así como para promover los principios democráticos de igualdad de género. De un lado, el modelo de *Proveedor Universal* remite a la posibilidad de que tanto las mujeres como los hombres puedan aportar económicamente el sustento familiar por medio del trabajo remunerado (Tobío, 2012). De otro lado, el modelo de *Paridad del Cuidador* pretende diseñar las medidas necesarias para que tanto mujeres como hombres puedan cuidar. En concreto, este último modelo intenta compensar los costes que el cuidado lleva

consigo desde el punto de vista laboral y económico (Muñoz Terrón y Martín Palomo, 2013). Pese a ello, ninguno de los dos modelos responde de manera equitativa a un modelo paritario para mujeres y hombres desde el punto de vista del género. En consecuencia, Fraser (2012) opta por delimitar un tercer modelo designado como *Cuidador Universal*. A diferencia de los modelos anteriores, este nuevo modelo presupone que todos los trabajos reconocen que tanto las mujeres trabajadoras como los hombres trabajadores tienen que asumir responsabilidades de cuidado. Por lo tanto, la jornada laboral a tiempo completo debe reducirse de manera paulatina en el tiempo, para evitar así trabajos masculinizados y feminizados. No obstante, no existen indicios evidentes que den cuenta del modelo de cuidador universal, si bien termina por ubicarse en el terreno de lo deseable y utópico (Comas d'Argemir, 2016). A la vista de lo expuesto, más que un modelo de sustentador individualizado aparece un tipo de familia de doble ingreso monetario, especializado en cuestiones de género y a mitad del camino recorrido entre la dependencia masculina en la provisión de los cuidados y la nueva independencia femenina en el trabajo (Flaquer y Moreno, 2020). Pese a ello, existen pocas evidencias que demuestren la convergencia de un nuevo modelo dual de trabajador a tiempo completo (Lewis et al., 2008; Daly, 2011).

7.2.1. Los cambios en la forma de vivir la paternidad: nuevos padres cuidadores

Tradicionalmente se suponía que los padres eran los encargados de imponer disciplina a los hijos, y en diferentes culturas hablamos ecos de la advertencia “Ya verás, cuando tu padre llegue a casa”. Pero, para mantener autoridad, los padres tenían que mantener las distancias con respecto a sus hijos, ya que se suponía que la cercanía amenazaba su estatus. Esta distancia a menudo les impedía relacionarse emocionalmente con sus hijos. Ello creaba sus propias formas de melancolía, pues los padres se sentían atrapados en una relación distante que eran incapaces de cambiar. Querían estar más cerca de sus hijos pero se sentían atrapados en su posición de autoridad. (Seidler, 2007, p.15).

En la actualidad, diferentes estudios ponen en evidencia el cambio de tendencia que los hombres han comenzado a experimentar con respecto al proceso de vivencia de la paternidad (Doucet, 2013; Avilés, 2015). De una parte, estudios recientes indican que los padres españoles disponen de un aumento de tiempo que pretenden destinar a la provisión de los cuidados, particularmente, a partir de la crisis económica iniciada a comienzos de 2008 (Barbeta-Viñas y Cano, 2020). De otra parte, diferentes trabajos relacionan este nuevo modelo de paternidad cuidadora con los cambios promovidos en las relaciones familiares, en especial, con la salida de las mujeres del ámbito familiar y su incorporación al mundo público o social (Alberdi y Escario, 2007; Johansson y Klinth, 2008).

Los primeros trabajos elaborados en relación con la paternidad tienen lugar desde finales de la década de los ochenta, y emergen con la finalidad de desarrollar la teoría de los nuevos padres. En términos generales, esta perspectiva defiende la necesidad de proclamar un nuevo modelo de paternidad que, en contraste con el imperativo paterno tradicional, permita demostrar su lado más comprometido con los hijos e hijas, con quienes pueda mantener relaciones emocionales más íntimas o afectivas, y menos jerárquicas o autoritarias (Barbeta-Viñas y Cano, 2020). Desde este punto de vista, los nuevos padres desestiman el modelo de paternidad que sus padres ejercieron con ellos, en la medida en que pretenden acercarse a sus descendientes tanto de un punto de vista físico como emocional (Alberdi y Escario, 2007).

Diferentes estudios coinciden en afirmar que la institución familiar ha vivido un proceso de modernización constante (Flaquer et al., 2019; Tobío et al., 2021). Desde comienzos de la década de los ochenta, de la mano de diferentes factores como la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, la penetración del individualismo en la estructura de las relaciones familiares, o los cambios en las relaciones de género, emerge la llamada segunda familia moderna (Flaquer y Moreno, 2020). Este modelo de familia, configurado como un espacio de relaciones afectivas y de construcción identitaria para cada uno de sus miembros, da paso a unas relaciones familiares marcadas por su carácter electivo, al tiempo que comienzan a desaparecer buena parte de los elementos tradicionales marcados por la hegemonía de género (Barbeta-Viñas y Cano, 2020). Dicho de otro modo, los cambios vivenciados por la institución familiar, en tanto que basados en la

privatización, la sentimentalización y la construcción social de género permiten configurar un nuevo modelo de paternidad que va mucho más allá de la provisión económica familiar, por cuanto que se centra de manera directa en el cuidado de los hijos o hijas (Jamieson, 2011).

Por una parte, el modelo de privatización pone de manifiesto la progresiva autonomía de los individuos familiares en la consecución de sus propios intereses, en la medida en la que dejan de lado los intereses colectivos de la familia. En este contexto de cambio familiar, emerge un proceso de reinstitucionalización de la familia centrado en el carácter reflexivo de cada uno de los actores familiares (Williams, 2008). Desde este punto de vista, los actores familiares se enfrentan a la necesidad de negociar o reconstruir sus papeles sociales en un contexto de incertidumbre creciente. Como resultado de este proceso de reubicación familiar, los hombres comienzan a tomar conciencia del impacto que sus acciones generan en la vida emocional y educativa de sus hijos e hijas (Beck y Beck-Gernsheim, 2003).

Por otra parte, en el marco de las relaciones afectivas y emocionales (la sentimentalización), los vínculos familiares cumplen con la imagen de gratificación y realización personal por medio de los afectos. En este sentido, las relaciones familiares demarcan las conexiones establecidas y cualificadas por los miembros de la familia que participan en las mismas. La proyección de estos procesos sentimentales promueven un cambio de ubicación del espacio simbólico que ocupan los hijos o hijas en las vidas de cada uno de los miembros de la familia. En consecuencia, los hijos o las hijas pasan a ser los o las protagonistas principales de la familia, sobre quienes se invierte, especialmente, afectos y educación (Brannen, 2016).

Por último, aplicada la teoría del género (West y Zimmerman, 1987) al estudio de las relaciones familiares y al proceso de cambio paterno, aparece un complejo proceso de percepciones, interacciones y actividades socialmente elaboradas que promueven una visión particular de lo masculino y de lo femenino. Barbeta-Viñas y Cano (2020) indican que cada sociedad elabora su propia concepción normativa de género en lo que respecta a la esencia de la paternidad y de la maternidad. En este sentido, la construcción histórica de la masculinidad proporciona diferentes modelos e ideales sobre la paternidad que los hombres deben cumplir o realizar. Así

pues, las definiciones normativas de la masculinidad tradicional tiende a generar tensiones entre las ideologías que comprenden las distintas esferas sociales de la vida, principalmente, el empleo y la familia. De hecho, el estudio de Wada et al. (2015) pone de relieve la tensión masculina que los hombres viven al reproducir el doble ideal del buen padre y del buen cuidador. No obstante, se puede corroborar el modelo del buen padre por medio de dos criterios capitales: por un lado, la contribución presupuestaria a la economía del hogar y, por otro lado, la implicación de los hombres en los cuidados de los hijos o hijas (Norman, 2017).

En lo que respecta a los comportamientos estancos de género, la construcción sociocultural de los diferentes modelos de masculinidades (Messerschmidt y Messner, 2018; Connell, 2020) permite identificar los cambios y las continuidades vividas con respecto al nuevo modelo de paternidad actual. En este sentido, Connell y Messerschmidt (2005) sostienen que la mayoría de los hombres de las sociedades occidentales intentan representar, en la medida de sus posibilidades, el modelo hegemónico de masculinidad, basado en su total rechazo hacia el mundo de lo considerado socialmente como femenino. De hecho, los hombres tradicionales suelen defender su masculinidad por medio de la oposición de aquello que se encuentre estrechamente relacionado con las mujeres, con los bebés y con las personas homosexuales (Badinter, 1993; Herrera, 2019; Salazar, 2019a). Estudios recientes ponen en evidencia que en diferentes sectores sociales, se ha comenzado a producir cierta flexibilización en las identidades de género, si bien no por completo, sí en algunas de sus dimensiones, y en particular, en la masculinidad hegemónica. Por tanto, cada vez más son los trabajos que aportan relación entre otras nuevas formas de masculinidad y diferentes modos de ejercer la paternidad, centrados, sobre todo, en la provisión del cuidado de los hijos e hijas (Jurado Guerrero y González, 2015; Barbeta-Viñas y Cano, 2020).

Entre tanto, los hombres que manifiestan su voluntad de poner en práctica la paternidad cuidadora, es decir, para que los padres puedan disponer de más de dos horas diarias de su tiempo durante la jornada laboral para participar en la provisión de las tareas de cuidado, de manera similar a como lo hacen las madres hasta el momento actual, existen dos vías posibles: la vía de la construcción consciente de una nueva paternidad cuidadora, responsable con los principios democráticos de

igualdad de género, y la vía de implicación por circunstancias ajenas a la propia voluntad, es decir, como consecuencia de acontecimientos familiares o laborales. (Holter, 2007). Así, para ejercer de padre cuidador por construcción (primera vía), los hombres tienen que superar diferentes obstáculos, como es la capacidad adaptativa de tener que imaginarse la vida de manera muy diferente a la de sus progenitores masculinos, en especial, abuelos, padres y tíos, así como que no se dejen llevar por las tradiciones heredadas por la cultura patriarcal. De otro lado, para ejercer de padre cuidador por compromiso (segunda vía), se deben manifestar diferentes circunstancias que lo favorezcan, sin buscarlas activamente (Holter, 2007).

La implicación de los hombres en los cuidados comprende diferentes dimensiones socioculturales: por una parte, la *accesibilidad*, definida como la disponibilidad potencial de los hombres para estar presente en la provisión de los cuidados, así como en la interacción afectiva y física con el hijo o la hija. Por otra parte, el *compromiso paterno*, entendido como la cantidad de tiempo que los hombres dispensan en los cuidados, y en otras actividades sociales y lúdicas que comparten con el hijo o la hija. Por último, la *responsabilidad*, que se expresa como el desempeño de control y supervisión de los cuidados del hijo o de la hija, y la gestión de recursos organizativos para tal fin (Pleck y Masciadrelli, 2004). Entre tanto, el empleo de los hombres debe garantizar la accesibilidad de mismo, para que después los padres puedan comprometerse y responsabilizarse de su papel como provisosores de cuidado (Jurado Guerrero et al., 2019). De hecho, los hombres que se implican en las tres dimensiones desarrollan un modelo de paternidad cuidadora, que tiene como consecuencia el fortalecimiento del vínculo padre-hijo/a, y mayores niveles de bienestar familiar y de cuidados (Palkovitz, 2002).

Kaufman (2013) distingue diferentes tipos de padres en función de las adaptaciones laborales que realizan para conciliar la vida familiar y profesional. Por una parte, los *old dads* (viejos padres) representan a los padres conservadores y tradicionales que pretenden preservar el rol principal de *breadwinner* o ganapán y que, por tanto, apenas hacen cambios en sus vidas laborales para destinar su tiempo a cuidar de los hijos e hijas. Por el contrario, suelen aumentar las horas laborales para asumir nuevas responsabilidades y ascender profesionalmente por necesidades

económicas, dado que son sus parejas quienes, principalmente, destinan su tiempo al trabajo no remunerado (Kaufman, 2013).

Por otra parte, los *new dads* (nuevos padres) representan a los hombres diligentes e implicados que pretenden realizar cualquier convenio laboral con el propósito de conciliar la vida laboral y familiar. En este sentido, responden a la necesidad de transferir el sustento económico del entorno familiar, así como de proporcionar y satisfacer las demandas de cuidado de los hijos e hijas mediante la flexibilización de la jornada laboral. De la misma manera, intentan solventar el problema principal con el que también se encuentran las madres trabajadoras, que no es más que una cultura laboral masculinizada, con largas horas durante la jornada, basada en el compromiso y la presencialidad y, por tanto, en oposición con la figura del padre cuidador (Abril, 2016).

Por último, los *superdads* (superpadres) anticipan la paternidad y realizan cambios importantes en su trabajo en particular y en su vida en general para pasar a ocuparse personalmente del cuidado de los hijos o hijas. En este sentido, representan a los hombres verdaderamente comprometidos con la provisión de los cuidados, si bien desean avalorar en el ámbito privado el rol de hombre cuidador frente al rol de proveedor universal. Para ello, emplean diferentes estrategias como: dejar de trabajar, cambiar de carrera profesional, reducir la jornada laboral, teletrabajar o solicitar una excedencia laboral. En virtud de ello, pretenden poner de manifiesto otros modelos de paternidad enfocados en el rol de los cuidados, así como en la promoción de la igualdad de género (Abril, 2016).

En el marco español, el estudio realizado por (Jurado Guerrero et al., 2019) permite poner de manifiesto la existencia de tres grupos de padres establecidos en función de las adaptaciones laborales y del proceso de implicación paterna en el cuidado de los hijos e hijas. En primer lugar, los *padres cuidadores ocasionales* suelen anticipar un modelo de hombre proveedor principal y un modelo de mujer cuidadora principal o de especialización de trabajo según el género. De hecho, suelen pasar muy poco tiempo con la familia entre semana y, durante los fines de semana participan en las tareas de cuidado más lúdicas y menos comprometidas, como pasear por las tardes, visitar a los abuelos, o jugar en el parque con los amigos o amigas y los familiares (Abril et al., 2015).

En segundo lugar, los *padres ayudantes* pretenden eludir sus responsabilidades en el reparto de las tareas domésticas, en tanto que deciden dispensar los cuidados familiares como ayudantes principales de las madres. De hecho, acostumbran a participar semanalmente en el cuidado de los hijos e hijas, sobre todo, pasear y jugar en el parque, preparar la cena o el desayuno al día siguiente, acostarlos, pero no se implican regularmente en la realización de tareas domésticas, como limpiar, cocinar, planchar o fregar (Jurado Guerrero, 2019). En pocas palabras, anticipan un modelo del hombre sustentador principal y un modelo de mujer sustentadora secundaria (Abril et al., 2020).

En tercer lugar, los *padres comprometidos* manifiestan su conformidad en aplicación de las adaptaciones o cambios laborales a realizar para fomentar la disponibilidad laboral y temporal en los cuidados familiares. En este sentido, dispensan mayores niveles de implicación paterna tanto en el cuidado diario de los hijos e hijas como en la educación y crianza de los/las mismos/as. Así, los padres comprometidos son accesibles, en tanto que la situación profesional permite proporcionar mayor disponibilidad temporal para experimentar las tareas de cuidados; y participativos, ya que muchos de ellos cuidan solos de los hijos e hijas durante una parte de tiempo al día (Abril, 2016). Este modelo de dos sustentadores y dos cuidadores requiere de numerosas transformaciones en el ámbito laboral, cultural, político y social, dado que tanto hombres como mujeres deben de tener el mismo derecho y responsabilidad para conciliar la vida laboral y profesional (Bogino, 2021).

En definitiva, la transformación en el modo de vivir o experimentar la paternidad se produce como consecuencia de la interacción de cambios estructurales, como la ausencia de trabajo asalariado en un momento de crisis; políticos, por medio de leyes de igualdad que fomenten la participación de los hombres en la provisión de los cuidados; y de conciencia social y personal, reconociendo las labores que siempre han sido invisibilizadas y realizadas por las mujeres de los entornos familiares más cercanos (Sambade, 2020). Es más, en ocasiones, tanto la conciencia de los propios varones como los cambios prácticos de los hombres hacia la igualdad son consecuencia directa de la estructuración legal de las reivindicaciones feministas.

Así pues, no se puede negar la importancia de la paternidad como una situación propicia para trabajar con los hombres en beneficio de la igualdad de género, en tanto que supone un cambio absoluto en el transcurso de sus vidas y en sus relaciones con el entorno familiar más cercano, en especial, con la pareja. De este modo, partiendo desde la propia responsabilidad personal, así como desde el propio fomento de políticas de igualdad que condicionen la transformación social de los varones, se podrá incentivar el cambio de los hombres hacia posicionamientos igualitarios en los diferentes planos que configuran el tejido de las sociedades occidentales (Sambade, 2020; Riviere, 2021).

7.2.2. Los permisos parentales como herramienta para la implicación de los hombres en el cuidado

En líneas generales, el concepto de *permisos parentales* pretende conglutinar las diferentes prestaciones sociales que el sistema político español dispensa a los progenitores en beneficio del cuidado de los hijos o hijas. Dicho de otro modo, se trata de un término relativamente creciente que emerge tras el aumento de la protección social de la parentalidad a finales de la década de los noventa y comprende un amplio abanico de posibilidades políticas y sociales para que los progenitores puedan ocuparse del cuidado de los hijos o hijas, a saber: el permiso de maternidad, el permiso de paternidad, el permiso de lactancia, el permiso por riesgo durante el embarazo, el permiso de riesgo durante la lactancia, la excedencia para el cuidado de los hijos/as, la reducción de la jornada por guarda legal de los menores, y la reducción de la jornada por cuidados de menores afectados por enfermedades graves (Flaquer y Escobedo, 2020; Meil et al., 2020).

En sus orígenes, los permisos parentales surgieron como un mecanismo político establecido con la finalidad de proteger la formación familiar y la crianza de los descendientes en las sociedades donde comenzaba a generalizarse el trabajo materno. Hungría fue el país pionero en introducir en 1967 una licencia extensa para las madres una vez finalizado el permiso de maternidad, sobre todo, debido a la escasez y a los elevados costes de los servicios de atención a la infancia (Flaquer y Escobedo, 2020) De la misma manera, en España, solamente se empleaban los

conceptos de permiso de maternidad y lactancia, dado que en la década de 1930, el Estado únicamente reconocía estos dos tipos de permisos, destinados de manera exclusiva a las mujeres trabajadoras que acababan de dar a luz, con la finalidad de garantizar de manera satisfactoria tanto la salud de la madre como la del bebé (Meil et al., 2020).

Sin embargo, en la actualidad, el amplio abanico de posibilidades políticas y sociales que se dispensa en el contexto español es tan amplio, que permite que los permisos parentales puedan contemplarse no solo como una herramienta de transformación social para facilitar la conciliación de la vida laboral y familiar, sino también como instrumento político especializado en la promoción de los principios democráticos de igualdad y equidad de género entre los diferentes miembros de la institución familiar (Meil et al., 2020). Dicho de otro modo, los permisos parentales se han convertido en un mecanismo político esencial en la sociedad, en tanto que permiten potenciar la relación dinámica entre las familias, el mercado de trabajo y las disposiciones normativas del Estado. De hecho, representan un marco clave para la construcción institucional de un nuevo modelo de ciudadanía social basado en el ejercicio simultáneo del derecho y el deber de trabajar y de cuidar (*universal adult worker and care giver citizen model*), sobre la base del cual emerge un sistema familiar aparentemente diferente con respecto al modelo impuesto por las sociedades posindustriales (Flaquer y Escobedo, 2014).

La introducción del derecho de los hombres a utilizar los permisos parentales y la promoción de su uso, no solo como una manifestación de la discriminación por razón de género, sino como un instrumento eficaz para la promoción de la igualdad de género y la socialización de los hombres en los cuidados, tiene una tradición que se remonta a principios de la década de los setenta en los países escandinavos. En concreto, Escot y Fernández-Cornejo (2013) distinguen tres etapas en el marco de inclusión de los varones en los sistemas de permisos parentales: para comenzar, la primera etapa abarca desde la conformación del Estado de Bienestar a finales del S. XIX hasta los años setenta del S. XX. En esta etapa inicial, los hombres no desempeñaban ningún papel en el entorno familiar y de cuidados. De hecho, solamente existía el permiso de maternidad, adscrito como forma de proteger y preservar la salud de la madre trabajadora y del bebé. Asimismo, no existía un

ambiente intelectual que suscitara el debate sobre la implicación de los hombres en las tareas familiares y de cuidados.

Con el inicio de la contienda teórica e intelectual sobre la corresponsabilidad de las tareas de cuidados entre hombres y mujeres, aparece la segunda etapa en Suecia, que comprende desde 1974 hasta 1993. Durante este tiempo, se intenta tomar las medidas necesarias para abrir por primera vez los sistemas de permisos parentales a los varones. De hecho, fue en la década de los setenta cuando en Suecia, diferentes intelectuales y dirigentes políticos adscritos al Partido Liberal y al Partido Socialdemócrata suecos, comienzan a tomar conciencia de la necesidad de incorporar a los hombres a los sistemas de permisos parentales. Como resultado de esa disputa intelectual, Suecia introduce en 1974 el permiso de paternidad (Chronholm, 2009), que consiste en la disponibilidad de 6 meses para que el padre y la madre, de manera conjunta y deliberada entre ambos, puedan distribuir ese tiempo en la provisión de los cuidados. Así, poco tiempo después, Noruega sigue los pasos de Suecia y aprueba el permiso de paternidad en 1977. No obstante, aunque los varones tenían por primera vez en la historia mundial acceso legal a los permisos, la tasa de uso por parte de los mismos fue estrepitosamente escasa, sobre todo, como consecuencia de la inercia en las costumbres y de la falta de incentivos económicos o sociales (Escot y Fernández-Cornejo, 2013). Dado que la libertad de elección no se tradujo en un mayor uso de los permisos parentales por parte de los hombres, sino que más bien, se consagraron diferenciales de género propios del modelo de sustentador masculino, se comenzaron a diseñar en la década de los noventa, incentivos específicos para que los hombres pudieran disfrutar de los mismos (Meil et al., 2019).

Por último, en la tercera etapa se introducen diferentes cambios sociales con el propósito de favorecer una individualización de los permisos parentales y así, que los varones puedan hacer un uso positivo de los mismos. Desde este punto de vista, en el año 1993, Noruega introduce una cuota no transferible de un mes de permiso específico para los padres, bien remunerada y no transferible a la madre, establecida sobre la base del principio de *“lo tomas o lo pierdes”* (Lappegard, 2008; Lammi-Taskula, 2008). Poco después, en 1995, Suecia sigue el mismo procedimiento, y ambos países, de manera paulatina, aumentan la cuota destinada a cada progenitor.

Así pues, el efecto conjunto de que las cuotas masculinas durante esos meses de baja estuvieran bien remunerados (por encima del 80%) y fueran no transferibles, se tradujo en un importante incentivo para los varones, que comenzaron a utilizar sus *daddy months* (cuotas masculinas) de manera mayoritaria. Esta práctica se ha ido extendido a raíz de la expansión de métodos de evaluación política comparada y, desde comienzos de nuevo siglo, la mayoría de los países pertenecientes a la Unión Europea han revisado y monitorizado sus políticas de licencias parentales (Flaquer y Escobedo, 2020).

La Directiva Europea de junio de 2019 relativa a la conciliación de la vida laboral y familiar de los progenitores y los cuidadores establece un mínimo de diez días laborales de permiso de paternidad retribuido y dos meses de licencia parental intransferible y retribuida por progenitor, que los estados tienen tiempo de desarrollar hasta finales de 2024 en lo que respecta a la remuneración de la licencia parental. Por lo general, en el año 2019, los padres europeos gozaron en promedio de 6 semanas de permiso de paternidad, con notables diferencias entre los estados más generosos para los padres, que ofrecen más de diez semanas de retribución, y los que menos, que ofrecen solamente cuatro semanas, siendo solo Eslovaquia el único estado que no dispone de ninguna retribución para los padres (Flaquer y Escobedo, 2020).

La finalidad de la promoción e implicación de los hombres en el uso de los permisos parentales descansa en un triple objetivo: por un lado, desfeminizar su uso como estrategia de conciliación de la vida laboral y familiar, de forma que no solo la maternidad pueda verse afectada en el desempeño del trabajo, sino también la paternidad. Por otro lado, concienciar a los varones sobre la importancia de la provisión de los cuidados, en tanto que conscientes de las demandas de esfuerzo y tiempo que requiere cuidar, puedan ser más sensibles a la hora de solventar los problemas de conciliación de la vida laboral y familiar. Por último, se pretende que los hombres adquieran una mayor disposición hacia la provisión de cuidado de los hijos o hijas y, en general, una distribución más igualitaria del trabajo no remunerado realizado en el ámbito del hogar. De esta forma, los padres pasan a ser agentes importantes en la estrategia de conciliación de la vida laboral y familiar,

dado que comparten y tienen las mismas responsabilidades que las mujeres (Meil et al., 2017a; Meil et al., 2018).

En consecuencia, cabe señalar que los permisos parentales, en especial, el permiso de paternidad, comprende un mecanismo de política social concebido como instrumento para fomentar los principios democráticos de igualdad y equidad de género. Desde este punto de vista, si bien protegen la vinculación de las madres con el mercado de trabajo y su trayectoria laboral, sin perjuicio de su rol de cuidador, también fomentan la participación de los padres en la crianza y el cuidado de los hijos e hijas (Meil et al., 2019). En concreto, el permiso de paternidad pretende que los hombres desarrollen competencias emocionales relacionadas con la actividad de cuidar, lo que permite reconfigurar las bases de su masculinidad hacia el modelo de masculinidades cuidadoras, e instaurar, a su vez, nuevos modelos de paternidad basados en la empatía, la interdependencia y el cuidado de las personas (Martín Vidaña, 2021).

En España, el permiso de paternidad se introduce por primera vez con la aprobación de la Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la Igualdad Efectiva de Mujeres y Hombres. Diseñado a imagen y semejanza del permiso de maternidad, y con una duración inicial de 13 días de descanso adicionales a los dos días por nacimiento de hijos, reconocidos en el Estatuto de los Trabajadores, el permiso de paternidad es pañol, parecido al permiso de paternidad aprobado en Francia en 2002, se enmarca en el contexto de la política de igualdad de género como un instrumento político diseñado para tal fin (Escot et al., 2014; Meil y Romero-Balsas, 2016). De manera específica, el objetivo de esta normativa radica en incrementar la posibilidad de que los padres varones decidan implicarse en el trabajo doméstico y, en particular, en la provisión de cuidados hacia sus hijos e hijas. Tal como reza en el artículo 44.3. *“Para contribuir a un reparto más equilibrado de las responsabilidades familiares, se reconoce a los padres el derecho a un permiso y una prestación por paternidad, en los términos previstos en la normativa laboral y de Seguridad Social.*

Con estas nuevas medidas, se instala en el discurso político la idea de extender de manera gradual el permiso de paternidad, entendido como un instrumento que permite fomentar la corresponsabilidad familiar y laboral. Así lo recogen los programas de los diferentes partidos políticos en las elecciones de 2008. Si bien los

partidos conservadores contemplaron la posibilidad de aumentar los permisos de maternidad y paternidad, los partidos de izquierdas proponían igualar ambos, de manera que la extensión del permiso de paternidad pudiera alcanzar en duración al permiso de maternidad. Paralelamente, en el marco de la sociedad civil y, de la mano de la Red de Expertos en Licencias Parentales (Moss, 2008; Moss et al., 2015), diferentes agrupaciones feministas y de lucha a favor de la igualdad de género lanzan en 2005 la “Plataforma por Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción” (PPIINA), una asociación que propone un sistema de licencias parentales iguales, intransferibles y retribuidas al 100% del salario para hombres y mujeres como una estrategia para fomentar la participación de los hombres en la provisión de los cuidados y contrarrestar la estigmatización de las mujeres en el mercado de trabajo (Castro y Pazos, 2008). De la misma manera, diferentes agrupaciones de hombres a favor de la igualdad de género, y de las masculinidades cuidadoras se suman a las demandas de licencias propias e intransferibles para los padres, en tanto que abogan por una mayor implicación de los hombres en el cuidado de los hijos e hijas desde el primer momento de sus vidas.

La ley de 2007, impulsada por dirigentes socialistas abarcó el compromiso de ampliar el permiso de paternidad a cuatro semanas, a partir del 1 de enero de 2011. No obstante, la gravedad de las crisis económica iniciada en 2007 en el contexto español, traducida en elevados aumentos de desempleo, drástica caída de los ingresos fiscales y grandes recortes sociales, supuso la desaparición de la tales propuestas de la agenda de reformas previstas (Meil et al., 2020). En este contexto de inestabilidad económica, buena parte de las medidas adoptadas por las diferentes comunidades autónomas fueron reducidas o eliminadas, si bien solamente pudieron mantenerse en la Rioja y el País Vasco (Meil et al., 2019). En particular, se eliminó a mediados de 2012 la reducción del tercio del tiempo de trabajo retribuido en el sector público catalán, que había dado resultados especialmente satisfactorios entre los varones (Flaquer y Escobedo, 2020).

Transcurrido lo peor de la crisis económica, los dirigentes políticos del Partido Popular acometen en 2011 dos reformas puntuales, que mejoran las prestaciones de permisos, pero distanciadas con respecto a la posibilidad de equiparar en igualdad de tiempo los permisos de maternidad y paternidad. Las reformas abordan,

por una parte, la creación de un nuevo permiso parental destinado a los progenitores que, debido a la enfermedades de menores afectados por cáncer y otras enfermedades graves, tengan que ocuparse personalmente del cuidado directo de sus hijos o hijas. Por otra parte, se modifican los criterios de cómputo de los periodos de cuidado a efectos de su consideración como de cotización efectiva (Meil y Romero-Balsas, 2016).

La contienda política sobre la duración de los permisos de maternidad y paternidad, y su eventual igualación, continúan apareciendo en los diferentes corolarios de la arena política, si bien mantienen diferentes propuestas relativas a la extensión, transferibilidad o intransferibilidad de los permisos parentales. Así, entre 2015 y 2016, con la aparición de los denominados “nuevos partidos políticos” (Podemos y Ciudadanos), comienzan nuevamente a colocar en la agenda de las políticas públicas la reclamación de permisos iguales para ambos progenitores. Por un lado, la propuesta de Podemos va en consonancia con las vindicaciones abanderadas por la Plataforma por Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción (PPIINA), mientras que la propuesta de Ciudadanos es mucho más modesta, al proponer 8 semanas obligatorias para cada uno de los progenitores tras el parto, y otras 10 semanas adicionales a repartir según acuerden ambos progenitores. El PSOE también se suma a esta corriente de reformas de los permisos parentales y defiende en su programa la posibilidad de ampliar gradualmente la duración del permiso de paternidad hasta igualarlo al permiso de maternidad. Mientras tanto, el discurso del PP, se reafirma en la idea de ofrecer a las familias la libertad necesaria para que ellas mismas tomaran sus propias decisiones, ensalzando, por tanto, el valor social de la maternidad (Meil et al., 2019).

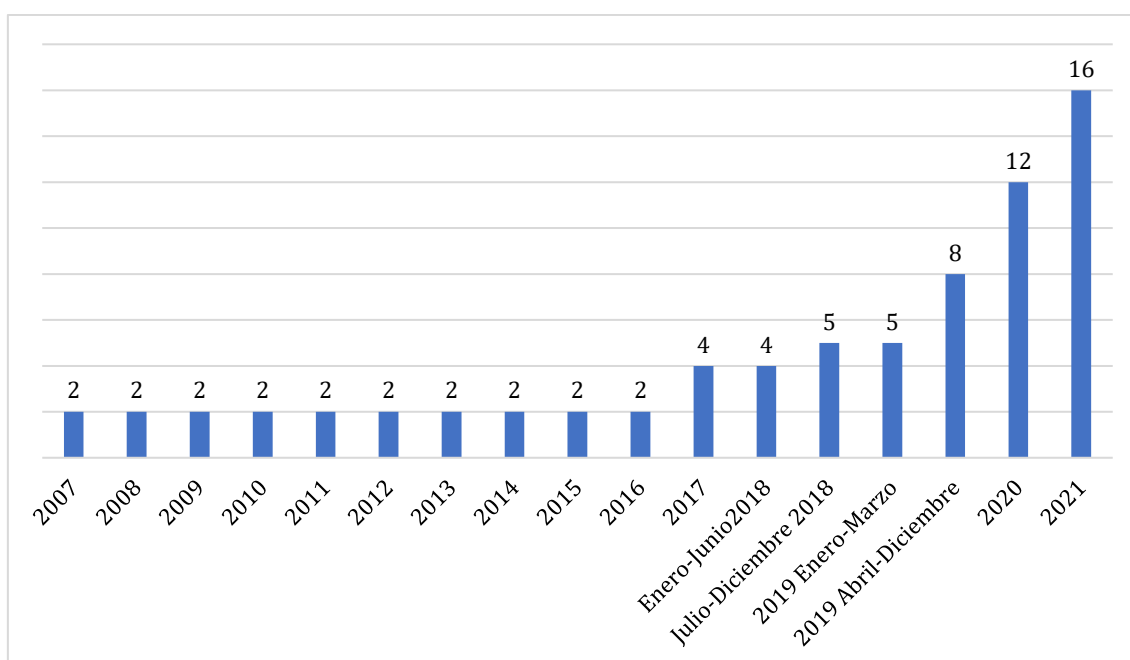
La elevada fragmentación parlamentaria procedente de las elecciones generales de España en el año 2015 facilita que el objetivo de la igualación de los permisos parentales se posicione entre los primeros puestos de la agenda política pública. Así, en el acuerdo de coalición de 2016 entre el Partido Popular y Ciudadanos, establece la posibilidad de aprobar las medidas necesarias con el objetivo de igualar los permisos de maternidad y paternidad en los próximos años, sobre todo, en función de la disponibilidad presupuestaria. Una de las primeras medidas tomadas por este gobierno de coalición consiste en ampliar a cuatro semanas el permiso de

paternidad desde comienzos del 1 de enero de 2017, y a cinco semanas en julio de 2017, dando así cumplimiento al mandato previsto en la Ley de Igualdad de 2007. Sin embargo, a mediados de 2018, tras una moción de censura contra el Presidente del Gobierno (Mariano Rajoy), el PSOE pasa a formar parte de un nuevo gobierno, que incluye entre sus acuerdos igualar la duración del permiso de paternidad al de maternidad, haciendo que ambos permisos sean iguales e intransferibles (Meil et al., 2020; Flaquer y Escobedo, 2020).

Ante la imposibilidad de aprobar un nuevo presupuesto público, el Gobierno socialista decide, de manera anticipada, concluir la legislatura en marzo de 2019 y convocar nuevas elecciones. Pese a ello, el Gobierno en funciones aprueba mientras tanto el Real Decreto-ley 6/2019, de 1 de marzo, de medidas urgentes para garantía de la igualdad de trato y de oportunidades entre mujeres y hombres en el empleo y la ocupación, que incluye una profunda reforma de la política de permisos parentales. La novedad de este Real Decreto-ley 6/2019 estriba en la posibilidad de igualar la duración de los permisos de maternidad y paternidad de manera gradual hasta comienzos de 2021.

De la misma manera, se produce un cambio en la denominación de la terminología de las licencias y sus correspondientes prestaciones. En este sentido, dejan de llamarse permisos de maternidad y paternidad, para pasar a denominarse como “*permiso y prestación por nacimiento y cuidado del menor de la madre biológica*”, en el caso de la madre, y “*permiso y prestación por nacimiento y cuidado del menor del progenitor distinto de la madre biológica*” en el caso del padre. Esta práctica de cambio se produce en sintonía con la remodelación de los permisos parentales en diferentes países adscritos a la Unión Europea (Koslowski et al., 2019). Dicho de otro modo, este cambio de denominación es motivado por la necesidad de encontrar una terminología más neutra en términos de género, que permita integrar semánticamente la diversidad familiar. En consecuencia, este Real Decreto-ley 6/2019 comporta el abandono de los términos “padre” y “paternidad” a favor de “otro progenitor” y “progenitor diferente de la madre biológica”. El gráfico 1 permite poner de relieve la evolución en semanas del permiso de paternidad desde su configuración en 2007, hasta la actualidad.

Gráfico 1: Evolución de los permisos de paternidad en semanas 2007-2021



Fuente: Elaboración propia.

La nueva ley permite flexibilizar el permiso y prestación por nacimiento y cuidado del menor del progenitor distinto de la madre biológica por semanas y a tiempo parcial durante los primeros doce meses, con el acuerdo del empleador, si bien las seis primeras semanas en el caso de las madres biológicas, o de las dos primeras semanas en el caso del otro progenitor, se deben tomar inmediatamente tras el nacimiento del hijo o hija. En consecuencia, el tiempo de cuidado que facilita el sistema de permisos parentales remunerado queda reducido a seis semanas de cuidado conjunto de ambos progenitores tras el parto, y diez semanas para cada uno de ellos, que pueden utilizar en función de su propia voluntad durante los doce primeros meses del nacimiento, y que pueden extenderse cuatro semanas más si el empleador accede a reconocer el servicio de lactancia acumulado, o incluso más, si el convenio colectivo prevé permisos más largos (Meil et al., 2019). Esta flexibilización semanal permite, además, que los padres puedan cuidar solos de sus hijos o hijas, una vez que han terminado las semanas obligatorias para las madres y decidan voluntariamente reincorporarse a su puesto de trabajo. El hecho de que la reforma no se haya publicitado desde este punto de vista, limita mucho su potencial de cambio hacia posicionamientos igualitarios en el plano social, político y cultural,

habida cuenta del potencial transformador de las relaciones de género que pueden producirse desde el momento en el que los hombres pasar a cuidar en solitario a su hijo o hija (Romero-Balsas, et al., 2021).

Si los padres utilizan los permisos de manera consecutiva, el hijo o hija puede ser cuidado por sus progenitores durante 34 semanas (6+10+4+10+4), es decir, aproximadamente ocho meses. No obstante, si no pueden acumular el permiso de lactancia, el tiempo se reduce notablemente hasta 26 semanas, es decir, 6 meses aproximadamente, y si las madres y los padres lo utilizan simultáneamente, el tiempo se reduce aún más a 16 semanas. Una vez finalizado este período de tiempo, los progenitores no tienen garantizada una plaza para él o la menor en un centro de Educación Infantil, pues solamente, a título gratuito, los niños y las niñas tienen garantizado el acceso al segundo ciclo de Educación Infantil a partir de tres años. (Romero-Balsas et al., 2021). Las opciones de cuidado que tienen los progenitores cuando ambos trabajan se limita a la posibilidad de solicitar una excedencia, buscar una plaza de pago en el primer ciclo de Educación Infantil o acudir a los recursos familiares más cercanos como son las abuelas, las tías, las sobrinas, etc., o bien reducir la jornada de uno o de ambos miembros de la familia para adaptarse a los horarios. Desde este punto de vista, parece evidente que la a reforma no resuelve de manera satisfactoria el problema de la conciliación familiar y laboral durante los primeros 3 años de vida del niño o la niña (Meil, et al., 2021).

En cualquier caso, a pesar de la ausencia de evidencias empíricas sobre el uso de la nueva extensión del permiso de paternidad a 16 semanas, cabe señalar que los padres que solicitan el permiso parental se implican emocionalmente en la provisión del cuidado de los hijos o hijas, y en la realización de las tareas del hogar. La razón de este efecto tan positivo radica en el hecho de que el permiso por nacimiento y cuidado del menor del progenitor distinto de la madre biológica transforma los preceptos hegemónicos del modelo de masculinidad aprendidos durante la socialización primaria, y acentuados con el paso del tiempo en los diferentes espacios públicos o sociales, en especial, en los puestos de trabajo. (Romero-Balsas, 2021). Esta ausencia del espacio público, genera en los hombres expectativas sociales diferentes a la del rol proveedor, lo que hace que adquiera una disposición mayor para el cuidado de sus hijos o hijas. Por tanto, si bien es evidente

la falta de información suficiente sobre el número, el tiempo de inicio y la duración de las experiencias de este permiso (Meil, et al., 2021), tanto la introducción como la extensión del mismo, remite a una política eficaz que permite promover relaciones de género más justas no solo a corto plazo, en el ámbito familiar, sino también a largo plazo, dado que posibilita la construcción de sociedades basadas en los principios democráticos de igualdad y equidad de género (Romero-Balsas, 2022).

7.3. Coeducar a los hombres: estrategias educativas para promover otras nuevas masculinidades desde la igualdad

El término «coeducación» es utilizado comúnmente para referirse a la educación conjunta de dos o más grupos de población netamente distintos: aun cuando ha sido a veces aplicado a la educación conjunta de grupos formados sobre la base de características de diversos tipos -clase social, etnia, etc.-, su uso habitual hace referencia a la educación conjunta de dos colectivos humanos específicos: los hombres y las mujeres (Subirats, 1994, p 49).

La educación, entendida como maniobra de actuación social en el centro de la lucha feminista para promover la igualdad de género, no ha sido siempre conducida desde un camino homogéneo o lineal. El contexto histórico o cultural de cada momento, la realidad política, la capacidad de respuesta social y los avances consolidados en el marco de las Ciencias Sociales, han marcado, en diferente medida, las estrategias que se han utilizado para promover la igualdad de género en el ámbito educativo (Ruíz-Repullo, 2017). Desde este punto de vista, si bien la lucha contra la segregación escolar, la atención a la diversidad o la lucha contra las violencias machistas han sido parte de la hoja de ruta que han guiado el camino de la igualdad de género hasta la actualidad, cabe señalar la necesidad de poner el foco de atención en los hombres, no como elemento consolidado de los preceptos del patriarcado, sino más bien, como un sujeto desvinculado de la hegemonía de género, que apuesta por la promoción de los principios democráticos de igualdad.

Si bien el cambio promovido por la lucha del movimiento feminista en la línea de las nuevas masculinidades, comienza a formar parte del discurso vaticinado por las

diferentes instituciones académicas o escolares, queda pendiente todavía un largo camino por recorrer para generar la necesidad de cambio entre aquellas personas que parecen sentirse cómodas con la situación estructural de desigualdad que sostienen las sociedades patriarcales, a saber, los chicos. Desde este punto de vista, si bien es cierto que los jóvenes varones se encuentran despojados de muchos de los espacios altamente masculinizados, todavía siguen empleando su masculinidad como estrategia de cambio para reforzar actitudes defensivas o comportamientos violentos y agresivos (Lomas, 2007). Desde este punto de vista, no solo basta con que los varones aplaudan o sonrían ante los cambios introducidos hacia la libertad de las mujeres, sino que también deben pasar a la acción y ser cómplices de este proceso. Dicho de otro modo, los hombres deben parar de escurrir el bulto para responder de manera adecuada a los planteamientos democráticos que apelan a la justicia de género (Enguix et al., 2018).

Desde este punto de vista, el mensaje que debe transmitirse entre las diferentes instituciones educativas es claro: la igualdad requiere de la participación equitativa de hombres y de mujeres. Durante siglos, las mujeres han liderado una lucha que, de manera unívoca, las ha liberado de muchas de las ataduras del patriarcado. Por tanto, parece evidente que ahora es el momento en el que los hombres de manera decidida, y en colaboración con la lucha del movimiento feminista, participen en ese cambio que beneficiará en igualdad de condiciones a hombres y mujeres (Bonino, 2003). Así, es necesario que las instituciones educativas alejen la mirada androcéntrica y despierten conciencias y cambios de comportamientos reales. El camino hacia la igualdad de género no parte de hacer víctimas a los hombres o hacer sentir a ellos como colectivo responsable que mata a las mujeres por medio de la violencia, pero sí que deben responsabilizarse de sus acciones y posicionarse política y personalmente, para que esta situación agraviada deje de suceder en el entorno social más cercano y en la sociedad en general (Pescador, 2019).

Los niños varones, hoy más que nunca, necesitan modelos de masculinidad alternativos al modelo patriarcal tradicional. Necesitan entender cuál es su papel ahora que las mujeres están convirtiéndose en seres independientes, autónomos, y se están empoderando personal y colectivamente. Precisan ejemplos a seguir que

no sean hombres machistas ni violentos, herramientas para desobedecer los mandatos de género y para renunciar a sus privilegios. Es la única manera que tenemos de cambiar el mundo: transformando las masculinidades. Los hombres tienen que despatriarcalizarse y educar a los niños con modelos positivos de hombres responsables, que trabajan en equipo con sus compañeras. De ellos depende explorar otras formas de ser hombres, de ser padres, de amar, de relacionarse, de vivir en familia. Se trata de construir otras formas de convivir con gente sin utilizar la estructura patriarcal (Herrera, 2019, p. 153).

Por el contrario, las instituciones escolares todavía son reconocidas como contextos sociales clave que elevan, priorizan y refuerzan la posición hegemónica de los varones (Tomé y Rambla, 2001; Castañeda, 2002; Díez Gutiérrez, 2019), mientras que se pretende coeducar y empoderar a las mujeres. Dicho de otro modo, las escuelas también reproducen la asignación diferencial de actividades y roles de género, dado que segmentan claramente lo que es propio de niños y lo que es propio de niñas (Bosch et al., 2006; Marañón, 2020). Desde este punto de vista, los niños son educados para dominar o progresar en el ámbito público, mostrando sus logros, sus talentos y ambiciones como muestra de valía personal. Por el contrario, a las niñas se las socializa para la reproducción, es decir, para permanecer en el ámbito de lo privado, y se las educa para la entrega hacia los demás, y la renuncia a los signos de su valía personal, en tanto que se reprimen sus deseos de autonomía y realización personal (Díaz Gutiérrez, 2019).

Tal como señala Pescador (2021, p.169) en relación con los centros de educación:

- ❖ Los centros de Educación Infantil, Primaria y Secundaria disponen de diferente patios y canchas de juego donde la discriminación por razón de sexo queda más que patente. En este sentido, todo lo que no represente el poder, la fuerza y, por ende, sea considerado femenino o poco masculino, perderá valor y lugar.
- ❖ Los centros educativos recomiendan libros abiertamente sexistas que no incluyen, ni siquiera, el lenguaje coeducativo y, si aparece algo, solo se muestra

a las mujeres ejerciendo su derecho a elegir, de forma singular, actividades y profesiones antes reservadas solo a los hombres, pero muy rara vez o nunca a un hombre tomando lugar en los llamados espacios tradicionalmente feminizados. Por ejemplo: no se ven a los hombres limpiando en las casas, cuidando de los hijos, y de las personas mayores o enfermas, cambiando o alimentado al bebé y, si se ve, es de forma anecdótica y con cierta excepcionalidad.

- ❖ En los centros educativos se siguen respetando y apoyando los modelos de poder masculino, se alza la voz para pedir orden o resolver un conflicto, haciendo uso de la jerarquía o de la fuerza como último recurso disciplinario que acaba siendo el último: “si sigues así te expulso y vas a ir al despacho de dirección”.
- ❖ El modelo de evaluación sigue estando basado en logros puntuables y competición por la nota más alta en lugar de reconocer las capacidades diversas de cada persona, con lo que se traslada el modelo jerárquico-patriarcal-capitalista de éxito y logro al aula, en lugar de reconocer otros valores para evaluar de verdad y otras formas de reconocer la diversidad.
- ❖ El uso sexista en ambas direcciones del lenguaje, la separación por supuestas capacidades, la sobre atención a lo masculino o a quien se muestra desde su enfado, fuerza, competencia, violencia, sensibilidad, falta de atención, etc., aparecen como elementos estructuradores de la masculinidad tradicional de los hombres, de los que se pretende que se copien algunas mujeres para obtener poder. Y tantas otras cosas que no reconocen la igualdad o plantean solo el cambio coeducativo de ellas.
- ❖ En resumen, cabe señalar que las sociedades occidentales todavía no están preparadas para llevar a cabo una coeducación integrada e integral, y para naturalizar los comportamientos y las estrategias de la igualdad. Por el contrario, continúan reproduciendo aquello que discrimina y limita especialmente a las mujeres, y de otro modo, también a los hombres.

Pese a ello, es justo afirmar que existen centros educativos o actividades integrales que apuestan por la educación como estrategia de acción hacia la igualdad, en tanto que consideran que el cambio y la revisión de los roles masculinos, no solo empoderan a las mujeres, sino que, además, permite revalorizar algunos de los valores de-
nostados históricamente por el simple hecho de ser considerados femeninos, como los cuidados, la solidaridad, la empatía, la afectiva o la cooperación (Ruiz-Repullo, 2017). En este sentido, en las últimas décadas se han constatado diferentes experiencias que coeducan, si bien ponen el acento en el cambio de los hombres y el cuestionamiento de las estructuras masculinas basadas en el dominio de poder y autoridad, no solo desde las propias instituciones educativas, sino también desde los medios de comunicación, los espacios públicos y los espacios privados.

Algunos de estos ejemplos son el trabajo de *Puntos de Encuentro* en Nicaragua (1998), que plantea un modelo educativo para los hombres basado en experiencias masculinas que se alejan de la violencia patriarcal, y que no reproducen el modelo de masculinidad hegemónico. De la misma manera, el *Instituto WEM (Masculinidad, sexualidad y pareja)* de Costa Rica y la organización *GENDES* de México plantean intervenciones terapéuticas con hombres procedentes de diferentes sectores, donde se pretende construir identidades y relaciones positivas desde la igualdad, además de comprender y analizar los procesos sociales de discriminación que la impiden. Asimismo, se debe destacar el proyecto educativo desarrollado por *CORIAC (Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias)* de México, realizado entre 1997 y 2006, o el *Proyecto Ulises*, que se realiza desde el año 2000 en el contexto español hasta la actualidad, con la pretensión de generar masculinidades positivas desde un modelo de coeducación integral, que trabaja de manera colaborativa con el alumnado, el profesorado, las familias, el resto de personal docente y los agentes sociales del entorno del alumnado.

Por lo general, el *Proyecto Ulises* es una apuesta educativa que nace con la finalidad de incluir parámetros coeducativos que tienen que ver con la identidad masculina aprendida, el amor, las sexualidades, el futuro académico y las violencias machistas. El objetivo principal de este proyecto ha sido siempre poner la mirada en el origen de la desigualdad de género, con el propósito de generar cambios de conciencia en la sociedad en general. Si bien es importante ser consciente del sistema machista

que reproducen las sociedades patriarcales, también es importante tomar las medidas necesarias para promover el cambio desde la justicia de género (Pescador, 2021). Las intervenciones de este proyecto tienen una estructura de coeducación integral por su duración, que comprende entre tres y siete meses de intervención, así como por atender a todo el personal implicado en el proceso educativo del alumnado.

En el intento de fomentar la coeducación de varones adolescentes, Pescador (2021) señala diferentes líneas básicas de actuación: el trabajo sobre el cuestionamiento de la identidad masculina, el cuestionamiento del modelo relacional y sus valores, y las sexualidades como última barrera del cambio hacia la igualdad:

❖ **El trabajo sobre el cuestionamiento de la identidad masculina**

Para comenzar con las estrategias de trabajo en coeducación con hombres, es preciso realizar un estudio previo de campo y una investigación con evaluación al principio, a mitad y al final del proyecto. En este sentido, una propuesta básica de inicio consiste en establecer una revisión crítica del modelo identitario de masculinidad presente de entre los varones que participan, tomando en cuenta, además, la proyección de la identidad deseada y la identidad real con respecto a la construcción de género. Como resultado de esta propuesta, suelen aparecer con claridad los límites de género desde los que comenzar la intervención con el propósito de promover cambios desde el cuestionamiento crítico de su identidad (Pescador, 2019).

El trabajo sobre el cuestionamiento de la identidad masculina comienza con una simple pregunta: ¿Qué me gusta de ser hombre y qué no me gusta? La forma más gráfica y habitual de responder a esta pregunta es siguiendo el juego del círculo del espacio personal. Desde este punto de vista, los varones tienen que dibujar un círculo para colocar dentro aquello que les gusta de ser y expresarse como hombres, y fuera lo que no desean. Es precisamente en esas elecciones donde comienzan las contradicciones y el inicio del cambio crítico, dado que tienen que valorar sus acciones en función de sus propias creencias o convicciones (Pescador, 2021).

❖ El cuestionamiento del modelo relacional y sus valores

En las sociedades patriarcales, los hombres mantienen relaciones de control sobre las parejas, sobre todo, con la finalidad de mantener el poder exigido por el modelo de masculinidad hegemónica o tradicional. Esta misma situación acontece en las diferentes relaciones que los hombres mantienen con las personas de su entorno familiar y social más cercano. Por este motivo, se pretende establecer una lectura de las relaciones de los hombres desde la desigualdad estructural sobre las que se crean, con el intento de proponer e instaurar diferentes formatos relacionales en los que predomine los principios éticos de igualdad (Pescador, 2003).

Es en esta línea de actuación donde se enlaza con la deconstrucción del amor romántico, y con la erradicación de modelos relacionales patriarcales, donde la dominación y el control forman parte del juego de la dominación y de la seducción. En este sentido, se debe realizar una crítica a las historias que los diferentes medios de comunicación promocionan constantemente a través de películas, como la historias vampíricas de *Crepúsculo*, las historias bélicas de numerosas series de Netflix, o las historias románticas que aparecen en las revistas de cotilleo. Todas estas imágenes masculinas en las relaciones amorosas deben visibilizarse para que no solo las mujeres dejen de ocupar los espacios secundarios o privados, sino para que también los hombres dejen de justificar muchas de las acciones masculinas disfrazadas de la erótica del poder. Por tanto, si se quiere un nuevo modelo de sociedad basado en la igualdad de género, es preciso fomentar referentes alternativo del amor, de las relaciones familiares, o al menos, poner la mirada crítica y las *gafas violetas*²⁹ en los diferentes sectores de la sociedad, es decir, esas que permiten ver las diferencias que

²⁹ La metáfora de las *gafas violeta* supone comparar el feminismo con unas gafas de color violeta, de manera que las personas que las utilizan, comienzan a tomar conciencia de la discriminación estructural que sufren las mujeres en el mundo. La leyenda cuenta que el violeta es el color del feminismo porque permite hacer honor a las 146 mujeres que murieron en una fábrica textil de Estados Unidos en 1911, cuando un empresario, ante la huelga de las trabajadoras, prendió fuego a la empresa con todas las mujeres dentro. En ese incendio, el humo que salía de la fábrica era violeta, y se podía ver a kilómetros de distancia. Así, las personas que utilizan las gafas violeta pueden darse cuenta de las mentiras, grandes y pequeñas, sobre la que se encuentra cimentada la historia, la

discriminan y, en especial, cuando se vinculan desde el amor que ciega y oculta la violencia (Pescador, 2021).

❖ **Las sexualidades como última barrera del cambio hacia la igualdad**

De entre los diferentes modos de relaciones machistas, la más difícil de romper o modificar es la sexualidad masculina patriarcal. De hecho, existe una relación directamente proporcional entre el nivel de intimidad relacional y el enquistamiento del patriarcado. Desde este punto de vista, se debe romper con el lazo invisible que une a los y las adolescentes a relaciones amorosas tóxicas, así como a las ataduras que limitan el control del cuerpo mediante diferentes cánones o estándares de belleza. Por este motivo, las sociedades occidentales viven un importante momento histórico: por una parte, cada vez más la lucha del movimiento feminista permite que las mujeres se empoderen y tomen la libertad necesaria sobre su propio cuerpos y sus convicciones. Sin embargo, por otra parte, el auge de la pornografía, la apología de la prostitución y la venta del cuerpo de las mujeres en cualquier parte del planeta no ha hecho más que limitar y coartar la libertad de las mismas, reducidas a simples objetos corporales cuya finalidad reside en dar placer a los hombres (Pescador, 2018).

Desde un punto de vista positivo, si se muestra un plano completamente diferente de la sexualidad, basado desde el punto de vista de la justicia de género, y en contraposición con el modelo hegemónico de masculinidad, y si se dirige de manera exclusiva a la masculinidad, los resultados en las relaciones pueden ser positivos, dado que tienden a reducirse las situaciones de violencia machista. Por este motivo, uno de los principales bloques de intervención educativa con hombres debe aglutinar diferentes ámbitos como el cuerpo, las sexualidades, los permisos, los límites y,

cultura, la sociedad, la economía, y los detalles cotidianos. En definitiva, es tener conciencia de género, eso que habitualmente parece una condena, en la medida en la que obliga a estar siempre al frente de una batalla continua, pero, al mismo tiempo, permite que se entienda el por qué ocurren las cosas, y da fuerzas para vivir cada día (Varela, 2019a).

sobre todo, el placer como experiencia compartida. De hecho, las sexualidades albergan un gran tesoro de libertad y es necesario que se valore y cuide desde otras formas de ser hombre alternativas y vinculadas con aspectos del feminismo. Dicho de otro modo, el cambio en los espacios del placer puede ser una gran plataforma que pueda dar lugar a otros cambios más profundos. En este sentido, si bien el alumnado presta especial atención a estas temáticas, debe ser abordado como un tema esencial para tratar en coeducación (Pescador, 2021).

Uno de los nuevos retos de la coeducación consiste en superar no solo los arquetipos impuestos femeninos, sino también en abolir el modelo de masculinidad tradicional imperante en los sistemas educativos, en tanto que parecen seguir dotados de un peligroso atractivo en las sociedades occidentales (Flecha et al., 2013). Esta situación se debe abordar con especial necesidad, dado que la vida académica del alumnado masculino conduce de manera estrepitosa hacia el fracaso o la mediocridad escolar, entendido como el reforzamiento o el estímulo positivo que los jóvenes escolares reciben al responder de manera adecuada a los preceptos hegemónicos de la masculinidad tradicional (Díez Gutiérrez, 2019). Este modelo de masculinidad tradicional sustentado en el ejercicio de la violencia, el tamaño del pene, la homofobia, el machismo y la ostentación heterosexual supone un lastre para el desarrollo pleno de los varones en las escuelas. Por este motivo, es urgente que el profesorado se capacite para trabajar desde una educación que permita a los varones construirse como personas interdependientes, que necesitan del cuidado de otras personas, y conscientes de que la igualdad es un derecho fundamental reconocido en diferentes medidas legislativas (Arconada, 2008).

En consecuencia, se hace necesario empezar a coeducar a los hombres contra las estructuras sociales que sustenta el patriarcado. No existen propuestas mágicas para una buena educación masculina, pero el hecho de repensar sobre la misma, abre la posibilidad real de cambiar las sociedades desde el punto de vista educativo, social, económico, político y cultural. Para ello, se deben seguir los pasos propuestos por Pescador (2021, pp.182-183):

- ❖ Trabajar las identidades libres y empoderadas de todas las personas, también la de los hombres para que no necesiten dominar o imponer su poder para poder ser. Si un hombre tiene claro su poder interior y no requiere de demostraciones para ser, gran parte de los problemas de la masculinidad tradicional tienden a desaparecer. Por ejemplo: conceder una identidad segura a los hombres, que requiera solo ser sostenible desde el autoconocimiento, la libertad y la justicia del equilibrio.
- ❖ Trabajar con el aprendizaje emocional sano y equilibrado de los hombres, para que puedan sentir todas las emociones y expresarlas sin miedos ni travestismos emocionales desde la igualdad. Por ejemplo, creando espacios de reflexión donde se cuestionen los modelos impuestos y se desarrolle una solidaridad masculina desde el cuidado.
- ❖ El aprendizaje del cuerpo de los hombre debe estar vinculado al buen trato, hacia dentro y hacia fuera, que acaricie y sea acariciado. Por ejemplo, a través de los ejercicios de masaje y reconocimiento corporal, aprendiendo sutilezas de buen trato y cuidados, que rompen con las estructuras de las violencias machistas.
- ❖ La permanente revisión de la coeducación integral. Por ejemplo, con la evaluación permanente de los programas educativos, evitando sesgos patriarcales y micromachismos de nueva generación que se cuelen por los rincones de la conciencia colectiva. Estar siempre en alerta para revisar y ajustar.

En resumen, la masculinidad tradicional es una jaula de la que las sociedades deben liberarse. En este sentido, la coeducación integral es la llave que abre esa jaula para dar paso a un hombre comprometido con la justicia de género, que reconoce a hombres y a mujeres como iguales, e interioriza aspectos considerados hasta la apertura de esa jaula como feminizados, en especial, el cuidado, la interdependencia, la valía o el compañerismo, todos ellos necesarios para avanzar hacia sociedades plenamente democráticas.

La forma en que criamos a nuestros hijos les hace un flaco favor. Reprimimos la humanidad de los niños. Definimos la masculinidad de una forma muy estrecha. La masculinidad es una jaula muy pequeña y dura en la que metemos a los niños. Enseñamos a los niños a tener miedo al miedo, a la debilidad y a la vulnerabilidad. Les enseñamos a ocultar quiénes son realmente, porque tienen que ser, como se dice en Nigeria, hombres duros (Adichie, 2015, pp.33-34).

7.4. La reciprocidad de las relaciones afectivas y sexuales

La educación es una herramienta fundamental para el cambio social, de ahí que la adecuada gestión de las emociones debe poner en evidencia que son principalmente los varones, quienes continúan manteniendo a las mujeres en una situación constante de discriminación (Tamayo y Salazar, 2019). Si bien es cierto que la posición del hombre como sujeto universal, se traduce en una determinada concepción de las relaciones afectivas y sexuales donde la mujeres aparece como un objeto, controlado y domesticado, la educación para la igualdad se presenta como la única opción válida para contrarrestar esta situación de discriminación estructural (Alario, 2021). En este sentido, resulta necesario potenciar en los varones los valores de empatía y de cuidado, en la medida en la que permiten dar relevancia a las emociones, los deseos y los límites de las otras personas; en especial, de las niñas y las mujeres, dado que la socialización de género diferenciada les impide verlas y reconocerlas como sus iguales.

Por una parte, la empatía implica la capacidad de identificar las emociones de la otra persona, mientras que por otra, en la medida en la que se considera a la otra persona una igual, emerge la capacidad de sentir las con ella. Desde este punto de vista, es fundamental enseñar a los varones a ver a las mujeres como sus iguales, sobre todo, para que puedan desarrollar la empatía hacia ellas. De la misma manera, es necesario ofrecer a los varones herramientas para que puedan gestionar su frustración ante el hecho de que sus deseos no siempre puedan verse satisfechos (Alario, 2021).

Aprendiendo a ver a las mujeres como sus iguales, a dar relevancia a sus emociones y a su bienestar, a respetar sus límites, quedaría desactivada la norma central de la masculinidad, vinculada de manera directa a la desigualdad y al ejercicio de la violencia sexual: el imperativo de situarse por encima de las mujeres. Estos aprendizajes serán fácilmente transferibles al terreno de la sexualidad: posteriormente, no solo no podrán obtener placer sexual realizando prácticas que las mujeres no deseen o que les causen algún tipo de malestar, sino que ellos mismos, al captar ese malestar, dejarán de desear realizarlas (Alario, 2021, p.368).

7.4.1. Pornografía: de la redefinición sexista de la feminidad a la violencia sexual contra la mujeres

En la actualidad, la pornografía aparece como un discurso social de dominación sexual masculina y de normalización de la feminidad hipersexualizada. En ella, los hombres son representados como sujetos de éxito, mientras que las mujeres y las niñas quedan cosificadas a simples objetos corporales, dispuestos a satisfacer las necesidades sexuales de los hombres (Artazo y Bard, 2019). Griffin (1981) sostiene que la pornografía representa a las mujeres como jóvenes vírgenes que, después de ser violadas por los hombres, pasan a convertirse en las putas que son en realidad. Este imaginario ha impregnado la conciencia de los hombres, al considerar a las mujeres como cuerpos cosificados y deshumanizados (Alario, 2021). Si bien las mujeres lucharon fervientemente en su deseo de alcanzar la plena libertad sexual y la igualdad formal, las sociedades patriarcales no han hecho más que revertir sus ambiciones. Desde este punto de vista, la liberación sexual de las mujeres impulsada por la segunda ola del movimiento feminista, solo ha sido utilizada como maniobra de actuación por parte de la pornografía para que las mujeres, de manera libre, aparezcan dispuestas a satisfacer los deseos sexuales de los hombres (Sambade, 2020).

Walter (2010) sostiene que la industria del sexo emplea como estrategia de subordinación femenina la redefinición del éxito de las mujeres basado en su poder

sexual. Sin embargo, la retórica de la libre elección³⁰ de las mujeres es falsa, por cuanto que únicamente existe un modelo de identificación que elegir: el modelo de la feminidad construido para satisfacer o dar placer a la mirada de los hombres. De hecho, solo basta con echar un simple vistazo en los diferentes medios de comunicación social para ser plenamente conscientes de la situación actual. Las mujeres representadas en las diferentes plataformas de información como personas de éxito, poseen cuerpos altamente sexualizados, al tiempo que responden de manera expresa a los cánones de belleza impuestos por el patriarcado. De la misma manera, las heroínas con las que se identifican las adolescentes disponen de cuerpos sexualizados, las propias muñecas de juguete, como las *barbies* o las *bratz* también poseen cuerpos sexualizados, e incluso las princesas *Disney*, dirigidas al público infantil están ampliamente sexualizadas (Sambade, 2020).

De manera paralela, cuando las mujeres deciden tomar parte en las carreras profesionales masculinizadas en las que se encuentran públicamente expuestas a juicios de opinión pública, rápidamente son juzgadas por su apariencia física, corporal y estética. De hecho, constantemente son objeto de burlas y mofas por no ajustar su imagen a los cánones de la masculinidad hegemónica. Este hecho, desalienta a las mujeres a realizar carreras profesionales que suponen obtener mayores cuotas de poder, al tiempo que se continúa imponiendo un modelo determinado de construcción física basado en los preceptos impuestos por las sociedades patriarcales. En pocas palabras, el sistema sexo-género induce a las mujeres al deseo de identificarse con un modelo de feminidad hipersexual, en la

³⁰ El mito de la libre elección remite a una de las preguntas clave de la teoría feminista actual: *¿Cómo se reproduce y legitima la desigualdad en las sociedades formalmente igualitarias?, ¿Cómo se está reproduciendo el rosa y el azul, con su conjunto de normas, valores y sentidos de la vida diferenciados?*. Una respuesta ampliamente extendida niega la desigualdad estructural: mujeres y hombres viven en igualdad. Así, si existen diferencias en sus comportamientos, son solo eso, diferencias y no desigualdad. No obstante, este razonamiento es erróneo, dado que permanecen vigentes estructuras ideológicas y materiales que condicionan la subjetividad de las personas desde el nacimiento. Dicho de otro modo, el problema que revela el mito de la libre elección es que *el ser para los otros* de las mujeres no puede legitimarse en la naturaleza o en la tradición. Más bien, tienen que hacerlo desde la propia libertad individual. Por ello, se niegan las condiciones sociales de la vida humana, y se responsabiliza a cada persona de no ser la mujer que con total libertad, puede elegir ser (De Miguel, 2020).

medida en la que se incorpora la ilusión social de que solamente pueden obtener el éxito social al que tanto aspiran por medio de su atractivo sexual (Walter, 2010).

La industria de la belleza nos bombardea a diario y por todas las vías posibles: cuñas de radio, reportajes en revistas “femeninas”, anuncios en vallas publicitarias, programas de televisión, anuncios en redes sociales... En todos ellos nos animan a torturarnos voluntariamente bajo la amenaza de que sin belleza no valemos nada. También los medios de comunicación tratan de convencernos de que nos faltan muchas cosas que pueden comprarse con dinero, y de que tenemos muchos problemas que pueden arreglarse si una realmente lo desea y se esfuerza lo suficiente. Por eso nos animan a luchar contra los kilos, las arrugas, los pelos, y todas las “imperfecciones” ofreciéndonos diversas soluciones para ganar la batalla contra nosotras mismas. Y nosotras nos arrancamos los pelos, pasamos hambre, compramos medicinas milagrosas y productos mágicos, sudamos en el gimnasio y nos sometemos a todo tipo de tratamientos de belleza y cirugías invasivas. El motivo por el que lo hacemos es que la tiranía de la belleza, como cualquier religión, nos asegura que el dolor y el sacrificio merecen la pena: cuanto más suframos, más bellas estaremos, y más admiración y envidia despertaremos en los demás. De nuevo, el sufrimiento nos lleva al paraíso. El infierno, por el contrario, es la soledad (Herrera, 2018, pp. 65-66).

La estrategia promulgada por los diferentes medios de comunicación social en lo que respecta a la imagen hipersexualizada de la mujer ha generado tanto fervor que no concede lugar a la disidencia. Así, tal como Walter (2010) señala, si de verdad las mujeres pudieran elegir libremente sus modelos de identificación, no estarían aumentando, por ejemplo, los ataques de ansiedad para adecuarse a un modelo físico inalcanzable, o las operaciones estéticas, especialmente, para el aumento de pecho, o la corrección de labios vaginales. Desde este punto de vista, se puede afirmar que, si estos efectos perversos no se condenan, no es porque no existan voces disidentes que dan cuenta del estado de la situación, sino que no son bien recibidas por las sociedades patriarcales (Sambade, 2017).

Ahora las chicas están interiorizando la idea, procedente de la pornografía, de que el pubis sin depilar es algo sucio, poco higiénico y poco estético. De esta forma se ha pasado del orgullo y aceptación del propio cuerpo, que el feminismo radical infundió a las mujeres, a la incomodidad, cuando no a la vergüenza, por no tener un cuerpo propio de los modelos del porno. Tienen que presentarse completamente depiladas, y si hace falta se recurre a las cirugías de pechos y labios, mayores y menores. Una nueva forma de automutilación genital femenina. Los centros de depilación no dejan de animar a toda mujer, sea cual sea su edad, a que se haga unas brasileñas: «por probar no pierdes nada». Bueno, es su negocio. Un problema es que esta pornografía es absolutamente machista y sitúa a las mujeres como “guarras” hagan lo que hagan. Las mujeres, de una u otra forma, nunca dejan de llevarse su dosis de humillación. Pero el problema real es el de su imposición como sexualidad normativa y hegemónica (De Miguel, 2015, p.143).

En consecuencia, la pornografía representa una imagen de las mujeres dispuestas a los servicios del placer de los hombres, lo que exige por completo su flagelación, pero ahora, porque ellas mismas han sido quienes lo desean, incitan y eligen así (Walter, 2010). Esta representación subordinada de las mujeres transmite un mensaje implícito a los hombres: *“a las mujeres les gusta que les den caña en la cama (incluso cuando dicen que no), o lo que es lo mismo, una vez más: en el fondo, todas son unas putas”* (Sambade, 2020, p.161). Por consiguiente, se produce la anulación de la empatía hacia las mujeres, con la correspondiente deshumanización e identificación de las mismas como víctimas por naturaleza de la violencia masculina.

En lo que respecta a los hombres, la secuencia pornográfica no retransmite el rostro o el cuerpo masculino, sino que solo aparece el pene como el órgano sexual privilegiado del propio disfrute de los varones y de dominación sexual de las mujeres (Sambade, 2020). Desde este punto de vista, el ejercicio de la penetración provoca en los hombres una sensación de poder que obtienen mediante la dominación del cuerpo de las mujeres. Esta representación del pene, unido al mito de la insaciable libido de los hombres, reproduce las características propias de la sexualidad masculina: por una parte, la vivencia de la sexualidad como el acopio de relaciones sexuales mantenidas sin afecto, es decir, los hombres, en tanto que seres socializados en el género masculino, serán hombres de verdad cuanto mayor sea el

número de relaciones sexuales que hayan mantenido con otras mujeres (Alario, 2021). Por otra parte, la vivencia de la sexualidad masculina como dominación induce, banaliza y justifica la violencia sexual contra las mujeres, si bien su imagen, degradada como seres inferiores, sirve de manera descontrolada a satisfacer los deseos de los hombres (Sambade, 2017).

Los violadores y los agresores sexuales buscan fundamentalmente sentirse poderosos, ejercer su poder de una forma absoluta y violenta, y demostrarse a sí mismos y a los demás su nivel de hombría y su potencia viril. No solo sufren de complejo de superioridad, también de inferioridad, sobre todo con respecto a las mujeres: por eso casi todo el porno está centrado en canalizar la frustración masculina ante el poder femenino a través de imaginarios de dominación y sumisión en los que ellos son los que tienen el poder y lo ejercen a través de su falo (Herrera, 2019, p.43).

Hablar de pornografía y su influencia social y sexual, no puede alejarse de un análisis feminista cuyo objetivo ha sido siempre visibilizar, cuestionar y polemizar el sistema patriarcal. Tal como indica Cobo (2019) “el porno es un dispositivo indispensable para la política sexual del patriarcado, que, de un lado, refuerza la masculinidad hegemónica y, de otro, silencia la sexualidad de las mujeres” (p.9). Este modelo de pornografía, además de invisibilizar a las mujeres, muestra la violencia sexual como un deseo incontrolado por los hombres que ejercen bajo las ambiciones de las mujeres (Sambade, 2020). Pese a que el análisis teórico sobre la pornografía no ha dejado de producirse desde comienzos de la década de los setenta y ochenta del pasado siglo, en la última década, emerge una especial necesidad o preocupación por situarlo en el centro de los debates feministas en el intento de problematizarlo como un dispositivo válido para la “educación sexual para los chicos y chicas más jóvenes” que pueda garantizar el disfrute sexual de las personas (Alario, 2021; Ruiz-Repullo, 2021).

En España, el debate enconado y la preocupación actual sobre la pornografía no surge de la nada, sino que guarda especial relación con las distintas formas de violencia sexual que sufren las mujeres en los diferentes ámbitos de la vida. En este

sentido, las reivindicaciones proclamadas por el movimiento feminista o la difusión social de diferentes hitos como el de la Manada de Pamplona en 2016 o el Movimiento #*MeToo* en 2017 han puesto encima de la mesa la necesidad de abordar de nuevo la cuestión de la pornografía y su influencia en las agresiones sexuales y el consumo de prostitución (Ruiz-Repullo, 2021). Pese a ello, cabe destacar que el consumo de pornografía no conduce directamente a ejercer violencia contra las mujeres, pero sí que las cosifica y deshumaniza, incrementa la capacidad sexual de los hombres con respecto a la posibilidad de cometer agresiones físicas o sexuales, y construye un imaginario prostituyente posible. En pocas palabras, un festín de misoginia preparado o predisposto para degustar para el modelo de masculinidad hegemónica.

El consumo de pornografía refuerza la cosificación de las mujeres, en primer lugar, porque es un acto de visualización sin interacción de ningún tipo: las mujeres quedan reducidas literalmente a imágenes de sus cuerpos o trozos de sus cuerpos. Así, la pornografía enseña a los hombres a excitarse con objetos, no con la reciprocidad entre seres humanos, reforzando, de nuevo, el esquema sujeto-objeto. El consumo de pornografía refuerza la cosificación de las mujeres, en segundo lugar, porque la pornografía les arrebatada su humanidad: ellas son cuerpos al servicio del placer del hombre, sin derecho a la autonomía sexual. Su reducción a cuerpos es tan clara que, en la pornografía, un término para referirse a ellas es *meatholes*, que literalmente significa «agujeros de carne» (Alario, 2021, p.199).

En los últimos diez años, el consumo de pornografía ha aumentado de manera desproporcionada como consecuencia de la expansión de internet, así como de multiplicación de páginas webs que dan acceso a contenido pornográfico las veinticuatro horas del día durante todos los meses del año (Ranea, 2021). De hecho, aunque no se esté buscando este tipo de contenido en la web, puede aparecer de manera intrusiva e invasiva en cualquier búsqueda digital. Este hecho ha llevado a los diferentes autores y autoras de la materia a hablar de *pornografía mainstream*, entendida como aquella pornografía de producción mayoritaria que, por medio de la visualización digital, se dirige en exclusiva a la mirada masculina heterosexual y

perpetúa la violencia contra las mujeres como un deseo masculino consentido por ellas mismas (Ruiz-Repullo, 2021).

Por lo general, los hombres de más de treinta años son los que han vivido esta transición y pueden comparar la era pre-internet, en la que todavía se recuerdan las películas codificadas en Canal+ y las revistas que iban pasando de unos amigos a otros, con la situación actual, en la que a golpe de clic, tienen la posibilidad de acceder a una cantidad ingente de contenido pornográfico. Por el contrario, para los más jóvenes, es decir, para los adolescentes de hoy en día, las historias sobre revistas pornográficas les resultan anacrónicas dado que muchos de ellos, en tanto que considerados nativos digitales, han crecido en la era de acceso a las tecnologías de la información y la comunicación y han sido educados sexualmente a través de las visualizaciones de videos porno (Ranea, 2021). Esta situación está generando numerosos problemas a nivel político, social y cultural, si bien el único estudio realizado en el contexto español sobre este tema considera que la edad de inicio de consumo de pornografía en los varones se sitúa entre los ocho y los once años años³¹ (Ballester y Orte, 2019).

En contextos como el español, el análisis de la pornografía se inscribe en un modelo educativo en el que la educación afectivo-sexual no tiene un carácter integral, sino que tiende a ser marginal. En consecuencia, la pornografía ha llenado esa ausencia de conocimientos sobre estos temas que desde temprana edad, puede evitar la tendencia a promover diferentes actos de crueldad contra las mujeres (Ranea, 2021; Venegas, 2013). En cualquier caso, y desde un punto de vista crítico, no hay forma de asimilar esta enorme contradicción que viven las sociedades occidentales, y en particular España, donde si bien las mujeres aparecen socialmente hipersexualizadas, no existe una educación afectivo-sexual íntegra que permita romper con las mitificaciones de la pornografía en aras de abrir caminos a sexualidades libres y diversificadas.

³¹ Este mismo estudio revela que, a los trece años, el 25% de los adolescentes españoles ya ha consumido pornografía, cifra que se eleva al 50% al llega a los quince años, y más del 75% para los chicos de dieciséis años. En el caso de las chicas, el 35,5% de ellas comenzó a consumir pornografía antes de los dieciséis años; el 48,2% entre los dieciséis y los dieciocho, y el 15,1% entre los diecinueve y los veintiuno.

Cobo (2020) indica que la pornografía es un lenguaje de poder masculino que debe ser analizado en el marco de la encrucijada del patriarcado y el capitalismo. Desde este punto de vista, no se debe confundir el placer con el poder y, por lo tanto, no se puede ubicar solamente a la pornografía en el terreno de la sexualidad, sino que también se tiene que prestar atención a su significado político. Dicho de otro modo, se ha de indagar más en todos los ámbitos para someter a análisis el significado de la industria del porno. Bajo esta línea de pensamiento, Alario (2017) comienza a realizar un seguimiento de las tres páginas webs pornográficas más visitadas en España, y analiza los contenidos de los vídeos más visionados por los consumidores de pornografía. En líneas generales, esta autora afirma que la cosificación de las mujeres puede observarse desde el principio, pues las mismas, bien aparecen cosificadas por medio de las categorías sexuales de los vídeos, o bien a través de las prácticas sexuales que realizan. De la misma manera, el análisis de los vídeos también contempla un nivel superior de misoginia con respecto a épocas pasadas. Así, predominan cuantiosos vídeos donde se erotizan abusos sexuales y múltiples violaciones en los que las mujeres demuestran una actitud pasiva y dócil.

Que la pornografía cosifica a las mujeres puede observarse en los propios títulos de los vídeos: *Pequeña jovencita recibe semen en la boca, Perra tramposa es descubierta y chantajeada por una buena cogida en su coñito, Colegiala adolescente recibe una corrida entera en el coño, Novia bajita de pechos grandes follada por su novio, Colegiala puta es follada por tres pollas negras, Pequeña adolescente destruida por dos pollas monstruosas, Adolescente fiestera es follada y castigada por llegar tarde a casa, Adolescente es castigada con fuerza por papi...* Las mujeres «reciben semen», «son chantajeadas», «reciben corridas», «son folladas» (Alario, 2021).

De igual modo, Ruiz-Repullo (2021) analiza los informes sobre consumo de pornografía en *Pornhub*, donde solo se tienen en cuenta a la población adulta. No obstante, pese a que se invisibiliza el acceso de las y los menores de dieciocho años, pueden acceder a la web sin ningún tipo de problema. De manera inmediata, con un solo golpe de clic, se abre una carta de posibilidades infinitas, donde aparecen diferentes categorías dispuestas por orden alfabético que ofrecen un sinfín de

prácticas sexuales cada vez más violentas con las mujeres, y que dejan poco espacio a la imaginación. Según los datos ofrecidos por el Informe Pornhub en España, la plataforma líder de entretenimiento para adultos cuenta 130 millones de visitas al día en 2021. Por lo general, el tiempo medio que los españoles pasan en esta página web es de 9 minutos y 40 segundos aproximadamente. El día de mayor consumo es el domingo, y el viernes el día de menor consumo.

En el marco comparativo de los diferentes informes anuales que ofrece *Pornhub*, el consumo de pornografía ha aumentado exponencialmente con el paso del tiempo. Así, desde 2016, que comienzan a aparecer los datos, las visitas anuales han pasado de 23 billones a 42 billones en 2019 (Ruiz-Repullo, 2021). En cuanto a las visitas diarias, el número ha pasado de 64 millones en 2016 a 115 millones de visitas diarias en 2019, llegando a aumentar la cifra hasta 130 millones de visitas al día en 2021. Este aumento, repercute en mayores ingresos y provoca la producción de pornografía para continuar ocupando puestos de poder en el mercado. Así, cada vez más, la competencia entre las diferentes plataformas visuales es voraz, si bien convierten a la pornografía en una industria considerablemente rentable para las sociedades occidentales (Jeffreys, 2011).

La pornografía que se consume por medio de las redes no debe convertirse en la educación sexual que reciben los chicos y las chicas durante la infancia, la adolescencia y la juventud. Sin embargo, la ausencia de este tipo de aprendizajes por parte de agentes socializadores como la familia y la escuela provoca que la pornografía pese a ser una herramienta de enseñanza para unos y otras, aunque con perspectivas claramente desiguales. Por lo general, la situación que acontece entre los hombres adolescentes es la siguiente:

Chico de once años, sin educación sexual por parte de la familia y de la escuela, al que regalan un *Smartphone*. En menos de lo que imaginamos, la pornografía, sino lo ha hecho antes (con las amistades o los videojuegos), llegará sin previo aviso a sus pupilas. La variedad es tan inalcanzable, que el consumo por parte de este chico quedará lejos de ser monótono. Cada día, cada minuto, podrá acceder a una carta inabarcable de prácticas pornográficas con las que socializarse en el terreno sexual, y con las que disminuir su empatía hacia la violencia contra las mujeres.

Transcurridos 5 años de feroz consumo, el chico en cuestión tiene su primera relación sexual fuera de la hiperrealidad de la pornografía. Pero claro, después de una instrucción patriarcal inmersa en el dominio y la violencia hacia las mujeres, la realidad no le parece tan excitante. Ante este choque hiperrealidad-realidad sexual, al chico se le presentan varias posibilidades. La primera consiste en aprender desaprender, en “resetear” lo que ha visto y aprendido, en resocializarse en otro modo sexual diferente a lo consumido hasta entonces. La segunda de las posibilidades es intentar imponer su deseo en las relaciones sexuales que establezca a través de medios que van desde estrategias de coerción sexual hasta la agresión, ya sea de manera individual o colectiva. La tercera, y última, consiste en pensar en la prostitución como el lugar desde donde poder llevar a cabo su deseo a cambio de dinero, o lo que es igual, pensar en la prostitución como un derecho legitimado por el patriarcado en el que demandar lo deseado (Ruiz-Repullo, 2021, p.121).

Szil (2018) pone en evidencia diferentes aspectos fundamentales que inciden en el daño que provoca la pornografía en la juventud:

1. La pornografía separa la sexualidad de los hombres tanto de los sentimientos propios como de las relaciones cotidianas. De este modo, pretende contribuir a la disociación como rasgo dominante del modus vivendi masculino.
2. La pornografía contrarresta la igualdad y equidad de género, así como el acercamiento basado en la mutualidad entre los hombres y las mujeres. Dicho de otro modo, la pornografía no muestra una sexualidad simétrica donde el dominio de la masculinidad tradicional no sea el hilo conductor.
3. La pornografía fomenta la irresponsabilidad reproductiva de los hombres. También la irresponsabilidad en cuanto a los riesgos que conlleva no usar métodos anticonceptivos, que casi no aparecen en la pornografía, como es el caso de los preservativos.

4. La pornografía fomenta la aceptación e incluso el uso de la violencia en las relaciones entre los sexos. Por consiguiente, muestra imágenes de hombres deseantes y mujeres hirientes.
5. La pornografía es el marketing de la prostitución. No solo de manera directa, a través de los chats, las webcams y las diferentes plataformas pornográficas, sino también de manera indirecta.

A la luz de lo expuesto, parece que chicos y chicas, mujeres y hombres hablan lenguajes distintos con respecto a la sexualidad: distintos placer o papeles son llevados a la práctica sexual para satisfacer las demandas o deseos de los hombres (Sambade, 2020). No obstante, cada vez más, comienzan a vislumbrarse cambios en el modelo de masculinidad hegemónica hacia posicionamientos no opresores ni violentos. Por tanto, no cabe duda de que el feminismo ha tenido un impacto considerable en la sociedad y, en especial, en las chicas más jóvenes, quienes se posicionan en contra del machismo y la violencia ejercida por los hombres. Esta identificación pone a prueba y cuestiona a sus compañeros, es decir, a los chicos más jóvenes, quienes, de un modo u otro, se están viendo en la necesidad de readaptarse a las nuevas situaciones (Alario, 2021).

Sin embargo, estos nuevos anclajes de la masculinidad no siempre son reales y pueden tener otro trasfondo, es decir, muchos chicos muestran un cambio aparentemente estético con el propósito de no perder oportunidades o experiencias sexuales en el plano personal. Por consiguiente, no se sabe a ciencia cierta si los cambios experimentados con respecto al modelo de masculinidad son una realidad, o simplemente son impostados en el intento de continuar beneficiándose de las imposiciones del patriarcado. Para salir de dudas, es preciso realizar mayor número de investigaciones que intercedan en beneficio de la igualdad de género, así como generar espacios de comunicación afectivo-sexual basados en la reciprocidad. Ello pasa por que los hombres superen su masculinidad heroica, y reconozcan a las mujeres como sujetos de plenos derechos en las sociedades formalmente igualitarias (Ruiz-Repullo, 2021).

Si de la desigualdad entre hombres y mujeres a la violencia contra estas hay un continuo, y se quiere fomentar una educación que prevenga la violencia, es necesaria una educación para prevenir la desigualdad; es decir, una educación diferente a las socializaciones de género actuales, que reproducen la desigualdad permitiendo que se llegue a la violencia. El objetivo final es llegar a una única socialización humana, que sea igual para todas las personas, independientemente de su sexo; una socialización sin géneros, en y para la igualdad, que potencie en todas las personas los valores que permiten avanzar hacia un mundo más justo (Alario, 2021, p.375).

7.4.2. El caso de la prostitución: el sistema prostitucional y la subjetividad del putero

Prostitución. Institución masculina patriarcal según la cual un número indeterminado de mujeres no llega nunca a ser distribuido a hombres concretos por el colectivo de varones a fin de que queden a merced no de uno sólo sino de todos aquellos que deseen tener acceso a ellas, lo cual suele estar mediatizado por una simple compensación económica. (Sau, 2000, p. 249).

La prostitución comprende una de las principales instituciones fundacionales del patriarcado en la que los hombres obtienen sexo a cambio de dinero. Las teóricas feministas Carole Pateman (2019) y Victoria Sau (2000), entre otras pensadoras, sostienen que la prostitución es el resultado exitoso de un pacto establecido entre varones con la finalidad de apropiarse de las capacidades sexuales de las mujeres. Desde este punto de vista, tanto el matrimonio como la prostitución son dos de las instituciones principales que regulan la sexualidad humanas, dado que ambas garantizan el dominio o el control de los hombres con respecto a la sexualidad y reproducción de las mujeres (Cobo, 2020). Por este motivo, el pensamiento feminista analiza la prostitución como una práctica patriarcal especialmente perjudicial para las mujeres, pero no solo para aquellas que se encuentran en situación de prostitución, sino también para todas las mujeres, puesto que la prostitución confirma la definición patriarcal de las mujeres como proveedoras principales del placer masculino (Cobo, 2020).

Durante siglos, la prostitución comprendía un conjunto de pequeños negocios artesanales sin impacto económico sobre la economía de los países en los que se practicaba. No obstante, esta institución ha experimentado notables cambios en las últimas décadas, por cuanto que ha llegado a convertirse en el corazón de la industria global de la explotación sexual. Desde este punto de vista, tal como indica Jeffreys (2011), la prostitución del siglo XXI solo puede ser entendida en el marco de la economía política. De hecho, la industria de la explotación sexual aparece como uno de los principales negocios en beneficios a escala global en el marco de la economía ilegal. De Miguel (2012) indica que, en las sociedades formalmente igualitarias, donde se han logrado mayores avances y políticas de igualdad, la industria de la explotación sexual remite a uno de los principales negocios que mayores beneficios produce a escala global en el marco de la economía global. Desde este punto de vista, como consecuencia de la crisis económica mundial y de la rigidez de las políticas migratorias de los países favorecidos, se ha producido un incremento exponencial del tráfico de mujeres con fines de explotación sexual (Sambade, 2020).

Desde este punto de vista, lejos de los ilusorios mitos que describen la prostitución como un trabajo elegido libremente, bien parece un negocio vinculado al tráfico y a la trata de mujeres con fines de explotación sexual³². Las mujeres prostituidas pro-

³² La trata de mujeres y niñas con fines de explotación sexual es una forma de violencia patriarcal y una vulneración de los Derechos Humanos. Según el *Protocolo de las Naciones Unidas para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños* (Protocolo de Palermo, Naciones Unidas, 2000) se entiende por trata: a) La captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. Esa explotación incluirá, como mínimo, la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos; b) El consentimiento dado por la víctima de la trata de personas a toda forma de explotación que se tenga la intención de realizar descrita en el apartado a) del presente artículo no se tendrá en cuenta cuando se haya recurrido a cualquiera de los medios enunciados en dicho apartado; y c) La captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de un niño menor de 18 años con fines de explotación se considerará "trata de personas" incluso cuando no se recurra a ninguno de los medios

ceden generalmente de países o sociedades más pobres, y con una estructura patriarcal más dura y primaria, como es el caso de Nigeria, Tailandia, Camboya o Rumanía (Cobo, 2020). De hecho, son captadas por medio de diferentes estrategias, que van desde la coacción y el engaño hasta el propio secuestro, en una trama global que se nutre de distintos ejes de discriminación como la clase, la etnia social y la pobreza. Como resultado, se produce a nivel global una desigualdad transnacional de género que intersecciona con otros ejes de discriminación como la pobreza y la clase étnica.

En cualquier caso, si bien el sistema prostitucional remite rápidamente a las mujeres, urge cambiar el enfoque para abordar la cuestión de la demanda que, en la inmensa mayoría de casos, proviene del interés masculino. Desde este punto de vista, el debate de la prostitución no debe focalizarse en el consentimiento de la mujer prostituida, sino en la agencia o capacidades de los hombres que, de conformidad con sus deseos sexuales, alimentan sobradamente el sistema de la demanda prostitucional (Sambade, 2020; Ranea, 2021).

Si como hemos tratado de exponer las mujeres son los objetos y no los sujetos activos que con su derecho desencadenan todo el proceso que finalmente conduce a las mujeres a los prostíbulos, lo lógico y racional es que el desarrollo del debate pase a focalizarse en el prostituidor como la causa primera de la existencia de un mercado de cuerpos (De Miguel, 2012, p. 17).

La prostitución entraña tanto un privilegio masculino, en la medida en la que dispone del poder suficiente de satisfacer el deseo sexual en cualquier momento a través del acceso reglado y sin reciprocidad del cuerpo de las mujeres, como una forma

enunciados en el apartado a) del presente artículo. En la actualidad, la trata con fines de explotación sexual adquiere dimensiones transnacionales y globales (Cobo, 2020). De hecho, constituye una parte fundamental en el mercado de la prostitución debido a que permite proporcionar una amplia variedad de mujeres jóvenes y exóticas a bajo precio (Gimeno, 2018). Este abaratamiento de la prostitución posibilita un mayor acceso y consumo, incrementando los riesgos de las prostitutas, la competencia y la intensidad de su dedicación.

de demostrar la masculinidad, dado que se crea una situación de poder social en la que el hombre prostituyente siempre es el sujeto demandante sexo. Este privilegio de dominación ha sido enmascarado a través de la ficción del intercambio comercial como una forma de aceptación por parte de la mujer prostituida, lo que ha posibilitado que los hombres prostituyentes puedan sentirse exculpados de esta situación (De Miguel, 2015). Pese a que son los hombres quienes constituyen la demanda de prostitución y las mujeres las personas prostituidas³³ (Sambade, 2020), el lenguaje popular dispone de una amplia variedad de términos para identificar a las mujeres en situación de prostitución como son las palabras *prostituta, furcia, ramera, zorra, puta, lumi, buscona, fulana...*

Por el contrario, a excepción de la palabra *putero*, es decir, “un hombre machista que hace uso de sus privilegios, el dinero y el poder, para satisfacer sus deseos, sin tener en cuenta la condición humana y la vulnerabilidad de las mujeres prostituidas y sus circunstancias” (Tiganus 2021, p.106), no existe otro término que designe específicamente a los hombres que compran sexo en el sistema prostitucional (Ranea, 2017). De hecho, cuando son representados, tienden a ser amablemente dulcificados, tal como sucede en la exitosa película *Pretty Woman*, donde el protagonista de la historia representa todo un príncipe que salva a su princesa, una prostituta deambulante que no dispone de dinero. No obstante, esta situación de dulcificación del *putero* ha sido objeto de numerosas e importantes críticas realizadas de la mano de Octavio Salazar, Profesor Catedrático de la Universidad de Córdoba, especialista en cuestiones de género y nuevas masculinidades.

Lo que nos daña no son conceptos en abstracto: trata, prostitución, explotación sexual, sistema prostitucional, patriarcado, capitalismo, neoliberalismo, racismo, colonialismo... Quienes nos dañan profundamente son el brazo ejecutor de este sistema

³³ También existen hombres en situación de prostitución, en especial, niños y hombres transexuales. Sambade (2020) estima que la prostitución de hombres comprende alrededor del 20%, mientras que las mujeres y las niñas el 80%. En España, la entidad Médicos del Mundo (2019) señala que, de entre las personas atendidas en situación de prostitución, 8.805 eran mujeres, mientras que solamente 328 eran hombres. Ahora bien, tanto en el caso de los niños y de hombres transexuales, como en el de niñas y mujeres, la demanda está compuesta por hombres de modo casi exclusivo (Gimeno, 2012).

prostitucional: los consumidores. O demandantes. O compradores. Yo los llamo puteros. Hay quienes prefieren un lenguaje más académico y los llaman prostituidores o prostituyentes. Me parece perfecto. Yo utilizo putero porque un día un hombre me dijo molesto que esta palabra era muy fuerte y que sonaba muy despectivo. Y pensé «¡Anda, qué bien!». Por fin una palabra que cargue de rechazo social y estigmatice a quienes hasta hace poco han sido eternos invisibilizados, cuando no directamente protegidos y amparados (Tiganus, 2021, p.105).

La connotación negativa de la multitud de conceptos que denigran a las mujeres en situación de prostitución, en oposición a la neutralidad del término que se asigna a los hombres como *clientes*, confirma la jerarquía de género y su binarismo constitutivo (Ranea, 2017). Desde este punto de vista, el imaginario simbólico de la prostitución, no solo afecta a las mujeres prostituidas, sino a todas las mujeres como colectivo. En pocas palabras, la prostitución atraviesa la socialización de género femenino con el término *puta*, en tanto que impregna de este significado a todas las mujeres que no respondan del mismo modo a los preceptos designados por el patriarcado. Asimismo, se distorsiona la mirada masculina sobre las mujeres, si bien aparecen como meros cuerpos o trozos de cuerpos disponibles para la satisfacción de los deseos de los hombres. En consecuencia, se produce una ausencia de empatía de los hombres hacia las mujeres y un amplio desconocimiento de la sexualidad femenina (Herrera, 2019; Sambade, 2020).

La prostitución afecta al imaginario de lo que es una mujer y lo que se puede esperar de ella, también a lo que se puede hacer con ella. Refuerza la concepción de la mujer como cuerpos y trozos de cuerpos de lo que es normal disponer y que ni siquiera suscitan el interés de preguntarse cómo ni por qué están ahí. De hecho, la mayor parte de las mujeres que ejercen la prostitución no hablan la lengua del «cliente». La relación puede definirse como una relación «abre las piernas y cierra la boca» (De Miguel, 2015, pp.169-170).

En el marco español, si bien es reciente la literatura que aborda el tema de la prostitución (Cobo, 2020; Ranea, 2019), todavía son escasos los estudios que analizan

los motivos por los que los hombres deciden, de manera voluntaria, mantener sexo de pago con mujeres prostitutas. Desde este punto de vista, cabe señalar los resultados obtenidos por el único trabajo realizado hasta la fecha con respecto a esta cuestión. Así pues, Gómez et al. (2015) diferencian cuatro tipos de hombres puteros que consumen prostitución: el *putero misógino (homo sexualis)*, el *putero consumista (homo consumericus)*, el *putero amigo (homo hamicus)* y el *putero crítico (homo politicus)*.

En primer lugar, el putero misógino adopta una actitud acrítica y natural con la prostitución, por cuanto que considera que las mujeres prostitutas ejercen este trabajo de manera voluntaria. De hecho, el putero misógino considera que la prostitución es un trabajo cómodo, con el que pueden ganar grandes cantidades de dinero sin ningún tipo de esfuerzo. En este sentido, comparte la percepción tradicional de que las mujeres se oponen a los intereses y necesidades de los hombres porque son unas falsas y viciosas (son todas unas putas), dado que sus relaciones siempre tienen un interés económico y material (Gómez et al., 2015). Si bien el putero misógino percibe a las mujeres como seres materialistas, considera que los hombres, en cambio, son seres promiscuos genéticamente. En efecto, apela a diferentes teorías pseudocientíficas para demostrar la virilidad masculina y la excesiva tendencia de los varones hacia la sexualidad. Por otra parte, Sambade (2020) indica que, de entre las motivaciones mencionadas por el putero misógino para consumir sexo de pago destacan la búsqueda de sexo que pueda satisfacer las demandas y fantasías masculinas, el cambio en la rutina de la vida en pareja y la necesidad de satisfacer las necesidades fisiológicas para así mantener el equilibrio mental y la salud corporal. En consecuencia, el putero misógino mantiene una definición sexista de la feminidad, que permite legitimar la cosificación sexual de las mujeres (Sambade, 2020). Algunos de los imperativos que el putero misógino reproduce son: *“Todo el mundo va de putas y son necesarias porque ofrecen un servicio a la sociedad”*; *“El sexo es casi todo de pago, lo que pasa es que el matrimonio sale más caro”*; *“Busco sexo de calidad”* (Navarro-Ríos, 2019, p.240).

En segundo lugar, el putero consumista o consumidor representa a aquellos jóvenes varones no sexistas que consumen sexo de pago por su propio placer, y que mayori-

tariamente no disponen de recursos económicos o materiales suficientes para consumir sexo constantemente dado a que viven con sus familias (Navarro-Ríos, 2019). Este tipo de putero considera que, en la actualidad, los preceptos tradicionales con respecto a la sexualidad se están rompiendo. Desde este punto de vista, las mujeres no solo buscan afecto y los hombres sexos, sino que tanto mujeres como hombres buscan lo mismo, y son sujetos activos en el ámbito social, laboral y sexual. Pese a ello, el putero consumista puede llegar a reconocer que las mujeres sufren discriminación y desigualdad, dado que la libertad sexual de la mujer es sancionada duramente (Gómez et al, 2015). De la misma manera, son conscientes de la desigualdad de género, en tanto que cuestionan o refrendan las actitudes machistas de otros hombres. No obstante, su defensa de la igualdad de género es más teórica que práctica, por cuanto que su discurso igualitario no lo aplican en el ámbito de la prostitución. Desde este punto de vista, si bien buscan a sus compañeras de trabajo como posibles parejas, tratan a las mujeres en situación de prostitución como simple mercancía que puede ser comprada y vendida. Por consiguiente, se concibe a sí mismo como consumista, ya que lo único que le excita es la posición de dominio, autoridad y poder sobre la mujer prostituida (Navarro-Ríos, 2019).

Dentro del tipo de putero consumista, Gómez et al. (2015) diferencia un subtipo de putero calificado como *putero consumista responsable*. Pese a enmarcarse dentro del tipo consumista, se diferencia del mismo en que aplica una visión más política, crítica y respetuosa con el consumo de sexo de pago. Desde su punto de vista, la sexualidad es entendida en un sentido amplio y pansexual, que no debe solo circunscribirse al ámbito de la pareja, sino que puede ser compartido con otras personas, siempre que sea de forma libre, pactada e igualitaria. Además, su discurso hace referencia a una perspectiva de izquierdas, feminista y anticapitalista, que busca ampliar experiencias sensoriales.

En tercer lugar, el cliente amigo mantiene una actitud amable cuando compra sexo de pago. De hecho, es capaz de humanizar a las mujeres en situación de prostitución y empatizar con ellas. Así, él mismo considera que cuida el trato con las mujeres prostituidas, empatiza con la situación personal que pueden experimentar estas mujeres y, con ello, se suele desmarcar del cliente maltratador y violento. En numerosas

ocasiones, el putero amigo puede llegar a mantener relaciones de pareja con las mujeres prostituidas fuera del espacio prostitucional (Gómez et al., 2015). Pese a que las necesidades sexuales aparecen entre las primeras motivaciones para que el putero amigo consuma sexo de pago, también aparecen otros aspectos importantes, como la búsqueda de compañía, amistad y calidez en la relación sexual. De igual modo, pretende que el encuentro sexual permita a él mismo y a la mujer prostituida pasar un buen rato en común, y que la mujer también disfrute y se sienta cómoda con el cliente. Por otra parte, el putero amigo reconoce que la decisión de consumir sexo de pago no es motivo de orgullo, sino que llegan a esta situación como resultado de una reunión o fiesta con amigos y compañeros de trabajo. Por ende, concibe a las mujeres prostituidas como amantes libres de compromiso. En ocasiones, las frustraciones que el putero amigo mantiene con respecto a las mujeres prostituidas hace que genere una visión negativa de las mismas, y pueda distinguir entre aquellas mujeres buenas, es decir, las mujeres que aceptan su posición hegemónica, y las mujeres malas, que cuestionan su posición estructural en la sociedad (Gómez, 2017; Sambade, 2020).

En cuarto y último lugar, el putero crítico reconoce la existencia estructural de la desigualdad de género, así como de las injusticias económicas y sociales que sufren las mujeres prostituidas en el actual entorno patriarcal y capitalista. Asimismo, considera que las mujeres se prostituyen por necesidad, y son unos de los colectivos más vulnerables en la escala social, puesto que, en algunos casos, son víctimas de las mafias de la prostitución (Gómez et al., 2015). Por otra parte, entre las motivaciones que hacen que el putero crítico consuma sexo de pago se encuentran la capacidad de la que disponen los hombres para ejercer control y poder en el contexto prostitucional, así como el poder desahogar frustraciones cotidianas a través de humillaciones verbales, y el abuso físico hacia las mujeres prostituidas. En definitiva, el putero crítico percibe a las mujeres prostituidas como víctimas de la explotación económica y de la injusticia social. No obstante, las necesidades afectivas y sexuales hacen que el mismo pueda hacer un uso constante del sistema prostitucional (Sambade, 2020).

Con todo, en el actual contexto de neoliberalismo sexual (De Miguel, 2015), toda relación humana es susceptible de convertirse en mercancía. Por tanto, es prioritario

realizar mayor número de investigaciones que permitan poner de manifiesto el modo en el que se conforman los imaginarios sociales masculinos sobre la prostitución, así como hallar los mecanismos socioculturales necesario para desactivar las prácticas empáticas que los varones manifiestan cuando acceden al cuerpo de las mujeres , previo pago. Esta mirada supone un avance importante en el estudio de este fenómeno, por cuanto que permite establecer un puente para disponer de información pertinente, y así crear políticas públicas contra la violencia de género y la desigualdad por razón de sexo (Pérez Freire y Gómez, 2022).

El rechazo de la prostitución no es más que el rechazo de una forma de masculinidad que se construye en torno a la dominación violenta de las mujeres. Los hombres no podemos seguir siendo ni sujetos ni cómplices de formas de subordinación social como la trata y la prostitución. No debemos perpetuar un modelo de sexualidad basado en la violencia y la dominación. Tenemos una responsabilidad en la construcción de una sociedad propiamente democrática (Sambade, 2020, pp.175-176).

Las consecuencias de este posicionamiento crítico solo pueden ser positivas, por cuanto que pueden acarrear formas enriquecedoras y libres de vivir la sexualidad y las relaciones humanas. Así, se trata de un ejercicio crítico, reflexivo y solidario (Sambade, 2020; Alario, 2021).

II. METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

CAPÍTULO 8: DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

El octavo capítulo de la tesis doctoral presenta de manera detallada el diseño de investigación planteado para la realización del presente estudio. En este sentido, se muestran los objetivos y la pregunta de investigación que ha orientado el proceso de estudio, y se incide en la importancia de la investigación narrativo-biográfica como proceso de compartir el saber de la experiencia de una vida.

8.1. Objetivos y preguntas de investigación

El diseño de investigación implica planificar en función de un problema de investigación, unos objetivos generales o específicos, y unas cuestiones principales que guían la investigación. Problema y objetivos generales tienen que ver con los intereses de investigación, por tanto, es correcto plantearlos desde el inicio del proceso (Bolívar y Domingo, 2019). Desde este punto de vista, el presente trabajo pretende elaborar un estudio narrativo-biográfico de tres varones andaluces, emparejados y con hijos o hijas, para dar cuenta del proceso de configuración de su masculinidad, y comprobar si la misma se ha visto envuelta en un cambio de tendencia hacia posicionamientos igualitarios, como consecuencia de los avances consolidados en materia de igualdad de género.

La pregunta de investigación que sustenta esta tesis trata de responder a un fenómeno escasamente estudiado en el campo de investigación de los estudios de género, en la medida en la que estos mismos siempre se han interesado o han estado intrínsecamente relacionados con el estudio de las mujeres. En este sentido, poner el foco de atención en el estudio de las masculinidades, también supone analizar el género, por cuanto que se aprende a ser hombre mediante el proceso de socialización. De hecho, la masculinidad es una construcción identitaria expuesta constantemente a prueba, que necesita ser validada por medio de diferentes mandatos sociales o culturales aprobados por los diferentes sujetos que componen las sociedades. Por consiguiente: ¿cómo configura cada hombre su proceso de construcción de la

masculinidad en un contexto sociocultural caracterizado por la constante transformación de las sociedades formalmente igualitarias pero estructural y cotidianamente desiguales?

La pregunta inicial de investigación, se concreta, además, en los siguientes objetivos:

- ❖ Delimitar e interpretar las prácticas e imperativos de carácter sociocultural que los hombres reproducen de manera habitual para perpetuar el modelo de masculinidad hegemónica o tradicional en los diferentes sectores de las sociedades occidentales.
- ❖ Analizar la realidad sociocultural en la que viven actualmente los varones occidentales, si bien confluyen diferentes mecanismos que refuerzan y debilitan al mismo tiempo los preceptos sobre los que se sustenta la masculinidad hegemónica o tradicional.
- ❖ Examinar desde una perspectiva crítica la popularidad del término “nuevas masculinidades” como una maniobra de actuación social establecida por los hombres heterosexuales en el intento de plantear posicionamientos plenamente estéticos en favor de la igualdad de género.
- ❖ Interpretar y analizar el fenómeno de las nuevas masculinidades como maniobra de conformación de otros nuevos modelos de masculinidades alternativos basados en la transgresión de la corporalidad, la inclusividad, el acercamiento o aceptación del feminismo y el cuidado de las personas.
- ❖ Proponer diferentes ámbitos de abordaje de la masculinidad tanto en el espacio público como en el privado, que permitan poner de manifiesto la voluntad personal y política de los hombres para superar el modelo de masculinidad hegemónico o tradicional.

Por el momento, el marco teórico pretende constatar que el modelo de masculinidad tradicional se encuentra inmerso en un proceso de crisis circunstancial como con-

secuencia de la puesta en escena de diferentes factores socioculturales o herramientas políticas que fomentan la igualdad de género. Esta situación de cambio formal ha permitido que los varones puedan comenzar a alejarse de esos preceptos patriarcales que limitan el curso de la vida hacia una masculinidad impostada (Subirats, 2020), basada principalmente en la provisión económica, el sustento familiar y el dominio heterosexual (Gilmore, 1994; Salazar, 2012). De la misma manera, pese a que son escasos los estudios que analizan la cuestión masculina, buena parte de los mismos inciden en la necesidad de promover otros modelos alternativos de masculinidad en los que los hombres puedan tomar conciencia de los actos de injusticia social que han cometido contra las mujeres. Ello pasa, principalmente, por renunciar a los privilegios patriarcales de los que han disfrutado desde siempre y reivindicar políticas públicas que hagan tambalear la desigualdad estructural (Salazar y Sambade, 2020; Riviere, 2021).

8.2. Diseño de la investigación

El diseño de la presente investigación es narrativo y de tipo biográfico. El método narrativo-biográfico ha sido el recurso utilizado en la obtención de los relatos de los varones participantes a través de la entrevista biográfica o narrativa, y del análisis de los datos, por medio del *Voice Centred Relacional Model* (Modelo Relacional Centrado en la Voz), herramienta y modelo de escucha de las diferentes voces personales que narran el curso de la vida de los varones entrevistados (Mauthner y Doucet, 1998).

En líneas generales, este trabajo comprende las cuatro fases clave que propone Pujadas (2002) en el momento de utilizar el método narrativo-biográfico y elaborar historias de vida. Adicionalmente, para el análisis de los datos obtenidos, se emplea el Modelo Relacional Centrado en la Voz (Mauthner y Doucet, 1998), en tanto que permite mostrar diferentes formas de un mismo acontecimiento ofreciendo riqueza y complejidad al texto final. En este sentido, el diseño de investigación se sintetiza en las siguientes fases:

- ❖ Aproximación al planteamiento teórico de la investigación mediante una revisión pormenorizada de la literatura, concreción y justificación del objeto de estudio.
- ❖ Definición del problema de investigación, de los objetivos generales y específicos, y de las preguntas de investigación.
- ❖ Delimitación del diseño metodológico, que comprende una revisión de la literatura sobre metodología, la elección del contexto de estudio, la definición de la muestra o población, la elaboración del marco metodológico y la definición del diseño concreto de la investigación.
- ❖ Elaboración del informe final de investigación, que permite recabar los datos recogidos, su análisis e interpretación, y las conclusiones finales. De modo que, además, permita abrir nuevos interrogantes y futuras líneas de investigación sobre el objeto de estudio presente.

Tabla 5: Diseño de la investigación

DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN
<ul style="list-style-type: none"> • Fase inicial o de preparación de la investigación
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Elección y justificación del tema de investigación. ❖ Planificación del marco teórico y diseño de la investigación. ❖ Negociación con los informantes.
<ul style="list-style-type: none"> • Fase de reconstrucción biográfica o preanalítica
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Realización de las entrevistas biográficas. ❖ Transcripción de los relatos obtenidos por medio de las entrevistas.

<ul style="list-style-type: none"> • Fase de análisis e interpretación
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Análisis de los datos mediante el Modelo Relacional Centrado en la Voz. ❖ Reflexión y escritura de las historias de vida de los varones entrevistados.
<ul style="list-style-type: none"> • Fase de presentación de los resultados y conclusiones del estudio
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Descripción de las conclusiones. ❖ Limitaciones y futuras líneas de investigación. ❖ Utilidad de la investigación.

Fuente: Elaboración propia

En la fase inicial, se realiza una revisión de la literatura existente sobre la configuración de las masculinidades en las sociedades occidentales, y se establece una primera aproximación a la redacción del marco teórico de la tesis doctoral. En este sentido, la revisión de la literatura se lleva a cabo de manera constante durante los cuatro años de duración de la presente investigación. Esta misma fase, permite, además, diseñar y planificar las fases posteriores del proceso de investigación. De la misma manera, facilita la definición de los criterios de selección de la muestra con base en evidencias empíricas de estudios realizados en este campo de investigación.

En la fase de reconstrucción biográfica o preanalítica se describen los sujetos que van a intervenir en la investigación, y el proceso utilizado para la recogida de los datos, en concreto, se hace uso de la entrevista biográfica o en profundidad en la que los protagonistas de las historias de vida narran su vida casi por completo. Estas historias de vida son especialmente importantes por cuanto que permiten poner de manifiesto la toma de conciencia de los hombres con respecto a aquellos planteamientos que interceden en beneficio de la igualdad de género. Asimismo, se hace especial hincapié en las cuestiones éticas y en la validez de la investigación autobiográfica y narrativa.

En la fase de análisis e interpretación se parte de una información bien organizada sobre la que la persona que investiga pueda trabajar. En este sentido, tanto el empleo del Modelo Relacional Centrado en la Voz, que insta a releer varias veces una misma transcripción, como la escritura de las historias de vida, comprende un proceso complejo y especialmente reflexivo. Fruto de la reflexividad, se ponen en evidencia las historias de vida de los participantes desde un punto de vista personal, vinculando, en todo momento, emociones, sentimientos e información procedente de la literatura académica.

En la fase de presentación de los resultados y conclusiones de estudio se pone fin al diseño de la investigación. En este sentido, se presentan las conclusiones principales obtenidas por medio de la presente investigación, se señalan las limitaciones del estudio, se destacan las futuras líneas que pueden orientar trabajos sucesivos o complementarios al mismo, y se pone de manifiesto la utilidad de la investigación en un campo de estudio especialmente emergente.

8.2.1. La descripción de la muestra con historias de vida

La toma de contacto con los hombres entrevistados se ha establecido por medio de diferentes vías de acceso. Por una parte, se ha transmitido la información de manera informal mediante conversaciones mantenidas con diferentes personas del entorno familiar y profesional de la persona que investiga. Por otra parte, se ha difundido por medio de diferentes redes sociales, un cartel informativo donde se invita a participar a varones mayores de edad, en situación de convivencia con su pareja y con hijas o hijos (Anexo 2). Las entrevistas han sido realizadas de manera virtual por medio de un servicio de videotelefonía a tres hombres españoles residentes en la comunidad autónoma de Andalucía. En concreto, dos hombres pertenecientes a Almería, y un hombre residente en la provincia de Granada, pero que es natural de un pueblo de Cádiz.

En lo que se refiere al tipo de muestreo, se emplea la técnica de “bola de nieve”, documentada por Cohen et al. (2000). Este tipo de muestreo propio de la investigación cualitativa permite identificar participantes potenciales difíciles de encontrar con la

finalidad de negociar con los mismos la posibilidad de establecer contactos con otros posibles informantes clave dispuestos a relatar su curso de vida. Desde este punto de vista, cuando se ha obtenido un informante clave, se ha negociado con él mismo para que pudiera poner en contacto al investigador con otros posibles informantes. En este sentido, Juan Jesús ha actuado como persona clave, en tanto que ha puesto en contacto a la persona investigadora con otro participante dispuesto a relatar su historia de vida. Ambos participantes mantienen contacto estrecho debido a su unión familiar.

Atendiendo a la naturaleza específica de este estudio, los criterios de selección de la muestra con historias de vida han sido los siguientes:

- ❖ Hombres mayores de edad residentes en el Estado español.
- ❖ Tener hijos o hijas nacidos/as desde comienzos del año 2007 (dado que es por primera vez en ese año cuando entra en vigor el permiso de paternidad en España).
- ❖ Vivir en el ámbito o núcleo familiar con la pareja (si la tiene) y los hijos o hijas.
- ❖ Disponibilidad para participar y tiempo para realizar la entrevista.
- ❖ Buena voluntad en el hacer, así como compromiso para hablar de sus propias experiencias personales.

De conformidad con el planteamiento de Cisterna (2005) se ha intentado cumplir con las características principales que los participantes de una investigación deben reunir:

- ❖ **Representatividad:** la representatividad de la muestra puede ponerse en duda, pero la investigación cualitativa centra su atención en un caso que presenta un especial interés por descubrir nuevos significados, por lo que la generalización no es un objetivo propio de la investigación.

- ❖ **Idoneidad:** por lo general, los participantes del estudio deben responder de manera adecuada a la naturaleza de los fenómenos estudiados.

- ❖ **Accesibilidad:** la elección de la muestra debe tener en consideración las limitaciones espaciales o temporales en las que se circunscribe el presente estudio.

La muestra total de este estudio está compuesta por tres varones participantes con edades comprendidas entre los 28 y los 43 años de edad, residentes en la comunidad autónoma de Andalucía, con hijos o hijas con edades comprendidas desde los dos meses de vida hasta los 7 años de edad, en activo y con pareja. A continuación, la tabla 6 pretende presentar las características generales de los protagonistas que componen la muestra del presente estudio:

Tabla 6: Características de la muestra del presente estudio

CNombre	Edad actual	Residencia	Estado civil	Situación laboral	Ocupación actual	Nivel educativo	Numero hij@s	Edad hij@s
1. Juan Jesús	33 años	Almería	Emparejado	Ocupado	Autónomo comercio	Licenciatura	1 hijo	15 meses
3. Eduardo	28 años	Almería	Casado	Ocupado	Funcionario ayuntamiento	Graduado	1 hija	2 meses
4. Salvador	43 años	Granada	Emparejado	Ocupado	Trabajador hortofrutícola	Estudios primarios	2 hijas	7 años
								14 meses

8.2.2. El consentimiento informado

En palabras de Moriña (2017) el consentimiento informado es:

Un documento firmado entre dos partes: la persona que investiga y la persona que participa en la investigación. En él se ponen de manifiesto diferentes cuestiones (tema de investigación, duración del estudio, instrumentos de recogida de datos, etc.) de las que se informa a quien participa en la investigación y compromete al investigador o investigadora con las personas participantes (p.35).

Para disponer del consentimiento informado es necesario que los participantes firmen un impreso, antes de ser entrevistados o de comenzar a formar parte del proceso de estudio. En este sentido, se deben tener en cuenta las orientaciones elaboradas por Simons (2011):

- ❖ Proporcionar información adecuada para que los participantes puedan conocer debidamente lo que se espera de ellos.
- ❖ Reconsiderar la idea del consentimiento informado, dado que durante el proceso de investigación pueden realizarse cuantas modificaciones sean necesarias.
- ❖ Obtener el consentimiento informado de todas las personas a las que se tiene intención de entrevistar.
- ❖ No presumir que una misma forma de obtener el consentimiento informado es válida para cualquier circunstancia o persona.

Para contar con el consentimiento informado de los participantes en el presente estudio, se acordaron las siguientes cuestiones:

- ❖ Los participantes de la presente investigación doctoral podrán visualizar el contenido de la misma antes de que sea presentada por el público en general.

- ❖ Los participantes del presente estudio serán notificados sobre el modo en que se utilizarán los datos aportados, así como en el contexto en el que se tratan los mismos.
- ❖ La dignidad e integridad moral e intelectual de los participantes son primordiales y se protegerán en todo momento.
- ❖ La investigación predoctoral y el investigador de la misma se comprometen a respetar la privacidad de los participantes.
- ❖ El responsable de la investigación no deberá atentar contra la dignidad de los participantes. De igual modo, en ningún momento podrá incomodar o cuestionar las decisiones o narraciones de los participantes.
- ❖ La persona investigadora y los participantes de este estudio comparten el compromiso de que la información que aquí se detalla pretenda colaborar en beneficio de la igualdad de género.

El aviso de autorización informada puede consultarse en el anexo 3.

8.3. La investigación narrativo-biográfica

La investigación narrativo-biográfica, entendida como una rama de la investigación interpretativa, comparte algunos de los principios metodológicos generales de la investigación cualitativa, en especial, aquella perspectiva interpretativa o hermenéutica, cuyo objetivo son, principalmente, los textos discursivos (Flick, 2004; Vasiliadis, 2006). En el marco de las metodologías de corte cualitativo, la investigación narrativo-biográfica comprende una metodología o abordaje propio (Bolívar y Domingo, 2019), que reclama unos presupuestos teóricos específicos. La investigación narrativo-biográfica permite representar un conjunto de dimensiones de la experiencia que la investigación formal deja fuera. Desde este punto de vista, modos es-

pecíficos de practicar la investigación biográfica, como es el caso de la presente investigación, conlleva miradas propias de enfocar la misma. Así pues, ha sido preciso elaborar un marco teórico y metodológico propio, con sus posiciones éticas y epistemológicas que han orientado la recogida y el análisis de los datos.

Su interés reside en que permite a los investigadores sociales situarse en ese punto crucial de convergencia entre: 1. El testimonio subjetivo de un individuo a la luz de su trayectoria vital, de sus experiencias, de su visión particular, y 2. La plasmación de una vida que es el reflejo de una época, de unas normas sociales y de unos valores especialmente compartidos con la comunidad de la que el sujeto forma parte (Pujadas, 2002, p.44).

Por norma general, la investigación narrativo-biográfica comprende cuatro elementos principales que intervienen en la investigación (Bolívar, 2012):

- ❖ **Narrador/a:** un narrador o narradora es una persona que muestra su disposición y conformidad para relatar sus experiencias personales de vida.
- ❖ **Intérprete o investigador:** el intérprete o investigador pretende interpelar al narrador para que pueda comentar de manera desinteresada y serena las vivencias, los recuerdos y las experiencias de su propia vida.
- ❖ **Textos:** los textos elaborados permiten recopilar la información relatada por el narrador/a en el trabajo de campo, así como el informe final que realiza el/la intérprete o investigador/a.
- ❖ **Lectores o lectoras:** por último, los lectores pueden disponer en diferentes versiones, las publicaciones producidas de la investigación narrativa para su lectura.

El enfoque narrativo-biográfico se concibe como un modo propio de investigar los fenómenos sociales como textos, cuyo valor y significado viene dado por la auto interpretación que los actores relatan en primera persona, donde la dimensión biográfica y temporal ocupa una posición inicial en el texto. Desde este punto de vista, en lugar de pretender obtener una explicación sustancial de los hechos sociales, fragmentados en variables discretas, se entiende que el significado de los actores comprenden el foco central de atención (Bolívar y Domingo, 2019). En lugar de limitarse a una simple recogida y análisis de datos, el enfoque narrativo-biográfico pretende explorar de manera directa los significados profundos de las historias de vida, así como sus dimensiones cognitivas, afectivas y de acción. En este sentido, contar las propias vivencias, y leer (en el sentido de interpretar) los hechos y las acciones a la luz de lo que los protagonistas narran, se convierte en una perspectiva peculiar de investigación (Bolívar et al., 2001).

Moriña (2017) sostiene que la investigación narrativo-biográfica comprende diferentes planteamientos que la hacen diferente de otros tipos de investigación y que pueden constituirse como señas de identidad de la misma:

- ❖ La investigación narrativo-biográfica prioriza las voces silenciadas en los discursos científicos, en tanto que se trata de grupos sociales poco estudiados.
- ❖ La importancia de incluir la subjetividad en el proceso de comprensión de la realidad de la persona protagonista que narra su historia. Dicho de otro modo, la subjetividad de la persona que narra la historia es reconocida y valorada.
- ❖ Las relaciones de la investigación están basadas en procesos democráticos en los que las personas que participan en la investigación adoptan un papel activo. Desde este punto de vista, la aproximación narrativa pretende establecer en el proceso de la investigación, un cambio en la estructura de poder tradicional, así como en la forma de entender la producción del conocimiento.

- ❖ La investigación narrativo-biográfica supone un enfoque emancipador de hacer investigación, por cuanto que más que describir o interpretar, la investigación narrativo-biográfica contribuye a transformar el mundo.

Tal como indican Niewiadomski et al. (2013) “su preocupación es comprender mejor los procesos de constitución del individuo y de su inscripción temporal en la existencia por medio del estudio de las formas narrativas que dan a sus experiencias” (p.21). Desde este punto de vista, por medio de las entrevistas, se indaga en las relaciones complejas que el individuo experimenta con sus entornos sociales más cercanos, las representaciones que hace de sí mismo y las relaciones que mantiene con los demás, priorizando, además, la dimensión temporal de sus experiencias. En este sentido, la investigación narrativo-biográfica entiende que la narración es la condición misma para un conocimiento de las personas en las Ciencias Sociales, interesada, de manera particular, en los procesos de reflexividad biográfica (Bolívar y Domingo, 2019).

Sobre la base de los supuestos teóricos que avalan el enfoque narrativo-biográfico, la presente investigación se caracteriza principalmente por ser: narrativa, constructivista, interaccionista y dinámica (Kelchtermans, 1993):

- ❖ **Narrativa:** la presente investigación es narrativa en la medida en la que pretende avanzar en la consolidación de sociedades democráticas, por medio de la experiencia o de la adaptación de la identidad masculina a los cambios propuestos en materia de igualdad de género.
- ❖ **Constructivista:** es un pensamiento constructivista porque los hombres continuamente re(construyen) sus experiencias de vida en una narrativa que, de manera organizada o significativa, aporta claridad a los comportamientos o acciones empleadas en el transcurso de la vida.
- ❖ **Interaccionista:** de manera conjunta con el principio constructivista, el interaccionismo entiende que la acción humana es el resultado de unas interacciones significativas con el entorno o contexto social, familiar, cultural, económico, político y educativo de las personas biografiadas.

- ❖ **Dinámica:** todas estas características hacen que la investigación narrativo-biográfica con hombres sea dinámica. En este sentido, en la medida en la que el significado de la vida cambia a lo largo del tiempo, las historias de vida aparecen como actos de creación o de sentido, que pueden cambiar con el paso del tiempo.

La perspectiva narrativa-biográfica es, en gran medida, *antideterminista* (Bolívar y Domingo, 2019): la persona es el relato de su propia vida, que lo expresa en sus propias palabras. El marco personal que guía sus interpretaciones y acciones en un contexto o situación dada puede verse modificado con el paso del tiempo, como resultado de otras interacciones significativas en el contexto. Desde este punto de vista, se da sentido a lo sucedido no en un vacío, sino de forma situada en un contexto en concreto. Este contexto, a su vez, tiene sentido espacial y temporal, por lo que las historias de los protagonistas se sitúan en un dónde y un cuándo (Bolívar y Domingo, 2019). Por una parte, el dónde incluye el entorno organizacional, institucional, cultural y social, así como las condiciones personales que vive en un determinado momento. El cuándo remite a un espacio y momento determinado, que permite poner en evidencia sentimientos, emociones y sensaciones.

En definitiva, la investigación narrativa-biográfica pretende dar sentido a acciones o trayectorias vitales actuales, pasadas o futuras, a partir de las informaciones en las que se cuentan experiencias o historias desde la perspectiva de quien las ha vivido. De ahí su importancia para la presente investigación: a) la investigación biográfica permite dar voz a los hombres sobre el propio proceso de construcción de su masculinidad que, normalmente, no ha sido lo suficientemente investigado en el marco de los estudios de género, pese a que el hombre siempre ha sido considerado como la norma universal de todas las cosas; y b) la investigación narrativo-biográfica supone una fisura en los modos habituales de comprender e investigar lo social: en lugar de reducir y delimitar la realidad de los hombres y de las masculinidades, se posibilita la narración de la experiencia de los hombres para darla a conocer ampliamente. En este sentido, la investigación narrativo-biográfica permite representar la experiencia vivida por los hombres en relación con el proceso de crisis existencial que han comenzado a experimentar como consecuencia de los cambios vaticinados

por la lucha del movimiento feminista. Esta situación de resquebrajamiento de la identidad masculina ha dado lugar a la creación de nuevas etiquetas que los hombres cotidianamente utilizan para indicar su adaptación estética a las circunstancias actuales de aparente igualdad formal.

8.3.1. Las historias de vida: formas de hacer investigación narrativa

En la actualidad, las personas viven en unos tiempos donde la dimensión afectivo-emocional, las creencias, los valores, los sentimientos o las motivaciones con las que afrontan el día a día se han tornado de manera esencial para comprender sus vidas. La crisis de identidad que sufren muchos varones ante la pérdida del empleo o ante diversas circunstancias personales, familiares o laborales necesitan ver la luz para intentar reelaborar nuevos mapas de vida que, en consonancia con las vindicaciones del movimiento feminista, puedan avanzar en el intento de construir personas democráticas, justas y abiertas al cambio en clave igualitaria. Desde este punto de vista, las historias de vida pueden ser un buen dispositivo para ver los efectos de la reestructuración de la vida de los hombres tanto a nivel personal como profesional, una vez que han comenzado a cuestionar los preceptos hegemónicos del modelo de masculinidad tradicional, que no hace más que limitar a los varones en la expresión de sentimientos o emociones.

La virtualidad de las historias de vida reside en incrementar la visibilidad de la vida de cualquier hombre, así como de las personas de su entorno familiar o social más cercano, para manifestar con voz propia las perspectivas sociales, culturales, políticas y familiares que versan sobre su vida, y sus puntos de vista sobre los avances consolidados en materia de igualdad de género durante las últimas décadas. En un momento de especial incidencia feminista y de grave crisis sociosanitaria y económica, articular propuestas de cambio masculino hacia otras nuevas masculinidades igualitarias o alternativas, con su consiguiente reconocimiento social y político, resulta un tanto problemático, si bien son ciertas las muestras de reticencia masculina hacia las propuestas de cambio. En cualquier caso, es imposible articular que los

avances vaticinados por el movimiento feminista han repercutido de manera significativa en la vida de los hombres. Pese a que muchos de ellos han comenzado a caminar de manera conjunta con las mujeres en ese proceso de cambio, es necesario documentar y dar voz propia a los hombres para conocer la realidad de la situación actual.

Relatos e historias de vida son, cada vez más vistos como material relevante para el análisis científico en el ámbito de lo social. En realidad, no es una idea nueva, pero sí que ha adquirido especial importancia en las últimas décadas. La diversidad variante de lo biográfico, es decir, historias de vida, testimonios, relatos, videografías, memoriales, escritos, etc., se emplean constantemente en investigación. Santamarina y Marinas (1995) lo llamaron el “síntoma biográfico”:

La historia de vida y las biografías parecen tener en este momento, una importancia nueva. Precisamente porque hay una revisión en profundidad de nuestros saberes sociales no solo sociológicos [...] hay un interés en los procesos de la memoria individual, grupal y colectiva, en un momento en que precisamente la sociedad de los medios de masificación, pretende homogeneizar las formas de saber y de comunicación social. (p.260)

Las historias de vida posibilitan la construcción de sentido del proyecto de una vida, por medio de la ordenación del bagaje de aprendizajes, acontecimientos o vivencias a lo largo de ella (Bolívar y Domingo, 2019), a la vez que organizan las múltiples experiencias de vida sobre un tema específico, con una dimensión temporal, unas relaciones sociales y un espacio concreto. Así pues, las historias de vida llegan a constituir la identidad de lo que cada individuo es como proyecto, dado que al relatar la singularidad de una vida, reflejan, además, la colectividad social de la que también forma parte. El uso del término “historia de vida” ha generado cierta confusión terminológica debido a la similitud que presenta con respecto a la variedad de vocablos que componen el campo de la investigación narrativa (Chárriez Cordero, 2012).

Aún a riesgo de caer en la simplificación, la tabla 7 recoge las definiciones que diferentes autores/as han elaborado del concepto de “historia de vida”³⁴. De hecho, los dos términos que pueden conllevar a una mayor confusión por su similitud en la traducción al castellano son *life story* (relato de vida) y *life history* (historia de vida). Goodson (2003) ha sido uno de los estudiosos que han destacado la relevancia de la distinción entre ambos conceptos. En este sentido, *life story* (relato de vida), es una narrativa de acciones, mientras que *life history* (historia de vida) es una narrativa donde se contextualiza el discurso y se triangula con otros documentos o dimensiones.

Pujadas (2002) indica que el término *life story* (relato de vida) remite exclusivamente a la narración biográfica que una persona hace. En ocasiones, puede ser publicada sin retocar, conservando, además, las propias particularidades lingüísticas de la persona. En consecuencia, el relato de vida o *life story* corresponde a la historia de una vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta. La clave del relato de vida es mantener la historia en las palabras y en la voz de la persona que la cuenta. Por lo general, la persona que ofrece el relato de la vida suele hacerlo por medio de entrevistas poco estructuradas en las que la persona investigadora obtiene sus percepciones, sin desempeñar un papel activo (Goodson, 2012).

En palabras de Bolívar y Domingo (2019):

Un relato de vida es un portal a través del cual una persona entra en el mundo y por el que su experiencia del mundo se interpreta y se hace significativa personalmente. Las personas dan forma a sus vidas cotidianas por medio de relatos sobre quiénes son ellos y los otros, interpretando su pasado en función de esas historias. (p.54)

³⁴ Esta tabla no recoge exhaustivamente todas y cada una de las definiciones realizadas sobre el concepto “historia de vida”, sino aquellas que han sido más empleadas por los diferentes investigadores/as.

Tabla 7: Definiciones de Historias de vida desde la óptica de diferentes autoras y autores

Autor/a	Definición Historia de vida	Características
Simmons, Leo W. (1942).	Relato en detalle sobre el comportamiento de un individuo en su entorno.	La historia de vida explica los motivos de un comportamiento, así como si este puede producirse en situaciones similares.
Langness, Lewis L. (1965).	Registro extenso de la vida de una persona.	La historia de vida es un escrito elaborado por un narrador que se obtiene mediante una entrevista.
Blumer, Herbert (1969).	Documento que relata la experiencia individual.	La historia de vida pone en evidencia las acciones de un individuo como actor humano que participa en la vida social.
Sarabia, Bernabé (1982).	Autobiografía o vida narrada por la persona que ha vivido esa vida. Informe producido por el sujeto sobre sus propia vida.	La historia de vida comprende información sobre la vida de un sujeto: su etapa escolar y aspectos relacionados con la vida adulta, como el trabajo, la salud o la familia, entre otros temas.
Pujadas, Juan José (1992).	Relato de corte autobiográfico obtenido por el investigador.	La historia de vida recapitula el testimonio subjetivo de la vida de una persona mediante una o varias entrevistas. En ella, el investigador incita a la narración, transcribe y relata la misma.

Fuente: Elaboración propia

Santamarina, Cristina y Marinas, José Miguel (1995).	Memoria personal que quiere transmitirse a partir de la demanda al investigador.	La historia de vida, no solo congrega la transmisión personal del narrador, sino que es una construcción colaborativa en la que también participa el investigador.
Marshall, Catherine y Rossman, Gretchen B. (1995).	Recogida de información de la vida entera de una persona a partir de su esencia subjetiva.	La historia de vida es una modalidad de investigación cualitativa que proporciona información acerca de los eventos y costumbres que rodean a una persona, en el intento de demostrar cómo es su vida.
Cornejo, Marcela et al. (2008).	Enunciación oral o escrita por parte de un narrador, donde relata las experiencias propias de su vida o en una parte específica de la misma.	La historia de vida es una producción interpretativa que el investigador establece en el intento de reconstruir la historia de vida del narrador.
Lucca Irizarry, Nydia y Berríos Rivera, Reinaldo (2009).	Narración personal de la experiencia de la vida de un sujeto con sus propias palabras. Recuento narrativo de las experiencias vividas por una persona en particular.	La historia de vida permite poner de manifiesto aquellos conceptos, modelos o teorías que pretenden ayudar a explicar los comportamientos de un grupo en concreto.

Ferrarotti, Franco (2011).	Texto que representa algo vivido, con un origen y un desarrollo, con progresiones y regresiones, con contornos precisos y con significados.	La historia de vida comprende un compendio de constricciones que pesan sobre el individuo, así como un complejo de estrategias de liberación que el individuo pone en juego para abordar los temas emergentes de una vida.
Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (2012).	Relato puramente subjetivo en el que una persona refiere el desarrollo de su vida desde su propio punto de vista y en sus propios términos.	La historia de vida tiene por objeto los modos y maneras con los que un individuo particular construye y da sentido a su vida en un momento dado.
Bolívar, Antonio (2014a).	La historia de vida es el relato de vida situado dentro de un contexto histórico	La historias de vida explicita y hace visible aquel conjunto de percepciones, intereses, dudas, orientaciones, hitos y circunstancias que han influido y configurado, de modo significativo, quien se es y por qué se actúa como se hace.
De Miguel, Jesús M. (2017).	Narración de la vida de una persona, contada en una serie de conversaciones o entrevistas habladas.	La historia de vida pone de relieve un proceso en el que la persona o personas entrevistadas puedan dar sentido o coherencia a sus vidas.

Fuente: Elaboración propia

En cambio, la historia de vida (*life history*) comprende, a su vez, el relato de vida (*life story*) (Moriña, 2017). En esta modalidad, la persona investigadora aporta una estructura a la historia, por lo que no se presenta literalmente tal como es contada por el narrador o narradora. En este sentido, la historia de vida no pretende esbozar un relato objetivo de los hechos, sino explicitar cómo ha vivido la propia persona ese relato (Bolívar et al., 2001). Dicho de otro modo, la historia de vida es el relato de una vida que incorpora, además, información biográfica obtenida de otras fuentes. En consecuencia, incluye cualquier otro tipo de información adicional que permita reconstruir esa vida. De este modo, se utilizan diferentes fuentes de información, como documentos complementarios, además del propio relato autobiográfico (Bolívar, 2016).

Si la *life story* individualiza y personaliza, la *life history* contextualiza y politiza. La primera es una narrativa de acciones, la segunda una genealogía en el contexto. Por tanto, deben ser complementadas con otras narraciones del mismo sujeto, en otros espacios y tiempos, en primer lugar; y con otros medios (documentos, testimonios orales) que ayuden a comprender el contexto donde toman un sentido más amplio (Bolívar y Domingo, 2019, p.56).

Ruiz Olabuénaga (2012) indica que los objetivos principales que justifican el uso de las historias de vida como método de investigación son los siguientes:

- ❖ **Captar la totalidad de una experiencia biográfica:** totalidad en el tiempo y en el espacio, desde la infancia hasta el presente, desde la experiencia personal a todos cuantos entran en relación significativa con la vida de una persona. Desde este punto de vista, la historia de vida comprende la red familiar, el cambio personal, el cambio de la sociedad ambiental, las necesidades fisiológicas, las relaciones de amistad, los momentos críticos y las fases tranquilas, la marginación de un individuo en un mundo social circundante y la inclusión.

- ❖ **Captar la ambigüedad y el cambio:** lejos de una visión estática e inmóvil de las personas y de un proceso vital lógico y racional, la historia de vida pretende poner de manifiesto todos y cada uno de los cambios acaecidos a lo largo de la vida de las personas, es decir, las ambigüedades, las faltas de lógica, las dudas, las contradicciones, y la vuelta atrás que se experimenta a lo largo de los años.
- ❖ **Captar la visión subjetiva:** la visión con la que uno mismo se ve a sí mismo y al mundo, cómo interpreta su conducta y la de los demás, cómo atribuye méritos e impugna responsabilidades a sí mismo y a otras personas. Esta visión revela la negociación que toda vida requiere entre las tendencias expresivas de la persona y las exigencias de racionalidad para acomodarse al mundo exterior.
- ❖ **Descubrir las claves de interpretación:** analizar e interpretar los fenómenos sociales del ámbito general e histórico, donde se pueda encontrar una explicación adecuada por medio de la experiencia personal de personas concretas.

Pujadas (2000) sostiene que la edición de una historia de vida, elaborada a partir de relatos biográficos y diferentes documentos personales, implica realizar los siguientes pasos en el proceso:

- ❖ Ordenar la información cronológica y telemáticamente.
- ❖ Eliminar las cuestiones que no tienen nada que ver, así como las reiteraciones encontradas en la historia de vida.
- ❖ Modificar el estilo oral del informante lo mínimo posible para que el mismo pueda identificarse en el texto final.
- ❖ Incorporar anotaciones a lo largo del texto, que permitan contextualizar y remitir a otros fragmentos del mismo.
- ❖ Introducir, en la medida en la que sea posible, el testimonio de aquellas personas del ámbito familiar, académico, profesional o social del informante, que permitan calibrar y dar perspectiva a la narración principal.

- ❖ Elaborar una breve introducción metodológica donde se especifiquen todas las circunstancias del proceso de elaboración de la historia de vida, desde la primera toma de contacto con el informante hasta la realización final del texto. Para ello, resulta conveniente hacer uso del diario del investigador.
- ❖ Es tan recomendable, como poco frecuente, que el investigador pueda realizar una vez finalizado el texto, una interpretación del significado de la historia de vida editada en el contexto de los objetivos temáticos y de la perspectiva teórica que han guiado la investigación.

En resumen, la historia de vida comprende el texto final que llega a manos del lector o lectora (Pujadas, 2002). Este texto es el resultado de un proceso de edición en el que la iniciativa o el trabajo corresponden fundamentalmente a la persona que realiza la investigación. No obstante, la persona biografiada tiene derechos de coautoría y, por lo tanto, puede introducir aquellos criterios que considere necesarios en cuanto al estilo y la información que se publica, información que el personal de investigación debe de tener en cuenta y respetar en todo momento. En este sentido, todo el proceso de manipulación que supone editar una historia de vida no tiene por qué hacer perder validez a los resultados, siempre que se especifique de manera detallada el proceso que ha guiado la investigación (Moriña, 2017).

En la historia de vida de los hombres de la presente investigación, se recuenta la trayectoria de vida personal, profesional y familiar con las múltiples experiencias que, en sus tiempos y contratiempos, han configurado el itinerario de sus vidas. De hecho, todo relato de vida es una búsqueda de sentido o una justificación razonable que confirme o cuestione la trayectoria de vida seguida. En este sentido, se tienen en cuenta todas las influencias o repercusiones que los acontecimientos enmarcados en la vida personal, familiar y laboral han motivado el posicionamiento de los varones con respecto a los cambios aparentes de igualdad formal introducidos en las sociedades occidentales.

Las historias de vida de los hombres se vinculan principalmente al plano público o social, en tanto que han sido socializados en el género masculino para dedicarse casi

en exclusiva a la reproducción tradicional de un modelo de masculinidad basado en la función proveedora, progenitora y protectora (Gilmore, 1994). No obstante, se inciden en aquellos aspectos privados o controvertidos que pretenden coadyuvar en el propósito de fomentar los principios democráticos de igualdad tanto en el ámbito privado, mediante la asunción de responsabilidades en el plano doméstico y familiar, como en el ámbito social, analizando las políticas feministas como vía posible para instaurar un nuevo pacto social basado en la configuración de otras formas de vivir la masculinidad.

Dicho de otro modo, se trata de visualizar el proceso de socialización de género masculino, vinculado a una concepción tradicional de la masculinidad, y la deconstrucción de la misma en aras de posibilitar un cambio democrático en la vida de los varones, que permita reconocer a las mujeres como sus iguales en derechos y libertades. Los hombres reproducen e interpretan un modelo de masculinidad tradicional que aprenden constantemente por medio de diferentes canales de comunicación social, y que genera consecuencias negativas en el transcurso de sus vidas. Por tanto, son ellos mismos quienes deben poner de manifiesto los problemas que los mandatos de género han supuesto en la configuración de sus vidas, al tiempo que puedan tomar conciencia de que un cambio en la concepción de las masculinidades supone fomentar prácticas sociales beneficiosas, no solo para los hombres, sino también para el conjunto de la ciudadanía.

Una historia de vida se construye integrando todos aquellos elementos del pasado que el sujeto considera relevantes para describir, entender o representar la situación actual y enfrentarse prospectivamente al futuro. Las historias de vida explicitan y hacen visibles (para sí mismo y para otros) aquel conjunto de percepciones, intereses, dudas, orientaciones, hitos y circunstancias que han influido y configurado, de modo significativo, quién se es y por qué se hace como se hace (Bolívar y Domingo, 2019, p.57).

8.4. La recogida de datos

Por norma general, la investigación narrativa comienza con la recogida de datos auto(biográficos) en el marco adaptativo de una situación de diálogo interactivo entre la persona que investiga, y la persona que narra la historia de su vida. Esta situación verbal pretende representar el curso de una vida individual desde diferentes dimensiones en función de los requerimientos acordados con la persona que investiga. Posteriormente, una vez transcrita la historia de vida, es analizada por la persona que investiga para dotar de significado el relato del protagonista de la historia de vida (Riessman, 2002; Bolívar, 2012).

Desde este punto de vista, cabe señalar que todas las cuestiones posibles, de manera complementaria o en exclusividad, pueden ser estudiadas desde un enfoque narrativo-biográfico. Especialmente, aquellas que, en diferentes ocasiones, la investigación social no ha tenido en cuenta, como las vivencias personales sobre el entorno familiar, la identidad profesional, los ciclos de la vida, las vivencias con respecto a la propia identidad masculina, o las experiencias personales sobre el proceso previo a la paternidad. Si bien son numerosas las técnicas de recogida de datos para dar voz a las personas silenciadas (Moriña, 2017), la tabla 8 pretende presentar un resumen de las mismas en función de su utilidad, en tanto que aglutina técnicas frecuentemente utilizadas, como la entrevista biográfica, como otras menos conocidas, como es el caso de la línea de la vida.

Tabla 8: Principales técnicas de recogida de datos
Historia oral: historia profesional o personal donde la persona verbaliza su relación con el contexto social, familiar o laboral en el que vive. Por lo general, esta técnica de recogida de datos suele emplearse de acuerdo con diferentes metodologías de la antropología y la historia social (Bolívar, 2012).
Entrevista biográfica o narrativa: relato expresado en primera persona que intenta rescatar la experiencia personal del narrador/a o persona entrevistada. Se

trata de un diálogo abierto con pocas pautas en el que la persona investigadora debe estimular al protagonista de la historia para que proporcione respuestas claras sobre diferentes aspectos sociales, culturales y personales sobre su propia vida (Pujadas, 2002).

Entrevista a otros informantes: entrevista semiestructurada realizada a personas clave en la vida de los protagonistas de las historias de vida. Esta técnica es adecuada para la construcción de historias de vida polifónicas (Frank, 2012) en las que las voces y puntos de vista de otras personas entran en juego en las vidas de los protagonistas de las historias, ya que ofrecen múltiples miradas sobre una misma realidad o suceso (Moriña, 2017).

Diario: escrito de carácter reflexivo donde quedan recogidas las experiencias personales, profesionales o institucionales de una persona en un período de tiempo preciso. El diario permite registrar diferentes observaciones, analizar numerosas experiencias y reflejar las prácticas cotidianas de una persona a lo largo del tiempo. Asimismo, también puede emplearse como una técnica de recogida de datos que permite reflejar en detalle el proceso de investigación (Bolívar, 2012).

Auto-informe: escrito en el que el propio participante narra en primera persona aquellos aspectos que considera relevantes y significativos con respecto al objeto de estudio. En este sentido, el autoinforme proporciona una oportunidad de autorreflexión al propio participante, en tanto que en el momento de redacción del auto-informe no tiene por qué estar presente la persona que investiga, lo que permite que el o la participante tome el tiempo que considere necesario para su realización (Moriña, 2017).

Notas e historias de campo: notas escritas por la persona que investiga en su observación en el trabajo de campo. También es posible que estas notas puedan complementarse con la información aportada por los/las participantes del estudio. En cualquier caso, pese a que esta técnica de recogida de datos es especialmente útil, la grabación no puede sustituir bajo ningún concepto las necesarias notas de la persona investigadora (Bolívar, 2012).

Grupos de discusión: grupo de 6-8 personas aproximadamente, en el que se recoge información sobre un tema determinado mediante la interacción verbal del grupo. Los grupos de discusión son especialmente adecuados cuando se pretende buscar el itinerario seguido por un fenómeno social o por un grupo de personas. Durante la duración de los mismos, se cuenta con la presencia de un moderador (Bolívar, 2012).

Un día en la vida de: grabación de vídeo donde se acompaña durante un día completo a la persona que participa en la investigación. Desde este punto de vista, la grabación de una persona desde que se levanta hasta el final del día, puede completarse con una entrevista narrativa, o simplemente se observa al participante sin interferir durante el proceso de grabación. Por lo general, esta técnica de recogida de datos, poco documentada en la literatura científica, pretende profundizar en la vida de una persona, captando su singularidad y subjetividad, así como intentando comprender el itinerario adoptado en su vida por medio de la justificación de sus actos cotidianos (Gillen et al., 2007).

La línea de vida: representación de la vida de una persona través de figuras, símbolos o palabras clave que permiten remitir al pasado y al presente de la historia de vida. En diferentes ocasiones, la línea de vida precisa de la combinación de otro tipo de técnicas que permitan aclarar la información presentada, como es el caso de la entrevista (Moriña, 2017).

Documentos, fotografías, memorias y otros artefactos personales: conjunto de materiales de la vida familiar, personal, profesional e institucional que pretenden recapitular los recuerdos de la propia experiencia (Bolívar, 2012). En la actualidad, la fotografía se utiliza cada vez más, pese a que todavía su uso es relativamente creciente en la investigación social (Riessman, 2008). De hecho, puede utilizarse como complemento a otros métodos tradicionales de recogida de datos. Es más, el empleo de diferentes métodos visuales presenta diferentes ventajas con respecto a los métodos de investigación cualitativa más tradicionales, dado que posibilitan el acceso a una comprensión sociológica sobre los sentimientos o emociones de los y las participantes (Keats, 2009).

Pese a la amplia variedad de técnicas de recogida de datos, para la presente investigación se opta por la entrevista narrativo-biográfica, debido a su capacidad para ahondar en el curso de la vida de los hombres, donde pueden poner de manifiesto las experiencias de su vida que otorgan de significado la construcción de su propia masculinidad y los cambios que han experimentado a lo largo de la vida como consecuencia de los avances promovidos en materia de igualdad de género en los diferentes sectores estructurales de la sociedad. Dicho de otro modo, la entrevista biográfica o narrativa permite que los hombres puedan expresar con claridad las situaciones, comportamientos o vivencias que han influido en la configuración de su masculinidad, así como los estímulos o contextos en los que se han visto envueltos para confirmar o rectificar sus actuaciones con el paso del tiempo. Así, si bien es complicado que los hombres suelen expresar sentimientos o emociones, esta técnica de recogida de datos es especialmente útil para ello.

8.4.1. La entrevista biográfica o narrativa como técnica de recogida de datos

La entrevista biográfica, también llamada entrevista en profundidad o entrevista narrativa (Moriña, 2017), remite a una conversación entre dos personas, en la que se pretende alcanzar los objetivos de investigación. Desde este punto de vista, la persona que narra y la persona que investiga trabajan con el propósito conjunto de producir narrativas (Trahar, 2010). Por lo general, las conversaciones en las entrevistas narrativo-biográficas suelen ser abiertas, aunque debe existir un guion previo de cuestiones para formular durante ese período de tiempo. Para este tipo de conversaciones abiertas, la entrevista narrativa puede comenzar con la formulación de una pregunta abierta que favorezca de manera satisfactoria la narración de la persona entrevistada.

En palabras de Pujadas (2002) la entrevista biográfica consiste en mantener un:

Diálogo abierto con pocas pautas, en el que la función básica del entrevistador es estimular al protagonista de la historia para que proporcione respuestas claras, cronológicamente precisas, en las que se expliciten de la forma más amplia posible las

referencias a terceras personas, a ambientes y lugares concretos, en los que transcurren los distintos episodios biográficos (no hay que olvidar que cuanto mayor sea la precisión en estos detalles, más posibilidades tendremos, si lo deseamos, de validar objetivamente con otras fuentes las informaciones surgidas del relato biográfico (pp.66-67).

En las entrevistas biográficas los sujetos son inducidos a reconstruir una historia de vida por medio de diferentes cuestiones que estimulan la predisposición de las personas entrevistadas para que puedan contar su vida. En este sentido, la persona que investiga debe hacer todo lo posible para intentar crear las condiciones favorables para garantizar la comodidad de la persona que narra el transcurso de su vida. Ruiz Olabuénaga (2012) plantea las siguientes recomendaciones a tener en cuenta para la elaboración de la entrevista biográfica:

- ❖ El reclutamiento de los participantes, la negociación de un contrato formal o amistoso de investigación, el esquema general de fechas, duración y compromiso de colaboración.
- ❖ La conciencia de iniciar un proceso nada fácil sometido a imprevistos desagradables (deseos de interrupción, dificultades insalvables de superación de barreras sociales por parte de los entrevistados, etc.).
- ❖ Un planteamiento de la entrevista como una conversación en la que el entrevistado no se reduce a contar simplemente su historia, sino a colaborar en la reconstrucción de su propia vida con la ayuda del entrevistador.
- ❖ La previsión de que la entrevista puede necesitar contar con la presencia y ayuda de otros interesados (para aclaración, complemento o configuración de la información recibida).
- ❖ El estado de alerta a las interrelaciones personales de recelo, enemistad, simpatía, identificación que pueden surgir de la interacción prolongada en el trabajo de interpretación de la historia.

- ❖ La prevención consciente ante la tentación de heroización del protagonista por parte del entrevistado, así como del olvido del anonimato y de la opacidad de los elementos pertenecientes a la vida cotidiana efectuando una selección sesgada en favor de los momentos o acontecimientos notorios y espectaculares no siempre los más significativos en la carrera individual.
- ❖ La progresiva evolución de las primeras fases de recogida objetiva a las posteriores de búsqueda de la información subjetiva. Una evolución que avanza de datos fáciles de contrastar empíricamente a la significación que los acontecimientos contienen para el desarrollo futuro de la carrera profesional.

Los aspectos que se abordan durante el transcurso de la entrevista narrativa dependen del tema de investigación escogido y de la finalidad de la investigación. No obstante, de manera habitual, en la trayectoria de vida de una persona, se suelen destacar determinados acontecimientos que producen un cambio transcendental en el curso de la vida de las personas, bien recordados de un modo traumático (como es la pérdida de un ser querido o una mascota). En este sentido, Bolívar (2012) denomina como “*incidentes críticos*” a aquellos aspectos o acontecimientos vividos en el curso de la vida que, de manera accidental o intencionada, motivan a cambiar la trayectoria de vida de una persona tanto en el plano profesional como en el plano personal. En cualquier caso, el interés de estudio de los incidentes críticos en el rumbo de vida de las personas entrevistadas es de especial importancia en la historia de vida dado que permiten:

- ❖ **Delimitar fases críticas:** momentos en los que se cuestionan determinados supuestos que hacen que una persona cambie el transcurso de su vida, o que han impactado de manera significativa en la configuración actual de su vida.
- ❖ **Poner en escena a las personas críticas:** personas o sujetos que han tenido una influencia importante en la biografía personal de los participantes, y sobre los que conviene indagar en profundidad en el transcurso de la entrevista narrativa.

- ❖ **Señalar aspectos sociales:** indagar en aquellos aspectos sociales, políticos, culturales y económicos que han condicionado el transcurso de la vida de los participantes (por ejemplo, “el nacimiento de mi hijo, fue algo que cambió mi vida”).
- ❖ **Anotar sucesos profesionales e institucionales:** preguntar o profundizar en todos aquellos acontecimientos sociales e institucionales que conforman y dan sentido a la vida de los participantes, en tanto que les permiten obtener cierta estabilidad económica, profesional y personal (por ejemplo, “estudiar Medicina, cambió por completo mi vida” o “encontrar trabajo en la multinacional del textil, permitió que pudiera encauzar mi vida en el ámbito profesional”).

De la misma manera, Atkinson (1998) contempla diferentes dimensiones narrativas que aglutinan las cuestiones o interrogantes en torno a los que se vertebran las entrevistas narrativas para obtener las historias de vida. Las recomendaciones propuestas para la planificación de la entrevista narrativa comprenden las siguientes dimensiones:

- ❖ **El nacimiento y la familia de origen:** ¿cómo recuerdas tu infancia?; ¿cómo describes a tus padres?; ¿dónde naciste?; ¿te gustaba vivir en tu barrio?; ¿con qué juguetes jugabas?; ¿cuáles eran tus series favoritas?.
- ❖ **El escenario cultural y tradicional:** ¿qué rituales son importantes en tu vida?; ¿qué recuerdas sobre las influencias culturales de tu vida?; ¿qué ideas o creencias piensas que tus padres quisieron enseñarte?.
- ❖ **Los factores sociales:** ¿cómo era tu relación con los amigos?; ¿salías mucho con los amigos de tu clase?; ¿pasabas mucho tiempo en casa?; ¿hay algún hecho o acontecimiento que te haya marcado la infancia, la adolescencia o la juventud?; ¿cuáles son tus principales referentes?.
- ❖ **La educación:** ¿qué recuerdos tienes de la escuela?; ¿con quién jugabas en los recreos?; ¿tenías muchos amigos o amigas?; ¿qué asignaturas te gustaban?; ¿qué asignaturas no te gustaban?; ¿a qué jugabas en los recreos?.

- ❖ **El amor y el trabajo:** ¿tuviste novio/a en la escuela?; ¿a qué edad tuviste tu primera relación sexual?; ¿te gusta tu trabajo?; ¿a qué te gustaría dedicarte en un futuro?; ¿estudiaste lo que te gusta?; ¿estudiaste lo que te dijeron tus padres?.
- ❖ **Eventos y períodos históricos:** ¿cuál ha sido el momento más importante de tu vida?; ¿cuál ha sido el momento más duro de tu vida?; ¿qué es lo más importante que has aprendido de tu familia?; ¿en qué momento de tu vida te han sentido más satisfecho contigo mismo?
- ❖ **Vida interior y espiritualidad:** ¿cómo te describes a ti mismo?; ¿podrías destacar algunos aspectos negativos de tu forma de ser?; ¿podrías destacar algunos aspectos positivos de tu forma de ser?; ¿cómo definirías tu personalidad?
- ❖ **Visión de futuro:** ¿qué piensas que puede depararte el futuro?; ¿cómo te gustaría vivir en un futuro?; ¿qué planes tienes para el futuro?; ¿sientes que has dado la imagen de una persona justa?; ¿te sientes satisfecho con la imagen que proyectas a los demás de ti mismo?.

Atendiendo a las consideraciones descritas, se concretó el proceso de trabajo de campo en tres grandes momentos: a) *planificación*: preentrevista, teniendo en cuenta las personas, las cuestiones y los tiempos; b) *puesta en práctica*; entrevista propiamente dicha, en la que se debe conducir al entrevistado por aquellos caminos de la vida que interesan a la persona investigadora; y c) *transcripción e interpretación*, entrevista registrada, donde la narración se convierte en texto (Bolívar et al., 2001).

- ❖ **Planificación:** Es necesario definir todos aquellos aspectos relacionados con las personas que entrevistan, las personas entrevistadas, los tiempos, las características que pretenden guiar la entrevista, y el contexto temporal y afectivo (Bolívar, 2012).

- ❖ **Puesta en práctica:** la persona que entrevista debe ir conduciendo a la persona entrevistada por todos aquellos aspectos de su vida que se encuentran dentro de los objetivos de estudio. En esta fase, cabe distinguir dos momentos diferentes de especial importancia: por una parte, la entrevista como acontecimiento, en tanto que pretende poner de manifiesto aquellos aspectos que producen un cambio de rumbo en el curso de la vida de la persona entrevistada. Por otra parte, la interacción entre entrevistado y entrevistador, donde además del propio discurso, se captan también las actitudes, los gestos, los tonos de voz, los sentimientos y las emociones de las personas entrevistadas (Bolívar, 2012).

- ❖ **Transcripción e interpretación de la entrevista:** aparece la entrevista registrada, en la que se percibe auditivamente las reacciones de la interacción y la entrevista-texto, donde con la transcripción, la narración se convierte en texto (Bolívar et al., 2001).

Con este planteamiento, se pretenden recuperar todas aquellas experiencias significativas que conforman el transcurso de vida de los entrevistados, sin tener que pretender buscar un relato exhaustivo o totalitario, por cuanto que cada sujeto posee un mecanismo selectivo que, si bien permite recordar unos hechos, también puede que otros se olviden con el paso del tiempo. Por tanto, este proceso de ausencia de hechos también debe ser respetado en todo momento por la persona investigadora (Mallimaci y Giménez, 2006).

En definitiva, se decidió trabajar con la entrevista cualitativa desde un enfoque narrativo-biográfico con la finalidad de ampliar la posibilidad de conocer la visión de los entrevistados sobre el tema objeto de estudio, además de otorgar un espacio de confianza en el que pudieran compartir con total sinceridad sus propias experiencias. Esta forma de trabajo consiste en reflexionar o rememorar episodios de la vida de una persona que cuenta el transcurso de su vida en un marco de intercambio abierto, que permite profundizar en su vida por medio de preguntas y con la escucha activa de la persona que realiza la investigación. Así, en las entrevistas realizadas en el presente estudio se puede observar cierto grado de libertad y mucha profundidad (Bolívar y Domingo, 2006).

8.5. Análisis narrativo de los datos: el Modelo Relacional Centrado en la Voz

El relato de vida en estado bruto forma, como indica Legrand (1993) “un magma” (p.204). Dar sentido a los datos biográficos recogidos mediante las entrevistas narrativas puede ser una empresa frustrante, si no se dispone de un marco teórico y propuestas metodológicas adecuadas para resolverlo. El problema es cómo analizar este magma, con algún tipo de análisis de datos cualitativos, de modo que la historia de vida se pueda organizar como una secuencia coherente en unos ejes de coordenadas temporales (Bolívar, 2012). La tarea consiste en analizar y organizar los datos recogidos en una secuencia coherente, a partir de una categorías temáticas, dando siempre prioridad a las palabras, así como a los significados que otorgan los informantes. Seguidamente, se marcan las pistas transversales más allá de las propias categorías de análisis para hacer emerger e identificar los elementos fundamentales que pretende contemplar los relatos y las grandes dimensiones de significados que se han configurado en el curso de una vida.

Estos hitos, circunstancias, momentos, elementos, personajes y relatos son de especial interés teórico y práctico para comprender la vida en cuestión, en la medida en la que pueden establecer los motivos, los contextos o los pilares que dan sentido a las posteriores toma de decisiones y de punto de partida en acciones personales, familiares y laborales. El análisis narrativo de los datos y las conceptualizaciones de las historias de vida son deudoras de un proceso de interrelación dialéctica que se debe producir entre los participantes, la persona investigadora y otros interlocutores que puedan intervenir (Bolívar, 2012). En este sentido, es el propio diálogo el que va a construir un conocimiento con gran peso específico y un fuerte valor añadido contextual, personal, familiar e institucional. No en vano, el último paso indisoluble de la construcción de un informe de investigación, de la reconstrucción de una historia de vida es, precisamente, la valoración dialéctica, como también lo es del propio proceso de profundización reflexiva (Bolívar y Domingo, 2019).

Entre tanto, cabe señalar que en todos los estudios, las personas investigadoras presentan y ordenan los datos de conformidad con lo que es considerado como relevante. Por ejemplo, en las historias de vida, deciden qué incluir o excluir, compilan

datos en bruto, incorporan secuencias o fragmentos de conexión entre observaciones y disponen el relato en función de la elección de una secuencia. Además, cuando se realiza un estudio, las personas que investigan toman decisiones sobre lo que se debe observar, preguntar o registrar, todas estas decisiones determinan, de un modo u otro, lo que pueden describir y el modo en que lo describen (Moriña, 2017).

Una alternativa al análisis narrativo de los datos estructural, aparece en el movimiento feminista, por ejemplo, desde el análisis relacional centrado en la voz (*Voice Centred Relacional Model*) (Mauthner y Doucet, 1998). Esta aproximación narrativa de los datos muestra diferentes formas de un acontecimiento, por cuanto que ofrece riqueza, avidez y complejidad al texto. En este caso, se ha seleccionado esta propuesta de análisis estructural debido a la importancia que otorga a la reflexividad, si bien permite plasmar con transparencia y responsabilidad la situación actual que viven algunos hombres como consecuencia de los cambios de igualdad formal delimitados en el marco estructural de las sociedades occidentales. En este sentido, los varones entrevistados se encuentran en un clima de total confianza y seguridad en el que pueden manifestar sus sentimientos o emociones con respecto a los acontecimientos que han delimitado el proceso de configuración de su masculinidad.

8.5.1. *Voice Centred Relacional Model* (Modelo Relacional Centrado en la Voz)

El Modelo Relacional Centrado en la Voz (*Voice Centred Relacional Model*) remite a una metodología cualitativa que pretende poner en evidencia las voces de los participantes de la investigación. Este método de investigación se basa en la premisa de que la voz de una persona es compleja y polifónica. Así, una persona puede manifestar diferentes modos de pensar, y entender situaciones y conceptos diversos de diferente manera (Brown y Gilligan, 1993). La característica principal del Modelo Relacional Centrado en la Voz es la preocupación por la voz de la persona que narra el curso o la historia de una vida (preguntarse quién habla y quién escucha) no solo durante la entrevista biográfica o narrativa, sino también durante el proceso interpretativo de las transcripciones de las entrevistas (Byrne et al., 2004).

En pocas palabras, este modelo de análisis narrativo de los datos pretende incorporar y reinsertar mediante el proceso de escucha, el acto de leer la transcripción de la entrevista, de modo que la persona investigadora pueda escuchar atentamente durante todo el proceso de investigación la voz de la persona que relata verbalmente el curso de su vida. Para este modelo de investigación, el modelo o la forma en la que una persona habla (y no habla) de sí misma, es decir, de sus experiencias y de sus relaciones en el marco de una conversación distendida o agradable, proporciona una idea de sus propias percepciones y experiencias (Mauthner y Doucet, 2003). Desde este punto de vista, Brown y Gilligan (1991) consideran que la voz de una persona se encuentra potencialmente influenciada, y silenciada en numerosas ocasiones, por los diferentes contextos que rodean a las personas, en especial, los contextos culturales y las estructuras sociales.

El Modelo Relacional Centrado en la Voz aparece por primera vez en el marco del paradigma psicológico como una guía de lectura y escucha de las transcripciones destinadas a identificar las “voces del cuidado y de la justicia de género” en los relatos narrativos de la vida de las mujeres que permanecían subordinadas en los espacios privados (Mauthner y Doucet, 1998). En este sentido, la concepción de este método se encuentra profundamente arraigada en la tradición de la práctica feminista, en tanto que pretende visibilizar las voces de las mujeres que, durante tanto tiempo han permanecido silenciadas en lo que respecta al ámbito público o social. Esta perspectiva feminista de escuchar a las mujeres “en sus propios términos” (Mauthner y Doucet, 1998, p.25) permite poner en evidencia el modo de pensar y actuar ante determinadas situaciones, así como el modo en el que influye el contexto cultural y social en el que se insertan las voces.

Con el paso del tiempo, Mauthner y Doucet (1998) deciden adaptar y ampliar este modelo y, pioneras en su uso, amplían el mismo hacia fines sociológicos. En este sentido, se ha utilizado en diferentes disciplinas con la finalidad de investigar una amplia variedad de temas, así como para dar voz a diversos grupos sociales invisibilizados en el mundo académico. Desde un punto de vista internacional, son numerosos los estudios que emplean el Modelo Relacional Centrado en la Voz para analizar diferentes relatos narrativos obtenidos en el marco del movimiento feminista (Cruz, 2003; Balan, 2005); en el mundo de la enfermería (Paliadelis, 2005); en el ámbito

educativo (Byrne et al., 2004) o en la esfera privada de los cuidados de menores en centros de acogida (Tisdall, 2013). Pese a su amplitud temática, esta aproximación narrativa no ha sido tratada en el marco de estudio de las masculinidades, de ahí su relevancia para el estudio presente, dado que permite contemplar la posibilidad de escuchar en profundidad las voces de los hombres, con el objetivo de analizar en proceso de configuración o construcción de la identidad masculina, y cómo los cambios culturales, políticos y sociales, sobre todo, como consecuencia de los avances promovidos por la lucha del movimiento feminista, han incidido en la configuración de sus vidas.

Para comprender y sintonizar con la multiplicidad de voces que aparecen en la narrativa de una persona, el Modelo Relacional Centrado en la Voz dispone de una «Guía de Escucha», de cuatro etapas o lecturas, que permite poner la atención en las diferentes voces presentes en la historia de vida, así como en su proceso de desarrollo. Esta guía se adapta con facilidad a la perspectiva teórica del investigador y a la pregunta de investigación, por cuanto que pretende transformar la interpretación de la historia de vida en un proceso explícito por medio de cuatro lecturas del texto. La primera lectura de los datos intenta poner en evidencia la historia general narrada por el protagonista. De la misma manera, en esta primera lectura la persona investigadora interpreta la narración en sus propios términos. La segunda lectura pone el énfasis en el modo en que la persona habla sobre sí misma y sobre las diferentes voces de la narración. La tercera lectura se centra en escuchar cómo los narradores de las historias de vida hablan sobre las relaciones con los otros, y las consecuencias que derivan de estas relaciones. Por último, la cuarta lectura pretende ubicar a las personas que narran la historia en diferentes contextos culturales y estructuras sociales (Mauthner y Doucet, 2003; Byrne et al., 2009; Bright, 2016).

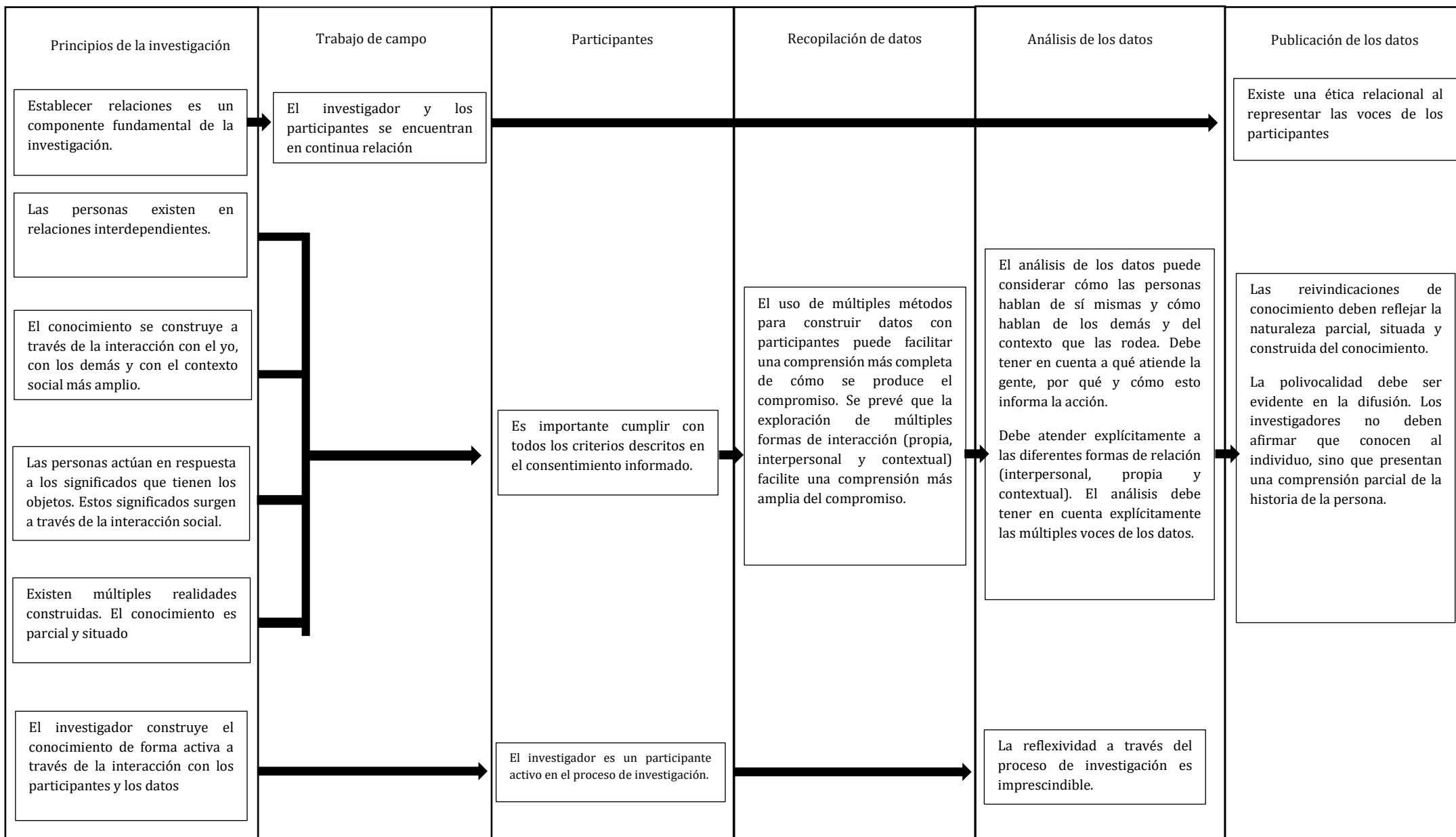
El Modelo Relacional Centrado en la Voz pone en primer plano las voces de todos los narradores, puesto que nos ayuda a escuchar con total atención y cuidado lo que se dice y lo que no se dice. La guía de lectura y escucha nos alerta sobre la singularidad de cada narración y sobre cómo experimentamos acontecimientos similares de forma muy diferente (Byrne et al., 2004, p. 51).

En términos generales, los principios esenciales del Modelo Relacional Centrado en la Voz proceden de diferentes “coyunturas de decisión” (Koro-Ljungberg et al., 2009, p.688) que proporcionan un mapa de acción (Crotty, 1998, p. 7) para el estudio de la vida de los protagonistas. Estos principios son los siguientes:

- ❖ La persona investigadora y los protagonistas de las narraciones mantienen una relación constante durante el proceso de investigación.
- ❖ Las personas existen en relaciones interdependientes, en relaciones consigo mismas, en relaciones con los demás y en relaciones con su propio contexto social y cultural.
- ❖ El conocimiento se construye a través de la interacción con uno mismo, con los demás, y con el contexto más amplio en el que se encuentran la persona investigadora y los protagonistas de las narraciones.
- ❖ Las personas actúan en respuesta a los significados que tienen de los objetos. Estos significados se construyen a través de la interacción social y pueden ser siempre cambiantes.
- ❖ Existen múltiples realidades construidas. En consecuencia, el conocimiento contempla diferentes capas y nunca es completo. Siempre es parcial y se sitúa en el contexto en el que se construye.

Estos principios esenciales se integraron en un mapa de acción que complementa el diseño de la presente investigación. Desde este punto de vista, la figura 3 pretende poner en evidencia, de modo visual, la integración del marco metodológico en el diseño del presente estudio.

Figura 3: El Modelo Relacional Centrado en la Voz en el diseño de investigación



Los fundamentos epistemológicos del planteamiento teórico del Modelo Relacional Centrado en la Voz se ubican en el marco académico de la ontología relacional, el interaccionismo simbólico y el construccionismo social (Bright, 2016):

❖ **Ontología relacional**

En líneas generales, el Modelo Relacional Centrado en la Voz se basa en una ontología relacional que pone de relieve la teoría del ser (Mauthner y Doucet, 1998; Doucet y Mauthner, 2002) Esta teoría sostiene que las personas existen en relación con el contexto social y cultural en el que viven, donde se producen relaciones íntimas e interdependientes, lo que favorece que la voz del protagonista de la historia de vida se entrelace con otras voces en diferentes contextos sociales, políticos y culturales (Bright, 2016).

La ontología relacional plantea la noción del “yo en relación”, o “ser relacional”, una visión de los seres humanos como inmersos en una compleja red de relaciones sociales íntimas y más amplias y una comprensión diferente de la naturaleza humana y de la interacción humana, por cuanto que las personas son vistas como interdependientes en lugar de independientes (Mauthner y Doucet, 1998, p.9).

El Modelo Relacional Centrado en la Voz considera que la persona investigadora se encuentra en constante relación con los protagonistas de las narraciones de vida, no solo durante la recogida de datos, sino más bien durante toda la duración del proceso de investigación. En este sentido, Brown et al. (1991) indican que el análisis de los datos obtenidos y la interpretación de los mismos es un acto relacional. En consecuencia, el Modelo Relacional Centrado en la Voz concreta la atención en aquellos aspectos relacionales del fenómeno que se estudia, centrando su interés de cerca a las diferentes formas de relación de los participantes del estudio. Como resultado, este modelo comprende un enfoque de análisis basado en un filtro de relación o guía de comprensión auditiva, que involucra la lectura de los datos facilitados por los protagonistas de las historias de vida y su conexión con las diferentes voces que aparecen en la diversidad de contextos sociales y culturales (Doucet y Mauthner,

2002). En pocas palabras, el Modelo Relacional Centrado en la Voz se nutre de la ontología relacional para analizar los relatos narrativos de los protagonistas en término de las relaciones que mantiene consigo mismo, con su entorno social y familiar más cercano, y con la sociedad en general (Mauthner y Doucet, 1998).

❖ **Interaccionismo simbólico**

En la medida en que Mauthner y Doucet (1998) indican que el modelo relacional centrado en la voz se encuentra instaurado en la tradición del interaccionismo simbólico, diferentes investigadores indican que se debe debatir esta cuestión, dado que existe una creencia bastante limitada con respecto al modo en que esta perspectiva sustenta el mencionado enfoque metodológico. Por lo general, el interaccionismo simbólico comprende diferentes premisas principales (Blumer, 1969):

- ❖ Las personas actúan hacia las cosas en función del significado que los objetos tienen para ellas mismas.
- ❖ El significado que las personas destinan a las cosas procede de la interacción social.
- ❖ Las personas suelen modificar estos significados mediante un proceso interpretativo interno.

Blumer (1969) indica que el “yo” es un componente central de la creación de significados al que debe prestarse especial atención durante el análisis narrativo de los datos. Desde este punto de vista, la interpretación que el investigador puede obtener de los participantes se hace evidente en la forma en la que hablan de sí mismos, de sus reflexiones personales con respecto a los diferentes acontecimientos que se producen en sus vidas, así como en la toma de decisiones para solventar cualquier problemática. En este sentido, tanto el modelo relacional centrado en la voz como el interaccionismo simbólico parecen converger en el enfoque del “yo” y las relaciones, así como en la comprensión de que los objetos, las personas y los significados que

se atribuyen entre ambos están localizados socialmente (Mauthner y Doucet, 1998; Guilligan et al., 2005).

❖ **Construccionismo social**

Para el modelo relacional centrado en la voz, el conocimiento se considera construido socialmente. Por lo general, las personas se encuentran inmersas en diferentes relaciones sociales que cambian de manera constante. En este sentido, los conocimientos que poseen los participantes con respecto al tema de estudio se sitúan y construyen en interacción con las estructuras sociales y los contextos culturales que los rodean (Mauthner y Doucet, 1998). Por norma general, los conocimientos producidos por las personas dependen del contexto cultural en el que se producen, en tanto que ponen de relieve diferentes realidades construidas. En este sentido, el conocimiento producido durante el proceso de investigación es considerado como evolutivo, volátil y parcial, dado que deriva del propio contexto social y cultural en el que tiene lugar la investigación.

De la misma manera, la persona investigadora se encuentra ubicada socialmente en un contexto cultural concreto. Este hecho influye en el modo en que el propio investigador “ve y oye a los individuos, así como el modo en que el construye la teoría a partir de sus palabras, sus experiencias y sus vidas” (Doucet, 1998, p.54), es decir, la persona investigadora pretende construir de manera activa el conocimiento en función de las voces que transmiten los datos (Doucet y Mauthner, 2002). La relación del investigador con respecto de los participantes del estudio, continúa durante la difusión de los resultados de la investigación, por cuanto que se comparte al público en general los resultados obtenidos para discutir las voces de los participantes. En conclusión, Doucet y Mauthner (2002) indican que el construccionismo social pretende poner en evidencia la ontología relacional de la investigación, en la medida en la que se demuestra que la ontología y la epistemología se encuentran entrelazadas.

En resumen, el modelo relacional centrado en la voz remite a un conjunto de directrices establecidas con el propósito de leer e interpretar las transcripciones de las entrevistas narrativas mientras se realiza una lectura personal y emocional de las

mismas. Este proceso de investigación converge en un acto de equilibrio entre tres puntos de vista: a) las múltiples y variadas voces e historias de cada uno de los protagonistas de las historias de vida; b) la voz del investigador/a o de los/as investigadores/as; y c) las voces y perspectivas representadas dentro de las teorías o marcos existentes en el área de investigación y que los/as investigadores/as aportan a los estudios; que suponen un viaje en el que estas tres voces o perspectivas deben ser escuchadas, mantenidas y respetadas, y los procesos por los que se realizan cambios críticos entre estas tres voces deben ser trazados para que la academia pueda realizar cambios y avances en relación con el tema de investigación (Mauthner y Doucet, 1998; Bright, 2016).

8.5.1.1. Las cuatro lecturas del Modelo Relacional Centrado en la Voz

El Modelo Relacional Centrado en la Voz comprende cuatro lecturas del texto con la finalidad de atender a las diferentes voces, así como para analizar las mismas durante el relato de vida de los protagonistas:

- ❖ **Lectura 1: Leyendo el argumento y su respuesta.** La historia y quién está contando qué historia.
- ❖ **Lectura 2: Mi “yo” poético.** ¿Cómo el narrador se presenta a sí mismo en la narración.
- ❖ **Lectura 3: Leyendo las relaciones.** ¿Cómo el narrador cuenta qué tipo de relaciones se establecen con otros y las consecuencias de las mismas?
- ❖ **Lectura 4: Situando a las personas en contextos culturales y estructuras sociales:** ¿En qué contexto social y cultural está situado el narrador?

La primera lectura permite poner en evidencia la historia de vida general contada por el protagonista de la misma. Esta lectura requiere de la respuesta del investigador con respecto a la historia que es contada por el protagonista de la historia de vida. En este sentido, el investigador adopta un papel principal en el análisis narrativo de la historia de vida del protagonista, puesto que lee la narrativa en sus propios términos e intenta responder de manera emocional e intelectual al protagonista de la historia de vida.

El investigador o intérprete se pregunta: “¿Quién cuenta qué historia?”, y marca con un lápiz de color las palabras y los temas repetidos, las imágenes y las metáforas clave, las contradicciones, las incoherencias de estilo y el lenguaje moral. La respuesta intelectual del investigador o intérprete a la narrativa, también se tiene en cuenta en esta primera lectura, presentando especial atención a “¿Quién está escuchando?”. El investigador lee la narrativa desde su propio punto de vista, se sitúa a sí mismo en la historia, se ubica socialmente en relación con el narrador de la historia de vida, atiende a las respuestas emocionales que le produce el protagonista, se posiciona teóricamente y documenta todos estos procesos para sí mismo y para los otros (Byrne et al., 2004, p.25).

La respuesta emocional de la persona que analiza la historia de vida del narrador requiere de la reflexividad del mismo, entendida como la capacidad de la persona que investiga para comprender e interpretar las propias biografías personales que analizan, así como para hacer explícito el proceso por el cual se ubican en un determinado momento o situación con respecto a la propia investigación (Mauthner y Doucet, 1998). Dicho de otro modo, la reflexividad comprende la reflexión personal del investigador con respecto a las ubicaciones sociales, políticas e institucionales que contextualizan la investigación. No obstante, también implica transparencia y la capacidad del investigador de rendir cuentas sobre los aspectos teóricos, epistemológicos y ontológicos que informan e influyen en la construcción del conocimiento (Doucet y Mauthner, 2002).

La reflexividad suele configurarse como una cuestión metodológica, en la que queda a discreción del investigador decidir cuánto y qué revelar sobre sí mismo. Al hablar de la importancia ética de la reflexividad, nos referimos a su relevancia más amplia

en cuestiones de honestidad, transparencia y responsabilidad general en la investigación (Doucet y Mauthner, 2002, p.3).

Desde este punto de vista, para que el investigador pueda mostrar reflexividad con respecto al proceso de análisis de los datos, debe tener en cuenta las siguientes indicaciones (Bright, 2016):

- ❖ La persona que realiza la investigación debe ubicarse socialmente con respecto a los protagonistas de las historias de vida.
- ❖ La persona que investiga debe prestar atención a las respuestas emocionales que producen o transmiten los protagonistas de las historias de vida.
- ❖ La persona que realiza la investigación debe asumir su responsabilidad con respecto al modo en que establece de manera teórica las interpretaciones de las narrativas de los protagonistas de las historias de vida.
- ❖ El intérprete o la persona que investiga tiene la responsabilidad ética de documentar todo el proceso narrativo de la historia de vida tanto para él mismo como para los otros.

La segunda lectura representa, en cierto sentido, el primer paso de un proceso de escucha en el que el protagonista de la historia de vida relata el curso de su vida en el mundo en el que habita (Byrne et al., 2004). Desde el punto de vista de la Sociología, la segunda lectura pone el énfasis en el intento de escuchar el modo en que las personas expresan su sentido de agencia, al tiempo que se reconoce la ubicación social y cultural de la persona que narra el transcurso de su vida. Por otra parte, en relación con la Psicología, la segunda lectura permite poner de relieve el modo en que los individuos se presentan a sí mismos en relación con su entorno más cercano, así como con los diferentes contextos sociales y culturales con los que viven.

Esta segunda lectura representa un intento de permanecer, en la medida de lo posible, en el pensamiento de las personas que relatan su historia de vida, en lugar de encajar de manera sistemática o codificada las perspectivas de pensamiento de los protagonistas de las historias de vida en las categorías de la literatura específica de

un área de conocimiento. En cambio, la segunda lectura, más que organizar el conocimiento en función de diferentes categorías, pretende describir cómo el protagonista de la historia se representa a sí mismo en la narración. De manera personal, Mauthner y Doucet (1998) indican que las dos primeras lecturas representan el nivel básico de este método narrativo.

La primera y segunda lectura, propuestas por el modelo relacional centrado en la voz (VCR), se centran principalmente en el contenido de la narración, en las personas y los acontecimientos, y en las múltiples formas en que se presentan los narradores. Desde este punto de vista, prestar atención a la respuesta que los lectores puedan hacer de las mismas narraciones, puede alertar a los investigadores de hasta qué punto su propia conexión o desconexión con la narración puede influir en cómo interpretan las narraciones de los demás (Byrne et al., 2004, pp.51-52).

La tercera lectura pretende poner en evidencia cómo los protagonistas de las historias de vida comentan el tipo de relación que mantienen con los demás, así como las consecuencias que pueden conllevar el mantener y perseverar estos tipos de relaciones con su entorno social, familiar y laboral más cercano, en especial, con la pareja, los hijos o las hijas y la familia (Mauthner y Doucet, 1998). Por último, la cuarta lectura implica situar a los protagonistas de las historias de vida en los diferentes contextos culturales y estructuras sociales con las que ha mantenido algún tipo de relación a lo largo de la vida de los narradores (Bright, 2016).

La tabla 9 pretende presentar un resumen de las principales características que remiten a las cuatro lecturas que componen el Modelo Relacional Centrado en la Voz.

Tabla 9: Modelo Relacional Centrado en la Voz

MODELO RELACIONAL CENTRADO EN LA VOZ (<i>VOICE CENTRED RELACIONAL MODEL</i>)
Lectura 1: La historia y quién está contando la historia
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Identificación del argumento principal o la historia. ❖ Localizar aquellas metáforas o contradicciones descritas por los protagonistas. ❖ Delimitar la respuesta del investigador (intelectual, académica, emocional, etc.). ❖ Responsabilidad ética del investigador para documentar el proceso narrativo.
Lectura 2: ¿Cómo el narrador se presenta a sí mismo en la narración?
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Cómo el narrador responde, piensa, siente y habla sobre su propia vida. ❖ Representación personal del narrador en la historia de vida. ❖ Interpretación sensorial del investigador en relación a la historia del narrador.
Lectura 3: ¿Cómo cuenta el narrador el tipo de relaciones que establece con otros?
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Representación de la historia del narrador con respecto a las relaciones personales. ❖ Puesta en escena de las consecuencias que derivan de las relaciones del narrador.
Lectura 4: ¿En qué contexto social y cultural está situado el narrador?
<ul style="list-style-type: none"> ❖ Descripción del proceso interactivo del narrador con respecto al ambiente. ❖ Análisis de estructuras no habladas, construcciones y contextos social y culturales.

Fuente: Elaboración propia

En conclusión, las cuatro lecturas que comprende el modelo relacional centrado en la voz pretenden poner en evidencia la diferente naturaleza de las entrevistas narrativas, en tanto que se pueden entrelazar diferentes voces personales en una misma transcripción en particular. De hecho, el Modelo Relacional Centrado en la Voz contempla su disconformidad con respecto a los diferentes métodos de análisis de datos cualitativos, incluidos aquellos que implican el manejo de programas informáticos o estadísticos, puesto que menoscaban la etapa de análisis de los datos cuando las propias transcripciones se dividen en temas o se codifican en un conjunto de categorías preexistentes. En cambio, el Modelo Relacional Centrado en la Voz, además de interpretar la voz personales de los participantes en su proceso de vida, pretende mantener y propagar las diferencias propias entre los protagonistas de las historias de vida (Mauthner y Doucet, 1998).

8.6. Cuestiones éticas en la investigación con historias de vida

La presente investigación se ha realizado teniendo en cuenta los criterios éticos que deben guiar el comportamiento del personal investigador de la Universidad de Granada, y que son aplicables a todas las prácticas científicas realizadas en esta Universidad:

- ❖ La ciencia está al servicio del ser humano lo que implica el respeto a su dignidad, por lo que los diseños de las políticas científicas que articulan la actividad investigadora en la universidad deben estar dentro del respeto a la dignidad del ser humano y bajo ninguna circunstancia pueden atentar contra los derechos que se establezcan en los convenios internacionales sobre derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales. En este sentido la Universidad de Granada se adhiere explícitamente a la declaración de la UNESCO sobre la ciencia y el uso del saber científico y a la declaración de Singapur.
- ❖ La investigación implica la asunción de responsabilidades por lo que debe promover la conservación de la biodiversidad y estar de acuerdo con el principio de

precaución al conducir investigaciones que pudieran tener graves consecuencias para el medio ambiente o para los seres humanos, incluso aunque la existencia de estas posibles amenazas no haya sido completamente establecida con certeza.

- ❖ La investigación debe ser rigurosa en todas sus fases desde la planificación y ejecución hasta la difusión y transferencia de los resultados.
- ❖ La transparencia en la gestión y el desarrollo de la investigación debe ser un principio que presida el ejercicio de la investigación en todas sus fases.
- ❖ Es imprescindible el reconocimiento equitativo y explícito de los méritos contraídos por el personal investigador que participa en el desarrollo de las actividades.
- ❖ Es necesaria tanto la búsqueda de la mayor visibilidad, transferencia y protección de los resultados, como la obligación de formar y transmitir el conocimiento a las nuevas generaciones.
- ❖ Es obligación de los investigadores y de la institución maximizar los beneficios públicos de la investigación.

III. RESULTADOS Y DISCUSIÓN

CAPÍTULO 9: EL MODELO RELACIONAL CENTRADO EN LA VOZ DE LOS HOMBRES

9.1. Modelo Relacional Centrado en la Voz: la entrevista biográfica de Salvador

❖ Primera lectura: presentación de la historia y quién cuenta la historia

En la primera lectura, se ponen de relieve todos aquellos aspectos generales que comprenden la narración del protagonista de la historia de vida. Para ello, la persona que investiga adopta un papel principal en el análisis de la historia de vida, dado que lee la narrativa en sus propios términos e intenta responder de manera emocional e intelectual al protagonista de la historia de vida.

1. ¿Quién narra la historia?

La historia es narrada por Salvador, un hombre de 43 años nacido en un pequeño pueblo de Cádiz, pero que vive en Salobreña (Granada) por motivos familiares y laborales. Desde que era adolescente, Salvador comenzó a hacer su vida en Cádiz, pero debido a la falta de recursos económicos y laborales en su pueblo natal, decidió mudarse a la casa de sus tíos paternos en Granada con tan solo 17 años, allí comenzó a trabajar como mozo de almacén en una empresa hortofrutícola. Si bien ha tenido numerosos desencuentros con sus jefes durante mucho tiempo, Salvador continúa trabajando en la misma empresa en la que comenzó hace ya 26 años, y dice sentirse contento con su trabajo. Durante todo este tiempo de residencia en Salobreña, Salvador ha formado una familia con su pareja, Marta. Ambos tienen dos hijas, Estefanía, de siete años de edad, y Noelia, de 14 meses.

2. Argumento principal de la historia

Salvador relata el curso de su vida desde sus primeros recuerdos en un pequeño pueblo cerrado de la provincia de Cádiz (El Gastor), donde vivía con sus padres y con su hermano menor, hasta el momento actual. Durante su relato, dedica buena

parte del mismo para hablar principalmente de su trabajo, y de la vida en solitario que realiza, puesto que pese a tener dos hijas pequeñas a las que atender, reclama constantemente su independencia personal con respecto al ámbito familiar, así como para destinar el tiempo en cuestiones que son relevantes para él, como echar unas cervezas con los amigos o colegas en el bar a la salida del trabajo, o jugar unos partidos de fútbol los fines de semana en el estadio municipal de la localidad granadina donde vive.

3. Temas que se abordan durante la entrevista narrativa

Los temas principales que se abordan en el transcurso de la entrevista narrativa con Salvador son los siguientes:

- ❖ Representación personal del protagonista de la historia de vida:
 - Infancia: juegos y estereotipos de género.
 - Adolescencia: la pandilla o manada(grupo) de amigos
 - Juventud: la juventud acaba cuando comienza la paternidad.

- ❖ Las representaciones socioculturales de la masculinidad: el caso de Salvador
 - ¿Qué significa ser un hombre? El aprendizaje de la masculinidad
 - ¿Qué no significa ser un hombre? La negación de la feminidad.
 - Representaciones corporales de la masculinidad.
 - Los hombres, los privilegios y el silencio prolongado: la preferencia del género masculino.
 - Los hombres no nacen, se hacen: referentes de la masculinidad tradicional.

- ❖ Las relaciones de Salvador con las mujeres:
 - Pornografía y prostitución: una escuela de violencia sexual para la masculinidad patriarcal.

- ❖ Las relaciones de Salvador con los hombres
 - Las relaciones de Salvador con los amigos o compañeros de trabajo
 - El miedo constante a la homosexualidad.

- ❖ La relación de Salvador con su familia:
 - La relación de Salvador con su pareja, Marta.
 - La relación de Salvador con su hija mayor, Estefanía.
 - La relación de Salvador con su hija menor, Noelia.

- ❖ La relación de Salvador con la paternidad:
 - Una aproximación inicial al concepto de paternidad.
 - La preparación de la paternidad: predisposición, ideales y expectativas.
 - La tradición de los nombres familiares
 - La posibilidad de renunciar a la paternidad.
 - El permiso de paternidad.
 - Sentimientos de Salvador con respecto a la paternidad

- ❖ La relación de Salvador con el trabajo:
 - La empresa hortofrutícola en la que Salvador trabaja

- ❖ El reparto de tareas domésticas y familiares
 - La transmisión de la imagen de género a los/las hijos/as.

- ❖ Feminismo, nuevas masculinidades e igualdad de género
 - Relación de Salvador con el feminismo
 - El espectro entre machismo y feminismo: la falsa apariencia de la igualdad.
 - Relación de Salvador con las nuevas masculinidades.
 - Relación de Salvador con las agrupaciones o movimientos de hombres por la igualdad

4. Protagonistas/actores implicados en la historia de vida de Salvador

PROTAGONISTA	RELACIÓN QUE MANTIENE CON EL PROTAGONISTA
Marta	Pareja de Salvador
Estefanía	Hija mayor de Salvador
Noelia	Hija menor de Salvador

5. ¿Quién escucha el relato del curso de vida?

La persona que escucha la narración de la historia de vida de Salvador es el propio investigador de la presente Tesis Doctoral, becario FPU y estudiante del Programa de Doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad de Granada.

5.1. Descripción del investigador y su relación con el narrador de la historia de vida

En un principio, no conozco personalmente a Salvador hasta que Juan Jesús (otro participante) nos presenta en un encuentro familiar. Juan Jesús y Salvador son cuñados y ambos comentan la posibilidad de participar en el presente estudio a partir de la información que, inicialmente, traspaso a Juan Jesús sobre el mismo. En un primer momento, Salvador muestra cierta desconfianza para participar de manera altruista en un estudio en el que se le dará a conocer a pecho descubierto, pero, finalmente, en el transcurso de ese encuentro familiar, logro apaciguar sus nervios y, tras pensarlo de manera distendida durante un buen período de tiempo, accede a participar sin ningún tipo de problema. En ese encuentro familiar, ambos intercambiamos nuestros números de teléfono y concertamos aproximadamente un posible fecha de realización de la entrevista en función de su disponibilidad. Percibí especialmente nervioso a Salvador, puede que quizá fuera fruto de la tensión de aquel momento. De hecho, evitaba mantener contacto visual conmigo para así tener que posponer una decisión, pero, finalmente, comenzó a perder los nervios y pudimos hablar con total tranquilidad de cosas irrelevantes que tuvieron lugar en ese encuentro familiar.

Poco tiempo después, contacto con Salvador para acordar una fecha para la entrevista. A primera vista, parece dudar, porque no me contesta, pero al día siguiente me indica que estará disponible a partir del final de la próxima semana. Nuevamente le indico de manera concisa el motivo por el cual se realizará ese entrevista y el procedimiento a seguir. Parece estar de acuerdo y confirmamos una fecha de realización de la entrevista. En la actualidad, no mantengo contacto estrecho con Salvador, pese a que en la entrevista comentamos la posibilidad de organizar nuevamente un encuentro personal. No obstante, las circunstancias familiares y laborales han impedido, en buena medida, materializar ese encuentro. Por otra parte, cabe señalar que siempre que he tenido alguna duda con respecto a las respuestas aportadas en la entrevista, bien debido a la claridad de exposición en su relato, o bien como consecuencia de las interferencias de conexión, se ha ofrecido amablemente a contestar nuevamente a las preguntas, así como a realizar todas las aclaraciones que han sido necesarias mediante la aplicación móvil de *Whatsapp*.

5.2. Respuesta emocional e intelectual del lector/oyente

Pese a contar con un conocimiento previo de Salvador en un encuentro familiar, así como a través de las diferentes conversaciones que hemos mantenido por teléfono, la entrevista realizada me ha permitido conocer en profundidad todos aquellos aspectos que conforman la vida de Salvador. Como siempre ocurre, no conoces realmente a las personas hasta que se abren en canal y comparten todos aquellos acontecimientos que han marcado de un modo u otro la vida de una persona. Son estos acontecimientos los que hacen que la vida cambie de rumbo, no siempre de la manera en la que uno desea, pero que, inevitablemente, dan sentido y orientan el transcurso de toda una vida.

En un primer momento, Salvador se muestra un tanto nervioso, sonrío de manera forzada y no para de hacer muecas con la mandíbula, pero con el paso del tiempo, los nervios van dejando paso a la soltura, y parece que Salvador no calla ni debajo del agua. Él mismo indica que pilla demasiado pronto confianza y que le gusta mucho hablar de sus cosas, para que la gente lo entienda. Salvador no ha parado de conversar durante toda la entrevista, parece no molestarle el hecho de hablar de sus propias intimidades, es más, le gusta compartir sus vivencias y presentarse como un ejemplo de lo que debe ser un buen hombre. No obstante, mi percepción dista un poco sobre la imagen que desprende Salvador, sobre todo, dado que la masculinidad, entendida como entidad social, requiere de la puesta en escena de la valentía del hombre para superar cualquier obstáculo que le impida demostrar la superioridad del hombre con respecto a los demás.

Por lo general, Salvador desprende la imagen de un hombre inmaduro, tosco e incapaz de relacionarse con las demás personas si no se abordan los temas que son de su interés o agrado, en especial, aquellos aspectos relacionados con las cuestiones heredadas por las sociedades patriarcales, como son el fútbol, el trabajo, las mujeres o el continuo deseo sexual. De la misma manera, percibo que Salvador pretende poner de manifiesto su disconformidad y tristeza con respecto al modo en que la vida lo ha tratado. Parece que él no tiene la culpa de la vida que ha vivido. Solamente, las cosas han sucedido de este modo y él ha decidido aceptar las cosas tal y como han venido. Él se considera un luchador incansable, pero son muchas las

desavenencias que le ha tocado vivir desde su infancia. Pese a ello, no da muestras de las circunstancias familiares o personales que han marcado el rumbo de su vida de esta manera, sino que simplemente intenta justificar que su vida siempre ha estado marcada por la incomprensión, la tenacidad, la individualidad y el esfuerzo.

En lo que respecta al plano laboral, Salvador intenta representar la imagen de un hombre de éxito, sobre todo, gracias a su trabajo, pero son evidentes las muestras de desconfianza e inseguridad que le generan dado que es un trabajo en el que solo prima la fuerza, no dando resultado de su gran potencial intelectual, al que remite cuando mantiene discusiones en el entorno familiar. De hecho, puede apreciarse en el transcurso de la entrevista el modo en el que su trabajo ha condicionado buena parte de su vida, dado que, si bien presume en público del mismo, indicando que lleva trabajando en el mismo sitio más de 20 años, luego reniega del mismo dado que es un trabajo un tanto repetitivo, en el que no hay posibilidad de demostrar el potencial que él mismo indica tener.

En numerosas ocasiones, el protagonista de la entrevista tiende constantemente a la repetición de algunos de los sucesos que más han marcado su vida, como fue la decisión de buscar un buen trabajo fuera de su entorno familiar, o cómo las discusiones que mantiene con Marta, su pareja, hacen que quiera dejarlo todo para volver a su pueblo natal. Él mismo indica que es un alma libre a la que le han impuesto unas ataduras que no van con él, pero que debe responder a las mismas para que la gente de su entorno familiar no puedan tacharlo de ser un mal hombre o un mal padre.

En el plano familiar, Salvador indica sentirse contento, pero su actividad no se limita en función de la paternidad, sino que, en ocasiones, pese a sostener que sus hijas son lo más importante en su vida, son también un impedimento de cara a su realización personal. De hecho, él mismo indica que le gusta demasiado salir a tomar algo con sus amigos y compañeros de trabajo, y que sus hijas son quienes más lo condicionan para no hacer aquello que le gusta. En líneas generales, las emociones o las sensaciones que he podido experimentar durante la realización de la entrevista pueden resumirse en incomprensión, estancamiento, frustración, desconcierto y conmoción, por cuanto que su vida se resume en una simple apariencia de cara a los demás.

❖ Segunda lectura: mi “yo” poético

En la segunda lectura, el protagonista de la historia de vida debe presentarse a sí mismo en la narración, de modo que la propia interacción con su entorno social más cercano permite comprender el modo en el que el narrador de la historia de vida, se comunica con los demás por medio de la expresión de sus propios sentimientos o emociones. Desde este punto de vista, los pensamientos del protagonista de la historia de vida se han agrupado en unidades de contenido que indican diferentes aspectos vitales que han trascendido en el curso de su vida.

Representación poética del protagonista de la historia de vida

(...) me llamo Salvador Madrid Díaz, aunque todo el mundo me llama Salva.

Tengo 43 años... pero aparento muchos menos. Todo el mundo me echa de 40 para abajo... (risas).

(...) Soy gaditano, pero también me considero un granaíno porque llevo mucho tiempo trabajando en la costa de Granada.

Soy padre de dos hijas, Estefanía y Noelia, a quienes quiero con locura. Ellas son lo mejor de mi vida...

Soy un tipo muy amable, campechano, sin trampa ni cartón, y siempre estoy dispuesto a ayudar a quien lo necesita.

Me gusta mucho el fútbol y la música, siempre estoy gastando bromas y de buen humor.

• Infancia

Tengo muy buenos recuerdos de mi infancia en la casa de mis padres. Fui un niño muy feliz, tenía todo lo que un niño podía desear, juguetes, amigos, familia... No sé, recuerdo mi infancia como una época feliz... quizá por eso mismo, porque solo era un niño... Vivía en una casa de pueblo, con mucha gente a nuestro alrededor, estaba mi tío, mis vecinos, mis amigos... Además, siempre estaba jugando en la puerta con los amigos o en la casa de mi tío. Tenía de todo y fui muy feliz. Además, yo era un niño bastante bueno y solía conformarme con poco. Me comprabas una pelota y ya era el niño más feliz del mundo...

- **Juegos y estereotipos de género**

Siempre me ha gustado mucho el fútbol. Lo veía en casa de mi tío desde que era un crío, lo vivía mucho y me encantaba jugar al fútbol en el patio del colegio y en la plaza del pueblo... Todos los fines de semana echaba mis partidos de fútbol con los vecinos, incluso ya de mayor, con 14 o 15 años, también echábamos nuestros amistosos allí en el pueblo. Recuerdo perfectamente que, cuando cumplí los 18, mi tío, el que me crío junto con mis padre, me regaló para mi cumpleaños dos entradas para ir a ver al Real Madrid en el Santiago Bernabéu, no sabes lo que pude disfrutar de esos días en Madrid, de lo mejor que me ha pasado en la vida.

Recuerdo que en esa época, cuando era un crío, veía siempre la mítica serie de "Oliver y Benji", me encantaba pasar el tiempo viendo esa serie...también me gustaban otras de superhéroes, pero esa marcó mi infancia. Soñaba con esa serie y con ser futbolista...

- **Adolescencia**

Tengo que reconocerlo: siempre he sido un trasto malo. Me encantaba escaparme del instituto para ir a la casa de mi tío y echar allí con él la mañana limpiando las escopetas para la caza. Lo malo es que como es un pueblo pequeño, todo el mundo se conoce... y cuando me pillaban, no veas la que se liaba. Mis padres eran muy estrictos con mi educación... pero ya sabían de sobra que yo no tenía remedio (risas).

Una vez recuerdo que me escapé del instituto y llamaron a mi casa: la que se armó fue bien gorda. Mi madre salió por todo el pueblo a buscarme y cuando me encontró en el bar de pueblo jugando al futbolín, me dio dos buenas hostias e hizo que fuera al instituto para justificar mi ausencia. Y mi padre no veas... estuve una semana entera sin pisar los trancos de la puerta... He dado mucho trabajo a mis padres, he sido una buena herramienta... No sé si viene al caso, pero tengo mil historias que contar sobre mi adolescencia... y ninguna buena (risas).

- **La pandilla o manada de amigos**

Yo era uno de los líderes de la pandilla. Siempre me ha gustado llevar la voz cantante. Lo reconozco, siempre he sido un echado para delante, me las daba de listo y de ser más fuerte y valiente que nadie... después era todo fachada (risas) pero me gustaba quedarme con la gente y que tuvieran esa imagen de mí. Además, es un pueblo tan pequeño, nos conocíamos todos los de allí y, o te tenían respeto, o como te dieran de lado, estabas perdido...

- **Juventud**

Mi juventud fue como mi adolescencia: un gamberro en toda regla. Siempre he sido muy golfo y muy gamberro, muy mucho. Le decía a mis padres que me iba a casa de mi tío Vicente a dormir, y era mentira. Quedábamos los cinco o seis de la pandilla para irnos al pueblo de al lado al pub que había para bebernos algo y echarnos unas partidas al billar. Lo que si era verdad, es que era mi tío el que nos llevaba al pueblo de al lado y volvíamos al día siguiente en el primer autobús que hacía la ruta.

- **La juventud acaba cuando comienza la paternidad**

Me jode reconocerlo, pero es la dura realidad... bendita juventud que no supe valorarla para escaparme por ahí a una gran ciudad para tener una buena vida...

Yo antes salía de fiesta con mis amigos y podía tirarme el fin de semana entero en la calle de un sitio para otro, que no pasaba nada. Iba y venía a Cádiz en el fin de semana y no pasaba nada o cogía el coche y me perdía por ahí con algún colega del trabajo, pero ahora... cambia la historia. Desde que uno tiene familia, son todo obligaciones. Primero trabajar, después la casa. Terminas de un lado y te enganchas al otro, y no se sabe cuál de los dos es peor...

- **Autorrepresentación de la masculinidad de Salvador**

Yo soy muy macho. Me gusta afeitarme todos los fines de semana y echarme mi after shave de Massimo Dutti. Eso no puede faltar... es un ritual que todos los hombres tenemos que hacer. Siempre bien afeitado, aunque sea para estar en casa.

Soy un hombre de los de verdad, un hombre que se viste de los pies a la cabeza, con paso firme, que no mira al pasado, un hombre honrado que no le debe nada a nadie... y que puede presumir de ello. Mi honor y mi dignidad están por encima de cualquier cosa, nadie nunca podrá decir de mí que debo dinero o que he hecho una cosa de la que pueda avergonzarme. Nunca he dado de que hablar, ni de mí, ni de mi familia... y puedo sentirme muy orgulloso de ello. Somos pobres, pero muy honrados. Todo lo que tenemos ha sido gracias a nuestro trabajo...

Yo soy un hombre hecho a sí mismo, que ha aprendido de la vida a base de palos, que he vivido la vida como he podido dentro de mis circunstancias, que no han sido nada fáciles. Yo no he tenido un guía, porque nadie de mi familia me ha dicho como tengo que hacer las cosas, nadie ha sabido como orientarme o recomendarme qué es lo que tengo que hacer ante una situación.

- **¿Qué significa ser un hombre para Salvador? El aprendizaje de la masculinidad tradicional**

Para mí, ser un hombre es quien lleva el pan a casa, el responsable de sacar adelante a su familia, el que se tiene que levantar todos los días para ir a trabajar sin poder ponerse malo, el que tiene la responsabilidad de pagar la hipoteca, el coche, los seguros, la compra... esa es la esencia del hombre: el que tiene la responsabilidad de criar y proteger a sus hijos y a su mujer.

Realmente no sé lo que significa precisamente ser un hombre, no he estudiado para saberlo y no sé ponerme en plan fino, pero sería algo así como las cosas que hacen todos los hombres, menos los mariquitas, con todo mi respeto, que yo no tengo nada en contra de ellos. Los maricones no son hombres de verdad, se han quedado a medio hacer... no sé si me entiendes, son hombres a los que les faltan un hervor, no han terminado de cuajar, se han quedado a medio camino...

Creo que los mariquitas son menos hombres que los hombres, hacen todas esas cosas de mujeres que no sirven para nada, tonterías y más tonterías, como pintarse las uñas, maquillarse, etc. En fin.... Ahora a muchos les ha dado por pintarse el pelo de colores, que sí rosa, azul, amarillo pollo... ¡No sé hasta dónde vamos a llegar! Ahora también he visto a muchos hombres jóvenes vestirse con falda, ponerse pendientes, pintarse las uñas... no sé hasta dónde vamos a llegar con tantos cambios, porque no siempre son buenos...

- **¿Qué no es ser un hombre para Salvador?**

No entiendo esta pregunta... (silencio) ¿aquí que puedo decir? ¿hablo sobre lo que no suelen hacer los hombres? No sé qué puedo decirte... Los hombres no se parecen en nada a las mujeres, ellas siempre se quejan por todo, son unas pesadas y unas quejicas. Nosotros por muy mal que estemos, tenemos que callar y poder con todo, no nos entienden, no saben ponerse en nuestro lugar... Por ejemplo, Marta no entiende que mi vida se resume en el trabajo y en la casa, a mí me gusta hacer cosas como salir a tomarme unas cervezas, y si fuera por ella, nunca iba, pero no le hago caso...

- **Representaciones corporales de la masculinidad**

La verdad es que me gusta mucho cuidar mi cuerpo. Todos los días, cuando me levanto, lo primero que hago es pasarme un poco la cuchilla por si tengo algún pelillo y ponerme mi after shave. Me gusta ir siempre decente, curioso, con ropa limpia, bien aseado y perfumado, aunque

sea con la colonia barata que hay en el Mercadona, pero me gusta oler bien. Será porque en el trabajo me pongo como un marrano de tanto mover cajas y estar siempre en todo. No me gusta que la gente tenga esa imagen de mí, como si yo fuera una persona sucia...

Si tuviera tiempo, sí que me gustaría ir al gimnasio para ganar músculo, pero como estoy todo el día cogiendo cajas, no me preocupa ¿No ves qué fuerte estoy? Si tengo mis músculos y todo...(risas). No hace falta que vaya al gimnasio para tener tableta, todo es constitución. Yo siempre he tenido buena genética y he estado como un tiarrón del norte. Lo único que me falla es la altura, que eso lo he sacado de mi madre, pero por lo demás, estoy hecho un toro... Ahora con la pandemia he echado un poco de barriga, porque no he trabajado tanto... pero esto se va en cuanto me ponga serio (risas).

- **Los hombres, los privilegios y el silencio prolongado: la preferencia del género masculino**

Te digo una cosa, todas estas preguntas deberías habérmelas enviado unas semanas antes por WhatsApp para haberlas pensado... Si lo sé, hubiera buscado cosas por internet para no hacer el canelo... Estoy quedando como un tontarrón de pueblo...(risas).

No sé, la verdad, que es mejor, si ser hombre o ser mujer, tampoco lo sabré nunca porque no voy a ser una mujer ni me gustaría serlo... siempre pensando en las cosas de la casa, la compra, el trabajo, la ropa... es un coñazo. Yo prefiero vivir mi vida así, sin que nadie me moleste, yendo nada más que a lo mío, que es mi trabajo y en tener el dinero suficiente para hacer frente a todos los gatos familiares... lo demás, me sobra....

En casa, yo siempre tengo la razón... me gusta que mi mujer y mis hijas me obedezcan. La vida ha sido mi maestra y me ha dado muchos, muchísimos palos... y siempre hay que actuar pensando mucho las cosas... Hombre, yo como hombre, y sabiendo que nunca voy a ser mujer, te digo que hombre, no tengo duda. Los hombres somos mejor que las mujeres, tenemos más ventajas, más oportunidades para todo... Mejor vamos a pasar ya a otras preguntas, que ya no sé ni por dónde tirar.....

- **Los hombres no nacen, se hacen: referentes de la masculinidad tradicional**

Te diría que mis referentes ha sido mi padre o mi tío, Vicente. Pero la verdad es que no es cierto. Ellos me han inculcado muchos valores, mucho de lo que soy a día de hoy, se los debo a ellos. Pero es verdad que en mi familia no he tenido referentes. Mis referentes siempre han estado en el fútbol o en los héroes de películas. Lo malo de todo eso, es que vas creciendo, y al final, en vez de parecerte a esos héroes o futbolistas, a quien de verdad te pareces es a tu padre o a los hombres de la familia, como yo me parezco a mi tío, Vicente... Creo que me parezco más incluso a mi tío, Vicente, que a mi padre, porque mi padre siempre estaba trabajando y con mi tío he pasado mucho más tiempo.

Sentimientos durante la narración de la entrevista de Salvador

Pues... no sé... creo que me he sentido bien, normal, cómo si hubiera estado hablando con un colega del curro sobre mis cosas, aunque es cierto que también he hablado un poco más de la cuenta... tú ya me entiendes (risas).. Este rato que hemos echado me ha servido también para aclarar algunas cosas y ver cómo ha sido mi vida durante todo este tiempo. Evidentemente, he cometido muchos errores a lo largo de toda mi vida, pero no me arrepiento de nada de lo que hecho porque me han hecho ser la persona que soy hoy en día.

Me siento contento al ver todo lo que he conseguido en todo este tiempo, no es mucho, pero todo ha sido gracias a mi esfuerzo y al de mi mujer también (risas)... tengo una casa donde vivir, dos hijas a las que criar y una mujer con quien compartir mi vida... no quiero más...

❖ Tercera lectura: las relaciones del narrador

En la tercera lectura, el protagonista de la historia de vida narra aquellos momentos en los que se hace referencia a las relaciones sociales que mantiene en el entorno familiar, laboral, con el grupo cercano de amigos y a nivel personal. En pocas palabras, se trata de una lectura de las relaciones más personales e íntimas que acontecen en el curso de la vida del protagonista.

• Relación de Salvador con las mujeres

Tengo que reconocerlo (risas)...siempre he sido un ligo. No es que sea muy guapo ni nada de eso, pero en labia, creo que no me gana nadie. No hay nada como una buena labia para llevarte a una chica a la cama. Y lo digo en serio, bromas aparte. Las mujeres solo se

conforman con unas bonitas palabras, todas mentira, pero sirven... Todo el mundo lo dice, no le hagas caso al gaditano que tiene mucha labia, no te fíes de él, no te acerques a él que es peligroso, y la verdad es que llevan toda la razón del mundo. No lo puedo negar, estoy hecho para el pecado (risas).

Yo siempre he tenido novia, si no estaba con periquita, estaba con pascualita, y así hasta que encontré a Marta. En el trabajo, también he tenido mis historias, no te creas (risas). Recuerdo una vez que empecé a tontear con la jefa de línea del almacén, y entre una cosa y otra, estuvimos saliendo un par de años... Al final la cosa terminó porque ella quería algo más serio y yo pasaba del tema... Nunca he querido ataduras...

La historia de cómo conocí a Marta no tiene misterio. Como era de esperar, la conocí en el trabajo, justo en uno de los primeros días en los que ella empezaba a trabajar en el almacén. Me llamó mucho la atención... ella es siete años menor que yo, y cuando entró al almacén era solo una cría. Cuando la vi por primera vez en el comedor del almacén, pensé... está cae fijo. Y así fue, aunque también me costó lo mío, no te creas que todo fue un camino de rosas... Sí, un camino de rosas, pero también de buenas espinas.

No considero que las mujeres sean inferiores a los hombres, ni los hombres a las mujeres... sino que se complementan, no sé si me entiendes... Los hombres tienen una forma de ser que no tienen las mujeres, y las mujeres tienen una forma de ser que no tienen los hombres. No es que los hombres sean mejores ni peores, somos diferentes y nos complementamos con las mujeres... Aunque yo siempre he sabido sacar provecho de esa situación...

- **Pornografía y prostitución: una escuela de violencia sexual para la masculinidad patriarcal**

¡Buah! Desde que era un crío... anda que no me he hecho yo pocas pajas con las cintas que tenía mi tío en su casa.... Un no parar. Recuerdo perfectamente cómo iba a la despensa de su casa y abría una caja que tenía escondida en la leja de arriba de una estantería... y allí estaban todas ordenadas. Yo las pillaba y me las guardaba en la mochila para llevármelas a mi casa y verlas en el cuarto de baño. Después, al día siguiente, volvía y las dejaba de nuevo en la caja. Así estuve por lo menos dos o tres años, que yo recuerde.

Ahora, con esto del móvil, todo ha cambiado. Me meto en las pestañas de incógnito y a disfrutar... me pudo tirar horas y horas viendo porno... que nadie se entera. Lo bueno que tiene

ahora es que te creas un perfil y puedes ver porno a todas horas y en cualquier momento. Tiene sus ventajas esto de internet (risas)...

¿Te voy a ser sincero, vale? Quien no haya ido nunca de putas que tire la primera piedra, y no solo una, sino dos e incluso tres (risas). Sí, reconozco que he ido un par de veces de putas y no me arrepiento de nada de lo que he hecho con ellas.. Para eso están ¿no crees? Además, fueron dos veces cuando yo no estaba saliendo con nadie y no hacía nada malo. Fue culpa de uno de los del trabajo, que nos animó a unos cuantos y al final acabamos todos en el mismo sitio, aunque con tías diferentes...

Los hombres siempre tienen unas necesidades que las mujeres deben satisfacer, con las manos o con su cuerpo.... Y si uno está solo y le entran ganas, hay que poner solución a cualquier hecho. Nosotros estamos hechos para disfrutar de la vida, ya bastante hacemos con trabajar toda nuestra vida, como para no darnos un capricho de vez en cuando.

- **Relación de Salvador con los hombres**

Yo siempre me he llevado bien con todo el mundo, sean hombres y mujeres, me da igual. Hombre, entre nosotros hay más confianza para hablar de nuestras cosas sin que se malinterpreten nuestras palabras, porque las mujeres lo malinterpretan todo. Nosotros estamos hechos con el mismo patrón, y nos entendemos perfectamente sin tener que estar dando bombo a un asunto. Somos más tajantes con las cosas. Yo siempre he tenido muy buena relación con los hombres de mi familia, con mis amigos también, y con los de mi trabajo, también. No sé muy bien si me entiendes...

- **Relación de Salvador con los amigos y compañeros de trabajo**

Todos los hombres del almacén en el que trabajo son como mis hermanos. A la mayoría de ellos les digo hermanos o primos, pocas veces utilizo sus nombres porque no los sé realmente, pero siempre están ahí y cuando les digo algo siempre vienen para echarme una mano... A ver, no todos me caen bien, pero bueno, yo trato a todos por igual... no sé, es algo que me sale solo. Mis jefes son unos capullos. Ya me han advertido en muchas ocasiones que si meto jaleo van a terminar por despedirme, pero no creo que lo hagan porque tengo mucho de qué hablar... 26 años trabajando en la misma empresa dan para mucho aprendizaje. He hecho de todo en el almacén y conozco a todos...

Antes, cuando me vine de mi pueblo, si tenía más amigos, pero conforme uno va creciendo, se va encerrando en sí mismo y en su familia, y no tiene tiempo para otras cosas.... Eso sí, cuando voy al pueblo, me tiro las horas en el bar hablando con todos mis amigos y recordando viejos tiempos. Me gusta volver al pueblo porque allí es como si la gente no hubiera cambiado y todo siguiera igual. En cambio, aquí en los pueblos más grandes, no sabes de quién puedes fiarte y de quién no.

- **El miedo constante a la homosexualidad**

Para mí, no hay ningún problema en que un tío se lie con otro tío, o haga lo que quiera con otro tío de puertas para dentro, pero, la verdad, no es algo agradable de ver en plena calle cuando vas con tus hijas a cualquier sitio... Yo respeto a todo el mundo, ahora bien, a mí que no me toquen un pelo, ni que tampoco se me arrimen mucho. Distancia, mucha distancia... (risas). Hemos llegado ya hasta tal punto, que las modernuras estas no son tan buenas... Yo no tengo nada en contra de nadie siempre que se me respete. Yo soy un tío legal y respetable, los maricones estos no.... Quizá yo sí que he hecho alguna broma a otros compañero sobre este tema, pero siempre desde el respeto (...)

- **Relación de Salvador con su familia**

Mi familia me lo ha dado todo, pero yo también le he dado todo lo que tengo. No sé cómo explicártelo sin que suene mal... Yo quiero mucho a mi familia, mis dos hijas son mi debilidad... Pero las cosas no son como las pintan en los cuentos. Siempre hay mal entendidos y malas caras, y es muy difícil estar completamente de acuerdo con una persona siempre. Uno se cansa de las cosas... y, bueno, la familia también puede que canse, ¿no crees? Esto no quiere decir que yo no quiera a mis hijas, ni a mi mujer, pero, quizá las cosas no son como creemos que van a ser y después es todo mucho más complicado para cerrar una etapa y comenzar con otra nueva.

- **Relación de Salvador con su pareja, Marta**

Mi relación con Marta va, sin más. Unos días mejor y otros peor. Hay incluso días en los que ni hablamos, porque entre que ella sale tarde del trabajo y yo tengo que empezar mi turno de madrugada para empezar a cargar la mercancía, que apenas cruzamos palabra. Realmente, no sé si quiero o no quiero a Marta, pero a estas alturas de mi vida no puedo dejar a una persona sola a cargo de dos niñas. Aunque es cierto que a veces cuando me he enfadado con

Marta, he cogido mis cosas y he tirado para mi casa del pueblo, sin querer saber nada de nadie, incluso de mis hijas.

La convivencia con Marta no es ni buena ni mala, normal. Yo soy bastante reservado en mis cosas y suelo callarme a todo para no discutir, pero hay cosas que no me gustan... Cuando nos conocimos y empezamos a salir todo iba bien, pero cuando Marta me dijo que estaba embarazada, se me vino el mundo encima, ser padre no estaba en mis planes, pero no quedaba otra que afrontar la situación.

Decidimos irnos a vivir juntos, bueno, fui yo quien se fue a vivir con Marta a su piso, porque ella se lo compró justo cuando entró el boom antes de la crisis, y tiene una hipoteca muy alta. La hipoteca la pagamos a medias y yo soy quien se ocupa de todos los gatos de las niñas. Ella ahorra todo lo demás para intentar pagar la hipoteca que tiene casi de por vida... Con esta situación, no están las cosas para poder ponerse muy exquisito, me siento atado de pies y manos.

○ **Relación de Salvador con su hija mayor, Estefanía**

Estefanía es mi ojito derecho. No me gusta decirlo, pero es así. No se parece nada en mí y eso hace que sienta cierta debilidad hacia ella. Ella sí que me entiende a la perfección, es la única persona hasta ahora que sabe sacarme una sonrisa directa desde el corazón. Me cuesta mucho expresar mis sentimientos sobre mis hijas, porque las quiero muchísimo, y creo que si hablo de ellas puede que la cague.... Soy un bocazas en todo, y no quiero que mis hijas puedan sufrir por la clase de padre que tienen.

Estefanía es responsable, ordenada, lo pilla todo al vuelo, y en más de una ocasión me ha dejado en vergüenza porque cuenta las cosas tal como son, sin tener en cuenta que no a todo el mundo se le pueden contar las cosas. Ella es natural por sí misma y eso es lo que la hace única. Es muy cariñosa, y eso me gusta, porque siempre está pendiente de mí y me busca para jugar con ella y hacer cosas juntos, puede que, incluso, más que con Marta. Me hace sentir diferente, porque nunca antes había vivido esta experiencia...

○ **Relación de Salvador con su hija menor, Noelia**

Siempre me gusta decir que mi hija menor, Noelia, vino a nacer justo en el peor momento de nuestras vidas, cuando apareció la maldita pandemia y cuando más trabajo tenía. Bueno, las cosas vienen cuando tienen que venir, y llegó de improvisto tanto el embarazo de Marta, como

el nacimiento. Noelia se parece mucho más a mí que Estefanía, es muy independiente y eso me gusta, porque no hay que estar todo el rato detrás de ella para ver qué hace y qué no hace.

Intento pasar tiempo con ella todas las tardes, porque creo que con Estefanía no terminé de hacerlo bien, pero, no sé, nadie te enseña a ser padre, y es algo muy difícil, cada niño es un mundo y no sabes qué es lo que va a necesitar de ti. No sé si lo haré bien o no, pero por lo menos, quiero que crezcan teniendo la figura de su padre, que yo no siempre tuve esa suerte.

- **Relación de Salvador con la paternidad**

Ser padre es una carga demasiado pesada, una obligación con la que tengo que cumplir todos los días del año, todo el tiempo. Ser padre tiene sus cosas buenas y sus cosas malas... ahora mismo solo veo más cosas malas que buenas, pero en un futuro espero ver las buenas. Todo lo que yo me estoy sacrificando para que mis hijas salgan adelante, espero que se vea recompensado con los años. Esto es una inversión de futuro a largo plazo... hoy por mí y mañana por ti.. ¿me entiendes?

- **Hacia la búsqueda de una definición de paternidad**

¿Te digo la verdad? (risas)... No sé cómo ser un buen padre, ni sabría definirte en qué consiste la paternidad, nadie me ha enseñado, y lo poco que sé, creo que lo he hecho mal. Simplemente lo hago como mejor veo, aunque a la vista de mi relación con Marta, no sé si lo estoy haciendo bien o si debería esforzarme más. Quiero creer que la función de un padre es estar siempre que un hijo lo necesite, para cualquier cosa que sea. Esto suena muy bonito, pero después la vida es más dura de lo que uno piensa y no siempre se puede estar ahí. También los hijos van creciendo, se hacen independientes, las relaciones cambian, no sé, es complicado...

- **La preparación de la paternidad: predisposición, ideales y expectativas**

El embarazo de Marta me pilló por sorpresa, y a Marta también. Creo que se dio cuenta en el tercer o cuarto mes de embarazo, no lo sé muy bien...Al principio me hacía más ilusión, tenía mis nervios, pero después te vas acostumbrando a todo, hasta que llega el día... No veas qué mal lo pasé... Se te viene el mundo encima y no sabes qué es lo que tienes que hacer. Lo que más me preocupaba en ese momento era la niña, que la veía muy pequeña, me asusté, pero después te vas acostumbrando, no queda de otra...

- **La tradición de los nombres familiares**

Sí, sí que me gustaría haber continuado con la tradición de los nombres familiares. En mi caso, no ha sido posible porque he tenido dos niñas, pero me hubiera gustado que alguna de mis hijas se hubiera llamado como mi madre, Gertrudis, o como mi abuela, Vicenta. También me hubiera gustado tener un niño y una niña, pero las cosas viene así y en esto de la genética no nos podemos meter, por lo menos, todavía. La verdad que me hubiera gustado tener primero un varón, para ponerle el nombre de mi tío, Vicente, que murió muy joven por las circunstancias de la vida, pero no queda más que acostumbrarnos a lo que hay...

- **La posibilidad de renunciar a la paternidad**

Si pudiera volver al pasado, creo que no tendría hijos (silencio incómodo). Bueno, sí, sí que tendría... Tendría solo un hijo y me gustaría gustado que fuera varón. Pero las cosas son así, y no las puedo cambiar.

- **El permiso de paternidad**

Menuda chorrada el permiso de paternidad... eso es para los ricachones que pueden permitírselo. Mucha mejora laboral y muchas historias, pero no sirve para nada... En mi empresa hice un chanchullo con el jefe para cobrar la prestación, pero no merece la pena, es mucho jaleo para después nada, porque estuve pringado... Cuando nació mi Estefanía, no tuve ningún permiso. Me dieron dos o tres días para estar con mi mujer y mi hija y listo.

Ya cuando nació mi Noelia, las cosas cambiaron. Hice todos los trámites con la empresa para disfrutar de las doce semanas de permiso, pero solo estuve una en casa. Las otras diez semanas acordé con los jefes de la empresa, trabajarlas en negro, y como coincidió cuando más trabajo había, gané un buen dinero, que nos vino fenomenal para montar un buen dormitorio para las niñas.

- **Sentimientos de Salvador con respecto a la paternidad**

Mis sentimientos sobre la paternidad son contradictorios. Sin duda alguna, ser padre es una experiencia muy bonita pero jodidamente dura, muy muy dura (risas). No sabes lo dura que es hasta que comienzas a vivirla. Al principio, porque la niña no duerme del tirón por las noches,

después que si llora porque tiene hambre, después que si esto, que si lo otro.... La cuestión es joder...

Echo de menos muchas de las cosas que podía hacer antes cuando no tenía a mis hijas, como ir a tomarme unas cervezas con los amigos con toda la tranquilidad del mundo, o echarme unos amistosos a la salida del trabajo.. Al principio, cuando solo teníamos a Estefanía, todo iba más o menos igual, tenía tiempo para mis cosas, salía de vez en cuando, iba algún que otro finde al pueblo para ver a mis padres, pero ahora.... Ahora estoy atado de pies y manos... Pero ya con dos hijas de por medio, cuando no le pasa una cosa a una, le pasa a otras, y te das cuenta de que tu vida se resumen en lo que les pasa a ellas.

❖ **Cuarta lectura: situar a las personas en estructuras sociales y contextos culturales**

En la cuarta lectura, se pretende situar al protagonista de la historia de vida en diferentes contextos sociales y culturales con los que mantiene algún tipo de relación, bien sea habitual o esporádica.

• **Relación de Salvador con el trabajo**

El trabajo es imprescindible en mi vida, tengo una familia a la que dar de comer todos los días... Mientras yo pueda trabajar, a mis hijas no les va a faltar de nada.

Marta trabaja porque ella quiere. Siempre le he dicho que nos podemos apañar con mi sueldo y con la ayuda de sus padres, pero ella no quiere. Yo no voy a decirle lo que tiene que hacer, pero si quiere trabajar, que trabaje... mejor también para mí, porque así tengo dinero para mis caprichos, que entre unas cosas y otras, siempre me veo ahogado con el dichoso dinero...

○ **La empresa hortofrutícola en la que Salvador trabaja**

La empresa en la que trabajo me ha dado vida, pero está claro que también me la ha quitado. He echado más horas que un reloj y nunca nadie me ha agradecido nada. Ahora... que yo también he hecho de las mías. Cuando me toca supervisar el almacén, me traigo cosas a casa, echo un vistazo a las taras, y me lleno las bolsas de fruta y verdura... Muchas veces pienso si no estaría más a gusto en otro sitio, pero no quiero estar en casa como si fuera un fracasado que no vale para nada en la vida.

- **El reparto de tareas domésticas y familiares**

Cuidar de las niñas de vez en cuando y hacer las cosas de la casa es un verdadero coñazo. No me gusta, de verdad que lo he intentado y he puesto buena cara a Marta, pero es superior a mis fuerzas. Limpiar para ensuciar, es de tontos... Igual que hacer las camas... Marta siempre me regaña porque no me gusta hacer la cama... pero para qué quiere hacerla si después a la noche hay que volver a acostarse... menuda gilipollez, te lo digo muy enserio. Si las sábanas están limpias y no huelen, qué más da que esté la cama sin hacer.

- **La transmisión de la imagen del género a sus hijas**

No sé qué decirte sobre eso... yo educo a mis hijas como creo que es lo mejor. Imagino que esto que dices tiene que ver con eso de los colores y si las niñas tienen que jugar a las cocinitas y no al fútbol, pero para eso están los maestros... Mira, si mi hija quiere jugar al fútbol que juegue, si quiere ir de princesa, que vaya... Yo solo quiero que ellas sean felices...

- **Aportes sobre feminismo, nuevas masculinidades e igualdad de género**

Yo no sé mucho de estas cosas... pero venga, si no queda de otra... Voy a decir lo que pienso porque estamos llegando a unos extremos que no son buenos para nadie...

- **Relación de Salvador con el feminismo**

No creo en esas tonterías. Machismo, feminismo, igualdad... son todas la misma basura. No sirven para nada.... Solo nos han traído problemas, mira ahora donde nos vemos ahora con tanta igualdad y tantas gilipolleces... Antes, con menos avances, estábamos todos mucho mejor. Claro, como ahora hay libertad para todo, nos volvemos locos.... Ya solo falta que las mujeres puedan darse de baja por tener la regla... Si más de uno levantara la cabeza, no habría tantas tonterías... De verdad lo pienso, que la culpa de todo lo que ocurre hoy en día es de las mujeres, han querido ir demasiado lejos y mira cómo nos vemos ahora, atados de pies y manos, y encima de todo, les tenemos que reír las gracias...

- **El espectro entre machismo y feminismo: la falsa apariencia de la igualdad**

Ya te he dicho antes que no conozco nada sobre estos temas... No me considero feminista porque eso es cosa de mujeres, pero tampoco machista porque yo no soy ningún asesino ni nada de esas cosas que salen en la tele... Tanto feminismo y tanta libertad para las mujeres no ha hecho más que empeorar las cosas... Mira dónde nos vemos ahora... que si hay que ayudar a las mujeres en casa, que si están cansadas del trabajo, que si hay que poner una lavadora... Si de toda la vida de Dios las mujeres se han encargado de las cosas de casa, cómo voy a hacerlas yo ahora...

- **Relación de Salvador con las nuevas masculinidades**

No había escuchado eso en mi vida... ¿nuevas masculinidades? ¿nuevos hombres? ¿qué pasa que esos hombres cambian o algo? Seguro que estoy quedando como un tonto de pueblo, pero es que lo soy... No sé qué es eso de las nuevas masculinidades, nunca lo he escuchado... ¿las nuevas masculinidades tienen algo que ver con las mujeres, el feminismo y todas las modernuras de las que antes me has preguntado? Porque si es así, yo soy de las viejas masculinidades... pero viejas, viejas... (risas). Ya en serio, te digo que no sé nada sobre esto, pero que tampoco es algo que me interese mucho.

- **Relación de Salvador con los movimientos de hombres por la igualdad**

Pero... ¿qué clase de tontería es esa?; ¿otra modernura más?; ¿ahora también los hombres se reúnen como las mujeres? Qué quieres que te diga, pero suena un poco a chiste rancio... Mi opinión es que eso de que los hombres se reúnan no tienen ningún sentido... ¿ahora los hombres se reúnen para tejer o para bordar colchas y sábanas para las casas como hacía mis abuelas? Menuda gilipollez.

9.1.1. Historia de vida de Salvador

Se llama Salvador Madrid Díaz, tiene 43 años y vive en Salobreña, un pequeño pueblo de la costa granadina, junto con Marta, su pareja, y sus dos hijas, Estefanía y Noelia. A pesar de ser natural de un pequeño pueblo de la provincia de Cádiz (El Gastor), Salvador migró siendo muy joven debido a la falta de recursos materiales y

laborales disponibles en su pueblo natal. Él mismo se define como una persona amable, campechana, servicial y noble, una persona dispuesta a ayudar a quien lo necesite. Le encanta el fútbol y la música, en particular, es forofó del Cádiz Fútbol Club y del Real Madrid. De hecho, siempre que puede, va a Cádiz a ver a su equipo favorito, aunque para ir tenga que perder un día de trabajo.

Salvador es mozo de almacén en una empresa hortofrutícola en la que lleva trabajando más de veinte años. Él mismo indica sentirse afortunado de llevar mucho tiempo trabajando en la misma empresa. No obstante, es cierto que ha habido muchos momentos de tensión con sus jefes, producto de la cantidad de volumen de trabajo tan elevado en las diferentes campañas de los productos alimentarios. Para él, el trabajo es uno de los aspectos más importantes de su vida, sobre todo, dado que le permite proveer económicamente los gastos ocasionados mensualmente por su familia. En ocasiones, parece sentirse insatisfecho con su trabajo porque es demasiado repetitivo y mecánico, pero dice no saber hacer otra cosa, y tal como está la situación actual, prefiere tener algo seguro antes que nada.

En lo que respecta a la familia, Salvador es padre de dos hijas, Estefanía, de siete años, y Noelia, de catorce meses. Ambas fruto de su relación con Marta, con quien lleva aproximadamente nueve años. Salvador indica que su familia es muy importante, pero existen ciertas desavenencias que no sabe cómo afrontar. La relación con Marta es un poco complicada y apenas existe la comunicación. Su vida se limita a trabajar, estar poco tiempo en casa, y salir con los amigos a tomar unas cervezas o jugar al fútbol. Sus aficiones están por encima de cualquier cosa, incluso de la propia familia. En este sentido, Salvador indica que la familia, si bien le ha dado estabilidad emocional, también le ha restado mucho tiempo. Se trata de un trabajo bastante sacrificado al que todavía, no ha sabido enfrentarse adecuadamente, en tanto que cuando existe un problema familiar o discute con Marta, coge sus cosas y vuelve a la casa del pueblo, para intentar aclarar sus dudas o evadirse de la situación tan complicada que vive en casa.

Desde un primer momento, a pesar de los nervios iniciales propios de una conversación formal entre dos personas casi desconocidas, se encuentra decidido a contestar con total sinceridad todas aquellas preguntas que pueda trasladarle durante el transcurso de la entrevista. Salvador se encuentra enfrente del ordenador

familiar en el salón de casa. En ocasiones puedo ver a su pareja, Marta, pasar a la cocina. Ella, amablemente, y de manera voluntaria, se acerca a la pantalla del ordenador para saludarme y presentarme a Noelia, su hija pequeña. Sin lugar a duda, Noelia es el fiel reflejo de su padre, tiene la tez pálida, los ojos diminutos, una pequeña nariz y unas grandes orejas que pueden verse perfectamente cuando acerca aún más a la niña en la pantalla.

Por el contrario, Estefanía se parece a su madre. Es mucho más corpulenta que Noelia, incluso está algo rechoncha, tiene el pelo largo hasta la cintura, y parece que tiene ganas de estar presente durante la entrevista, dado que no para de acercarse constantemente a la pantalla del ordenador. Ella me mira y sonrío, son pocas las veces que he coincidido con ella, pero se acuerda perfectamente de mí. Estefanía pasa enfrente del ordenador varias veces al comienzo de la entrevista, mientras pido amablemente que su padre se presente delante de cámara. Hace varias muecas encima de la cabeza de su padre y sale corriendo para que Salvador no pueda reñirla. Mientras tanto, Marta permanece en la cocina, parece que está haciendo un biberón a Noelia, porque se escucha perfectamente el ruido del microondas.

En el tiempo que transcurre la entrevista, Marta y sus hijas se despiden de Salvador y se marchan. Al parecer, dado que es viernes por la tarde, van a aprovechar para visitar a los abuelos maternos, como es de costumbre ese día, en el que Marta tiene las tardes libres en su trabajo. Por el contrario, Salvador llega a casa sobre las cinco de la tarde, sus jornadas son más extensas que las de Marta, pero él entra a trabajar de madrugada, sobre las cinco de la mañana, dependiendo, en exclusiva, de la cantidad de producto existente en el almacén hortofrutícola. Es en ese justo momento cuando Salvador afirma sentirse más cómodo y tranquilo, si bien considera que algunas de las preguntas que le traslade puedan ser demasiado personales o comprometidas para responder delante de su familia. En todo momento, Salvador indica que sus respuestas no pretenden herir los sentimientos de nadie, pero que debe presentarse tal y como es él en su día a día, cosa que agradezco infinitamente y le extiendo varias veces a lo largo de la entrevista.

La entrevista con Salvador dura sobre 1 hora y 30 minutos aproximadamente. Aunque si hubiera sido por él, todavía estaba contando mil historias sobre su juventud o sobre su trabajo en la empresa hortofrutícola. De hecho, durante la

entrevista, tiende a repetir en diferentes ocasiones, aquellos aspectos que considera relevantes o significativos tanto en su vida laboral como personal, en especial, destaca aquellas cuestiones que han modificado el curso de su vida durante la juventud, cuando tuvo que migrar a un pueblo de Granada para intentar buscar trabajo. No obstante, las obligaciones laborales hacen que la entrevista finalice antes del tiempo previsto. Al parecer tiene que ir de prisa al trabajo porque necesitan que revise mercancía de última hora, algo que no termina de agradar completamente a Salvador, pero que es más habitual de lo esperado.

Representación general de la masculinidad de Salvador

Por lo general, Salvador desprende la imagen de un hombre honesto, honrado, sencillo, trabajador y humilde en el trato. Desde un comienzo, se nota la naturalidad en sus palabras, en sus gestos y en su forma de expresarse, pese a que, en ocasiones, parece que habla más de la cuenta, tal como él mismo indica de manera repetida durante el transcurso de la narración de la entrevista. A simple vista, Salvador parece un hombre cualquiera, un hombre que, de un modo u otro, responde de manera, casi en exclusividad, al modelo de masculinidad hegemónico universal: un hombre protector, con gran potencia sexual y proveedor económico en el entorno familiar (Gilmore, 1994; Sambade, 2020). Pese a ello, si bien este modelo universal de masculinidad parece bastante extendido en las sociedades occidentales, no todos los hombres responde de la misma manera al mismo. De ahí la importancia de realizar entrevistas en profundidad, dado que es en el estudio del curso de la vida, donde se observan diferentes matices que configuran o dan sentido a otros modelos alternativos de masculinidad alejados de los estrictos y exigentes preceptos que configuran los ambiguos y exigentes preceptos que configuran la hegemonía de género masculino, basados, en especial, en el dominio de la fuerza, la valentía, la agresividad, la violencia o la competitividad.

En el trascurso de la historia de vida de Salvador, se puede apreciar que, pese a sus convicciones de aparente igualdad formal, su masculinidad se define en todo momento por oposición hacia todos aquellos aspectos que, en mayor o menor medida, se encuentran relacionados con la feminidad. Él mismo indica que las

mujeres son complementarias en la vida de los hombres, dado que la capacidad de las mismas se resume en cuidar de la familia, mientras que son los hombres quienes deben trabajar duramente para responsabilizarse del sustento económico del hogar. La incorporación de las mujeres al mercado de trabajo ha supuesto un hito histórico en materia de igualdad de género. No obstante, las consecuencias que derivan de este hecho, no han dado los resultados previstos, como ejemplo de ello, Salvador sostiene que Marta, su pareja, trabaja porque ella quiere, dado que entiende que con su sueldo es más que suficiente para mantener a la familia.

Desde que es pequeño, Salvador aprende a distanciarse notablemente de las mujeres, a tratarlas mal y hacerlas sentir inferior a los hombres. En este sentido, la superioridad del hombre sobre la mujer se aprende mediante la socialización de género, de manera que es en la infancia, tras la separación de los afectos de la madre, cuando Salvador comienza a aprender todos los preceptos básicos del modelo hegemónico de masculinidad tradicional, sobre todo, a través de la observación principal de los varones de su familia. Son los adultos de su entorno familiar más cercano, quienes comienzan a transmitirles los numerosos mensajes que el patriarcado impone a los varones: «los niños no lloran», «no corras como un niña», «los hombres son fuertes», «aprende a defenderte con tus puños», etc.

Después, en la adolescencia, para mostrar su virilidad frente al grupo de iguales, Salvador deberá aparentar ser todo un conquistador de la calle, un verdadero galán que tiene a sus pies a un montón de chicas con las cuales, no quiere nada, pero sí que pretende seducirlas y utilizarlas para después abandonarlas y comentar con la pandilla de amigos el elevado número de conquistas mensuales, e incluso, semanales. Si él se enamora, se verá expuesto a las constantes burlas de la pandilla, y su nivel en la jerarquía del grupo masculino bajará automáticamente, porque, en las sociedades patriarcales, el ideal de la masculinidad es el hombre que puede con todo, que utiliza a las chicas a su antojo sin que existan sentimientos de por medio.

Por último, en la etapa adulta, Salvador está obligado, desde un punto de vista social y cultural, a ser un hombre de éxito, un hombre hecho y derecho que tiene un trabajo que le otorga cierta estabilidad económica para sacar hacia adelante a una familia. Deberá casarse y formar una familia, porque es lo que su propio entorno, y la sociedad en general, esperan de los hombres de verdad. A cambio de ello, los

hombres pueden disponer de una sirvienta en casa que podrá atenderlos las veinticuatro horas al día. De la misma manera, deberá ser padre, porque la paternidad otorga cierto estatus social al hombre, en tanto que se extiende la imagen del hombre trabajador que se sacrifica constantemente para mantener a sus hijos o hijas. Esa imagen, pese a todo el sacrificio de las mujeres del entorno familiar, es la que se transmite con especial significatividad en el imaginario colectivo: el hombre trabajador, excelente padre de familia que hace todo lo que puede para estar siempre presente en el entorno familiar.

¿Cómo aprende Salvador a ser un hombre de verdad?

En un primer momento, Salvador toma conciencia sobre la masculinidad tradicional por medio de su propio entorno familiar. En especial, son los hombres de la familia, quienes transmiten culturalmente buena parte de los mensajes impuestos por el patriarcado. En este sentido, Salvador indica cómo su tío es la persona que lo enseña a cazar desde que es solo un niño, él lo instruye en el mundo de la caza, y lo involucra en un contexto ampliamente masculinizado. De la misma manera, los propios juegos de la infancia están marcados ampliamente por el género: Salvador siempre sale a jugar con sus vecinos al fútbol por las tardes, incluso los propios fines de semana los pasa en la plaza del pueblo jugando con los amigos del pueblo. Sus amigos son importantes para él, por cuanto que es en ese contexto, donde se reafirman muchos de los aspectos que condicionan o limitan el modelo hegemónico de masculinidad. También es importante destacar, en esa primera socialización temprana, la herencia patriarcal que recibe de su propia madre, quien desde pequeño, le hace saber que es él quien tiene que continuar con el legado familiar y dar ejemplo de lo que es y significa ser un hombre de verdad.

De la misma manera, los diferentes medios de comunicación social pretenden constituir un modelo de masculinidad tradicional basado en la apariencia física, la fortaleza, la inmortalidad, la entereza y la fuerza, lo que hace que Salvador siempre quiera mostrarse ante los demás como un auténtico héroe de película, como un hombre que puede con todo y que lucha de manera incansable contra la adversidad. En este sentido, la televisión ha influido especialmente en la conformación de ese

modelo de masculinidad tradicional, si bien la cartelera televisiva suele mostrar hombres fuertes, valientes que, a toda costa, intentan salvar a una chica que, socializada por el género femenino, se muestra débil, dulce, delicada, y que acaba enamorada de ese ideal de hombre heroico, fornido y prieto que, con su fuerza hercúlea, logra derrotar a sus adversarios para salvar a la chica. Si bien este modelo televisivo es el más extendido desde la más dulce infancia, también son numerosas las series televisivas que se centran de manera exclusiva en perseverar la figura masculina, como es el caso de la serie *“Oliver y Benji”*. Esta serie marcó la infancia de Salvador, en tanto que él mismo indica que era su serie favorita y soñaba siempre con ser futbolista, algo que no es de extrañar dado la cantidad ingente de material audiovisual que impregna el imaginario colectivo.

Mientras tanto, otro medio de representación de la masculinidad tradicional viene condicionado por la pandilla o grupo de amigos. Dentro de esta, se hace sentir a los varones que son los reyes del mambo, que todos los chicos pueden con todo, y que son ellos quienes dominan el mundo, mientras que las chicas siempre parecen dispuestas a hacer todo lo que los chicos soliciten. Asimismo, la pandilla o manada, permite complementar aquella información sobre la masculinidad que no ha aprendido en el entorno familiar por diversas circunstancias. Desde este punto de vista, lo que uno aprende en otros contextos, se hace extensible para todos los demás. Este hecho, no hace más que perpetuar un modelo hegemónico de masculinidad basado en la apariencia social. En la medida en la que los chicos comienzan a establecer contacto más estrecho con la pandilla de amigos, se refuerzan, de manera paralela, los preceptos de la masculinidad tradicional, dado que existen un intenso recelo entre ellos para ver quien consigue ser más hombre, es decir, para demostrar constantemente quién es el más alto, quién chuta mejor a la pelota, quién es más fuerte, quién tiene los mejores juegos, quién tiene la posibilidad de estar con más chicas, y así quién puede más con todo, es el más hombre del grupo.

Dicho de otro modo, la pertenencia a la manada de hombres hace que las demás personas puedan percibir a Salvador como un hombre de verdad, a pesar de que sus padres lo puedan tratar como un niño pequeño. Es con la pandilla o manda de amigos donde se siente igual o superior al resto. Él mismo indica que siempre ha

sido un líder y que le gusta que todo el mundo lo admire, intentaba ser siempre el mejor en todo, incluso se frustraba por no conseguir siempre lo que él quería. La frustración parece una constante permanente en la vida de Salvador, quizá envuelta de una aparente seguridad que no es más que una simple fachada para no mostrar sus debilidades ante los demás. Esta misma sensación aparece con la manada o grupo de amigos. Siempre los hombres permanecen en alerta continua entre los propios hombres para no mostrar ningún indicio de debilidad.

Por otra parte, Salvador aprende acerca de la masculinidad tradicional por convicción propia. Dicho de otro modo, la calle o el espacio público comprende uno de los principales agentes de socialización masculina, en tanto que son espacios altamente masculinizados. Desde este punto de vista, Salvador aprende a ser un hombre a causa de lo que los hombres dicen y hacen en las calles, en especial, en los bares del pueblo, que son constantemente visitados por su tío, Vicente y su padre. Amos son clientes asiduos de un bar al que llevan a Salvador desde pequeños, y al que animan a que algún día, él también irá con sus amigos a tomar unas cervezas para desconectar del duro trabajo. De hecho, son los hombres principalmente quienes ocupan la plaza principal del pueblo, los campos de deportes, los estadios de fútbol, los bares, las discotecas y, en general, todos o casi todos los espacios públicos. En consecuencia, Salvador aprende que todo lo que está en la calle ha sido hecho a medida de las necesidades de los hombres. Si él sale a la calle, puede encontrar en cualquier sitio lo que necesite.

Por lo que parece, Salvador reafirma la importancia y superioridad de ser hombre mediante la puesta en práctica de los siguientes pasos:

- ❖ La relevancia que ocupa el hombre en la familia como principal proveedor económico.
- ❖ La satisfacción de su madre de haber dado a luz a un niño como principal sucesor del padre.
- ❖ El trato preferente en el hogar de los hombres con respecto a las mujeres.

- ❖ El refuerzo sexual de las actitudes, los comportamientos, los actos o las expresiones que realiza en el ámbito social.
- ❖ La prioridad e importancia que el entorno social más cercano dispensa a las ocupaciones de los hombres.
- ❖ La percepción a través de los diferentes canales de comunicación social de la importancia de los varones, presentados como protagonistas principales de las historias.
- ❖ El imperativo de tener que comportarse como un hombre de verdad, y ser disculpado reverencialmente por serlo.

Salvador no aprueba los cambios establecidos en relación con la masculinidad actual. En este sentido, a pesar de que indica no tener problema en que los hombres puedan vestir con falda, pintarse las uñas o usar maquillaje, es algo que lo incomoda permanentemente. En consecuencia, la masculinidad de Salvador se reafirma en rechazar todo aquello que pueda relacionarlo con la concepción tradicional de feminidad, es decir, lo que las mujeres dicen o hacen para ser mujeres, y sentirse femeninas.

Si ser hombre significa básicamente no ser mujer, eso implica entre otras cosas no desarrollar las capacidades y habilidades que entendemos que son propias de ellas, ni tener los mismos gustos o aficiones, ni, por supuesto, algo muy importante para los chicos, mostrar en público cualquier gesto, actitud o comportamiento que nos haga vernos como «femeninos». O como menos hombres. Y no se trata solo del tópico, que encierra mucha verdad, de «los chicos no lloran», sino de toda una serie de mecanismos que ponemos en práctica como si fueran un escudo. Un caparazón mediante el cual tratamos de ocultar que, en el fondo, somos tan vulnerables como cualquier ser vivo (Salazar, 2021, pp.142-143).

Desde este punto de vista, cabe señalar que la masculinidad es mucho más estricta que la feminidad en el plano social, afectivo y cultural. Desde un punto de vista social,

se aprueba que las chicas puedan aparecer en público sin maquillar, sin embargo, no está bien visto que los hombres usen maquillaje. De la misma manera, cualquier mujer puede vestir pantalones vaqueros, camisa, zapatillas de deporte o tener el pelo corto y no parece extraño. Por el contrario, si un hombre viste con falda, tacones, tiene el pelo largo o se maquilla con frecuencia, no pasa desapercibido para nadie. La lucha de la segunda ola del movimiento feminista ha permitido que las mujeres, pese a las constantes imposiciones de los cánones de belleza patriarcales, puedan liberarse de muchas de las ataduras impuestas en función de la apariencia. En cambio, los hombres todavía no han roto con la concepción de ese macho tradicional que debe vestir de acuerdo a unas estrictas normas marcadas por la socialización de género. Así, es muy poco probable, aunque no imposible, ver a un hombre maquillado o vestir con falda en el día a día, y alejarse del típico chándal gris que, de manera uniforme, visten frecuentemente la mayoría de los hombres.

Pese a ello, cabe señalar que la ropa está diseñada para continuar con la transmisión tradicional de los preceptos patriarcales. En este sentido, solo basta con acudir a las tiendas de ropa para darse cuenta de que, mientras que para los hombres, la vestimenta está hecha para disfrutar de la comodidad y la amplitud, grandes sudaderas con motivos especialmente masculinos, pantalones de chándal de todos los colores y motivos, la vestimenta asociada al género femenino está hecha para mostrar una imagen de libertad sexual, que, se ha tergiversado con respecto a las vindicaciones del movimiento feminista. En este sentido, cada vez más es posible encontrar ropa femenina reducida a su extremo en el intento de enseñar la mayor cantidad de cuerpo posible. Si bien este aspecto representa el empoderamiento femenino, también es una estrategia patriarcal que no hace más que las mujeres se muestren expuestas a un constante deseo sexual por parte de los hombres.

Del mismo modo, buena parte de la ropa y los accesorios que utilizan las mujeres están hechos para mantener el control sobre las mismas. En este sentido, los tacones perjudican la salud de los pies, los pantalones pitillo aprietan y dañan la circulación de las piernas, los tangas son diminutos y dejan expuestos buena parte del cachete, las minifaldas son incómodas y hacen sentir a las mujeres que muestran más de la cuenta, los shorts casi son diminutos y llegar a superar la raja de los muslos y los tops oprimen los pechos para hacerlos más visibles o exuberantes. Además, pasan

mucho tiempo frente al espejo mientras se maquillan o se peinan de acuerdo con los estándares de belleza, mientras que los hombres (si por suerte no han perdido la mayoría del pelo) con echarse un poco de agua, están listos para salir a la calle o ir a cualquier evento.

En pocas palabras, los hombres que deciden romper con el estilo de vestimenta que la masculinidad tradicional impone, tienen mucho más que perder que las mujeres que se liberan de los estilos de vestimenta que la feminidad tiene reservada para ellas. Pese a ello, este hecho no les impide disfrutar de sus privilegios, en tanto que no tienen por qué maquillarse cada mañana, ni lavarse o plancharse el pelo, o tienen que ponerse medias o tacones para ir al trabajo. Todo esto remite a la posibilidad de que los hombres que se alejan del propio uniforme impuesto por la masculinidad: pantalón vaquero, pantalón de pinzas o chándal, camisa o camiseta unicolor y jersey de cuello de pico o sudadera ancha monocolor, puedan verse afectados en su posición social cuando comienzan a asumir características que los roles sexuales imponen a la feminidad.

Si bien la masculinidad tradicional remite a un modelo de belleza masculino limitado a la uniformidad, los cambios socioculturales producidos en las últimas décadas de consumo neoliberal, han comenzado a modificar levemente los modelos de apariencia masculinos. Así, cada vez es más frecuente ver a hombres con diferentes adornos corporales como pendientes, esclavas, relojes, tatuajes y otros accesorios, que permiten reafirmar la hegemonía del género masculino. En este sentido, Salvador reafirma su masculinidad tradicional por medio de diferentes adornos o accesorios corporales. Su brazo está rodeado de numerosos tatuajes, entre ellos, destaca la figura de un león y un brazalete con números romanos. Él mismo indica sentir una conexión especial con los leones, y se siente representados por ellos en muchos aspectos. Los leones son protectores de la manada, los que defiende su terreno con uñas y garras, y con quienes indica sentirse bastante identificados.

Por otra parte, Salvador indica que el brazalete con los números romanos se lo hizo unos meses después de la muerte de su tío, para recodar siempre a una de las personas más importantes de su vida. No cabe duda que para Salvador, su tío, Vicente ha sido uno de sus referentes principales en la construcción de su masculinidad. Los números de su tatuaje hacen referencia a la fecha de nacimiento

y de la muerte de su tío, una fecha que nunca olvidará y que le ha calado en su pecho para siempre debido al fuerte vínculo que tenía con él. Para Salvador, su tío era como su padre, sino más, porque fue su tío quien le enseñó lo que es la vida, un amigo con el que podía contar siempre que lo necesitaba, un confidente de locuras, un hermano más que su tío. Salvador describe a su tío con buenas palabras, dice que lo tiene siempre en su memoria y se acuerda de él todos los días de su vida.

La construcción en negativo de la masculinidad de Salvador le ha generado numerosas consecuencias, aunque él no sea del todo consciente de las mismas, en tanto que, socializado en el género masculino, ha aprendido a rechazar todo aquello que tiene que ver con las emociones y los sentimientos, unido a la idea de que él debe mostrarse siempre como un tipo, valiente, fuerte e invencible. Tanto se ha esforzado en ello, que él mismo indica que nunca ha permitido mostrar sus sentimientos en público, incluso ni en el nacimiento de sus hijas o en el entierro de su tío, no pudo echar ni una sola lágrima. Esta mentalidad patriarcal, denostada por muchos hombres abanderados del feminismo, comprende diferentes consecuencias. Por una parte, los hombres adeptos al modelo de masculinidad hegemónica, no han sabido valorar muchos de los aspectos de su vida, de manera que nunca han podido disfrutar de todo aquello relacionado con los vínculos emocionales, con el cuidado de las demás personas, o con la expresión de afectos antes determinadas circunstancias. Por otra parte, como consecuencia de la represión de emociones y sentimientos, en diferentes momentos, Salvador no ha sido capaz de solventar muchos de los problemas que le han venido de frente en el transcurso de su vida. Así pues, en lugar de afrontar los mismos, ha mirado hacia otro lado y ha permanecido imbatible ante la puesta en escena de los sentimientos.

La masculinidad homofóbica de Salvador

La masculinidad de Salvador queda representada por uno de los componentes principales que conforman el modelo de masculinidad patriarcal: la homofobia. Homofobia que, en este caso, se debe entender en un sentido más amplio al que habitualmente se usa. En este sentido, la masculinidad homofóbica pretende

rechazar todo aquello que hace referencia a la feminidad o pueda vincularse con las mujeres. Habitualmente, ser hombre se ha definido, en negativo, es decir, no teniendo claro qué es a lo que se refiere la gente cuando se intenta concretar eso de ser hombre, sino más bien, partiendo del rechazo de todo lo que se supone que las mujeres hacen en su cotidianidad. En este sentido, Salvador, siempre ha crecido con los mensajes que los hombres de su familia le habían transmitido constantemente para que no se comportase como una niña, y que no le gustasen las cosas que les gustaban a ellas. Así, pese a no materializarse, los hombres siempre han estado sometidos a una especie de policía masculino que los vigila para que no pudieran salirse de esas normas impuestas por otros hombre. Por este motivo, los hombres que se alejan de esos mandatos de género tradicionales, rápidamente son calificados como homosexuales.

El odio hacia la homosexualidad tiene profundas raíces históricas. De hecho, la homosexualidad es considerada como un pecado mortal para muchas religiones, una enfermedad que no tiene cura, y que ha desencadenado en muchas prácticas atroces para intentar erradicarla. Así, hubo que esperar hasta el 17 de mayo de 1990 para que la Organización Mundial de la Salud eliminara la homosexualidad de su listado de enfermedades. Y todavía, hasta la actualidad, son muchos los hombres que indican que los homosexuales deben someterse a algún tipo de tratamiento para volverse heterosexual, que es lo sano, lo correcto y lo adecuado para todos y todas.

No obstante, cada vez más, de manera paulatina, se consiguen despenalizar este tipo de prácticas en diferentes países del mundo. En las últimas décadas, España ha proclamado numerosos avances en materia de diversidad afectivo-sexual. De hecho, fue a mediados de 2005 cuando España se convirtió en un país pionero al ser uno de los primeros en aprobar una ley que permitía el matrimonio entre personas del mismo sexo. Un ejemplo que han seguido muchos países, y que ya es un hecho imparable. Además de estos cambios legales, es evidente que también se ha producido una gran transformación social.

Por suerte, cada vez más aparecen referencias de personajes públicos que no tienen problema en reconocer abiertamente que les gustan las personas de su mismo sexo. Algo que, muchas personas, todavía, consideran algo impensable, como es el caso de Salvador, a quien no le agrada ver a dos personas del mismo sexo unidas de la mano

en plena calle. En este sentido, el ejemplo que ofrece Fernando Grande-Marlaska como representante político y homosexual es bastante importante, no solo porque se trata de un hombre que ha hecho pública su condición sexual en un mundo tan machista como es la política, sino también porque puede servir de referencia a otros hombres para entender que existen tantas formas de vivir la homosexualidad como personas existen en el mundo.

En ocasiones, los diferentes medios de comunicación social intentan transmitir la imagen de que todos los hombres homosexuales deben responder a un mismo estereotipo. No obstante, cada persona es un mundo y puede sentir y expresar su sexualidad de la manera en la que se sienta más cómodo. Así, puede haber homosexuales que den la apariencia de hombres masculinos, otros que pasen el día en el gimnasio, otros que detesten el deporte; hay hombres homosexuales albañiles, otros médicos, otros camareros, hombres jóvenes, mayores o adultos, padres, hijos y abuelos. Todos ellos pueden ser homosexuales y vivir su sexualidad tal como les apetezca, sin realizar ningún acto o práctica que los discrimine o estigmatiza en función de su orientación sexual. De la misma manera, también hay hombres homosexuales que son tan machistas como siempre han sido los heterosexuales, incluso algunas parejas de hombres homosexuales reproducen en sus relaciones los esquemas tradicionales de la división sexual del trabajo, donde el hombre más masculino aparece como dominante de la relación, y el hombre más femenino queda relegado al ámbito privado.

Salvador hace uso de la homofobia que tiene interiorizada de manera natural e innata y hace uso de ella de manera explícita por medio del lenguaje. En concreto, emplea el término “maricón” como uno de los peores insultos que se le puede hacer a un hombre. Cuando Salvador utiliza ese insulto no solo hace referencia a las preferencias sexuales de esa persona, sino más bien lo que intenta decir o manifestar es que los hombres homosexuales no son hombres de verdad, los hombres homosexuales no merecen ser llamado hombre, dado que no se comportan como lo deberían de hacer. En este sentido, los adjetivos que Salvador utiliza para menospreciar a los hombres homosexuales hacen referencia a una misma idea: son hombres a quienes califican como traidores en tanto que no responden de la misma manera a las normas tradicionales de género impuestas por las sociedades

patriarcales. Dicho de otro modo, los homosexuales son los traidores de la fraternidad masculina porque no responden de manera heterosexual a las expectativas de género. Por este motivo, no existe otra sanción mejor entre hombres que calificar a otros como: maricón, mariconazo, mariquita³⁵, nenaza, o mariposón, entre otros muchos adjetivos.

Los hombres y la igualdad con las mujeres: la reacción de Salvador al feminismo

Las mujeres, que representan más de la mitad de la población mundial, sufren una discriminación estructural sustentada por el dominio masculino, nutrido, a su vez, de una cultura, el machismo que, devaluando de manera gradual a las mujeres, logra infundir un sentimiento misógino de odio hacia las mismas. En este sentido, frente a los avances conseguidos por la lucha de las mujeres, muchos hombres consideran que el feminismo pretende atacar a los hombres, devaluarlos y confundirlos en un momento de debilidad estructural para que ellas puedan asumir el poder. Nada más lejos de la realidad, dado que “el feminismo nunca ha pretendido la construcción de dos mundos separados, uno varonil y otro de mujeres, sino cambiar y mejorar el que hay” (Valcárcel, 2000, p.158).

Desde un primer momento, Salvador muestra su disconformidad con los cambios establecidos por el feminismo. Para él, el feminismo es un intruso que ha venido a comprometer todo lo que los hombres han hecho buenamente hasta ahora con mucho sacrificio. Según Salvador, el feminismo intenta acorralar a los varones para minimizarlos, denigrarlos y desacreditarlos. Son ellos quienes desde siempre han estado trabajando duramente para mantener a la familia, mientras que las mujeres solo han estado en casa limpiando, barriendo, fregando y criando a los hijos o hijas

³⁵ El término «mariquita» se emplea en referencia al estereotipo de la «pluma», consistente en tener comportamientos femeninos que, desde esta perspectiva, suponen una humillación para el varón por cuanto significan parecerse a las mujeres (Alario, 2021, p.64).

sin soportar el duro trabajo a los que los hombres se enfrentaban. Para él, eso no tiene ningún mérito, puesto que el trabajo remunerado es lo realmente importante.

El propio Salvador no entiende cómo las mujeres van a adoptar nuevas posiciones en sustitución de los hombres. Para él, la igualdad carece de significado, por cuanto que considera que no es un elemento importante en su vida. De hecho, no da muestras de que la igualdad sea una relación cooperativa entre hombres y mujeres, sino, más bien, él la entiende como una relación modelada de manera aparentemente igualitaria, pero impuesta por un modelo de masculinidad tradicional afincada en una posición de poder inamovible para los hombres, es decir, una relación revestida de una falsa igualdad, donde los hombres siguen ocupando las mismas relaciones de poder, y las mujeres permanecen subordinadas al dominio masculino. En cualquier caso, Salvador manifiesta su resistencia al cambio de las mujeres, en tanto que no cree que la igualdad no es necesaria. Desde este punto de vista, entiende la lucha de las mujeres, no como una reivindicación de igualdad, sino como un intento de romper con el orden social establecido para imponer el poder de las mujeres en detrimento del valor social de los varones.

En diferentes ocasiones, Salvador indica sentirse una víctima de la lucha de las mujeres por la igualdad, puesto que cree que las feministas acechan a los hombres y los estigmatizan mediante una especie de conspiración feminista. En este sentido, la extensión de conceptos tan insostenibles y absurdos, como son «feminazismo³⁶», o «hembrismo³⁷» dan cuenta de ello, si bien pretender desprestigiar la lucha del

³⁶ El «feminazismo» es una expresión popularizada a nivel mundial por Rush Limbaugh, un locutor de radio estadounidense que en 1992 comienza a utilizar esta palabra para calificar a las mujeres defensoras del derecho al aborto. Con el paso del tiempo, este término se ha utilizado de forma habitual para desprestigiar en su totalidad al movimiento feminista (Barbijaputa, 2019). Este calificativo se debe a la reacción de muchos hombres que, ante el reconocimiento social de la lucha feminista, comienzan a situarse a la defensiva y reafirman el machismo más rancio adoptando posiciones incluso agresivas (Salazar, 2019).

³⁷ El «hembrismo» es una palabra que se ha empleado como antónimo de machismo para destacar la falsa superioridad de las mujeres sobre los hombres. La insistencia de su uso estriba en desprestigiar a los movimientos feministas que luchan por la igualdad de género. En cualquier caso, este término comprende una falacia imposible de concebir, puesto que las mujeres necesitarían siglos de dominación femenina para discriminar, humillar y ejercer violencia contra los hombres por el mero

movimiento feminista sin ningún tipo de sustento teórico. Por contraposición, la igualdad no pretende que los hombres puedan comparecer como víctimas, más bien intenta que tomen la conciencia necesaria para responsabilizarse de sus acciones y, en conjunto con las mujeres, puedan contribuir al cambio social en favor de los principios democráticos de igualdad de género. Asimismo, el feminismo brinda a los hombres la oportunidad de visibilizar y transformar aquellas acciones que puedan perjudicar notablemente a las mujeres con quienes comparten la vida. Por tanto, cada vez es más necesario que los hombres tomen conciencia de la necesidad de promover el cambio desde el pensamiento feminista, incorporando las redes de conocimiento feminista a sus acciones en el día a día.

Definir a los hombres como feministas sigue siendo un tema polémico, no resuelto y que continúa propiciando apasionados e incluso acalorados debates. Kelley Temple, una activista feminista del Reino Unido, tiene una frase que resume este debate recurrente de forma rotunda: «Los hombres que quieren ser feministas no necesitan que se les dé un espacio en el feminismo. Necesitan coger el espacio que tienen en la sociedad y hacerlo feminista». O, como afirma Barbijaputa en la misma línea: «La meta que debería aprender cualquier aliado es aprender con nosotras y llevar lo aprendido a sus propios espacios». (Bacete, 2017, p.346).

Pese a ello, el discurso de Salvador solamente pone de manifiesto el miedo que tiene a las mujeres. De Miguel (2015) indica que el tema del miedo a las mujeres aparece en espacios antagónicos de discusión. Por una parte, el tema del miedo que los hombres tienen a las mujeres aparece con bastante frecuencia en los cursos y conferencias con mujeres que deciden iniciarse en el feminismo y que, por el solo hecho de asistir, son mujeres interesadas y con la sensibilidad suficiente sobre el tema. Desde este punto de vista, cuando se pone en evidencia la historia de lucha de las mujeres para conseguir los derechos más elementales, aparece el debate la cuestión del porqué de estos comportamientos por parte de los hombres. Si hubiera un baremo para medir las respuesta a esta cuestión, sería la siguiente: «los hombres

hecho de ser hombres. Una cuestión que se escapa de entre los objetivos del feminismo (Marañón, 2020).

nos han dominado, nos han sometido porque nos tienen miedo». En las sociedades patriarcales, los hombres dominan a las mujeres porque les tienen miedo, son más listas, más fuertes, más sabias, más resolutivas, más imaginativas, más empáticas y más comprensibles que los hombres. No obstante, el discurso que mantienen algunos hombres como Manuel son: «qué buenos somos nosotros y qué malas son ellas». Las mujeres son peores que los hombres, son más malas, más retorcidas y manipuladoras, un pensamiento común en la misoginia patriarcal.

Por otra parte, la idea de que los hombres tienen miedo a las mujeres aparece frecuentemente en las conversaciones entre los propios hombres. De manera más o menos informal, los hombres sostienen que, sin ninguna duda, han temido, temen y seguirán temiendo a las mujeres porque, en el fondo, saben que las mujeres son superiores a ellos. Desde este punto de vista, el miedo de los hombres a las mujeres comprende un elemento integrador de la dominación y la violencia contra las mujeres, en tanto que pretenden dominarlas para persuadir la fuerza y la sabiduría de la que siempre han dispuesto pero que el patriarcado se ha ocupado de ocultarla. Por norma general, la mitología patriarcal presenta a las mujeres como seres voraces sexualmente y a los hombres como personas vulnerables ante las mujeres. Sin embargo, los hombres no tienen miedo cuando andan solos por la calle, no tienen miedo a las mujeres vistas como depredadoras sexuales, no evitan pasear solos, ni sienten miedo si vuelven solos a casa a altas horas de la madrugada. De la misma manera, tampoco tienen miedo a no encontrar a una chica para una relación seria, tampoco nadie les insiste en que se les pasará el arroz. Más bien, el mensaje es todo el contrario al que se remite a las chicas: «no te dejes cazar». En otras palabras, cabe destacar que el modelo de hombre dominante desacredita el grupo dominado para legitimar la permanente dominación. El principal miedo que tienen los hombres hacia las mujeres puede resumirse en el miedo a ser como niñas, a comportarse como lo hacen las mujeres. Así no es tanto el mundo a las mujeres, sino a comportarse como una más, a pasar a ser una más en el grupo subordinado.

En virtud de ello, los hombres tienen que buscar criterios más fructíferos para abordar los miedos de las mujeres, si bien es un miedo relativo basado en la pérdida de poder. Es cierto que los hombres crecen con el miedo a ser una chica, pero no con el miedo a sufrir una agresión psicológica o física. Por el contrario, la socialización

femenina, sí que está volcada con el miedo a los hombres. Desde que son pequeñas, las chicas reciben diferentes amenazas sobre lo que pueden sufrir por el simple hecho de ser mujeres. De hecho, sus madres son quienes, principalmente las educa en los valores del compañerismo y la solidaridad, porque lo que les pasa a una, puede pasarle a todas las chicas, independientemente de otros factores. Hoy en día, por ejemplo, las chicas no pueden internarse solas en los espacios públicos según a qué horas. En la adolescencia, otro miedo que forma parte de la socialización de las chicas es el miedo a quedarse sin un chico, si no lograr satisfacer determinados comportamientos: el miedo a quedarse sin un hombre al que entregarse por completo. Después aparece el miedo a que los chicos no se comprometan, a que las abandonen cuando menos lo esperen porque parecen no haber estado a la altura de lo que imponen los cánones de belleza patriarcales, o las ideas que transmite la propia red sobre el modo en el que debe realizarse el acto sexual. Por último, en la edad adulta, aparecen otros miedos, el miedo a que se enfaden, el miedo a su ira, el miedo a los golpes, en definitiva, el miedo a los malos tratos y a la violencia.

Por norma general, Salvador no suele verbalizar muchas de sus ideas de manera pública, simplemente, porque sabe que hoy en día, ningún hombre se reconocería como machista sin arriesgarse a recibir una reprimenda por parte de su entorno social más cercano. Por el contrario, sí que manifiesta su disconformidad con todo lo relacionado con el feminismo cuando se encuentra en un clima de confianza con los amigos, en especial, cuando no hay mujeres junto a él. De hecho, Salvador sostiene que las mujeres están locas y no tienen ni idea de las cosas. Para él, su opinión es la que vale e intenta menospreciar la opinión de las mujeres, en tanto que carentes de valor, su opinión no merece ningún tipo de escucha. Desde este punto de vista, es habitual que, ante cualquier situación, los hombres siempre han querido llevar la razón. Eso ha llevado a que con frecuencia, los hombres hayan despreciado las opiniones de las mujeres y ellos han hecho todo lo posible por llevar siempre la última palabra.

En este sentido, es frecuente en más de una ocasión que los hombres de la familia se hayan dirigido con desprecio a las mujeres de la familia con algún comentario del tipo: «tú que sabrás de estos temas», «no te enteras de nada», «tú a lo tuyo» o la frase estrella «estás loca», una de las frases estrella más repetida por Salvador. Pero no

solo el machismo, traducido en estos gestos tan insignificantes, se reproduce en el ámbito familiar o de amistad, sino que también está presente en cualquier ámbito de la sociedad. Así pues, es habitual que Salvador siempre que está en la mesa pida las cosas a Marta o a sus hijas, así como la importancia que se otorga a lo que él diga. De la misma manera, Salvador considera que el feminismo no solo ha perjudicado a los hombres, sino también a muchas mujeres, puesto que considera que las mujeres vivían mejor sin los avances del feminismo. Él mismo considera que las mujeres son las principales culpables de todo aquello que les sucede en el día a día. De hecho, Salvador se expresa con cierto desdén o revanchismo: «*no queríais igualdad? Ya la tenéis, a disfrutarla...*» Frente a esta reacción tan típica entre hombres, De Miguel (2015, p.87) pone de manifiesto lo siguiente: “Cuando nos digan que la igualdad es un timo, que damos una imagen «victimista» de las mujeres de los países patriarcales, solo hay una respuesta posible: infórmate, estudia, siéntate y piensa».

La experiencia de la paternidad: el duro trabajo de cuidar

Durante mucho tiempo, buena parte de las mujeres españolas indicaban en su documento nacional de identidad, que se dedicaban a «sus labores». Ni siquiera se empleaba el término trabajo, sino que, mucho más devaluado, se pretendía flagrantemente restar valor o importancia a lo que las mujeres hacían en casa. Dicho de otro modo, hasta hace relativamente poco tiempo, se seguía entendiendo que las mujeres eran las encargadas de la casa y que sus funciones sociales estaban plenamente ligadas a su condición de reproductoras. En este sentido, habían nacido para tener hijos o hijas y criarlos/as. Todo ello, mientras los hombres cumplían fielmente con su papel de proveedores principales. De ahí que como el caso de Salvador, fuera educado y preparado por los hombres de su familia, para trabajar fuera de casa, para mantener a la familia y, por supuesto, para mantener el mandato en ese entorno de lo privado. Ese pacto no escrito, al que el feminismo ha denominado “contrato sexual” empieza a romperse cuando las mujeres comienzan a participar en el mundo laboral.

La ruptura de este equilibrio entre el espacio público y privado comprende uno de los principales obstáculos para la igualdad en pleno siglo XXI, dado que si bien las mujeres han comenzado a participar exponencialmente en el ámbito público, los hombres todavía muestran ciertas reticencias para pasar a desempeñar su actividad en el ámbito de lo privado, en concreto, el cuidado de los hijos e hijas, y las tareas domésticas. En cualquier caso, cabe señalar que, cuando se habla de trabajo no remunerado, se hace especial hincapié en las tareas domésticas, dado que hay que diferenciarlo del cuidado, porque las dimensiones de ambas tareas son distintas entre sí. Pese a ello, muchas veces tienden a confundirse y a pensar que el cuidado solo obedece a lo privado, cuando son muchas las teóricas feministas que ponen en valor la profesionalización del mismo.

Desde un principio, Salvador indica que no pudo prepararse para la llegada de su primera hija. La noticia del embarazo de Marta fue algo inesperado. De hecho, Marta no supo que estaba embarazada hasta el cuarto mes de embarazo. Todo sucedió demasiado rápido. Hubo un momento en el que ambos barajaron la posibilidad de que Marta abortara, pero las recomendaciones médicas dictaminaron sobre la dificultad de este proceso en un estado tan avanzado. Durante el embarazo de Marta, Salvador compró el mobiliario necesario para acomodar la habitación de Estefanía, no sin ciertas desavenencias entre ambos, puesto que le molestaba tener que hacer frente al elevado gasto que supone la llegada de un hijo o hija a la familia. Además, el propio Salvador indica que detesta ir de compras o pasar la tarde en el centro comercial, dado que eso es de chicas y él es todo un hombre. Dado que Salvador trabajaba muchos fines de semana, tardó bastante tiempo en montar todos los muebles necesarios para la llegada de Estefanía. Marta compró todo lo relacionado con la ropa de la niña, así como los accesorios de moda. Para el caso del segundo embarazo, las cosas habían cambiado. Salvador sabía a lo que se enfrentaba y no estaba dispuesto a pasar por el mismo mal trago, así que preparó nuevamente todo el mobiliario con tiempo para la llegada de su segunda hija.

Si Salvador pudiera volver al pasado, no hubiese tenido hijas, él hubiera preferido tener hijos varones. De hecho, él mismo indica que le hubiera encantado tener primero un hijo varón para que pudiera continuar con el legado familiar. En este caso, el hecho de tener un hijo hubiera sido un motivo de orgullo para él y para sus

padres, dado que hubiera honrado a la familia con un varón, y le hubiera hecho el honor a su tío, Vicente, de que su hijo llevara su nombre. No obstante, solo queda resignarse a la situación. En ocasiones, el hecho de tener que cuidar de sus hijas, implica que Salvador tenga que descuidar otros aspectos, como es el trabajo o sus propias aficiones. Él mismo indica que le gustaría actuar de otro modo, pero no sabe cómo afrontar esta situación. Se encuentra inmerso en una espiral de frustración personal de la que no sabe salir. Por lo general, las mujeres siempre han sido las cuidadoras de los demás. No solo han parido a los hijos, sino que también han sido cuidadoras, enfermeras, cocineras, limpiadoras y otras muchas cosas. En cambio, los hombres solamente se han dedicado en exclusividad al trabajo.

Si cualquier persona mira a su familia, puede encontrar diferentes ejemplos de mujeres, en especial, madres, tías y abuelas, quien han sido principalmente, y de manera exclusiva, las responsables del delicado trabajo de cuidar a los demás. Salvador indica que los abuelos maternos de sus hijas se han convertido en una especie de salvavidas para su familia, sobre todo, porque él tiene que trabajar y, como Marta, está también empeñada en ganar su propio sueldo, no disponen del tiempo necesario para proveer de cuidado a sus hijas. De hecho, en el plano intelectual diferentes estudios indican que los abuelos comienzan a tener una excesiva responsabilidad en el cuidado de los nietos y nietas, y que merecen, después de toda una vida llena de sacrificio y de forzosos trabajos, disponer del tiempo suficiente para disfrutar de sí mismos/mas (Tobío, 2013).

En este sentido, las sociedades patriarcales comienzan a implementar diferentes contradicciones. Mientras que buena parte de los abuelos y abuelas viven demasiado ocupados con las cargas familiares de sus hijos e hijas, otros tantos y tantas viven en soledad, acaban en residencias o mueren completamente alejados de sus familiares. Esta situación es clave en la vida de Salvador, dado que su madre vive sola en su pueblo natal y no quiere venir a su casa para pasar tiempo con sus hijas. De hecho, la visita de la abuela Gertrudis sería de buen gusto, por cuanto que puede colaborar en el cuidado de las niñas, y descargar a los padres de Marta de la carga tan pesada de cuidar de Noelia durante casi todo el día, y de Estefanía, cuando llega del colegio.

Se puede afirmar que Salvador ejerce un modelo de paternidad cuidadora ocasional (Bogino et al., 2021), en tanto que para él, el trabajo es el elemento más importante

de su vida y el cuidado de sus hijas, queda postergado a un último plano. Por el contrario, Marta ha tenido que priorizar los cuidados de sus hijas frente a su empleo, que ha pasado a un segundo plano y ha tenido que adaptarse de tal forma, que pueda compatibilizar el plano familiar y laboral. Desde este punto de vista, Salvador considera que las madres son las principales responsables del cuidado de los hijos e hijas. Para él, las madres poseen unos dones especiales para el cuidado de los que los hombres carecen, y esto es lo que explica la diferencia en la dedicación de mujeres y hombres al cuidado de los hijos e hijas. En otras palabras, Salvador ve adecuado e incluso natural, que él, como hombre socializado en el género masculino, no tenga por qué dedicar tiempo al cuidado de sus hijas. De hecho, piensa que la llegada de sus hijas han supuesto un enorme sacrificio en diferentes sentidos, como son las horas de sueño, las obligaciones familiares y el tiempo de ocio con los amigos. Pese a ello, indica que se trata de un proceso de inversión a largo plazo, en tanto que espera que sus hijas cuiden de él desde el momento en el que lo necesite.

En la medida en la que Salvador decida asumir el cuidado como parte fundamental de la vida, podrá desarrollar una serie de habilidades, capacidades y emociones, que mejorarían no solo la manera de estar en el ámbito privado, sino también en el espacio público. Todas esas herramientas que tradicionalmente se ha identificado como femeninas, y que Salvador no considera como valiosas pueden pasar a formar parte de su modo de desenvolverse en el trabajo, en su relaciones familiares, y en definitiva, con su entorno social más cercano. En pocas palabras, se trata de incorporar a la vida de los hombres los principios y valores que, desde el feminismo, se ha identificado con la ética del cuidado, que puede traducirse en una mayor capacidad para ponerse en el lugar de otra persona, un sentido más hospitalario de la existencia y una manera democrática de resolver los conflictos que se producen en el interior de la convivencia.

Quando se acepta que los cuidados son esenciales para el mantenimiento de la vida y que cuidar es una actividad humana, no femenina; cuando los cuidados se universalizan y son llevados a la práctica también por los hombres la ética del cuidado para a ser una ética feminista y democrática. Ahora se entienden como valiosos aquellos principios despreciados por el pensamiento patriarcal y se

defiende que los hombres se responsabilicen también de los individuos dependientes y de las necesidades de los demás (Velasco, 2020, p.115).

En definitiva, los mandatos de género que configuran la masculinidad de Salvador son:

- ❖ Ser hombre es un signo de distinción. Les hace ser y sentirse importantes. Los otros y las otras así se lo manifiestan y ellos lo perciben.
- ❖ Los hombres son personas autónomas, libres, que tratan de igual a igual a otros hombres y se diferencian de las mujeres, que deben depender de él y estar siempre a su disposición.
- ❖ Los hombres son fuertes, valientes, brutos, y competitivos: si muestras sentimientos o emociones asociadas a la feminidad, como la ternura, sensibilidad, empatía o gentileza, no eres un hombre de verdad.
- ❖ Los hombres son de la calle, mientras la casa es de las mujeres y de los hijos e hijas.
- ❖ Los hombres son heterosexuales, les gustan las mujeres, las desean: deben conquistarlas para mantener relaciones sexuales con ellas.
- ❖ Los hombres deben ser padres para preservar la tradición familiar.

9.2. Modelo Relacional Centrado en la Voz: la entrevista biográfica de Juan Jesús

- ❖ **Primera lectura: presentación de la historia y quién cuenta la historia**

En la primera lectura, se ponen en evidencia todos aquellos aspectos generales que comprenden la narración del protagonista de la historia de vida. Para ello, la persona

investigadora adopta un papel principal en el análisis de la historia de vida, por cuanto que lee la narrativa desde su punto de vista e intenta responder de manera emocional e intelectual al protagonista de la historia de vida.

1. ¿Quién narra la historia?

La historia de vida es narrada por Juan Jesús, un hombre de 33 años que vive en Roquetas de Mar (Almería), junto con María, su pareja, y su hijo, David. Desde que finalizó sus estudios en la universidad, Juan Jesús comenzó a trabajar como contable en el negocio familiar. No obstante, es cierto que, en un primer momento, intentó buscar trabajo en el extranjero y tras un tiempo fuera de casa, volvió a España sin cosechar el éxito que esperaba. Frustrado por la experiencia, decidió empezar a trabajar en la empresa familiar, en la que lleva al mando catorce años. Juan Jesús se considera un hombre de negocios, que ha cosechado grandes éxitos como consecuencia de su trabajo. No obstante, la llegada de su primer hijo, ha supuesto un giro repentino en su vida, por cuanto que ha comenzado a cuestionarse muchos de los aspectos que condicionan o limitan la vida desde la mirada masculina tradicional.

2. Argumento principal de la historia:

Juan Jesús narra el curso de su vida casi por completo, desde sus primeros recuerdos en casa de sus abuelos maternos, hasta el momento actual, en el que indica sentirse plenamente contento con la vida que ha conseguido construir durante todo este tiempo, rodeado de sus seres más queridos. Durante su relato, Juan Jesús dedica buena parte del mismo a expresar sus sentimientos con respecto al cambio que ha supuesto la experiencia de la paternidad, así como para describir las dificultades actuales que impiden conciliar su vida laboral y familiar. Para Juan Jesús, el trabajo siempre ha ocupado una parte esencial en su vida. Sin embargo, los acontecimientos ocurridos en los últimos años como consecuencia de la paternidad, han hecho que

comience a cuestionar muchos de los aspectos estructurales que imponen un modelo de masculinidad tradicional centrada, en exclusividad, en el ámbito de lo público o social.

3. Temas que se abordan durante la entrevista narrativa:

Los temas principales que se abordan en el transcurso de la entrevista narrativa con Juan Jesús son los siguientes:

- ❖ Representación personal del protagonista de la historia de vida:
 - Infancia: juegos y estereotipos de género.
 - Adolescencia: la pandilla o manada(grupo) de amigos
 - Juventud: la juventud acaba cuando comienza la paternidad.

- ❖ Las representación sociocultural de la masculinidad: el caso de Juan Jesús
 - ¿Qué significa ser un hombre? El aprendizaje de la masculinidad
 - ¿Qué no significa ser un hombre? La negación de la feminidad.
 - Representación corporal de la masculinidad
 - Los hombres, los privilegios y el silencio prolongado: la preferencia del género masculino.
 - Los hombres no nacen, se hacen: referentes de la masculinidad tradicional.

- ❖ Las relaciones de Juan Jesús con las mujeres:

- Pornografía y prostitución: una escuela de violencia sexual para la masculinidad patriarcal.
- ❖ Las relaciones de Juan Jesús con los hombres:
 - Las relaciones de Juan Jesús con los amigos o compañeros de trabajo
 - El miedo constante a la homosexualidad.
- ❖ La relación de Juan Jesús con su familia:
 - La relación de Juan Jesús con su pareja, María.
 - La relación de Juan Jesús con su hijo, David.
- ❖ La relación de Juan Jesús con la paternidad:
 - Una aproximación inicial al concepto de paternidad.
 - La preparación de la paternidad: predisposición, ideales y expectativas.
 - La tradición de los nombres familiares.
 - La posibilidad de renunciar a la paternidad.
 - El permiso de paternidad.
 - Sentimientos de Juan Jesús con respecto a la paternidad
- ❖ La relación de Juan Jesús con el trabajo:
 - La empresa familiar en la que Juan Jesús trabaja
- ❖ El reparto de tareas domésticas y familiares

- La transmisión de la imagen de género a su hijo
- ❖ **Feminismo, nuevas masculinidades e igualdad de género**
- Relación de Juan Jesús con el feminismo
 - El espectro entre machismo y feminismo: la falsa apariencia de la igualdad.
 - Relación de Juan Jesús con las nuevas masculinidades.
 - Relación de Juan Jesús con las agrupaciones o movimientos de hombres por la igualdad

4. Protagonistas/actores implicados en la historia de vida de Juan Jesús:

PROTAGONISTA	RELACIÓN QUE MANTIENE CON EL PROTAGONISTA
María	Pareja de Juan Jesús
David	Hijo de Juan Jesús

5. ¿Quién escucha el relato del curso de vida?

La persona que escucha la narración de la historia de vida de Juan Jesús es el propio investigador de la presente Tesis Doctoral, becario FPU y estudiante del Programa de Doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad de Granada.

5.1. Descripción del investigador y su relación con el narrador de la historia de vida

Para ser honesto, considero que conozco demasiado bien a Juan Jesús, o eso mismo pensaba poco tiempo antes de mantener esta entrevista con él. Juan Jesús es mi hermano mayor, uno de mis grandes referentes en la vida, dado que siempre hemos permanecido juntos durante el transcurso de nuestras vidas. Es cierto que, como hermanos, me cueste un poco más ser objetivo con respecto a la interpretación académica sobre el curso de su vida, pero eso no resta de valor la aportación fundamental de su visión relativa a la masculinidad, por cuanto que se ha visto condicionado, en muchos de sus aspectos personales, por la mirada de la vida desde las gafas violetas que, en muchas ocasiones y, de manera insistente, ha intentado prestar su hermano.

Desde pequeño, siempre he mantenido un vínculo especial con mi hermano, será por eso de que nos mimetizamos hasta el punto de que la gente nos confunde con bastante frecuencia, afirmando, en numerosas ocasiones, que tenemos hasta el mismo tono de voz. Por mi parte, yo suelo bromear bastante con este hecho, incluso hemos gastado de manera conjunta muchas bromas por teléfono a nuestras abuelas, imaginando ellas que solo hablaban con uno de nosotros. El caso es que conozco bastante bien a Juan Jesús, tanto que imagino algunas de las respuestas que puede ofrecer en la entrevista. Evidentemente, solo puedo emplear adjetivos positivos para calificar a mi hermano, pero el hecho de conocerlo durante toda mi vida, hace también que pueda poner en evidencia algunos de los aspectos que él mismo no quiera abordar en la entrevista por cuestiones personales.

Desde que comencé mis estudios de doctorado, Juan Jesús conoce de primera mano todas las cuestiones relacionadas con la temática de la presente investigación doctoral. En un principio, él mismo se quedó asombrado por la novedad de esta temática de investigación sociocultural, y pronto comenzó a interesarse sobre la misma. De hecho, son numerosas las ocasiones en las que ambos hemos comentado muchas de las cuestiones relacionadas con las nuevas masculinidades, entrando en acalorados debates. Él mismo, sin ser consciente muchas veces de ello, ha representado un caso evidente de ser estudiado como proceso de cambio masculino hacia otros modelos de nuevas masculinidades basado en el compañerismo, el afecto

y el respeto hacia otros modelos de masculinidad alejados de las prácticas hegemónicas.

En cualquier caso, siempre estuvo presente la posibilidad de entrevistar a mi hermano, pero yo mismo no consideraba ético que él pudiera participar debido a nuestra vinculación personal. No obstante, debido a la escasa acogida que tuvo la difusión de invitación a participar en el presente estudio, tuve que decantarme, de manera casi forzada por él. En un principio, cuando comenté con Juan Jesús la posibilidad de que pudiera participar en el estudio, rápidamente se negó. Él mismo indicaba sentirse ocupado con el niño y el trabajo, pero tras varias negociaciones por mi parte en las que le comenté que tomara una mañana de descanso si se ofrecía a participar, rápidamente aceptó. Está claro que, conocer los puntos fuertes y débiles de una persona tiene sus ventajas. Finalmente, Juan Jesús accedió a realizar la entrevista, claro está que tuve que ir al negocio familiar para echarle una mano con el trabajo, que, en tiempos de verano, se encontraba especialmente saturado. La entrevista transcurrió con total normalidad, de modo que, pese a los nervios iniciales propios de este trabajo, tuvimos que repetir de manera continuada el comienzo de la entrevista. Siempre que he tenido alguna duda o comentario con respecto a sus valoraciones, lo hemos comentado sin problema.

5.2. Respuesta emocional e intelectual del lector/oyente

Pese a contar con un conocimiento casi exhaustivo de la vida de Juan Jesús, como consecuencia de nuestra relación familiar, así como a través de los acalorados debates que hemos mantenido cara a cara con respecto al modo de entender o abordar la masculinidad, la entrevista realizada me ha permitido ahondar, de manera pormenorizada, en todas aquellas cuestiones que limitan y conforman la vida de Juan Jesús. Si bien parece que puedes conocer perfectamente a una persona con la que has convivido buena parte de tu vida, es posible afirmar que nunca terminas de descubrir por completo a una persona, si no compartes el día a día en el transcurso de su vida. En este sentido, a pesar de conocer en profundidad el discurso argumentado por Juan Jesús, existen ciertos momentos o pasajes de su vida que

desconocía por completo y que no han hecho más que reforzar las expectativas que había depositado en él, por cuanto que prima el compañerismo, la empatía, la voluntad personal y el buen hacer por las personas.

En un primer momento, Juan Jesús se muestra un tanto nervioso, tiene el gesto de la cara serio y, al saludarme, expresa incomodidad en sus palabras. Lo noto distante y reservado. De hecho, parece que somos dos extraños que acaban de conocerse a través de una pantalla. Le indico que se tranquilice y apacigüe un poco sus nervios, sobre todo, porque muchas de las preguntas que conforman la entrevista él mismo las ha respondido con sus propios actos en algunos de los momentos de su vida en los que yo he estado presente. Sin embargo, entiendo que esta situación es novedosa para él, muchos de los aspectos de su vida van a ponerse al descubierto e imagino que no es un plato de buen gusto para nadie. Así, con el paso del tiempo, Juan Jesús pierde un poco la noción del tiempo, en tanto que comienza a hablar con la soltura y la tranquilidad que siempre lo ha caracterizado. La sonrisa forzada desaparece completamente de su rostro y elabora un discurso coherente propio de la espontaneidad o naturalidad que existe entre hermanos. Desde este punto de vista, solo son necesarios los minutos previos de presentación para relajar la tensión propia del ambiente y que Juan Jesús comience a hablar con la seguridad que desprende siempre en sus palabras.

Durante el transcurso de la entrevista, Juan Jesús se muestra sereno, incluso un tanto convincente con muchas de las cuestiones que relata, obviando todo tipo de inseguridades o miedo en las acciones que ha emprendido en el transcurso de su vida. Las experiencias de vida de Juan Jesús han hecho que él mismo pueda considerarse un hombre hecho a sí mismo, un hombre de negocios, preparado para el éxito y para demostrar su valía y entereza frente a los demás. En este sentido, Juan Jesús indica que su trabajo es un buen aval de ello, dado que desde bien joven, sus padres depositaron en él la confianza necesaria para liderar la empresa familiar. Así, con el ejemplo de su padre, Juan Jesús ha sabido cómo gestionar una empresa para sacar hacia adelante y obtener el máximo rendimiento económico de la misma. Este hecho, también ha posibilitado ante muchos miembros de su familia, que Juan Jesús sea considerado como un ejemplo a seguir por todos los demás. Su trabajo, en tanto que considerado como algo importante en la vida de los hombres, le ha otorgado un

estatus o posición social diferente a las mujeres de su entorno familiar. Así, por ejemplo, a pesar de que su hermana menor está empleada gracias a sus estudios, similares a los de Juan Jesús, la familia tiende a sobreestimar sus cualidades profesionales.

En lo que respecta al plano personal, Juan Jesús indica sentirse en uno de los mejores momentos de su vida. La llegada de su primer hijo ha supuesto un cambio trascendental en todos los aspectos de su vida, en concreto, en el plano afectivo, emocional y personal. Así pues, a pesar del tono de seguridad aparentemente natural que emplea en su discurso, Juan Jesús, muchas veces parece romperse y muestra su debilidad cuando comienza a hablar de su hijo, David, y de su pareja, María. De hecho, él mismo elabora de manera exhaustiva un retrato familiar completamente delimitado, cargado de sentimientos, emociones y descripciones de vivencias que recuerda desde el primer momento en el que nació su hijos. De la misma manera, recuerda con nostalgia algunos momentos iniciales previos a iniciar su noviazgo con María. En efecto, son numerosas las ocasiones en las que Juan Jesús tienden a repetir muchos de los aspectos relacionados con su familia, en tanto que, para él, indica constantemente que son el motor fundamental de su vida.

Juan Jesús indica en reiteradas ocasiones que le gustaría poder pasar más tiempo con su familia, pero son muchas las cuestiones profesionales que debe de atender. Pese a ello, cada vez que vuelve a casa, lo primero que hace es tirarse al suelo para jugar un buen rato con su hijo. De hecho, es Juan Jesús quien se encarga de bañarlo y darle la cena todos los días, en tanto que él y María han acordado repartirse, en la medida de las posibilidades existentes, las responsabilidades del cuidado del niño. En este sentido, dada la responsabilidad laboral de Juan Jesús, ambos han acordado, aparentemente, que sea María quien solicite una excedencia laboral para pasar a ocuparse de la provisión de los cuidados de David. Esta situación merece especial atención, por cuanto que los patrones sociales de género entran permanentemente en acción, condicionando, sobre todo, la vida de María. Así, si bien Juan Jesús desprende una imagen de un hombre conciliador, en la medida en la que se siente interpelado por las demandas de cuidado de su hijo, muchos de sus comportamientos todavía permanecen afincados bajo la jerarquía de género.

❖ Segunda lectura: mi “yo” poético

En la segunda lectura, el protagonista de la historia de vida debe presentarse a sí mismo en la narración, de modo que la propia interacción con su entorno social más cercano permite comprender el modo en el que el narrador de la historia de vida, se comunica con los demás por medio de la expresión de sus propios sentimientos o emociones. Desde este punto de vista, los pensamientos del protagonista de la historia de vida se han agrupado en unidades de contenido temático que indican diferentes aspectos vitales que han trascendido de manera destacable en el curso de su vida.

Representación poética del protagonista de la historia de vida:

Mi nombre es Juan Jesús y tengo 33 años. Soy de Almería y vivo en Roquetas de Mar.

Tengo un hijo, David, de 1 año y 3 meses ... Estoy loco de contento con él...

Me considero una buena persona, un buen compañero de vida, un buen padre y un buen amigo. Doy todo a cambio de nada, y eso me ha hecho pasar factura muchas veces.

Me apasiona la mecánica y el mundo del motor. Mi familia dice que soy un verdadero manitas... pero, por suerte o por desgracia, me dedico al mundo de los negocios.

En mi tiempo libre, que es poco, me gusta salir por ahí y disfrutar de las pequeñas cosas de la vida con mi mujer y mi hijo. Dar un paseo en familia, salir a cenar, visitar a la familia, echar un partido de fútbol con los amigos y tal...

Me encantan los animales, todos. Tengo un perro, Simba, que recogí de la calle cuando era pequeño, y es uno más en la familia.

• **Infancia:**

Recuerdo una infancia feliz, rodeado de mucha gente a la que quiero y a la que he querido mucho en mi vida y que, por desgracia, hoy no está presente con nosotros. Todo lo que soy hoy en día se lo debo a mi familia y a mis abuelos, a quienes quiero muchísimo. Ellos hicieron posible que tuviera la infancia más feliz del mundo, con juguetes, amigos, familia y mucho cariño.

Si tuviera que resumir mi infancia con una sola palabra sería felicidad, una felicidad absoluta y plena que creo que nunca volveré a vivir.

No sé cómo explicarlo con palabras, pero recuerdo mi infancia con cierta nostalgia o cariño por todas las personas que tenía a mi alrededor y que ahora no están por desgracia. Fui un niño feliz, me sentía muy querido y arropado por mi familia. Estaba siempre jugando, mis abuelos me compraban todo lo que quería, jugaba los fines de semana con mis primos en su casa... No sé, tuve una infancia muy feliz...

○ **Juegos y estereotipos de género:**

La verdad es que he tenido muchos juguetes, muchísimos. Coches, Scalextric, Geyperman, excavadoras, dinosaurios, de todo. Recuerdo muy bien todos ellos porque casi siempre era mi abuelo quien me los compraba para la Navidad o para mi cumpleaños. También me compraban muchos juguetes mi padre, pero recuerdo especialmente los que me compraba él. También jugaba mucho en la casa de mi primo porque tenía un coche teledirigido con el que alucinaba. Casi nunca me lo dejaba, pero cuando no estaba en su casa, iba expresamente a jugar allí con el coche. Desde que era muy pequeño, me han gustado mucho los coches, mis padres me compraron una caja de herramientas, y yo me dedicaba a arreglarlos, o más bien, a destrozarlos e intercambiaba las piezas de unos a otros.

Me pasaba las tardes enteras en mi casa destrozando coches y cambiando piezas de unos a otros. También coleccionaba unos cromos de la Liga que me compraba mi madre todos los lunes cuando los traían nuevos a la papelería y los pegaba detrás de la puerta de mi cuarto. En la calle, también he jugado mucho con mis amigos del barrio, casi siempre al fútbol o con la pelota en la plaza que hay detrás de la casa de mis padres.

● **Adolescencia:**

Mi adolescencia fue normal, creo, como la de cualquier niño de mi edad. Mis prioridades eran la escuela y tal. Pasaba mucho tiempo en familia, con mis abuelos y mis primos, y poco más. Los fines de semana era cuando hacía cosas más divertidas, me gustaba mucho salir con mis vecinos y coger la bici para ir a sitios nuevos. Hubo una época, en la que, casi todas las tardes, cogíamos la bici los cuatro o cinco vecinos del barrio de mis padres e íbamos en busca de nuevas aventuras. En el colegio siempre me ha ido bien, me gustaban mucho las matemáticas y la física, pero los profesores decían que era un vago y no me esforzaba, pero no era vago,

simplemente me aburría en las clases, y en otras asignaturas, hacía corriendo los deberes para tener las tardes libres y salir con la bici. También me gustaba mucho jugar con mis hermanos, aunque al ser el mayor siempre he sentido como la responsabilidad familiar de tener que cuidar de ellos...

- **La pandilla o manada de amigos:**

Sí, tenía una buena pandilla de amigos. Casi siempre nos reuníamos los seis o siete vecinos, que, además, teníamos la misma edad y muchos íbamos juntos a la misma clase. Con casi todos sigo manteniendo en contacto, menos con dos o tres, pero la verdad es que ya no es como antes. Ahora si nos vemos por la calle, nos saludamos y tal, pero poco más. Tengo buenos recuerdos de mi pandilla de amigos, además teníamos un apodo que nosotros mismos nos pusimos "los invencibles" y tanta fama cogimos que hasta en el colegio nos llamaban así.

Lo bueno de mi pandilla de amigos es que hacíamos todo juntos, nos guardábamos los secretos de unos a otros, como si fueran cosas especialmente importantes, y no eran más que tonterías. Ya cuando entramos al instituto, nos separamos un poco, conocimos a gente nueva y tal, muchos de ellos empezaron a echarse novias, pero siempre, más o menos, hemos seguido manteniendo el contacto y tal...

- **Juventud:**

En la juventud me desperdiqué un poco, sí... se me escaparon muchas cosas de las manos sin saber muy bien por qué. Lo que más me marcó fue que tuve que estudiar algo que no quería realmente. No es que no me gustara, pero no era lo que yo quería.. Mi pasión siempre han sido los coches y el mundo del motor.. Quería montar mi propio taller, arreglar coches, tunearlos, venderlos, ir a exposiciones y tal. Pero mis padres fueron quitándome de la cabeza esa idea, así que, después de la selectividad, me matriculé en la Universidad de Almería en Empresariales...

Al principio me lo tomé como un juego, iba a la universidad para pasar el rato y poco más, pero al final del primer año, las cosas se empezaron a torcer, como iba y venía solo en mi coche, me paraba muchas noches a echar algo con los amigos, y muchas veces llegaba borracho a casa... El coche me dio mucha autonomía, me sentía valiente e independiente, podía hacer lo que me diera la gana sin que nadie me dijera absolutamente nada. Mis padres, por aquellos tiempos, se pasaban todo el día trabajando fuera de casa, y la verdad es que no me controlaban. También fumaba, probé los porros y salía de fiesta. Hasta que una noche, un jueves de

madrugada, siempre me acordaré, llegué muy borracho a casa, y dijeron: hasta aquí hemos llegado.

El día después de esa borrachera, me levantaron a las siete de la mañana y me dijeron: venga, a trabajar con nosotros. Se me vino el mundo encima, era lo que menos quería en la vida, trabajar con mis padres. Pero creo que fue la mejor lección que me dieron en la vida: o trabajar o estudiar. Al principio lo pasé mal, me quitaron el coche y me controlaban todo, pero después me fui acostumbrado y con esfuerzo, pude sacar mi carrera...

○ **La juventud acaba cuando comienza la paternidad:**

No sabría qué decirte, la verdad.... En algunos momentos me sigo considerando joven y sigo siendo joven (risas), pero la gente cuando ve que tienes hijos comienza a echarte años de más, y eso no tiene ninguna gracia. Los años no pasan en balde, pero la juventud es un estado de vida, y yo creo que voy a ser eternamente joven (risas). Es verdad que cuando tienes un hijo la vida te hace espabilar sí o sí. Tienes que dejar a un lado todas las tonterías que tienes en la cabeza y comenzar a organizar tu vida de otra forma, pero igualmente puedes ser joven y padre a la vez, sin que por ello no acabe la juventud ¿me entiendes?

● **Autorrepresentación de la masculinidad de Juan Jesús**

Yo me considero un hombre porque hago todo lo que los hombres dicen que hacen. No sé si me entiendes... Todos tenemos en mente esa imagen del buen hombre que intentamos cumplir en la medida de nuestras posibilidades y tal... La imagen del hombre de familia que todo lo puede, y que solo vive para trabajar y cuidar de la familia... Yo me he sentido cómodo con esa imagen, pero ahora es cuando empiezo a ver las cosas de otro modo...

Siempre he tenido referentes en los que me he fijado para ser un hombre, como fue mi abuelo, y ahora, mi padre. Yo he aprendido a ser un hombre gracias a lo que ellos me han enseñado. También he aprendido mucho viendo cosas de la calle, cosas que la gente ve bien que hagan los hombres, y cosas que no... Por ejemplo, los hombres tenemos que trabajar para sacar a una familia adelante y siempre ha sido así, porque si te sales de ese molde, malo... Si un hombre no trabaja se suele decir que es un desecho que no vale para nada...

Aparentemente, los hombres tenemos que dar la imagen esa del tipo duro, que puede con todo. Yo mismo me he esforzado mucho por dar esa imagen en público, pero después, por ejemplo, mi familia sabe de sobra que soy un caguica y que me poco la cabeza por todo. Yo soy muy inseguro, pero si doy esa imagen en público me comen, y prefiero pasar por ser un arrogante

o estúpido antes de que me tomen por tonto o algo por el estilo. Tampoco suelo hablar mucho de mis cosas... me cuesta mucho hablar de mi vida con los demás, incluso, muchas veces, me cuesta hablar con María, porque pienso que no me entiende lo suficiente y tal...

- **¿Qué significa ser un hombre para Juan Jesús? El aprendizaje de la masculinidad tradicional**

Menuda pregunta me has hecho. Necesito un tiempo para responderte, déjame pensar un poco (silencio prolongado) ¿Qué es ser un hombre? (pregunta él mismo en tono pensativo). Vamos a ver, ya un poco más serio, no sé, un hombre es una persona que tiene órganos sexuales masculinos, que viste con ropa de hombre, que tiene apariencia de hombre, y hacen todo lo que suelen hacer los hombres y tal ¿me entiendes?

Si me pides otra definición, podría decir que un hombre es una persona fuerte, valiente, sin miedo a nada ni nadie, que lucha constantemente por tener un buen puesto de trabajo, que le gustan los deportes de riesgo, los coches, las motos, y todas esas cosas de hombres... Para mí, la imagen que yo tengo de un hombre es una persona fuerte, pero no fuerte de voluntad, sino fuerte físicamente, bien vestido, con ropa de marca, que tiene un buen coche, que va siempre con el pelo corto, bien peinado, que tiene una familia a la que intenta proteger... no sé. Esa es la imagen que yo tengo en mi mente de lo que es un hombre. Pero imagino que es también una imagen difícil de conseguir... Por ejemplo, yo siempre no voy bien vestido, hay veces que ni me peino, o cosas que paso por alto porque no tengo ganas, y no me hacen menos hombre que los demás... No sé, me estoy haciendo un lío... vamos a pasar a otra pregunta, anda...

- **¿Qué no es ser un hombre para Juan Jesús?**

Esta pregunta me la sé. La he comentado muchas veces contigo. Los hombres no son mujeres, no pueden hacer lo que hacen las mujeres porque está mal visto o, al menos públicamente, porque si no, en cuestión de segundos te tratan de maricón. Como te salgas un poco de esa línea o la cruces, ya siempre te van a tachar de homosexual. En mi opinión, es una línea bastante fácil de cruzar porque siempre hay momentos en la vida en la que no siempre puedes mantener la compostura. Por ejemplo, yo mismo cuando nació mi hijo, abracé a mi suegro y a mi padre y les di un beso, y por eso no voy a dejar de ser un hombre. Hay muchos tipos de hombres y todos somos válidos.

- **Representaciones corporales de la masculinidad**

Ahora mismo, estoy en uno de los momentos en los que más me cuido, no solo el cuerpo, sino también mi paz mental. Estoy en un punto de inflexión en mi vida en el que he comenzado a tomarme las cosas desde otro punto de vista. Me gusta mucho cuidar mi cuerpo, me encanta el mundo del deporte, disfruto mucho en el gimnasio, pero también estoy aprendiendo a relativizar las cosas, darles la importancia justa que merecen y priorizar solamente a mi hijo y mi familia...

A ver, normalmente, los hombres somos fuertes por constitución, la mayoría de los hombres son fuertes menos algunos otros que son más debiluchos o flacuchos, pero eso no quiere decir que sean menos hombres. Lo que sí es cierto es que todos estamos dispuestos a sufrir lo que haga falta por tener un cuerpo perfecto, unos brazos duros como rocas, y una tableta plana para que las mujeres se derritan sobre ellas (risas). Nosotros estamos hechos para sufrir siempre. A todos nos gusta un cuerpo bien definido, pero cuesta, cuesta mucho tiempo, dinero y esfuerzo mantener ese cuerpo. Son muchas horas de dedicación, y una inversión económica brutal también. Yo soy un aficionado al mundo del deporte, me gusta, pero me estoy dando cuenta de que ese mundo tampoco llega a ser sano al 100%, parece más una cuestión económica y social que física.

- **Los hombres, los privilegios y el silencio prolongado: la preferencia del género masculino**

Si volviera a nacer, no sé... (silencio prolongado) volvería a ser un hombre, lo tengo claro. Los hombres tenemos más libertades que las mujeres, podemos hacer lo que nos dé la gana sin que nadie nos diga nada, sin pensar en las consecuencias de nuestros actos, porque, como hombres que somos, todo lo que hacemos está bien...

Está claro que los hombres disfrutamos de muchas más ventajas que las mujeres en casi todos los aspectos de la vida y tal. A ellas constantemente se las infravalora, aunque para mí, son lo mejor que nos ha podido pasar en la vida... ¿qué vamos a hacer los hombres sin las mujeres? No podemos hacer nada... si nosotros no somos capaces ni de freír un huevo...

Lo único que me hubiera gustado experimentar de las mujeres, es esa sensación de llevar a un bebé dentro de mí, tiene que ser una experiencia única, algo inigualable que no se puede describir con palabras... Muchas veces pienso cómo yo hubiera llevado un embarazo, pero después de conocer la experiencia de mi mujer... prefiero olvidarlo por completo.

- **Los hombres no nacen, se hacen: referentes de la masculinidad tradicional**

Yo he aprendido a ser un hombre gracias a mi abuelo. Él ha sido quien, sin darme cuenta, el referente en el que he visto reflejados muchas de mis actitudes o comportamientos. Mi abuelo fue un gran hombre, un ejemplo de superación, sacrificio, empeño y dedicación a su familia. Evidentemente, tendría sus cosas buenas y sus cosas malas, como todo el mundo, pero es, quizá, la persona que más me ha enseñado sobre la vida. También está mi padre, pero es cierto que con él he chocado más veces, tenemos caracteres ciertamente distintos y eso ha hecho que me vea más reflejado en mi abuelo.

También todo lo que tenemos a nuestro alrededor nos influye de manera indirecta, casi sin pensarlo. Un día, conversando con mi hermano, pude comprender cómo la sociedad, sin saberlo, influye en la construcción de nuestra masculinidad. Por ejemplo, las películas y las series de televisión nos venden la imagen del típico tipo duro, con el que yo me he sentido identificado muchísimas veces, y que han hecho que yo haya actuado en mi vida real como he visto que los hombres lo hacen en las series. No obstante, eso no quiere decir que no haya continuado viendo series o películas que tienen en su trama al tipo duro que puede con todo y con todos.

Sentimientos durante la narración de la entrevista de Juan Jesús

Para ser honesto, tengo que decir que me he sentido muy bien durante la entrevista. Pensaba que iba a estar más nervioso y no iba a saber contestar a las preguntas, pero después he ido cogiendo confianza en mí mismo y no he tenido ningún problema en contestarte.

Es cierto que ha habido algunas preguntas en las que no sabía por dónde tirar porque eran muy comprometidas y tal, pero creo que al final he sabido salir a flote (risas). En algunas preguntas habré metido la pata hasta el fondo, pero bueno, no pasa nada. La sinceridad es lo que cuenta y he intentado ser yo mismo en todo momento.

❖ Tercera lectura: las relaciones del narrador

En la tercera lectura, el protagonista de la historia de vida narra aquellos momentos en los que se hace referencia a las relaciones sociales que mantiene en el entorno

familiar, laboral, con el grupo cercano de amigos y a nivel personal. En pocas palabras, se trata de una lectura de las relaciones más personales e íntimas que acontecen en el curso de la vida del protagonista.

- **Relación de Juan Jesús con las mujeres:**

Mi relación con las mujeres ha sido buena, no sé, diría que normal, como en otros muchos aspectos de mi vida. Siempre he pasado desapercibido entre las chicas, aunque es cierto que si ligaba un montón en mi época universitaria y tal... Recuerdo perfectamente la primera vez que me dieron calabazas. Tenía 18 años recién cumplidos y estaba acabando segundo de bachillerato. Desde que comencé el bachillerato me había fijado en una chica de pelo rizado que me resultaba guapísima, se llamaba Encarni, y me enamoré locamente de ella. Es más, todos mis amigos sabían que estaba colado por ella, y se encargaron de boquearlo por toda la clase. Así que un día me armé de valor y le pedí salir. Como era de esperar, me mandó a tomar viento, pero no salí escarmentado y le pedí salir a otra de mi clase. Al final, la broma me salió bien y estuve dos años saliendo con Marina, hasta que ella se fue de Erasmus y se rompió la relación...

Yo parto de la base de que las cosas están cambiando para bien, me parecen estupendos todos estos temas relacionados con la igualdad y tal, pero tengo mis dudas con el feminismo, no sé por qué, me cuesta creer muchas veces que las mujeres solo quieren la igualdad sin más, Algo seguro que quieren a cambio porque los hombres las hemos hecho sufrir durante mucho tiempo, o eso es lo que me ha explicado mi hermano. No sé, es un tema difícil de tratar porque entran percepciones en juego y todas tienen su parte de razón. Además, cierto es que mucha igualdad y tal, pero nadie nos explica como tenemos que hacer las cosas los hombres... Nadie se ha parado en explicarnos cara a cara, sin rodeos, qué es lo que los hombres tenemos que hacer en esta situación... No sé si me entiendes...

- **Pornografía y prostitución: una escuela de violencia sexual para la masculinidad patriarcal**

Joder, tío... ¿cómo me preguntas esto? (resoplo). Me tengo que pensar lo que voy a decir porque no quiero quedar mal... (silencio) A ver, yo creo que todos los hombres consumimos porno y tal. Es algo habitual entre nosotros. Raro es el día que no recibo fotos de alguna tía que me envía el Dani o el León. Menudos unos fieras, están salidos perdidos.. Yo dedico también mi tiempo en ponerme al día con este tema por Instagram y Facebook, porque hay algunas que

no veas...Es verdad que Instagram censura mucho contenido porque lo clasifica como inapropiado, pero Twitter es un banquete... Yo aprovecho cuando María está dormida para quedarme bien a gusto... mis diez o veinte minutos diarios de visita, no me lo quita nadie. Para mí, es como un ritual que acostumbro a ver todos los días, pero, no sé, es algo que debemos naturalizar, cuando hay muchísimo contenido en internet. Antes sí daba más pudor porque no era tan frecuente ver este tipo de contenido en internet, pero ahora, con la rapidez del móvil, es imposible que no se difunda este tipo de contenido.

No he ido nunca de putas, aunque sí conozco a unos cuantos que van con frecuencia y siempre me han dicho de ir. Es un trabajo digno, pero no me veo capaz de hacer algo así. No voy a traicionar a María de esa manera, y menos con una persona a la que no conozco. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza antes de tener pareja, ahora que tengo una familia mucho menos. A ver, es verdad que muchas veces he bromeado con mis amigos sobre este tema cuando salíamos de fiesta, pero yo nunca he sido capaz de hacerlo, y creo que no lo haré nunca.

- **Relación de Juan Jesús con los hombres:**

No sé, imagino que bien, igual que con las mujeres... Bueno, es cierto que entre hombres siempre hay más confianza para contarnos las cosas y tal, pero es no quiere decir que me lleve mal con las mujeres o algo. En mi vida, yo siempre he tratado más con hombres que con mujeres, mis amigos son todos hombres, menos sus parejas que son mujeres, pero yo me llevo bien con todo el mundo. Si tengo que contarle algo a alguien, primero se lo cuento a mi mujer, pero también hay cosas que hablo con mis amigos que me callo y no se lo cuento a María...

Entre hombres podemos hablar con toda la naturalidad del mundo de nuestras cosas porque todos pensamos de la misma manera, tenemos el mismo modo de hacer y de pensar. Nosotros somos más directos en todo, no tenemos en cuenta muchas cosas que sí que tienen las mujeres. Además, ellas siempre hablan de lo mismo, y nosotros podemos hablar de fútbol, de deportes, de coches, de tías, de negocios...

- **Relación de Juan Jesús con los amigos o compañeros de trabajo**

Siendo sincero, creo que tengo los mejores amigos del mundo. Nunca me han decepcionado, son pocos, porque conforme te vas haciendo mayor, van cambiando las cosas, pero siempre han sabido apoyarme en todas las decisiones que he tomado en mi vida. A ver, amigos tengo muchos, pero pocos realmente en los que confío al 100%. Eso sí, mis mejores amigos, nunca me

han fallado. La mayoría son amigos de la infancia o del instituto, así que, más que amigos, son como mis hermanos. He estado en sus casas, en sus cumpleaños y hasta en sus bodas. Esos son mis mejores amigos, luego amigos para ir a tomar un café o para charla porque te los encuentras en cualquier sitio tomando algo, tengo muchos, pero no terminan de ser amigos del todo.

Con los compañeros de trabajo, apenas tengo relación, más bien, me ven como el típico cabroncete hijo de papá, que está ahí a dedo y que se cree algo, pero no es así. Yo me considero una persona bastante corriente, un tipo normal, sin ninguna pretensión ni mal hacer. Pero bueno, también muchas veces la apariencia juega malas pasadas. Además, en la oficina soy el único tío que hay, así que tampoco el trabajo me ha dado mucha tregua para entablar relación con los compañeros de trabajo. Si es cierto que gracias al trabajo, he conocido a muchos amigos pero que trabajan en otras empresas, pero eso es otra cosa.

○ **El miedo constante a la homosexualidad**

No tengo nada en contra de las personas homosexuales, absolutamente nada. Tienen el mismo derecho que cualquier persona a hacer su vida como quieran. Incluso yo tengo una pareja de amigos gais y a María le gusta quedar de vez en cuando con ellos y no hay ningún tipo de problema. Yo siempre los he tratado igual que a otras personas. Es cierto que bromas del tipo mariconeo como aprieta el culo que viene este o algún chiste o algo por el estilo sí que lo he hecho jugando al fútbol, pero aparte de eso, pocas veces he gastado bromas sobre este asunto. A ver, personalmente no creo que nadie haya puesto en duda mi orientación sexual, pero si lo hubieran hecho, creo que sí que me hubiera sentido ofendido...

● **Relación de Juan Jesús con su familia**

Mi familia es lo más importante que tengo en la vida. No concibo ya una vida sin mi familia. Siento una enorme dependencia hacia ellos, imagino que buena, porque espero que sea para toda la vida. Ha habido momentos para todo, pero siempre tengo en mente los buenos recuerdos. Últimamente hemos pasado poco tiempo juntos porque tengo mucho trabajo, pero tengo ganas de coger mis vacaciones para pasar tiempo con mi familia. Si tuviera que definir la relación con mi familia, diría que es algo muy especial. Una experiencia única en la vida que no deja indiferente a nadie. También te digo esto porque ahora mismo estoy en un buen momento personal y familiar, pero no sé cómo serán las cosas dentro de unos años...

- **Relación de Juan Jesús con su pareja, María**

Mi relación con María es muy especial. Ya llevamos nueve años juntos y parece que fue hace dos días cuando empezamos a salir. Todo comenzó como un juego de niños quedando con los amigos y mira cómo estamos ahora, comprometidos por el amor y por el banco. Tengo que reconocer que María ha cambiado por completo mi vida... Nos fuimos a vivir juntos a los tres años... Ella se vino a vivir a la casa que mis padres me dejaron para nosotros y desde ahí no nos hemos separado nunca. La convivencia entre nosotros ha sido buena, creo que para mí más que para ella, porque me ha hecho ver las cosas de otro modo. Yo antes pensaba solo en mi trabajo y tal, y ahora es cuando estoy aprendiendo a valorar otras cosas que antes las pasaba por alto o no les daba importancia...

- **Relación de Juan Jesús con su hijo, David:**

Mi hijo, David, es lo mejor que me ha podido pasar en la vida. Siento que soy alguien importante para mi hijo y que tengo una gran responsabilidad por delante. Me gusta verlo feliz y hago todo lo posible para que así sea. Juego con él cuando llego del trabajo, vamos de paseo los fines de semana... María no para de enviarme fotos de él cuando estoy en el trabajo y aunque nunca se lo haya dicho a ella, me hace muy feliz eso. Sé que es una tontería, pero solo con verlo en las fotos me hace feliz. Siento que es la persona más importante de mi vida y lo quiero... lo quiero mucho.

- **Relación de Juan Jesús con la paternidad**

La paternidad ha supuesto para mí, un antes y un después en mi vida. No sabía que se podía querer tanto a una persona en tan poco tiempo. Piensas todo el tiempo en él y en su felicidad, en cómo estará, en qué hacer para hacerlo feliz... Me siento contento de ser padre, aunque habrá que esperar a que el niño hable para saber si él se siente contento de mí... Por ahora mi experiencia es buena y quiero aprovechar todo lo que pueda todo esto. También es verdad que me gustaría pasar más tiempo con él, pero las obligaciones son las que son y no puedo hacer otra cosa que no sea estar con él para el almuerzo y por las noches... Muchas veces María lo trae al trabajo, pero con tanto lío de cosas, no puedo ni atenderlos en condiciones.

- **Hacia la búsqueda de una definición de paternidad**

No sé, así de primeras tendría que pensármelo (silencio). Me definiría como un buen padre, un padre que se preocupa por su hijo todo el tiempo y que lo quiere mucho... Yo me considero un buen padre, hago todo lo que puedo, lo ducho muchas noches, le pongo el pijama, siempre ayudo a María cuando me lo pide... No sé, sí soy un buen padre. La función de los padres es estar siempre hay que los hijos lo necesiten, y yo nunca me he negado a hacer nada... También es verdad que esto es muy complicado, los hombres no tenemos referentes de buenos padres, ¿me entiendes? Yo puedo fijarme en cómo mi padre me ha criado a mí, pero ¿qué pasa si yo considero que él no es un buen referente? ¿En quién nos podemos fijar los hombres para ser buenos padres? No sé, también viendo a otros amigos que tienen hijos y tal, sí que me considero un buen padre...

- **La preparación de la paternidad: predisposición, ideales y expectativas**

Cuando nos enteramos de que María estaba embarazada... fue una locura. La verdad es que fue un niño buscado y tal, pero no podíamos creérmelo. Fuimos muy felices esos primeros días. Yo no me he perdido ninguna revisión médica de mi hijo... bueno, solo una y porque no me quedó más remedio... Tenía que vivir esa experiencia a toda costa y así fue. Los cursos de preparación, los días interminables de comprar las cosas para el niño... lo volvería a repetir. También porque todo ha ido tan bien que tengo un buen recuerdo, ahora, si las cosas hubiera ocurrido de otro modo, quizá te digo que no volvería a ser padre...

También me informé mucho sobre el embarazo, el parto y tal. Miraba cosas por internet, y me leí un libro que compró María sobre cómo desarrollar la inteligencia de tu bebé... Ahora lo pienso y no volvería a leer o hacer tantas cosas, porque después todo es muy distinto. Así que, yo me limité a vivir las cosas al día, intentando dar lo mejor de mí.

Le compramos muchas cosas al niño, aunque María era la encargada de escoger todo. Ella escogía y yo echaba las cosas al carro. Después yo era el que tenía que descargar las cosas del coche y me ponía a preparar la habitación... Me tocó pintarla entera y montar todos los muebles que compramos... Ella me ayudó bastante, pero era yo quien se tiraba las horas muertas montando todo para el niño, la cuna la monté yo entera, la mesita de noche también, y así con todos los muebles de la habitación. Hasta tuve que tapizar un sofá de su madre que se había empeñado en ponerlo para darle el pecho al niño...

- **La tradición de los nombres familiares:**

Las tradiciones... no siempre son buenas. Mira, yo soy el mejor ejemplo: Juan Jesús, un nombre con consistencia... Juan, de mi abuelo, una persona fundamental en mi vida, y Jesús, de mi padre. Me gusta mi nombre porque hacen referencia a ellos, pero si me hubieran puesto otro más corto tampoco pasaba nada... Cuando María se quedó embarazada, todo el mundo daba por hecho que se iba a llamar Juan, si era niño, y si era niña, María, como su madre y sus dos abuelas. Pero nosotros no queríamos eso. Yo siempre había dicho que si tenía un niño no se iba a llamar como yo porque no quería que todo el mundo le dijera Juanico, que iba a parecer un tonto de pueblo. Así que, al final, decidimos que se llamara David, como su tío. Además, por partida doble, yo elegí el nombre de mi hermano, y ahora lo he hecho con el de mi hijo...

○ **La posibilidad de renunciar a la paternidad:**

Ni loco... no cambio esta experiencia por nada ni por nadie... Con todo lo que nos ha costado llegar hasta aquí, como para dar marcha atrás. Eso sí, y lo que te digo no quiero que suene mal, pero tampoco es cuestión de renunciar a mi vida para dedicarme por completo a mi hijo. Yo lo quiero como el que más, pero tampoco es plan de renunciar a todo para estar con tu hijo. Nuestros padres renunciaron a sus vidas para cuidar de nosotros y sacarnos adelante, ¿y cómo se lo hemos pagado? No, afortunadamente las cosas han cambiado y cada uno tiene que vivir su vida al margen de lo que ocurra en la vida.

○ **El permiso de paternidad:**

Me hubiera gustado que mi hijo hubiera nacido en 2021, eso sí que hubiera sido un auténtico lujazo, dieciséis semanas.... Pero, es lo que hay, yo solicité las doce semanas que tenía en dos o tres veces, y la verdad que me fue bastante bien. También mi situación es complicada y no estuve durante todo ese tiempo de permiso porque la responsabilidad de la empresa es mía, pero hay que aprovecharlo y solicitarlo porque te pagan... No están las cosas para desperdiciar una oportunidad así y más cuando te lo pagan sin hacer nada...

○ **Sentimientos de Juan Jesús con respecto a la paternidad:**

La paternidad me ha cambiado la forma de ver la vida. Me siento feliz y contento con todo esto que estoy viviendo... Es una etapa única que sé no voy a repetir de la misma manera porque las circunstancias cambian muy rápido, pero sí que volvería a repetir esta experiencia. La

paternidad me ha hecho darme cuenta de muchas cosas que antes no sabía apreciar o no valoraban las cosas que los demás hacían por mí y ahora sí que lo veo. Me ha hecho más humano si se puede decir de algún modo, más persona y más cercano también con los demás...

❖ **Cuarta lectura: situar a las personas en estructuras sociales y contextos culturales:**

En la cuarta lectura, se pretende situar al protagonista de la historia de vida en diferentes contextos sociales y culturales con los que mantiene algún tipo de relación, bien sea habitual o esporádica.

• **Relación de Juan Jesús con el trabajo:**

El trabajo es ahora mismo una de las cosas más importantes de mi vida, no es que sea importante en sí, pero me pesa mucho tener la obligación tan grande de ser el responsable de todo. Es agotador, la verdad, pero estoy aprendiendo a darle a cada cosa el sitio que merece. Tengo una familia que me necesita y a la que yo necesito para ser feliz y eso hace que muchas veces deje el trabajo apartado en un lado, aunque solo sea de manera presencial porque después paso mucho tiempo pensando las cosas. Muchas veces es más la carga mental que yo mismo me creo que lo que realmente es, pero la presión siempre está ahí...

○ **La empresa familiar en la que Juan Jesús trabaja:**

Me gusta trabajar en el negocio familiar. Me siento bien, es algo que me gusta porque lo he vivido desde muy pequeño y me siento orgullo de continuar con la tradición familiar, pero también en algunos momentos me pesa. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas como pasa con todos los trabajos. Ahora mismo, estoy en una situación en la que veo cosas buenas porque ha habido mucho movimiento de ventas, pero también hay momentos difíciles porque las cosas no siempre salen como uno quieren y me empiezan a preocupar más de la cuenta...

• **El reparto de tareas domésticas y familiares:**

Yo ayudo en casa cuando María me lo pide. Entre los dos decidimos que ella sería la responsable de cuidar del niño. Yo no podía dejar mi trabajo y entre los dos tuvimos que buscar una

solución a esto. Ella tenía el paro guardado, y pensamos que entre lo que duraba el permiso de maternidad y lo que tenía de paro, era suficiente para que pudiera disfrutar ella del niño. Así que así lo hicimos, yo continué trabajando y ella dejó de trabajar para cuidar a David. Como tiene todo el tiempo del mundo, María es la que hace las cosas de la casa. Pero si tengo que ayudarla a algo, solo tiene que decírmelo. Es verdad que cuando llego a casa y no hay algo hecho como a mí me gusta, me enfado, pero no se lo digo para no tener ninguna pelea con ella... El niño quita mucho tiempo y es verdad que también estar todo el día detrás de él cansa...

- **La transmisión de la imagen del género**

Intento educarlo de la mejor forma posible, como me educaron a mí. Claro, yo le compro de todo a mi hijo, no quiero que le falte de nada. Le gusta mucho la tele y los sábados por la tarde aprovecho para ponerle dibujos animados y tal. Lo último que le compré el otro día fue un coche de estos de miniatura para subirlo y sacarlo a pasear al parque por las tardes... Me hacía mucha ilusión y quiero mi hijo comparta aficiones con su padre...

- **Aportes sobre feminismo, nuevas masculinidades e igualdad de género**

No sé si podré ayudarte mucho con estos temas tan delicados, porque hablar en público de esto no es fácil. Aquí todo el mundo opina y cree que saben más que nadie, pero cuando algo no nos conviene algo, bien que nos callamos. Hay muchos días en los que se reivindican cosas y todo el mundo sale a la calle, pero después los días siguientes, nadie hace nada y todo sigue igual... no sé si me entiendes.

- **Relación de Juan Jesús con el feminismo**

No sé mucho sobre estos temas, si te soy sincero. Me considero que estoy aprendiendo y que mucho de lo que ahora sé, se lo debo a mi hermano. Pero no termina de convencerme todo este discurso que se está vendiendo. No sé por qué, el feminismo no termina de encajarme. Yo no me considero feminista, porque lo que quiero es la igualdad para todo el mundo, y el feminismo siempre quiere poner a las mujeres por encima de los hombres. Si lo que quieren es la igualdad, que se hable de igualdad y no de feminismo.

- **El espectro entre machismo y feminismo: la falsa apariencia de la igualdad**

Pues no me representa ninguno al 100% porque son dos extremos opuestos. No me considero machista, no. No soy machista porque cuando María me pide que haga algo, siempre lo hago. Llevo a María a que haga la compra los fines de semana, y eso es de no ser machista, no me digas que no. Feminista tampoco porque eso son cosas de mujeres. Ni machismo ni feminismo, igualdad. Es lo mejor, igualdad para todo el mundo. Eso es lo que pienso.

○ **Relación de Juan Jesús con las nuevas masculinidades**

Las nuevas masculinidades... algo me ha hablado mi hermano. Por eso estoy aquí también haciendo esta entrevista con él. Depende de cómo se mire, creo yo. Son nuevas porque hemos cambiado, ya no nos parecemos tanto a nuestros padres, que nunca han estado tiempo en casa o que no nos han llevado nunca al parque, como es mi caso. Pero después, si lo miras por otra parte, tampoco son tan nuevas porque seguimos lo mismo que antes. Cada vez hay más violencia en las calles, las chicas no se sienten seguras cuando salen, las violaciones siempre son la comidilla de los telediarios y tal. Si, está claro que hemos cambiado, pero no tanto como creemos, o eso es lo que yo pienso.

○ **Relación de Juan Jesús con las agrupaciones o movimientos de hombres por la igualdad de género**

Algo de esto he escuchado alguna vez, pero no sé en qué consisten realmente o qué es lo que hacen. Imagino que hablarán de cosas interesantes, pero eso es para quien tenga tiempo y ganas. Yo no iría porque no tengo tiempo, siempre tengo mil cosas por hacer y no me da tiempo con tantas cosas... pero vaya, aun teniendo tiempo, tampoco iría a ninguno, creo que no se sentiría a gusto hablando cosas con gente que no conozco, y más sobre estos temas con los que todo el mundo se ofende tan rápido. Prefiero quedarme en mi casa y mis opiniones las comparto conmigo mismo, así nadie se enfada y todo el mundo tan contento.

9.2.1. Historia de vida de Juan Jesús

Su nombre es Juan Jesús, aunque todo el mundo lo conoce como Juanje o «Juanico», como suelen llamarlo habitualmente sus seres más queridos. Tiene 33 años y vive en Roquetas de Mar (Almería) junto con su mujer, María, y su hijo, David. Él mismo

se define como una buena persona, un buen compañero de vida, un buen padre y un buen amigo. Le apasiona la mecánica, el mundo del motor y los deportes de riesgo, aunque últimamente no dispone del tiempo suficiente para dedicarse a todo aquello que le gusta, en especial, a jugar al fútbol con los amigos de toda la vida. Juan Jesús es el responsable principal del negocio familiar, sus padres decidieron dejarlo al mando cuando terminó sus estudios de empresariales en la Universidad de Almería. Para él, su trabajo es una de las cosas más importantes en la vida, sobre todo, debido a la constante presión a la que se encuentra sometido para intentar no defraudar a sus padres. No obstante, la llegada al mundo de su primer hijo ha hecho que él mismo comience a vislumbrar la vida desde otra perspectiva.

Juan Jesús comenzó a trabajar en la empresa familiar un tiempo después de finalizar sus estudios en la universidad. Pese a ello, sus planes iniciales fueron otros, dado que intentó buscar trabajo durante casi un año en el extranjero. La idea extendida de llevar una vida mejor en otro país rondó un tiempo en su mente hasta que decidió emprender el viaje a Londres. Una vez asentado allí, las cosas no fueron de la manera en la que él las esperaba y volvió a España decidido a continuar con el legado familiar. Tardó poco tiempo en adaptarse de nuevo a su entorno social más cercano, y pronto pasó a llevar el mando de la empresa. Actualmente, él es el director del negocio familiar e indica sentirse plenamente satisfecho con ello. Además, ha sabido compaginar perfectamente su trabajo con unas de sus principales aficiones en el mundo del motor, la compra-venta de coches, aunque solo sea de manera ocasional.

En lo que respecta al ámbito familiar, Juan Jesús es padre de un hijo, David, de quince meses, a quien quiere con locura. En sus propias palabras, la llegada de su hijo ha sido y sigue siendo una de las mejores cosas que le ha pasado en la vida. De hecho, suele dedicar buena parte de su tiempo libre al cuidado de David, en especial, los fines de semana, que es cuando pueden hacer cosas juntos en familia. Juan Jesús está casado con María, desde hace ya cinco años. No obstante, previamente estuvieron noviendo durante mucho tiempo. Desde que se conocieron por diferentes casualidades de la vida, compaginaron a la perfección. De hecho, poco tiempo después de conocerse decidieron irse a vivir juntos y todo les va estupendamente bien. Ambos tienen un carácter similar y forman una pareja bastante consolidada en cuanto al modo de vivir o experimentar el curso de la vida. En ocasiones, Juan Jesús no para

de expresar lo contento que se siente de haber formado una familia. Además, suele quebrar su tono de voz cuando habla de María. Es evidente que para él, su familia es el motor principal de su vida.

Desde un primer momento, percibo a Juan Jesús especialmente nervioso, no haciendo alago de la serenidad o la tranquilidad que lo caracteriza habitualmente. A simple vista, se nota que está tenso e inquieto, no para de sonreír y está algo sonrojado. Tiene los mofletes colorados, al igual que su nariz y sus orejas, y no para de mirar a todos lados. Noto que intenta evadirme en numerosas ocasiones, si bien solo contesta con monosílabos y solo se limita a asentir. No obstante, le indico nuevamente que se sienta tranquilo, sin preocupaciones, ya que puede contestar a las preguntas con total confianza, incluso aquellas de carácter íntimo o personal, por cuanto se va a intentar evitar entrar en detalles que menoscaben su dignidad. En este sentido, los nervios parecen que se van disipando poco a poco y dan paso a la seguridad y confianza propia que tanto lo caracterizan.

Juan Jesús se encuentra en la oficina en la que trabaja. Son las dos de la tarde de un miércoles y se aprecia el más absoluto silencio de un espacio cerrado al público. Al parecer ha aprovechado el hueco del mediodía en el que no hay nadie para realizar la entrevista con total tranquilidad. Según me indica, ha necesitado unos minutos en solitario para reflexionar previamente sobre todos los acontecimientos de su vida, y así estar preparado para responder acertadamente a todas las preguntas que se le puedan plantear en el transcurso de la entrevista. Observo con especial detalle su rostro, y contemplo todo lo que le rodea a su alrededor a través de la pantalla. Se trata de un lugar amplio, monocolor, con pocos adornos, salvo un calendario y unos cuadros con paisajes y dos grandes escritorios a su lado.

He de decir que conozco perfectamente ese lugar porque he pasado muchas tardes de mi infancia allí con mis padres. Era una auténtica locura, porque los tres hermanos allí metidos no hacíamos más que toquetearlo todo y poner la oficina patas arriba. Con el tiempo, nuestros padres decidieron comprar escritorios para poder pasar las tardes haciendo los deberes de la escuela. A Juan Jesús siempre le ha gustado mucho pasar tiempo en la oficina, incluso cuando era adolescente, él mismo decía a sus padres que lo llevaran allí para estudiar tranquilo. Él mismo decía que en

la oficina se podía concentrar con especial facilidad para estudiar o hacer los deberes del instituto. No obstante, con el paso del tiempo, mis padres también pudieron observar que dedicaba buena parte de su tiempo a jugar con los videojuegos al ordenador y a buscar cosas que no debía en internet. En cualquier caso, la oficina siempre ha sido un espacio de especial importancia para Juan Jesús, por cuanto que le ha otorgado la serenidad necesaria para afrontar los diferentes acontecimientos que han ocurrido en su vida. Además, con el paso del tiempo, también se ha convertido en su espacio de trabajo.

La entrevista con Juan Jesús tiene una duración de 1 hora y 35 minutos aproximadamente. Finalmente, ha contestado a todas las preguntas que le he ido planteando de manera apacible, tranquila y serena. Durante el transcurso de la entrevista, Juan Jesús tiende a la repetición de algunos aspectos que, en mayor o menor medida, han condicionado especialmente su vida, como es el traslado a vivir a Londres, que recuerda con especial desagrado, o la llegada al mundo de su hijo, David, que relata de manera pormenorizada e indica constantemente que ha sido uno de los momentos más importantes de su vida. En particular, ha mostrado algunas reticencias para contestar a las preguntas relativas a la práctica sexual, pero ha tenido el valor suficiente para responder a las mismas evitando caer en la grosería o en la brusquedad propia sobre la que suelen hablar los hombres sobre estas cosas.

Representación general de la masculinidad de Juan Jesús

Por lo general, Juan Jesús desprende la imagen de un hombre serio, atento, responsable y trabajador, en especial, porque se encuentra en la oficina del trabajo. Al comienzo de la entrevista, se encuentra un poco pensativo con respecto a las respuestas que puede ofrecer, pero la timidez desaparece alrededor de los cinco primeros minutos. Observo con frecuencia la repetición de algunas coletillas que emplea para intentar cerrar la respuesta a la pregunta planteada, pero me mantengo en silencio para ver si él mismo pretende continuar hablando. Lo que más me ha llamado la atención de Juan Jesús ha sido su capacidad para expresar de un modo tan natural sus sentimientos o emociones en lo que respecta a los diferentes

acontecimientos que han transcurrido en su vida, es decir, Juan Jesús se ha mostrado durante la entrevista a pecho descubierto, en la medida en la que sus propios recuerdos le han permitido expresar con gran acierto los sentimientos que tiene asociados a los mismos.

La capacidad de expresar sentimientos o emociones se ha visto modificada, sobre todo, desde el nacimiento de su hijo, David, quien ha permitido que Juan Jesús comience a ver la vida desde otro punto de vista, no tanto centrado en el trabajo, sino también disfrutando de las pequeñas cosas de la vida, como es pasear en familia, salir a cenar, ir juntos de compras al centro comercial, o visitar los diferentes espacios infantiles de la ciudad. Pese a ello, su imagen centrada en el trabajo, no ha desaparecido por completo. Es cierto que la familia ha transformado el modo de vivir o expresar la masculinidad de Juan Jesús, pero eso no quiere decir que su visión androcéntrica de la realidad haya cambiado con el paso del tiempo. Dicho de otro modo, Juan Jesús sigue centrado por completo en su trabajo, si bien lo sigue considerando, junto a su familia, una prioridad fundamental en su vida.

A simple vista, Juan Jesús parece un hombre cualquiera, un hombre adaptado a los cambios sociales promovidos en términos de igualdad, pero circunscrito bajo los preceptos que conforman el modelo hegemónico de masculinidad tradicional: un hombre trabajador, capacitado para proveer económicamente a su familia (Ranea, 2021), heterosexual, en la medida en la que mantiene relaciones sexuales con mujeres (Marqués, 1991), y protector, en tanto que pretende proteger a su familia mediante la imposición de las convicciones que él considera que son importantes, menoscabando, en numerosas ocasiones, las propias opiniones o creencias que preservan las mujeres de su entorno familiar más cercano.

Si bien este modelo de masculinidad universal aparece especialmente extendido en las sociedades occidentales, no todos los hombres responden de la misma manera al mismo, sobre todo, como consecuencia de los grandes cambios consolidados por la lucha del feminismo. En este sentido, cabe señalar la importancia de realizar diferentes entrevistas biográficas a los hombres de las sociedades occidentales, dado que es en el estudio del curso de la vida, donde se observan diferentes matices que dan lugar a la configuración de otros modelos alternativos de masculinidad, basados, en concreto, en la superación de la misoginia y la homofobia, la puesta en

práctica de los cuidados, el compañerismo, la solidaridad, el compromiso mutuo y el abrazo del feminismo, entendido este último como espacio o movimiento que pretende continuar en la lucha por la igualdad de género.

En el transcurso de la historia de vida de Juan Jesús, se puede apreciar que, pese a poner en evidencia numerosas cuestiones de aparente igualdad formal, su masculinidad se proyecta bajo la convicción de oposición hacia todos aquellos aspectos que, en cualquier medida, se asocian culturalmente a la feminidad. Desde este punto de vista, él mismo indica que más que discutir o polemizar sobre feminismo, se debe hablar sobre igualdad, por cuanto que considera que la igualdad hace referencia a los hombres y a las mujeres, y el feminismo, por el contrario, solo incluye a las mujeres y excluye a los hombres. En pocas palabras, Juan Jesús siente que el feminismo odia a los hombres y por ello, no sabe bien cómo actuar, dado que entiende que él hace todo lo que está en sus manos para cambiar hacia posicionamientos igualitarios, aunque esta afirmación no sea del todo cierta, en tanto que no ha considerado, en ningún momento, la pérdida de algunos de sus privilegios.

Como resultado de esta situación de confrontación conceptual, Juan Jesús afirma sentirse incomprendido, incluso muchas veces bromea en la ambivalencia. Así, por una parte predomina el acuerdo en cuestiones relacionadas con la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, mientras que, por otra parte, impera la desconfianza en aquellas situaciones donde las mujeres puedan obtener mayores niveles de poder o autoridad que los hombres. Desde este punto de vista, él mismo considera que las mujeres pueden y deben trabajar para obtener su independencia económica, pero no deben ocupar altos cargos en las empresas. De hecho, pese a la insistencia de María de trabajar en el negocio de su pareja, él siempre se ha negado y ha mostrado su rechazo hacia ella.

Desde que es pequeño, Juan Jesús aprende a conformar su masculinidad por medio del rechazo de todo aquello que se encuentra relacionado con la feminidad. Su oposición hacia las mujeres hace que pueda vislumbrar a las mismas como seres inferiores, si bien entiende que debe obedecer y respetar los dictados patrocinados por el modelo de masculinidad tradicional impuesto por el patriarcado. Este modelo es extremadamente claro, por cuanto que define la masculinidad sobre tres

conceptos básicos: no ser una mujer, no ser un bebé y no ser homosexual (Badinter, 1993). En este sentido, si las mujeres son cobardes, cursis, torpes o malas, los hombres, por simple oposición, deben ser valientes, fuertes, tenaces, arriesgados, seguros de sí mismos, buenos y respetados. Si los bebés lloran constantemente, muestras carencias afectivas y lloran por todo lo que les sucede en la vida, los hombres deben mostrar en público su frialdad para expresar sentimientos, no pueden llorar en ninguno de los ámbitos de la vida y no puede mostrar dependencia con respecto a las mujeres del entorno familiar más cercano, en especial, con las mujeres. Por último, si los hombres homosexuales suelen vestir con ropa llamativa, muestran constantemente sus sentimientos en público o gesticulan de manera histriónica, los hombres heterosexuales deben mostrar confianza o firmeza en sus palabras, modular el tono de voz para infundir miedo, andar de manera rígida y reprimir constantemente los sentimientos o las emociones, incluso en el ámbito privado.

En este sentido, Juan Jesús aprende a ser un hombre mediante una socialización de género diferenciada, de manera que, tras la separación emocional de su madre, él mismo comienza a interiorizar los diferentes mandatos patriarcales que impone el modelo de masculinidad tradicional, en especial, por medio de la observación principal de su entorno social más cercano: la propia familia, la pandilla de amigos, la escuela y los diferentes medios de comunicación audiovisual. Pese a la amplia variedad de elementos que permean en la construcción hegemónica de la masculinidad de Juan Jesús, son los hombres de su entorno social más cercano quienes condicionan, de manera directa, la conformación tradicional de la masculinidad de Juan Jesús, por cuanto que dirigen de manera constante hacia él los diferentes mensajes que el patriarcado impone en los varones durante la infancia: «los niños no lloran», «no corras como un niña», «los hombres son fuertes», «aprende a defenderte con tus puños», etc.

Seguidamente, en la adolescencia, Juan Jesús debe mostrar a través de todos los medios posibles que él es un hombre de verdad. Para ello, intenta conquistar a un elevado número de chicas y mantener esporádicamente relaciones sexuales con ellas. El visionado de pornografía en la vida de los chicos comienza a producirse alrededor de los ocho años (Ballester y Orte, 2019). Este hecho, ha perjudicado especialmente

la idea que los chicos conciben sobre las relaciones sexuales, en tanto que tienden a perpetuar una relación de dominación en la que los hombres pueden violentar o abusar de las mujeres sin ningún tipo de sanción. Además, ellos mismos piensan que las chicas disfrutan con este tipo de situaciones, lo que hace que determinadas prácticas sexuales agraven todavía más ciertos comportamientos o prácticas masculinas. Pese a ello, es en esta etapa del ciclo vital donde los hombres comienzan a distanciarse especial de las mujeres, a tratarlas mal y a hacerlas sentir inferiores, es decir, la jerarquía de género masculino se hace evidente en esta etapa por medio de la vivencia de la sexualidad. Así, mientras que los chicos solo quieren conquistar a muchas mujeres para mantener relaciones sexuales con ellas y exhibirlas como simples trofeos entre la pandilla de amigos, las chicas comienzan a interiorizar muchos de los preceptos del amor romántico, una estrategia más que emplea el patriarcado para mantener a las mujeres de la cruel realidad en la que viven los hombres.

Por último, cuando es todo un adulto, Juan Jesús, debe dejar al margen esa imagen de chico desobediente que intenta flirtear con todas las chicas posibles, para centrarse, casi de manera exclusiva, en su trabajo. Es en esta etapa donde el patriarcado obliga a los hombres a presentarse en el marco social como personas de éxito, como protagonistas del universo que ha alcanzado un estatus social medianamente aceptable como resultado de su esfuerzo en el trabajo. De la misma manera, Juan Jesús debe casarse y formar un familia, porque es lo que su propio entorno, y la sociedad en general, esperan de los hombres de verdad. A cambio de esta unión, él puede disponer en todo momento de una empleada del hogar dispuesta a satisfacer sus demandas las veinticuatro horas los siete días de la semana. Asimismo, deberá ser padre, porque la paternidad también otorga distinción social al hombre que, sacrificando su vida por el trabajo, es capaz de sacar una familia hacia adelante. Esta imagen, tan representativa de las sociedades patriarcales no hace más que invisibilizar el duro trabajo de cuidar que realizan las mujeres de las familias, mientras que se transmite en el imaginario colectivo la imagen significativa del hombre hecho a sí mismo: el varón trabajador, el excelente padre que sacrifica toda su vida para sacar a su familia hacia adelante.

¿Cómo aprende Juan Jesús a ser un hombre de verdad?

En líneas generales, el proceso de construcción social de los hombres comprende diferentes elementos clave: por una parte, el patriarcado intercede en las sociedades occidentales con la finalidad de reducir las diferencias personales entre los varones, de modo que todos ellos puedan poner en evidencia su valía como hombres tradicionales herederos de la cultura patriarcal, es decir, varones valientes, fuertes, seguros de sí mismos, autoritarios, violentos y acaparadores del espacio social. No obstante, por otra parte, el mismo patriarcado intenta potenciar las diferencias que todos los hombres ponen de manifiesto con respecto a las mujeres, para así, intentar menospreciarlas y dominarla, de modo que sean ellas las encargadas de ocupar una posición principal en los ámbitos domésticos o privados. En este sentido, es el propio proceso de socialización el que hace que los hombres y las mujeres se pongan como contrapuestos, si bien ni todos son tan parecidos entre ellos, ni tampoco son potencialmente distintos a las mujeres.

En un primer momento, Juan Jesús toma conciencia sobre la masculinidad tradicional por medio de su entorno social y familiar más cercano. En este sentido, son los hombres de la familia quienes transmiten buena parte de los mensajes culturales impuestos por el patriarcado. Juan Jesús indica que todo lo que él sabe de la vida se lo debe, principalmente, a su abuelo materno. Es su abuelo, Juan, quien lo insta a emplear los puños y a dar patadas si se meten con él en la escuela, y lo enseña a tratar a las mujeres mediante una relación de discriminación basada en la imposición constante del saber masculino como sujeto de razón universal. Juan Jesús pasa mucho tiempo de su infancia en casa de sus abuelos maternos, lo que hace que vea conductas propias de los hombres tradicionales al más puro estilo machista-patriarcal. Del mismo modo, los propios juguetes infantiles están ampliamente marcados por el género masculino: Juan Jesús dedica buena parte de su tiempo a jugar con los amigos del barrio a los pistoleros, a las guerrillas o a los combates de lucha. Además, cuando pasa las tardes en la casa de sus abuelos maternos, suele jugar también con su abuelo al fútbol, quien le inculca también su deseo de aspirar a ser un gran futbolista, como era su sueño. En definitiva, es en esta primera etapa de socialización temprana cuando Juan Jesús recibe la herencia patriarcal de su

abuelo materno, en tanto que le hace saber desde bien pequeño, el ejemplo de lo que es y significa ser un hombre de verdad.

Por otra parte, los diferentes medios de comunicación transmiten el ideal de un modelo de masculinidad tradicional basado en la fortaleza, la entereza, la fuerza física y la inmortalidad, lo que hace que Juan Jesús quiera mostrarse ante los demás como un auténtico héroe de película, es decir, como un hombre valiente y especialmente fuerte que lucha de manera incansable contra todo tipo de adversidades para salvar al mundo de la destrucción definitiva. En este sentido, la televisión ha sido y continúa siendo el instrumento patriarcal que distorsiona, en buena medida, gran parte del discurso de igualdad actual, por cuanto que las series, las películas o los programas de televisión intentan omitir o no mostrar la imagen de un hombre alternativo al modelo hegemónico de masculinidad tradicional. Las mitificaciones de la masculinidad heroica sirven para entretener a los hombres, es decir, para que puedan fantasear y proyectarse en estos personajes bélicos. No obstante, esta fantasía entra en contradicción con la realidad masculina, lo que hace que muchos hombres padezcan de baja autoestima. De hecho, son muchos los niños que, como Juan Jesús, tuvieron problemas para dejar de lado la imagen comercial de la masculinidad que venden en las series televisivas, por cuanto que dañan de manera considerable, la percepción social que los hombres crean de sí mismos. Así pues, cabe señalar la necesidad de crear otros héroes, otras tramas y otros finales felices que permitan educar a los chicos para que no sean machistas, violentos, ni agresivos. Dicho de otro modo, es necesario establecer un cambio radical en los medios de comunicación social en el intento de que puedan promover una cultura de paz y el derecho de hombres y mujeres a vivir en los principios democráticos de igualdad.

Entre tanto, otro medio de representación de la masculinidad hegemónica o tradicional hace referencia a la pandilla de amigos. Este grupo de pares masculino está constituido por varones adolescentes que, igualmente de inseguros con respecto a su masculinidad, establecen numerosos ritos o actividades que desempeñar para comprobar cuan hombres son, en concreto, aquellas prácticas que evidencian el desprecio a las mujeres, el culto a la fuerza o el gusto por la transgresión a las normas establecidas. En este sentido, los varones que no superan

las pruebas impuestas por el grupo de amigos, pasan rápidamente a ser tachados de homosexuales, dado que si son hombres de verdad, no solo superan la prueba, sino que la sobrepasan con un éxito aplastante. La masculinidad ha de demostrarse constantemente a través de prácticas o narraciones, para conseguir el reconocimiento del resto de varones. De este modo, siempre va a estar sometida a juicio de los demás hombres que, inseguros de su propia imagen patriarcal, no hacen más que elevar los estándares tradicionales de la masculinidad. Así, cualquier hombre que decida imponer su criterio propio con respecto a la conformación de su masculinidad, tenderá a ser tachado de traidor a la propia fraternidad masculina.

Dicho de otro modo, la pertenencia a la fraternidad masculina permite que el entorno social, familiar y escolar de Juan Jesús pueda percibirlo como un hombre de verdad, a pesar de que los hombres de la familia lo continúen tratando como un niño pequeño. Así, en con la pandilla donde Juan Jesús se siente igual o superior al resto, por cuanto que supera con éxito muchas de las pruebas impuestas por el grupo de pares masculino. Es este signo de pertenencia a la fraternidad masculina el que le otorga la posibilidad de éxito con las chicas, de modo que, a través de la constante actividad sexual, Juan Jesús puede erigirse ante los y las demás como un hombre de verdad. En definitiva, la jerarquía de género en la fraternidad masculina viene condicionada por el número de relaciones sexuales que los hombres mantienen con las mujeres, de manera que el líder de la manada es considerado por todos como un ejemplo del buen seductor, que ilusiona a las chicas, pero que, bajo ningún concepto, se enamora de ellas.

Por otra parte, Juan Jesús aprende sobre la masculinidad tradicional por convicción propia, es decir, la calle y el espacio público comprenden uno de los principales agentes de socialización masculina, si bien son espacios casi exclusivamente masculinizados. En este sentido, Juan Jesús puede tomar como referencia de conformación de su masculinidad a cualquier sector social, por cuanto que en cada uno de ellos siempre habrá un hombre que pueda constituirse como referente principal del modelo de masculinidad hegemónico o tradicional. Dicho de otro modo, Juan Jesús aprende a ser un hombre de verdad como resultado de lo que los hombres dicen y hacen en los espacios públicos, en especial, en la oficina de su padre, en la que pasa casi todas las tardes desde que es un adolescente. El continuo

trasiego de proveedores comerciales en la empresa familiar hace que Juan Jesús, de manera personal, pueda conjeturar una imagen o representación mental de la masculinidad tradicional. De hecho, con el paso del tiempo, el mismo se convierte en uno de esos hombres a los que tanto observaba cuando conversaban con su padre sobre negocios o asuntos importantes.

Si bien la masculinidad tradicional remite a un modelo de belleza masculino limitado a la uniformidad, los cambios socioculturales producidos en las últimas décadas, como consecuencia de las crecientes sociedades de consumo que enfatizan, sobre todo, la potencia seductora, sexual y carismática de los hombres, han supuesto el resquebrajamiento parcial del modelo de belleza masculino patriarcal. Así, pese a que buena parte de los hombres mayores continúan materializando en sus cuerpos el modelo hegemónico de masculinidad, los hombres jóvenes adeptos al patriarcado han comenzado, de manera mayoritaria, a cuidar de su físico y de su imagen corporal. Por consiguiente, cada vez es más frecuente ver a hombres jóvenes, viriles, fuertes, conquistadores, bronceados, musculados, altos, sin un ápice de grasa, depilados, con peinados modernos, con barba recortada o sin afeitado, desenfadados y especialmente atractivos que remiten a la hegemonía de género masculino. De hecho, se observan diferentes signos que evidencian la impronta de la masculinidad tradicional en Juan Jesús: pelo corto, musculado de gimnasio, bien afeitado, peinado a la perfección y vestido con peculiar cuidado, de manera que su vestimenta pueda dar cuenta de su posición social como administrador de la empresa familiar, pero al mismo tiempo, con un toque de desenfado que permita estar a la moda actual.

En este sentido, Juan Jesús desprende una imagen tradicional del modelo hegemónico de masculinidad adaptado a las circunstancias actuales. Tiene el pelo corto, casi rapado por los laterales y con una especie de flequillo repeinado hacia atrás. Su barba está perfectamente recortada y alineada, y no se encuentra un solo pelo que pueda dar lugar a la imperfección en su rostro. La sonrisa también es casi perfecta, quizá debido a la inversión de sus padre en el dentista desde que solo era un adolescente. Juan Jesús tiene una enorme cicatriz en un mano derecha, producto de un accidente de moto que tuvo cuando era joven. Él mismo indica que mucha gente se queda bastante asombrada cuando ve su mano. En un principio, hizo todo lo posible para intentar ocultarla, compraba cremas, utilizaba guantes, e incluso,

cuando tenía un evento importante, hacía que su madre le pusiera un poco de maquillaje, sin embargo, con el paso del tiempo, esta misma cicatriz ha servido de elemento circunstancial para reafirmar la propia masculinidad de Juan Jesús. Así, cada vez es más frecuente verlo alardear en su entorno social más cercano sobre su enorme cicatriz, si bien remite a la capacidad de Juan Jesús de asumir siempre riesgos o permanecer expuesto a un peligro constante.

Las situaciones en las que los hombres ponen sus cuerpos han límite han aumentado de manera considerable en los últimos años. En este sentido, se han comenzado a popularizar prácticas casi exclusivamente masculinas que los hombres realizan de manera habitual para reafirmar su hombría en el plano de lo social, como es el *balconing*, una especie de juego en la que los chicos, para demostrar su virilidad ante los demás deben saltar de un balcón a otro. Esta práctica socialmente masculinizada, ha supuesto la muerte de muchos chicos y de algunas chicas. Pese a que estas pruebas que remiten a la validación de la masculinidad tradicional ponen en grave riesgo la vida o la salud de los hombres, también entran en juego la salud de las personas que conviven a su alrededor. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando los hombres quieren mantener relaciones sexuales sin preservativo, porque entienden que de esa forma disfrutaban mucho más del sexo con las mujeres. Para los hombres, el sexo se concibe como una fuerza irrefrenable, una especie de instinto animal que son incapaces de someter a unos determinados límites racionales y que, además, necesita constantemente devaluar lo femenino para confirmar su superioridad.

De manera habitual, los hombres proponen e imponen prácticas sexuales de riesgo desprotegidas. De hecho, Juan Jesús entiende que, como muestra de confianza o amor hacia su pareja, puede y debe mantener relaciones sexuales sin protección. Para él, el preservativo es un elemento molesto que impide a ambos disfrutar por completo de la experiencia sexual. Así, la sexualidad masculina es vivida como una práctica que escapa a la razón, y el preservativo rompe con ese ideal de práctica sexual que limita la irracionalidad o el deseo sexual desenfrenado. Por consiguiente, cada vez más en las sociedades occidentales se está perfilando un mandato sexual vinculado no solo al riesgo al que se expone constantemente los hombres, sino que se extiende también a las mujeres con las que mantienen relaciones sexuales.

El preservativo introduce un elemento de racionalidad, de inhibidor del deseo y el disfrute que es, claramente, incoherente con el complejo en el que se inserta. Desde la construcción hegemónica del deseo sexual masculino, y su focalización una vez más en la genitalidad y la penetración, el preservativo se instituye en un factor extraño que impide la plena realización de un deseo que se presenta como natural. La utilización de una «funda» que encorseta aquello que representa el culmen de la virilidad es incoherente en una relación en la que... precisamente, se intenta demostrar y demostrarse ante sí mismo que se tiene poder (Otegui, 1999, p.158).

La cuestión del preservativo se ha difundido tanto en los últimos años, que ha comenzado a problematizarse en el ámbito público o social como una forma de violencia contra las mujeres, como es el *stealth*³⁸. Asimismo, este deseo sexual incontrolable por parte de los hombres no hace más que reafirmar los preceptos hegemónicos de la masculinidad tradicional, si bien no tienen en cuenta las posibilidades de que las mujeres con las que mantienen relaciones sexuales pueden verse expuestas de manera constante a embarazos no deseados, así como a diferentes infecciones de transmisión sexual. A la luz de lo expuesto, la masculinidad hegemónica o tradicional debería ser considerada como un riesgo para la salud pública, dado que se encuentra permanentemente interconectada con la exposición al propio riesgo y al de otras personas del entorno social o familiar más cercano. Pese a ello, este tipo de conductas tan perjudiciales también para los propios hombres, les permiten a ellos mismo acceder al prestigio y al poder social que las mujeres, por contrapartida, no tienen.

El fútbol como elemento de conformación de la masculinidad de Juan Jesús

No cabe duda de la importancia que los hombres dispensan al rol de los deportes en la socialización masculina. En el contexto español, como sucede en otros países, el deporte que ostenta más poder tanto material como simbólico es el fútbol. El icono

³⁸ El término inglés *stealth*, que se traduce como «en sigilo» o «secretamente» describe la extracción masculina del preservativo de manera secreta e intencionada y su posterior penetración sin protección. En los casos de sigilo, las relaciones sexuales son consensuadas, pero la condición de la relación se basa en utilizar el preservativo como medio de protección para ambos (Ranea, 2021).

del hombre futbolista es quien mejor representa el mandato de la masculinidad tradicional que impera en las sociedades occidentales: un hombre de éxito, con poder económico, que basa su triunfo en el uso de la fuerza física, que se consolida en un juego permanente de defensa contra los adversarios, que usa con frecuencia la violencia en el terreno de juego y fuera de él, y que suele comportarse como un depredador sexual. Por este motivo, no es de extrañar que los principales referentes masculinos para Juan Jesús sean los propios futbolistas del Real Madrid, en especial, Raúl, Guti, Petković o Zamorano. Todos ellos, en mayor o menor medida, desprenden la imagen de un tipo canalla, ambicioso, chulo, competitivo, agresivo y dominador, que se mueven exclusivamente en ámbitos masculinizados, donde no hay sitio para las mujeres ni para los hombres homosexuales.

Juan Jesús indica en repetidas ocasiones la importancia que concede al fútbol, si bien desde pequeño, es su abuelo materno quien inculca en él su pasión por el fútbol. Desde este punto de vista, cabe señalar que la masculinidad de Juan Jesús se ha visto extremadamente condicionada por todos aquellos factores socioculturales que enfatizan el fútbol, en especial, la demostración de su hombría por medio de la rivalidad, la competencia, la ira y la violencia. De hecho, Juan Jesús suele frustrarse rápidamente cuando pierde un partido de fútbol, o cuando falla algún penalti de última hora en los partidos locales. Esta frustración parece una constante permanente en la vida de Juan Jesús, envuelta en una especie de violencia contra otros hombres mientras juegan un partido de fútbol. No obstante, esta apariencia de hombre agresivo, violento e irascible, no es más que una *performance* o puesta en escena para no dar cuenta de su aparente debilidad ante los demás, en especial, frente a los propios colegas del grupo de pares masculino. De hecho, no hay más que recordar que, ser hombre implica, por encima de cualquier otra cosa, serlo ante los demás, es decir, demostrar públicamente, ante las mujeres y, sobre todo, ante otros hombres, que se cumplen de manera desorbitada o en exceso todos los requisitos impuestos por la jerarquía de género masculino.

En la actualidad, el espectáculo del fútbol ocupa tanta franja televisiva, que no puede negarse su potencial como dispositivo socializador del modelo hegemónico de masculinidad. Los hombres hablan constantemente de fútbol, como también lo hacen los telediarios y la prensa. De hecho, el periódico más vendido de todo el país

es el «Marca», un diario de deportes que, además de intensificar la puesta en escena de la masculinidad tradicional, está lleno de mujeres desnudas y de acceso a videos pornográficos que no hace más que acentuar el incontrolable deseo masculino heterosexual. El fútbol sirve para generar redes de compadreo entre los hombres. De hecho, no hay más que observar el entorno de trabajo de los hombres o los bares para comprobar que los hombres emplean el fútbol para confraternizar con sus grupos de pares. A través de estas conversaciones, los varones construyen sus masculinidades en contraposición a todo aquello que pueda estar relacionado con la feminidad.

Desde que es pequeño, Juan Jesús es socializado en el fútbol en el propio patio de la escuela. Pronto aprende valores de cooperación o el compañerismo dentro del equipo, como sentimiento necesario para alcanzar el éxito social por medio de la victoria. No obstante, conforme va creciendo, todos estos valores altamente positivos, van dando paso a otros, configurados desde la más absoluta rivalidad entre el propio equipo, como es la agresividad o la violencia. Así cuando crece, Juan Jesús, la impotencia de este puede expresarse a través de comportamiento violentos o de ira, que se verbalizan también por medio de la formulación de adjetivos tan cariñosos como «cabrón», «hijo de puta», «vendido» o «me cago en tu puta madre». Ya, en la edad adulta, Juan Jesús, en tanto que socializado desde su infancia en el fútbol, como valor de referencia de la masculinidad tradicional expresa su frustración o desagrado contra los contrincantes de pares masculinos con otro tipo de expresiones mucho más desestabilizadoras e hirientes: «acabo de tirarme a tu señora», «cómo gime la muy zorra» «menuda puta tienes en tu casa» etc.

La agresividad, la dureza y los insultos, típicos del entrenamiento masculino, deben ser desterrados. En el imaginario patriarcal prolifera el discurso de que los hombres puedan ser brutos, pero son noblotes, y van de frente, mientras que las chicas son más retorcidas. Hay que observar de una vez y con ojos realistas el célebre compañerismo entre los varones. Entre los chicos sería una anormalidad completa esperar que se dijeran los unos a los otros lo guapos que están, lo bien que les sienta tal prenda. Entre los chicos, llamar a uno del grupo gordo o enano o maricón, de forma supuestamente cariñosa, es habitual. Decimos «supuestamente» porque, en realidad, a ningún niño varón le gusta que le llamen enano, ni con cariño ni sin él. Ven

aquí, «hijo de puta», es otro cariñoso apelativo, pero «mira que eres hijo de puta». Esta expresión ya delata un gusto que habría que analizar por unir las palabras «puta» y «madre». (De Miguel, 2015, pp. 84-85).

El fútbol no es violento por definición ni sexista por naturaleza. Del mismo modo, las personas aficionadas al fútbol tampoco son violentas o sexistas, lo que sí es violento y sexista en la cultura dominante que engloba el contexto del fútbol actual. Este escenario ampliamente machista, discrimina a la mujeres, tolera la homofobia e incita a la violencia por medio de la ira. Así, en la medida en la que el fútbol cambie, y las mujeres ocupen el mismo espacio que los hombres en las pistas de fútbol, las sociedades habrán posibilitado el cambio en términos de igualdad y equidad de género. En este sentido, es clave revisar el fútbol desde una mirada feminista, en tanto que permita poner en valor otros tipos de sentimientos vinculados con la cooperación, la empatía, la solidaridad y el compromiso mutuo. Así, los clubes de fútbol pasaran a ser espacios de paz y ejemplos de compromiso para avanzar hacia posicionamientos igualitarios en las sociedades occidentales. En definitiva, se debe destacar la posibilidad de mostrar que otro tipo de fútbol es posible, en tanto que, desde los propios valores igualitarios, promueva el compromiso ético de avanzar hacia sociedades democráticas.

Los hombres y la igualdad con las mujeres: la reacción de Juan Jesús al feminismo

En este tiempo en el que las imparables conquistas de igualdad de las mujeres comienzan a resquebrajar los cimientos de las sociedades patriarcales, buena parte de los hombres se sienten lastimados, y otros tantos confundidos sobre el papel que deben desempeñar en un movimiento político y social que busca conseguir un mundo en el que el sexo con el que las personas nacen no sea determinante para los derechos y libertades. Las mujeres, definidas tradicionalmente como «lo Otro» han tenido que liderar una contienda bélica para ser reconocidas como iguales. Por este motivo, cabe esperar que sean las mujeres el sujeto político del feminismo, si bien

son ellas mismas la que reivindican con su propia voz la ruptura de las estructuras de poder que limitan sus capacidades, hechas a imagen y semejanza de la figura de máxima autoridad patriarcal: los hombres.

Si bien son evidentes los cambios promovidos por la lucha del movimiento feminista, no todos los hombres han sabido responder del mismo modo a las demandas solicitadas por el feminismo, sobre todo, porque ello implica que los hombres deban renunciar a los privilegios de los que han venido disfrutando libremente por el simple hecho de haber nacido varones. Tomar conciencia de la posición de poder que los hombres detentan en las sociedades patriarcales supone, además de renunciar voluntariamente a los privilegios masculinos, asumir las responsabilidades en el ámbito doméstico o familiar, así como la superación de la concepción del amor y de la sexualidad basado en el dominio masculino. Se trata de una cuestión de justicia, dado que han sido los hombres quienes han detentado el poder en las diferentes estructuras de la sociedad.

Ahora bien, ante esta situación, no todos los hombres responden de la misma manera a las cuestiones planteadas por el movimiento feminista, si bien existe un amplio abanico de respuestas que validan o disputan los avances consolidados por el mismo. Desde un primer momento, Juan Jesús muestra ambivalencia con respecto a los cambios introducidos por el movimiento feminista. En este sentido, predomina el acuerdo antes diferentes cuestiones básicas relacionadas con la incorporación de las mujeres al espacio público o social, mientras que, en otras situaciones, impera la desconfianza. Él mismo acepta, con algún inconfesado disgusto, que las mujeres pasen a ocupar los espacios públicos e intenten acomodarse como buenamente puedan. De hecho, pese a no actuar corresponsablemente, participa en la provisión del cuidado de su hijo cuando quiere o le apetece. De la misma manera, Juan Jesús muestra cierta reticencia para denominarse a sí mismo como feminista, por cuanto entiende que el feminismo repercute de manera exclusiva en las mujeres. En diferentes ocasiones, él mismo indica que se posiciona por completo en favor de la igualdad de género, pero no se considera a sí mismo como feminista.

Por lo general, el disenso de los hombres con respecto al feminismo remite principalmente a la mala praxis de los diferentes medios de comunicación social: prensa conservadora, libros de texto, panfletos informativos, publicidad procedente

de sectores ultraconservadores o misóginos se han encardido, especialmente, de que la palabra feminismo aparezca constantemente como un antónimo del machismo³⁹. En este sentido, los hombres consideran que la solución consiste, no en poner a las mujeres en lugar del opresor, sino situarse ellos mismos como víctimas de un proceso discriminatorio que atenta contra ellos por razón de su sexo. Frente a este tipo de acusaciones absurdas, carentes de cualquier tipo de sustento teórico, los hombres deben conocer en profundidad el significado de la palabra feminismo. Dicho de otro modo, los hombres tienen que saber que el feminismo no es lo contrario al machismo, sino que se presenta como la única solución posible para erradicar de una vez por todas el machismo imperante en las sociedades patriarcales. En pocas palabras, los hombres deben tomar conciencia del significado de las palabras, por cuanto que si no son feminista, son rápidamente calificados como machistas.

Feminismo significa igualdad (lo repito por si no queda bien claro). Feminismo significa igualdad, y si la palabra hace referencia a las mujeres es porque han sido ellas quienes se han visto devaluadas históricamente como consecuencia de la imposición de poder masculino en las diferentes estructuras sociales. Dicho de otro modo, es un movimiento de mujeres que, de un modo u otro, afecta de manera inevitable a los varones, en la medida en la que deben adaptarse desde diferentes posiciones ante los avances conseguidos por este movimiento. Este hecho debe poner a los hombres sobre la pista de cuál es el papel que deben desempeñar en la lucha del movimiento feminista. Así pues, ellos mismos deben tener muy claro que,

³⁹ No solo no es lo mismo, sino que no tienen nada que ver. El feminismo es una teoría de la igualdad y el machismo, una teoría de la inferioridad. El feminismo se edifica a partir del principio de igualdad: todos los ciudadanos y ciudadanas son libres e iguales ante la ley. El feminismo es una teoría y práctica política que se basa en la justicia y propugna, como idea base sobre la que se cimenta todo su desarrollo posterior, que mujeres y hombres somos iguales en derechos y libertades. El machismo consiste en la discriminación basada en la creencia de que los hombres son superiores a las mujeres. Según la época, el momento o la imaginación del machista, los argumentos serán distintos. De igual, el caso es defender y practicar que los hombres tienen una serie de derechos y privilegios que no están dispuestos a compartir con las mujeres y para ello utilizan todos los medios a su alcance, incluida la violencia si es necesario. Una vez desarrollado el feminismo y nombrado como privilegio a lo que hasta entonces se había considerado natural, fue necesario equiparar ambas teorías, como si fuese éticamente iguales (Varela, 2019, p.392).

en ningún caso, son el sujeto de esta lucha, sus protagonistas principales son las mujeres, y ellos deben aparecer como individuos comprometidos con esta revolución feminista que, de una vez por todas, acabará de manera radical con todos los mandatos patriarcales.

El feminismo es un humanismo, es una lucha por el reconocimiento de las mujeres como sujetos humanos y sujetos de derechos, es y ha sido siempre la lucha por la igualdad entre los dos sexos. Y sin, embargo, buena parte de su mala prensa procede de que muchas personas asocian el feminismo con la lucha por la supremacía femenina, es decir, «con dar la vuelta a la tortilla», y también odio a los varones, la convicción de que las feministas quieren transformar a las mujeres en hombres o, en otro orden de cosas, con la confusa creencia de que las feministas están en contra de que las mujeres se enamoren, sean madres o ¡quieran verse guapas! (De Miguel, 2015, p. 27).

Por otra parte, Juan Jesús indica constantemente que el feminismo parece una palabra un tanto anticuada, un estigma pasado que impide avanzar a las sociedades hacia posicionamientos igualitarios. Desde este punto de vista, él mismo indica que, en lugar de hablar de feminismo, se debe considerar la posibilidad de sustituir esta palabra por igualdad de género, con la que si se siente comprometido, aunque sea en simple apariencia. Tal como indican diferentes estudios (Marañón, 2018; Varela, 2019b; Ventura, 2020) feminismo e igualdad comprenden aspectos distintos. El problema de sustituir la palabra feminismo por igualdad es que las mujeres no reclaman igualdad porque la igualdad equipara, y las mujeres no parten desde la misma realidad que los hombres. En consecuencia, las mujeres no necesitan las mismas normativas que los hombres, sino leyes justas que tengan en cuenta las desigualdades de las que parten las mujeres por razón de sexo. Por ejemplo, las mujeres necesitan diferentes normativas que las defiendan contra ataques de violencia machista, leyes de corresponsabilidad o leyes de igualdad de salarios en el entorno laboral y otras muchas medidas normativas que los hombres no necesitan dado que las sociedades patriarcales se han creado a su imagen y semejanza. De la misma manera, no solo

son necesarias diferentes normativas, sino que urgente fomentar una sociedad feminista que valore los logros de las mujeres para acceder al poder y a la toma de decisiones.

En cualquier caso, no tiene sentido buscar una palabra cuando las sociedades occidentales disponen de una perfecta para representar los siglos de historia consolidados por la lucha de un movimiento. Así pues, resulta, cuanto menos curioso que, pese a que todo el lenguaje que se utiliza tiene una visión completamente androcéntrica, que enfatiza el uso del masculino como genérico, a muchas personas les cuesta asumir una palabra que hace referencia a lo femenino para un movimiento de mujeres. En este sentido, parece que todo remite constantemente al patriarcado: el lenguaje está construido sobre el masculino genérico y las mujeres no tienen derecho ni a reclamar un lenguaje inclusivo. Sin embargo, cuando surge una palabra que, etimológicamente no nombra a los hombres, las mujeres se enfrentan a un grave problema, por cuanto que los hombres participan de manera activa en la devaluación del propio término, tal como reflejan los diferentes medios de comunicación.

A la luz de lo expuesto, Juan Jesús indica sentirse desorientado, incomprendido y desconcertado con muchos de los cambios promovidos por el movimiento feminista, por cuanto que cree que el feminismo no hace más que odiar a los hombres. Pese a la creencia popular de que las mujeres feministas odian a los hombres, pocos estudios analizan con precisión esta idea tan estereotipada. De hecho, diferentes estudios indican que las mujeres feministas contemplan menos niveles de hostilidad hacia los hombres que aquellas que no se consideran como feministas. Así, las mujeres que no se autoidentifican como feministas viven con la paradoja de tener que privilegiar a los hombres, además de sufrir las numerosas consecuencias de las relaciones desiguales de poder (Anderson, Kanner y Elsayegh, 2009).

Por último, Juan Jesús intenta desprender la imagen de un hombre que acepta los cambios del feminismo, pero tiende a sobrevalorar lo que hace y espera recibir numerosos elogios por sus cambios. En diferentes momentos, dispone de un discurso machista, pero piensa que eso no le hará ningún bien y tiende al silencio cómplice que mantienen la mayoría de los hombres para disfrutar de los privilegios que otorgan las sociedades patriarcales. De hecho, pese a las numerosas contradicciones

que sostiene en su discurso, de manera recurrente, él mismo indica que se posiciona y se identifica ideológicamente (o, más bien, estéticamente) a favor de la igualdad.

Parece evidente que la extensión de una ideología favorable a la igualdad, también entre los hombres, refleja los logros históricos de la lucha de las mujeres y el feminismo, pero estos últimos se pueden convertir en una dificultad para seguir avanzando hacia la igualdad real de las personas, ya que generan una ilusión igualitaria en un contexto todavía desigual (Bacete, 2017, p.162).

El hogar como espacio de confirmación de la masculinidad: apuntes sobre la experiencia de la paternidad

La presencia de los hombres en el espacio público se compensa con su ausencia en el ámbito privado y en la negación de la mayoría de las responsabilidades que se generan en ese ámbito. La ausencia de los hombres en el interior del hogar ha sido una constante especialmente evidente en las generaciones anteriores del protagonista de la historia de vida. En este sentido, Juan Jesús indica que, cuando era solo un niño, había muchos días en los que ni siquiera veía a su padre antes de ir a dormir. De hecho, cuando llegaba su padre a casa casi de madrugada, su madre ya lo había acostado para que pudiera ir a la escuela descansado. Así, el propio Juan Jesús recuerda que, cuando su madre lo acostaba, ella se ponía a lavar y a planchar la ropa para que, al día siguiente, tanto su padre como él pudieran ir al trabajo y a la escuela respectivamente. Esta rutina tan característica de las familias occidentales ha sido la propia de las mujeres durante siglos. Por el contrario, a los hombres siempre les ha correspondido el papel de proveedores y sustentadores de la familia.

Si pensamos en nuestro padre, es muy probable que lo recordemos yendo y regresando del trabajo, y luego volviendo a trabajar en algo distinto para complementar el salario. Y esa es una forma de cuidado que es necesario honrar y reconocer, porque los recursos materiales son igualmente fundamentales para poder tener una buena vida. Ese modelo de hombre proveedor también es fruto de una construcción

de género en un momento histórico, económico y cultural determinado (Bacete, 2017, pp.314-315).

Este papel de proveedor económico y padre de familia, si bien supone la independencia económica que no obtienen las mujeres hasta la última mitad del siglo XX, obstaculiza la posibilidad de los hombres para participar en todo lo que pasa cotidianamente en casa, desde las tareas más insignificantes hasta los trabajos más penosos, pasando, además, por todos aquellos aspectos emocionales que las sociedades patriarcales se han encargado de atribuir en exclusiva a las mujeres. Por lo general, las mujeres han sido siempre las responsables de realizar todas las tareas del hogar. En este sentido, Juan Jesús indica que siempre ha sido su madre la encargada de realizar las labores del hogar, incluso recuerda que su madre se acostaba mucho más tarde para dejar la comida preparada para el día siguiente, o ponía la lavadora a altas horas de la noche mientras preparaba la cena o limpiaba el baño tras haberlo duchado.

Pese a ello, en las últimas décadas, los hombres más jóvenes han comenzado a participar, de manera incipiente, en el trabajo no remunerado, aunque no tanto como debieran. En la medida en que Juan Jesús comienza a participar en diferentes tareas del hogar, como es hacer la compra después del trabajo o preparar el almuerzo los fines de semana, adquiere notablemente ante los ojos de los demás, una posición de prestigio y reconocimiento social que pocas mujeres han adquirido. En este sentido, cabe destacar como ejemplo el caso de los diseñadores de moda. Así, pese a que tradicionalmente siempre han sido las mujeres las principales encargadas de la costura, existen mayores diseñadores de moda de fama internacional. De la misma manera, buena parte del mundo de la cocina pone el foco de atención en los hombres, cuando desde siempre son las mujeres las responsables de hacer la comida, así como organizar la semana para no pasar falta en el caso de que no hubiera dinero suficiente. En definitiva, el discurso que Juan Jesús proporciona con respecto al ámbito del hogar puede resumirse con la siguiente frase: «yo ayudo mucho a mi mujer». Esta frase estereotipada y tan manida conlleva a reconocer que las mujeres son las principales responsables del hogar. Desde este punto de vista, la actitud de Juan Jesús en el plano doméstico parece quedar clara: él decide cuando puede echar una mano,

bien cuando le interesa por algo o cuando no tiene nada que hacer o hace algo para tapar los ojos a María o cuando no quiere hacer otra tarea. Pese a todo, el hecho de que no quiera participar en la realización de las tareas domésticas, no quiere decir que no sepa realizarlas. De hecho, en las reuniones o encuentros con la familia, Juan Jesús siempre parece dispuesto a colaborar en todo lo que se necesite. Él es el primero en coger el cuchillo y empezar a cortar jamón y queso. Después se pone una copa de vino, y continúa asando chorizos y morcilla. También muestra su disposición para recoger los trastos y la basura.

En cualquier caso, no se trata de que Juan Jesús piense que ayuda mucho a su mujer, lo cual supone admitir que la responsabilidad no es de él, sino de compartir la carga que supone estar pendiente de todas y cada una de las necesidades que se plantean diariamente en el ámbito privado y familiar. Entre tanto, Juan Jesús tiene que aprender a evitar todos aquellos pequeños gestos, comportamientos y actitudes que, en el espacio privado, continúa reproduciendo el machismo y que tiene a reiterar porque, por desgracia, los hombres y las mujeres han sido educados y educadas en el machismo. Se trata de detalles tan pequeños que cuesta percibirlos a simple vista y que sin ser conscientes, perpetúa la conducta machista. En este sentido, se pueden apreciar con estas frases: «¿Sabes si hay alguna cerveza en el frigo?», «¿Has visto por alguna parte dónde he dejado las llaves de mi coche?», «¿Sabes dónde está mi chaquetón negro?»; «¿me pasas el mando de la tele?»

Al margen de las responsabilidades familiares que remiten al sostenimiento del hogar, se debe hacer especial hincapié en los cuidados, un concepto de investigación social con campo propio que parece haberse puesto de moda, como consecuencia, de la constante reivindicación política de las luchas feministas. Las mujeres han sido siempre las cuidadoras de los demás. Ellas son quienes, no solo han parido, sino también han cuidado diariamente hasta la actualidad. En este sentido, Juan Jesús indica que han sido siempre las mujeres de la familia quienes más lo han cuidado: su abuela materna, su tía y, sobre todo, su madre, han sido quienes principalmente, y de manera exclusiva, se han dedicado por completo a cuidar de todos los miembros de la familia.

El feminismo ha hecho una importante reflexión sobre el sentido de la vida y los valores que queremos proteger y promocionar. Como resultado, ha puesto sobre la mesa el hecho de que el ser humano nace y muere vulnerable y, por tanto, los cuidados son algo tan valioso como necesario. Pero los hombres no comparten las tareas de cuidado, y esta fuente de desigualdad, en el fondo, genera una gran irritación en... la «igualdad» (De Miguel, 2015, p.64).

Cada hombre que se enfrente a una paternidad presente es un padre nuevo. Desde el momento en que comparte el sueño por tener un hijo o una hija, acompaña a su pareja, cuida y acoge en sus brazos el primer llanto de la criatura o prepara el biberón del almuerzo o la cena, aparece un nuevo hombre y un nuevo padre. No obstante, con el paso del tiempo, las circunstancias laborales y familiares impiden, en buena medida, que los padres continúen mostrando la misma predisposición inicial hacia el cuidado de los hijos o las hijas. En este punto de vista, Juan Jesús indica que ha participado de manera constante en el proceso de anticipación de la paternidad. No obstante, existen numerosos impedimentos laborales que dificultan la asistencia de los hombres a los acontecimientos de embarazo y preparación al parto.

9.3. Modelo Relacional Centrado en la Voz: la entrevista biográfica de Eduardo

❖ Primera lectura: presentación de la historia y quién cuenta la historia

En la primera lectura, se ponen de relieve todos aquellos aspectos generales que comprenden la narración del protagonista de la historia de vida. Para ello, la persona investigadora adopta un papel principal en el análisis de la historia de vida, por cuanto que lee la narrativa desde su punto de vista e intenta responder de manera emocional e intelectual al protagonista de la historia de vida.

1. ¿Quién narra la historia?

La historia de vida es narrada por Eduardo, un joven varón de 28 años que vive en la capital almeriense junto con María, su pareja de toda la vida, y su hija, Martina, de

dos meses de edad. La vida de Eduardo ha estado marcada desde su infancia por diferentes conflictos familiares. Sus padres se separaron cuando él y sus hermanos era pequeños. Por este motivo, Eduardo ha crecido en la casa de sus abuelos paternos, y ha sido su padre quien ha luchado duramente para sacar a la familia hacia adelante. En la actualidad, Eduardo apenas mantiene contacto estrecho con sus padres y sus hermanos, debido a las numerosas desavenencias sobrevenidas por motivos económicos y laborales. No obstante, la enfermedad de su hija, Martina, ha hecho que los padres de Eduardo comiencen a implicarse de manera considerable en el cuidado de su nieta, lo que ha favorecido, en cierta medida, la unión de la familia de Eduardo. Si bien el pensamiento de Eduardo siempre ha estado marcado por su compromiso con respecto a la igualdad de género, el nacimiento de su primera hija ha supuesto un cambio de tendencia en el modo de vivir o experimentar su propia masculinidad.

2. Argumento principal de la historia:

Eduardo narra el curso de su vida de manera detallada, desde sus primeros recuerdos de la infancia, marcados, en particular, por la separación de sus padres, hasta el momento actual. Él mismo afirma sentirse plenamente satisfecho con todos los logros obtenidos en su vida, si bien indica que han sido numerosos los obstáculos familiares que ha tenido que superar en el transcurso de su vida. Durante su relato, Eduardo dedica buena parte del mismo para expresar sus sentimientos de gratitud hacia su pareja, María, así como a manifestar la situación de felicidad en la que se encuentra con la llegada de su primera hija, Martina. Para Eduardo, su familia es lo más importante, el timón principal que ha dado rumbo a su vida para surcar el camino hacia la igualdad de género. Si bien el trabajo ocupa una parte fundamental en la vida del protagonista, las circunstancias actuales sobrevenidas por la enfermedad de Martina, han hecho que él mismo comience a priorizar el ámbito privado en detrimento del marco público o social.

3. Temas que se abordan durante la entrevista narrativa:

Los temas principales que se abordan en el transcurso de la entrevista narrativa con Eduardo son los siguientes:

- ❖ Representación personal del protagonista de la historia de vida:
 - Infancia: juegos y estereotipos de género.
 - Adolescencia: la pandilla o manada(grupo) de amigos
 - Juventud: la juventud acaba cuando comienza la paternidad.

- ❖ Las representación sociocultural de la masculinidad: el caso de Eduardo
 - ¿Qué significa ser un hombre? El aprendizaje de la masculinidad
 - ¿Qué no significa ser un hombre? La negación de la feminidad.
 - Representación corporal de la masculinidad
 - Los hombres, los privilegios y el silencio prolongado: la preferencia del género masculino.
 - Los hombres no nacen, se hacen: referentes de la masculinidad tradicional.

- ❖ Las relaciones de Eduardo con las mujeres:
 - Pornografía y prostitución: una escuela de violencia sexual para la masculinidad patriarcal.

- ❖ Las relaciones de Eduardo con los hombres
 - Las relaciones de Eduardo con los amigos o compañeros de trabajo
 - El miedo constante a la homosexualidad.

- ❖ La relación de Eduardo con su familia:
 - La relación de Eduardo con su pareja, María.
 - La relación de Eduardo con su hija, Martina.

- ❖ La relación de Eduardo con la paternidad:
 - Una aproximación inicial al concepto de paternidad.
 - La preparación de la paternidad: predisposición, ideales y expectativas.
 - La tradición de los nombres familiares
 - La posibilidad de renunciar a la paternidad.
 - El permiso de paternidad.
 - Sentimientos de Eduardo con respecto a la paternidad

- ❖ La relación de Eduardo con el trabajo:
 - El trabajo de perito en el ayuntamiento.

- ❖ El reparto de tareas domésticas y familiares
 - La transmisión de la imagen de género a los/las hijos/as.

- ❖ Feminismo, nuevas masculinidades e igualdad de género
 - Relación de Eduardo con el feminismo
 - El espectro entre machismo y feminismo: la falsa apariencia de la igualdad.
 - Relación de Eduardo con las nuevas masculinidades.

- Relación de Eduardo con las agrupaciones o movimientos de hombres por la igualdad

4. Protagonistas/actores implicados en la historia de vida de Eduardo

PROTAGONISTA	RELACIÓN QUE MANTIENE CON EL PROTAGONISTA
María	Esposa de Eduardo
Martina	Hija de Eduardo

5. ¿Quién escucha el relato del curso de vida?

La persona que escucha la narración de la historia de vida de Eduardo es el propio investigador de la presente Tesis Doctoral, becario FPU y estudiante del Programa de Doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad de Granada.

5.1. Descripción del investigador y su relación con el narrador de la historia de vida

En un principio, no conozco personalmente a Eduardo hasta días previos antes de la realización de la entrevista, por cuanto que él mismo decide comenzar a entablar una relación de amistad conmigo desde que conoce mi intención de entrevistar a hombres interesados en cuestionar las estructuras de desigualdad imperantes en las sociedades patriarcales, así como los preceptos o mandatos de género que imponen un modelo de masculinidad tradicional basado en la subordinación o discriminación femenina. En este sentido, Eduardo decide ponerse en contacto conmigo gracias a la difusión de un folleto informativo elaborado de manera personal, y publicitado en diferentes medios de comunicación social de diversas plataformas, asociaciones y

agrupaciones de hombres profeministas que luchan de manera activa por la igualdad de género. Este folleto publicitario llega a manos de Eduardo justo en el momento adecuado, en tanto que, como hombre comprometido con la igualdad de género, la llegada de su hija, Martina, ha supuesto un condicionante fundamental en el proceso de reconstrucción de su masculinidad.

Eduardo decide cumplimentar el formulario que se indica en el folleto informativo (<https://forms.gle/KhtoD3iNDLTPzW3DA>) y decido iniciar una conversación telefónica con el mediante *Whatsapp*. Desde un primer momento, me presento en la conversación desde la más profunda cordialidad, indico mi nombre, y explico de manera abreviada el motivo por el cual solicito su participación. Pasa un rato y, pese a que se encuentra en línea, no obtengo respuesta por su parte. Como resultado de su acción, comienzo a desilusionarme, sobre todo, porque considero que la contribución de Eduardo puede ser especialmente relevante para esta investigación doctoral. Pasan los días, y sigo sin obtener respuesta alguna por parte de él. En consecuencia, tomo el valor suficiente y decido, después de una semana, llamarlo por teléfono. En cuestión de segundos, Eduardo descuelga la llamada y comienzo a hablar con cierto tono de inseguridad propio al no conocer a una persona. Me presento rápidamente y comento con él la posibilidad de participar en el estudio. Me recuerda casi de manera instantánea, y pide disculpas por no haber contestado a mi mensaje, y me indica que se encuentra bastante agobiado por la delicada situación familiar que está viviendo en este preciso momento como consecuencia de la enfermedad de Martina. Le pido mis disculpas, y me agradece enormemente el gesto.

Al cabo del tiempo, contacto nuevamente con él por simple curiosidad, y es en ese justo momento cuando muestra su conformidad para realizar la entrevista. De nuevo, le indico de manera concisa el procedimiento a seguir en la entrevista y se muestra completamente dispuesto a realizar la entrevista. Por este motivo, confirmo con él una posible fecha de realización y accede sin ningún problema. El único requisito que impone es realizarla en las horas aproximadas de la siesta para evitar molestar a su esposa y a su hija. La entrevista transcurre con total normalidad, de modo que, a pesar de los nervios iniciales a los que se enfrentan los participantes, sobre todo, como consecuencia del relato de aspectos íntimos y personales, todo transcurrió sin ningún tipo de incidente. En la actualidad, cabe destacar que

mantengo contacto estrecho con Eduardo y ambos somos buenos amigos. En algunas ocasiones, he viajado hasta Almería para pasar la tarde con su familia. En el intento de ser preciso en la exposición de los hechos, debo decir que he visitado a Eduardo en dos ocasiones. La primera de ellas fue a mediados de septiembre, donde pude pasar un tiempo conversando con él sobre su proceso de paternidad, y la segunda tuvo lugar a finales de octubre, justo cuando solicité de nuevo su participación para intentar algunas dudas sobre las respuestas ofrecidas en un momento preciso de la entrevista.

5.2. Respuesta emocional e intelectual del lector/oyente

A pesar de no contar con un conocimiento previo de la vida de Eduardo, lo poco que comenta a través de las diferentes conversaciones telefónicas, me permite crear una imagen un tanto aproximada sobre él y su familia. No obstante, parece que estoy bastante desatinado, por cuanto que, durante la entrevista, muchos de los planteamientos previos que había vaticinado fueron rápidamente declinados. En cualquier caso, la entrevista realizada me permite ahondar, de manera pormenorizada, en todas aquellas cuestiones y circunstancias que conforman el curso de vida de Eduardo, así como el modo en el que los diferentes acontecimientos transcurridos a lo largo de la vida impactan en la (de) construcción de la identidad masculina de Eduardo. La masculinidad, como un proceso de construcción sociocultural, depende, en buena medida, de diferentes agentes socializadores que limitan o aprueba la reproducción de un determinado modelo de masculinidad: el modelo hegemónico o tradicional. En el caso de Eduardo, si bien se aleja sobremanera de algunos de los preceptos que conforman ese modelo, él mismo indica haber sido duramente sancionado por este hecho en su entorno social o familiar más cercano.

En un primer momento, Eduardo se muestra un tanto nervioso, sonrío de manera tímida y, al saludarme expresa de manera involuntaria cierta incomodidad en sus palabras. No para de hacer aspavientos con las manos e intenta controlar su respiración con los ojos cerrados. Por mi parte, me limito a sonreír con la boca

cerrada y dejó el tiempo necesario para que se tranquilice. Momentos previos al comienzo de la entrevista, vuelvo a presentarme y le indico que se tranquilice nuevamente, sobre todo, porque muchas de las preguntas que conforman la entrevista derivan de las actividades que realiza en su día a día, no son preguntas rebuscadas ni malintencionadas, sino más bien, son cuestiones que permitan dar pie a nuevas interpretaciones de la masculinidad basadas en el compañerismo, la inclusividad, la empatía, la colaboración y el buen hacer entre todas las personas. Pasados unos diez minutos aproximadamente, la sonrisa forzada de Eduardo desaparece completamente de su rostro y comienza a elaborar un discurso propio desde la más absoluta sinceridad, por cuanto que expresa en detalle muchas de las vivencias que transcurren en el curso de su vida. Así pues, solamente son necesarios los primeros minutos de presentación para relajar la tensión propia de la situación y que Eduardo comience a hablar con un tono de sencillez y claridad que encubra las respuestas de las preguntas planteadas.

Durante la entrevista, Eduardo se muestra pensativo con muchos de los acontecimientos que le han tocado vivir en el transcurso de su vida. Desde mi punto de vista, considero que él mismo intenta autoconvencerse de haber tomado las decisiones correctas en muchos aspectos de su vida, en la medida en la que la inseguridad va apareciendo cuando debe tomar decisiones importantes que, en mayor o menor medida, afectan buenamente al curso de su vida. En este sentido, Eduardo indica que él siempre ha sido un hombre pensativo, que se ha preocupado siempre por los demás, y que las cosas que le suceden en su día a día suelen afectarle bastante. De hecho, cuando no sabe cómo afrontar una situación pide consejo a María, su confidente, la persona en la que confía plenamente y siempre lo ha ayudado cuando más lo ha necesitado. Así, son numerosas las ocasiones en las que Eduardo indica que para él, su mujer y su hija son las dos piezas fundamentales que dan sentido a su vida, las personas en las que más confía y por quienes estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por tal de verlas sonreír y pasar con él el resto de su vida.

Por lo general, Eduardo desprende la imagen de un hombre entregado con el trabajo, amigable, solidario, comprensivo y comprometido en cuerpo y alma con el cuidado de su familia. En lo que respecta al plano personal, Eduardo indica sentirse en uno de los mejores momentos de su vida, hace poco más de dos meses que nació Martina,

su primera hija, y se encuentra disfrutando del permiso de paternidad. En este sentido, los cambios promovidos desde comienzos de año ha propiciado que los hombres disfruten de un permiso de paternidad de cuatro meses de duración, personales, intransferibles y pagados al 100% sobre la base de la Seguridad Social, lo que permite que Eduardo pueda pasar todo este tiempo disfrutando de los cuidados que requiere su hija, Martina. Durante el transcurso de la entrevista, percibo que Eduardo necesita hablar y contar el duro proceso que ha vivido durante el embarazo de su mujer desde que les comunicaron a ambos que su hija nacería con una malformación congénita del corazón. Al principio, este acontecimiento supuso un duro golpe para ellos. De hecho, ambos abordaron la posibilidad de abortar, pero después de un tiempo, decidieron batallar esta dura enfermedad y seguir adelante con el embarazo de María. En cualquier caso, resulta complicado imaginar el dolor que una madre y un padre pueden sentir cuando le comunican que la hija que están esperando va a nacer con una malformación del corazón. No obstante, en aquellas ocasiones en las que Eduardo ha comenzado a relatar el proceso de lucha durante el embarazo se ha emocionado bastante, intentando reprimir las lágrimas, si bien esta misión ha sido imposible para ambos.

En la lectura de la historia de vida de Eduardo, se percibe su valía para afrontar las situaciones adversas que se presentan en la vida, pese a que, con frecuencia, aparece la inseguridad que tanto lo caracteriza. Él mismo indica que le gustaría ser un hombre duro o valiente, pero que tiene sus consecuencias positivas afrontar la vida desde un punto de vista alejado de la concepción tradicional de masculinidad. En este sentido, si bien es consciente de la pérdida de privilegios que debe someterse para transitar en el camino de la igualdad, se siente seguro de sí mismo para avanzar hacia posicionamientos igualitarios. En mi opinión, cabe destacar que la narrativa de la historia de vida de Eduardo comprende un relato de superación personal, si bien los acontecimientos sobrevenidos en el transcurso de vida no ha sido fáciles de afrontar. Así cabe señalar que, a pesar de la imposición patriarcal de un modelo universal de masculinidad, otras formas de ser hombre son posibles.

❖ Segunda lectura: mi “yo” poético

En la segunda lectura, el protagonista de la historia de vida debe presentarse a sí mismo en la narración, de modo que la propia interacción con su entorno social más cercano permite comprender el modo en el que el narrador de la historia de vida, se comunica con los demás por medio de la expresión de sus propios sentimientos o emociones. Desde este punto de vista, los pensamientos del protagonista de la historia de vida se han agrupado en unidades de contenido que indican diferentes aspectos vitales que han trascendido en el curso de su vida. En pocas palabras, la segunda lectura la segunda lectura pretende describir cómo el protagonista de la historia se representa a sí mismo en la narración.

Representación poética del protagonista de la historia de vida:

Mi nombre completo es Eduardo Rosendo, aunque todos aquellos que me conocen me llaman Edu.

Vivo en Almería con mi mujer y mi hija.

Soy perito agrónomo y trabajo como concejal en el ayuntamiento.

Me gusta salir los fines de semana en familia, pasear por la playa con mi hija, comer con los amigos... Lo típico que se hace en familia...

Me considero una persona pacífica, tranquila, comprometida y cariñosa.

Me gusta calificarme como hombre feminista, o mejor dicho, aliado del feminismo, porque es una causa en la que creo firmemente...

En mis ratos libres entre semana, me encanta hacer deporte en la orilla de la playa para relajarme y meditar sobre mi vida.

• **Infancia:**

Tengo sentimientos encontrados en mi infancia. No fue una infancia como la de los demás. Fui feliz hasta que mis padres se divorciaron cuando yo tenía 6 años. Mi madre se fue de la casa sin dar ninguna explicación y nos quedamos solos en casa con mi padre y mis abuelos. Yo me he criado con mis abuelos, que dejaron todo para venirse con nosotros, porque prácticamente apenas tengo recuerdos de mi madre en nuestra casa.

- **Juegos y estereotipos de género:**

He jugado mucho con mis hermanos. Teníamos la cochera llena de cosas. Libros para colorear, peluches, animales de la granja, coches, muñecas, taladros de juguete, palas, cocinicas... de todo... A mí me gustaba mucho jugar con mi hermano a la pelota y a la consola también, pero no a los juegos de motos o coches, a mí me gustaban los juegos de aventuras, como Mario Bros y todos esos. También me gustaba jugar a las muñecas con mi hermana... No me avergüenza decir que jugaba a las muñecas con mi hermana, es completamente cierto. Además, son solo juguetes a los que los adultos le han dado mucha importancia...

- **Adolescencia:**

Recuerdo mi adolescencia con mucha nostalgia, seguro que porque nunca la he tenido. El divorcio de mis padres me afectó demasiado e hizo que pasara rápidamente de la infancia a ser un adulto, sin comérmelo ni bebérmelo. He sido feliz con lo que he tenido, pero también ha sido duro crecer con esa ruptura familiar, porque no he tenido respaldo en muchas de las cosas he hecho en mi vida. También he cuidado mucho de mi hermana y he estado muy pendiente de mis abuelos. Mis abuelos se iban haciendo cada vez más mayores, y nosotros, mi hermana y yo, hemos sido quienes hemos llevado la casa adelante con mi abuela.

Yo no he salido siendo un adolescente, siempre he estado encerrado en casa. Si salía alguna vez eran porque los padres de algún amigo venían a por mí y después me volvían a llevar a mi casa. Mi padre siempre ha estado en el trabajo, y mis abuelos eran ya mayores para llevarnos a los sitios...

- **La pandilla o manada de amigos:**

He tenido muchos amigas y amigos en el colegio, también tenía una pandilla pero no estaba con ellos todo el tiempo. He ido un poco por libre... porque no quería dar pena... En el colegio muchos niños decían que mis padres se divorciaron por la culpa de mi madre y me alejé un poco de ellos, eran unos cabrones y yo no quería que me vieran como el débil de la clase. Los fines de semana a lo mejor sí que mi padre me llevaba alguna vez a casa de alguno de mis amigos y ya nos juntábamos más niños de allí y jugábamos en la calle, pero eran pocas veces. También hubo una época de más mayor que solía ir al cine con mis amigos, pero aquí venían chicas también y no solo chicos. Ahí fue cuando empecé a tontear con las chicas de mi clase...

- **Juventud:**

En la juventud no lo pasé bien. Las cosas en el colegio se empezaron a complicar, no es que fuera mal estudiante, pero me costaba mucho concentrarme y tenía que estudiar muchos días antes de los exámenes. También tenía muchas responsabilidades en mi casa, porque mi hermano se fue a vivir con mi madre y nos quedamos mi hermana y yo solos. Yo tenía que estar siempre pendiente de mi hermana, le tenía que ayudar con las tareas, le ayudaba a mi abuela a preparar la cena... Mi padre siempre llegaba a las tantas para cenar, ducharse y acostarse, pasaba de nosotros... y al final yo me apoyé en mi hermana y mi hermana en mí. También estaba mi abuelo, pero él iba más bien a lo suyo, casi todo el día viendo la tele sin hacer nada...

- **La juventud acaba cuando comienza la paternidad:**

No creo que esta afirmación sea del todo verdad. Yo soy un tío joven y ya soy padre. Yo creo que depende todo de la perspectiva en la que te tomas las cosas. Sí, yo soy joven, pero, también me siento preparado para ser padre. Es una cosa que no tiene que ver con la otra, depende mucho de la personalidad de cada persona. Hay gente que con 16 años se siente preparada, y otros con 40 que todavía no han tenido hijos porque no se han sentido preparados o algo. En mi caso, fue algo claro: los dos queríamos ser padres. Además, tampoco María podía retrasarlo mucho por el tema de la endometriosis... Si encima de todo, tenemos que dar gracias porque se quedó embarazada, y algo nos costó...

- **Autorrepresentación de la masculinidad de Eduardo**

Me considero un hombre normal y corriente, con sus virtudes y sus defectos, que creo que son pocos creo (risas)...No sé, soy un hombre como cualquier otro. Tampoco es que yo haga algo especialmente para ser hombre... aunque últimamente me he dado cuenta de que sí que intento parecer más hombre cuando hago algo delante de los demás. Vigilo mucho mi voz, porque me da miedo al pronunciar las eses y cosas así, mi risa también, que no parezca de mujer, en plan como si no fuera un ratoncillo, o mi forma de vestir y de andar...

Cuando digo ser más hombre me refiero a eso de que todos tenemos en nuestra mente la imagen de un hombre de verdad, ese que es fuerte, que mira de manera seria, que tiene una voz ronca, que fuma, que se comporta como si nada le importara... Yo, por el contrario, soy muy debilucho, un enclenque, y no me gusta mucho que la gente me vea como femenino. Además, rubio y con los ojos azules... ya te puedes imaginar las comparaciones que hacen...

pero me da igual, antes sí me afectaba más, pero va pasando el tiempo y te acostumbras, sé que siempre va a haber gente que me juzgue y esas cosas...

- **¿Qué significa ser un hombre para Eduardo? El aprendizaje de la masculinidad tradicional**

Vamos a ver, yo diría que un hombre es una persona de género y sexo masculino que se siente cómodo con su sexo y con su género, y por eso, hacen y dicen lo que la mayoría de los hombres dicen que hacen ¿no es así? Yo he aprendido a ser un hombre por mí mismo, bueno, más bien, por lo que la sociedad nos transmite... que a uno le tienen que gustar las chicas, que hay que saber jugar al fútbol, que tiene que gustarle el mundo de los deportes, que tiene que llevar el pan a casa, que si esto y que si lo otro...

Entiendo perfectamente lo que me preguntas, pero encuentro muchas complejidades con esto de la masculinidad. Está claro que las sociedades han avanzado hacia el bien común, pero los hombres de ahora tampoco son los mismos que los que eran antes. Creo que los conceptos cambian con el tiempo y es muy difícil encasillarse en unos términos que a lo mejor no sirve ahora ¿no es así? A ver, la masculinidad sirve para definir a los hombres que son valientes y todas esas cosas, a lo mejor es mejor ahora que no existan estos términos, sino que es mejor dejar todo fluir...

- **¿Qué no es ser un hombre para Eduardo?**

Si no eres un hombre, eres una mujer. El mundo está dividido en dos mitades y tenemos que clasificarnos en una mitad o en otra. Aquí no hay término medio, y si lo hay, no paran de señalarte con el dedo. Yo creo que lo mejor de todo es derribar todos estos conceptos que enfrentan a hombres y a mujeres y que cada uno viva y sienta como quiera. Lamentablemente, lo veo casi imposible porque estamos tan metidos en el ajo que es imposible que nos saquen de aquí. Además cada vez más hay machismo y todo esto. Aquí la cuestión es ir a más... Hay más feminismo, pero también más machismo...

- **Representaciones corporales de la masculinidad**

Me gusta cuidar de mi físico. Intento llevar una vida sana y saludable. No solo por el cómo me vean, sino por mi propia salud. Soy una persona muy activa, me encanta el deporte y lo practico con frecuencia. Voy dos veces en semana al gimnasio, pero no para ponerme cachas, sino por

mi salud, y después paso un rato a orillas del paseo de la playa para despejarme. Estar solo a orillas de la playa hace que pueda pensar tranquilamente sobre mi vida... Valoro los pros y los contras de las decisiones que tomo en mi vida. Me gusta mucho reflexionar, que pasaría si hubiera hecho esto o lo otro...

La relación cuerpo y masculinidad parece que está ahora de moda. Todos los tíos enganchados al gimnasio para tener un cuerpo perfecto, que después no es tan perfecto porque se meten de todo. Todo lo hacen para aparentar, que no me parece mal, pero llegará algún momento en el que se den cuenta de que su vida está vacía o algo, porque hacer las cosas porque les guste a los demás no tiene sentido...

- **Los hombres, los privilegios y el silencio prolongado: la preferencia del género masculino**

Si tuviera la oportunidad de elegir entre ser hombre o ser mujer, elegiría sin ningún tipo de duda ser hombre. Me siento cómodo siendo hombre y me gusta ser un hombre, pero, a ver, ha cosas que los hombres tenemos que cambiar porque hacen mucho daño a las mujeres. Las mujeres solamente vienen al mundo a sufrir, los hombres, en cambio, somos los gobernadores del mundo. Tenemos éxito allí por donde pasamos, se nos ve como unos triunfadores, unos buscavidas... las mujeres, por el contrario, se les ve como unas aprovechadas, unas lagartas que solo valen para gastarse el dinero que los hombres ganan... Las consideramos inferiores, y yo me incluyo en ese pensamiento en muchas ocasiones, lo bueno es que intento rectificar a tiempo y no meter tanto la gamba como he hecho muchas veces...

Los hombres disfrutamos de muchas cosas que no tienen las mujeres, tenemos muchos privilegios, sí... Los privilegios que los hombres tenemos en comparación con las mujeres son innumerables. Yo puedo ir solo por la calle en mitad de la noche y no tengo miedo si veo a un grupo de chicos o alguien que camina solo por la calle porque no van a hacerme nada, o eso creo yo...

- **Los hombres no nacen, se hacen: referentes de la masculinidad tradicional**

Sí, todo es cultural, la masculinidad también es cultural, se hereda de nuestros padres, y luego se la transmitimos a los más pequeños de la casa. Si no existiese el término masculinidad, no tendríamos que heredar nada y tampoco tendríamos que transmitirlo. Como te he dicho antes,

es algo casi imposible, pero es un esfuerzo constante por parte de algunos hombres. Mis referentes puede que haya sido mi padre, y mi antiferente: mi hermano. Yo me parezco más a mi padre, los dos somos nobles, tenemos buen corazón y nos desvivimos por la gente. Mi hermano, no. Él solo piensa en sí mismo y en su comodidad. Sabe muy bien aprovecharse de la gente y explota mucho ese lado gamberro...

Es verdad que de pequeño soñaba con ser el típico guaperas que intenta ligarse a todas las chicas, pero después te vas dando cuenta de que las historias que se venden en las series o en las películas no son más que fantasía. Además, todas terminan del mismo modo: chico conoce chica, que está en apuros, la salva gracias a su valentía y son felices y comen perdices para siempre. Las cosas no son como en las películas. Las películas hacen mucho daño, y tienen que mostrar otros modelos de convivencia donde no sea el chico quien salve a la chica. Nunca he visto una película o serie donde la chica salve al chico de las garras de un dragón o algo por el estilo. Últimamente he visto una serie que sí que me ha gustado bastante. Está en Netflix y se llama..., no lo recuerdo, está en inglés, pero trata temas actuales que son muy interesantes hablan de feminismo, de la violencia de género y todo eso...

Sentimientos durante la narración de la entrevista de Eduardo

Pues creo que me he sentido bastante bien, muy bien, la verdad. Me has transmitido mucha serenidad durante la entrevista, y eso ha hecho que me haya sentido con total seguridad para poder contarte todas mis cosas, incluso algunas de las que siempre he guardado para mí, por su importancia. Tú también me has ayudado mucho en todo momento, y eso ha hecho que yo me haya implicado profundamente en contestarte con total sinceridad a todas las preguntas. Normalmente, suelo ser un poco más hablador, pero he sido yo mismo en todo momento.

❖ Tercera lectura: las relaciones del narrador

En la tercera lectura, el protagonista de la historia de vida narra aquellos momentos en los que se hace referencia a las relaciones sociales que mantiene en el entorno familiar, laboral, con el grupo cercano de amigos y a nivel personal. En pocas palabras, se trata de una lectura de las relaciones más personales e íntimas que acontecen en el curso de la vida del protagonista.

- **Relación de Eduardo con las mujeres:**

Mi relación con las mujeres es bastante buena. Nunca he tenido problemas con ninguna mujer, no he tratado mal a nadie nunca, sea hombre o mujer. De pequeño siempre me he sentido identificado con las mujeres de la familia, y ahora de mayor, también me siento identificado con María... Me siento a gusto con las mujeres, y eso no tiene nada de malo... También es verdad que ellas me han visto a mi más como un amigo que como otra cosa, pero no pasa nada. Uno no le puede gustar a todo el mundo...

En mi vida solo he tenido una novia, María. Nos conocimos en el colegio, y empezamos a salir cuando teníamos 16 y 15 años. Yo soy un año mayor que ella... y desde entonces siempre hemos estado juntos. Ha habido momentos para todo, pero lo importante es que hemos sabido salir hacia adelante en todo este tiempo, y eso que hemos pasado muchos momentos duros. Al principio era más como un tonto por mi parte, hasta que me fui dando cuenta de que lo que sentía por María era real. Hubo un tiempo en el que ella quiso dejarlo porque se sentía agobiada entre los estudios y el trabajo, pero después decidimos intentarlo de nuevo y aquí seguimos. Ya llevamos 12 años de relación, casi, y estamos mejor que nunca. Tenemos nuestra casa, nos hemos comprado un coche nuevo, y nuestra niña, que es lo mejor del mundo...

- **Pornografía y prostitución: una escuela de violencia sexual para la masculinidad patriarcal**

Consumo porno como todo el mundo, para que te voy a engañar. Antes sí que consumía más porno, pero ahora no tanto. Entre María y la niña, no tengo tiempo de nada. Además, no encuentro la ocasión perfecta porque el piso en el que vivimos es chico y siempre estamos los tres metidos en el salón. Algunas veces sí que he visto fotos y contenido en internet delante incluso de María, porque como es tan fácil acceder a los contenidos. Con solo darle a Google, aparecen mil páginas webs de lo mismo. Incluso en los propios anuncios, también aparece porno. Al final lo que hace es que la gente sea una enganchada y no pueda parar de consumir.

No recuerdo exactamente cuándo fue la primera vez que vi porno, pero sí me acuerdo que fue mi hermano quien me enseñó todo lo de este mundillo. Él me despertaba por la noche para ir al salón a ver porno, estaba enganchado. Enviaba mensajes con el móvil y todo para que después salieran en la pantalla. Me acuerdo perfectamente de eso. Yo al principio pasaba del tema, no me enteraba mucho, pero después vas aprendiendo, y te pones tú también a mirar y a buscar cosas. Yo me fijaba mucho en las revistas, que aparecían fotos con emoticonos de mujeres para el móvil y también en algunas de las cintas que tenía mi padre escondidas.

No he ido de putas, aunque de joven,, cuando empezábamos a salir las primeras veces a las discotecas, siempre teníamos en mente eso de ir de putas, pero no, no he ido nunca. Tampoco he tenido interés. Antes sí que se bromeaba más con esto, pero ahora es un tema que hay que debatir más por toda la carga que conlleva... Esto del abolicionismo y de la regulación está dando mucho de qué hablar. Aquí, en Almería, antes había muchas prostitutas que se ponían al principio del Puerto, pero ahora cuando pasas ya no están en la primera línea de la carretera, se ponen escondidas detrás de los almacenes que hay como una montaña para que no las pillen la policía.

- **Relación de Eduardo con los hombres**

Bien, aunque no tan bien como con las mujeres... Yo siempre he tenido más confianza con las mujeres que con los hombres. No sé, me han entendido mejor y me llevo mejor con ellas que con los chicos, pero eso no quita que me lleve mal con ellos o no entienda cómo puedan sentirse en ellos porque yo soy uno más. En la carrera, la mayoría éramos tíos, bueno todo éramos tíos menos 3 tías, y yo me llevaba bien con todo el mundo. Hay de todo, como en todos sitios, pero, yo me he llevado muy bien con los tíos de mi clase. Salíamos de vez en cuando, y también he quedado muchas tardes para echarnos una play o algo. Ya las cosas han cambiado, y paso más tiempo con María y la niña, pero en el trabajo también la mayoría son hombres y me suelo llevar bastante bien con todos ellos.

- **Relación de Eduardo con los amigos y compañeros de trabajo**

No tengo muchos amigos, sí muchos conocidos, pero amigos de verdad, muy pocos. Y lo prefiero así, porque contar con gente a la que tú consideras que son tus amigos y que después no sea así es un verdadero fiasco. Del colegio solo mantengo la amistad con Marcos, un amigo que no me ha fallado nunca, y en el que confío con los ojos cerrados. Es más, él va a ser el padrino de Martina...Ahora no nos vemos tanto porque desde que nació Martina, estamos un poco más pendientes de ella y no queremos tampoco muchas visitas, pero sí que ya nos ha enviado una cesta de regalo para ella. De la carrera también tengo dos buenos amigos, Sergio y Fernando, me caen muy bien y todo eso, pero no tanto como Marcos.

Con los compañeros de trabajo mi relación es normal. Me llevo bien con todo el mundo, pero tengo muy claro que no van a ser nunca mis amigos. Si encarta que tomemos algo algún día o

algo bien, pero poco más aparte de eso. Además, son casi todo más mayores que yo, y la verdad que paso bastante de todo el mamoneo que tienen montado. Yo voy a hacer y mi trabajo y punto. Paso de historias y tonterías que después no van a terminar bien.

- **El miedo constante a la homosexualidad**

Nunca he tenido ningún miedo. Bueno, tengo que matizar que de pequeño sí que he tenido miedo porque muchas veces me han tachado de ser homosexual, pero vas creciendo con eso y al final te adaptas, no queda de otra. Si mi propio hermano desde me pequeño me empieza me empieza a decir insultos de todo tipo, al final uno los va interiorizando y al final te haces fuerte. Uno aprende a crecer sin importarte el qué dirán y eso he intentado hacer yo desde que tengo uso de razón. No entendía que mi hermano me dijera eso, y algunos niños del colegio también, pero bueno, no pasa nada... No tengo nada en contra ni de gais ni de lesbianas ni de ninguna persona de cualquier sexo o género porque a mí también me han tachado muchas veces, y no creo que sea lo más justo para nadie.

- **Relación de Eduardo con su familia**

La familia es lo más importante para mí. Son las únicas personas con las que me siento yo al 100%, con mi mujer y mi hija. Todo lo demás es secundario. Bueno, también están mis padres y mis hermanos, pero ya han pasado a otro escalón en mi vida. Son importantes, porque son mi familia, pero no al mismo nivel que María y la niña. Nos ha costado mucho formar la familia que María y yo queríamos en nuestra vida, y nadie nos va a separar o quitar esta idea. Además, ahora es cuando más estamos disfrutando juntos. El cuidado de la niña es complicado, no lo voy a negar, pero pasamos tiempo juntos y eso me gusta también. No salimos mucho de casa, por lo del COVID, pero sabemos pasárnoslo bien y con eso me basta...

- **Relación de Eduardo con su pareja, María**

María es la mujer de mi vida. Me siento bien con ella, y nos entendemos muy bien... Ella es una pieza clave en mi vida porque lo comparto todo con ella. Yo soy una persona que no puede callarse las cosas, y ella me entiende a la perfección. Sabe cuándo me pasa algo, si estoy enfadado o si estoy triste.. No tengo ningún filtro con ella y eso es lo que me gusta. Solamente tenemos que ser como somos. Me explico, que ella sea como ella es, y que yo sea como yo soy, si alguno de los dos tenemos que forzar alguna situación, ya es cuando empiezan las cosas a ir

mal. Y con María, nunca me ha pasado eso... Llevamos poco tiempo conviviendo, realmente, no empezamos a vivir juntos hasta hace un poco antes de la pandemia, para las Navidades de 2019 ya estábamos viviendo en el piso, pero hasta ahora, todo nos va bien.

- **Relación de Eduardo con su hija, Martina**

Siento una conexión especial con mi hija... Tampoco ha pasado mucho tiempo desde que nació, pero parece que la conozco desde siempre, creo que conozco sus gustos e intento hacer todo lo posible para que ella misma se sienta a gusto con nosotros. Yo soy consciente en todo momento de que hay que respetar su autonomía, e intentamos que ella no se duerma en los brazos y que pase tiempo en la cuna, pero es tan pequeña que no me puedo resistir. Ya con solo oírla llorar voy corriendo a ver qué es lo que le pasa. También ha tenido unos días malos con lo del cólico lactante, pero creo que conozco muy bien a mi hija.

- **Relación de Eduardo con la paternidad**

Hasta ahora ha sido una experiencia muy buena. También es complicado porque no sabes qué es lo que quiere o necesita en cada momento, pero ya la vamos entendiendo mejor y creemos que lo estamos haciendo bien. A mí me gusta esto de ser padre porque estoy descubriendo cosas nuevas en mi vida, y eso también me aporta muchas cosas. Yo creía que lo sabía todo de la vida, y la paternidad me ha hecho darme cuenta de que hay muchas cosas que aprender todavía y las que me quedarán en un futuro...

- **Hacia la búsqueda de una definición de paternidad**

Yo me defino como un buen padre, las necesidades de mi hija o de mi mujer están por encima de las mías. En esto consiste la paternidad, en dedicarse al cuidado de los hijos. Y yo creo que por ahora, estoy cumpliendo con ello. No es que sea una obligación, es que me apetece hacerlo. Me gusta cuidar de mi hija y de mi mujer... No tengo referentes de lo que es ser un buen padre, pero yo me esfuerzo mucho en intentar serlo, y aunque no lo sea, por lo menos, lo intento.

- **La preparación de la paternidad: predisposición, ideales y expectativas**

Claro, nos informamos bien de todo por todos los problemas que habíamos tenido para que María se quedara embarazada. Fue algo buscado que intentamos muchas veces... y después de tantas visitas a médicos y demás, al final se quedó embarazada. Si ya habíamos tenido problemas con eso, lo peor fue cuando nos dijeron que la niña venía con una cardiopatía congénita. Se nos vino el mundo encima... No sabíamos qué hacer... fueron momentos duros porque no sabíamos si continuar con todo esto o no, pero al final, decidimos seguir adelante. No quería ver sufrir a María y que lo pasara mal. Yo me informé todo lo que pude y fuimos de médicos a Málaga y a Madrid porque hay especialistas muy buenos y nos tranquilizaron un poco, así que decidimos seguir adelante.

Muchas veces pensaba en lo duro que estaba siendo la vida con nosotros, pero una vez que ha pasado todo y tenemos ya a nuestra hija, me siento contento. Ella está bien y es una niña sana que es lo importante. Tendrán que operarla cuando cumpla los dos años, pero nos han dicho que todo irá bien. Yo me he implicado mucho durante todo el proceso, María se tuvo que dar de baja desde el momento en que nos dijeron lo de la niña, y yo pasé a hacerme cargo de todo, más o menos. Ella tenía que guardar reposo absoluto y decidimos que lo más importante era ella. Se aburría porque pasaba los días enteros en la cama o en el sofá, pero no había otra opción... Le dio por comprar todo por internet, hasta la compra la hacía ella online, y la verdad es que nos fue bien. Así no tuvimos que perder tanto tiempo viendo las cosas para la niña. Seleccionaba lo que le gustaba y cuando llegaba de casa me lo enseñaba y así hicimos con todo

○ **La tradición de los nombres familiares:**

Está claro que es una buena carga. Mi nombre es compuesto porque mi madre decía que tenía que llevar los nombres de mis dos abuelos. Que eso era una tradición familiar y tenía que ser respetada por todos. Me llamo Eduardo Rosendo, y no odio otra cosa más en mi vida que mi nombre. Para Martina, nunca nos planteamos la posibilidad de llamarla como a nuestras madres o abuelas. Queríamos que fuera un nombre sencillo, claro y sin adornos, un nombre distinto que no tuviera ninguna persona de nuestras familias... Hubo un tiempo que, como María lo estaba pasando tan mal con esto del problema de la niña, le dije de ponerle también María, pero ella no quiso. Yo sabía en el fondo que sí quería, pero como es tan cabezona, le dije de ponerle Martina, que se parecía mucho, y así se quedó con Martina.

○ **La posibilidad de renunciar a la paternidad:**

Ahora mismo estoy en uno de los mejores momentos de mi vida. No cambiaría esto que estoy viviendo por nada ni por nadie. Me siento feliz por todo esto que he logrado construir, y no quiero que nadie rompa esto. Las cosas cambiarán, estoy seguro, pero lo que estoy viviendo ahora mismo es único y quiero que dure mucho tiempo. No, no renunciaría a vivir esta experiencia por nada del mundo.

- **El permiso de paternidad**

A mí me ha venido estupendo. Tengo 16 semana que he arreglado con María para que ella pueda compaginarse mejor con el trabajo. Como ella trabaja en un colegio privado, las monjas le dijeron que intentara cuadrarlo todo para que el trimestre en el colegio no se echara a pique. Así que ella se ha cogido los dos primeros meses y cuando terminen los cuatro míos, ella se vuelve a coger el permiso para que así estemos los dos con la niña. Después tendremos que llevarla a alguna escuela o algo, porque hemos decidido que no vamos a dejarla con ninguna de las dos abuelas...

- **Sentimientos de Eduardo con respecto a la paternidad:**

La paternidad ha cambiado la forma de ver la vida. Me siento feliz y contento, aunque hay también veces en las que me siento confundido... no sé si estoy haciendo las cosas bien o no, pero las hago como creo que es mejor y eso es lo que importa. Queda mucho camino todavía por delante y me siento feliz y con ganas de ver a dónde me va a llevar esto de la paternidad.

- ❖ **Cuarta lectura: situar a las personas en estructuras sociales y contextos culturales:**

En la cuarta lectura, se pretende situar al protagonista de la historia de vida en diferentes contextos sociales y culturales con los que mantiene algún tipo de relación, bien sea habitual o esporádica.

- **Relación de Eduardo con el trabajo**

El trabajo es importante, pero no lo es todo en la vida. Yo me he esforzado mucho por encontrar un buen trabajo, pero no todo depende del trabajo. Tanto esfuerzo y tanta lucha, y después no

te ves compensado. Le damos mucha importancia al trabajo, de más. Yo priorizo más pasar el tiempo en casa con mi familia que el trabajo y eso que después estoy en mi casa pensando en todo lo que tengo que hacer al día siguiente, pero es solo eso, trabajo. La familia es más importante que el trabajo, y no lo valoramos.

- **El trabajo de perito en el ayuntamiento**

He luchado mucho por llegar a donde estoy. La carrera se me puso muchas veces cuesta arriba y muchas veces pensé en dejarla, pero la saqué a base de empeño y esfuerzo por buscar un mejor futuro. Ahora mismo, estoy a gusto con mi trabajo. No era lo que tenía en mente, porque siempre me ha gustado el tema de la investigación y demás, pero no me quejo, me saqué también la plaza fija y ahí lo llevo. Es un trabajo que me da estabilidad económica y me pilla cerca de casa, tampoco puedo pedir mucho más...

- **El reparto de tareas domésticas y familiares:**

Mi abuela me enseñó todo lo que sé sobre las cosas de la casa. Me gusta que todo esté perfecto, ordenado y limpio. Soy un auténtico maniático del orden. A lo mejor que esté algo sucio me da más igual, pero no soporto ver las cosas tiradas en el suelo o unas cosas encima de otras. Lo que más me gusta es hacer de comer, muchas veces improviso cosas que busco en internet, pero cuando no tengo tiempo, siempre tenemos pasta y hacemos cualquier cosa rápido. Intento que María y yo hagamos más o menos lo mismo en casa, no se trata de que yo quiera ayudarla o no, sino que es algo que tenemos que compartir los dos porque es responsabilidad de los dos... Ahora también, tenemos mucho más tiempo para hacer las cosas de la casa, y la verdad, que está todo mucho mejor. La casa limpia, la ropa planchada, la comida echa a sus horas y nos sobra tiempo y todo para hacer cosas en familia... Imagino que el orden después no será como el de ahora, pero me tendré que acostumbrar...

- **La transmisión de la imagen del género**

Todavía no soy consciente de la responsabilidad que tenemos con la educación de Martina... Ahora no llega a preocuparnos del todo porque todavía es muy pequeña, pero creo que es un tema complicado. A mí me gustaría que mi hija creciera libre de estereotipos y roles de género, pero creo que es muy difícil, por no decir imposible. Cuando vaya a la escuela y vea que todas las niñas vayan con pendientes y con mochilas rosas, estuches rosas y todo rosas, ella va a

querer lo mismo. Además, María dice que cada vez más desde pequeños son conscientes de que crecen con base en estereotipos del rosa y del azul.... Lo que está claro es que las niñas siempre llevan las de perder... lo mires por donde lo mires...

- **Aportes sobre feminismo, nuevas masculinidades e igualdad de género**

Todos estos temas se deberían tratar en todos los sitios, no solo cuando alguien está interesado. En todas las carreras, en los colegios y en las escuelas, tenían que existir asignaturas sobre igualdad de género. Esto nos haría un bien a todos y seríamos mucho mejores personas. Las cosas cambiarían mucho...

- **Relación de Eduardo con el feminismo**

Me considero un hombre aliado del feminismo porque, a diferencia de lo que la gente piensa, el feminismo es igualdad. Igualdad para mujeres y hombres, porque las mujeres siempre han estado discriminadas y todavía lo están, aunque no tanto como antes... El feminismo lo que hace es intentar ayudar a ver las cosas tal y como son, pero como siempre queremos vivir en la ignorancia, pues es mejor echar la culpa de todo al feminismo. El feminismo es malo porque la gente se ha encargado de hacer creer que es así, pero es todo lo contrario, el feminismo solo aporta cosas buenas porque busca la igualdad para los hombres y las mujeres, lo que pasa es que son las mujeres las que han estado discriminadas y no los hombres... Yo tenía conciencia de estos temas porque siempre me he sentido un poco un bicho raro, pero me siento bien conmigo mismo y eso es lo importante...

- **El espectro entre machismo y feminismo: la falsa apariencia de la igualdad**

Aliado o compañero del feminismo, que pienso que es lo más correcto. Machista, puede que también, pero no de manera consciente. Todos cometemos actos machistas porque lo queremos o no, nos hemos educado en el machismo. Pero es un buen paso reconocerlo y ser consciente de que una conducta o un hecho es machista. Yo intento hacer todo lo posible por cambiar, por ser una mejor persona... La frase estrella es: ni machista ni feminista, igualdad, y lo peor de todo, es que la gente no sabe que el feminismo es eso, luchar por la igualdad de género...

- **Relación de Eduardo con las nuevas masculinidades**

No me termina de convencer todo esto, pero me parece que la intención es buena. Más que inventar palabras nuevas para volver a encasillar, lo que tendríamos que hacer es eliminarlas. Cada uno es como es, y lo mejor es no etiquetar a nadie. Lo que más cuenta con todo esto es que la intención sea buena dentro de casa y fuera también, me explico, que sea buena en el trabajo, en la calle, con tu familia, con los amigos. No vale solo de puertas para dentro, es a lo que me refiero.... Yo en el trabajo intento también informarme sobre estas cosas, pero hay poco movimiento, y el que hay, que no digo que sea importante, se dedica más a otro tipo de cosas... No sé si porque esto no interesa o porque no tiene tirón o lo que sea, pero no tienen tirón este tipo de temas...

- **Relación de Eduardo con las agrupaciones o movimientos de hombres por la igualdad de género**

Me parecen buena idea. Yo participo en una en la que nos reunimos por videollamada dos veces al mes, y a mí me sirve un montón. Puedo compartir mis experiencias y todo. Cuando nos enteramos de lo de Martina, a mí me vino muy bien desahogarme con ellos, porque creo que me entendían a la perfección. Se lo dije también a María que lo había comentado con ellos, y no hubo ningún problema. A mí me gustan las cosas que hacemos y todos los temas que trabajamos. Además, cada uno tiene su opinión y puede aprender de todos. También sigo muchas asociaciones y a gente conocida por las redes sociales. Antes no tanto, pero ahora hay muchas actividades y las redes sociales también están sirviendo mucho para todo esto...

9.3.1. Historia de vida de Eduardo

Su nombre es Eduardo Rosendo, aunque todo el mundo que lo conoce lo llama Edu. Tiene 28 años, es perito agrónomo y vive en pleno centro de la ciudad de Almería, junto con su mujer, María, y su hija de dos meses, Martina. Él mismo se considera persona pacífica, tranquila, comprometida y cariñosa. De hecho, en numerosas ocasiones da muestras constantes del cariño que le profesa a su esposa e hija, si bien, para él, ambas son lo mejor que le ha pasado en la vida. Le encanta practicar deporte al aire libre, es más, suele entrenar semanalmente a orillas del mar, en concreto, a espaldas del piso donde vive. La llegada de su hija, Martina, ha supuesto un cambio

de tendencia con respecto al modo de vivir o experimentar la masculinidad, influenciada, en buena medida, por el proceso de reconfiguración de la paternidad. En este sentido, Eduardo indica que, lejos de la figura extendida del padre ausente en las generaciones anteriores de su familia, su visión de la paternidad implica dedicarse casi en exclusiva en la provisión de los cuidados hacia su hija.

Por el momento, Eduardo indica sentirse en uno de los momentos más felices de su vida, debido a la llegada al mundo de su primera hija. Esto no quiere decir que su visión de la vida se resume de manera exclusiva en la paternidad, pero si es una experiencia de la vida que desde siempre ha querido experimentar. De hecho, desde bien joven comenta la posibilidad a su pareja de ser padres antes de entrar en la treintena, pero las circunstancias personales de María retrasaron notablemente esta posibilidad, hasta que, después de numerosos intentos, consiguieron que ella se quedara embarazada. Durante su relato, Eduardo hace hincapié en este suceso, al parecer, si bien mantiene una relación consolidada, aparecieron numerosas desavenencias como consecuencia de ese duro proceso personal. De hecho, Eduardo suele emocionarse bastante mientras relata los acontecimientos previos a este hecho.

En lo que respecta al ámbito laboral, Eduardo indica sentirse también contento y realizado. Estudió ingeniería agrónoma en la Universidad de Almería y después realizó un máster en biotecnología industrial y agroalimentaria. Desde que finalizó sus estudios, Eduardo no ha parado de trabajar. De hecho, actualmente es concejal en el ayuntamiento de la capital almeriense, un puesto de trabajo que consiguió por diferentes casualidades de la vida. Sus planes iniciales fueron emigrar a Barcelona para buscar una vida mejor, pero María encontró trabajo como profesora en un colegio de la capital, y ambos decidieron rotundamente declinar la idea de vivir separados. Actualmente, Eduardo se encuentra inmerso en pleno período del permiso de paternidad. La ampliación de su disfrute desde comienzos de 2021 ha permitido que Eduardo pueda pasar más tiempo con su familia, no solo atendiendo las necesidades de su hija, sino también las de la propia María, quien sufrió bastante en el proceso del parto. Todavía es algo demasiado reciente, y Eduardo no puede expresarse con claridad con respecto al duro momento que vivieron cuando su hija vino al mundo.

En un primer momento, Eduardo se muestra un tanto nervioso, sonríe tímidamente y expresa cierta incomodidad con sus palabras desde el inicio de la conversación. De hecho, suele emplear algunos monosílabos y hace constantemente aspavientos con las manos. Percibo en él cierta preocupación, como si no se sintiera plenamente cómodo con la entrevista y estuviera preocupado por algo. Desvía su mirada de vez en cuando hacia un lado, como si alguien permaneciese junto con él en el transcurso de la entrevista. Por mi parte, me limito a sonr er con la boca cerrada y dejo el tiempo necesario para que se tranquilice. Pasados unos minutos, comienzo nuevamente a hablar, y le indico que se sienta tranquilo. Además, reafirmo que las preguntas son bastante sencillas y que mi intención no es incomodarlo o juzgarlo, más bien, pretendo que, dentro de la formalidad de la situación, pueda relatarme en la medida de sus posibilidades el curso de su vida. En este sentido, se inicia una conversación distendida y los nervios de Eduardo comienzan a desaparecer, no sin un constante esfuerzo por mi parte. Pese a ello, creo que los resultados obtenidos pueden ser bastante positivos.

Eduardo se encuentra en la cocina de casa, de fondo se puede ver una estantería con diferentes botes de especias y la encimera con platos sin fregar y algún que otro lechero manchado de papilla. Son las cuatro de la tarde y entra bastante sol por la ventana. Parece que Eduardo va con el pijama puesto, pero no quiero preguntar para no incomodarlo. Me dice que tiene los cascos puestos para evitar hacer ruido, y así pueda descansar María un rato mientras Martina duerme profundamente la siesta. Al parecer, no ha dormido mucho últimamente, tiene la barba desali ada, algunas ojeras y su rostro muestra el cansancio propio de haber pasado alguna que otra noche sin dormir. Le pregunto cómo se encuentra y solo se limita a sonr er haciendo alguna que otra mueca. Parece que le cuesta un poco iniciar la conversación, su voz entrecortada va apareciendo pero de forma suave, lenta, aunque con un tono de nerviosismo palpable. Durante la entrevista, Eduardo se levanta en dos ocasiones: una de ellas para beber agua, y la otra para ir a ver cómo se encuentran María y la niña. Es más, interrumpimos la entrevista por un momento para que pueda ir a ver a su esposa y a su hija. Tarda poco tiempo en volver para poder continuar con la entrevista. Parece que todo est  tranquilo y sonríe nuevamente. Se incorpora en el mismo sitio, y mientras retomamos la conversación encuentro una pequeña diferencia en su rostro con anterioridad a la interrupción. Eduardo se ha peinado o

echado agua en la cabeza, y también se ha puesto un reloj, imagino que para controlar el tiempo de transcurso de la entrevista, o para supervisar el tiempo de descanso de su hija, Martina.

La entrevista con Eduardo dura sobre 1 hora y 50 minutos aproximadamente. Pese a que en ocasiones no ha querido profundizar con exactitud en muchos temas, su visión sobre las cuestiones planteadas y la convicción en muchas de las respuestas ha hecho que la entrevista transcurra con total serenidad, creando un clima de trabajo tranquilo y de confianza. Así pues, Eduardo no ha dejado casi nada en el tintero, y también ha contestado a preguntas improvisadas que ha surgido de manera repentina en el curso de la entrevista. No obstante, justo cuando estaba comentando una anécdota personal que vivió hace relativamente poco mientras ojeaba las redes sociales, Martina ha comenzado a llorar y María ha acudido a la cocina para avisar a Eduardo. En vista de la situación, ambos decidimos dar por finalizada la entrevista, no sin antes agradecerle el tiempo que ambos hemos compartido.

Representación general de la masculinidad de Eduardo

En términos generales, Eduardo desprende la imagen de un hombre atento, tranquilo, cariñoso, y comprometido en muchos aspectos de su vida con respecto a la lucha por la igualdad de género. Desde un primer momento, se aprecia la honestidad en sus palabras, en sus gestos y en su forma de expresarse. Es cierto que, durante un tiempo, intenta desviar su mirada como si tuviera que pensar en las palabras adecuadas, pero después adquiere la confianza necesaria para responder sin ninguna observación a las cuestiones planteadas. En diferentes ocasiones, me sorprende la sinceridad con la que cuenta todos los problemas en los que se ha visto envuelto en el transcurso de su vida. De hecho, en lugar de intentar evitar hablar sobre ello, ha tomado el tiempo necesario para meditar la respuesta y ha elaborado un discurso coherente y claro. Lo que más me ha llamado la atención de la entrevista con Eduardo ha sido su capacidad para expresar desde la más profunda sinceridad las diferentes desavenencias en las que se ha visto envuelto en el transcurso de su vida. Así, si bien ha superado cada una de ellas, los sentimientos que evoca son

dignos de admiración. En este sentido, Eduardo se ha mostrado en la entrevista a pecho descubierto, en la medida en la que sus propios recuerdos le han permitido poner de manifiesto los sentimientos que ha experimentado en cada uno de los acontecimientos vividos en el curso de su vida.

La capacidad de Eduardo para expresar sentimientos o emociones de ha visto modificada, de manera especial, por medio del convencimiento propio en favor de la igualdad de género. Desde que es solo un niño, Eduardo pronto comienza a tomar conciencia de la situación de desigualdad estructural que acontece en el entorno familiar. En este sentido, él mismo aprende que, por norma universal, las mujeres permanecen subordinadas a la autoridad o el dominio masculino. De hecho, la presencia permanente de sus abuelos en casa, no hace más que dar cuenta de la situación de desigualdad social que viven las mujeres. Así, mientras que su abuelo solamente se dedica a pasear por el barrio o a ver la tele en casa, su abuela es quien, de manera primordial, debe responsabilizarse por completo de las tareas del hogar.

De la misma manera, su padre también le ha inculcado en él el compromiso de preocuparse de los demás, o de tener que priorizar las necesidades familiares en detrimento de las aficiones o motivaciones personales. Es cierto que su familia ha transformado el modo de vivir o experimentar la masculinidad de Eduardo, pero eso no quiere decir que su visión hacia otros modelos posibles de masculinidad puedan haber cambiado por completo. Dicho de otro modo, pese a la voluntad de cuestionar los preceptos que configuran el modelo hegemónico de masculinidad, también pueden observarse ciertos elementos que, en mayor o menor medida, dan cuenta de la situación de socialización de Eduardo en entornos especialmente masculinizados, en concreto, en su familia, ya que todos son chicos, menos su abuela y su hermana, y en sus estudios universitarios, donde casi la totalidad del estudiantado son chicos.

A simple vista, Eduardo parece un hombre como cualquier otro, un chico joven, casado, con un buen trabajo y padre de familia. En apariencia, él mismo representa, de manera perfecta, el ideal del hombre tradicional circunscrito bajo los preceptos hegemónicos del modelo de masculinidad patriarcal: un hombre trabajador, capacitado para proveer económicamente a la familia (Salazar, 2019), heterosexual, en la medida en la que mantiene relaciones sexuales con mujeres (Ranea, 2021) y protector, en cuanto que puede imponer sus convicciones en el entorno familiar sin

importar las propias opiniones o creencias que preservan las mujeres del entorno familiar más cercano (Sambade, 2020). Si bien este modelo de masculinidad universal aparece especialmente extendido en las sociedades occidentales, algunos hombres comienzan a distanciarse del mismo, por cuanto que impone unos mandatos que limitan la capacidad de los hombres para relacionarse como personas sentimentales, emocionales e interdependientes. Dicho de otro modo, el propio modelo hegemónico de masculinidad, además de ser nocivo o perjudicial para las mujeres, en tanto que las destinan en exclusiva al ámbito privado, también es perjudicial para los hombres, en la medida en la que les impide relacionarse con otros hombres y mujeres como iguales.

Desde este punto de vista, cabe señalar la importancia de realizar diferentes entrevistas en profundidad a buena parte de los hombres que conforman las sociedades patriarcales, si bien es en el estudio del curso de sus vidas, donde se observan numerosas evidencias que pueden dar lugar a la configuración o consolidación de otros modelos alternativos de masculinidades basados, de manera particular, en la superación del machismo, la homofobia, la misoginia y de cualquier tipo de discriminación que atente contra las personas sin falta de motivo aparente, en la toma de conciencia de valores relacionados con la empatía, la solidaridad, el compañerismo y la confraternización, en la implicación constante en la provisión de los cuidados, y en el abrazo permanente del feminismo, entendido no como quieren hacer creer los medios de comunicación (como un ataque de odio contra los hombres), sino como un espacio de confraternización liderado por mujeres, en el que se necesita, también, de la participación de los hombres para avanzar en la lucha por la igualdad de género.

Durante el transcurso de la historia de vida, se pone constantemente en evidencia el proceso vivenciado por Eduardo con respecto a la deconstrucción patriarcal de la masculinidad, basado, de manera sustancial, en oposición a los mandatos de género establecidos por el patriarcado. En este sentido, él mismo indica no haber tenido referentes masculinos que le hubieran servido de ejemplo en el proceso de construcción de otro modelo alternativo o disidente con respecto a la hegemonía de género. Lejos del ideal de hombre fuerte, valiente, agresivo o violento, Eduardo siempre ha sido un chico tímido, reservado, imaginativo y deseoso de aprender de

todo aquello que su abuela le enseñaba en casa; un niño amable, cariñoso y comprometido con el cuidado de su familia. Es más, de los tres hermanos, Eduardo es quien se ocupa principalmente de ayudar a su abuela en casa, él prepara muchas veces la cena para que cuando llegue su padre del trabajo y puedan comer todos juntos en familia.

Desde una mirada subjetiva, Eduardo indica que el proceso de deconstrucción de su masculinidad ha supuesto numerosas desavenencias tanto para él mismo como para su entorno familiar más cercano. De hecho, desde que es pequeño recibe constantes burlas y amenazas por parte de su hermano mayor, quien no duda en calificarlo rápidamente de homosexual. Al principio, Eduardo parecía sentirse bastante incómodo por las constantes agresiones verbales de su hermano, pero con el paso del tiempo, la situación se va relajando. Pese a ello, ha permanecido siempre la sospecha latente de que Eduardo pudiera ser homosexual. De hecho, su propio padre no dudó en preguntarle en una ocasión, y uno de sus mejores amigos también lo hizo. Así pues, parece que los hombres que no compiten ni obedecen a los preceptos del patriarcado pagan un coste muy alto por no ser como los demás. Desde siempre, Eduardo ha sufrido constantes burlas o humillaciones por parte de su hermano, y nadie o casi nadie, ha hecho nunca nada para evitarlo.

Como resultado de esta situación de confrontación con respecto al modelo de masculinidad tradicional, Eduardo indica sentirse incomprendido en muchos aspectos de su vida, por cuanto que él mismo entiende que se desvincula casi por completo del modelo universal de masculinidad. Pese a ello, su socialización de género continúa siendo la misma que para el resto de los hombres que conviven en las sociedades patriarcales. Así, de manera constante, Eduardo recibe numerosos mensajes por parte de sus propios familiares: «los niños no lloran», «no corras como un niño», «los hombres son fuertes», «aprende a defenderte con tus puños», o «se fuerte como tu padre». En este sentido, es su hermano quien constantemente le repite que llorar es cosa de niñas, un acto despreciable, ya que para ser un hombre de verdad debe ser capaz de reprimir las emociones. Por este motivo, Eduardo siempre ha evitado llorar en público e intentaba que nadie pudiera comprender cómo se sentía ante una situación determinada.

Desde que es pequeño, Eduardo aprende a conformar su masculinidad por medio del asentimiento de todo aquello relacionado con la feminidad. A diferencia de la mayoría de los niños socializados en el rechazo absoluto hacia el género femenino, Eduardo trata a las niñas de la misma manera en la que trata a los niños. Desde un primer momento, él no siente ningún tipo de desprecio por las niñas, sino que entiende rápidamente que niños y niñas son iguales, salvo por las diferencias sexuales. Es más, él mismo indica que buena parte de su infancia ha estado rodeado de niñas. En el colegio, Eduardo ha jugado siempre con niños y con niñas, y en casa, también ha jugado mucho con sus hermanos. Pese a ello, es cierto que casi siempre Eduardo ha tendido más a jugar con las niñas que con los niños. De hecho, él mismo recuerda que por las tardes, jugaba en casa a las muñecas con su hermana, pero que no solía hacerlo en el colegio por la vergüenza que le daba vaya que se rieran o metieran con él.

De manera paralela, Eduardo comienza a construir su masculinidad mediante un proceso jerárquico de género, de manera que, tras la usencia de la madre, él mismo empieza a tomar conciencia de los diferentes mandatos patriarcales que impone el modelo de masculinidad tradicional, en especial, por medio de la observación directa de su entorno social más cercano: la propia familia, las instituciones educativas y los diferentes medios de comunicación audiovisual. Pese a la amplia variedad de elementos que permean en la construcción de la masculinidad de Eduardo, son los hombres de su entorno familiar más cercano, en especial su hermano y su abuelo quienes, de manera directa, condicionan la conformación de la masculinidad de Eduardo. En este sentido, si bien conocen la preferencia del mismo con respecto a los juguetes infantiles, ambos lanzan hacia él constantes mensajes patriarcales con el propósito de coaccionar la libertad de expresión de Eduardo con respecto a su masculinidad. Así, son frecuentes los mensajes del tipo: «los niños no lloran», «no llores como tu hermana», «no corras como un niña», «se fuerte como tu padre», «se fuerte como tu abuelo», «tienes que parecerte a tu hermano», o «aprende de tu hermano, él sí que fuerte, valiente e inteligente».

Más adelante, en la adolescencia, Eduardo intenta mostrar por todos los medios posibles la valía de su masculinidad sin el rechazo o el odio aparente hacia las mujeres. En este sentido, más que hacer acopio de conquistas con las que mantener

relaciones sexuales esporádicas, Eduardo intenta buscar una chica con la que poder compartir sus aficiones, sin ningún tipo de compromiso por ello. Dicho de otro modo, Eduardo entiende que las relaciones de pareja no deben basarse en la imposición de los gustos de una persona sobre otra, sino que ambos deben decidir de manera deliberada cómo pasar el tiempo juntos. En este sentido, él mismo comienza a desmitificar la construcción sociocultural del amor romántico, dado que Eduardo no se concibe a sí mismo como un príncipe azul o un Don Juan de telenovela que, con su fuerza o sus músculos va a salvar a una chica de las garras de un monstruo malvado, sino que él es un chico torpe, débil, y tenue, pero que su compromiso y su cariño hacia los demás es puro. Esta forma de entender la vida supone el distanciamiento agravado con respecto a la pandilla de amigos. Así, pese a no formar parte exclusiva de una camaradería de pares masculinos, con el tiempo comienza a distanciarse de casi todos sus amigos. No obstante, dos de ellos son quienes hacen que Eduardo se sienta vinculado al grupo de iguales.

Por último, cuando es todo un adulto, Eduardo comienza a entender muchas de las acusaciones en las que se ve envuelto en diferentes momentos de su vida. En este sentido, cuando inicia sus estudios en la universidad empieza a tomar conciencia de la necesidad de vincularse a diferentes espacios que luchan por erradicar las desigualdades de género. Entre tanto, también persiste el intento de buscar un trabajo que pueda dar sentido a su vida, no basado en el éxito o en la competencia, sino en la propia capacidad de desarrollar las habilidades o destrezas de cada persona sin minusvalorar las cualidades de los demás. Pese a que Eduardo decide de manera voluntaria distanciarse de los mandatos de género dictaminados por las sociedades patriarcales, su propio entorno familiar le insta constantemente a casarse y formar una familia. Es lo que la sociedad espera de él y no puede defraudar a los miembros de la fraternidad masculina, a pesar de que para muchos miembros de su entorno familiar o social más cercano, es un traidor que atenta contra el género masculino. Él no duda en considerarse como un aliado del feminismo, se siente cómodo en ese espacio intelectual y colectivo que no busca acabar con los hombres, sino que intentan aportar una visión de igualdad en la que se reconozca su posición con derechos y libertades propias.

La masculinidad de Eduardo: otras formas de ser hombre son posibles

En términos generales, la construcción de la masculinidad de Eduardo comienza mucho antes de que él mismo llegue al mundo. Desde el momento en el que su madre anuncia que está esperando un bebé varón, rápidamente toda su familia comienza a elaborar expectativas sobre el género masculino. Es posible que su madre piense que al tener un niño no se va a sentir tan apegada a él, incluso puede pensar que el niño no va a ser atento con las personas que tiene a su alrededor. Por este motivo, comienzan a aparecer ciertas dudas sobre cómo será: ¿sacará la labia de su padre? ¿será cariñoso? ¿estará pendiente de mí? ¿cuidará en el colegio de sus hermanos o hermanas?. También empiezan a aparecer los miedos que pueden afectar a su masculinidad, y la madre dirá con anhelo: «que sea alto como su padre», «que no sea débil», «que sea fuerte como su abuelo», etc. Todas estas cuestiones pasan a formar parte del imaginario colectivo de los padres, de modo que los mismos establecen el recorrido vital de su hijo en función de su sexo: pintan la habitación de color azul, compran las sábanas azules, decoran la habitación con nubes y compran cualquier vehículo de motor que permita identificar a primera vista el sexo del bebé.

Por otra parte, la familia y las amistades también compran numerosos detalles para el niño. Como saben el sexo del bebé, todo lo que compran tiene el mismo color: pantalones, patucos, tocas, gorros, camisetas, pijamas y todo lo demás, en color azul. El padre de Eduardo ha sacado el carnet club de fútbol de la ciudad donde viven, incluso ha comprado una vestimenta del equipo para su hijo. Si alguien le cuestiona este hecho dice en público: ¿Qué tiene eso de malo? ¡Tendrá que compartir aficiones con su padre, digo yo! Así, antes de que Eduardo nazca, tiene la habitación perfectamente organizada para que, de manera sutil, pueda hacerse una idea de lo que le espera. Nada más nacer, solo por tener pene recibe las primeras muestras de afecto por parte de su entorno familiar más cercano de una forma bastante específica: su padre le habla en tono fuerte y lanza mensajes como: «Vas a ser el terror de las niñas», «Tienes que hacerte mayor para jugar a la pelota con los niños». Su abuelo, lo coge en brazos y dice con los ojos llorosos este es un *Martínez*, seguro que va a ser todo un hombretón. Desde un primer momento, cuando su madre le cambia el pañal, su abuela hace un comentario del tipo «está bien dotado» haciendo

referencia a su pene. Cuando su padre le da besos, su sobrina le dice que no lo haga, que saldrá blandengue.

Con el paso del tiempo, Eduardo crece y en su primer cumpleaños, tiene miles de regalos, un coche teledirigido, un robot, una excavadora, un camión, una moto, un dinosaurio de peluche, etc. En Navidad, le regalan un peluche de Spiderman, mientras que a su prima, que también está ese día, le regalan una barbie y un carrito de la compra. Para Eduardo, el carrito de la compra y la barbie son mucho más divertidos, pero sus padres, sus tíos, sus abuelos y toda la gente de su entorno intentan hacerle entender que esas cosas no son para él. Incluso, el hermano mayor, que ya ha aprendido a menospreciar e infravalorar a las mujeres comenta: «Hay que tener cuidado con este niño por si sale marica». En la medida en la que el Eduardo crece, la diferencia de socialización de género se incrementa. Así, cada vez que se cae y se hace daño, su abuelo y su hermano le dicen «los niños no lloran». Cuando se queja porque su hermano le ha hecho algo, su abuelo le dice «los niños no se quejan». Cuando corre mal, su hermano le dice «corres como una niña». Por tanto, Eduardo entiende rápidamente que las niñas hacen mal las cosas y tiene que aprender a distanciarse de ellas. No obstante, los problemas devienen cuando Eduardo, no solo no quiere distanciarse de ellas, sino que interioriza muchos de los aspectos socializadores de género femenino, y ve a las niñas y a las mujeres como sus iguales. Así, en numerosas ocasiones Eduardo recibe numerosas burlas y humillaciones por parte de los hombres de su entorno social más cercano, en especial de su abuelo y de su hermano.

Desde un primer momento, Eduardo toma conciencia de la masculinidad por medio de su entorno social y familiar más cercano. Los hombres de la familia intentan transmitirle buena parte de los mensajes culturales que impone el patriarcado. Sin embargo, desde que es pequeño, Eduardo comienza a sentirse diferente al resto de los chicos. Le gusta jugar con su hermano y pasar tiempo haciendo las cosas que hacen los hombres de la casa, pero, en especial, le encanta pasar el tiempo con su abuela. Desde este punto de vista, es su abuela quien proyecta en él la necesidad de que pueda heredar los conocimientos que, de manera informal, siempre se han transmitido entre las mujeres de las diferentes generaciones familiares. Así, mientras que Eduardo aprende a jugar al fútbol con su hermano, su abuela le enseña

también a cocinar, limpiar, hacer la compra, planchar, e incluso, a coser las roturas de la ropa escolar. Desde este punto de vista, Eduardo crece en la ambivalencia entre tener que aceptar los preceptos predispuestos por el modelo hegemónico de masculinidad o continuar aprendido de las enseñanzas transmitidas por su abuela en el interior del hogar familiar. Así, cada vez más, Eduardo comienza a interiorizar aspectos relacionados de manera circunstancial con la feminidad: es cariñoso con su familia, se preocupa demasiado por los demás, está siempre dispuesto a realizar cualquier actividad en el hogar y muestra una conexión especial con las mujeres de la familia.

En la medida en la que Eduardo crece, comienza a ser consciente de la situación de complejidad en la que transcurre su vida. Si bien los medios de comunicación social transmiten el ideal de un modelo hegemónico de masculinidad basado en la fortaleza, la astucia o la valentía, Eduardo pronto indica no sentirse identificado con esa imagen masculina que venden en las series o en las películas de la televisión. Pese a ello, es cierto que suele pasar su tiempo viendo series de dibujos animados con sus hermanos y juega con ellos a imitar a muchos de los personajes que aparecen de manera frecuente en las películas. Él siempre tiende a escoger a los personajes secundarios de las series o películas, es decir, a aquellos que, pese a no ser fuertes o valientes, con suma inteligencia, logran resolver los problemas que se le plantean. En este sentido, es su propio hermano quien, rápidamente comienzan a tachar a su hermano de homosexual, por cuanto que siempre tiende a hacer todo lo que hacen las mujeres en casa, así como a alejarse de los gustos o preferencias de los chicos con respecto a los juguetes o las series que programan en la televisión. Como resultado, Eduardo aprende a mutilarse emocionalmente, en la medida en la que intenta no poner en evidencia sus propios sentimientos, así como a mostrarse en público de un modo diferente a como es en casa.

Esta situación provoca en Eduardo numerosos conflictos personales, por cuanto que no entiende los motivos que lo hacen ser o sentirse diferente al resto de los hombres de su entorno social o familiar más cercano. Así, él mismo se convence en el hecho de tener que parecerse a su propio hermano y, conforme va creciendo, comienza a imitarlo en diferentes aspectos cotidianos en el plano social. En lo que respecta al ámbito familiar, Eduardo sigue unido de manera estrecha con su abuela, y continúa

haciendo todo lo que ella le ha transmitido durante todo este tiempo. Tanto es así que, llegado el momento de la muerte de ella, Eduardo se siente responsable de las labores del hogar. La pérdida de su abuela, no solo implica que Eduardo tenga que responsabilizarse de las tareas domésticas, sino que también pasa a sentirse desprotegido de todas las ofensas que recibe por parte de sus hermanos. Como consecuencia de esta situación, Eduardo siente que su vida no tiene sentido, si bien ha perdido a la persona más importante de su vida. Así con todo el vacío existente, lejos de refugiarse en casa, él mismo comienza a salir a la calle, entabla nuevas amistades en el colegio y sale de manera frecuente con la pandilla de amigos.

El grupo de pares masculino está constituido por varones adolescentes que, tan inseguros en lo que respecta a la conformación de la masculinidad hegemónica o tradicional, establecen numerosas actividades con la finalidad de comprobar cuan hombres son. Por lo general, estas actividades rinden culto a la violencia, a la fuerza y a la agresividad. En este sentido, Eduardo pasa nuevamente a ser tachado de homosexual, si bien no logra superar ninguna de las pruebas impuestas por el grupo de amigos. La masculinidad debe demostrarse públicamente por medio de prácticas sociales o narraciones de los propios hombres y siempre va a estar sometida al juicio de los varones que, inseguros de su propia imagen patriarcal, no hacen más que elevar los estándares tradicionales de la masculinidad. Así, Eduardo pasa rápidamente a ser considerado un propio traidor entre los hombres, en la medida en la que no representa ninguno de los atributos que caracterizan el modelo hegemónico de masculinidad. En lugar de ser valiente, fuerte o agresivo, Eduardo continúa siendo el mismo niño al que le encantaba pasar las tardes con su abuela en casa, pero las circunstancias actuales, lo obligan a adaptarse a un nuevo entorno social caracterizado por la propia crueldad de los pares masculinos.

¿Una nueva masculinidad o el olvido de la idea de la masculinidad?

En el momento actual, diferentes entornos activistas, académicos y sociales han comenzado a popularizar el término «nuevas masculinidades» en el intento de nombrar el camino de transformación personal, social y política que han iniciado

algunos hombres para promover la igualdad de género. Este concepto, ubicado en la imprecisión y en la ausencia de consenso académico, no contempla la posibilidad real de iniciar una andadura feminista hacia otros modelos alternativos o disidentes de masculinidad basado en el rechazo público y privado de los mandatos de género tradicionales impuestos por el patriarcado (Téllez et al., 2021). De hecho, el concepto de “nuevas” pretende poner en evidencia las adaptaciones realizadas por los hombres heterosexuales con el propósito de revalidar los preceptos patriarcales del modelo de masculinidad hegemónico o tradicional (Ranea, 2021).

Dicho de otro modo, las nuevas masculinidades remiten a una maniobra de actuación social por parte de los hombres heterosexuales para adaptarse a los nuevos tiempos del feminismo sin tener que cuestionar los preceptos hegemónicos que delimitan el modelo de masculinidad tradicional. Así, en el intento de caminar hacia otras formas de ser o sentirse hombre, los nuevos varones no abandonan los privilegios que ellos mismos obtienen en función de su sexo, como la necesidad de reconocimiento social, la cosificación de las mujeres, la ocupación de los espacios públicos o la mercantilización del cuerpo de mujeres y niñas, entre otras muchas cuestiones. Desde este punto de vista, parece que el planteamiento social de las nuevas masculinidades queda reducido a una simple cuestión estética, un discurso abanderado desde la mera superficialidad masculina que intenta promover un cambio sustancial pero que no es tal su propósito.

Eduardo muestra de manera constante su disconformidad con respecto al concepto de las nuevas masculinidades, si bien entiende que este término no es válido para denominar a aquellos hombres preocupados e interesados en romper con el ideal de masculinidad hegemónica o tradicional. Él mismo indica que para promover el cambio en los hombres no son necesarias las etiquetas estéticas, sino que debe realizarse un ejercicio de desempoderamiento masculino y de escucha activa a las mujeres, que son quienes han permanecido históricamente silenciadas por imposición de los varones. Así, además de poner de relieve la propia humildad personal, también es necesario mostrar al público el relato de la disidencia masculina, en especial, para contrarrestar el poder de la narrativa hegemónica de la masculinidad patriarcal. Dicho de otro modo, Eduardo sostiene que no es necesario establecer etiquetas que puedan dar lugar a interpretaciones erróneas con respecto

al propósito inicial, que no es más que trabajar de manera colaborativa en pro de las masculinidades igualitarias. En pocas palabras, las masculinidades igualitarias remiten a una transformación real de los hombres que buscan superar el modelo hegemónico de la masculinidad tradicional por medio de la ruptura de las estructuras androcéntricas que comprenden las sociedades patriarcales.

La masculinidad, en un mundo androcéntrico y con una posición social privilegiada, sigue poniendo el freno a muchos de los procesos de cambio que se están dando, y aunque existen nuevas prácticas para los nuevos tiempos hay que seguir preguntándose si aquello que se está dando es una transformación real o simplemente una acomodación paulatina a los nuevos tiempos para que la masculinidad hegemónica no pierda la centralidad que le ha aportado históricamente el sistema patriarcal (Cascales, 2019, p. 237).

Con todo ello, Eduardo va un poco más allá en su discurso de deconstrucción de la masculinidad e indica de manera constante la necesidad de abolir el género. Así, él mismo destaca que la única vía posible para mejorar la situación de incertidumbre en la que viven las mujeres y los hombres consiste en destruir el propio concepto de masculinidad. Este acto de abolición del género, no solo es un beneficio exclusivo de las mujeres, que pueden dejar de ser víctimas de una sociedad desigual, sino que también es un beneficio propio para los hombres, en tanto que pueden mostrar sus vulnerabilidades a pecho descubierto, sin tener que demostrar que para ser hombres es imprescindible no llorar. En las sociedades patriarcales, ser hombre es agotador, ya que los varones se sienten constantemente presos de unos miedos o de unas normas no escritas que les impiden sentirse libres para ser ellos mismos, así como para hacer lo que buenamente quieran en un momento determinado sin el miedo constante a la tiranía del “qué dirán”.

El término género es una aportación elaborada por el feminismo que permite explicar con claridad el funcionamiento del patriarcado, dado que revela, desde un primer momento, que las personas no nace con un género determinado, sino que es una categoría que se impone y se construye según el sexo con el que se nace. Visto así, el género es la herramienta que emplea el patriarcado para mantener la

desigualdad, en la medida en la que constituye una jerarquía en la que existen género opresores, los hombres, y género oprimidos, las mujeres. A los hombres, el género les exige ser dominantes, fuertes, aventureros, arriesgados, valientes, y a las mujeres, ser objeto de deseo de los hombres, en especial, por medio de la belleza, la prostitución o la pornografía. Por este motivo, Eduardo sostiene que la solución a los problemas que derivan con respecto a la masculinidad consiste en abolir el género, o al menos a ser críticos con él, y eliminar las construcciones sociales que se establecen por medio de roles o estereotipos. Desde este punto de vista, si las personas se liberan del género, se puede empezar a construir relaciones igualitarias basadas en la libertad. En pocas palabras, el planteamiento de Eduardo es acabar con la jerarquía establecida por las construcciones de género y crear un nuevo orden social en el que desaparezcan por completo las relaciones desiguales de poder entre las mujeres y los hombres.

Los hombres y la igualdad con las mujeres: la reacción de Eduardo al feminismo

“Feminismo” es una palabra que incomoda, un impertinente que cuestiona el orden establecido cuando las mujeres toman conciencia de las discriminaciones estructurales que sufren por la única razón de ser mujeres y deciden organizarse para cambiar la sociedad. Con más tres siglos de historia a sus espaldas, el feminismo es un desconocido para la academia, que todavía no se han preocupado en redactar una definición del mismo. De Miguel (2015) indica que el feminismo es tanto un movimiento social como una forma de vivir la vida desde la mirada crítica de la sociedad. En otras palabras, el feminismo es una perspectiva social que ofrece una relectura del pensamiento occidental, en la medida en la que propone una concepción del ser humano basada en la visión no androcéntrica de las condiciones de vida. La disputa sobre el feminismo comienza desde su propia definición. De hecho, desde sus orígenes, el feminismo ha ido acuñando nuevos términos que han sido rechazados por el poder y la autoridad, en especial, por la Real Academia

Española. La búsqueda de la definición de Feminismo en la Real Academia Española, edición vigesimotercera, 2014 arroja el siguiente resultado:

Feminismo:

1. m. Principio de igualdad de derechos de la mujer y el hombre.
2. m. Movimiento que lucha por la realización efectiva en todos los órdenes del feminismo.

La doctrina feminista se ha construido con el propósito de establecer que las mujeres son las demandantes de su propia vida. Desde este punto de vista, ni el hombre es el modelo al que las mujeres deben equipararse, ni tampoco son el neutro que pueden emplearse como sinónimo de personas. En el movimiento feminista, las mujeres toman conciencia de la opresión y discriminación que sufren por parte de los hombres y reivindican con dignidad y libertad sus derechos, al tiempo que intentan construir una sociedad justa y realmente democrática. En esto consiste el feminismo, en transformar las relaciones entre hombres y mujeres para vivir sin un destino marcado por el sexo con el que se ha nacido. Las principales víctimas de la construcción de la masculinidad tradicional son las mujeres, pero los hombres, además de victimarios, también son víctimas de sí mismos. Tal como indica Bourdieu (2000):

Los hombres también están prisioneros y son víctimas de la representación dominante. Al igual que las tendencias de sumisión que esta sociedad androcéntrica transmite a las mujeres, aquellas encaminadas a ejercer y mantener la dominación por parte de los hombres no están inscritas en la naturaleza y tienen que ser construidas por este proceso de socialización denominado masculinidad hegemónica. (pp.67-68).

Desde este punto de vista, cabe señalar que la masculinidad no es única o universal, sino que se aprende mediante los diferentes relatos de la cultura y de la socialización de género, primero con la familia o el entorno social más cercano, y después en los diferentes contextos educativos (Sambade, 2020). Asimismo, es diferente para cada época y cultura y, por lo tanto, en todas sus versiones se aprende, y se puede

cambiar. En líneas generales, este es el discurso que sostiene Eduardo con respecto al feminismo, si bien se ha documentado sobre el mismo por medio de diferentes documentos bibliográficos que le ha recomendado su pareja, María. Cabe señalar, además, que María es una mujer abanderada del feminismo, lo que ha hecho que Eduardo pueda conocer en profundidad las bases teóricas que conforma este movimiento social de lucha contra las desigualdades estructurales por cuestiones de género. Para él, los cambios que plantea el feminismo no pueden resumirse en una apariencia estética de cara al entramado social, sino que se deben realizar cambios a nivel personal para promover una identidad de género comprometida con la igualdad de género.

Eduardo cuestiona su propio rol como hombre en las sociedades patriarcales e insta a reconocer a los varones como principales responsables del mantenimiento de la subordinación social de las mujeres, en la medida en la que realiza una autocrítica del poder masculino. De conformidad con el movimiento feminista, Eduardo indica sentirse como un compañero más en la lucha, defensor de la igualdad desde la vivencia personal y social. Es más, siempre parece dispuesto a aprender de las compañeras feministas para conseguir una convivencia igualitaria entre hombres y mujeres. Él mismo indica que los hombres no pueden ser los protagonistas de esta lucha, sino que son las mujeres quienes deben liderar este movimiento, mientras ellos acompañan desde el profundo compromiso ético esta revolución pacifista que pretende acabar de una vez por todas con el patriarcado.

Aceptar a las mujeres como sujetos iguales, como interlocutoras o ciudadanas de un nuevo contrato social, no es tarea fácil para los varones. Pese a ello, cabe señalar que, a lo largo de la historia, sí que ha habido diferentes hombres que han entendido o compartido la lucha del movimiento feminista. Así, en la extensa tradición occidental del pensamiento machista, aparecen notables excepciones de hombres aliados o comprometidos con la causa feminista como Condorcet, Poullain de La Barre, John Stuart Mill, Adolfo Posada, Miguel Lorente, José Luis Rodríguez Zapatero, Octavio Salazar, Franches Belenguer, Justin Trudeau, o Pau Gasol, entre otros muchos hombres que cada vez más no dudan en calificarse como feministas. El más destacado de todos estos hombres igualitarios es, sin ninguna duda, John Stuart Mill, quien en 1869 publicó su obra titulada "*La sujeción de las mujeres*". En ella, reivindica

el igual acceso de las mujeres a la educación y a la vida pública, así como un modelo de familia en el que el poder no correspondiese en exclusiva al marido. Esta obra fue traducida al español por Emilia Pardo Bazán: una escritora pionera española en reivindicar una educación para las mujeres que no las redujera simplemente al papel de esposas y madres.

En cualquier caso, ubicar a los hombres en los espacios feministas permite a los mismos descubrir herramientas que puedan impulsar la implicación de los varones en la búsqueda efectiva y real a favor de la igualdad de género, por cuanto que comienzan a asumir como propio el conjunto de ideas, propuestas o planteamientos a favor de una sociedad igualitaria sin discriminación por razón de sexo. Así pues, resulta difícil pensar que se pueda producir un cambio social profundo y duradero en beneficio de la igualdad de género sin que tanto hombres como mujeres, de manera colaborativa, pueda trabajar a favor del mismo. El trabajo que deben realizar los hombres dentro de los espacios feministas implica, en primer lugar, tomar conciencia de que, lejos de ostentar el ideal de ser humano, los hombres también tienen género y, al igual que ocurre con las mujeres, los varones son construidos social y culturalmente. En vista de que las identidades de género se fraguan en un orden desigual, la masculinidad patriarcal, ubica a los hombres en un lugar privilegiado, y los socializa para el poder. Estos hábitos, además, están enraizados en la división del mundo por medio de binomios jerarquizados, en lo que todo lo vinculado a los hombres tiene más valor y autoridad que lo que se designa a lo femenino. Así, los hombres deben tener en consideración esa posición de poder, y renunciar a los dividendos patriarcales, asumir las responsabilidades en el ámbito doméstico y familiar, y superar esa concepción del amor y de la sexualidad basada en el dominio masculino.

En segundo lugar, deben argumentar ese cambio personal desde la posibilidad de crecer como personas justas e igualitarias. Así, lejos de los costes emocionales que implica adaptarse al modelo hegemónico tradicional, los hombres que acceden a los espacios feministas comienzan a reconocer como propios valores relacionados con la emotividad, la vulnerabilidad y la interdependencia, condiciones todas ellas devaluadas por su identificación con la femineidad y que disponen hacia el trato justo y solidario con las mujeres y con otros hombres. Con todo ello, cabe señalar

que la transformación masculina, no solo es posible desde el mero voluntarismo personal, sino que, inmersos en el espacio feminista, se deben apoyar e implicar en las políticas feministas, sin usurpar ni su voz ni su protagonismo. Esta situación debe ser la prioritaria para los hombres comprometidos con el feminismo, conscientes de que “lo personal es político”, pero además de la transformación personal, también es necesaria una acción política sin la que no será posible la revolución que las mujeres llevan siglos esperando.

De hecho, Eduardo muestra su inconformidad con respecto a los preceptos sexistas que conforman las sociedades patriarcales. Es más, indica no sentirse cómodo con los mandatos de género, así como con las ideas preconcebidas sobre ser hombre en las que ha sido socializado. Queda mucho camino por recorrer para conseguir la igualdad de género, y los hombres deben pasar a cuestionar sus aprendizajes, sus identidades y sus ventajas en un marco socializador diferenciado que apremia a los hombres en función de su sexo. Al plantear si el feminismo debe ser un espacio de diálogo abierto que pueda incorporar la participación de los hombres, surgen numerosos debates que versan sobre el propio carácter del feminismo. Esto es, si este espacio de lucha y cambio social es exclusivo de las mujeres, en tanto que han sido ellas quienes han sufrido fundamentalmente la opresión sexista y la desigualdad estructural, o si, por el contrario, el sujeto político de esta lucha emancipadora puede estar formado por todas aquellas personas que muestran su voluntad o convencimiento de que los derechos humanos deben ser patrimonio de la ciudadanía y se debe trabajar de manera colaborativa para hacer desaparecer las desigualdades sexistas.

Bajo mi punto de vista, considero que no existen respuestas sencillas a estas cuestiones. Los hombres no son discriminados por el hecho de ser hombres, como tampoco soportan la desigualdad y la discriminación sexista a la que se enfrentan cotidianamente las mujeres. No obstante, es cierto que muchos hombres y mujeres participan en otras luchas sin verse afectados o afectadas directamente y, como parte de la ciudadanía, intervienen porque las situaciones de injusticia aparecen de manera insostenible y deben desaparecer. Es claro que los colectivo afectados por una discriminación deben ser sus protagonistas principales, sus voces y sus referentes, pero la defensa de la igualdad supone un esfuerzo cívico al margen de si

son hombres o mujeres quienes la secundan. No se trata de cuestionar el protagonismo o liderazgo de las mujeres en los espacios, sino de construir una base social lo más amplia posible para lograr unas sociedades democráticas libres de discriminaciones por cuestiones de género.

En el intento de evidenciar la necesidad de incorporar a los hombres a los espacios feministas, Eduardo indica que los principales problemas a los que se enfrentan tienen que ver con la mirada social de los hombres como identidad homogénea. Dicho de otro modo, cabe señalar que no todos los hombres son iguales. Puede que esto suene a excusa barata, pero esa no es la cuestión principal. Los hombres se comportan de muchas maneras distintas, con actitudes más o menos favorables a la igualdad de género y cada uno debe reseñarlo sin miedo a que esa diversidad pueda ocultar la existencia de discriminación. En este sentido, la diversidad de opiniones o consideraciones al respecto, deben considerarse como avances conseguidos gracias, fundamentalmente al feminismo. El propio Eduardo afirma que resulta duro reconocer que formas parte de un grupo que tiene privilegios y ventajas sociales, pero tomar conciencia de los privilegios es imprescindible para poder acabar con ellos. Así, él mismo sostiene que, incluso posicionándose a favor de la igualdad de género y en contra de las discriminaciones, por el simple hecho de ser socializado por el género masculino, puede disfrutar cotidianamente de muchos privilegios. No obstante, es consciente también de que disfrutar de un privilegio, no implica favorecerlo o mantenerlo. Así, mensajes del tipo «todos los hombres son iguales», «los hombres son unos cerdos», «todos los hombres piensan con lo mismo...», o «todos los hombres son unos agresores» no son ciertos, ni tampoco resultan útiles para dar cuenta de la incipiente participación de los hombres en favor de la igualdad de género; por el contrario, hacen que buena parte de los hombres comiencen a adoptar posiciones defensivas al respecto.

Para conseguir el cambio en los hombres. Eduardo indica que el punto de partida pasa por apelar a la responsabilidad personal. Este primer paso consiste en preguntar sin ningún tipo de rodeo a los hombres sobre qué están haciendo en la lucha por la igualdad de género, y no solo es posible pensar en el propio marco de la individualidad, sino que deben comprometerse de manera pública en la lucha activa por los derechos de las mujeres. Otro posible paso consisten en trabajar o militar en

espacios, agrupaciones o redes de hombres por la igualdad de género, por cuanto que ofrecen una posibilidad interesante para trabajar de manera individual y colectiva las masculinidades, al tiempo que fomentan la igualdad de género. Esta doble vertiente intenta establecer también un equilibrio entre el trabajo individual y el propio activismo público. En este camino de rosas y espinas, se debe trabajar por la diversidad de masculinidades o, mejor aún, por la desaparición de las identidades cerradas de género y que no hacen más que perpetuar las estructuras de poder que discriminan a las mujeres.

Si las mujeres han sido capaces de transformar el mundo, de hacerlo más habitable y democrático en clave de paz, conmueve y emociona profundamente, tanto en su dimensión personal como política, la posibilidad de imaginar que podríamos lograr si los hombres nos sumásemos de forma decidida, constante y consciente a esa transformación global, que ha demostrado ser eficaz y que nos está esperando. ¿Podéis imaginar qué ocurriría si restásemos violencia a nuestras vidas? ¿Si idolatrásemos el cuidado como el espacio central e imprescindible de la existencia humana frente a la explotación y la competitividad imperantes? ¿Cómo serían nuestras vidas si fuéramos capaces de transformar el miedo en confianza y el poder en compromiso con la ternura? ¿Cómo sería, para miles de mujeres, un mundo en el que los hombres renunciasen a pagar, desde el poder y el privilegio, por sexo? ¿Y si fuéramos capaces de escuchar, valorar y aprender de las mujeres? ¿Cómo sería la vida en el planeta que habitamos con millones de hombres transitando por identidades nuevas, pacíficas, cuidadoras, sensibles, vulnerables y equitativas? Sin duda, sería la mayor *re-evolución* de la historia de la humanidad. La buena noticia es que ya está aquí, ya ha comenzado, y por fortuna no está fuera, no es inalcanzable (Bacete, 2017, pp.78-79).

Paternidades que transforman: el medicamento necesario para combatir la desigualdad

Aproximadamente, el 80% de los hombres españoles serán padres a lo largo del transcurso de su vida. De hecho, todos los hombres, en mayor o menor medida,

interactúan con niños o niñas en numerosos momentos de la vida. Bien sean padres, padrastros, novios, hermanos, tíos, abuelos o primos, la implicación de los hombres en la provisión de los cuidados impacta de un modo u otro en la vida de los niños o las niñas, así como en el trascurso de la vida de cada uno de los miembros de la familia (Bacete, 2017). Los padres, por ausencia o presencia, transmiten ideales de género basados en la creencia de lo que se supone que debe ser un hombre de verdad. Estos mandatos de género tradicionales establecen la interiorización estructural de un modelo de masculinidad tradicional que limitan las expectativas vitales de los niños. Desde esta mirada crítica de la realidad, cada vez más, diferentes estudios indican que la implicación de los hombres en la provisión de los cuidados comprende un elemento clave para la transformación social de la realidad patriarcal hacia posicionamientos democráticos en clave de igualdad.

Si bien el cambio de los hombres en favor de la igualdad de género es una de las cuestiones principales que demandan las actuales sociedades occidentales, el cuidado de los hijos o hijas comprende una de las principales medidas familiares que promueven el cambio democrático en los hombres. Desde este punto de vista, los varones que se enfrentan a una paternidad presente tienen la posibilidad de establecer o promocionar un nuevo modelo de paternidad basado en la provisión de muestras de afecto a sus hijos o hijas. En este sentido, desde el momento en el que los hombres comienzan a preocuparse por el estado del bebé o de la madre en los primeros meses de gestación, se puede afirmar que emerge un modelo de paternidad alternativo o disidente con respecto al modelo del padre ausente. Estas nuevas formas de ser padre proceden, principalmente, de los cambios establecidos por la lucha del movimiento feminista que, cansadas de mantener el anonimato en los espacios privados, comienzan a reivindicar la participación de las mismas en diferentes sectores del plano social.

Desde mi humilde punto de vista, si tuviera la capacidad de elegir un modelo de referencia para este nuevo modelo de paternidad comprometida con el cuidado de las hijas o hijos puede ser, sin ninguna duda, Carles Capdevila. Este periodista y guionista español, fallecido en 2017, se definía a sí mismo como «muy aficionado a la educación». En sus conferencias, Carles identificaba cinco sentidos básicos imprescindibles para tener en cuenta a la hora de educar a un niño o niña: el sentido

común, el sentido del ridículo, el sentido del deber, el sentido moral y el sentido del humor. Así, a los hijos e hijas se los educa en valores y, dado que los valores se imitan, los padres deben de estar constantemente presentes en las diferentes etapas de crecimiento de los hijos o hijas. Como resultado, los hijos o hijas comienzan a mostrar un desarrollo o comportamiento escolar especialmente saludable que tiende a extenderse a lo largo del transcurso de la vida. En el caso contrario, la ausencia o desentendimiento de los padres produce enormes costes económicos y sociales para las propias familias, en tanto que es sola la madre quien debe de sacar por todos los medios posibles a sus hijos o hijas hacia adelante.

Desde un primer momento, Eduardo narra en detalle el proceso de preparación a la paternidad. La mañana en la que María le comentó que estaba embarazada, comenzó a temblarle todo el cuerpo. Después de todo el duro proceso y de todas las dificultades que vivenciaron juntos no podía creérselo. Los dos acordaron decirlo en una fiesta sorpresa que habían preparado para los familiares más cercanos y todos mostraron signos de una inmensa alegría. En un principio, todo eran dudas e inseguridades, pero poco tiempo después, todo volvió a la calma y ambos decidieron informarse sobre los preparativos necesarios ante la llegada del bebé. Durante los primeros meses de embarazo, Eduardo dedicó buena parte de su tiempo libre a documentarse profundamente en internet. Es más, todas las semanas enviaba por *WhatsApp* a sus amigos y familiares una fotografía de una fruta del tamaño correspondiente al bebé. Asimismo, decidió utilizar diferentes aplicaciones telefónicas para saber el peso aproximado del bebé, y los cambios que estaba experimentado María en su cuerpo durante el embarazo. Eduardo leía mucho, incluso llegada la madrugada, pasaba buena parte de su tiempo leyendo cosas sobre embarazadas. También los médicos de cabecera, le recomendaron ciertas pautas alimentarias que decidieron seguir los dos para hacer el proceso un poco más llevadero.

Abril (2016) indica que la anticipación de los hombres a la futura paternidad consiste en aceptar su rol de proveedor de atención, afectos y cuidados. Desde este punto de vista, cabe señalar que Eduardo ha iniciado un proceso de transformación de su identidad como cuidador principal, en la medida en la que desempeña roles o prácticas igualitarias en los cuidados que permiten facilitar el empoderamiento y el

desarrollo personal de su propia pareja. Él mismo indica que la experiencia de la paternidad implica asumir la responsabilidad de los hombres en los cuidados en la misma medida en la que lo hacen las mujeres, por tanto, debe entenderse como un proceso relacional en el que los hombres tienen que responsabilizarse al cincuenta por ciento de sus capacidades en la provisión de los cuidados.

Abordar el estudio de las paternidades pasa necesariamente también por analizar los modelos e ideales que imperan en el imaginario occidental sobre los diferentes modelos de maternidad. Si bien parece un imperativo social incluir el papel del padre en los diferentes estudios relativos a la maternidad, cabe esperar que los estudios sobre paternidades contemplen también el análisis de la maternidad. Desde este punto de vista, conviene señalar que los nuevos modelos de paternidad presentes en las sociedades occidentales derivan directamente de los cambios protagonizados por las mujeres en sus vidas (Alberdi y Escario, 2007). En este sentido, Eduardo sostiene que las mujeres deben reivindicar su derecho a ser «malas madres», es decir, a romper con el mito patriarcal de la madre perfecta, abnegada y entregada por completo al cuidado de los niños/as y al mantenimiento del hogar. Así, el tipo de paternidad que él mismo experimenta permite que las mujeres y las niñas de su entorno social más cercano puedan alcanzar su máximo potencial en los espacios públicos, dado que al mostrar su compromiso con la corresponsabilidad, Eduardo comparte la idea de que las mujeres adquieran importancia en los diferentes sectores públicos de la sociedad.

La experiencia de la paternidad también ha facilitado el proceso de reconfiguración del modelo de masculinidad de Eduardo. Desde este punto de vista, él mismo afirma que los hombres son seres racionales, pero, en especial, emocionales. En la medida en que Eduardo ha sido capaz de reconocer su disposición hacia la expresión de sentimientos, también reconoce que la tarea que tiene por delante no es nada fácil. En este sentido, indica que los hombres no deben asustarse o huir de todo aquello que las sociedades se han empeñado en considerar como femenino, sino que deben aprender a reconciliarse con ello, dado que los hará personas más libres y con las capacidades necesarias para mostrar sus sentimientos y emociones. De hecho, para Eduardo, la posibilidad de contar con la experiencia de otros padres ha supuesto un descubrimiento esencial para su cotidianidad, por cuanto que la posibilidad de

compartir miedos e inseguridades con otros padre, ha hecho que Eduardo pueda afrontar las dificultades que conlleva la paternidad desde otro punto de vista. En diferentes países, como los nórdicos, los grupos de reflexión de hombres sobre la paternidad son bastantes habituales y acuden con frecuencia numerosos hombres para compartir sentimientos o emociones con respecto al modo de experimentar la paternidad. En España, aunque son menos numerosos, también comienzan a emerger diferentes agrupaciones o movimientos de hombres que pretenden expresar sus propias experiencias sobre la paternidad. En este sentido, el blog diseñado por Joaquim Montaner «*Papás blogueros#papasblogueros*» da buena cuenta de ello. De la misma manera, cada vez son más las redes, agrupaciones o asociaciones de hombres que se reúnen temporalmente para comentar, debatir o polemizar aspectos relacionados con la promoción e implicación de los hombres en la igualdad de género, como es el caso de la paternidad.

Por el momento, los varones más comprometidos de todo el mundo en el cuidado de los hijos e hijas son los hombres pigmeos del África central, los «aka»⁴⁰. Estos varones hacen casi todas las tareas que realizan las madres, incluso se encargan de la lactancia de los hijos e hijas a altas horas de la madrugada mientras duermen las madres. Para ello, emplean su propio pezón como elemento succionador que proporciona la tranquilidad necesaria que el niño o la niña necesita. De la misma manera, en otras culturas como la semai de Malasia o la tahitiana de la Polinesia Francesa, los hombres también muestran numerosas evidencias de actitudes o comportamientos comprometidos con la provisión de cuidado hacia los hijos e hijas.

⁴⁰ Los «Aka» o «Bayaka» pertenecen a un pueblo de cazadores-recolectores que viven en la República Centroafricana y en el norte de la República del Congo. Los padres de esta tribu cuidan de sus hijos e hijas mientras las mujeres salen a cazar. De hecho, ellos mismos ofrecen sus pezones a sus hijos e hijas para calmarlos cuando lloran, esperando a tranquilizarlos mientras que pueden ser alimentados. Ningún padre del mundo está más tiempo con sus hijos que estos pigmeos. Cualquier oportunidad es buena para estar con sus hijos. Lo más extraordinario, sin embargo, sucede durante la madrugada. En la noche, algunos padres aka atienden a sus crías más a menudo incluso que las propias madres y logran tranquilizarlos durante horas. ¿Cuál es el secreto?: La lactancia paterna. El pezón de un padre es perfectamente satisfactorio para calmar a un bebé y mitigar su llanto hasta que pueda ser alimentado (Lafont, 2015, p. 494).

Desde otro punto de vista, la experiencia que presenta la paternidad comprometida, no siempre conduce hacia un camino lleno de rosas. En este sentido, Eduardo indica que ha comenzado a realizar un ejercicio de ruptura con el poder, no exento de frustraciones, aislamientos y momentos depresivos o de contradicciones. En estos momentos de flaqueza emocional, él mismo sopesa sobre sus sentimientos en relación con la ruptura que supone implicarse en el cuidado de su hija con respecto al modelo de masculinidad tradicional, basado en la libertad individual, la ausencia de compromiso, y para el que fue preparado y adoctrinado desde bien pequeño. El propio Eduardo reconoce que puede liberarse, dejar de estar presente en el cuidado, renegociar un pacto de convivencia con María, pero insiste en que no quiere perderse ese bonito momento por nada del mundo. Así pues, detrás de todo estos aspectos, solo queda esperar a que los hombres renuncien a sus privilegios para cuidar.

Finalmente, Eduardo indica que la paternidad comprende la experiencia de vida más profunda, transformadora y conmovedora que ha podido vivir. Sin embargo, al mismo tiempo ha sido también una experiencia perturbadora, transformadora y desempoderante que ha tenido la suerte de vivir. Tal como hubiera dicho actualmente Simone de Beauvoir: «el padre no nace: se hace», y el feminismo supone una oportunidad extraordinaria para que los hombres puedan hacerse personas más justas y mejores padres. Y, en este asunto compartido, quienes comparten en equipo el cuidado pueden aprovechar para aprender a desprenderse de los mandatos tradicionales de género impuestos por el patriarcado. En otras palabras, para que las mujeres y los hombres tengan las mismas oportunidades, la sociedades deben dejar de contemplar los espacios públicos (masculinos) y privados (femeninos) como dos compartimentos estancos, aislados y cada uno asignado en función de su sexo.

En resumen, para que los hombres puedan cambiar en beneficio de la igualdad de género deben:

- ❖ Los hombres deben intentar romper con los preceptos hegemónicos del modelos de masculinidad tradicional, en tanto que perjudica sus capacidades para expresar sentimientos o emociones de manera libre y desinteresada.

- ❖ Los hombres no deben tener miedo al cambio, el camino está lleno de rosas y de espinas, y deben aprender de ambas en todo momento.

- ❖ Los hombres aliados del feminismo piensan que la amistad entre mujeres y hombres no solo es posible, sino que es una de las relaciones de amistad más bonitas en la medida en que pretenden derribar los preceptos del patriarcado.

- ❖ Los hombres aliados del feminismo pretenden promover el cambio en la conciencia colectiva sobre cuestiones de especial importancia, como el cambio climático, la conciencia energética, el derecho a la vida de los animales y la conservación de la biodiversidad.

- ❖ Los hombres aliados del feminismo no tienen que pelear con otros hombres para demostrar lo valientes que son o para defender su honor. De hecho, renuncian a la violencia como estrategia para expresar poder o resolver conflictos.

- ❖ Los hombres profeministas deben alzar su voz en las calles para poner en evidencia el machismo que corre la sociedad, y así abandonar los privilegios de los que tanto beneficio han obtenido.

IV. CONCLUSIONES

CAPÍTULO 10: CONCLUSIONES DE LA INVESTIGACIÓN

El décimo capítulo de la tesis doctoral pone de relieve las conclusiones finales obtenidas en la investigación. En este sentido, además de hacer hincapié en las mismas, se destacan las limitaciones del estudio, las líneas futuras de investigación y la utilidad del presente estudio como material adecuado para elaborar cualquier propuesta de actuación social relacionada con la sensibilización o promoción de modelos alternativos de masculinidad.

10.1. Conclusiones finales de la investigación

En la actualidad, la puesta en escena de los *Men's studies* permite poner en evidencia el análisis de la masculinidad como una identidad de género construida socioculturalmente por medio de la relación existente entre hombres y mujeres, pese a que, desde siempre, ha respondido a patrones de género especialmente estancos y rígidos. De hecho, si bien son los numerosos avances conseguidos en materia de igualdad de género, gracias a la lucha del movimiento feminista, todavía los hombres continúan arrastrando demasiado lastre patriarcal (Sambade, 2020). Desde punto de vista, en el intento de aportar algunos rallo de luz a la problemática actual de las masculinidades y su vinculación con la igualdad de género, se realiza este ejercicio metodológico, que pretende dar cuenta de la importancia de este objeto de estudio en el campo de la investigación social como elemento fundamental para avanzar hacia sociedades democráticas.

Dicho de otro modo, se trata de dotar de significado, desde un punto de vista científico, todas aquellas prácticas, actitudes, valores o comportamientos que los varones no son capaces de dar en tanto que forman parte de la cotidianidad, y que se insertan en el orden tradicional de género. Probablemente, la construcción sociocultural de los varones entrevistados en este estudio, no difiera demasiado con respecto a aquellas prácticas que, de un modo u otro, se despliegan entre la multitud de hombres que componen las sociedades occidentales, en especial, si se tiene presente la influencia de los diferentes medios de comunicación social, que permiten expandir o

incrementar la realización de determinadas prácticas como patrones culturales, propios de la estructura de dominación del patriarcado (Sanfélix, 2017a; Rodríguez, 2020). Desde esta investigación, cabe señalar que los hombres entrevistados resultan diversos, heterogéneos, cambiantes y volátiles, en la medida en la que las sociedades cambian con respecto a los avances vaticinados en materia de igualdad de género.

Esta tesis supone una ardua labor de investigación teórica y empírica por intentar localizar cualquier destello de igualdad que se presenta en la escurridiza identidad masculina de los varones entrevistados. Así, pese a la dificultad que entraña conseguir este hecho, presente y ausente al mismo tiempo en la vida de los hombres, se han conseguido delimitar algunas prácticas que permiten visibilizar el proceso de configuración de la masculinidad tradicional, así como otras que configuran una mirada alternativa de la masculinidad, producida como consecuencia de los avances promovidos por la lucha del movimiento feminista, y centrada en la empatía, la solidaridad, el compañerismo, el buen hacer, el rechazo de la violencia, y la capacidad de expresar sentimientos o emociones, tanto a nivel individual como colectivo.

No todos los hombres son iguales, pero sí es cierto que experimentan procesos de socialización diferenciada con respecto a las mujeres desde el primer momento de su vida, incluso antes de que ellos mismos nazcan, ya se ha comenzado a iniciar el proceso de construcción de su masculinidad, por cuanto que son principalmente, los familiares del entorno social más cercano, quienes depositan en ellos muchas de las expectativas tradicionales de género (Marañón, 2020). En consecuencia, estos ideales de género configuran o permean en la construcción de las identidades masculinas desde una posición estanca, casi inamovible y un tanto opaca. La masculinidad es casi imposible de alcanzar en su pureza hegemónica, pero son muchos los hombres cómplices que intentan adaptarse constantemente a esa imagen inverosímil de la masculinidad.

Por lo general, los hombres no suelen escapar del modelo de masculinidad hegemónico o tradicional que se cierne sobre ellos, a menos que intenten hacer un esfuerzo crítico o práctico de la deconstrucción de la mirada masculina patriarcal, cuestión un tanto compleja por parte de algunos de los participantes de la presente investi-

gación. Entre tanto, para que los hombres comiencen a tomar conciencia de la necesidad de cambio en beneficio de la igualdad de género es necesario realizar un trabajo individual que, necesita, además, de las aportaciones grupales y colectivas de hombres y mujeres que transitan el camino de la igualdad. Parece que todavía los hombres se encuentran en la búsqueda de ese camino que conduce a las sociedades democráticas, si bien los hombres entrevistados se encuentran situados en lo acomodaticio de la masculinidad tradicional. En cualquier caso, después de este laborioso proceso de investigación sobre masculinidades en el campo de investigación social, cabe señalar que la misma es, ante todo, ante todo, múltiple, emplazada, colectiva, activa, estratificada y dinámica (Gómez et al., 2015).

❖ **La masculinidad es múltiple:** no existe un modelo único de masculinidad, pese a la esencia casi universal del modelo de masculinidad hegemónico o tradicional. El tiempo y los espacios en los que se sitúa son variables. De hecho, la historia y la antropología indican que la masculinidad se interpreta de múltiples maneras en diferentes culturas y en diversos momentos históricos (Montesinos, 2002). Así, por ejemplo, los soldados pueden ser considerados héroes y la violencia un rito que pone a prueba la masculinidad en una cultura, mientras que en otras se puede llegar a erradicar el papel del ejército y el uso de la violencia. De la misma manera, en muchas culturas el sexo homosexual es incompatible con los preceptos hegemónicos de la masculinidad patriarcal, mientras que en otras, es necesario mantener relaciones homosexuales para ser considerado socialmente un hombre dentro de una comunidad.

❖ **La masculinidad ocupa una posición:** existe una jerarquía de género masculino y distintas variaciones o valores asociados a la masculinidad, de modo que tiende a ocupar una posición determinada en la sociedad. En este sentido, el modelo de masculinidad hegemónico o tradicional posee un cierto liderazgo cultural con respecto a otros modelos que persisten en minoría, como las masculinidades subordinadas o las masculinidades alternativas. Esta hegemonía del modelo de masculinidad tradicional remite a una expresión del orden género, en la que los hombres poseen un amplio espectro de privilegios (Connell, 2020).

- ❖ **La masculinidad es colectiva:** por lo general, la masculinidad necesita de la aplicación de diferentes espacios públicos o de instituciones sociales en los que mantener determinadas pautas de conducta basadas en una estructura de género dado, en el que lo masculino y lo femenino aparecen nítidamente configurados. Estas pautas de socialización convergen en los diferentes sectores estructurales de las sociedades, de modo que también están presentes de modo impersonal en el contexto cultural (Gómez et al., 2015). Dicho de otro modo, la masculinidad es una creencia común, un elemento compartido por las personas socializadas en el género masculino, en el que los atributos que la componen suele ser venerados por medio de diferentes mecanismos socioculturales (Sanfélix, 2017a).

- ❖ **La masculinidad es activa:** la masculinidad se configura en la práctica de lo social, es decir, se construye por medio de la acción colectiva, así como a través de las conductas cotidianas de las personas y de las diferentes instituciones u organizaciones presentes habitualmente en el tejido estructural de las sociedades. En este sentido, las propias instituciones actúan como espacios de reproducción de un modelo de masculinidad basado en la expresión de poder o superioridad con respecto a las mujeres y a los hombres que ocupan posiciones inferiores en la escala social (Ranea, 2021).

- ❖ **La masculinidad está estratificada:** la masculinidad no es un producto acabado o delimitado en todas sus partes. No es una construcción homogénea y, por tanto, puede responder a lógicas contradictorias. Dicho de otro modo, la representación pública de la masculinidad puede exigir de forma encubierta acciones propias que puedan debilitar o menoscabar algunos de los preceptos que la componen. En este sentido, lejos de contemplar un modelo de masculinidad estanco o precisado, esta misma se adapta constantemente a las nuevas realidades sociales, de modo que cambian o difieren los discursos frente a la transformación social de algunos hombres que comienzan a posicionarse a favor de la lucha por la igualdad de género (Lorente, 2021).

- ❖ **La masculinidad es dinámica:** la masculinidad es dinámica en la medida en la que cambia como consecuencia de la estratificación y de la jerarquía de lucha por la hegemonía de género masculino. Desde este punto de vista, la masculinidad no necesita ser dicha, sino que al actuarse se hace, es decir, aunque los varones no sepan definirse como encarnación sociocultural de la masculinidad, el simple hecho de reproducir, en cualquier medida, la representación de su hombría, es suficiente para consolidar ese imaginario que acaban interiorizando como propio de los varones (Sanfélix, 2020).

La emergencia del estudio de las masculinidades implica poner el foco de atención en el análisis crítico del hombre, entendido no como un sujeto universal que puede encarnar o representar a la sociedad en general, sino un sujeto marcado por un género determinado y socializado de manera diferenciada por medio de los mandatos impuestos por el patriarcado. En este sentido, si bien el feminismo ha comenzado a reabrir los resquicios de libertad dentro del entramado patriarcal, también es en este preciso momento cuando es necesario implicar a los hombres en su transformación política y personal hacia posicionamientos igualitarios (Salazar, 2019b). Así pues, se debe cambiar la socialización masculina en el intento de promover otras formas de ser o sentirse hombres que permitan a los mismos liberarse de los imperativos que conforman la *performance* de la masculinidad, es decir, su puesta en escena en los diferentes entramados culturales de las sociedades occidentales (González, 2020). Hasta la fecha, los tímidos cambios que se han producido son insuficientes e irrisorios.

Desde este punto de vista, en diferentes entornos activistas, académicos y sociales se ha popularizado en exceso el término *nuevas masculinidades*, empleado de manera estratégica por algunos varones heterosexuales, para intentar nombrar ese proceso de transformación inicial que ha comenzado a experimentar como resultado de los avances vaticinados por el movimiento feminista en los diferentes sectores de las sociedades occidentales (Ranea, 2021). Este nuevo concepto que emerge desde comienzos de la década de los noventa en el ámbito español, se ubica en la imprecisión o en la falta de consenso académico, dado que no contempla por completo la voluntad de los hombres heterosexuales por iniciar una andadura feminista hacia otros modelos alternativos o disidentes con respecto al modelo hegemónico

de masculinidad, basados, en especial, en el rechazo de los privilegios de los que disfrutaban los hombres por motivo de la socialización de género diferenciada en los ámbitos públicos y privados (Azpiazu, 2017). De hecho, el adjetivo “nuevas” puede promover una especie de engaño de los hombres. Es más, se lleva hablando de ellas desde comienzos de la década de los setenta en el contexto estadounidense y todavía no existe un consenso claro con respecto a qué se entiende sobre las mismas y, lo que es aún peor, no se han acabado las masculinidades dominantes, hegemónicas y agresivas. En consecuencia, parece evidente que el concepto de “nuevas” no hacen más que poner de relieve las adaptaciones circunstanciales de los hombres a la situación de cambio actual, con el único objetivo de revalidar los preceptos patriarcales que configuran el modelo de masculinidad hegemónico o tradicional (Enguix, 2020).

En el intento de caminar hacia otros nuevos modelos alternativos de masculinidad, los hombres no suelen abandonar ciertas ideas, actitudes o comportamientos especialmente masculinizados, como la necesidad de reconocimiento social en diferentes espacios públicos, la cosificación del cuerpo de las mujeres, la ocupación de las posiciones de poder en las empresas, el consumismo y la economización de la experiencia amorosa, el recrudecimiento de la violencia sexual grupal, o la exaltación de la sexualidad masculina *mainstream*, entre otras muchas cuestiones (Ranea, 2021). Desde este punto de vista, parece que el planteamiento estratégico de las nuevas masculinidades queda reducido a una simple cuestión estética, es decir, un discurso abanderado desde la más absoluta superficialidad masculina que intenta adaptarse a la transformación de la sociedad en materia de igualdad de género, pero que realmente no es ese su propósito (Sanfélix, 2020).

En este sentido, puede dar la sensación de que la emergencia de las nuevas masculinidades se ha convertido en un espacio de una singular confortabilidad de los hombres, dada la existencia de un discurso de lucha por la igualdad de género liderado inicialmente por el movimiento feminista. Así, cuando es socialmente inaceptable comulgar abiertamente con los postulados extremistas de la masculinidad machista, la posibilidad de disponer de un espacio de adaptación discursiva, facilita que algunos hombres, probablemente, sin ningún proceso de deconstrucción crítica, puedan

utilizar constantemente esta etiqueta en función de sus intereses (Sanfélix y Cascales, 2019). Tal como sostiene Azpiazu (2017) “los hombres seguimos abiertos al cambio, a adquirir nuevas habilidades y a explorar nuevos caminos, siempre y cuando no nos hagan perder lo que ya teníamos”(p.66).

En cualquier caso, cabe señalar la necesidad de apostar por la promoción de los estudios de las masculinidades, dado que esta es la única vía posible que permite acceder a un conocimiento claro sobre las realidades masculinas, un conocimiento científico que puede dar cuenta del punto concreto en el que se insertan las autodenominadas *nuevas masculinidades* en su sobrevalorada existencia. Desde este punto de partida, la academia puede ser capaz de comprender las lógicas de aquellos hombres que, de un modo u otro, pretenden descargar la mochila patriarcal desde espacios acomodaticios, y no tanto desde una profunda transformación personal y política (Martínez Guirao y Sanfélix, 2021). Es imposible negar que la estrategia de las nuevas masculinidades abre una posibilidad de transformación de los hombres desde el que poder repensarse en clave igualitaria. El concepto incide claramente en aquello que se quiere reformular o cambiar, pero al mismo tiempo, configura un espacio de comodidad donde no se deja entrever con claridad si se apunta a una acomodación masculina, o bien, a una transformación real.

El estudio de los diferentes modelos de masculinidades alternativas propuestos durante el proceso de democratización e inclusión de las mujeres en los diferentes espacios públicos de las sociedades occidentales, ponen en evidencia que las transformaciones sociales de los hombres se estructuran como sutiles resistencias frente al avance social hacia la igualdad entre los sexos. Si bien es cierto que los hombres han comenzado a asumir el discurso democrático por medio de diferentes etiquetas, como «hombres profeministas», «hombres aliados», «hombres contrahegemónicos» o «nuevos hombres» entre otras muchas, también continúan al mismo tiempo ejerciendo numerosas resistencias frente al desarrollo de una convivencia efectivamente igualitaria entre hombres y mujeres. En este sentido, los micromachismos (Bonino, 1998), el posmachismo (Lorente, 2021) la ausencia de corresponsabilidad y de prácticas de cuidado (Merino, 2017), el consumo de pornografía o prostitución (Cobo, 2020), el acoso sexual (Jordán, 2020) y las violencias contra las mujeres (Cobo, 2019) son algunas de las principales resistencias que los hombres, de manera

habitual, suelen ejercer en detrimento del acceso de la igualdad de derechos y oportunidades de las mujeres.

Ahora bien, cabe señalar que no todos los cambios promovidos en los diferentes modelos de masculinidad permiten aumentar los niveles de bienestar personal de los hombres. De hecho, el suicidio masculino se ha incrementado en los últimos años como consecuencia del intento de los hombres de adaptarse a las nuevas imposiciones sociales demarcadas por los imperativos de la aparente igualdad formal (Gutiérrez-Barroso et al., 2018). En este sentido, son muchos los hombres que indican un profundo malestar en su identidad como consecuencia de los avances promovidos en las diferentes estructuras de la sociedad (Bola, 2021). La progresiva incorporación de las mujeres en los espacios públicos y su consecuente emancipación económica y social requieren de numerosos cambios sustanciales en los patrones normativos de la masculinidad tradicional.

Las viejas normas patriarcales, caracterizadas por el dominio masculino en los diferentes sectores sociales, han resultado, cuanto menos, casi inamovibles (Hochschild, 2021). Entre tanto, más que promover un cambio real, han conducido a los hombres a un estadio personal caracterizado por el miedo a los nuevos roles sociales, así como a las prácticas de manipulación y de autocontrol sobre las mujeres (Lorente, 2019). En consecuencia, las transformaciones que han experimentado las masculinidades en las últimas décadas, parece que no han devenido en modelos más igualitarios, sino en redefiniciones estructuradas en función de la vivencia de un conflicto social vigente con respecto a la igualdad de género y a la lucha del movimiento feminista.

Por lo general, los hombres parecen no percibir el malestar que la socialización de género provoca en su masculinidad, si bien el orden social androcéntrico define lo masculino y sus valores como el paradigma de la normalidad. Así pues, tanto la desigualdad estructural como el imaginario simbólico confirman la excelencia social de la masculinidad y la injusta discriminación social de las mujeres. Esta situación de desigualdad estructural entre hombres y mujeres apunta, entre otros elementos, hacia la responsabilidad de los diferentes medios de comunicación social. En este sentido, alejados del propósito de allanar el camino a transitar para la igualdad de género, los diferentes medios o canales de comunicación reproducen y perpetúan la

construcción estanca de las identidades de género, en tanto que ocultan la desigualdad social bajo nuevos y atractivos modelos de masculinidad y de feminidad que representan a personas de éxito social (Salazar, 2021). De este modo, los hombres tienden a representar en el plano social a un modelo de masculinidad caracterizado por la fortaleza, la agresividad, la competencia, la ira o la violencia, revestidos de una imagen corporal que resulta atractiva para la lente femenina, y que otros hombres tienden constantemente a imitar.

Existen numerosas propuestas de espacios o prácticas que permiten poner en evidencia la transformación social de las masculinidades, pero, sin duda, el planteamiento de Enguix (2020) ofrece una mirada amplia sobre este campo de estudio desde una perspectiva disruptiva con respecto a la posición de superioridad que ocupa la masculinidad en los diferentes sectores sociales, políticos y culturales. En este sentido, se debe pensar la masculinidad desde un punto de vista diverso y plural, en el que puedan confluir diferentes propuestas de transformación vinculadas con la transgresión sociocultural del propio cuerpo, la disposición de los hombres para ser educados en la capacidad de dispensar los cuidados, la posibilidad de renunciar de manera coherente y razonada a los privilegios de los que siempre han disfrutado por motivo del patriarcado, y el requerimiento político de incorporar a los hombres en el feminismo, no como espacio de confrontación por el protagonismo, sino como una posibilidad de compartir experiencias compartidas establecidas con la finalidad de erradicar la desigualdad estructural a la que se han visto sometidas las mujeres durante siglos (Varela, 2019a).

Muchas de las propuestas de transformación social de la masculinidad hegemónica o patriarcal han sido vaticinadas por diferentes asociaciones, redes o agrupaciones de hombres que luchan por la igualdad de género. Estas mismas asociaciones adoptan una postura crítica con respecto a la responsabilidad de los hombres en la reproducción de la desigualdad estructural de las sociedades occidentales. Por este motivo, diseñan proyectos de transformación social hacia la igualdad basados, sobre todo, en el cambio de los hombres (Sambade, 2019). Sus principales líneas de actuación se centran en el rechazo y en la condena de todo tipo de violencia que los hombres ejercen contra las mujeres, la conciliación de la vida laboral y profesional, la

corresponsabilidad compartida en el cuidado, y la distribución equitativa de actividades en el espacio privado. Estas propuestas, si bien promueven el debate sobre la necesidad de establecer otros modelos de masculinidad basados en el compromiso, el compañerismo, la corresponsabilidad, la empatía y el buen hacer, implican, además, desarrollar un proyecto normativo en común en el intento de establecer sociedades democráticas (Sambade, 2020).

Sin ninguna duda, las asociaciones, redes o grupos de hombres por la igualdad de género se encuentran profundamente influenciados e informados por la corriente teórica del feminismo, en especial, del feminismo de la igualdad⁴¹ (que busca la emancipación de la mujeres y su equiparación con los varones). De hecho, buena parte del contenido de esta tesis se nutre del pensamiento de muchas teóricas feministas que, con sus aportaciones, pretende iluminar la conciencia de muchos hombres con respecto a la necesidad de incorporar el feminismo en sus vidas. En este sentido, resulta complicado imaginar la posibilidad de producir un cambio social profundo y duradero en favor de la igualdad de género sin que todo el conjunto de la sociedad trabaje en beneficio del mismo, es decir, sin contar con una mayoría de hombres que asuman como propio este movimiento reivindicativo de lucha a favor de la ruptura de las estructuras de poder desigual.

Los grupos de hombres por la igualdad desempeñan una labor esencial en la transformación social de las masculinidades, al tiempo que ofrecen la posibilidad de trabajar tanto a nivel individual como colectivo. La doble vertiente de trabajo establece un equilibrio precario entre el trabajo individual y el activismo político público que, casi siempre, tiende a decantarse por el cambio personal. Esta escasez de activismo político se ha dado, en parte por las críticas recibidas desde diferentes colectivos feministas que consideran que su presencia no hace más que invisibilizar la presencia de las mujeres en el espacio público (Sambade, 2019). Desde este punto de vista,

⁴¹ El feminismo de la igualdad considera que la construcción social de lo masculino y lo femenino, entendidas como identidades separadas y opuestas entre ambas, es una imposición coactiva estrechamente relacionada con la desigualdad sexual y otras diferencias sociales. En virtud de ello, su objetivo consiste en desmontar estas identidades coactivas y desarrollar un nuevo concepto de ser humano, donde lo bueno y lo valioso sea igualmente para las mujeres y los hombres (De Miguel, 2015).

es claro que los hombres comprometidos con la igualdad de género deben trabajar con amplias dosis de modestia, y no pretender ir dando lecciones de feminismo, pero sí que deben tomar nota del mismo para sustraer las ideas necesarias que permitan generar nuevos espacios de activismo político (Cascales y Téllez, 2021).

A este respecto, cabe señalar que buena parte de los hombres adheridos a las diferentes asociaciones profeministas, así como los propios activistas e intelectuales caen con demasiada frecuencia en ciertos esencialismos, como es el de proponer una «nueva masculinidad» cerrada, cohesionada o compacta, que remite a ese ideal de hombre sensible, cuidadoso, con hijos o hijas, que comparte de manera democrática las labores del hogar, y comprometido con los principios éticos de igualdad de género (Riviere, 2021). Desde este punto de vista, es un error esbozar un único modelo de nueva masculinidad válido para todos los hombres, si bien el ideal propuesto consiste en reconocer y legitimar la diversidad de modelos de masculinidad, porque, en las sociedades occidentales, otras formas de ser hombres son posibles (Salazar, 2018).

En este camino de desmitificación coral de la nueva masculinidad, aparece constantemente la idea de la paternidad, empleada como termómetro para medir la temperatura igualitaria de los hombres. Es evidente que no se puede negar la importancia la experiencia de la paternidad como un espacio potencialmente creador de prácticas masculinas más coherentes con discursos igualitarios. No obstante, no debe caerse en la trampa de idolatrar la paternidad como espacio único por el que ineludiblemente deban pasar todos los “hombres igualitarios”. Así pues, no todos los hombres quieren ni van a ser padres, y esta decisión no les excluye de la posibilidad de establecer otro modelo de masculinidad alternativo con respecto a la hegemonía de género masculino (Sanfélix, 2020). En este sentido, aunque lo decidan hacerlo de un modo tan directo, pueden participar en la medida de sus posibilidades, en la educación en igualdad de futuras generaciones o, entre otros casos, pueden potenciar otros elementos igual de importantes en el contexto de las prácticas de género igualitarias (Riviere, 2021).

Desde otro punto de vista, el papel de los hombres en el feminismo remite a la posibilidad de trabajar por la diversidad de masculinidades o, mejor aún, por la erradicación de las identidades estancas y cerradas de género, que limitan de manera

constante los principios democráticos de libertad e igualdad de las personas. En este sentido, los esfuerzos de las diferentes asociaciones deben ir dirigidos en la línea de actuación hacia aquellos hombres que, bajo la apariencia social de igualdad, conciben los dividendos patriarcales⁴² como el fruto legítimo de su esfuerzo, su trabajo y su desarrollo personal (Nardini, 2019). Dicho de otro modo, si bien no todos los hombres son machistas, misóginos, puteros o agresores de mujeres, todos tienen la responsabilidad en lo que a la lucha contra la desigualdad social entre los sexos se refiere. Así pues, esta intervención no se consigue siendo un mero espectador, sino trabajando en conjunto con las mujeres y todas aquellas personas que apuestan constantemente por una sociedad justa e igualitaria para todos los géneros.

Desde el momento en el que se menciona la posibilidad de que los hombres puedan participar en espacios feministas, aparecen frecuentemente todo tipo de dudas y desconfianzas, en parte naturales, dado que los hombres han construido una sociedad hecha a su imagen y semejanza. En este sentido, para que los hombres puedan participar en los espacios feministas, se debe tener en cuenta que ellos mismos arrastran formas de hacer y de trabajar que generan desigualdad. De la misma manera, cabe señalar que, en demasiadas ocasiones, existe un excesivo reconocimiento social o aplauso fácil a los hombres que se declaran públicamente como feministas o que tienen comportamientos igualitarios: padres que cuidan de sus hijos e hijas; hombres que solicitan excedencias para el cuidado de personas dependientes y otros muchos hombres (Parkas, 2019). Así, se premian comportamientos que deberían ser completamente normales y que, cuando son realizados por mujeres pasan sin pena ni gloria. Los hombres feministas también suelen tener mucha presencia o prestigio público y con excesiva frecuencia, sus aportaciones documentales son incluso más valorados que los propios escritos teóricos elaborados por las mujeres (Salazar, 2019a).

Plantear que todos los hombres son iguales ante las demandas de la voluntad de logro de la igualdad de género no refleja la realidad, si bien es evidente que no tienen el mismo comportamiento los hombres que justifican o utilizan sus privilegios para perpetuar la estructuras de dominación masculina, que aquellos que defienden la

⁴² Conjunto de privilegios asociados a la dominación masculina, al androcentrismo cultural y al patriarcado (Lomas, 2004).

presencia en equidad de hombres y mujeres en los diferentes sectores públicos o privados que conforman el tejido de la vida. Los hombres se comportan de muchas formas distintas, con actitudes, ideas o comportamientos más favorables o contrarias a la igualdad de género y deben reseñarlo sin miedo para evitar que esa diversidad de opiniones pueda ocultar la existencia de discriminación. En este sentido, se deben considerar el proceso de transformación social de la masculinidad como producto fundamental de los avances conseguidos por la lucha del movimiento feminista (Sambade, 2020).

Analizar las responsabilidades de los hombres en el mantenimiento o reproducción de los privilegios masculinos es una cuestión prioritaria (Salazar, 2019b). En este sentido, una de las cuestiones principales que resulta difícil de reconocer para los hombres son los derechos que las mujeres no disfrutaban por motivos de la socialización de género diferenciada, como caminar por la calle sin la posibilidad de sufrir acoso sexual o la dificultad de las mujeres para acceder a puestos de trabajo bien remunerados o cualificados (Herrera, 2020c). Así pues, no es fácil para los hombres saber que pertenecen a un grupo que tiene privilegios o ventajas sociales con respecto a las mujeres, pero se trata de un esfuerzo fundamental para que los dividendos patriarcales desaparezcan en los diferentes sectores de las sociedades occidentales.

En este sentido, los hombres deben comenzar a tener en cuenta que, posicionarse tanto a nivel público como privado contra la discriminación no hace que dejen de disfrutar de ella, es decir, incluso buena parte de los hombres que se posicionan habitualmente a favor de la igualdad de género, pueden que, ante diferentes situaciones o acontecimientos, no sean conscientes de los privilegios de los que disfrutaban. Pese a ello, no debe confundirse disfrutar de un privilegio, con el hecho de favorecerlo, e incluso, mantenerlo. De este modo, mensajes del tipo «todos los hombres son iguales» o «todos los hombres hacen lo mismo», no solo son erróneos o falsos, sino que tampoco resultan de especial utilidad para aquellos hombres que, de un modo u otro, comienzan a tomar conciencia de lo perjudicial que conlleva el acarreamiento de los privilegios (Riviere, 2021). En contraste, estas afirmaciones suelen conseguir casi exclusivamente, que muchos hombres adopten posiciones defensivas

o de discursos de odio hacia las mujeres o grupos desfavorecidos (García-García, 2019; Kimmel, 2019).

Entre tanto, cada vez son más los hombres que muestran su disconformidad con respecto a la posibilidad de formar parte de una sociedad sexista. De hecho, se sienten incómodos con los mandatos de género y con las ideas preconcebidas sobre ser hombre en las que desde siempre han sido socializados. Estas posiciones favorables en lo que respecta a la igualdad de género van en aumento. En este sentido, diferentes estudios (Sanfélix, 2020; Sambade, 2020) indican que, de manera aproximada, el 40% de los hombres pasan a posicionarse en un escenario cercano a las reivindicaciones feministas, en la medida en la que perciben las ventajas que socialmente supone todavía ser varón y ven las diferentes formas de violencia machista como grandes problemas sociales contemporáneos. Pese a ello, en diferentes planos sociales, esa implicación de los hombres en los cambios concretos no aparecen al mismo nivel que lo plasmado en la literatura académica.

Desde este punto de vista, los datos ofrecidos por el Instituto Nacional de Estadística sobre las excedencias para el cuidado de hijos/hijas o familiares, las víctimas mortales por violencia de género o las tasas de riesgo de pobreza indican que las resistencias a la igualdad estructural permanecen vigentes en los diferentes sectores de las sociedades occidentales. Queda todavía mucho camino por recorrer para conseguir la igualdad de género y, en esa preocupación constante, debe abordarse la manera en la que se puedan sumar más hombres a cursar el proceso de transformación hacia la igualdad, no solo para que puedan identificarse con aquellas ideas promulgadas desde la igualdad, sino para que su vida cotidiana, sus prácticas sociales y las políticas contribuyan a conseguirla (Bacete, 2017).

Para conseguir el cambio en la mentalidad masculina, el punto de partida consiste en apelar a su responsabilidad, es decir, es necesario preguntar a los hombres qué es lo que están haciendo y no solo pensado en favor de la igualdad de género. Los varones necesitan reflexionar sobre sus propios privilegios, así como las actitudes que reproducen sexismo y desigualdad en el transcurso de su vida. En este sentido, no resulta especialmente útil apelar al buenismo de los hombres o a la culpa de los mismos. Clasificar a los hombres entre buenos o malos puede descontextualizar la

desigualdad estructural como problema colectivo de la sociedad. La vida de los hombres transcurre entre numerosas contradicciones, con aciertos y fallos (Riviere, 2021). Por consiguiente, más que apelar al buenismo o a la maldad, se debe enfocar el cambio desde la importancia de la toma de conciencia de los privilegios y de la participación en diferentes espacios que fomenten la igualdad de género.

En definitiva, el cambio en la concepción de las masculinidades supone promover nuevos valores positivos por medio de prácticas sociales beneficiosas para los hombres en general, y para toda la ciudadanía en particular, como por ejemplo, la importancia del reparto del poder, del cuidado y de la vida. Desde este punto de vista, la implicación de los hombres en la consecución de la igualdad de género debe ser como parte interesada, y no tanto como desde una posición de aliados. Los hombres deben tomar parte en la lucha por la igualdad de género como sujetos activos que se involucran, se organizan y asumen su propia responsabilidad en el proceso de transformación de la sociedad. Este proceso de cambio masculino no solo es posible desde el mero voluntarismo, sino que implica asumir responsabilidades en los ámbitos domésticos y familiares, la superación de una concepción del amor y de la sexualidad basado en el dominio masculino y la capacidad de reconciliarse con los sentimientos, las emocionales y los afectos mutilados como consecuencia de su vinculación patriarcal a la feminidad (Salazar y Sambade, 2020).

En el intento de cerrar esta investigación, después de innumerables lecturas, de entrevistas y conversaciones con diferentes hombres, de observaciones de los hombres de la calle, de varones procedentes de diferentes entornos o de diversas localidades, aparece la sensación de que en este proceso de transición social profundo, tanto las sociedades como los discursos aceptados socioculturalmente cambian con una estrepitosa frecuencia. La masculinidad se reproduce automáticamente por medio de diferentes cuerpos adoctrinados por el patriarcado, domados desde la más tierna infancia hasta los últimos momento de la vida de los varones ancianos. Por tanto, ¿por qué las sociedades se empeñan en reproducir un modelo de masculinidad basado en la imposición del poder, la autoridad, la violencia, el control y la competitividad? Las sociedades actuales necesitan de otros modelos de ser y de sentirse hombre para estar en este mundo cambiante. Sin saber de manera precisa el camino a seguir, es evidente que la masculinidad ha comenzado a experimentar un proceso

de transformación social, e incluso, en ese marco de cambio conceptual, puede que aparezca con el tiempo la posibilidad de desaparecer por completo el pensamiento binario de los géneros. De momento la idea es bastante clara: renunciar a todos los privilegios y proponer otras formas de ser hombres totalmente diferentes a las establecidas por el momento, cuestión, a la vista de los resultados obtenidos, nada fácil. Y no lo es porque, casi todos los hombres que habitan las sociedades occidentales no están dispuestos a desempeñar aquel papel en blanco que las sociedades igualitarias les deparan. Sin ninguna duda, quieren estar en el bando ganador, aunque ya no les toque. Porque otras formas de ser hombre son posibles: se va la vida en ello.

10.2. Limitaciones de la investigación

El principal problema de esta investigación reside en la muestra. Si bien desde un primer momento se intentó que la muestra fuera lo más amplia o representativa posible, este estudio no obtuvo el interés esperado por parte de la población masculina. Todos los hombres entrevistados residen y son naturales de diferentes provincias de la región autónoma de Andalucía. En este sentido, hubiera sido productivo contar con una muestra más diversa de hombres procedentes de otras comunidades autónomas del Estado español, e incluso, de cualquier otro país de procedencia occidental.

Por otra parte, aunque la muestra comprende, principalmente, a varones casados y con hijos e hijas, también hubiera sido posible contar con la participación de hombres que, en mayor o menor medida, se hubieran posicionado a favor del cambio en términos de igualdad de género sin haber sido padres. Dicho de otro modo, aunque el hecho de que la paternidad se vislumbra como un espacio central en la reflexión sobre las masculinidades igualitarias, cabe mencionar que no todos los hombres son padres ni pretenden serlo con el paso del tiempo. Pese a ello, es cierto que el cuidado aparecer como un espacio potencial de transformación social de los hombres hacia posicionamientos igualitarios.

De la misma manera, en el intento de contrastar la información aportada por los varones participantes, hubiera sido posible entrevistar a las parejas de los mismos.

Esta visión hubiera enriquecido sobremanera los resultados obtenidos en esta investigación. No obstante, también es cierto que las aportaciones de las parejas de los entrevistados, hubieran ensombrecido buena parte de los comportamientos, actitudes o acciones que los mismos manifestaron en el transcurso de la entrevista.

Por último, hubiera sido especialmente significativo contar en la selección de la muestra participante con hombres homosexuales en situación de convivencia con su pareja y que tuvieran hijos o hijas. Este contexto hubiera permitido dotar de visibilidad al colectivo LGTBIQ+, al tiempo que se analizan las prácticas sociales que se circunscriben en el ámbito familiar entre los miembros que la componen.

10.3. Futuras líneas de investigación

Si bien el estudio de las masculinidades es un tema especialmente novedoso en el campo de las Ciencias Sociales, cabe la necesidad de realizar mayor número de investigaciones empíricas delimitadas desde diferentes perspectivas, que permitan establecer un conocimiento preciso de las diferentes formas de vivir como hombres. Desde este punto de vista, los resultados obtenidos por los diferentes estudios relacionados con la masculinidad pueden ser utilizados para intentar inculcar en los varones la necesidad de posicionarse en favor de la igualdad de género, así como para diseñar o planificar políticas públicas basadas en las evidencias científicas.

De la misma manera, se destaca la necesidad de realizar estudios que permitan conocer con exactitud los posicionamientos y las distribuciones que los propios varones establecen con respecto a la igualdad de género y al feminismo. Este conocimiento exhaustivo permitirá saber desde qué punto partir en el estudio de las masculinidades con perspectiva de género, en tanto que la masculinidad, entendida como construcción sociocultural, no es siempre la misma en todos los lugares, ni tampoco se encuentra sujeta a las mismas realidades.

Es necesario apostar por la promoción del estudio de las masculinidades desde diferentes planteamientos, puesto que es la mejor opción de la que se dispone para acceder a un conocimiento válido sobre la diversidad de las realidades masculinas. Un conocimiento que pueda dar cuenta del punto concreto, tanto discursivo como

cuantitativo, en el que se encuentran actualmente las masculinidades. Desde este saber situado se pueden conocer las lógicas que los hombres emplean para adaptarse a los cambios promovidos en las sociedades occidentales.

En definitiva, el presente estudio abre así la veda para seguir profundizando en multitud de cuestiones relacionadas con la temática. Tal como indica Sanfélix (2020) “la masculinidad necesita ser investigada, conocida de manera concreta y localizada, comprender adecuadamente ese objeto de estudio escurridizo que en este tiempo se enfrenta a un proceso de transformación que todavía no sabemos a dónde nos conducirá” (p.186).

10.4. Utilidad de la investigación

Los datos obtenidos en esta investigación pueden ser de utilidad para elaborar diferentes propuesta de acción o planes de intervención social con hombres que permitan interpelar a los mismos en la promoción de la igualdad de género, así como en el fomento de otros modelos de masculinidad basados en el compañerismo, la solidaridad, la empatía, la ternura, el buen hacer, y la superación de la homofobia, entre otras muchas cuestiones.

A pesar de los avances introducidos en materia de igualdad de género, el calado social y cultural del patriarcado impera de manera principal en la conciencia de los varones más jóvenes, quienes indican no sentirse atraídos por los principios democráticos que despierta el feminismo. En este sentido, la información que se aporta en esta investigación puede ser especialmente relevante para que los varones más jóvenes, y no tanto, comiencen a tomar conciencia sobre el mismo, no solo por el propio beneficio personal, sino también en nombre general de la sociedad.

CHAPTER 10: RESEARCH CONCLUSIONS

The tenth chapter of the doctoral thesis highlights the final conclusions obtained in the research. In this sense, in addition to emphasizing them, it highlights the limitations of the study, the future lines of research and the usefulness of the present study as adequate material for elaborating any proposal for social action related to raising awareness or promoting alternative models of masculinity.

10.1. Final research conclusions

At present, the staging of *Men's studies* makes it possible to highlight the analysis of masculinity as a gender identity socioculturally constructed through the relationship between men and women, even though it has always responded to particularly rigid and watertight gender patterns. In fact, although many advances have been made in gender equality, thanks to the struggle of the feminist movement, men still continue to drag too much patriarchal ballast (Sambade, 2020). From this point of view, in an attempt to shed some light on the current problem of masculinities and their link with gender equality, this methodological exercise is carried out, which aims to account for the importance of this object of study in the field of social research as a fundamental element in moving towards democratic societies.

In other words, it is a matter of giving meaning, from a scientific point of view, to all those practices, attitudes, values or behaviors that men are not able to give meaning to as part of everyday life, and which are inserted in the traditional gender order. Probably, the sociocultural construction of the men interviewed in this study, does not differ too much with respect to those practices that, in one way or another, are deployed among the multitude of men who make up western societies, especially if we take into account the influence of the different social media, which allow expanding or increasing the realization of certain practices as cultural patterns, typical of the structure of domination of patriarchy (Sanfélix, 2017a; Rodríguez, 2020). From

this research, it should be noted that the men interviewed are diverse, heterogeneous, changing and volatile, to the extent that societies change with respect to the predicted advances in terms of gender equality.

This thesis involves an arduous theoretical and empirical research work in an attempt to locate any flash of equality in the elusive masculine identity of the men interviewed. Thus, despite the difficulty of achieving this fact, present and absent at the same time in the lives of the men, we have managed to delimit some practices that make visible the process of configuration of traditional masculinity, as well as others that configure an alternative view of masculinity, produced as a result of the advances promoted by the struggle of the feminist movement, and centered on empathy, solidarity, companionship, good deeds, the rejection of violence, and the ability to express feelings or emotions, both individually and collectively.

Not all men are the same, but it is true that they experience processes of differentiated socialization with respect to women from the first moment of their lives; even before they are born, they have already begun to initiate the process of constructing their masculinity, since it is mainly their family members in the closest social environment who place many of the traditional gender expectations on them (Marañón, 2020). Consequently, these gender ideals shape or permeate the construction of masculine identities from a stagnant, almost immovable and somewhat opaque position. Masculinity is almost impossible to achieve in its hegemonic purity, but there are many complicit men who constantly try to adapt to this implausible image of masculinity.

In general, men do not tend to escape from the hegemonic or traditional model of masculinity that hovers over them, unless they attempt to make a critical or practical effort to deconstruct the patriarchal male gaze, a somewhat complex issue for some of the participants in this study. In the meantime, for men to begin to become aware of the need for change in favor of gender equality, it is necessary to carry out individual work which, in addition, requires the group and collective contributions of men and women who are on the road to equality. It seems that men are still in search of the path that leads to democratic societies, although the men interviewed are situated in the accommodating traditional masculinity. In any case, after this laborious process of research on masculinities in the field of social research, it should be noted

that it is, first and foremost, multiple, emplaced, collective, active, stratified and dynamic (Gómez et al., 2015).

- ❖ **Masculinity is multiple:** there is no single model of masculinity, despite the almost universal essence of the hegemonic or traditional model of masculinity. The time and spaces in which it is situated are variable. In fact, history and anthropology indicate that masculinity is interpreted in multiple ways in different cultures and at different historical moments (Montesinos, 2002). Thus, for example, soldiers may be considered heroes and violence a rite that tests masculinity in one culture, while in others the role of the army and the use of violence may be eradicated. In the same way, in many cultures, homosexual sex is incompatible with the hegemonic precepts of patriarchal masculinity, while in others, homosexual relations are necessary to be socially considered a man within a community.

- ❖ **Masculinity occupies a position:** there is a hierarchy of masculine gender and different variations or values associated with masculinity, so that it tends to occupy a certain position in society. In this sense, the hegemonic or traditional model of masculinity has a certain cultural leadership with respect to other models that persist in minority, such as subordinate masculinities or alternative masculinities. This hegemony of the traditional masculinity model refers to an expression of the gender order, in which men possess a broad spectrum of privileges (Connell, 2020).

- ❖ **Masculinity is collective:** in general, masculinity requires the application of different public spaces or social institutions in which to maintain certain patterns of behavior based on a given gender structure, in which the masculine and feminine are clearly configured. These socialization patterns converge in the different structural sectors of societies, so that they are also present in an impersonal way in the cultural context (Gómez et al., 2015). In other words, masculinity is a common belief, an element shared by people socialized in the male gender, in which the attributes that compose it are usually venerated through different sociocultural mechanisms (Sanfélix, 2017a).

- ❖ **Masculinity is active:** masculinity is configured in the practice of the social, that is, it is constructed through collective action, as well as through the daily behaviors of individuals and the different institutions or organizations that are usually present in the structural fabric of societies. In this sense, the institutions themselves act as spaces for the reproduction of a model of masculinity based on the expression of power or superiority with respect to women and men who occupy lower positions on the social scale (Ranea, 2021).
- ❖ **Masculinity is stratified:** masculinity is not a finished or delimited product in all its parts. It is not a homogeneous construction and, therefore, may respond to contradictory logics. In other words, the public representation of masculinity may covertly demand actions of its own that may weaken or undermine some of the precepts that comprise it. In this sense, far from contemplating a watertight or precise model of masculinity, it is constantly adapting to new social realities, so that the discourses change or differ in the face of the social transformation of some men who are beginning to position themselves in favor of the struggle for gender equality (Lorente, 2021).
- ❖ **Masculinity is dynamic:** masculinity is dynamic to the extent that it changes as a consequence of stratification and the hierarchy of struggle for male gender hegemony. From this point of view, masculinity does not need to be said, but by acting it is done, that is, although men do not know how to define themselves as the sociocultural embodiment of masculinity, the simple fact of reproducing, to whatever extent, the representation of their manhood, is sufficient to consolidate this imaginary that they end up internalizing as belonging to men (Sanf elix, 2020).

The emergence of the study of masculinities implies focusing on the critical analysis of men, understood not as a universal subject that can embody or represent society in general, but as a subject marked by a specific gender and socialized in a differentiated manner through the mandates imposed by patriarchy. In this sense, although feminism has begun to reopen the chinks of freedom within the patriarchal framework, it is also at this precise moment when it is necessary to involve men in their

political and personal transformation towards egalitarian positions (Salazar, 2019b). Thus, male socialization must be changed in an attempt to promote other ways of being or feeling men that allow men to free themselves from the imperatives that shape the performance of masculinity, that is, its staging in the different cultural fabrics of western societies (González, 2020). To date, the timid changes that have taken place are insufficient and derisory.

From this point of view, in different activist, academic and social environments, the term *new masculinities* has become excessively popular, strategically used by some heterosexual men to try to name this initial transformation process that has begun to be experienced as a result of the advances predicted by the feminist movement in different sectors of western societies (Ranea, 2021). This new concept that emerges since the early 1990s in the Spanish sphere, is located in imprecision or lack of academic consensus, given that it does not fully contemplate the willingness of heterosexual men to initiate a feminist journey towards other alternative or dissident models with respect to the hegemonic model of masculinity, based, in particular, on the rejection of the privileges enjoyed by men by reason of differentiated gender socialization in the public and private spheres (Azpiazu, 2017). In fact, the adjective "new" can promote a kind of deception of men. Moreover, they have been talked about since the early 1970s in the US context and there is still no clear consensus regarding what is understood about them and, even worse, there is no end to dominant, hegemonic and aggressive masculinities. Consequently, it seems evident that the concept of "new" does no more than highlight the circumstantial adaptations of men to the current situation of change, with the sole objective of revalidating the patriarchal precepts that make up the hegemonic or traditional model of masculinity (Enguix, 2020).

In the attempt to move towards new alternative models of masculinity, men do not usually abandon certain ideas, attitudes or behaviors that are especially masculinized, such as the need for social recognition in different public spaces, the objectification of women's bodies, the occupation of positions of power in companies, consumerism and the economization of the experience of love, the resurgence of group sexual violence, or the exaltation of mainstream male sexuality, among many other issues (Ranea, 2021). From this point of view, it seems that the strategic approach

of the new masculinities is reduced to a simple aesthetic question, that is, a discourse championed from the most absolute masculine superficiality that tries to adapt to the transformation of society in terms of gender equality, but that is not really its purpose (Sanf elix, 2020).

In this sense, it may seem that the emergence of new masculinities has become a space of singular comfort for men, given the existence of a discourse of struggle for gender equality led initially by the feminist movement. Thus, when it is socially unacceptable to openly commune with the extremist postulates of macho masculinity, the possibility of having a space for discursive adaptation, facilitates that some men, probably, without any process of critical deconstruction, can constantly use this label according to their interests (Sanf elix & Cascales, 2019). As Azpiazu (2017) argues "we men remain open to change, to acquire new skills and explore new paths, as long as they do not make us lose what we already had" (p.66).

In any case, it is worth pointing out the need to support the promotion of masculinities studies, given that this is the only possible way to access clear knowledge about masculine realities, a scientific knowledge that can give an account of the specific point at which the self-styled new masculinities are inserted in their overvalued existence. From this starting point, the academy may be able to understand the logics of those men who, in one way or another, seek to unload the patriarchal rucksack from accommodating spaces, and not so much from a profound personal and political transformation (Martínez Guirao and Sanf elix, 2021). It is impossible to deny that the strategy of the new masculinities opens up a possibility for the transformation of men from which they can rethink themselves in an egalitarian key. The concept has a clear impact on what is to be reformulated or changed, but at the same time, it configures a space of comfort where it is not clear whether it is aimed at male accommodation or real transformation.

The study of the different models of alternative masculinities proposed during the process of democratisation and the inclusion of women in the different public spaces of western societies shows that men's social transformations are structured as subtle resistance to social progress towards gender equality. While it is true that men have begun to assume the democratic discourse through different labels, such as "profeminist men", "allied men", "counter-hegemonic men" or "new men" among

many others, they also continue at the same time to exercise numerous forms of resistance to the development of an effectively egalitarian coexistence between men and women. In this sense, micromachismos (Bonino, 1998), postmachismo (Lorente, 2021), the absence of co-responsibility and care practices (Merino, 2017), the consumption of pornography or prostitution (Cobo, 2020), sexual harassment (Jordán, 2020) and violence against women (Cobo, 2019) are some of the main forms of resistance that men habitually exercise to the detriment of women's access to equal rights and opportunities.

However, it should be noted that not all the changes promoted in the different models of masculinity allow for an increase in men's levels of personal well-being. In fact, male suicide has increased in recent years as a consequence of men's attempts to adapt to the new social impositions demarcated by the imperatives of apparent formal equality (Gutiérrez-Barroso et al., 2018). In this sense, there are many men who indicate a profound discomfort in their identity as a consequence of the advances promoted in the different structures of society (Bola, 2021). The progressive incorporation of women in public spaces and their consequent economic and social emancipation require numerous substantial changes in the normative patterns of traditional masculinity.

Old patriarchal norms, characterised by male dominance in different social sectors, have proved, at the very least, almost immovable (Hochschild, 2021). In the meantime, rather than promoting real change, they have led men to a personal stage characterised by fear of new social roles, as well as practices of manipulation and self-control over women (Lorente, 2019). Consequently, the transformations that masculinities have undergone in recent decades do not seem to have resulted in more egalitarian models, but rather in redefinitions structured according to the experience of an ongoing social conflict with respect to gender equality and the struggle of the feminist movement.

In general, men do not seem to perceive the discomfort that gender socialisation causes in their masculinity, although the androcentric social order defines the masculine and its values as the paradigm of normality. Thus, both structural inequality and the symbolic imaginary confirm the social excellence of masculinity and the unjust social discrimination of women. This situation of structural inequality between

men and women points, among other elements, to the responsibility of the different social media. In this sense, far from the purpose of paving the way for gender equality, the different media or communication channels reproduce and perpetuate the stagnant construction of gender identities, as they hide social inequality under new and attractive models of masculinity and femininity that represent socially successful people (Salazar, 2021). In this way, men tend to represent on the social plane a model of masculinity characterised by strength, aggressiveness, competition, anger or violence, dressed in a body image that is attractive to the female lens, and which other men constantly tend to imitate.

There are numerous proposals for spaces or practices that make it possible to highlight the social transformation of masculinities, but Enguix's approach (2020) undoubtedly offers a broad view of this field of study from a disruptive perspective with respect to the position of superiority that masculinity occupies in different social, political and cultural sectors. In this sense, masculinity must be thought of from a diverse and plural point of view, in which different proposals for transformation linked to the socio-cultural transgression of one's own body, the willingness of men to be educated in the capacity to dispense care, the possibility of renouncing in a coherent and reasoned manner the privileges they have always enjoyed due to patriarchy, and the political requirement to incorporate men into feminism, not as a space of confrontation for protagonism, but as a possibility of sharing shared experiences established with the aim of eradicating the structural inequality to which women have been subjected for centuries (Varela, 2019a).

Many of the proposals for social transformation of hegemonic or patriarchal masculinity have been predicted by different associations, networks or groups of men fighting for gender equality. These same associations adopt a critical stance with regard to men's responsibility in the reproduction of structural inequality in Western societies. For this reason, they design projects for social transformation towards equality based, above all, on changing men (Sambade, 2019). Their main lines of action focus on the rejection and condemnation of all types of violence perpetrated by men against women, the reconciliation of work and professional life, shared co-responsibility in care, and the equal distribution of activities in the private sphere. These

proposals, while promoting the debate on the need to establish other models of masculinity based on commitment, companionship, co-responsibility, empathy and good work, also imply developing a common normative project in an attempt to establish democratic societies (Sambade, 2020).

Without a doubt, men's associations, networks or groups for gender equality are deeply influenced and informed by the theoretical current of feminism, especially the equality feminism⁴³ (which seeks the emancipation of women and their equality with men). In fact, much of the content of this thesis draws on the thinking of many feminist theorists who, with their contributions, aim to enlighten the awareness of many men regarding the need to incorporate feminism into their lives. In this sense, it is difficult to imagine the possibility of producing a deep and lasting social change in favour of gender equality without the whole of society working in favour of it, that is, without having a majority of men who assume as their own this vindicative movement of struggle in favour of the rupture of the structures of unequal power.

Men's equality groups play an essential role in the social transformation of masculinities, while offering the possibility of both individual and collective work. The dual strand of work establishes a precarious balance between individual work and public political activism, which almost always tends to favour personal change. This scarcity of political activism has been partly due to the criticism received from different feminist collectives that consider that its presence only makes women's presence in the public space invisible (Sambade, 2019). From this point of view, it is clear that men committed to gender equality must work with ample doses of modesty, and not pretend to give lessons in feminism, but they must take note of it in order to subtract the necessary ideas to generate new spaces for political activism (Cascales & Téllez, 2021).

In this respect, it should be pointed out that a good part of the men who are members of the different profeminist associations, as well as activists and intellectuals themselves, all too often fall into certain essentialisms, such as proposing a closed,

⁴³ Equality feminism sees the social construction of masculine and feminine, understood as separate and opposing identities, as a coercive imposition closely related to sexual inequality and other social differences. By virtue of this, it aims to dismantle these coercive identities and develop a new concept of being human, where what is good and valuable is equally for women and men (De Miguel, 2015).

cohesive or compact "new masculinity", which refers to the ideal of the sensitive, caring man, with sons or daughters, who shares the work of the home in a democratic way, and who is committed to the ethical principles of gender equality (Riviere, 2021). From this point of view, it is a mistake to outline a single model of new masculinity valid for all men, although the ideal proposed is to recognise and legitimise the diversity of models of masculinity, because, in western societies, other ways of being men are possible (Salazar, 2018).

On this path of choral demystification of the new masculinity, the idea of fatherhood constantly appears, used as a thermometer to measure the egalitarian temperature of men. It is clear that the importance of the experience of fatherhood as a space that potentially creates masculine practices that are more coherent with egalitarian discourses cannot be denied. However, one should not fall into the trap of idolising fatherhood as a unique space through which all "egalitarian men" must inevitably pass. Thus, not all men want and will become fathers, and this decision does not exclude them from the possibility of establishing an alternative model of masculinity with respect to male gender hegemony (Sanf elix, 2020). In this sense, even if they choose not to do so in such a direct way, they can participate, to the extent of their possibilities, in the education in equality of future generations or, among other cases, they can promote other equally important elements in the context of egalitarian gender practices (Riviere, 2021).

From another point of view, the role of men in feminism refers to the possibility of working for the diversity of masculinities or, better still, for the eradication of stagnant and closed gender identities, which constantly limit the democratic principles of personal freedom and equality. In this sense, the efforts of the different associations should be directed towards those men who, under the social appearance of equality, conceive patriarchal dividends⁴⁴ as the legitimate fruit of their efforts, their work and their personal development (Nardini, 2019); in other words, although not all men are sexist, misogynist, whoremongers or aggressors of women, they all have a responsibility in the fight against social inequality between the sexes. Therefore, this intervention is not achieved by being a mere spectator, but by working together

⁴⁴ Set of privileges associated with male domination, cultural androcentrism and patriarchy (Lomas, 2004).

with women and all those who constantly strive for a fair and equal society for all genders.

From the moment that the possibility of men being able to participate in feminist spaces is mentioned, all kinds of doubts and mistrust often appear, which is partly natural, given that men have built a society made in their image and likeness. In this sense, in order for men to be able to participate in feminist spaces, it must be borne in mind that they themselves bring with them ways of doing and working that generate inequality. In the same way, it should be noted that, on too many occasions, there is excessive social recognition or easy applause for men who publicly declare themselves to be feminists or who engage in egalitarian behaviours: fathers who care for their sons and daughters; men who request leave of absence to care for dependents and many other men (Parkas, 2019). In this way, behaviours that should be completely normal are rewarded and, when carried out by women, go unnoticed and unnoticed. Feminist men also tend to have a high public presence or prestige, and all too often, their documentary contributions are even more highly valued than the theoretical writings produced by women themselves (Salazar, 2019a).

It is clear that men who justify or use their privileges to perpetuate the structures of male domination do not behave in the same way as those who defend the equal presence of men and women in the different public or private sectors that make up the fabric of life. Men behave in many different ways, with attitudes, ideas or behaviours that are more favourable or contrary to gender equality, and they should not be afraid to report this without fear in order to prevent this diversity of opinions from concealing the existence of discrimination. In this sense, the process of social transformation of masculinity must be seen as a fundamental product of the advances achieved by the struggle of the feminist movement (Sambade, 2020).

Analyzing men's responsibilities in maintaining or reproducing male privileges is a priority issue (Salazar, 2019b). In this sense, one of the main issues that is difficult for men to recognise are the rights that women do not enjoy due to differential gender socialisation, such as walking down the street without the possibility of sexual harassment or women's difficulty in accessing well-paid or qualified jobs (Herrera, 2020c). Thus, it is not easy for men to know that they belong to a group that has

social privileges or advantages over women, but it is a fundamental effort to make patriarchal dividends disappear in different sectors of western societies.

In this sense, men should start to bear in mind that taking a stand against discrimination, both publicly and privately, does not mean that they no longer enjoy it, i.e. even many men who usually take a stand in favour of gender equality may not be aware of the privileges they enjoy in different situations or events. However, enjoying a privilege should not be confused with favouring or even maintaining it. Thus, messages such as "all men are equal" or "all men do the same" are not only wrong or untrue, but are also not particularly helpful to men who, in one way or another, are beginning to become aware of the harmfulness of carrying privilege (Riviere, 2021). In contrast, such claims almost exclusively result in many men adopting defensive positions or hate speech towards women or disadvantaged groups (García-García, 2019; Kimmel, 2019).

Meanwhile, more and more men are expressing their dissatisfaction with the possibility of being part of a sexist society. In fact, they are uncomfortable with the gender mandates and preconceived ideas about being a man in which they have always been socialised. These favourable positions regarding gender equality are on the increase. In this sense, different studies (Sanfélix, 2020; Sambade, 2020) indicate that approximately 40% of men are now positioning themselves in a scenario close to feminist demands, insofar as they perceive the social advantages of still being male and see the different forms of macho violence as major contemporary social problems. Despite this, at different social levels, men's involvement in concrete changes does not appear at the same level as in the academic literature.

From this point of view, the data provided by the National Institute of Statistics on leave of absence to care for children or family members, fatalities due to gender-based violence or poverty risk rates indicate that resistance to structural equality remains in place in different sectors of western societies. There is still a long way to go to achieve gender equality and, in this ongoing concern, the way in which more men can join the process of transformation towards equality must be addressed, not only so that they can identify with those ideas promulgated from equality, but also so that their daily lives, social practices and policies contribute to achieving it (Bacete, 2017).

To achieve change in men's mindsets, the starting point is to appeal to their responsibility, that is to say, it is necessary to ask men what they are doing and not just thinking about gender equality. Men need to reflect on their own privileges, as well as the attitudes that reproduce sexism and inequality in the course of their lives. In this sense, it is not particularly useful to appeal to men's goodness or men's guilt. Categorising men as good or bad can decontextualise structural inequality as a collective problem in society. Men's lives are lived amidst numerous contradictions, with rights and wrongs (Riviere, 2021). Therefore, rather than appealing to goodness or badness, change should be approached from the importance of awareness of privilege and participation in different spaces that promote gender equality.

In short, changing the conception of masculinities means promoting new positive values through social practices that are beneficial to men in general, and to all citizens in particular, such as the importance of sharing power, care and life. From this point of view, men's involvement in achieving gender equality must be as stakeholders, rather than as allies. Men must take part in the struggle for gender equality as active subjects who get involved, organise themselves and assume their own responsibility in the process of transforming society. This process of masculine change is not only possible through mere voluntarism, but also implies assuming responsibilities in the domestic and family spheres, overcoming a conception of love and sexuality based on male dominance and the capacity to reconcile with feelings, emotions and affections mutilated as a consequence of their patriarchal attachment to femininity (Salazar and Sambade, 2020).

In the attempt to close this research, after countless readings, interviews and conversations with different men, observations of men in the street, of men from different environments or from different localities, the feeling emerges that in this process of profound social transition, both societies and socio-culturally accepted discourses change with a resounding frequency. Masculinity is automatically reproduced through different bodies indoctrinated by patriarchy, tamed from early childhood to the last moments of the lives of old men. So why do societies insist on reproducing a model of masculinity based on the imposition of power, authority, violence, control and competitiveness? Today's societies need other models of being

and feeling like a man in order to be in this changing world. Without knowing precisely the way forward, it is clear that masculinity has begun to undergo a process of social transformation, and even, within this framework of conceptual change, the possibility of the complete disappearance of binary gender thinking may eventually appear. For the time being, the idea is quite clear: to renounce all privileges and propose other ways of being men that are totally different from those established at the moment, which, in view of the results obtained, is not an easy matter. And it is not because almost all men in Western societies are not willing to play the blank role that egalitarian societies give them. Without any doubt, they want to be on the winning side, even if it is no longer their turn. Because other ways of being a man are possible: their lives depend on it.

10.2. Research limitations

The main problem with this research lies in the sample. Although from the beginning we tried to make the sample as broad or representative as possible, this research did not obtain the expected interest from the male population. All the men interviewed reside in and come from different provinces of the autonomous region of Andalusia. In this sense, it would have been productive to have a more diverse sample of men from other autonomous regions of Spain, or even from any other country of western origin.

On the other hand, although the sample mainly comprises married men with children, it would also have been possible to include men who, to a greater or lesser extent, have positioned themselves in favour of change in terms of gender equality without having been fathers. In other words, although the fact that fatherhood is seen as a central space in the reflection on egalitarian masculinities, it is worth mentioning that not all men are fathers or intend to become fathers over time. Despite this, it is true that caregiving appears as a potential space for the social transformation of men towards egalitarian positions.

In the same way, in an attempt to contrast the information provided by the male participants, it would have been possible to interview their partners. This would

have greatly enriched the results obtained in this research. However, it is also true that the contributions of the partners of the interviewees would have overshadowed much of the behaviour, attitudes or actions that they expressed in the course of the interview.

Finally, it would have been particularly significant to have selected a sample of gay men who live with their partner and have children. This context would have made it possible to give visibility to the LGTBIQ+ group, while at the same time analysing the social practices that are circumscribed in the family sphere between the members of the family.

10.3. Future lines of research

Although the study of masculinities is a particularly new topic in the field of Social Sciences, there is a need for more empirical research from different perspectives to establish a precise knowledge of the different ways of living as men. From this point of view, the results obtained from the different studies related to masculinity can be used to try to instil in men the need to position themselves in favour of gender equality, as well as to design or plan public policies based on scientific evidence.

In the same way, it highlights the need to carry out studies that allow us to know exactly the positions and distributions that men themselves establish with respect to gender equality and feminism. This exhaustive knowledge will allow us to know where to start from in the study of masculinities with a gender perspective, given that masculinity, understood as a socio-cultural construction, is not always the same in all places, nor is it subject to the same realities.

It is necessary to promote the study of masculinities from different approaches, as this is the best option available for accessing valid knowledge about the diversity of masculine realities. Knowledge that can give an account of the concrete point, both discursive and quantitative, at which masculinities currently find themselves. From this situated knowledge, it is possible to understand the logics that men use to adapt to the changes promoted in western societies.

In short, this study thus opens the way for further research into a multitude of issues related to the subject. As Sanf elix (2020) points out, "masculinity needs to be investigated, to be known in a concrete and localised way, to adequately understand this elusive object of study which is currently facing a process of transformation that we still do not know where it will lead us" (p.186).

10.4. The usefulness of the research

The data obtained in this research can be useful for the elaboration of different proposals for action or social intervention plans with men that allow them to be challenged in the promotion of gender equality, as well as in the promotion of other models of masculinity based on companionship, solidarity, empathy, tenderness, good deeds, and overcoming homophobia, among many other issues.

Despite the progress made in the field of gender equality, the social and cultural depth of patriarchy is still very much present in the consciousness of younger men, who indicate that they are not attracted by the democratic principles that feminism awakens. In this sense, the information provided in this research may be particularly relevant for younger and not so young men to become aware of it, not only for their own personal benefit, but also on behalf of society as a whole.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abril, Paco (2018). Configuración y (re)significación de las masculinidades y paternidades en hombres comprometidos con los cuidados de sus hijos e hijas en España. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 34, 87-106.
- Abril, Paco (2016). *Los hombres entre la esfera productiva y reproductiva: padres comprometidos durante la crisis económica en España (2011-2013)* [Tesis doctoral, Universitat Oberta de Catalunya].
- Abril, Paco y Romero, Alfonso (2005). Masculinidad y trabajo. Las empresas con políticas de género y sus consecuencias sobre la masculinidad. *Sociología del Trabajo*, 55, 3-26.
- Abril, Paco; Monferrer, Jordi M., Jurado Guerrero, Teresa; Botía-Morillas, Carmen y Bogino-Larrambebere, Victoria (2020). Pymes que facilitan la conciliación corresponsable a los hombres. *Política y sociedad*, 57(2), 499-520. <https://doi.org/10.5209/poso.65122>
- Adichie, Chimamanda Ngozi (2015). *Todos deberíamos ser feministas*. Literatura Random House.
- Ajenjo, Marc y García, Joan (2014). Cambios en el uso del tiempo de las parejas. ¿Estamos camino de la igualdad?. *Revista Internacional de Sociología*, 72(2), 453-476. <https://doi.org/10.3989/ris.2012.05.28>
- Alario, Mónica (2021). *Política sexual de la pornografía*. Cátedra.
- Alberdi, Inés y Escario, Pilar (2007). *Los hombres jóvenes y la paternidad*. Fundación BBVA.
- Alcañiz Moscardó, Mercedes (2017). Trayectorias laborales de las mujeres españolas. Discontinuidad, precariedad y desigualdad de género. *La Ventana. Revista de estudios de género*, 5(46), 244-285.
- Amorós, Celia (1992). Notas para una teoría nominalista del patriarcado. *Asparkía: investigació feminista*, 1, 41-58.

- Amorós, Celia (2005). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Cátedra.
- Amorós, Celia (2014). *Salomón no era sabio*. Fundamentos.
- Anderson, Eric (2008). Inclusive Masculinity in a Fraternal Setting. *Men and Masculinities*, 10(5), 604-620. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X06291907>
- Anderson, Eric (2009). *Inclusive Masculinity: The Changing Nature of Masculinities*. Routledge.
- Anderson, Eric y McCormack, Mark (2018). Inclusive Masculinity Theory: overview, reflection and refinement. *Journal of Gender Studies*, 27(5), 547-561. <https://doi.org/10.1080/09589236.2016.1245605>
- Antón, Eva (2020). Brecha salarial. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 41-44). Cátedra.
- Arconada, Miguel Ángel (2008). Prevenir la violencia de género: el reto de educar alumnos igualitarios. *Padres y maestros*, 316, 9-14.
- Artazo, Gabriela y Bard Gabriela (2019). Pornografía mainstream y su relación con la configuración de la masculinidad hegemónica. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 4 (1), 325-357. <https://doi.org/10.17979/arief.2019.4.1.3461>
- Asturias, Laura E. (2004). La construcción de la masculinidad y las relaciones de género. En Carlos Lomas (Comp.), *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación* (pp. 65-78). Paidós.
- Avilés, Manuela (2015). *La monoparentalidad masculina en España*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Azpiazu, Jokin (14 de marzo de 2013). *¿Qué hacemos con la masculinidad: reformarla, abolirla o transformarla?*. Pikara Online Magazine. <https://www.pikaramagazine.com/2013/03/%C2%BFque-hacemos-con-la-masculinidad-reformarla-transformarla-o-abolirla/>
- Azpiazu, Jokin (2017). *Masculinidades y feminismo*. Virus Editorial.

- Bacete, Ritxar (2017). *Nuevos hombres buenos. La masculinidad en la era del feminismo*. Península.
- Badinter, Elisabeth (1993). *XY. La identidad masculina*. Alianza Editorial.
- Baigorri, Artemio (1995). *El hombre perplejo: adaptación y cambio de actitudes de los hombres frente al ascenso social de las mujeres*. Dirección General de la Mujer.
- Balan, B. Nicole (2005). Multiple Voices and Methods: Listening to Women Who Are in Workplace Transition. *International Journal of Qualitative Methods*, 4(4), 63-86. <https://doi.org/10.1177%2F160940690500400405>
- Ballester, Lluís y Orte, Carmen (2019). *Nueva pornografía y cambios en las relaciones interpersonales*. Octaedro Editorial.
- Bañuelos, Carmen (1994). Los patrones estéticos en los albores del siglo XXI: Hacia una revisión de los estudios en torno a este tema. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 68, 119-140. <https://doi.org/10.2307/40183760>
- Barbeta-Viñas, Marc y Cano, Tomás (2020). La reinstitucionalización de la paternidad: las dimensiones de la implicación paterna. En Lluís Flaquer, Tomás Cano y Marc Barbeta-Viñas (Eds.), *La paternidad en España. La implicación paterna en el cuidado de los hijos* (pp. 85-119). Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Barbijaputa (2020). Ciberacoso. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 47-49). Cátedra.
- Bard, Gabriela y Magallanes, Mariana Loreta (2018). El Masculinismo Hetero-Hegemónico Argentino y su Estrategia desde el Ciberactivismo. *Masculinidades y cambio social*, 7(1), 25-51. <https://doi.org/10.17583/mcs.2018.2827>
- Barragán, Fernando (2004). Masculinidades e innovación educativa: de la homofobia a la ética del cuidado de las personas. En Carlos Lomas (Comp.), *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación* (pp.147-171). Paidós.

- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.
- Blanc, Aurélia (2020). *Educación contra el machismo: manual de educación antisexista para niños libres y felices*. Roca Editorial.
- Blanco, Juan (2013). ¿La masculinidad en crisis?: Repensando el modelo, activando prácticas de transformación. En José María Valcuende del Río, María J. Marco y David Alarcón (Eds.), *Estudios sobre diversidad sexual en Iberoamérica* (pp.255-274). Aconcagua Libros.
- Blumer, Herbert (1969). *Symbolic interactionism; perspective and method*. Prentice-Hall.
- Bodoque, Yolanda; Roca, Mireia y Comas d'Argemir, Dolors (2016). Hombres en trabajos remunerados de cuidado: género, identidad laboral y cultura del trabajo. *Revista Andaluza de Antropología*, 11, 67-91.
<http://dx.doi.org/10.12795/RAA.2016.11.04>
- Bogino, Victoria; Jurado Guerrero, Teresa; Botía-Morillas, Carmen; Monferrer, Jordi M. y Abril, Paco (2020). ¿Cómo interactúan la orientación personal, los acuerdos de pareja y la cultura organizacional en el logro de paternidades cuidadoras?. *Empiria. Revista De metodología De Ciencias Sociales*, 51, 125–152.
<https://doi.org/10.5944/empiria.51.2021.30810>
- Bola, J. J. (2021). *Un baile de máscaras: redefinir la masculinidad*. Paidós.
- Bolívar, Antonio (2012). Metodología de la investigación biográfico-narrativa: recogida y análisis de datos. En M. C. Passeggi y M. H. Abrahao (Eds.), *Dimensões epistemológicas e metodológicas da investigação (auto)biográfica* (pp.79-109). EDIPUCRS
- Bolívar, Antonio (2014a). Las historias de vida del profesorado: voces y contextos. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 19(62), 711-734.
- Bolívar, Antonio y Domingo, Jesús (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Forum: Qualitative Social Research*, 7(4), 1-33, art. 12.

- Bolívar, Antonio y Domingo, Jesús (2019). *La investigación (auto)biográfica en educación*. Octaedro.
- Bolívar, Antonio; Domingo, Jesús y Fernández, Manuel (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación. Enfoque y metodología*. La Muralla.
- Bonino, Luis (1998). *Micromachismos, la violencia invisible*. Cecom.
- Bonino, Luis (2001). Los varones hacia la paridad en lo doméstico: discursos sociales y prácticas masculinas. En Carolina Sánchez-Palencia y Juan Carlos Hidalgo (Eds.), *Masculino plural: construcciones de la masculinidad* (pp.23-75). Edicions de la Universitat de Lleida.
- Bonino, Luis (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 6, 7-35.
- Bonino, Luis (2003). Los hombres y la igualdad con las mujeres. En Carlos Lomas (Comp.), *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales* (pp. 105-142). Barcelona: Paidós.
- Borràs, Vicent; Ajenjo, Marc y Moreno-Colom, Sara (2021). More time parenting in Spain: a possible change towards gender equality?. *Journal of Family Studies*, 27(1), 1-16. <https://doi.org/10.1080/13229400.2018.1440618>
- Boscán, Antonio (2008). Las nuevas masculinidades positivas. *Utopía y praxis latinoamericana: Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, 13(41), 93-106.
- Bosch, Esperanza y Ferrer, Victoria (2020). Misoginia. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.176-178). Catarata.
- Bosch, Esperanza; Ferrer Victoria A. y Alzamora, Aina (2006). *El laberinto patriarcal. Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres*. Anthropos Editorial.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Brannen, Julia (2016). *Fathers and sons: Generations, families and migration*. Springer.

- Bratich, Jack y Banet-Weiser, Sarah (2019). From Pick-Up Artists to Incels: Con(fidence) Games, Networked Misogyny, and the Failure of Neoliberalism. *International Journal of Communication*, 13, 5003-5027.
- Bridges, Tristan y Pascoe, Cheri Jo (2018). On the Elasticity of Gender Hegemony. Why Hybrid Masculinities Fail to Undermine Gender and Sexual Inequality. En James W. Messerschmidt, Patricia Yancey Martin, Michael A. Messner y Raewyn Connell (Eds.), *Gender Reckonings. New Social Theory and Research* (pp. 254-274). New York University Press.
- Bright, Felicity (2016). (11 de noviembre de 2016). *Researching relational practice using the Voice Centred Relational Approach* [Conferencia publicada]. Relational Practices in Health and Healthcare, Healing Through Collaboration. <https://openrepository.aut.ac.nz/handle/10292/12090>
- Brittan, Arthur (1989). *Masculinity and power*. Oxford Blakwell.
- Brown, Lyn Mikel y Gilligan, Carol (1991). Listening for voice in narratives of relationship. *New Directions for Child Development*, 54, 43-62. <https://doi.org/10.1002/cd.23219915405>
- Brown, Lyn Mikel y Gilligan, Carol (1993). Meeting at the Crossroads: Women's Psychology and Girls' Development. *Feminism & Psychology* 3(1), 11-35. <http://dx.doi.org/10.1177/0959353593031002>
- Brown, Lyn Mikel; Deblond, Elizabeth; Tappan, Mark y Gilligan, Carol (1991). Reading narratives of conflict and choice for self and moral voice: A relational method. En William M. Kurtines y Jacob Gewirtz (Eds.), *Handbook of moral behavior and development: Theory, research, and application* (pp. 25-61). Lawrence Erlbaum.
- Burke-Winkelman, Sloane; Oomen-Early, Jody; Walker, Ashley D; Chu, Lawrence y Yick-Flanagan, Alice (2015). Exploring Cyber Harassment among Women Who Use Social Media. *Universal Journal of Public Health*, 3(5), 194-201. <http://dx.doi.org/10.13189/ujph.2015.030504>
- Butler, Judith (2008). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós Ibérica.

- Byrne, Anne; Canavan, John y Millar, Michelle (2004). *Developing inclusive research methodologies: testing the voice centred relational method of qualitative data analysis in a collaborative research project on early school leaving*. Political Science and Sociology, NUI, Galway; Child & Family Research and Policy Unit. <http://hdl.handle.net/10379/234>
- Byrne, Anne; Canavan, John y Millar, Michelle (2009). Participatory research and the voice-centred relational method of data analysis: is it worth it?. *International Journal of Social Research Methodology*, 12(1), 67-77. <http://dx.doi.org/10.1080/13645570701606044>
- Caballé, Anna (2020). Misoginia. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 179-181). Cátedra.
- Callirgos, Juan Carlos (2003). Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina. En Carlos Lomas (Comp.), *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales* (pp. 55-82). Barcelona: Paidós.
- Cano, Tomás (2020). ¿Cada vez más igualitarios? Cambios en la implicación de padres y madres en el cuidado de los hijos. En Lluís Flaquer, Tomás Cano, y Marc Barbeta-Viñas (Eds.), *La paternidad en España. La implicación paterna en el cuidado de los hijos* (pp. 41-62). Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina y Torns, Teresa (2019). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (2ª ed.). Catarata
- Cascales, Jorge (2017a). Metáforas en el aire: discurso, género, prestigio y privilegios en la masculinidad actual. En Marian Blanco y Clara Sainz (Eds.), *Investigación joven con perspectiva de género II* (pp.164-179). Instituto de Estudios de Género.
- Cascales, Jorge (2017b). Dibujando caminos: los grupos de hombres como estrategia entre lo personal y lo político. En Anastasia Téllez (Ed.), *Igualdad de género e identidad masculina* (pp.80-98). Universidad Miguel Hernández de Elche.
- Cascales, Jorge (2019). ¿Y ahora qué hacemos? La crisis de la masculinidad ante la reinención de la familia. En Javier Eloy Martínez Guirao, Anastasia Téllez y

- Joan Sanf elix (Eds.), *Deconstruyendo la masculinidad: cultura, género e identidad* (pp. 219-239). Tirant Lo Blanch.
- Cascales, Jorge y Sanf elix, Joan (2020). *Repensando(nos) en masculino plural: guía introductoria para trabajar las masculinidades igualitarias en el aula*. Generalitat Valenciana. <https://ceice.gva.es/es/web/inclusioeducativa/guia-de-masculinitats-igualitaries>
- Cascales, Jorge y Téllez, Anastasia (2021). Masculinidades y activismo en el movimiento de hombres: igualdad, mitopoética y neomachismo. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanf elix (Eds.), *De la teoría a la acción: en busca de masculinidades igualitarias* (pp. 61-95). Dykinson.
- Castañeda, Marina (2002). *El machismo invisible*. Grijalbo.
- Castro García, Carmen (2017). *Políticas para la igualdad: permisos por nacimiento y transformación de los roles de género*. Los libros de la Catarata.
- Castro, Carmen y Pazos, María (2008). Permisos de maternidad, paternidad y parentales en Europa: algunos elementos para el análisis de la situación actual. En María Pazos (Ed.), *Economía e igualdad de género: retos de la hacienda pública en el siglo XXI* (pp. 185-216). Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.
- Cazés, Daniel (2005). La misoginia: ideología de las relaciones humanas. Una introducción. En Daniel Cazés y Fernando Huertas (Coords.), *Hombres ante la misoginia: miradas múltiples* (11-48). Plaza y Valdés.
- Chafetz, Janet (1988). The Gender Division of Labor and the Reproduction of Female Disadvantage: Toward an Integrated Theory. *Journal of Family Issues*, 9(1), 108-131. <https://doi.org/10.1177%2F019251388009001006>
- Ch rriez Cordero, Mayra (2012). Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa. *Revista Griot*, 5(1), 50-67.
- Chronholm, Anders (2009). "Sweden: individualisation or free choice in parental leave?". En Sheila B. Kamerman y Peter Moss (Eds.), *The politics of parental leave policies: Children, parenting, gender and the labour market* (pp.227-242). Policy Press.

- Cisterna, Francisco (2005). Categorización y triangulación como procesos de validación del conocimiento en investigación cualitativa. *Theoria*, 14(1), 61-71.
- Clare McGlynn, Clare; Erika Rackley y Houghton, Ruth (2017). Beyond 'Revenge Porn': The Continuum of Image-Based Sexual Abuse. *Feminist Legal Studies*, 25(1), 25-46. <https://doi.org/10.1007/s10691-017-9343-2>
- Clare, Anthony (2002). *La masculinidad en crisis*. Taurus
- Cobo, Rosa (2012). Despatriarcalización y agenda feminista. En Amanda Limpías (Ed.), *Mujeres en diálogo: avanzando hacia la despatriarcalización en Bolivia* (pp.107-118). Editora Presencia.
- Cobo, Rosa (2019). Notas sobre violencia patriarcal. En Cristina García Sainz (Eds.), *Masculinidades. Aportaciones y debates* (pp.85-95). UAM Ediciones.
- Cobo, Rosa (2020). *La prostitución en el corazón del capitalismo*. Los libros de la Catarata.
- Cohen, Louis; Manion, Lawrence y Morrison, Keith (2000). *Research Methods in Education* (5th ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203224342>
- Coles, Tony (2009). Negotiating the Field of Masculinity. The Production and Reproduction of Multiple Dominant Masculinities. *Men and Masculinities*. 12(1), 30-44. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X07309502>
- Comas d'Argemir, Dolors y Chirinos, Carlos (2017). Cuidados no pagados: experiencias y percepciones de los hombres cuidadoras en contextos familiares. *Revista Murciana de Antropología*, 24,65-86.
- Comas d'Argemir, Dolors (2016). Hombres cuidadores: barreras de género y modelos emergentes. *Psicoperspectivas: Individuo y Sociedad*, 15(3), 10-22.
- Connell, Raewyn (2020). *Masculinities*. (2ª ed.). Taylor & Francis.
- Connell, Raewyn y Messerschmidt, James W. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender & Society*, 19(6), 829-859. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639>

- Connell, Raewyn; Messerschmidt, James W., de Stéfano Barbero, Matías y Morcillo, Santiago (2021) Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto. *RELIES: Revista Del Laboratorio Iberoamericano Para El Estudio Sociohistórico De Las Sexualidades*, 6, 32–62. <https://doi.org/10.46661/relies.6364>
- Connell, Robert W. (1997). La organización social de la masculinidad. En Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp.31-48). Ediciones de las Mujeres. Isis Internacional.
- Connell, Robert W. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cornejo, Marcela; Mendoza, Francisca y Rojas, Rodrigo C. (2008). La investigación con Relatos de Vida: Pistas y opciones del Diseño Metodológico. *Psykhé, (Santiago)*, 17(1), 29-39. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282008000100004>
- Coverman, Shelley (1985). Explaining husbands' participation in domestic labor. *The Sociological Quarterly*, 26(1), 81-97. <https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.1985.tb00217.x>
- Crosas, Inés y Medina-Bravo, Pilar (2019). Ciberviolencia en la red. Nuevas formas de retórica disciplinaria en contra del feminismo. *Papers: Revista de Sociología*, 104(1), 47-43. <https://doi.org/10.5565/rev/papers.2390>
- Crotty, Michael (1998). *The foundations of social research*. Sage Publications
- Cruz, Cristina (2003). Mixing Theories: Interpreting and Using a Relational, Voice-Centered Methodology. *Annual Meeting of the American Educational Research Association*. <https://eric.ed.gov/?id=ED478481>
- Daly, Mary (2011). What adult worker model? A critical look at recent social policy reform in Europe from a gender and family perspective. *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society*, 18(1), 1-23. <https://doi.org/10.1093/sp/jxr002>
- David, Deborah S. y Brannon, Robert (1976). *The Forty-Nine Percent Majority*. AddisonWesley Publishing company.

- De Barbieri, Teresita (1993). Sobre la categoría género: una introducción teórico-metodológica. *Debates en sociología*, 18, 145-169.
- De Beauvoir, Simone (2017). *El segundo sexo*. Cátedra.
- De Boise, Sam (2015). I'm Not Homophobic, "I've Got Gay Friends": Evaluating the Validity of Inclusive Masculinity. *Men and Masculinities*, 18(3), 318-339. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X14554951>
- De Keijzer, Benno; Valenzuela, Alexis; Mendoza, Fernando y Soto, Gonzalo (2019). ¿Acaso es acoso? Las prácticas y los retos de los hombres ante la igualdad en las universidades. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas: procesos, avances y reacciones* (271-297). Tirant Humanidades.
- De Miguel, Ana (2012). La prostitución de mujeres, una escuela de desigualdad humana. *Revista europea de derechos fundamentales*, 19, 49-74.
- De Miguel, Ana (2015). *Neoliberalismo sexual: el mito de la libre elección*. Cátedra
- De Miguel, Ana (2020). Mito de la libre elección. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 191-194). Cátedra.
- De Miguel, Ana (2021). *Ética para Celia: contar la doble verdad*. Ediciones B.
- De Miguel, Jesús M. (2017). *Auto/biografías*. (2ª ed.). Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Delgado, Lionel S. (2019). Locus de género: Masculinidades y espacios urbanos en contextos de cambio. *Asparkia. Investigación Feminista*, 35, 45-66. <http://dx.doi.org/10.6035/Asparkia.2019.35.3>
- Díaz Diego, José (2006). La i-lógica de los géneros: metrosexuales, masculinidad y apoderamientos. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(1), 157-167. <https://doi.org/10.11156/aibr.010111>
- Díaz, Capitolina. Género y ciencia. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.121-123). Catarata.

- Díez Gutiérrez, Enrique Javier (2019). Deconstruir la masculinidad hegemónica en el ámbito educativo. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas: procesos, avances y reacciones* (247-269). Tirant Humanidades.
- Doucet, Andrea (2013). A "Choreography of Becoming": Fathering, Embodied Care, and New Materialisms. *Canadian Review of Sociology*, 50(3), 284-305. <https://doi.org/10.1111/cars.12016>
- Doucet, Andrea y Mauthner, Natasha S. (2002). Knowing responsibly: Ethics, feminist epistemologies and methodologies. En Tina Miller, Abedul Maxine, Melanie Mauthner y Julie Jessop (Eds.), *Ethics in Qualitative Research* (2nd ed.). (pp.122-139). Sage Publications. <https://www.doi.org/10.4135/9781473913912>
- Douglas, Mary (1978). *Símbolos naturales. Exploraciones en cosmología*. Alianza.
- Douglass, Carrie B. (1999). *Bulls, Bullfighting, and Spanish Identities*. University of Arizona Press.
- Durkheim, Emile (1997). *The Division of Labor in Society*. The Free Press.
- Elliot, Karla (2016). Caring Masculinities: Theorizing an Emerging Concept. *Men and Masculinities*, 19(3), 240-259. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X15576203>
- Enguix, Begonya (2019). *Orgullo, protesta, negocio y otras derivas LGTB*. Editorial Doce Calles.
- Enguix, Begonya (2020). Las (nuevas) masculinidades a debate: poder, privilegio, cuerpo y cuidados. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones* (pp.35-54). Dykinson.
- Enguix, Begonya; Nardini, Krizia y Abril, Paco (2018). Introducción: Hombres en movimiento. Masculinidades en revisión. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 34, 5-27.

- Escot, Lorenzo y Fernández-Cornejo, José Andrés (Coords.). (2013). *Una evaluación de la introducción del permiso de paternidad de 13 días. ¿Ha fomentado una mayor corresponsabilidad en el ámbito del cuidado de los hijos pequeños?*. Colección de Estudios e Investigaciones, Instituto de la Mujer.
- Escot, Lorenzo; Fernández-Cornejo, José Andrés y Poza, Carlos (2014). Fathers' Use of Childbirth Leave in Spain. The Effects of the 13-Day Paternity Leave. *Population Research and Policy Leave*, 33, 419-453. <https://doi.org/10.1007/s11113-013-9304-7>
- Eslen-Ziya, Handen; Okman, Güler y Bolak, Hale (2021). Everyday gendered performances at home: Masculine domesticity?. *Social Sciences & Humanities Open*, 3(1), 100-112. <https://doi.org/10.1016/j.ssaho.2021.100112>
- Evertsson, Marie y Nermo, Magnus (2004). Dependence within families and the division of labor: comparing Sweden and the United States. *Journal of Marriage and Family*, 66(5), 1272-1286. <https://doi.org/10.1111/j.0022-2445.2004.00092.x>
- Fernández Cordón, Juan Antonio y Tobío, Constanza (2019). Mujeres: entre el salario y el cuidado. *ICE, Revista de Economía*, 908, 99-118. <https://doi.org/10.32796/ice.2019.908.6837>
- Fernández de Quero, Julián (2015). *Hombres para el siglo XXI: semblanzas de hombres feministas*. Bubok Publishing.
- Fernández López, Justo (2021). *Onvres. Reflexiones en torno a las masculinidades*. Anaya Multimedia.
- Fernández, Lidia. Techo de cristal. En En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp. 235-237). Catarata.
- Ferrarotti, Franco (2011). Las Historias de Vida como Método. *Acta Sociológica* 56, 95-119.
- Ferrer, Victoria y Bosh, Esperanza (2010). Detección y comprensión de actitudes sexistas: importancia de la ideología de género. En Soledad de Lemus y Estrella Ryan (Eds.), *Coeducación. Propuestas para alcanzar la igualdad de género desde las aulas* (pp.41-67). Universidad de Granada.

- Flaquer, Lluís y Escobedo, Anna (2014). Licencias parentales y política social de la paternidad en España. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 32(1), 69-99. https://doi.org/10.5209/rev_crla.2014.v32.n1.44714
- Flaquer, Lluís y Escobedo, Anna (2020). Las licencias parentales y la política social a la paternidad en España. En Lluís Flaquer, Tomás Cano y Marc Barbeta-Viñas (Eds.), *La paternidad en España. La implicación paterna en el cuidado de los hijos* (pp. 161-190). Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Flaquer, Lluís y Moreno, Almudena (2020). Cambio familiar, implicación paterna y bienestar infantil ante los retos de la Segunda Transición Demográfica. En Lluís Flaquer, Tomás Cano y Marc Barbeta-Viñas (Eds.), *La paternidad en España. La implicación paterna en el cuidado de los hijos* (pp. 41-62). Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Flaquer, Lluís; Navarro-Varas, Lara; Antón-Alonso, Fernando; Ruiz-Forès, Nuria y Cónsola, Albert (2019). La implicación paterna en el cuidado de los hijos en España antes y durante la recesión económica. *Revista Española de Sociología*, 28(2). <https://doi.org/10.22325/fes/res.2018.61>
- Flecha, Ramón; Puigvert, Lidia y Ríos, Oriol (2013). The New Alternative Masculinities and the Overcoming of Gender Violence. *International and Multidisciplinary Journal of Social Sciences*, 2(1), 88-113. <https://doi.org/10.4471/rimcis.2013.14>
- Flick, Uwe (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Morata.
- Flood, Michael (2021). Backlash: los movimientos de varones enojados. En Luciano Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (pp.213-245). Universidad Nacional del Rosario.
- Fortún, Gloria (2017). Mansplaining. En R. Lucas Platero, María Rosón y Esther Ortega (Eds.), *Barbarismos queer y otras esdrújulas* (pp. 288-294). Edicions Bellatera.
- Fracher, Jeffrey C. y Kimmel, Michael (1995). Hard issues and soft spots: Counseling men about sexuality. In Michael Kimmel & Michael A. Messner (Eds.), *Men's lives* (pp. 365-374). Allyn and Bacon.

- Frank, Arthur W. (2012). Practicing Dialogical Narrative Analysis. En James A. Holstein y Jaber F. Gubrium (Eds.), *Varieties of narrative analysis* (pp. 33-52). Sage Publications. <https://dx.doi.org/10.4135/9781506335117.n3>
- Fraser, Nancy (2012). *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición post-socialista*. Siglo del Hombre.
- García-García, Antonio (2019). Controversias masculinitas: prácticas discursivas en torno a la hombría. En Cristina García Sainz (Ed.), *Masculinidades. Aportaciones y debates* (pp. 47-64). UAM Ediciones.
- Gelber, Steven M. (1997). Do-It-Yourself: Constructing, Repairing and Maintaining Domestic Masculinity. *American Quarterly*, 49(1), 66-112.
- Ghaziani, Amin (2014). *There goes the gayborhood?*. Princeton University Press.
- Gil Calvo, Enrique (2006). *Máscaras masculinas: héroes, patriarcas y monstruos*. Anagrama.
- Gill, Rosalind; Henwood, Karen y McLean, Carl (2005). Body projects and the regulation of normative masculinity. *Body & society*, 11(1), 37-62. <https://doi.org/10.1177%2F1357034X05049849>
- Gillen, Julia; Cameron, Chatherine A., Tapanya, Sombat; Pinto, Giuliana; Hancock, Roger; Young, Susan y Accorti Gamannossi (2007). 'A day in the life': advancing a methodology for the cultural study of development and learning in early childhood. *Early Child Development and Care*, 177(2), 207-218. <https://doi.org/10.1080/03004430500393763>
- Gilmore, David (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós.
- Gilmore, David (2008). Culturas de la masculinidad. En Àngels Carabí y Josep M. Armentgol (Eds.), *La masculinidad a debate* (pp.33-45). Icaria.
- Gimeno, Beatriz (2018). La nueva utilidad de la prostitución en el neoliberalismo. *Atlánticas: Revista Internacional de Estudios Feministas*, 3(1), 13-32. <https://doi.org/10.17979/arief.2018.3.1.3077>

- Ging, Debbie (2019). Alphas, Betas, and Incels: Theorizing the Masculinities of the Manosphere. *Men and Masculinities*, 22(4), 638-657. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X17706401>
- Ging, Debbie y Siapera, Eugenia (Ed.). (2019). *Gender Hate Online: Understanding the New Anti-Feminism*. Palgrave MacMillan
- Godelier, Maurice (2011). *La producción de Grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Ediciones Akal.
- Gómez, Águeda; Pérez, Silvia y Verdugo, Rosa María (2015). *El putero español. Quiénes son y qué buscan los clientes de prostitución*. Catarata.
- González, Semíramis (2020). Performance. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.186-188). Catarata.
- Goodson, Ivor F. (2003). Hacia el desarrollo de las historias personales y profesionales de los docentes. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 8(19), 733-758.
- Goodson, Ivor F. (2012). *Developing Narrative Theory: Life History and Personal Representation*. Routledge.
- Gorman-Murray, Andrew (2008). Masculinity and the Home: a critical review and conceptual framework. *Australian Geographer* 39(3), 367-379. <http://dx.doi.org/10.1080/00049180802270556>
- Gøsta Esping-Andersen, Francesco y C. Billari, Francesco C. (2015). *Re-theorizing Family Demographics*. *Population and Development Review*, 41(1), 1-3. <https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2015.00024.x>
- Griffin, Susan (1981). *Pornography and Silence: Culture's Revenge against Nature*. Harper & Row.
- Gumà, Jordi y Arpino, Bruno (2021). Satisfacción con la vida según la contribución a la esfera pública y privada en las parejas españolas adultas. *Revista Internacional De Sociología*, 79(1), e177. <https://doi.org/10.3989/ris.2021.79.1.19.045>

- Gutiérrez-Barroso, Jorge; Barragán-Medero, Fernando y Pérez-Jorge, David (2018). Suicide in Europe Countries: A Multivariate Approach Analysis. *Global Journal of Health Science*, 10(4), 12-21. <https://doi.org/10.5539/gjhs.v10n4p12>
- Gutmann, Matthew C. (1998). Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, 8, 47-99
- Gutmann, Matthew C.(2019). Culturas alternativas de masculinidad: un enfoque antropológico. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas: procesos, avances y reacciones* (105-120). Tirant Humanidades.
- Hanlon, Niall (2012). *Masculinities, care and equality. Identity and nurture in Men's live*. Palgrave MacMillan.
- Harris, Marvin (1981). *Introducción a la antropología general*. Alianza Editorial.
- Hearn, Jeff (1997). The implications of critical studies on men. *NORA - Nordic Journal of Feminist and Gender Research*, 5(1), 48-60. <https://doi.org/10.1080/08038740.1997.9959706>
- Hearn, Jeff (2004). From Hegemonic Masculinity to the Hegemony of Men. *Feminist Theory*, 5(1), 49-72. <https://doi.org/10.1177%2F1464700104040813>
- Herrera, Coral (2018). *Mujeres que ya no sufren por amor: transformando el mito romántico*. Los libros de la Catarata.
- Herrera, Coral (2019). *Hombres que ya no hacen sufrir por amor: transformando las masculinidades*. Catarata.
- Herrera, Coral (2020a). *Guía de recursos para profesionales que trabajan con adolescentes varones las masculinidades no violentas*. Instituto Canario de Igualdad. <https://www.medigraphic.com/pdfs/revcub-ped/cup2015/cup154k.pdf>
- Herrera, Coral (2020b). Amor romántico. En En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.28-31). Catarata
- Herrera, Coral (2020c). *Cómo disfrutar del amor. Herramientas feministas para transformar el mito del amor romántico*. Ediciones B.

- Hochschild, Arlie R. (2021). *La doble jornada. Familias trabajadoras y la revolución en el hogar*. Capitán Swing.
- Hodapp, Christa (2017). *Men's Rights, Gender and Social Media* (2017). Lexington Books.
- Holter, Øystein Gullvåg (2007). Men's Work and Family Reconciliation in Europe. *Men and Masculinities*, 9(4), 425-456. <https://doi.org/10.1177/1097184X06287794>
- Illouz, Eva (2014). *Erotismo de autoayuda. "Cincuenta sombras de Grey" y el nuevo orden romántico*. Katz Editores.
- Immerzeel, Tim; Coffé, Hilde y van der Lippe, Tanja (2015). Explaining the gender gap in radical right voting: A cross-national investigation in 12 Western European countries. *Comparative European Politics*, 13, 263-286. <https://doi.org/10.1057/cep.2013.20>
- Inner, Pilar (1988). *Los hombres Españoles*. Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer.
- Isla-Joulain, Gabriel L. (2021). Célibes involuntarios: ¿Terroristas?. Análisis cualitativo del fenómeno "InCel" y discusión conceptual sobre el "terrorismo". *Revista De Derecho Penal Y Criminología*, 24, 193-244. <https://doi.org/10.5944/rdpc.24.2020.28400>
- Izquierdo, María Jesús (1998). Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género. En Vicenç Fisas (Ed.), *El sexo de la violencia* (pp.61-91). Icaria.
- Izquierdo, María Jesús (2003). *Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: hacia una política democrática del cuidado*. Emakunde/Instituto vasco de la mujer y Comunidad europea/Fondo Social Europeo.
- Jablonka, Ivan (2020). *Hombres justos. Del patriarcado a las nuevas masculinidades*. Anagrama.
- Jacobson, Jenna y Mascaro, Christopher (2016). Twitter Conversations of a Hairy Social Movement. *Social Media + Society*, 2(2), 1-12. <https://doi.org/10.1177%2F2056305116637103>

- Jamieson, Lynn (2011). Intimacy as a concept: explaining social change in the context of globalisation or another form of “Ethnocentrism”? *Sociological Research Online*, 16(4), 151-163. <https://doi.org/10.5153/sro.2497>
- Jane, Emma A. (2017). ‘Dude...stop the spread’: antagonism, agonism, and #manspreading on social media. *International Journal of Cultural Studies*, 20(5), 459-475. <https://doi.org/10.1177%2F1367877916637151>
- Jeffreys, Sheila (2011). *La industria de la vagina. La economía política de la comercialización global del sexo*. Paidós.
- Johansson, Thomas y Klinth, Roger (2008). Caring fathers: The ideology of gender equality and masculine positions. *Men and masculinities*, 11(1), 42-62. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X06291899>
- Jones, Callum, Trott, Verity y Wright, Scott (2020). Sluts and soyboys: MGTOW and the production of misogynistic online harassment. *New Media & Society*, 22(10), 1903-1921. <https://doi.org/10.1177%2F1461444819887141>
- Jones, Daniel y Blanco, Rafael (2021). Varones atravesados por los feminismos. Deconstrucción, distancia y reforzamiento del género. En Luciano Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (pp. 45-60). Universidad Nacional del Rosario.
- Jordán, Nines (2020). Acoso sexual laboral. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.24-26). Catarata.
- Joyce, Jack B., Humă, Bogdana; Ristimäki, Hanna-Leena; Ferraz de Almeida, Fabio y Doehring, Ann (2021). Speaking out against everyday sexism: Gender and epistemics in accusations of “mansplaining”. *Feminism & Psychology*, 31(4), 502-529. <https://doi.org/10.1177%2F0959353520979499>
- Julià, Albert y Escapa, Sandra (2021). *Perfiles masculinos emergentes en la distribución de las tareas del hogar en España*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Jurado Guerrero, Teresa y González, María José (Eds.). (2015). *Padres y madres corresponsables: una utopía real*. Los libros de la Catarata.

- Jurado Guerrero, Teresa; Abril, Paco y Monferrer, Jordi M. (2019). En Cristina García Sainz (Eds.), *Masculinidades. Aportaciones y debates* (pp.155-175). UAM Ediciones.
- Kaufman, Gayle (2013). *Superdads: how fathers balance work and family in the 21st century*. University Press.
- Kaufman, Michael (1989). *Hombres. Placer, poder y cambio*. Centro de Investigaciones para la Acción Femenina.
- Kaufman, Michael (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp.63-81). Ediciones de las Mujeres. Isis Internacional.
- Keats, Patrice A. (2009). Multiple text analysis in narrative research: visual, written, and spoken stories of experience. *Qualitative Research*, 9, 181-195. <https://doi.org/10.1177%2F1468794108099320>
- Kelchtermans, Geert (1993). Getting the story, understanding the lives: from career stories to theachers' professional development. *Teaching and Teacher Education*, 9(5/6), 443-456. [https://doi.org/10.1016/0742-051X\(93\)90029-G](https://doi.org/10.1016/0742-051X(93)90029-G)
- Kersting, Wolfgang (2001). *Filosofía política del contractualismo moderno*. Plaza y Valdés.
- Kimmel, M. (1992). Reading Men: Men, Masculinity and Publishing. *Feminist Collections Women's*, 13(1), 11-17.
- Kimmel, Michael (1996). *Manhood in America: A cultural history*. Free Press
- Kimmel, Michael (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp.49-62). Ediciones de las Mujeres. Isis Internacional.
- Kimmel, Michael (2008). Los estudios de la masculinidad: una introducción. En Àngels Carabí y Josep M. Armengol (Eds.), *La masculinidad a debate* (pp.15-31). Icaria.
- Kimmel, Michael (2019). *Hombres (blancos) cabreados: la masculinidad al final de una era*. Barlin Libros.

- Koro-Ljungberg, Mirka; Yendol-Hoppey, Diane; Smith, Jason Jude y Hayes, Sharon B. (2009). Epistemological awareness, instantiation of methods, and uninformed methodological ambiguity in qualitative research projects. *Educational Researcher*, 38(9), 687-699. <https://doi.org/10.3102%2F0013189X09351980>
- Koslowski, Alison; Blum, Sonja; Dobrotić, Ivana; Macht Alexandra y Moss, Peter (Eds.). (2019). *International Review of Leave Policies and Research 2019* (https://www.leavenetwork.org/fileadmin/user_upload/k_leavenetwork/annual_reviews/2019/2_2019_Compiled_Report_2019_0824-.pdf)
- Kuppers, Terry A. (2005). Toxic masculinity as a barrier to mental health treatment in prison. *Journal of clinical psychology*, 61(6), 713-724. <https://doi.org/10.1002/jclp.20105>
- Lachance-Grzela, Mylène y Bouchard, Geneviève (2010). Why Do Women Do the Lion's Share of Housework? A Decade of Research. *Sex roles*, 63, 767-780. <https://doi.org/10.1007/s11199-010-9797-z>
- Lammi-Taskula, Johanna (2008). Doing Fatherhood: Understanding the Gendered Use of Parental Leave in Finland. *Fathering*, 6(2), 133-148. <http://dx.doi.org/10.3149/fth.0602.133>
- Langness, Lewis L. (1965). *The life history in anthropological science*. Holt, Rinehart and Winston.
- Lappegard, Trude (2008). Changing the gender balance in caring: Fatherhood and the division of parental leave in Norway. *Population Research and Policy Leave*, 27, 139-159. <https://doi.org/10.1007/s11113-007-9057-2>
- Legarde, Marcela (2000). *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Editorial Horas y horas.
- Legrand, Michel (1993). *L'approche biographique. Théorie, clinique*. Marseille: Hommes et Perspectives.
- Leira, Arnlaug (2002). *Working parents and the Welfare State. Family change and policy reform in Scandinavia*. Cambridge University Press

- Levy, Robert I. (1973). *Tahitians: Mind and Experience in the Society Islands*. University of Chicago Press.
- Lewis, Jane; Campbell, Mary y Huerta, Carmen (2008). Patterns of paid and unpaid work in Western Europe: gender, commodification, preferences and the implications for policy. *Journal of European Social Policy*, 18(1), 21-37. <https://doi.org/10.1177/0958928707084450>.
- Lin, Jie Liang (2017). Antifeminism Online: MGTOW (Men Going Their Own Way). En Urte Undine Frömring, Steffen Köhn, Samantha Fox y Mike Terry (Eds.), *Digital Environments: Ethnographic Perspectives Across Global Online and Offline Spaces* (pp. 77-96). Transcript Verlag.
- Lomas, Carlos (2004). ¿Los chicos no lloran? En Carlos Lomas (Comp.), *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación* (pp.9-32). Paidós.
- Lomas, Carlos (2004). Glosario. En Carlos Lomas (Comp.), *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación* (pp.229-242). Paidós.
- Lomas, Carlos (2007). ¿La escuela es un infierno? : violencia escolar y construcción cultural de la masculinidad. *Revista de Educación*, 342, 83-101.
- López Clavel, Pau (2015). Tres debates sobre la homonormativización de las identidades gay y lesbiana. *Asparkia: Investigación feminista*, 26, 137-153.
- Lorente, Miguel (2003). *Mi marido me pega lo normal: agresión a la mujer, realidades y mitos*. Crítica.
- Lorente, Miguel (2009). *Los nuevos hombres nuevos*. Destino.
- Lorente, Miguel (2020). *Autopsia al machismo*. Comares.
- Lorente, Miguel (2021). El posmachismo: trampas y resistencias contra la igualdad. En Luciano Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (pp. 179-194). Universidad Nacional del Rosario.
- Lozano, Teresa y Méndez, Zua (2020). Mansplaining. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 173-176). Cátedra.

- Lucca Irizarry, Nydia & Berríos Rivera, Reinaldo (2009). *Investigación cualitativa. Fundamentos, diseños y estrategias*. Ediciones SM.
- Lundberg, Shelly y Pollak, Robert A. (1996). Bargaining and Distribution in Marriage. *The Journal of Economic Perspectives*, 10(4), 139-158.
- Mackinnon, Catherine (1989). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Cátedra.
- Madrigal Rajo, Larry Tejeda Guardado, Walberto (2020). Hombres de cuidado ¡en emergencia!. Los Cuidados y masculinidades en el actual contexto COVID-19 en Centroamérica. *Revista Punto Género*, 13, 109- 130.
- Mallimaci, Fortunato y Giménez, Verónica (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En Irene Vasilachis (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 175-212). Gedisa.
- Maquieira, Virginia (2001). Género, diferencia y desigualdad. En Elena Beltrán y Virginia Maquieira (Eds.), *Feminismos: debates teóricos contemporáneos* (pp.127-190). Alianza Editorial.
- Marañón, Iria (2018). *Educar en el feminismo*. Plataforma Editorial.
- Marañón, Iria (2020). *Educar a un niño en el feminismo*. Plataforma Actual.
- Marlin-Bennett, Renée y Thornton, E. Nicole (2012). Governance within social media websites: Ruling new frontiers. *Telecommunications Policy*, 36, 493-501. <https://doi.org/10.1016/j.telpol.2012.01.002>
- Marqués, Josep Vicent (1997). Varón y patriarcado. En Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp.17-30). Ediciones de las Mujeres. Isis Internacional.
- Marqués, Josep Vicent y Osborne, Raquel (1991). *Sexualidad y sexismo*. Fundación Universidad-Empresa.
- Marqués, Josep Vicente (2003). ¿Qué masculinidades?. En José María Valcuende y Juan Blanco (Eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades* (pp. 204-211). Talasa Ediciones.

- Marshall, Catherine Rossman, Gretchen B. (1995). *Designing qualitative research*. Sage Publication.
- Martin Cabello, Antonio y García Manso, Almudena (2011). Construyendo la masculinidad: fútbol, violencia e identidad. *RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 10(2), 73-95.
- Martín Casares, Aurelia (2006). *Antropología del Género. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Ediciones Cátedra.
- Martín Palomo, María Teresa (2008b). Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26(2), 13-44.
- Martín Palomo, María Teresa (2016). *Cuidado, vulnerabilidad e interdependencias. Nuevos retos políticos*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Martín Palomo, María Teresa (2020). Dibujar los contornos del cuidado. En Karina Batthyány (Coord.), *Miradas latinoamericanas a los cuidados* (pp.243- 287). Siglo Veintiuno Editores.
- Martín Palomo, María Teresa y Tobío Soler, Constanza (2018). Cambio y continuidad en tres generaciones de mujeres: un análisis longitudinal cualitativo de las formas de trabajo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 162, 39-54. <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.162.39>
- Martín Vidaña, David (2021). Masculinidades cuidadoras: la implicación de los hombres españoles en la provisión de los cuidados. Un estado de la cuestión. *Revista Prisma Social*, 33, 228-260.
- Martín, Sara (2007). Los estudios de la masculinidad: una nueva mirada al hombre a partir del feminismo. En Meri Torras (Ed.), *Cuerpo e identidad: estudios de género y sexualidad* (pp.89-116). Universidad Autónoma de Barcelona
- Martínez Avidad, Mayra y Pérez López, Alba (2020). ¿Nuevas o viejas masculinidades? El rol masculino dominante entre los adolescentes españoles. *Revista Española De Sociología*, 29(3), 171-189. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2020.63>

- Martínez Guirao, Javier Eloy (2014). Construyendo los cuerpos “perfectos”. Implicaciones culturales del culto al cuerpo y la alimentación en la vigorexia. *Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador*, 21, 77-99.
- Martínez Guirao, Javier Eloy (2019). Cuerpos en riesgo. Implicaciones y consecuencias de la masculinidad en las corporeidades. En Javier Eloy Martínez Guirao, Anastasia Téllez y Joan Sanfélix (Eds.), *Deconstruyendo la masculinidad: cultura, género e identidad* (pp. 85-107). Tirant Lo Blanch.
- Martínez Guirao, Javier Eloy y Sanfélix, Joan (2021). La investigación socioantropológica y su aplicabilidad en el estudio de las masculinidades. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *De la teoría a la acción: en busca de masculinidades igualitarias* (pp. 133-143). Dykinson.
- Martins, João Batista (2012). El metrosexual y la cuestión de la identidad: inquietudes teóricas. *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 22(65), 339-357.
- Mauthner, Natasha S. y Doucet, Andrea (1998). Reflections on a Voice-Centred Relational Method of Data Analysis: Analysing Maternal and Domestic Voices. En Jane Ribbens y Rosalind Edwards (Eds.), *Feminist Dilemmas in Qualitative Research: Private Lives and Public Texts* (pp.119-144). Sage.
- Mauthner, Natasha y Doucet, Andrea (2003). Reflexive Accounts and Accounts of Reflexivity in Qualitative Data Analysis. *Sociology*, 37(3), 413-431. <https://doi.org/10.1177/00380385030373002>
- McCormack, Marky Anderson, Eric (2014a). The Influence of Declining Homophobia on Men’s Gender in the United States: An Argument for the Study of Homophobia. *Sex Roles*, 71(3), 109-120. <https://doi.org/10.1007/s11199-014-0358-8>
- Mead, Margaret (2006). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Paidós Ibérica.

- Meil, Gerardo (2005). El reparto desigual del trabajo doméstico y sus efectos sobre la estabilidad de los proyectos conyugales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 111, 163-180. <https://doi.org/10.2307/40184703>
- Meil, Gerardo y Romero-Balsas, Pedro (2016). Los permisos parentales para el cuidado de niños: percepción social y usos de los mismos entre los padres y las madres. En Silvia Tamayo (Ed.), *La maternidad y la paternidad en el Siglo XXI* (pp.235-258). Comares.
- Meil, Gerardo; Díaz-Gandasegui, Vicente; Rogero-García, Jesús y Romero-Balsas, Pedro (2021). Non-Parental Childcare in France, Norway, and Spain. En Anna-Maija Castrén, Vida Česnuitytė, Isabella Crespi, Jacques-Antoine Gauthier, Rita Gouveia, Claude Martin, Almudena Moreno Mínguez y Katarzyna Suwada (Eds.), *The Palgrave Handbook of Family Sociology in Europe* (345-360). Palgrave Macmillan.
- Meil, Gerardo; Rogero-García, Jesús y Romero-Balsas, Pedro (2019). Los permisos en solitario y la implicación de los hombres en el cuidado de sus hijos. En Cristina García Sainz (Eds.), *Masculinidades. Aportaciones y debates* (pp. 139-154). UAM Ediciones.
- Meil, Gerardo; Rogero-García, Jesús y Romero-Balsas, Pedro (2020). Los permisos para el cuidado de niños/as: evolución e implicaciones sociales y económicas. En Agustín Blanco, Antonio Chueca, José Antonio López-Ruiz y Sebastián Mora (Eds.), *Informe España 2020*. (pp. 293-340). Universidad Pontificia Comillas.
- Meil, Gerardo; Romero-Balsas, Pedro y Rogero-García, Jesús (2017a). Why parents take unpaid parental leave. Evidence from Spain. En Vida Česnuitytė, Detlev Lück y Eric D. Widmer (Eds.), *Family Continuity and Change. Contemporary European Perspectives* (pp.247-269). Palgrave-Mcmillan.
- Meil, Gerardo; Romero-Balsas, Pedro y Rogero-García, Jesús (2018). Parental leave in Spain: use, motivations and implications. *Revista Española de Sociología*, 27 (3 Supl.), 27-43. <http://dx.doi.org/10.22325/fes/res.2018.32>

- Meil, Gerardo; Romero-Balsas, Pedro y Rogero-García, Jesús (2020). Permisos para el cuidado de niños destinados a los padres: evolución y sus efectos en la corresponsabilidad familiar. En Karina Batthyány (Coord.), *Miradas latinoamericanas a los cuidados* (pp.159-185). Siglo Veintiuno Editores.
- Meil, Gerardo; Romero-Balsas, Pedro; Rogero-García, Jesús y Castrillo-Bustamante, Concepción (2019): El camino hacia permisos de maternidad y paternidad iguales e intransferibles en España. *Revista del Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social*, 141, 15-36.
- Merino, Patricia (2017). *Maternidad, Igualdad y Fraternidad. Las madres como sujeto político en las sociedades poslaborales*. Clave Intelectual.
- Messerschmidt, James W. y Messner, Michael A. (2018). Hegemonic, Nonhegemonic, and “New” Masculinities. En James W. Messerschmidt, Patricia Yancey Martin, Michael A. Messner y Raewyn Connell (Eds.), *Gender Reckonings. New Social Theory and Research* (pp. 35-56). New York University Press.
- Miller, Tim (2010). The Birth of the Patio Daddy-O: Outdoor Grilling in Postwar America. *The Journal of American Culture* 33(1), 5-11. <https://doi.org/10.1111/j.1542-734X.2010.00725.x>
- Millet, Kate (2017). *Política sexual*. Ediciones Cátedra.
- Minello, Nelson (2002). Los estudios de masculinidad. *Estudios Sociológicos*, XX, 3, 715-732.
- Molina, Cristina (2020). Patriarcado. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.183-185). Catarata.
- Molinier, Pascale (2013). *Le travail du care*. La Découverte.
- Montesinos, Rafael (2002). *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Gedisa.
- Moreno, Ángel y Pichardo, José Ignacio (2006). Homonormatividad y existencia sexual. Amistades peligrosas entre género y sexualidad. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(1), 143-156. <http://dx.doi.org/10.11156/aibr.010110>

- Moreno-Colom, Sara; Ajenjo, Marc y Borràs, Vicent (2018). La masculinización del tiempo dedicado al trabajo doméstico rutinario. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 163, 41-58. <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.163.41>
- Moriña, Anabel (2017). *Investigar con historias de vida. Metodología biográfico-narrativa*. Narcea.
- Morris, Edward W. y Ratajczak, Kathleen (2019). Critical Masculinity Studies and Research on Violence Against Women: An Assessment of Past Scholarship and Future Directions. *Violence Against Women*, 25(16), 1980-2006. <https://doi.org/10.1177%2F1077801219875827>
- Moss, Peter (2008). Making parental leave parental: An overview of policies to increase fathers' use of leave. En Peter Moss y Marta Korintus (Eds.), *International Review of Leave Policies and Related Research 2008* (pp.85-90). Employment Relations Research Series NO. 100.
- Moss, Peter y Deven, Fred (2015). Leave policies in challenging times: reviewing the decade 2004–2014. *Community, Work & Family*, 18(2), 137-144. <https://doi.org/10.1080/13668803.2015.1021094>
- Mosse, George (2000). *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*. Talasa Ediciones.
- Muñoz Terrón, José María y Martín Palomo, María Teresa (2013). Hombres y mujeres en los cuidados: viejos y nuevos modelos para la igualdad. *CUADERNOS KÓRE. Revista de historia y pensamiento de género*, 8, 149-178.
- Nardini, Krizia (2019). *Uneven Routes of Mobilizing "as a Men": Reconfiguring Masculinities among Anti-sexist Groups of Men in Italy and Spain*. [Tesis doctoral, Universitat Oberta de Catalunya].
- Navarro-Ríos, María Jesús (2019). Regreso al origen: de la masculinidad prostituyente a la masculinidad iluminada. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas. Procesos, avances y reacciones* (pp.221-245). Tirant Humanidades.

- Niewiadomski, C. y Delory-Momberger, C. (2013). *La mise en récit de soi. Place de la recherche biographique dans les sciences humaines et sociales*. Presses Universitaires du Septentrion.
- Nogueiras, Belén (2020). Salud de las mujeres. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp. 215-217). Catarata.
- Norman, Helen (2017). Paternal involvement in childcare: how can it be classified and what are the key influences?. *Families, Relationships and Societies*, 6(1), 89-105.
- Núñez Noriega, Guillermo (2016). Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian?. *Culturales*, 4(1), 9-31
- Nuño, Laura (2020). División sexual del trabajo. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp. 71-73). Catarata.
- Och, Malliga (2020). Man interrupting in the German Bundestag: Gendered Opposition to Female Members of Parliament?. *Politics & Gender*, 16(2), 388-408. <https://doi.org/10.1017/S1743923X19000126>
- Oliva, Asunción (2020). Género. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 141-146). Cátedra.
- Paliadelis, Penny (2005). Rural Nursing Unit Managers: Education and support for the role. *Rural and Remote Health*, 5(1), 325-332. <http://dx.doi.org/10.22605/RRH325>
- Palkovitz, Rob (2002). Involved fathering and child development: advancing our understanding of good fathering. En Catherine S. Tamis-LeMonda y Natasha J. Cabrera (Eds.), *Handbook of father involvement: multidisciplinary perspective* (pp.110-140). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Paperman, Patricia (2004). Perspectives féministes sur la Justice. *L'année Sociologique*, 54(2), 413-434. <http://dx.doi.org/10.3917/anso.042.0413>
- Parkas, Víctor (2019). *Game boy: un libro de ensayo, ficción y privilegio*. Caballo de Troya.
- Pateman, Carole (2019). *El contrato sexual*. Ménades Editorial.

- Pease, Bob (2015). ¿La reconstrucción de la masculinidad o el fin de la hombría? Posibilidades y limitaciones de transformar las subjetividades masculinas para conseguir la igualdad de género. En Àngels Carabí y Josep M. Armengol (Eds.), *Masculinidades alternativas en el mundo de hoy* (25-46). Icaria.
- Pedraza, William J., Betancur, Andrea y Velandia, Benjamín (2011). La ciberviolencia: nuevas formas de concebir la violencia en el ciberespacio». *Revista INPAHU*, 7, 69-80.
- Pérez Freire, Silvia y Gómez, Águeda (2022). Masculinidades prostitutivas: el relato sexual del prostituidor en contextos patriarcales. *Revista Española de Sociología*, 31(1), a95. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2022.95>
- Pérez, Antía. Cuidados. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp. 61-63). Catarata.
- Pérez, Eulalia (2020). Mujeres científicas; cuando el sexo importa. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 197-200). Cátedra.
- Pescador, Erick (2004). Masculinidades y adolescencia. En Carlos Lomas (Comp.), *Los chicos también lloran Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación* (pp.113-146). Paidós.
- Pescador, Erick (2018). La salud y las masculinidades. En Rosa Casado y María Ángeles García-Carpintero (Coords.), *Género y salud. Apuntes para comprender las desigualdades y la violencia basadas en el género y sus repercusiones en la salud* (pp. 125-143). Díaz de Santos.
- Pescador, Erick (2019). Relaciones de género y nuevas formas de ser hombre. Educando en igualdad desde el trabajo con hombres, subjetividades y diversidad. En Cristina García Sainz (Eds.), *Masculinidades. Aportaciones y debates* (pp. 99-122). UAM Ediciones.
- Petrocelli, Samir (2021). La androsféra. En Luciano Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (pp.195-212). Universidad Nacional del Rosario.
- Plaza, Juan F. (2003). *Modelos de varón y mujer en las revistas femeninas para adolescentes. La representación de los famosos*. Fundamentos.

- Pleck, Joseph H. y Masciadrelli, Brian P. (2004). Paternal involvement by U.S. Residential fathers: levels, sources and consequences. En Michael E. Lamb (Ed.), *The role of the father in child development* (pp. 222-271). Wiley.
- Posada, Luisa (1995). Pactos entre mujeres. En Celia Amorós (Ed.), *10 palabras clave sobre Mujer* (pp. 331-365). Verbo Divino.
- Pujadas, Juan José (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en Ciencias Sociales*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pujadas, Juan José (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, 9, 127-158.
- Pujadas, Juan José (2002). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Puleo, Alicia Helda (1995). Patriarcado. En Celia Amorós (Ed.), *10 palabras clave sobre Mujer* (21-54). Verbo Divino.
- Puleo, Alicia Helda (2019). *Claves ecofeministas: para rebeldes que aman la Tierra y a los animales*. Plaza y Valdés.
- Puleo, Alicia Helda (2020). Patriarcado. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 215-217). Cátedra.
- Quiles, María (2019). Políticas de formación e investigación en género en las universidades españolas: estudios de las masculinidades. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas: procesos, avances y reacciones* (299-323). Tirant Humanidades.
- Quintero, Gino Jafet y López, Álvaro (2018). Tauromaquia y turismo oscuro en México: las corridas de toros como prácticas no éticas. *Teoría y Praxis*, 24, 197-228. <http://hdl.handle.net/20.500.12249/1325>
- Ranea, Beatriz (2017). (Re)pensar la prostitución desde el análisis crítico de la masculinidad. En Ana de Miguel y Laura Nuño (Dirs.), *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional* (pp.135-142). Editorial Comares.
- Ranea, Beatriz (2019). Masculinidad (hegemónica) resquebrajada y reconstrucción subjetiva en los espacios de prostitución. *Oñati Socio-legal Series*, 9, 61-81.

- Ranea, Beatriz (2020). ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste? Mujeres investigando masculinidades: el caso de la demanda de prostitución. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones* (pp. 131-147). Dykinson.
- Ranea, Beatriz (2020). Mansplaining. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.167-168). Catarata.
- Ranea, Beatriz (2021). *Desarmar la masculinidad. Los hombres ante la era del feminismo*. Catarata.
- Reguant, Dolors (1996). *La mujer no existe: un simulacro cultural*. Maite Canal.
- Riessman, Catherine Kohler (2002). Narrative Analysis. En Michael Huberman y Matthew B. Miles (Eds.), *The qualitative researcher's companion* (pp.217-270). Sage Publishing.
- Riessman, Catherine Kohler (2008). *Narrative methods for the human sciences*. Sage Publications.
- Ringrose, Jessica y Lawrence, Emilie (2018). Remixing misandry, manspreading, and dick pics: networked feminist humour on Tumblr. *Feminist Media Studies*, 18(4), 686-704. <https://doi.org/10.1080/14680777.2018.1450351>
- Risman, Barbara J. y David, Georgiann (2013). From sex roles to gender structure. *Current Sociology*, 61(5-6), 733-755. <https://doi.org/10.1177%2F0011392113479315>
- Riviere, Josetxu (2021). Los hombres en el feminismo. En Clara Serra, Cristina Garzábal y Laura Macaya (Coords.), *Alianzas rebeldes: un feminismo más allá de la identidad* (167-175). Bellaterra.
- Rodríguez, Antonio J. (2020). *La nueva masculinidad de siempre. Capitalismo, deseo y falofobias*. Anagrama.
- Rodríguez-Magda, Rosa María (2019). *La mujer molesta. Feminismos postgénero y transidentidad sexual*. Ménades.

- Rodríguez-Magda, Rosa María (2020). Género. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp. 119-121). Catarata.
- Rohlinger, Deana A. (2002). Eroticizing Men: Cultural Influences on Advertising and Male Objectification. *Sex Roles* 46, 61-74. <https://doi.org/10.1023/A:1016575909173>
- Romero Pérez, Rosalía (2020). Feminismo Radical. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 125-127). Cátedra.
- Romero-Balsas, Pedro (2022). Incremento en la duración del permiso exclusivo para padres y sus consecuencias en el cuidado infantil desde la perspectiva de las madres. *Revista Española de Sociología*, 31(1), a85. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2022.85>
- Romero-Balsas, Pedro; Meil, Gerardo y Rogero-García, Jesús (2021). Policemen on Leave Alone in Spain. A Rift in Hegemonic Masculinity? *Men and Masculinities*, 24(3), 483-500. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X19878221>
- Romero-Sánchez, Amparo (2014). La utopía postfeminista: del ciberfeminismo al tecnofeminismo. *Cuadernos del Ateneo*, 32, 156-169.
- Rosario; Inmaculada; Déniz María Soraya; Real, Fernando; Acosta, Félix y Padilla, Daniel F. (2009). La colombofilia y Canarias. *Revista Canaria de las Ciencias Veterinarias*, 6-7, 66-69.
- Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, 30, 95-145.
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (2012). *Metodología de investigación cualitativa*. (5ª ed.). Universidad de Deusto.
- Ruíz-Repullo, Carmen (2017). Estrategias para educar en y para la igualdad: coeducar en los centros. *ATLÁNTICAS –Revista Internacional de Estudios Feministas*, 2(1), 166-191. <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2017.2.1.2063>
- Sáez, Hilario (2021). El sistema de discursos sociales de los hombres andaluces sobre las masculinidades. En Anastaria Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y

- Joan Sanfèlix (Eds.), *De la teoría a la acción: en busca de masculinidades igualitarias* (pp. 145-165). Dykinson.
- Sahin, Mustafa (2012). The relationship between the cyberbullying/cybervictimization and loneliness among adolescents. *Children and Youth Services Review*, 34, 834-837. <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2012.01.010>
- Salazar, Octavio (2012). Otras masculinidades posibles: Hacia una humanidad diferente y diferenciada. *RECERCA. Revista De Pensament I Anàlisi*, 12, 87-112.
- Salazar, Octavio (2013). *Masculinidades y ciudadanía. Los hombres también tenemos género*. Dykinson.
- Salazar, Octavio (2018). *El hombre que no deberíamos ser. la revolución masculina que tantas mujeres llevan siglos esperando*. Planeta.
- Salazar, Octavio (2019a). *#WeToo: Brújula para jóvenes feministas*. Planeta.
- Salazar, Octavio (2019b). Una cuestión de ciudadanía: las nuevas subjetividades masculinas como presupuesto de la democracia paritaria. En Cristina García Sainz (Eds.), *Masculinidades. Aportaciones y debates* (pp.65-84). UAM Ediciones.
- Salazar, Octavio (2021). *La vida en común. Los hombres (que deberíamos ser) después del coronavirus*. Galaxia Gutenberg.
- Salazar, Octavio y Sambade, Iván (2020). Hombres profeministas. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 149-152). Cátedra.
- Salazar-Agulló, Modes y Martínez-Marco, Emilio A. (2019). La masculinidad en los planes de igualdad de las universidades públicas españolas. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfèlix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas: procesos, avances y reacciones* (325-347). Tirant Humanidades.
- Saldaña, María Nieves (2011). Los Estudios de Género en los Grados en Derecho: Propuestas para un diseño curricular de la enseñanza del Derecho Constitu-

cional con perspectiva de género en el Espacio Europeo de Educación Superior. *Revista de Educación y Derecho*, 3, 1-23. <https://doi.org/10.1344/re&d.v0i03.1781>

Saltzman, Marian; Matathia, Ira y O'Reilly, Ann (2005). *The Future of Man: the Rise of Übersexual and What He Means For Marketing Today*. Palgrave Macmillan.

Sambade, Iván (2017). La instrumentalización de la sexualidad. Masculinidad patriarcal, pornografía y prostitución. En Ana de Miguel y Laura Nuño (Dirs.), *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional* (pp.169-180). Editorial Comares.

Sambade, Iván (2019). Masculinidades y transformación social: un análisis crítico de las políticas *queer* en la interpretación de Judith Butler. *ENCRUCIJADAS. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 17, 1-22.

Sambade, Iván (2020). *Masculinidades, violencia e igualdad. El (auto)control de los hombres como estrategia de poder social*. Universidad de Valladolid.

Sánchez Martín, Roberto y Sánchez Martín, Jorge (2017). Del cuerpo sano al cuerpo rendidor. La representación del cuerpo en la sociedad del rendimiento” En María Teresa Vicente, Pepa García y Antonio Vizcaino (Coords.), *Antropologías en transformación. Sentidos, compromisos y utopías* (pp.247-258). Universidad de Valencia.

Sánchez, Roberto (2006). De caza y cazadores. Las construcciones teóricas sobre la actividad cinegética actual a partir de los discursos de sus actores. *Gazeta de Antropología*, 22,1-18. <http://dx.doi.org/10.30827/Digibug.7100>

Sanfélix, Joan (2011). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio en las mujeres. *Prisma Social: Revista de Investigación Social*, 7, 220-247.

Sanfélix, Joan (2016). Fútbol y masculinidad en perspectiva socioantropológica. En Javier Eloy Martínez Guirao, Baldomero de Maya Sánchez y Anastasia Téllez (Eds.), *Perspectivas interdisciplinarias en el estudio de la cultura y la sociedad* (pp. 239-258). Universidad Miguel Hernández de Elche

- Sanfélix, Joan (2017a). *Demostrando ser hombres. Una aproximación socioantropológica a la construcción y reproducción de las identidades masculinas en las comarcas orientales de la provincia de Valencia*. [Tesis doctoral, Universidad Miguel Hernández de Elche].
- Sanfélix, Joan (2017b). Género, igualdad y masculinidades. Repensar la identidad masculina. En Anastasia Téllez (Ed.), *Igualdad de género e identidad masculina* (pp. 65-78). Universidad Miguel Hernández de Elche.
- Sanfélix, Joan (2018). El cuerpo masculino en tiempos de brújulas rotas y (neo)fascismos: análisis socioantropológico. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 9, 15-33.
- Sanfélix, Joan (2019). La mirada del igual: el grupo masculino como eje articulador, validador y reproductor de la masculinidad tradicional. En Javier Eloy Martínez Guirao, Anastasia Téllez y Joan Sanfélix (Eds.), *Deconstruyendo la masculinidad: cultura, género e identidad* (pp.165-181). Tirant Lo Blanch.
- Sanfélix, Joan (2020). *La brújula rota de la masculinidad*. Tirant Humanidades.
- Sanfélix, Joan (2021). Ritos de masculinidad: la construcción cultural de los hombres ibéricos en lo festivo y en el ocio. *Sociología Histórica*, 11(1), 142-171. <https://doi.org/10.6018/sh.488551>
- Sanfélix, Joan y Cascales, Jorge (2019). Problematizando las masculinidades igualitarias que se configuran alrededor de la estrategia de las nuevas masculinidades. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas: procesos, avances y reacciones* (121-142). Tirant Humanidades.
- Sanfélix, Joan y Téllez, Anastasia (2014). Historias de hombres. Recuperando las voces de los hombres reales. *Prisma Social: Revista de Investigación Social*, 13, 370-406.
- Sanfélix, Joan y Téllez, Anastasia (2017). Lógicas prácticas en el proceso de construcción de la masculinidad de los hombres valencianos: calle, riesgo, fútbol y arca. *Masculinities and Social Change*, 6(2), 96-118. <https://doi.org/10.17583/mcs.2017.1937>

- Santa Cruz, Isabel (1992). Sobre el concepto de igualdad: algunas observaciones. *Isegoría*, 6, 145–152. <https://doi.org/10.3989/isegoria.1992.i6.329>
- Santamarina, Cristina y Marinas, José Miguel (1995). Historias de vida e historia oral. En José Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (Eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp.259-287). Síntesis.
- Sarabia, Bernabé (1985) Historias de Vida. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociales*, 29, 165-186.
- Sau, Victoria (2000). *Diccionario Ideológico Feminista*, vol I. Icaria.
- Schmitz, Rachel M. y Kazyak, Emily (2016). Masculinities in Cyberspace: An Analysis of Portrayals of Manhood in Men’s Rights Activist Websites. *Social Sciences*, 5(2), 1-16. <https://doi.org/10.3390/socsci5020018>
- Segal, Lynne (2008). Los hombres tras el feminismo ¿Qué queda por decir?. En Àngels Carabí y Josep M. Armengol (Eds.), *La masculinidad a debate* (pp.155-177). Icaria.
- Segalen, Martine (2005). *Ritos y rituales contemporáneos*. Alianza Editorial.
- Segato, Rita L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Seidler, Victor (2000). *La sinrazón masculina: masculinidad y teoría social*. Paidós.
- Seidler, Victor (2007). *Masculinidades: culturas globales y vidas íntimas*. Montesinos.
- Simmons, Leo W. (1942). *Sun Chief- the Autobiography of a Hopi Indian*. (22nd ed.). Yale University Press.
- Simón, Ana Isabel (2013). Corregir, castigar y olvidar a los díscolos soldados. La justicia militar en el primer tercio del siglo XX. *Segle xx. Revista catalana d’història*, 6, 37-61.
- Simpson, Mark (1999). *It’s a Queer World. Deviant Adventures in Pop Culture*. Harrington Park Press.

- Simpson, Mark (19 de junio de 2006). Sporno. <https://www.out.com/entertainment/2006/06/19/sporno>
- Simpson, Mark (2018). Spornosexuales: una revolución permanente y espectacular sobre la metrosexualidad de segunda generación y su “androgenia de los andrógenos”. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 34, 157-176.
- Simpson, Mark (22 de julio de 2002). Meet the metrosexual. Salon. <https://www.salon.com/2002/07/22/metrosexual/>
- Simpson, Mark (6 de enero de 2015). Objectify yourself. Why straight young men crave gay adulation. OUT Magazine. <https://www.out.com/entertainment/2015/01/06/objectify-yourself-why-straight-young-men-crave-gay-adulation>
- Solnit, Rebecca (2016). *Los hombres me explican cosas*. Capitán Swing.
- Stolke, Verena (2004). La mujer es puro cuento: la cultura del género. *Revista de Estudios Feministas*, 12(2), 77-105. <https://doi.org/10.1590/S0104-026X2004000200005>
- Stoller, Robert J. (1968). *Sex and Gender*. Science House.
- Subirats, M. (2020). El género masculino, entre la obsolescencia y la impostación. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones* (pp.19-33). Dykinson.
- Subirats, Marina (1994). Conquistar la igualdad: la coeducación hoy. *Revista Iberoamericana de Educación*, 6, 49-78.
- Subirats, Marina (2013). *Forjar un hombre, moldear una mujer*. Editorial Aresta.
- Szil, Peter (2018). En manos de hombres: pornografía, trata y prostitución. *Atlánticas: Revista Internacional de Estudios Feministas*, 3(1), 41-60. <https://doi.org/10.17979/arief.2018.3.1.3081>
- Tamayo, Juan José y Salazar, Octavio (2019). La superación feminista de las masculinidades sagradas. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan

- Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas: procesos, avances y reacciones* (79-103). Tirant Humanidades.
- Tapia, Aimé (2020). Feminismo desde Abya Yala. En Alicia Helda Puleo (Ed.), *Ser feministas: pensamiento y acción* (pp. 119-122). Cátedra.
- Téllez, Anastasia (2019). Masculinidad, identidad y trabajo: ¿democratizamos la vida doméstica en términos de igualdad? En Javier Eloy Martínez Guirao; Anastasia Téllez y Joan Sanfélix (Ed.), *Deconstruyendo la masculinidad. Cultura, género e identidad* (pp.131-150). Tirant Lo Blanch.
- Téllez, Anastasia (Ed.) (2017). *Igualdad de género e identidad masculina*. Universidad Miguel Hernández de Elche.
- Téllez, Anastasia y Martínez Guirao, Javier Eloy (2019). Hombres igualitarios, igualdad de género y reacciones masculinitas frente a la cuarta ola feminista. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas. Procesos, avances y reacciones* (51-78). Tirant Humanidades.
- Téllez, Anastasia; Martínez Guirao, Javier Eloy y Sanfélix, Joan (2021). Hacia una masculinidad despatriarcalizada. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *De la teoría a la acción: en busca de masculinidades igualitarias* (pp. 11-21). Dykinson.
- Téllez, Anastasia; Sanfélix, Joan y Martínez Guirao, Javier Eloy (2020). La gestión de la incertidumbre masculina en tiempos de pandemia y patriarcado. En Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (Eds.), *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones* (pp. 9-17). Dykinson.
- Thomas, Carol (2019). Deconstruyendo los conceptos de cuidados. En Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (Eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (pp. 145-176). Los libros de la Catarata.
- Thompson, Cooper (2000). Debemos rechazar la masculinidad tradicional. En Keith Thompson (Ed.), *Ser Hombre* (pp.28-38). Kairós




- Thompson, Kirrilly (2013). Cojones and Rejones: Multiple ways of experiencing, expressing and interpreting gender in the Spanish Mounted Bullfight (Rejoneo). En Miriam Adelman y Jorge Knijnik (Eds.), *Gender and Equestrian Sport* (pp.127-147). Springer.
- Tiganus, Amelia (2021). *La revuelta de las putas. De víctima a activista*. Ediciones B.
- Tiganus, Amelia (2021). *La revuelta de las putas: de víctima a activista*. Ediciones B.
- Tisdall, Laura (2013). That was what Life in Bridgeburn had Made Her': Reading the Autobiographies of Children in Institutional Care in England, 1918–46. *Twentieth Century British History*, 24(3), 351-375. <https://doi.org/10.1093/tcbh/hws037>
- Tobío, Constanza (2012). Cuidado e identidad de género. De las madres que trabajan a los hombres que cuidan. *Revista Internacional de Sociología*, 70(2), 399-422. <https://doi.org/10.3989/ris.2010.08.26>
- Tobío, Constanza; Agulló Tomás, M^a Silveria; Gómez, M^a Victoria y Martín Palomo, M^a Teresa (2010). *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*. Fundación La Caixa.
- Tobío, Constanza; Alcañiz Moscardó, Mercedes y Martín Palomo, María Teresa (2021). *La mirada de género en Sociología*. Síntesis.
- Tomé, Amparo y Rambla, Xavier (2001). *La coeducación de las identidades masculinas en la educación secundaria*. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Traba, Amada y Oliveira, Chis (2020). Cultura de la violación. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp. 63-66). Catarata.
- Trahar, Sheila (2010). La atracción del relato: El uso de la investigación narrativa para estudios multiculturales en la Educación Superior. *Profesorado. Revista de Currículum y Formación de Profesorado*, 14(3), 49-62.
- Twenge, Jean (2014). *Generation me-revised and updated: Why today's young Americans are more confident, assertive, entitled--and more miserable than ever before*. Simon and Schuster.

- Uriona, Pilar (2012). Sistematización de las Jornadas Pensando los feminismos en Bolivia. En Patricia Montes (Ed.), *Pensando los feminismos en Bolivia. Serie Foros 2* (pp. 11-65). Conexión Fondo de Emancipación.
- Valcárcel, Amelia (2000). El feminismo. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, 123-135. <https://doi.org/10.24310/Contrastescontrastes.v0i0.1482>
- Van Valkenburgh, Shawn P (2021). Digesting the Red Pill: Masculinity and Neoliberalism in the Manosphere. *Men and Masculinities*, 24(1), 84-103. <https://doi.org/10.1177%2F1097184X18816118>
- Varela, Nuria (2017). *Cansadas. Una reacción feminista frente a la nueva misoginia*. Ediciones B.
- Varela, Nuria (2019a). *Feminismo para principiantes*. Edición actualizada. (2ª ed.). Ediciones B.
- Varela, Nuria (2019b). *Feminismo 4.0. La cuarta ola*. Ediciones B.
- Varela, Nuria (2020). Ciberfeminismo. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp. 47-49). Catarata.
- Vasilachis, Irene (2006). La investigación cualitativa. En Irene Vasilachis (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp.23-64). Gedisa.
- Venegas, Mar (2013). *Amor, sexualidad y adolescencia. Sociología de las relaciones afectivosexuales*. Editorial Comares.
- Ventura, Asunción (2008). Normativa sobre estudios de género y universidad. *Revista Feminismo/s*, 12, 155-184. <http://dx.doi.org/10.14198/fem.2008.12.06>
- Ventura, Asunción (2020). Igualdad. En Rosa Cobo y Beatriz Ranea (Eds.), *Breve diccionario de feminismo* (pp.135-137). Catarata.
- Wada, Mineko; Backman, Catherine L. y Forwell, Susan J. (2015). Men's discursive constructions of balance in everyday life. *Community, Work & Family*, 18(1), 117-133. <https://doi.org/10.1080/13668803.2014.965662>
- Walter, Natasha (2010). *Muñecas vivientes: el regreso del sexismo*. Turner.




- Wassersug, Richard; Oliffe, John y Han, Cristina (2015). On manhood and Movement...or why the moustache works. *Global Health Promotion*, 22(2), 65-70. <https://doi.org/10.1177%2F1757975914536913>
- West, Candace y Zimmerman, Don H. (1987). Doing gender. *Gender and Society*, 1(2), 125-151. <https://doi.org/10.1177/0891243287001002002>
- West, Jessica (2014). *Cyber-Violence Against Women*. Battered Women's Support Services.
- Williams, Stephen (2008). What is fatherhood? Searching for the reflexive father. *Sociology*, 42(3), 487-502. <https://doi.org/10.1177%2F0038038508088837>
- Wittig, Monique (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Egales.
- Zakrisson, Tanya L., Milian Valdés, Davel y Muntaner, Carles (2019). Social Violence, Structural Violence, Hate, and the Trauma Surgeon. *International Journal of Health Services*, 49(4), 665-681. <https://doi.org/10.1177%2F0020731419859834>

ANEXOS




ANEXO I: ASOCIACIONES DE HOMBRES POR LA IGUALDAD DE GÉNERO⁴⁵




Nombre de la entidad	Descripción de la asociación	Contacto e información de interés
<p>AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género)</p> 	<p>AHIGE nace en Málaga a principios de 2001, como resultado de la necesidad de un grupo de hombres profeministas de dar dimensión social a los cambios y vivencias que comenzaron a experimentar. En este sentido, pretenden fomentar el cambio en los hombres hacia posicionamientos clave en igualdad a través de la deconstrucción social del modelo de masculinidad hegemónica.</p>	<p>https://ahige.org/ ahige@ahige.org 626 188 217</p>
<p>Red de Hombres por la Igualdad de Granada</p> 	<p>La Red de Hombres por la Igualdad de Granada acoge a un grupo de hombres feministas que lucha por cambiar las cosas educando y concienciando a la ciudadanía, sobre todo, a los hombres. Su propósito estriba en debatir y actuar sobre las injusticias existentes por la desigualdad de género para mejorar como personas, fomentando distintos modelos de masculinidad.</p>	<p>https://redhombresigualdadgranada.org/ masculinidadesdisidentes@gmail.com 621068675</p>
<p>Homes Igualitaris</p> 	<p>Homes Igualitaris es una asociación de hombres de ámbito estatal vinculada a AHIGE. Como parte del “Movimiento de Hombres por la Igualdad” afirman que los hombres pierden con el machismo y luchan por la superación del sistema patriarcal, denunciando las desigualdades que les afectan. Cooperan con el colectivo LGTBIQ+ y apoyan la paternidad corresponsable.</p>	<p>https://es.homesigualitaris.cat/ info@homesigualitaris.cat 640058961</p>




⁴⁵ La información que aparece detallada se ha extraído de las páginas webs de las diferentes asociaciones, colectivos, redes y agrupaciones de hombres por la igualdad de género de carácter nacional.

<p>Asociación Círculos de Hombres</p> 	<p>Un Círculo de Hombres es un espacio físico y humano donde se reúnen periódicamente hombres y p adres que desean compartir sus experiencias de masculinidad y paternidad. La esencia de estos encuentros es la expresión en libertad de las vivencias, experiencias y sentires de los asistentes. No existen normas previas, ni convenios en estos encuentros. Únicamente se preservará la confidencialidad.</p>	<p>http://circulosdehombres.es/ info@circulosdehombres.es 649 32 35 14</p>
<p>Asociación Codo a Codo</p> 	<p>Codo a codo nace en 2009. Está formado por un grupo de hombres igualitarios de Palencia, que desean implicarse en la erradicación de toda desigualdad por razón de género y en la construcción de nuevas identidades masculinas más justas, solidarias, cómplices y humanas. Combinan la reflexión y formación personal, con la acción política y la sensibilización ciudadana para construir la igualdad como valor.</p>	<p>http://hombresigualdadpalencia.com/</p>
<p>Homes valencians per la igualtat</p> 	<p>Los objetivos básicos de Hombres Valencianos para la Igualdad son trabajar contra la discriminación estructural que la sociedad machista genera y favorecer el cambio de los hombres hacia posiciones igualitarias. En este sentido, se proponen sumar a los hombres en el camino para lograr el cambio de una sociedad heteropatriarcal hacia una sociedad igualitaria.</p>	<p>http://homesvalenciansxigualtat.org/</p>




COLECTIVOS DE HOMBRES POR LA IGUALDAD DE GÉNERO




Nombre del colectivo	Descripción del colectivo	Contacto e información de interés
<p>Espacio de Hombres por la Igualdad de Jaén</p> 	<p>AHIGE nace en Málaga a principios de 2001, como resultado de la necesidad de un grupo de hombres profeministas de dar dimensión social a los cambios y vivencias que comenzaron a experimentar. En este sentido, pretenden fomentar el cambio en los hombres hacia posicionamientos clave en igualdad a través de la deconstrucción social del modelo de masculinidad hegemónica.</p>	<p>https://ahige.org/ ahige@ahige.org 626 188 217</p>
<p>Foro de Hombres por la Igualdad de Sevilla</p> 	<p>La Red de Hombres por la Igualdad de Granada acoge a un grupo de hombres feministas que lucha por cambiar las cosas educando y concienciando a la ciudadanía, sobre todo, a los hombres. Su propósito estriba en debatir y actuar sobre las injusticias existentes por la desigualdad de género para mejorar como personas, fomentando distintos modelos de masculinidad.</p>	<p>https://redhombresigualdadgranada.org/ masculinidadesdisidentes@gmail.com 621068675</p>
<p>Grupo Prometeo de Hombres por la Igualdad de León</p> 	<p>Homes Igualitaris es una asociación de hombres de ámbito estatal vinculada a AHIGE. Como parte del “Movimiento de Hombres por la Igualdad” afirman que los hombres pierden con el machismo y luchan por la superación del sistema patriarcal, renunciando a los privilegios y denunciando las desigualdades que les afectan. Cooperan con el colectivo LGTBIQ+ y apoyan la paternidad corresponsable.</p>	<p>https://es.homesigualitaris.cat/ info@homesigualitaris.cat 640058961</p>




<p>Grupo de Hombres “Viento Fresco” de Arcena</p> 	<p>Un Círculo de Hombres es un espacio físico y humano donde se reúnen periódicamente hombres y p adres que desean compartir sus experiencias de masculinidad y paternidad. La esencia de estos encuentros es la expresión en libertad de las vivencias, experiencias y sentires de los asistentes. No existen normas previas, ni convenios en estos encuentros. Únicamente se preservará la confidencialidad.</p>	<p>Facebook: @GrupoDeHombresVientoFresco</p>
<p>Hombrecitos de Madera-Grupo de Hombres Igualitarios de Jerez</p> 	<p>Codo a codo nace en 2009. Está formado por un grupo de hombres igualitarios de Palencia, que desean implicarse en la erradicación de toda desigualdad por razón de género y en la construcción de nuevas identidades masculinas más justas, solidarias, cómplices y humanas. Combinan la reflexión y formación personal, con la acción política y la sensibilización ciudadana para construir la igualdad como valor.</p>	<p>http://igualitarios.blogspot.com/ hombrecitosdemadera@ono.com</p>
<p>Machirruelos Teruel</p> 	<p>Los objetivos básicos de Hombres Valencianos para la Igualdad son trabajar contra la discriminación estructural que la sociedad machista genera y favorecer el cambio de los hombres hacia posiciones igualitarias. En este sentido, se proponen sumar a los hombres en el camino para lograr el cambio de una sociedad heteropatriarcal hacia una sociedad igualitaria.</p>	<p>machirruosteruel@gmail.com Facebook: @Machirruelos</p>

<p>Grupo de hombres de Sabadell</p> 	<p>Nous Homes de Sabadell es un grupo de hombres que se posiciona abiertamente a la corriente de pensamiento de las nuevas masculinidades, y que comparte la visión y el trabajo de los movimientos profeministas y el movimiento por las terapias de la masculinidad. En este sentido, se reúnen quincenalmente para visibilizar el rechazo de la violencia machista, reivindicar la paternidad activa, y la presencia paritaria de mujeres y hombres en instituciones públicas y privadas.</p>	<p>Facebook: @ Nous Homes de Sabadell noushomesdesabadell@gmail.com</p>
<p>Masculinidades Beta</p>  <p>MASCULINIDADES [BETA]</p>	<p>Masculinidades Beta es una asociación sin ánimo de lucro constituida en 2018, que reúne a hombres y mujeres con la imperiosa necesidad de abordar la problemática que conlleva el aprendizaje y puesta en práctica de los valores dominantes de la masculinidad tradicional. En este sentido, su objetivo consiste en cuestionar la masculinidad para promover el aprendizaje de nuevas formas de ser hombre y unas relaciones más sanas de los hombres consigo mismos y con su entorno, basadas en el respeto, el cuidado y la no violencia.</p>	<p>Facebook: @masculinidadesbeta info@masculinidadesbeta.org 632 45 48 59</p>
<p>Homes Transitant</p> 	<p>Red en construcción que transita en el espacio radiofónico con el propósito de construir espacios de pacificación y de igualdad entre hombres y mujeres. Todo ello, con la firme voluntad de poner en común la reflexión personal sobre la masculinidad y anteponerla a su deconstrucción. En este sentido, a través de sus programas radiofónicos, tratan una amplia variedad de temas relacionados con la temática y entrevistan a diferentes expertos/as.</p>	<p>Facebook: @HomesTransitant homestransitant@gmail.com</p>

REDES DE HOMBRES Y OTROS COLECTIVOS DE APOYO EN LA LUCHA POR LA IGUALDAD DE GÉNERO

Nombre de la red	Descripción de la red	Contacto e información de interés
<p>Red Grupos Hombres AHIGE</p> 	<p>AHIGE nace en Málaga a principios de 2001, como resultado de la necesidad de un grupo de hombres profeministas de dar dimensión social a los cambios y vivencias que comenzaron a experimentar. En este sentido, pretenden fomentar el cambio en los hombres hacia posicionamientos clave en igualdad a través de la deconstrucción social del modelo de masculinidad hegemónica.</p>	<p>https://ahige.org/ ahige@ahige.org 626 188 217</p>
<p>HETERODOXIA Comunidad de Hombres por la Igualdad</p> 	<p>La Red de Hombres por la Igualdad de Granada acoge a un grupo de hombres feministas que lucha por cambiar las cosas educando y concienciando a la ciudadanía, sobre todo, a los hombres. Su propósito estriba en debatir y actuar sobre las injusticias existentes por la desigualdad de género para mejorar como personas, fomentando distintos modelos de masculinidad.</p>	<p>https://redhombresigualdadgranada.org/ masculinidadesdisidentes@gmail.com 621068675</p>
<p>Papás Blogueros</p> 	<p>Homes Igualitaris es una asociación de hombres de ámbito estatal vinculada a AHIGE. Como parte del “Movimiento de Hombres por la Igualdad” afirman que los hombres pierden con el machismo y luchan por la superación del sistema patriarcal, renunciando a los privilegios y denunciando las desigualdades que les afectan. Cooperan con el colectivo LGTBIQ+ y apoyan la paternidad corresponsable.</p>	<p>https://es.homesigualitaris.cat/ info@homesigualitaris.cat 640058961</p>

<p>MenEngage</p> 	<p>MenEngage comprende una red global de más de 700 asociaciones, ONG y hombres, a título individual, implicados en la defensa de la igualdad de mujeres y hombres, y en la erradicación de la discriminación y la violencia contra las mujeres. Compuesta por hombres y mujeres, esta red mundial sugiere que, para lograr la igualdad, los hombres tienen que ser parte de la solución, y que esta solo será posible si mujeres y hombres trabajan juntos desde la idea de que, para que el mundo cambie, deben cambiar las percepciones de la realidad.</p>	<p>http://menengage.org/</p> <p>Facebook y Twitter:</p> <p>@MenEngage</p>
<p>MenCare</p> 	<p>«MenCare» es una campaña mundial de paternidad activa protagonizada por mujeres y hombres. Desarrollada desde postulados feministas y con perspectiva de género, su misión consiste en promover la participación de los hombres como padres y cuidadores igualitarios para alcanzar la igualdad de género. Todo ello pasa por afirmar que la verdadera igualdad solo se alcanzará cuando los hombres asuman el 50% de atención infantil y de trabajo doméstico del mundo.</p>	<p>https://men-care.org/</p> <p>Facebook y Twitter:</p> <p>@ MenCare Campaign</p>
<p>HeForShe</p> 	<p>HeForShe es una campaña de Naciones Unidas que pretende involucrar a líderes masculinos para que se desenvuelvan en clave igualitaria y se conviertan en modelos a imitar por otros hombres. En este sentido, los hombres, además de sumarse a la causa de la igualdad liderada por las mujeres, deben acompañarlas en el proceso de producir cambios concretos, sistemáticos y estructurales que puedan equilibrar la realidad social.</p>	<p>www.heforshe.org/es/movement</p> <p>Facebook y Twitter:</p> <p>@HeForShe</p>

<p>PROMUNDO</p> 	<p>PROMUNDO es una organización líder a nivel global que trabaja en la promoción de la equidad de género y la prevención de la violencia contra las mujeres a través de la implicación directa de los hombres. Su objetivo consiste en fomentar la equidad de género y crear una sociedad libre de violencia donde todas las personas puedan comprometerse para crear un mundo no violento y compartir los cuidados.</p>	<p>https://promundoglobal.org/</p> <p>Facebook y twitter:</p> <p>@Promundo.US</p>
<p>Fundación Cepaim</p> 	<p>Fundación Cepaim es una organización española que incentiva un modelo de sociedad inclusiva e intercultural por medio del acceso a los derechos de ciudadanía de las personas vulnerables de la sociedad. Además de trabajar con mujeres para promover el empoderamiento, también dirigen actividades de formación y sensibilización dirigidas a los hombres para reflexionar sobre la construcción de la masculinidad hegemónica y la prevención de la violencia de género.</p>	<p>https://www.cepaim.org/</p> <p>Facebook:</p> <p>@Fundacion.Cepaim</p> <p>915 98 51 56</p>
<p>PPiINA</p> 	<p>Plataforma de Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción (PPiINA) es una asociación creada en 2005 que agrupa a más de 150 organizaciones y personas con un objetivo único: conseguir la reforma en España del sistema de permisos de maternidad y paternidad de manera que estos sean iguales, intransferibles y pagados al 100% para cualquier persona progenitora. En este sentido, desarrollan multitud de actividades, campañas y jornadas propuestas con la finalidad de equiparar los permisos parentales.</p>	<p>https://igualeseintransferibles.org/</p> <p>https://twitter.com/ppiina</p> <p>info@igualeseintransferibles.org</p>



Esta investigación de tesis doctoral pretende aportar una visión equitativa al estudio de las masculinidades y su vinculación con la promoción de la igualdad de género. Por tanto, invitamos a participar a hombres mayores de edad y con hijos/as nacidos/as a partir de 2007, interesados en deconstruir los preceptos de masculinidad tradicional y avanzar en su transformación política y personal hacia posicionamientos igualitarios.

Invita a participar: David Martín Vidaña. davidmarv@ugr.es

Investigador Predoctoral.

Programa FPU. Ministerio de Educación y Formación Profesional.

Departamento de Pedagogía. Universidad de Granada.

¿En qué consiste la participación en este estudio?

Se trata de participar en una entrevista biográfica y personal con el investigador mediante Google Meet.

La duración estimada de la entrevista será de entre 1 hora o 1 hora y 30 minutos aproximadamente.

Los datos de carácter personal serán confidenciales. La participación es voluntaria y gratuita (ad honorem).

Los hombres interesados en participar pueden escribir a davidmarv@ugr.es o rellenar el siguiente formulario:

<https://forms.gle/MwRWAYwQVrNveG2N6>

Se invita a participar y se agradece la posibilidad de difundir esta convocatoria entre sus redes de contacto.

ANEXO III: CONSENTIMIENTO INFORMADO PARTICIPACIÓN TESIS DOCTORAL

Estimado participante:

Por la presente, me dirijo a usted con el propósito de dejar constancia por escrito de las características de la investigación predoctoral que se va a realizar, así como para solicitar su colaboración expresa en el mismo, para que pueda analizar y publicar los datos recogidos.

En concreto:

- ❖ Esta investigación predoctoral, titulada *Representaciones de la masculinidad: una aproximación social en clave de igualdad sobre la construcción de historias de vida de los hombres* está financiada por el Ministerio de Universidades, gracias a la obtención de una ayuda del programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU16/05455), vinculada al Departamento de Pedagogía de la Universidad de Granada.
- ❖ La investigación se centra en el estudio y en el análisis de la construcción de la masculinidad en el transcurso de vida de los hombres. Por ello, es realmente importante contar con su participación y conocer de primera mano su experiencia personal.
- ❖ La información será recogida mediante instrumentos cualitativos, en especial, por medio de la realización de una entrevista de 1 hora y 30 minutos de duración aproximada.
- ❖ Los resultados de la investigación serán difundidos por medio de la publicación de la tesis doctoral, previo visto bueno de los participantes entrevistados.
- ❖ Por último, agradecer su colaboración en este trabajo de investigación, no solo por la gran importancia de su testimonio, sino también por la confianza depositada.

Declaro estar informado y autorizo a la recopilación y al tratamiento de los datos necesarios para el desarrollo de este estudio.

En....., a de de

Colaborador en la investigación

Investigador predoctoral

Fdo.:

Fdo.:

DNI

DNI